

El desborde de la **explotación económica** de las **infancias** en el **capitalismo contemporáneo**

Nelson Arispe • Marco Bazán
Alejandro Cussiánovich • Elvira Figueroa
Ángel González • Alejandro Martínez A.
Giangi Schibotto • Luz Stella Talero



La “Comunidad de pensamiento frente al desborde de la explotación económica de las infancias” está conformada por un grupo de personas que desde hace algunos años estudia, reflexiona e investiga los rostros ocultos de las nuevas formas de utilización económica de niños, niñas y adolescentes en el mundo del capitalismo contemporáneo. Al mismo tiempo, indaga y valora su lugar como sujetos en el ejercicio de un nuevo protagonismo frente a esta desafiante realidad. Quienes integran esta comunidad de pensamiento siempre abierto proceden de significativas experiencias de colaboración comprometida con organizaciones de infancias, en particular de la infancia trabajadora.



El desborde de la **explotación económica** de las **infancias** en el capitalismo contemporáneo

Nelson Arispe • Marco Bazán
Alejandro Cussiánovich • Elvira Figueroa
Ángel González • Alejandro Martínez A.
Giangi Schibotto • Luz Stella Talero



Esta obra es el resultado del trabajo colectivo de la "Comunidad de Pensamiento frente al Desborde de la Explotación de las Infancias"

Autores: Nelson Arispe, Marco Bazán, Alejandro Cussiánovich, Elvira Figueroa, Ángel González, Alejandro Martínez A., Giangi Schibotto, Luz Stella Talero

Primera edición: Septiembre de 2025

ISBN 978-628-97102 -0-5

Diseño de portada y diagramación: Joy Tolosa

Impreso en Colombia

Impresión: Multi-Impresos S.A.S.

Esta obra ha sido financiada por Terre Des Hommes Alemania

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio sin autorización previa. Derechos de autor protegidos por las leyes vigentes.

Índice

Prólogo de Luis Pedernera	Pág. 8
Prólogo de Manfred Liebel	Pág. 11
Introducción	Pág. 18
Cap. 1	
La sociedad y el capitalismo posfordista: procesos históricos y resemantizaciones categoriales en disputa sobre el destino del trabajo, el enigma del valor y las nuevas formas de la explotación económica	Pág. 26
Cap. 2	
El desborde de la explotación económica de niños, niñas y adolescentes: subsunción formal y real de la vida de las infancias a la lógica del capitalismo contemporáneo	Pág. 65
Cap. 3	
Los ecosistemas tecnomediados de la poscontemporaneidad como campos de cohesión, aceleración y potenciación de la explotación económica de las infancias	Pág. 142
Cap. 4	
Las infancias contemporáneas en el vértigo de la bulimia consumista: la infinita multiplicación de los deseos como nueva forma de explotación económica.....	Pág. 188
Cap. 5	
Explotación económica del cuerpo y de la corporalidad de niños, niñas y adolescentes en el capitalismo contemporáneo. Un enfoque desde la dignidad y la humanización	Pág. 229

Cap. 6

La educación escolarizada como tiempo y
espacio de la reproducción del capital: el
desborde de la explotación en la escuela Pág. 289

Cap. 7

Develar los rostros ocultos de la explotación
de las infancias en la economía del cuidado. Pág. 337

Cap. 8

Guerra y ecocidio: la explotación económica
radical de las infancias en el tríptico fatal de
producción, destrucción y necropolítica. Pág. 376

Cap. 9

Nuevos interrogantes, inquietudes abiertas,
escenarios posibles: unas inconclusas reflexiones Pág. 401

Referencias bibliográficas Pág. 427

Sobre los autores Pág. 467

Prólogo de Luis Pedernera

Tengo que comenzar siendo honesto, y lo hago porque detrás de este trabajo hay amigos y compañeras y compañeros de lucha a quienes respeto profundamente y esa cercanía lo hace posible. Me invitaron a escribir estas líneas a contrarreloj, me tuve que devorar el texto de cerca de 400 páginas en pocos días, pero debo decirlo: hacía tiempo que un trabajo no me generaba tanta expectativa al ver autores, citas e ideas que se amalgaban en una feliz síntesis colectiva. Siento que, finalmente, aquello que muchos venimos reflexionando, sintiendo y debatiendo hace años ha germinado con fuerza y claridad en estas páginas.

Este libro es una obra colectiva —en un momento histórico donde lo colectivo parece disolverse en el individualismo del “sálvese quien pueda”—, y por eso mismo tiene un valor político inmenso. La diversidad de voces, el enfoque crítico y la valentía con que se abordan los temas hacen de este trabajo una lectura urgente. Sus autores y autoras no solo abren un debate impostergable, sino que lo sitúan en el contexto de una posmodernidad que no se da por cerrada, pero que se reconoce como el terreno donde se disputa hoy el sentido de los derechos, la niñez y el futuro.

Lo que aquí se plantea no es solo un análisis académico, sino un grito de alerta. Un sacudón ético. Este libro denuncia que la infancia, lejos de ser ese “territorio sagrado” que evocan las narrativas románticas de la modernidad, se ha transformado en un campo de batalla silencioso. La explotación económica de niñas, niños y adolescentes en el capitalismo contemporáneo ha desbordado los marcos tradicionales: ya no se trata solo de niños en fábricas o minas, sino de infancias sitiadas por redes más sutiles, pero no menos devastadoras.

Desde una mirada situada en su mayoría en América Latina —con sus resistencias, dolores y apuestas—, los capítulos de este libro revelan cómo el sistema actual no solo explota a las infancias: las produce como mercancías. Se analiza cómo la subjetividad de niños y niñas es moldeada por algoritmos que convierten sus emociones en datos comercializables; cómo sus cuerpos son

medicalizados; su educación reducida a un entrenamiento para el mercado; su derecho al juego convertido en consumo digital; su supervivencia amenazada por guerras, desplazamientos y ecocidios en los que siempre para los responsables ellos aparecen simplemente como “daños colaterales”.

Este trabajo también desmonta con fuerza la narrativa adultocéntrica que invisibiliza a las infancias como sujetos políticos. Frente al discurso paternalista de muchos organismos internacionales, los movimientos de niñas, niños y adolescentes trabajadores (NNATs) en América Latina se posicionan aquí como actores de resistencia, no como víctimas pasivas. Su voz es central. Su lucha, radical y profundamente transformadora.

En estas páginas no hay lugar para los consuelos fáciles. Lo que hay son evidencia cruda y contundente. Pero también esperanza. Porque allí donde hay denuncia, hay propuesta. Allí donde se revela el dolor, se enciende la posibilidad de otro mundo.

Por eso, este libro es también una invitación. A revisar críticamente la Convención sobre los Derechos del Niño, a recuperar su carácter de documento vivo —como nos enseñaba Nelson Mandela—, y a actualizarla desde una perspectiva plural, diversa y profundamente comprometida con las realidades del Sur Global.

Escuchar verdaderamente a las infancias implica renunciar a hablar por ellas y, en cambio, crear las condiciones para que su voz irrumpa, clara y sin adornos retóricos, con la potencia que solo tiene quien narra lo vivido. En mi experiencia de trabajo en el Comité, he aprendido que esa voz, cuando se la deja hablar, puede desarmar cualquier justificación adulta, por bienintencionada que sea.

Hoy, más que nunca, trabajar por los derechos del niño exige una alianza amplia, que trascienda instituciones y organizaciones no autoreferencial -que solo se mire el ombligo- y se autopromocione. Exige pensar colectivamente un nuevo proyecto social, donde proteger a la infancia no sea el fin último, sino el punto de partida para transformar el sistema que como queda en evidencia en el trabajo, la devora.

Porque las infancias ya no necesitan retórica de promesas bienintencionadas, necesitan justicia. Y para eso hace falta coraje!

Luis Pedernera

Ex Presidente Comité de los Derechos del Niño

Montevideo, agosto 2025

Prólogo de Manfred Liebel

La explotación económica de los niños y niñas se suele asociar con el llamado trabajo infantil o incluso equipararse con él. El libro muestra que no es tan sencillo. Va más allá, al poner argumentadamente de manifiesto que todos los niños, niñas y adolescentes del mundo se ven afectados hoy en día por la explotación, en formas y en un grado que no tienen precedentes históricos. Sin embargo, el libro no aboga por el fatalismo, sino que se nutre de la esperanza de que sean las propias nuevas generaciones quienes se nieguen a aceptar su real explotación y se rebelen contra ella. Esta esperanza tiene su punto de partida en los movimientos de niños, niñas y adolescentes trabajadores.

Según el diagnóstico de las autoras y autores, la explotación de las infancias y adolescencias se da en todos los ámbitos de la vida y en todo el mundo. No solo la detectan en el mundo laboral clásico o en la producción de bienes, sino también en el ámbito del consumo, el ocio, el hogar familiar, el cuidado, la escuela y, en general, en todos los lugares donde los niños, niñas y adolescentes entran en contacto con los medios digitales. Consideran que el trasfondo de la expansión de la explotación radica en que, en el capitalismo globalizado desenfrenado, todos los ámbitos de la vida y todas las actividades están sujetos a la lógica del capital y la distinción clásica entre trabajo y no trabajo (ocio, consumo, juego) deja de tener sentido. Según su diagnóstico, esta mezcla se ve agravada por el hecho de que todas las relaciones y comunicaciones humanas están sometidas a una tecnología digitalizada que, a su vez, está controlada por multinacionales y sirve para aumentar sus beneficios hasta niveles nunca antes imaginados. Las autoras y autores denominan a este complejo fenómeno “ecosistema tecnomediado”.

La penetración de la lógica del capital en todos los ámbitos de la vida también está disolviendo en gran medida la separación entre las etapas de la vida, que hasta ahora se había normativizado mediante las categorías de infancia, adolescencia/juventud y adultez. Las infancias y adolescencias, como consumidoras y usuarias de las tecnologías digitales, se integran, cada vez más temprano, en los procesos económicos que dichas tecnologías aseguran y parecen

“madurar” o “adultizarse” antes. Por su parte, el trabajo asistencial y la escuela se economizan y se orientan cada vez más hacia la producción del llamado capital humano. El supuesto “privilegio de la infancia” y las moratorias y espacios de protección que se concedían hasta ahora a los niños, niñas y adolescentes se desvanecen en gran medida. Aunque ellos parecen ser tomados en serio como sujetos competentes en la esfera del consumo y en el ámbito de los medios digitales, el poder de los adultos sobre ellos, comúnmente denominado adultismo o adultocentrismo, no se disuelve, sino que se consolida en formas ocultas. Esto es así porque las personas jóvenes no pueden disponer realmente de su tiempo ni de los medios con los que interactúan, sino que estos permanecen en manos de adultos privilegiados o de grandes empresas comerciales.

Quienes hasta ahora han percibido la explotación económica únicamente como un problema del “trabajo infantil” y han creído que su abolición bastaría para erradicarla, no han sabido ver las nuevas formas de explotación. De este modo, contribuyen, de forma voluntaria o involuntaria, a su propagación. Por el contrario, al dirigir la mirada hacia los nuevos ámbitos y formas de explotación económica y revelar sus causas, el libro contribuye a una comprensión mejor y más actual de las relaciones de poder actuales. Además, intenta ofrecer pistas y mostrar caminos de cómo las infancias y adolescencias puedan enfrentar su explotación y liberarse del laberinto de su cotidiana alienación.

A diferencia de algunos analistas, que equiparan el capitalismo posfordista o de plataforma con el fin del trabajo y lo ven disuelto en formas de comunicación desiguales, las autoras y autores del presente volumen subrayan que es necesario realizar un análisis más preciso de las múltiples formas nuevas del trabajo. Lo hacen mostrando, con numerosos ejemplos, cómo estas nuevas formas relacionadas con la digitalización marcan la vida cotidiana de las infancias, adolescencias y personas jóvenes, cómo estas las perciben y, en ocasiones, las utilizan, y qué significados adquieren para ellas.

Hasta ahora, quienes nos sentimos vinculados a los movimientos de niños, niñas y adolescentes trabajadores y depositamos nuestras esperanzas en ellos, hemos partido de la base de que el trabajo, como parte esencial de la propia vida, tiene un efecto identitario, que los niños, niñas y adolescentes encuentran un sentido a su trabajo. Este sentido reside en que el trabajo se percibe

como algo útil y significativo para otras personas, a las que están consciente y positivamente ligados, y, por lo tanto, se reconocen con cierto orgullo como niños, niñas y adolescentes trabajadores. En palabras de Marx, es el “valor de uso” de este trabajo lo que les permite y les estimula a enfrentarse a las condiciones degradantes de su trabajo y a luchar por una vida, una sociedad y un trabajo que respeten su dignidad humana.

En la mayoría de las actividades que centran este libro, esto ya no es así. En la medida en que pueden entenderse como trabajo, se trata, en palabras del historiador anarquista David Graeber, de *bullshit jobs* o trabajos basura, que no tienen ninguna necesidad ni sentido. Otras actividades descritas en el libro, como la participación en videojuegos, permiten cierta identificación e incluso orgullo por el rendimiento asociado o el éxito alcanzado, pero absorben a los sujetos y los mantienen ocupados. Entretanto, también se ha demostrado que jugar excesivamente a videojuegos afecta a la capacidad visual. Dado que, en esencia, solo sirven para entretenerse, apenas ofrecen a los NNAs (niños, niñas y adolescentes) y personas jóvenes motivos para reflexionar críticamente sobre el hecho de que su única utilidad es llenar las arcas de las grandes empresas.

El libro también señala que algunos niños, niñas y adolescentes utilizan estas actividades para ganar dinero y así conseguir cierta independencia. Por ejemplo, empresas de moda o de investigación de mercados les invitan a participar en encuestas o a diseñar nuevos productos. Sin embargo, los premios o el dinero que pueden ganar con ello no guardan proporción con los beneficios que obtienen las empresas. Al fin y al cabo, las personas jóvenes podrían darse cuenta de que se está abusando de su creatividad como *trendsetters* o creadores de tendencias y exigir una “remuneración adecuada” (lo que también se aplica a su “trabajo escolar”). Se intenta amortiguar y contrarrestar las posibles críticas de las NNAs y personas jóvenes a este tipo de explotación, que se producen ocasionalmente, reinterpretando las actividades como una contribución a la educación “económica” o “financiera”. En este sentido, también han entrado en el sistema educativo público, donde se celebran como “asociaciones de aprendizaje” entre empresas comerciales y escuelas. La reinterpretación también se lleva a cabo idealizando las actividades creativas de las NNAs y personas jóvenes como “protagonismo”, lo que las autoras y autores del libro critican y rechazan como “protagonismo enajenado”.

El libro también ofrece ejemplos de otro tipo, sin distinguirlos siempre claramente de la autoocupación digital o la instrumentalización con fines empresariales. Así, las autoras y autores señalan que la digitalización en los hogares o la economía del cuidado dan lugar a nuevas tareas y oportunidades para las NNAs y personas jóvenes. Las niñas, niños y adolescentes suelen ayudar a sus padres, abuelos y familiares en la alfabetización digital, que tiene lugar en muchos ámbitos de la vida familiar, social, pública, administrativa y profesional. O en familias en las que uno de los padres ha emigrado a otro país y se mantiene en contacto con su familia en el país de origen a través de plataformas virtuales. En muchos casos, los “técnicos” que hacen posibles estos encuentros virtuales entre los miembros de la familia son niñas, niños o adolescentes, que a menudo tienen mucha más experiencia en este ámbito que sus parientes mayores. También planifican, organizan y diseñan estos encuentros virtuales, incluso su estética. Del mismo modo, el libro recuerda que, en tiempos de la pandemia del Covid-19, ha habido innumerables casos en los que, por ejemplo, los hermanos y hermanas mayores han garantizado la participación de los más pequeños en la educación a distancia, utilizando en algunos casos plataformas de aprendizaje digital. Son también los y las adolescentes un poco mayores los que, en muchos casos, a menudo sin quererlo ni planearlo, acompañan a sus hermanos y hermanas menores en la adquisición de las competencias digitales básicas. Por lo tanto, cuando hoy hablamos de niñas, niños y adolescentes que trabajan en el hogar, debemos tener en cuenta que estas actividades han cambiado, se han vuelto más complejas y se han multiplicado, en muchos casos con conexiones directas o indirectas con las nuevas posibilidades tecnológicas de Internet.

Si bien es cierto que las nuevas tecnologías siempre benefician a las grandes empresas, también es evidente que ofrecen a las personas jóvenes nuevas oportunidades para utilizarlas en su propio interés y desarrollar una idea de su propia importancia. Sin embargo, estas ideas no surgen únicamente de la experiencia de la propia actividad, se entienda esta como trabajo o no, sino que siempre están vinculadas a otros aspectos de las condiciones de vida. Así, cabe preguntarse por qué las niñas, niños y adolescentes que se rebelan contra su propia explotación en movimientos sociales y luchan por un trabajo digno y una vida digna se encuentran hasta ahora casi exclusivamente en las regiones del Sur Global.

Las subjetividades políticas resistentes que se expresan en estos movimientos son el resultado de experiencias y circunstancias sociales y culturales que no se dan en todas partes del mundo. Tienen que ver con el hecho de que estas niñas, niños y adolescentes tienen una tarea importante que cumplir en la vida cotidiana, que se les necesita. También tiene que ver con el hecho de que están integrados en comunidades que, a pesar de las tensiones derivadas del dominio autoritario de muchos padres y vecinos y, especialmente en el caso de las niñas, del machismo profundamente arraigado, les permiten sentir un sentido de comunidad y pertenencia. La subjetividad política resistente y el protagonismo que caracteriza a los movimientos son siempre el resultado de constelaciones vitales en las que las niñas, niños y adolescentes encuentran espacios de comunicación autodeterminados. A diferencia de la escuela, aquí pueden reflexionar de forma independiente y conjunta sobre su situación y llegar a conclusiones comunes. Tampoco hay que subestimar la posible contribución de las personas adultas y de algunas organizaciones de defensa de los derechos de la niñez, que tratan a las niñas, niños y adolescentes con solidaridad y respetan su autonomía, sus puntos de vista y sus saberes.

Estas condiciones no se dan en las regiones del Norte Global, o solo en casos excepcionales. Aunque aquí también se recurre cada vez más a las personas jóvenes como sujetos económicos, la forma en que pueden participar en el mundo digital apenas ofrece incentivos positivos para que perciban sus actividades como importantes para su entorno y sus semejantes. Las actividades que se les ofrecen en el espacio digital no los unen, sino que los aíslan. Es posible que les proporcionen una sensación de éxito temporal, pero esta se limita al ámbito privado o incluso alimenta la competencia mutua. No se puede ignorar que, en ocasiones, las NNAs y personas jóvenes sienten malestar e incluso protestan contra la explotación y la instrumentalización de la que son objeto. Pero esto no se deriva de la experiencia en sí misma (y, si es así, más bien a posteriori, cuando toman distancia de estas actividades), sino que requiere oportunidades adicionales en las que puedan reflexionar y evaluar estas experiencias con otras personas de su edad. Algunos atribuyen esta tarea a la educación mediática, que fomenta la reflexión crítica sobre las experiencias con las tecnologías digitales. Sin embargo, por muy importante que sea esta pedagogía, no puede eliminar el hecho de que los medios digitales y el consu-

mo asociado a ellos son tan atractivos para muchas personas jóvenes precisamente porque en la “vida real” no tienen esas libertades y apenas encuentran oportunidades de hacer algo significativo y relevante para otras personas. Quizás se debería prestar más atención a facilitar a las NNAs y personas jóvenes este tipo de actividades o a reconocerlas cuando se llevan a cabo.

El libro invita a pensar más allá de las formas tradicionales de trabajo de niños, niñas y adolescentes y a ampliar la mirada hacia el mundo entero y sus realidades vitales en rápida transformación. Pero también podría ser motivo para reflexionar sobre las condiciones de vida particulares de las niñas, niños y adolescentes en estos mundos tan diferentes. En una sociedad o comunidad en la que las niñas, niños y adolescentes y sus actividades tienen una gran importancia para la vida de sus semejantes, existen condiciones diferentes y mejores para desarrollar una subjetividad política rebelde que en sociedades y comunidades en las que las niñas, niños y adolescentes solo se consideran un accesorio creativo del que uno se sirve cuando resulta oportuno y rentable.

Por un lado, se intenta atribuir a las niñas, niños y adolescentes del Sur Global un modelo de infancia que los encasilla en el papel de víctimas indefensas o “niños sin infancia” y los priva de la independencia y la resistencia que reclaman. Por otro lado, las niñas, niños y adolescentes del Norte Global están sometidos a un régimen digital que se burla de las promesas de una infancia como “espacio protegido” y “privilegio” y los convierte en objetos de una objetiva explotación. De manera particular, cortocircuitan a los NNAs y personas jóvenes con la economía capitalista de explotación y, en el caso de los niños, niñas y adolescentes del Sur Global, a veces sirven para transmitirles la ilusión de que un teléfono móvil “inteligente” puede liberarlos de la miseria económica.

Ambos intentos interrelacionados a apoderarse de las NNAs y personas jóvenes pueden entenderse como diferentes variantes de una colonización de la infancia. Las NNAs y personas jóvenes solo pueden resistirse a ellos si se aseguran de sus puntos en común frente al régimen de explotación digital. A ello puede contribuir la conciencia de los propios derechos, si estos no se entienden solo en un sentido paternalista como tributo a la vulnerabilidad de la infancia, sino como derechos colectivos y contrahegemónicos que surgen de

la lucha por unas condiciones de vida dignas y refuerzan la confianza en uno mismo. En esta lucha, las tecnologías digitales pueden incluso ser una ventaja si se utilizan como medio de comunicación que pone en contacto a niñas, niños y adolescentes de diferentes mundos y les permite descubrir sus intereses comunes. Sin embargo, estas formas de comunicación digital también deben ir acompañadas de encuentros personales en los que NNAs y jóvenes puedan experimentarse, comprenderse y unirse como personas de carne y hueso con sus respectivas experiencias, puntos de vista y raíces culturales.

Manfred Liebel

Berlín, agosto de 2025

Introducción

Este libro no es el resultado de una improvisación, ni menos aún de un itinerario epistémicamente tranquilo y confortable. Por el contrario, es el producto de una larga andanza, movida por una impostergable necesidad de penetrar el complejo retículo de la coyuntura histórica, en la que se sitúan las infancias en la contemporaneidad.

Ha sido un trasegar, en cierta forma, errático, no encasillado en preconstituidas y rígidas cuadrículas categoriales. Pero, no por ello ha sido un camino sin rumbo, pues desde el primer paso nos motivaba el sentido de una apuesta histórica, sobre el urgente compromiso de develar los rostros ocultos de lo que hemos convenido llamar ‘el desborde de la explotación económica de las infancias’, en el capitalismo actual.

El camino no ha sido nada sencillo, más bien permanentemente diseminado de trampas, de muy inquietos interrogantes, de momentos de desorientación y hasta de puesta en juego del sentido y de la justificación de fondo de todo nuestro transitar por territorios en gran parte desconocidos, y en donde no ha sido fácil ubicarse, aunque fuera momentáneamente, para recuperar fuerzas interiores y luego seguir en esto, que podemos decir una suerte de nomadismo epistémico. Han sido muchas las veces en que hemos experimentado dolorosamente aquella “angustia” de la que nos habló Varela (1997), o aquel “asombro” propio del moverse en el “límite”, aventurándose en lo “inédito”, sobre lo que nos alertó Zemelman (2011). Nos ha impulsado una “ética del viandante”, del nómada, como la calificó Galimberti (2023), y sobre la cual aclara que es necesario ser:

[...] disponibles a renunciar a nuestras radicadas convicciones, cuando la radicación no tiene otra profundidad que no sea aquella de la vieja rutina. Entonces, el nomadismo del viandante nos ofrece un modelo de cultura que educa porque no inmoviliza, porque desitúa, porque no ofrece nunca un piso estable y seguro sobre el cual edificar nuestras construcciones, pues la apertura que requiere linda con

el abismo, donde no se encuentra nada de tranquilizador, pero donde también se evita la monotonía de la repetición, del ir y del venir siempre por la misma ruta, con los usuales compañeros de viajes, sin nadie para encontrar. (pág. 76)

A lo largo de todo este libro, hablamos como un ‘nosotros’, no porque sea un plural *maiestatis*, ni una forma de impersonalidad, ni tampoco para obedecer a los dictámenes de la formalidad de los escritos académicos. Hablamos como un ‘nosotros’ porque este libro ha sido originariamente pensado, y luego construido, reflexionado críticamente y finalmente redactado por un grupo que no dudamos en definir como ‘una comunidad de construcción de conocimiento’, comunidad a la cual pertenecen todos los autores del texto que estamos presentando. Decimos ‘comunidad’ porque somos personas que comparten un común camino biográfico, de presencia, acompañamiento y pertenencia a los movimientos organizados de niños, niñas y adolescentes trabajadores de América Latina, hecho que constituye la vertebración de nuestra biografía no solo política, pragmática, experiencial, intelectual, sino propiamente y profundamente vivencial, que nos une en una fraternidad de intencionalidades, de referencias políticas, de isomorfismos valoriales, todo ello traducido no solamente en un común sentir, sino en un flujo permanente y cálido de emocionalidades que se encuentran. Venimos todos, aunque en formas distintas, de largas décadas de compromiso con la trascendental experiencia histórica de los movimientos organizados de niños niñas y adolescentes trabajadores, en sus casi cincuenta años de existencia, en el marco de lemas identitarios como lo son la valoración crítica del trabajo de los NNATs (Niños, Niñas y Adolescentes Trabajadores), el rechazo epistémico, ético, cultural, político del abolicionismo y del erradicacionismo, la apuesta para un trabajo digno y no explotado de las infancias insertas en el mercado laboral, y más en general la voluntad de lucha contra toda forma de explotación económica de las niñeces.

Todas y todos nosotros, en esta comunidad de construcción de conocimiento, teníamos una consolidada zona de *confort* epistémico, de sosiego teórico, de certidumbre, que con el tiempo se había vuelto casi una rígida parametración de nuestra visión del mundo de las infancias, incapaz de sostener el ritmo de los cambios que han sacudido el mundo de las niñeces contemporáneas.

Pero, la indomesticabilidad de la historia ha vuelto a tocar a nuestra puerta, insinuando la sospecha, la duda, la inquietud sobre la actualidad de la conexión de nuestra armazón de saberes sobre infancias, y las transformaciones profundas y radicales de nuestra época. Sentimos, en la profundidad de nuestras mentes y de nuestros corazones, que había llegado el momento de desanclar nuevamente los barcos, para aventurarnos en mar abierto, pues percibimos que, mientras el mundo cambiaba repentinamente y drásticamente, el saber acumulado con relación a las infancias se quedaba, si no inmóvil, ciertamente estancado en sus lentos movimientos de perezoso en *rallenty*.

Si, a raíz de esta inquietud, asumimos como ángulo de mirada, para construir nuestro campo de observación, el desborde de la explotación económica de las infancias en el capitalismo contemporáneo, fue por su indudable potencia como posible concepto ordenador, es decir categoría articuladora de distintas y aparentemente fragmentadas dimensiones del nuevo currículum vital y social de los niños, niñas y adolescentes en el mundo de hoy.

Al mismo tiempo, asumir como caja de herramientas heurísticas la idea de un desborde de la explotación económica de las infancias, nos garantizaba, en el momento mismo en que nos aventurábamos en nuevos territorios, mantener firme la continuidad con nuestra historia y con la historia de los movimientos organizados de NNATs, que siempre, desde su nacimiento, habían focalizado su punto de implosión identitaria en la lucha contra la explotación de los mismos NNATs. Pues, en el momento de sembrar los embriones de comprensión de una nueva colocación histórica, no se abandonaba este punto de implosión identitaria, sino que se ampliaba a los nuevos mecanismos explotadores del capitalismo, extendidos ya a todas las infancias.

...

Con este libro queremos fundamentar que hoy como nunca es necesario superar la obsesiva insistencia con la que se ha querido, sobre todo por parte de organismos internacionales como la OIT (Organización Internacional del Trabajo), pensar la explotación económica infantil como exclusiva del trabajo de los niños, niñas y adolescentes, en particular de los sectores populares. Esta

postura, conocida como abolicionista y erradicacionista, sufre una fundamental desconexión con los nuevos escenarios de la posmodernidad, escenarios en los cuales el trabajo mismo abandona en gran parte sus características clásicas y tradicionales, para reconfigurarse en formas muchos más complejas, crípticas, subterráneas, inéditas. De manera que, tales posturas adolecen, como afirmaba Zemelman (s/f), de un desajuste entre teoría y la realidad como consecuencia de la diferencia de los ritmos de las construcciones conceptuales que suelen ser más lentas que los cambios que se operan en la realidad existente.

Las formas de la explotación económica infantil ya no recurren solo las sendas tradicionales que se cruzan en la figura estereotipada del niños trabajador, sino que se insinúan en las vidas y en la cotidianidad de todas las infancias, por el camino de la bioproducción, del capitalismo cognitivo, del poscontractualismo, de la producción posfordista, del hiperconsumismo, de los ecosistemas tecnomediados, de la colonización de las subjetividades, del epocal problema ecológico, de la patología de la movilidad geográfica, de la cronovulnerabilidad de los tiempos “líquidos” (Bauman y Lahoz, 2024)), entre otros. En fin, unas infancias sitiadas por varios enemigos, que quieren subsumirlas a un proyecto de mercantilización deshumanizante. De allí la necesidad de visibilizar estas nuevas formas de explotación económica infantil, y pasar de un enfoque unicéntrico (el trabajo infantil como única forma de explotación económica de los niños) a un enfoque policéntrico, capaz de reconstruir el complejo abanico de las múltiples formas contemporáneas de explotación económica de los niños, niñas y adolescentes.

Con el tránsito de la modernidad a la modernidad tardía o radical, que significó también el tránsito del capitalismo fordista al posfordismo, al capitalismo cognitivo, consumista, bioproductivo y biopolítico, resulta necesario entender la compleja red de los fenómenos que hacen que la subsunción no solo formal, sino real del capital se despliegue, extensiva e intensivamente, a toda la sociedad y a todos sus aspectos, incluyendo el espacio social donde se encuentran las infancias.

A este punto aparece evidente que la colonización del territorio de las infancias resulta ser fundamental para los procesos de valorización del capitalismo contemporáneo, es decir que el capital necesita instrumentalizar a sus propios

finde de acumulación toda la población, para subsumirla, formal y realmente, a la lógica de la forma mercancía, de la ganancia, de la infinita reproductibilidad del mercado. Hoy el sistema capitalista asume todos los sujetos dentro su esfera biopolítica y bioproductiva, esencial en los procesos de explotación. Este territorio ocupado por el capitalismo contemporáneo debe ser no solo conquistado, sino también normado, regulado, manipulado, dominado por la lógica de la apropiación privada de la riqueza de todos y por todos producida.

Todo ello precipita como una avalancha sobre las condiciones de vida de las infancias, exponiéndolas a múltiples formas de explotación económica, que ya no se pueden interpretar según la categorías clásicas de este fenómeno. Pues las modificaciones y los abruptos cambios que han diseñado los nuevos senderos de la explotación económica, no tienen limitaciones etarias; al contrario, los conceptos mismos de ‘bioproducción’, de ‘biomercantilización’, de ‘biopoder’ rompen definitivamente con la ilusión de una infancia inmersa en una burbuja separada de la sociedad y de los conflictos sociales, es decir rompen definitivamente con el estereotipo de la ‘privatización de la infancia’. Hoy fenómenos como la hegemonía de los ecosistemas tecnomediados, la mercantilización de los espacios escolares, el hiperconsumismo, la depredación de los recursos ecológicos, el *big data*, la espectacularización de la vida, la inconciliabilidad de tiempos familiares y tiempos laborales, la modelización competitiva de la existencia, los tiempos acelerados y fragmentados, la economía de las emociones, la mercantilización del cuidado, entre otros fenómenos, transforman cada momento y cada rincón de la vida en una ocasión para formas escondidas de explotación económica de los niños, niñas y adolescentes. Por ello, es necesario indagar con rigor y profundidad todos estos nuevos modos en que se manifiestan los ocultos rostros explotadores del capitalismo posmoderno en contra de las infancias.

En este mundo de la posmodernidad, del capitalismo cognitivo y de las emociones, del capitalismo hiperconsumista, posfordista, de la producción inmaterial, de la mercantilización omnívora, el trabajo, considerado en sus formas tradicionales, sufre un evidente proceso de rarefacción, diseminación y traslación, por lo cual asistimos a una reducción del tiempo de trabajo y a una simultánea ampliación del tiempo de producción (Virno, 2023). De ello con-

sigue que las formas contemporáneas de la explotación económica, entendida como apropiación de la plusvalía socialmente producida, se multiplican de manera inédita, se transforman, se fragmentan, se diseminan capilarmente en cada acto de nuestras vidas (bioproducción), se cruzan, se vuelven crípticas, desbordan en fenómenos de autoexplotación, hiperconsumismo, aceleración y fragmentación temporal, dependencia a los ecosistemas tecnomediados, mercantilización de los procesos educativos, psicopolítica, desastres ecológicos, absorción a la lógica del mercado del tiempo del juego, del ocio, del tiempo regalado y del tiempo autorregalado, del dominio de la instantaneidad sobre la duración, etc. Todos ellos son otros tantos ámbitos y fenómenos que incuban correspondientes nuevas formas de explotación, sobre las cuales el actual debate económico ya ha avanzado mucho.

Sin embargo, justamente este debate sobre las nuevas formas contemporáneas de explotación económica ha descuidado casi completamente las infancias, como si estos mecanismos de extracción de plusvalía no concernieran también los niños, niñas y adolescentes. De allí la necesidad de promover estudios, reflexiones, investigaciones que puedan ofrecer elementos de explotación de estos importantísimos procesos, que perfilan en gran medida el posicionamiento social y la situación de los derechos económicos y sociales de las infancias contemporáneas. Es en este complejo y denso magma histórico que este libro quiere empezar a aventurarse, con la intención de ofrecer, por lo menos, unos iniciales destellos de comprensión.

Esta es la tarea que hemos asumido con este libro: iniciar a indagar, descifrar, interpretar las nuevas y múltiples formas que asumen los procesos de explotación económica de las infancias en el mundo de hoy. Pero, también, intentar visibilizar los procesos de resistencia, de insubordinación, de lucha en contra de estos procesos, para la valoración de la dignidad de los niños, niñas y adolescentes. Es decir, indagar, reconocer y valorar los procesos generativos, sobre todo por parte de las mismas infancias, que se oponen antagónicamente a estas nuevas formas de explotación económica, para la reafirmación de valores de justicia social, de respeto de los derechos de los niños y niñas y para la radicación históricamente situada de la dignidad de las infancias contemporáneas.

...

El libro se estructura en nueve capítulos. En el primero se intenta reconstruir, aunque de forma sintética pero no por ello menos rigurosa y pertinente, el actual debate sobre las transformaciones ocurridas en el mundo del trabajo, las inéditas y nuevas formas de explotación que caracterizan el mundo de hoy, y lo que se ha definido el enigma del valor en el contexto de la contemporaneidad. En este mismo capítulo se denuncia la casi total ausencia de las infancias en este debate económico, viendo en esta ausencia una manifestación más de aquel enfoque adultocéntrico que constantemente debilita la comprensión de las infancias como sujeto y actor económico. Sucesivamente, en el segundo capítulo, se exploran las nuevas sendas recorridas por la explotación económica y que se extienden a todas las infancias del mundo contemporáneo; además de ello se intenta declinar, justamente con relación a las infancias, el alfabeto categorial construido en el debate económico contemporáneo. El tercer capítulo se focaliza en penetrar la realidad de los ecosistemas tecnomediados como territorios de explotación económica, no solo de los adultos sino también, y diríamos particularmente, de las infancias. El cuarto capítulo es un análisis del hiperconsumismo promovido por el capitalismo contemporáneo, análisis orientado a fundamentar una interpretación que justamente en el consumo ve un fundamental mecanismo explotador de las infancias. El sucesivo capítulo se detiene en develar como también el cuerpo, real y simbólico, de las infancias contemporáneas deviene un territorio a explotarse por parte de las fuerzas económicas dominantes. El sexto capítulo indaga críticamente la subordinación a una lógica mercantil de los espacios y tiempos de las prácticas del cuidado. En el sucesivo capítulo se asume como campo de observación el mundo de la escuela, indagando los varios procesos que intentan transformar también la educación escolarizada en un dispositivo de explotación económica de las infancias. El octavo capítulo transita a través de dos ámbitos fundamentales para entender la explotación económica de los niños, niñas y adolescentes: el ciclo producción, destrucción, guerra y el ecocidio de la naturaleza, de la madre tierra. Finalmente, el capítulo conclusivo, entre varias consideraciones

finales, reconoce y alerta sobre el carácter embrionario y provisional, todavía extremadamente abierto e incierto, de las inconclusas conclusiones a las que hemos llegado con esta publicación.

...

La esperanza con la que queremos colocar este libro en el debate sobre las infancias contemporáneas no es la de entregar al público una enciclopedia de las nuevas formas de explotación de las infancias, ni un alfabeto concluido, un ambicioso y definitivo mapa de inéditas categorías interpretativas. Nos anima, por el contrario, una intención más medida y, casi diríamos, osadamente modesta. La intención de alertar sobre la necesidad urgente e impostergable de reabrir un debate menos repetitivo, descontado y formulístico sobre el sujeto infancia en el escenario de la contemporaneidad, asumiendo un ángulo de mirada que, sin volverse exclusivo y excluyente de otros, sepa sin embargo subrayar la importancia de focalizarnos con fuerza y radicalidad sobre este desborde de la explotación económica de los niños, niñas y adolescentes de hoy.

Ojalá este libro pueda ser un primer paso de un largo camino, al que muchos puedan participar con sus aportes, críticas, y reflexiones. Pues es un libro que quiere ser no un momento de cierre, sino de inicial apertura en un azaroso, pero también entusiasmante proceso de construcción de conocimiento crítico sobre las infancias en su actual coyuntura histórica.

*

**La sociedad contemporánea y el
capitalismo posfordista: procesos
históricos y resemantizaciones
categoriales en disputa sobre el destino
del trabajo humano, el enigma del valor
y el desborde de la explotación**

Desde el principio de los tiempos, las civilizaciones han quedado estructuradas, en gran parte, alrededor del concepto de trabajo. Desde el hombre cazador y recolector del Paleolítico y el agricultor sedentario del Neolítico hasta el artesano del medievo y el trabajador de cadena de producción de nuestros tiempos, el trabajo ha sido una parte esencial e integral de nuestra existencia cotidiana. En la actualidad, por primera vez, el trabajo humano está siendo paulatina y sistemáticamente eliminado del proceso de producción. En menos de un siglo, el trabajo masivo en los sectores de consumo quedará probablemente muy reducido en casi todas las naciones industrializadas.

~ Jeremy Rifkin ~

Ya no es más posible pensar al trabajo productivo desde el punto de vista de la extensión de este, sin imaginar toda la otra serie de servicios industriales, de relaciones sociales, que van desde la relación doméstica femenina de trabajo a las relaciones de salud, desde las relaciones educativas a las relaciones que implican las capacidades creativas, innovadoras, desde las relaciones científicas a las que simplemente se despliegan sobre el terreno de la comunicación, de la información, de la industria electrónica, etc. No es más posible imaginar el trabajo productivo, sin comprender todos estos elementos.

~ Toni Negri~

Introducción

El usual interrogante, que anima el debate contemporáneo, sobre los acelerados procesos transformativos que desestructuran en sus puntos cardinales nuestra sociedad, se centra en la alternativa entre una mirada que solo observa una suma de cambios, y otra narrativa que habla más bien de un verdadero y propio “cambio de época” (Silva, 1998, p.1) Nos aclara el mismo Silva (1998) que “una época de cambios es aquella en que su identidad está establecida de forma inequívoca y en la cual sus características son reconocidas sin ser cuestionadas en sus consecuencias” (p.3). En otras palabras, es una época de cambios aquella que sí registra mutaciones, que pueden ser significativas y hasta imponentes, y que pero, no erosionan los paradigmas fundantes de un régimen societario. Para él, un cambio de época “es un momento de la historia de la humanidad en que las características de la época vigente están en deterioro irreversible y sus consecuencias para el desarrollo están bajo cuestionamiento inexorable por parte de la mayoría de las sociedades” (p.4). En otras palabras, un “cambio de época” deviene en un cuestionamiento y en una disolución del horizonte de sentido de una fase histórica, y en la apertura de un campo de posibilidades inéditas que merman el meollo substantivo de lo anterior.

Sin embargo, no es fácil reconocer el “dándose” (Zemelman, 1990, p.23) de un “cambio de época”, pues es arduo detectar el pase desde el simple, aunque poderoso, sumarse cuantitativo de múltiples modificaciones, a la compleja gestación una nueva época, que revoluciona las relaciones de producción, las relaciones de poder, la experiencia humana y la cultura de forma profunda e irreversible. Es por ello que el debate sobre el proceso de transformación de la modernidad se presenta tan encendido e inconcluso, lo que bien se refleja en el no resuelto abanico de opciones terminológicas que se nos pone a disposición: posmodernidad, transmodernidad, modernidad líquida, hipermodernidad, modernidad tardía, segunda modernidad, modernidad cansada. Y es que, como dice De Souza Santos (2009):

Vivimos en un tiempo atónito que al desplegarse sobre sí mismo descubre que sus pies son un cruce de sombras, sombras que vienen

del pasado que o pensamos que ya no somos, o pensamos que no hemos todavía dejado de ser, sombras que vienen del futuro que o pensamos que ya somos, o pensamos que nunca llegaremos a ser. (p.34)

Toda esta premisa bien se puede focalizar sobre la temática, más específica, pero también potentemente transversal, del trabajo. Desde siempre el trabajo ha sido foco denso e intenso de conflictuales intentos de captura y cuadriculación semánticas y epistémicas, pero, tal vez, en ninguna época histórica el trabajo humano se ha convertido en un territorio tan resbaladizo, en cuanto a los esfuerzos de desentrañar el enjambre de sus crípticas, subterráneas, laberínticas transformaciones. Así que, también con relación al trabajo, en el mundo de hoy estamos frente al dilema si hablar de una época de cambios o de un verdadero y propio cambio de época, sumándose a esta incertidumbre dilemática una profunda desorientación atónita de la que nos hablaba De Souza Santos, y que deviene la cifra epistémica obligada frente a la avalancha, la agresividad y la potencia disruptiva de las transformaciones que embisten hoy el mundo del trabajo.

Este mundo pluriverso del trabajo ha sufrido múltiples reconfiguraciones, unas más evidentes, también en un plano elementalmente empírico y descriptivo, otras más profundas, hostiles a improvisadas decriptaciones, diseminadas de enigmáticos laberintos interpretativos, camufladas en su fenomenicidad experiencial, disonantes con nuestro usual alfabeto de orientación en el mundo.

Es así como los interrogantes sobre este enigma del trabajo en la contemporaneidad se suman y producen permanentemente una suerte de inquietud, y hasta diríamos de angustia epistémica, diseminando el debate más que de respuestas, de nuevas preguntas, que intentan abrirse paso dentro la laberíntica y rizomática complejidad del trabajo en el mundo de hoy.

*

La coyuntura histórica que nos acecha: un modelo civilizatorio en crisis

Antes de entrar en la cuestión específica del trabajo en la sociedad contemporánea, es necesario perfilar los rasgos más amplios que va asumiendo nuestro mundo, en este torbellino de rapidísimas y prepotentes transformaciones.

Como ya hemos recordado, muchas son las opciones léxico-semánticas que se han propuesto para darle nombre a esta, todavía *en fieri*, época de cambio: “posmodernidad” (Lyotard, 1979), “segunda modernidad” (Beck, 2002), “modernidad líquida” (Bauman, 2007), “modernidad radical” (Giddens, 1997), “modernidad tardía” (Yock, 2012), “transmodernidad” (Dussel, 1999), “modernidad cansada” (Lanceros, 2006). No es fácil decidir por una de estas opciones, pues todas recogen elementos importantes del cambio en el cual estamos inmersos. Siguiendo Lyotard (1979) y el mismo Harvey (2004) hablaremos en este texto sobre todo de “posmodernidad”, no tanto para zanjar con el debate lingüístico, sino para poder seguir con las argumentaciones sin pararnos en complejas y un poco bizantinas disputas terminológicas. Todo ello no sin antes volver a alertar sobre el hecho que, si de cambio de época se trata, es un cambio todavía en acto, dinámico, abierto, casi diríamos rizomático, cuya cartografía resulta todavía borrosa, inconclusa, diseminadas de incertidumbres.

Las transformaciones que han desestructurado y vuelto a reestructurar nuestra sociedad son múltiples y en lo extremo complejas, muchas veces crípticas, todavía fragmentarias y confusas. Podemos, sin embargo, intentar un somero elenco, por supuesto incompleto y en cierta medida hasta arbitrario, centrándonos casi exclusivamente en el ámbito de las transformaciones económicas, que son las que más nos interesan con relación al tema del trabajo.

Y es justamente en este ámbito que se radicaliza la explotación de la fuerza de trabajo, se deshace la categoría de los derechos, se desarticulan las antiguas solidaridades colectivas y, finalmente, se opera una fundamental supresión y anarquía de cualquier forma de regulación de las relaciones capital-trabajo (Castel, 2010). El Estado se reduce, en este nuevo contexto, a un exangüe ectoplasma, achicado por el predominio de formaciones predatorias transna-

cionales, transformado en la sombra de lo que fue, si es que realmente llegó a serlo en algún momento.

Con la desregulación de la relación capital-trabajo, con lo que se ha convenido llamar el “pre y el poscontractualismo” (De Sousa Santos, 1999), con los procesos de globalización jerárquica que instalan relaciones basadas en un nuevo desequilibrio entre centro y periferia, con el progresivo pero radical debilitamiento del Estado del *Welfare* o Estado Social, con la descolectivización, reindividualización y refamiliarización de los riesgos, con el desborde de la lógica mercantil a todo ámbito de la sociedad, con el instalarse del “posfordismo bioproductivo” (Schibotto, 2022), con la transnacionalización de todos los aspectos de la vida económica, con la reprimarización energético-minera de las economías periféricas, con el pase de las políticas públicas desde el modelo de aseguramiento a políticas de neoasistencialismo, construidas sobre una focalización centrada en la vulnerabilidad y no en el horizontes de la universalidad de los derechos de la ciudadanía: con todo ello, y más allá de los bombos y platillos de la falsa retórica centrada en el progreso y en el bienestar, se asiste, de hecho, al configurarse de un nuevo modelo de acumulación, que asume rasgos de una salvaje e impiadosa redistribución de la riqueza mundial en favor del capital, y con modalidades de extracción de plusvalía que obedecen a una lógica de hipermaquiavelismo, en donde lo humano pasa por un proceso de inmisericorde instrumentalización.

Todo ello se traduce en una nunca vista concentración de la riqueza. Cerca de la mitad de la riqueza mundial está en manos del uno por ciento de la población, que posee en conjunto unos 110 billones de dólares (81 billones de euros), según los datos divulgados por la organización humanitaria Stichting Oxfam International (2020).

Se considera que esta plaga de la inequidad supone un grave riesgo para el progreso de la humanidad. La desigualdad económica extrema y el progresivo secuestro de los procesos democráticos por parte de las élites (Agamben, 2005). son demasiado a menudo interdependientes. La falta de control en las instituciones políticas produce su debilitamiento, y los gobiernos sirven abrumadoramente a las élites económicas en detrimento de la ciudadanía de a pie. Llegamos así a un extremo inaudito, por lo cual un solo individuo, en este caso

Elon Musk, detiene el poder de poseer y manejar una red satelital capaz de condicionar la política, la diplomacia y la acción militar de los Estados.

Este es el modelo civilizatorio que se está imponiendo en todo el mundo, un modelo que gira alrededor de un sistema de acumulación sin frenos, enmarcado dentro de una universal y prepotente mercantilización y de la siempre más acelerada e impiadosa producción de excedentes humanos, miles de millones de hombres prescindibles, desafiados, humanidad de sobra. Como nos recuerda Viviane Forrester (2020):

Aquí aparece quizá la sombra, el anuncio o el rastro de un crimen. No es poca cosa cuando una sociedad lúcida, sofisticada, conduce a toda una 'población' [...] hasta los extremos del vértigo y la fragilidad: a las fronteras de la muerte y tal vez más allá. Tampoco es poca cosa inducir a aquellos a quienes avasalla a buscar, mendigar un trabajo, de cualquier tipo y a cualquier precio (es decir, el menor). Y si no todos se entregan en cuerpo y alma a la búsqueda vana, la opinión general es que deberían hacerlo. (p. 25)

A finales de los años '70 del siglo pasado, la crisis económica, iniciada por los choques en los precios del petróleo, reveló el agotamiento del régimen de acumulación del capital de la época del industrialismo. Desarrollado en torno a una economía productiva basada en factores tangibles (tierra, capital y trabajo), y dependiente del Estado-Nación para las reglas nacionales del juego de acumulación, el régimen de acumulación del capitalismo industrial entró en crisis irreversible. Eso dio inicio a la formación de un régimen de acumulación de capital de naturaleza corporativa, de carácter transnacional, de alcance global y dependiente de factores intangibles (información, financiarización y virtualidad). Los cambios derivados de esta revolución económica, que integran a la llamada globalización, bajo etiquetas como reajuste estructural, reforma económica, modernización productiva, privatización, liberalización, desreglamentación, mega-fusiones, reconversión productiva, flexibilidad laboral, dolarización de las economías nacionales, integración regional y fondos competitivos, ya no pertenecen a la época del industrialismo; ellos están cambiándola bajo una nueva visión económica de mundo. Se configura y se impone el mundo del posfordismo.

Todo ello, por supuesto, no se limita a modificar marcos macroeconómicos abstractos. Las resonancias sistémicas de la reconversión epocal que se está consumiendo repercuten en la cotidianidad de miles de millones de personas concretas, cuyos proyectos de futuro, individuales, familiares, colectivos, comunitarios, nacionales, resultan destrozados por la lógica de una universal mercantilización. Siempre más grupos poblacionales numerosos, en cada rincón del mundo, se descubren sobrantes en el lugar en donde nacieron y en donde se encuentran, y son empujados a moverse en un desplazamiento hacia ilusorias posibilidades de reterritorialización. Las distintas formas de un nomadismo obligado y, en algunos casos genocida, se vuelven una cifra determinante no tan sólo del panorama del mundo globalizado de hoy, sino del ya recordado y específico modelo de acumulación capitalista posfordista o de la modernidad tardía. Los millones de mexicanos que han cruzado la frontera para recolocarse como fuerza de trabajo barata en los Estados Unidos, los emigrantes africanos que se escapan de la guerra o del impiadoso *land grabbing* y de la destrucción de sus milenarias formas de economía familiar campesinas, los sirios que huyen hoy de un desplome de su nación que los deja como carne de cañón, los siete millones de desplazados de Colombia que desde sus comunidades campesinas y/o indígenas se han visto impulsados a venirse en ciudades que los tragan y los escupen en las ínfimas estratificaciones de la exclusión: toda esta bíblica trasmutación de un lugar a otro, este cambio de territorio, esta masiva y ubicua itinerancia, diáspora, éxodo, destierro, trashumancia, con su descomunal carga de sufrimiento, muerte, desarraigo, humillación, resentimiento, deshumanización no surge de la nada o de un capricho de miles de millones de personas y pueblos, sino es el resultado de un conjunto de formaciones predatorias, y por otro lado produce a su vez una incommensurable cantidad de brutalidades elementales, como nos recuerda Saskia Sassen (2015)

En tal contexto se modifican profundamente, como ya se mencionó, también las condiciones laborales de la mayoría de los trabajadores en todo el mundo. Una serie convergente y compleja de fenómenos económicos, políticos, culturales rompe definitivamente con el modelo anterior de las relaciones capital-trabajo. El resultado de todo ello es una acelerada expulsión de contingentes siempre más amplios de fuerza de trabajo de los procesos producti-

vos, fuerza de trabajo que en parte (minoritaria) se reubica en un fragmentado mercado laboral, en formas mucho más precarizadas, inestables, flexibles, inciertas, y con niveles de vida siempre más ínfimos. Para la mayoría de los expulsados no queda otro destino sino el de volverse, lo repetimos, excedentes, innecesarios, prescindibles, desafiados de cualquier contrato social, ya sea explícito que implícito. Esta forma dramática de expulsión no necesariamente se traduce en una migración de un lugar a otro, pero sí en una migración de un territorio de derechos, de protección, de certidumbre, a uno de desamparo, de inquietud y de angustia, además que de carencias materiales. Esta exclusión masiva es la lógica intrínseca del actual sistema de acumulación, que recupera su rostro saqueador e insaciable, una suerte de modernización inhumana de la acumulación originaria. Se expulsa humanidad de cualquier lugar social, se les roba el sentido de una función social, de una identidad y de una pertenencia, haciendo patente el desmoronamiento de las antiguas solidaridades colectivas y una radical reindividualización de los riesgos.

Este nuevo régimen de acumulación pasa también de la centralidad de la producción a la centralidad de la circulación y del consumo, llegando al fenómeno hoy hegemónico del hiperconsumismo. Al mismo tiempo se ha consolidado una radical aceleración en los progresos tecnológicos, desde la robótica, a la información, a la comunicación, a los ecosistemas tecnomediados, hasta el mundo del *Big Data* y de la que algunos autores empiezan a llamar la “dochumanidad” (Ferraris, 2021). También hemos asistido a la crisis de las ideologías y de los grandes metarelatos que habían caracterizado el siglo XX, lo que ha llevado a la atomización de las prácticas identitarias y discursivas, al sinsentido de la parcelación monosilábica del existir. En un mundo de hipertextualidad en todo campo, de mixturación e hibridez cultural, de pase de la metáfora arbórea a la metáfora rizomática (Peirone, 2014), se asiste a la dominación de los códigos de lo efímero, de la fragmentación, de la discontinuidad, de lo contingente. En este contexto el sujeto mismo parece desvanecerse en esta diseminación de juegos de lenguaje: la biografía personal adviene en la forma híbrida de una polisemia narrativa en permanente construcción, donde el yo ha perdido su unidad tradicional, inscribiéndose en las gramáticas de la multiplicidad, la yuxtaposición, la disyunción, la fluidez.

Todo ello nos hace propender por la hipótesis que la posmodernidad no se agote en una serie, aunque compleja y múltiple, de cambios, sino que se vaya consolidando como un propio y verdadero cambio de época, un horizonte nuevo de la historia, un horizonte que todavía necesita encontrar su propio lenguaje, su propio alfabeto heurístico, como bien nos lo señala Zygmunt Bauman (1996):

La posmodernidad no es un mutante contaminado de modernidad, tampoco una modernidad en estado de colapso, o un caso de modernidad en crisis o en indisposición temporal aunque salvable. Al contrario, no es sino una condición social determinada por sus propios rasgos distintivos, prácticamente autosostenible y contenida en sí misma. La teoría de la posmodernidad no puede ser, por tanto, una teoría de la modernidad modificada o con signo adverso. Una adecuada teoría de la posmodernidad solo puede ser construida en un espacio cognoscitivo ordenado por un conjunto de premisas diferentes y por exigencias de su propio lenguaje. Esta teoría será relevante en la medida en que se libere de conceptos y problemas generados por el discurso de la modernidad. (p.4)

En el contexto de todos estos cambios es inevitable una suerte de sentimiento de desorientación, de radical interrogación sobre cómo se va constituyendo un nuevo modelo civilizatorio, pues todavía el nuevo alfabeto es incierto, complejo, contradictorio, fragmentario, indescifrable con las viejas categorías a las que estábamos acostumbrados. De manera que muchas veces nos sentimos, casi podríamos decir, angustiados, asombrados, duramente interpelados por estos cambios. Un poco como en la situación descrita por Italo Calvino (2012), cuando decía: "...a veces la complejidad de las cosas aparece como un sobreponerse de estratos netamente separables, como las hojas de una alcachofa, otras veces, por el contrario, como un aglutinamiento pegamentoso." (p.15)

*

¿Una sociedad sin trabajo o diseminación, difuminación y mimetismo del trabajo en el mundo de hoy?

¿Cómo se reconfigura el trabajo en este contexto de la posmodernidad?

Recurriendo a un elemental esquematismo, podríamos decir que el debate actual sobre el trabajo nos presenta una contraposición entre dos posturas interpretativas antitéticas, aunque con muchos posicionamientos intermedios e híbridos entre los dos extremos.

Por un lado hay quienes se orientan a ver una progresiva disolución del trabajo en el mundo posmoderno, a raíz no solo de los nuevos avances tecnológicos, en particular de la robótica, sino, más en general, en fuerza de una paulatina desmaterialización de la producción, de una generalizada desalarización de las relaciones laborales, de una prepotente financiarización de la economía, de un deslizamiento, siempre más evidente, de los momentos neurálgicos de la valorización del capital desde la producción al consumo.

Inesperadamente el primero que intuyó este horizonte futuro de la insignificancia del trabajo fue el mismo Marx, quien llegó a profetizar un mundo en donde el valor y el plusvalor serían producidos principalmente por el capital muerto, reduciéndose el capital vivo a una porción apendicular del proceso de valorización del capital. Dice a tal propósito el mismo Marx (1976):

En la misma medida en que el tiempo de trabajo -el mero cuanto de trabajo- es puesto por el capital como único elemento determinante, desaparecen el trabajo inmediato y su cantidad como principio determinante de la producción -de la creación de valores de uso-; en la misma medida, el trabajo inmediato se ve reducido cuantitativamente a una proporción más exigua, y cualitativamente a un momento sin duda imprescindible, pero subalterno frente al trabajo científico general, a la aplicación tecnológica de las ciencias naturales por un lado, y por otro frente a la fuerza productiva general resultante de la estructuración social de la producción global, fuerza productiva que

aparece como don natural del trabajo social, aunque [sea, en realidad, un] producto histórico. (p.217)

Y bien comenta al respecto Paolo Virno (2001) que Marx sustenta aquí

... una tesis poco «marxista»: el saber abstracto —el científico en primer lugar, pero no sólo— está llamado a convertirse, precisamente en virtud de su autonomía respecto a la producción, nada menos que en la principal fuerza productiva, relegando el trabajo parcelado y repetitivo a una posición residual. (p.146).

En otras palabras, el desarrollo mismo de la técnica, objetivada en las máquinas, va a determinar una progresiva marginalización del trabajo vivo, concreto, inmediato, en favor de un potente e imponente dominio de la tecnología como principal motor del proceso de valorización del capital.

Sobre este texto de Karl Marx el debate ha sido y sigue siendo muy conflictivo y controversial, pero seguramente podemos decir que ya allí se colocó la pregunta central sobre el destino del trabajo, con relación a los progresos científicos y tecnológicos.

Volviendo a nuestros días, recordemos que entre los varios autores que se orientan a decretar la progresiva desaparición del trabajo, no solo como factor productivo sino también como fundamental expresión existencial del hombre, está un texto, casi diríamos fundacional, de Jeremy Rifkin (2010), con un título de fuerte impacto: “El fin del trabajo”.

En este texto, de fundamental importancia, el autor quiere demostrar que hemos entrado en una nueva fase de la historia humana, en la cual ya aparece una permanente decadencia del trabajo, por lo menos en las formas clásicas en las que hasta ahora lo hemos conocido. El desempleo y el infraempleo, y en general las personas que de una u otra forma carecen de trabajo, son fenómenos siempre más contundentes y que no parecen poder ser solucionados ni por las decisiones políticas, ni por los procesos económicos. Sobre todo los recién llegados al mercado laboral encuentran muy escasas posibilidades de posicionamiento, debido sobre todo a la nueva revolución tecnológica, a los siempre más sofisticados ordenadores, a la robótica y más recientemente a la

inteligencia artificial. Las formas de alta y altísima tecnología están sustituyendo rápidamente a los seres humanos en la mayor parte de los sectores económicos, productivos, de la agricultura, del transporte, de la fabricación, de la comercialización, de la logística, de la financiarización y del consumo, entre otros. En este contexto, se están sustituyendo un número siempre más alto de trabajadores y una variedad siempre más extensa de tipologías de trabajo, así que se puede esperar que la gran mayoría de los trabajos van a desaparecer para no volver nunca. Finalmente, Rifkin sostiene que el horizonte futuro de nuestra sociedad es una división neta entre una pequeña minoría que conforma una élite bien informada que controlará y gestionará la economía global de alta tecnología, y por otro lado un creciente número de trabajadores permanentemente desplazados, sin perspectiva de futuro y sin esperanza de poder conseguir un trabajo aceptable, en un mundo cada vez más automatizado. En este sentido Rifkin retoma la previsión de Castel (2010), sobre la polarización de la sociedad presente y futura, por un lado en un pequeño y reducido grupo de “individuos por exceso” (p.226), no encuadrados en regulaciones colectivas ni con aspiraciones generales, sino caracterizados justamente por el exceso de subjetividad y de recursos y disponibilidades que los lleva a separarse de las ligazones y afectos sociales; y, por el otro lado, en una gran y desbordante mayoría de “individuos por defecto” (p.219), cuya existencia se consume en un contexto de descomposición de las protecciones de la sociedad a hegemonía salarial, y también de instituciones sociales como la familia, los partidos políticos, la iglesia, los sindicatos, etc.

Por ello es necesario pensar en formas alternativas los planteamientos más habituales en torno al trabajo, y también repensar completamente la formas de generación de los ingresos y de distribución de la riqueza.

Hay muchos otros autores que, de una u otra forma, comparten estas ideas de Rifkin. Entre ellos seguramente hay que recordar a Habermas (1986), el cual habla de una verdadera y propia pérdida de la utopía de la sociedad del trabajo, pues afirma que “el trabajo ya no es una categoría de explicación dominante de nuestra sociedad, si por trabajo se entiende una praxis particular que consiste en oponerse el hombre a la naturaleza para transformarla, en consecuencia al mismo tiempo transformarse a sí mismo... (p.27); y más adelante

siempre el mismo Habermas afirma que “por encima de todo, la utopía del trabajo perdió en la realidad la fuerza estructurante y socializadora del trabajo abstracto” (p.32). Estaríamos, entonces, frente a un verdadero y propio cambio de época, en el tránsito de una sociedad fundada justamente sobre el trabajo a una sociedad que Habermas define esencialmente como comunicacional.

Otro autor que reflexiona sobre la que parece ser una verdadera y propia desaparición de la sociedad del trabajo o del trabajo en la sociedad es Claus Offe (1985), el cual habla de la noción de trabajo. Offe relaciona esta desaparición del trabajo al cambio científico y tecnológico, que aumenta enormemente la productividad, pero reduce la cantidad de trabajo que incorpora cada producto. Se puede hablar, entonces, de una erosión de los fundamentos culturales y políticos de una identidad colectiva que era conectada fuertemente al trabajo, pues para Offe “la producción de bienes en la contemporaneidad se genera cada vez más en el margen de las actividades laborales formales y contractuales y existe una suerte de escisión entre el trabajo asalariado y otros tipos de trabajo”. (p.34)

También André Gorz (1995) asume que asistimos a una pérdida cuanto menos de la centralidad del trabajo, y coloca el problema del así llamado ingreso de existencia o ingreso de ciudadanía. Gorz es atento en analizar como la reducción de empleo no se debe solamente a las TICs, sino también a las nuevas formas de organización de las empresas, de la producción y del trabajo, que suponen la existencia de un siempre más amplio ejército industrial de reserva, y tendríamos que decir que ya esta categoría es superada, pues ya no de reserva se trata sino, como nos recuerda la ya mencionada Susan Forester (2000), de verdaderos y propios excedentes humanos o, en otras palabras, de una humanidad de sobra.

Gorz desarrolla su razonamiento postulando una desconexión entre el trabajo y la remuneración y la necesidad de crear una asignación o un ingreso de existencia. Está aquí el corazón del problema y el corazón del conflicto; se trata de desconectar el trabajo del derecho a tener derechos y especialmente el derecho a ceder lo que es producido y reproducible sin el trabajo o con cada vez menos trabajo. A todo ello, agregamos nosotros, se articula un movimiento aparentemente opuesto y contrario, que, sin embargo, integra y comple-

menta el anterior. Se trata del fenómeno por el cual la continua erosión de las retribuciones laborales muchas veces conduce los trabajadores de hoy, también en los países más desarrollados, a no estar garantizados por su trabajo, pues reciben un pago tan misérrimo que no los preserva ni de la exclusión, ni de la pobreza y hasta de la pobreza extrema. De ahí la nueva categoría que se ha acuñado de *working poor* (Shipler, 2020), o sea de un trabajo que no garantiza mínimamente la inclusión en la esfera de los derechos sociales y económicos.

En el otro frente de este tan controversial y conflictivo debate sobre el destino del trabajo en la sociedad contemporánea, se colocan aquellos autores, y son muchos, que piensan que no de desaparición del trabajo se trata, sino de una suerte de mimetismo, es decir de transformaciones tan sustantivas y significativas del trabajo humano, que producen una equivocación entre un supuesto fin del trabajo y un reforzarse del mismo en formas atípicas y no tradicionales, y por ende en muchos casos no fácilmente reconocibles (Antunes, 2000; Neffa, 2003; De La Garza, 2009; Germinal Pagura, 2018; Virno 2003; Hardt, Negri, 2002, entre otros.)

Pionera en estructurar este nuevo ángulo de mirada sobre el trabajo en el así llamado posfordismo, fue seguramente una corriente de pensamiento relacionada con el autonomismo italiano y liderada por el recién desaparecido Tony Negri. Para este autor estamos asistiendo a una reconfiguración radical del capitalismo, caracterizada sobre todo por la pérdida de centralidad del trabajo industrial y asalariado y la consiguiente hegemonía del así llamado trabajo inmaterial. En esta misma corriente podemos situar también al italiano Paolo Virno, que en sus “Días tesis sobre la multitud y el capitalismo posfordista”(2003) sostiene que sí hay tal vez una reducción del tiempo de trabajo entendido en manera tradicional, pero al mismo tiempo se impone un aumento exponencial de los tiempos de producción, tiempos en los cuales todos estamos involucrados.

Escribe Virno:

En el posfordismo el tiempo de producción comprende el tiempo de no-trabajo, la cooperación social que en él se radica un tiempo de producción. Llamo, entonces, trabajo la unidad indisoluble de vida

retribuida y vida no retribuida. Llamo entonces no-trabajo la cooperación social visible y la cooperación social no visible. El tiempo de trabajo es sólo un componente y no necesariamente el más relevante del tiempo de producción así entendido [...] Habría que decir que el plusvalor en época posfordista está determinado sobre todo por el hiato entre un tiempo de producción no computado como tiempo de trabajo y el tiempo de trabajo propiamente dicho. No cuenta solo la diferencia interna al tiempo de trabajo, entre tiempo necesario y plus trabajo, sino también, y tal vez más, la diferencia entre tiempo de producción (que en sí incluye el no-trabajo, su peculiar productividad) y tiempo de trabajo. (p.15)

En la misma dirección del autonomismo italiano Mígez Pablo (2013) afirma que:

... las facultades lingüísticas, comunicacionales y cognitivas de los seres humanos constituyen el principal recurso productivo. El general intellect involucra las actitudes más genéricas del espíritu, facultad de lenguaje, disposición al aprendizaje, capacidad de abstracción y de conexión, acceso a la autorreflexión, o sea intelecto en general implica una cooperación más amplia y heterogénea que la específica al campo de trabajo: son facultades afectivas, cognitivas, donde participan todos los sujetos. El trabajo inmaterial es el trabajo que crea bienes inmatrimales, es decir cuyo producto es inmaterial, como el conocimiento, la información, relaciones sociales o una respuesta emocional. (p.15)

En otras palabras, y este es un punto absolutamente central, mientras que para las tesis del fin del trabajo el mismo pierde centralidad y debe volverse residual en favor de otras actividades vitales, para el autonomismo el trabajo sufre una metamorfosis con la cual, lejos de desaparecer, pasa a invadir el conjunto de la vida social. Lo que desaparece, entonces, no es el trabajo, sino más bien el modelo taylorista y fordista de producción asalariada y los consiguientes modelos de regulación de las relaciones laborales.

En términos más generales, que comparten también otros autores que no propiamente se enmarcan en el ámbito del autonomismo italiano, estamos asistiendo a una ampliación de las capacidades y actitudes puestas a trabajar,

junto con una extensión de los tiempos y espacios de trabajo, e incluso con una cierta mixturación de los mismos, al punto que tiempos y espacios de trabajo y de no-trabajo se están siempre más confundiendo, como nos recuerda Germinal Pagura (2018): “El trabajo no estaría ni reduciéndose ni recluyéndose en una esfera instrumental limitada; por el contrario, se estaría tornando más comunicativo, más afectivo, incluso más autónomo, sin perder por eso el carácter, aunque no tradicional, del trabajo” (p.22).

Para entender esta metamorfosis del trabajo en la sociedad contemporánea es necesario acudir a dos conceptos que pueden servir como punto de partida. Se trata de la categoría de biopolítica (Esposito, 2006; Foucault, 2007; Lazarato, 2000; Sánchez 2007; Urgate, 2005) y de la categoría de psicopolítica (Byul Chung Han, 2014). En resumidas cuentas, podemos decir que todos estos autores insisten en el hecho de que hay un proceso expansivo inagotable, desbordante de los procesos de mercantilización, es decir de reducción a la lógica del valor de intercambio. Este fenómeno se da en todos los ámbitos de la vida de las personas y de la vida de la sociedad, incluyendo los tiempos tradicionalmente no considerados como tiempos de trabajo. En todo ello está incluido también todo el complejo, profundo e inagotable territorio interior de los seres humanos. Es en este sentido que se podría hablar de “psicopolítica” (Han, 2016) o de “capitalismo de las emociones” (Schibotto, 2019). Dice al respecto el filósofo sur-coreano:

Nos dirigimos a la época de la psicopolítica digital. Avanza desde una vigilancia pasiva hacia un control activo. Nos precipita a una crisis de la libertad con mayor alcance, pues afecta a la misma voluntad libre. El *Big Data* es un instrumento psicopolítico muy eficiente, que permite adquirir un conocimiento integral de la dinámica inherente a la sociedad de la comunicación. Se trata de un *conocimiento de dominación* que permite intervenir en la psique y condicionarla a un nivel pre-reflexivo. (Han, 2016, p. 14)

Y Schibotto (2019) insiste en que:

El capitalismo contemporáneo quiere remodelar todos los pluriversos emocionales de los sujetos en conformidad a un universo emo-

cional único, y absolutamente controlado por los sutiles y refinados mecanismos de una heterodirección que, interiorizada por los sujetos mismos, aparece como una supuesta e infinitamente dilatada expansión de la libertad y autonomía, en el contexto de un hedonismo presentista, individualista e finalmente incapaz de cualquier forma de postergación de la gratificación inmediata, disolviéndose así el horizonte ético, colectivo, político de la vida humana. (p.289)

El capitalismo empezó mercantilizando la fuerza de trabajo, pero luego fue ensanchando los ámbitos de su dominio. En otras palabras, hoy subsume todo el valor de uso al valor de cambio: su nueva y tal vez última frontera podría radicar en la subsunción y mercantilización de la entera existencia humana, es decir que toda nuestra existencia degenera en una verdadera y propia inagotable y omnívora mercancía experiencial. Dice al respecto Toni Negri (2010):

Nosotros nos encontramos en una sociedad en la que la subsunción se da en modo real completo, contemporáneo. No está más afuera, no un afuera ni natural ni de valor: no hay más valor de uso, solo hay valor de consumo. Nosotros vivimos en una sociedad que es una sociedad capitalista completa...la conquista capitalista de la sociedad difunde la relación capitalista a todo el horizonte posible. No existe más el afuera...porque la vida ha sido subsumida por el capital. (p.76)

En otras palabras, y como nos recuerda Posada Martínez (2010):

En determinado pasaje del desarrollo capitalista los poderes del trabajo se han visto infundidos por los poderes de la ciencia, la comunicación y el lenguaje. La transformación radical de estas fuerzas productivas son las que han redefinido la totalidad del trabajo y todo el horizonte mundial de la producción. Son entonces esas nuevas fuerzas y nuevas posiciones de trabajo efectivo las que han caracterizado la fuerza de trabajo tanto corporales como intelectuales. Es por ello que esos poderes de la producción hoy son visto en su totalidad como biopolíticos, es decir que atraviesan y constituyen no sólo la producción, sino todo el ámbito reproductivo.

Siempre en esta misma dirección se mueve Pagura (2018):

En las industrias culturales vinculadas al tiempo de ocio se verificaría este paso: la compra mercantil de la experiencia vital misma. Lo que se estaría verificando hoy, el rasgo definitorio del capitalismo ‘posmoderno’, es la mercantilización directa de la experiencia misma: lo que se está comprando en el mercado son cada vez menos productos (objetos materiales) para poseer, y cada vez más, experiencias vitales –experiencias de sexo, comida, comunicación, consumo cultural, participación en un estilo de vida–. Los objetos materiales cada vez más sirven sólo como sostén para esta experiencia, que se ofrece cada vez más en forma gratuita para seducirnos a comprar la verdadera mercancía experiencial”. (p.47)

Es así que el trabajo, en vez de desaparecer, se vuelve proteiforme, rizomático, browniano, sutilmente mimetizado, capaz de ocupar fronteras y espacios libres entre tiempos de trabajo y tiempos de no-trabajo, entre momentos de actividad y momentos de ocio, hasta ocupar todos los territorios, todos los ámbitos, todos los intersticios, todas las intersecciones, toda la laberíntica microcapilaridad de la vida de las personas, de los cuerpos de las personas, de las interioridades y de las intimidades de las personas, y finalmente de toda la sociedad del capitalismo de hoy, impulsado por su constitutiva, bulímica, insaciable hambre acumulativa. El capitalismo de hoy ya no puede expandirse a nivel geográfico, pues todo el mundo se puede decir que ha sido subsumido por la lógica del capital. Pero, no tuvo razón Lenin (1990) en pensar que esta imposibilidad de expandirse geográficamente significaría el colapso definitivo del capitalismo mismo. Este capitalismo hoy coloniza en profundidad, es decir penetra las capas hasta ahora reglamentadas por la lógica del valor de uso y las somete todas a la lógica del valor de intercambio, es decir a la lógica de la valorización del capital. Es así que según todos estos autores se pueden decir que ya no de fin o desaparición del trabajo se trata sino, paradójicamente, de un auge sin precedentes del trabajo, que se presenta en formas no tradicionales, no clásicas, muchas veces no visibles, no abiertas y que coinciden con cada momento de la vida y de las experiencias de las personas y con la vida y las experiencias de la sociedad.

Tres fenómenos, en particular, es importante destacar.

En primer lugar, estamos asistiendo a una serie de procesos de transformación que se basan en la rarefacción, difuminación, extrema parcelación y microminiaturización (una suerte de hipertaylorismo, por ejemplo de la web) del trabajo. Estos tres procesos concurren al desborde y al mismo tiempo a la mimetización e invisibilización de las formas atípicas de trabajo en la contemporaneidad.

En este marco en el trabajo hoy se cruzan dos procesos convergentes: por un lado un proceso de extensión, de desborde, casi diríamos de inundación del trabajo en todos los ámbitos de la vida de las personas y de la sociedad y, al mismo tiempo, un proceso de ocultamiento de estas nuevas configuraciones del trabajo, de un verdadero y propio enmascaramiento del trabajo, que en muchos casos sí existe y sigue constituyendo el tejido más potente y, al mismo tiempo, prepotente de nuestras vidas, pero sin ser reconocido por los mismos trabajadores.

Por otro lado, hay que recordar que tradicionalmente el trabajo estaba referido sobre todo al momento productivo, mientras que el momento reproductivo y el momento del consumo no eran considerados momentos de trabajo. El trabajo en el sector terciario, comercialización y servicios se colocaba en un lugar intermedio, pues sí suponía una parte consistente de trabajo, pero un trabajo casi apendicular respecto a la actividad en la fábrica, en función de la producción de mercancías tangibles. Hoy en día, en cambio, asistimos a una recolocación de las nuevas formas de trabajo desde el momento de la producción al momento de la comercialización, de los servicios y también, o tal vez sobre todo, del consumo. Aún más, podemos pensar que el consumo mismo, en su forma propiamente virulenta del hiperconsumismo, deviene un momento productivo. Y de allí a considerar la actividad de consumo como actividad de trabajo el paso es corto, aunque, lo reconocemos, un tanto resbaloso. Pionero profético de esta nueva apertura epistémica, que considera el consumo, y hoy en día el hiperconsumo, como momento productivo y, por ende, como momento de trabajo, ha sido el famoso filósofo francés Jean Braudillard (2009), quien insiste sobre el desplazamiento de los procesos de valorización del capital desde el momento propiamente de la producción al momento del consumo, y al configurarse de ámbitos en los cuales se superponen producción y consumo, consumo y producción. Para este autor, asistimos a una verdadera y propia inversión del orden

temporal y lógico del ciclo producción y consumo, en el sentido que el origen y la construcción (ideológicamente determinadas) de las necesidades se dan antes de una producción, que solo en un sucesivo momento se adecua a ellas.

Es suficiente, para empezar a visualizar el consumo como producción pensar que el trabajo en el sector de los servicios, de la comercialización y del mismo consumo resulta ser un momento preponderante en los procesos de valorización del capital. La afirmación que el consumo deviene un tiempo y un espacio social de trabajo puede sonar herética y hasta contradictoria, pero tal vez sea la sola en condición de representar significativamente lo que está sucediendo en el mundo del trabajo de hoy. Todo este complejo proceso muy bien lo resume Luis Enrique Alonso (2004), quien sostiene lo siguiente:

Superada la etapa del orden productivo del primer taylorismo y fordismo, y a partir de la maduración del ciclo expansivo de la salida de la segunda guerra mundial, el consumo entra en un orden general de las significaciones en el que las dimensiones simbólicas tienden a recubrir y totalizar cualquier práctica adquisitiva. Del objeto aislado, pasamos así al sistema de objetos, del bien simple al '*standard package*' (el conjunto de mercancías que se muestran imprescindibles en el nuevo hogar postradicional), de las necesidades a los deseos y de la funcionalidad en el uso a la funcionalidad en la representación dentro del sistema social de aspiraciones. La constitución orgánica de la mercancía de consumo ya no es solo la que se deriva de la racionalización de su forma de producirse, sino la de la estimulación de su demanda y la demanda asociada cada vez en más amplias cadenas de adquisiciones complementarias.

La producción de la demanda entra a ser tan necesaria como la producción de la oferta misma".(p.19)

Este pase de la etapa del "orden productivo" a la etapa del orden hiperconsumista reconfigura también las cartografías de los territorios del trabajo e lleva a una permanente, compleja y a veces desapercibida hibridación de las actividades productivas y de las actividades de consumo. Pensamos, por ejemplo, a las redes sociales. Un usuario de Facebook es seguramente consumidor,

pues utiliza todos los servicios de la plataforma , pero al mismo tiempo es productor en cuanto produce datos monetizables por las empresas, produce contenidos con la colocación de fotos, vídeos, mensajes, etc., y, finalmente, contribuye a la valorización de mercancías virtuales simplemente tecleando un *emoticon* “me gusta”, para tal o cual contenido que circula por la red. Es por ello que se ha propuesto, por parte de Alvin Toffler (1980), el neologismo, hoy muy de moda, de *prosumer* o prosumidor o proconsumidor. Un *prosumer* o prosumidor es tanto un productor como un consumidor, que compra productos y servicios, pero también contribuye a su producción. Los prosumidores o prosumers representan una nueva forma de producción/consumo . Se trata de consumidores que a su vez son productores, que tienen cada vez más acceso a la tecnología que les permite participar en la producción de sus propios productos y servicios que consuman. Ejemplos de ello son, entre muchísimos otros, McDonald’s, Lego, Ikea, Chef Mont y en general todas las plataformas de las redes sociales.

En 2014 McDonald’s lanzó un nuevo servicio, en el que permitía a sus consumidores, según el tipo de cliente, la personalización y creación de su propia hamburguesa con sus preferencias y gustos. Estas hamburguesas se dieron a conocer a los demás consumidores. Las 5 hamburguesas más votadas por los consumidores fueron luego producidas por McDonald ‘s.

Lego ofrece a sus clientes poder registrarse como clientes oficiales. De esta forma, les permite tener una comunidad exclusiva de miembros. Lego recopila las ideas de posibles nuevos juguetes de construcción para ponerlas en votación, donde el público tiene que decidir cuál es la más creativa y original. En caso de que la idea propuesta alcance más de 10.000 votos, entonces Lego considerará la opción de producir y lanzar el nuevo juguete al mercado.

Por otro lado, en su página web, Ikea permite a sus consumidores la opción de poder planificar sus habitaciones, cocinas, salones, etc. a través de un planificador 3D, donde los clientes pueden ver el resultado final bajo sus requisitos de diseño en el proceso de compra. Además, en caso de necesitar ayuda, los consumidores cuentan con la opción de enviar su diseño por email al soporte de Ikea, y de forma gratuita, validan el diseño propuesto para que puedan realizar la compra desde el propio sitio web.

Chef Mont es una marca colombiana, especializada en la venta de clases de cocina a domicilio. Los consumidores interesados en el servicio, pagan por la clase que ellos elijan, recibiendo en su domicilio, una caja con todos los ingredientes necesarios para la clase, para posteriormente, por la noche, poder conectarse a través de plataformas como Zoom y realizar la clase de manera virtual.

Este discurso sobre los desplazamientos del trabajo en el mundo de hoy podría seguir profundizándose mucho más, pero ello desbordaría de las finalidades de este texto. En síntesis, podemos resumir el meollo de esta breve reconstrucción, parcial y limitada, del debate sobre el trabajo en una época de posfordismo avanzado, diciendo que la actividad laboral del hombre se ha venido expandiendo, diseminándose, ramificándose rizomáticamente, hibridándose en laberínticos mestizajes con otras formas de actividades humanas, mimetizándose, ocupando y colonizando todos los intersticios, los microcapilares de la vida y de la experiencia, asumiendo caras polifacéticas, máscaras y códigos difícilmente descriptables, al punto que podríamos decir que casi no existe segmento poblacional ni momento de nuestra vida que no sean permeados por el nuevo y críptico alfabeto del trabajo. Lejos de desaparecer, el trabajo aparece en cada lugar y en cada momento de nuestra experiencia individual, familiar y social y, por ende, nos coloca frente a nuevos e inquietantes interrogantes sobre los nuevos procesos y territorios de las cadenas de valorización del capital y de la explotación.

*

El oculto y laberíntico enjambre de las cadenas de valorización del capital y el desborde de la explotación en el neoliberalismo de la posmodernidad

Todo el discurso desarrollado hasta ahora sobre las nuevas cartografías del trabajo y , más en general de la producción en el mundo contemporáneo, nos lleva necesariamente a repensar también las reconfiguraciones de los proce-

sos de valorización del capital y por ende también de la explotación. Se trata en efecto de fenómenos estrechamente articulados a las actividades laborales y productivas.

Para entrar de frente en el asunto, diremos muy esquemáticamente que trabajo, procesos productivos, valorización del capital y explotación están estrechamente ligados. En particular, queremos destacar este último punto, es decir que siempre hubo explotación en las relaciones laborales y productivas. Dice al respecto Karl Marx (1999):

Dondequiera que una parte de la sociedad ejerce el monopolio de los medios de producción, el trabajador, libre o no, se ve obligado a añadir al tiempo de trabajo necesario para su propia subsistencia tiempo de trabajo excedentario y producir así los medios de subsistencia para el propietario de los medios de producción, ya sea ese propietario un aristócrata ateniense, el teócrata etrusco, un *civis romanus*, el barón normando, el esclavista norteamericano, el boyardo valaco, el terrateniente moderno o el capitalista. (p.280)

Marx codificó así la estrecha conexión entre valorización del capital, procesos productivos, trabajo y explotación con la expresión “relaciones de producción”, a la cual nosotros también haremos referencia. Las relaciones de producción han sido cambiantes en el transcurso de la historia. Siempre Marx, afirma que las relaciones de producción históricamente dadas no pueden ser definidas como una idea, sino que son un fenómeno real, concreto, que nace de las determinaciones a las que están sujetos los hombres concretos. En otras palabras, estas relaciones son un producto social que se transforma a través de dinámicas activas, conflictivas y reactivas, que corresponden a determinados contextos históricos. En todas las épocas hubo procesos de valorización del capital o, mejor dicho, de los medios de producción y procesos de explotación del hombre sobre el hombre.

Pero estos procesos han variado en el transcurso de los siglos, constituyendo también una caracterización fuerte y distintiva de los diferentes periodos de la historia del hombre. Así, por ejemplo, en las relaciones de producción basadas en la esclavitud, la relación entre el amo y el esclavo suponía un es-

tatuto jurídico de propiedad por parte del amo de la misma persona esclava, sometida a un dominio absoluto del dueño, el cual se apropiaba directamente de esta persona misma, privada de cualquier forma de derecho y que no poseía ningún porcentaje de los productos de su trabajo. En cambio, en la relación de producción basada en la servidumbre, típica de la así llamada economía curtense en el feudalismo, el dueño, que es propietario de la tierra, en aquel tiempo principal medio de producción, destina una porción de esta tierra a una familia de campesinos, la cual no es propietaria, sino, diríamos hoy, usufructuaria del terreno asignado. En cambio, esta familia tiene que devolverle al que sigue siendo dueño de la tierra una parte de la producción agrícola y también garantizar unas cuantas jornadas de trabajo gratuito (las *corvéés*).

El moderno capitalismo se caracteriza por una específica forma de valorización del capital y de explotación del trabajo humano. En primer lugar, hay que decir que el capitalista y el trabajador son jurídicamente y formalmente libres, y se colocan, en cuanto a formalidad jurídica, al mismo nivel como ciudadanos. Esta aparente libertad jurídica del trabajador permite al capitalista presentarse como alguien que no obliga a nadie a trabajar para él. Puede así ostentar una engañosa y aparente equidad relacional. En realidad bien sabemos como los trabajadores no son realmente libres de aceptar o no esta relación laboral, pues están obligados a hacerlo por factores no jurídicos, sino económicos, como son la necesidad material, la pobreza o dificultades de variada índole que atraviesan. En las relaciones de producción capitalista el trabajador ajena su propia fuerza de trabajo, y no su persona, como sucedía en la esclavitud, y a cambio de esta fuerza de trabajo recibe un salario, mayoritariamente en forma de dinero, aunque también haya un salario indirecto en forma de bienes y servicios, constituidos por prestaciones previdenciales, servicios sociales o, por ejemplo, que hoy se llama el *welfare* empresarial o *workfare* (Mittelstadt, 2006). Como decíamos antes, aparentemente esta relación es equitativa, y pareciera constituirse en base a un criterio de equilibrada reciprocidad. En realidad, y esto bien lo develó la obra de Marx, actúa en ella una disimulada forma de explotación. El trabajo que el capitalista paga al obrero no corresponde al valor producido por el trabajo del mismo, sino al valor que, en un cierto contexto social y un consiguiente sistema de necesidades, corresponde a los procesos de mantenimiento y reproducción de la fuerza de trabajo. Así

que, en realidad, el obrero produce un valor superior al salario, y de este ‘plusvalor’, que es producido por un ‘plustrabajo’, se apropia el capitalista. Dice al respecto el mismo Marx (1999):

El capitalista paga en el trabajo necesario el valor de la fuerza de trabajo (o su precio, divergente de su valor) y a cambio de ello obtiene el derecho a disponer de la fuerza viva de trabajo. Su aprovechamiento de esta fuerza de trabajo se descompone en dos períodos. Durante uno de esos períodos el obrero no produce más que un valor = al valor de su fuerza de trabajo, o sea, solo un equivalente. A cambio del precio adelantado de la fuerza de trabajo, el capitalista, de esta suerte, obtiene un producto del mismo precio. Es como si hubiera adquirido en el mercado el producto terminado. En el período del plustrabajo, por el contrario, el aprovechamiento de la fuerza de trabajo forma valor para el capitalista, sin que ese valor le cueste un sustituto de valor. Obtiene de balde esa movilización de fuerza de trabajo. Es en este sentido como el plustrabajo puede denominarse trabajo impago. El capital, por tanto, no es sólo la posibilidad de disponer de trabajo, como dice Adam Smith. Es, en esencia, la posibilidad de disponer de trabajo impago. Todo plusvalor, cualquiera que sea la figura particular, ganancia, interés, renta, etc., en que posteriormente cristalice, es con arreglo a su sustancia la concreción material de tiempo de trabajo impago. El misterio de la autovalorización del capital se resuelve en el hecho de que este puede disponer de una cantidad determinada de trabajo ajeno impago. (p. 167)

Entonces, en el capitalismo industrial clásico (primera y segunda revolución industrial), y en lo que sucesivamente será el capitalismo fordista, la explotación es, en su esencia, la apropiación del plusvalor producido por lo que Marx llama el trabajo impago. El plusvalor, a su vez, deriva de la diferencia entre el tiempo de trabajo y el tiempo de plustrabajo. Sobre este fundamental análisis de Marx se ha desarrollado, en el transcurso sobre todo del siglo XX un interminable y muy controversial debate. Pero no es esta la sede para entrar en ello. Más bien diremos, aún corriendo el riesgo de una excesiva simplificación, que en el capitalismo clásico, así como en el capitalismo fordista, el punto neurálgico de la cadena de valorización de capital, y también el foco

implosivo de la explotación se colocaban en el momento de la producción, sobre todo de la producción fabril y se centraban de forma casi exclusiva en el trabajo de los obreros de fábricas o, si queremos, más en general en los trabajadores de las manufacturas.

Todo este escenario ha venido radicalmente cambiando a finales del siglo pasado, y más aceleradamente en las últimas dos décadas del siglo presente. Las profundas modificaciones en el mundo del trabajo, que hemos analizado en el anterior apartado, han puesto en tela de juicio también las configuraciones de los procesos de valorización del capital y de las formas de explotación del capital sobre el trabajo humano. Es en este contexto que se habla hoy del “enigma del valor” (AA.VV., 2019) y de lo que nosotros definimos en este libro como el ‘desborde de la explotación’.

Hay que hacer una aclaración previa, para evitar cualquier sobreentendido. Pensamos que siempre, por su intrínseca naturaleza, el capitalismo se funda sobre la explotación. La explotación es el alma propulsora de su, casi podríamos llamarlo, natural instinto acumulativo. La inversión privada no puede concebirse sino al interior de una lógica de ganancia, de plusvalor, de acumulación, y todos estos procesos se basan en dispositivos de explotación, es decir de apropiación de riqueza producida por otros o pertenecientes a otros. La circularidad repetitiva de la economía curtense del feudalismo no es compatible con el capitalismo, que necesita una permanente expansión, un movimiento perpetuo acumulativo, que a su vez hacen necesarios y consustanciales dispositivos explotadores. En este sentido, seguramente hay la necesidad de una resemantización, históricamente colocada en el contexto del posfordismo y de la posmodernidad, de las categorías de valor y plusvalor y de la categoría de explotación. Y, sin embargo, esta revisión no merma en absoluto la idea fundamental de que la necesidad de producir plusvalor y, por ende, la necesidad de explotar el trabajo, la actividad, la vida humana representa la esencia misma del capitalismo. Solo cambian las formas en que estos procesos se dan en un nuevo marco histórico.

Ya hemos visto, en el anterior apartado, como el trabajo, y más en general los momentos productivos, no desaparecen, sino que se reafirman en formas actuales, específicas y también en gran parte desconocidas. Así los procesos

de valorización del capital y de producción de plusvalor, y consiguientemente los procesos de explotación del trabajo humano, no desaparecen, sino que al contrario se hacen más potentes, aunque con radicales cambios en sus técnicas no solamente procedurales, sino también en sus mecanismos sustantivos.

Que el capital siga siendo un sistema explotador lo demuestra la masiva transferencia de rentas del trabajo al capital (dicho sea en forma simplificada, de los pobres a los ricos) en las últimas cinco décadas. Esta masiva transferencia de riqueza ha sido bien ilustrada en el fundamental y documentalmente poderoso libro de Thomas Piketty (2014) “El capitalismo en el siglo XXI”, donde se sostiene que:

El crecimiento moderno y la difusión de los conocimientos [...] no modificaron las estructuras profundas del capital y de las desigualdades [...] Cuando la tasa de rendimiento del capital supera de modo constante la tasa de crecimiento de la producción y del ingreso, lo que sucedía hasta el siglo XIX, y amenaza con volverse la norma en el siglo XXI, el capitalismo produce mecánicamente desigualdades insostenibles, arbitrarias... (p.10)

Todo ello lo confirman también los recientes informes de OXFAM, que, en su último reporte sobre desigualdad del 2024, afirma:

Desde el año 2020, la riqueza conjunta de los cinco hombres más ricos del mundo se ha duplicado. Durante el mismo período, la riqueza acumulada de cerca de 5000 millones de personas a nivel global se ha reducido. Las penurias y el hambre son una realidad cotidiana para muchas personas alrededor del mundo. A este ritmo, se necesitarán 230 años para erradicar la pobreza; sin embargo, en tan solo 10 años, podríamos tener nuestro primer billonario. Una enorme concentración de poder empresarial y monopolístico está exacerbando la desigualdad en la economía mundial. Siete de las 10 empresas más grandes del mundo tienen un director general milmillonario, o a un milmillonario como su accionista principal. A base de exprimir a sus trabajadores y trabajadoras, evadir y eludir impuestos, privatizar los servicios públicos y alimentar el colapso climático, las empresas están impulsando la

desigualdad y generando una riqueza cada vez mayor para sus ya ricos propietarios. (par. 1 y 2)

Pensamos solamente a este tan controvertido personaje que es Elon Musk, que detiene un patrimonio personal de 447 mil millones de dólares, una cantidad de dinero que compite con el presupuesto anual de muchos Estados. Y si sumamos la riqueza poseída por los primeros 10 hombres más ricos del planeta alcanzamos la estratosférica cifra de 2010 mil millones de dólares (El Sole 24 Ore, 2025, pár. 5), una cantidad impresionante, equivalente al PIB de varios países latinoamericanos juntos. Es evidente que esta continua y explosiva transferencia de riqueza en manos de pocos es posible porque son activos múltiples y potentes mecanismos de explotación, que desbordan el simple plustrabajo fabril de corte fordista, mecanismos de explotación que se expanden, se infiltran, actúan en cada momento y en cada intersticio de la vida de las personas, de los pueblos, de las sociedades. Es una explotación, ubíqua, incesante, capilar, insinuada, difuminada, diseminada, omnívora. Y también disimulada, mimetizada, fragmentada, micro miniaturizada, demasiado compleja por ser fácilmente detectada y, muchas veces, casi imposible a ser descifrada justamente como explotación.

Esta enorme, desmedida y desbordante transferencia de riqueza del trabajo al capital, que se ha verificado en las últimas décadas, paradójicamente ha sido paralela a una reducción y debilitamiento tanto cuantitativo así como de posicionamiento económico social y político de la clase obrera de perfil tradicional, clase obrera que se había considerado como el foco hegemónico y fundamental de la extracción de plusvalía, es decir de la explotación, de la transferencia de riqueza de los grupos dominados a los grupos dominantes. Entonces, estamos frente a una aparente contradicción, puesto que mientras asistimos a una contracción histórica de los lugares, tiempos, y grupos poblacionales caracterizados por la explotación del capital, al mismo tiempo asistimos a una potenciación sin precedentes de esta misma explotación. (Míguez, 2020) Es evidente que para encontrarle explicación a esta contradicción hay que volver a rediseñar las usuales y consabidas cartografías de la explotación, y abrir nuevos campos de observación y nuevos escenarios, para entender estos complejos procesos de lo que hemos llamado el contemporáneo desborde de la explotación misma.

Nuestra hipótesis de partida es que, así como el trabajo se ha venido reconfigurando en formas múltiples, difusas, diseminadas, variadas, mimetizadas y con características nuevas, que desorientan la comprensión de todo este fenómeno, así la explotación está ocupando nuevos ámbitos y territorios de las vidas de las personas y de la sociedad, está penetrando en nuevos tiempos y espacios, está desbordando en actividades aparentemente ajenas al proceso de valorización del capital, finalmente, está poniéndose máscaras que ocultan los reales procesos de apropiación por parte de restringidos grupos de la riqueza producida por el conjunto, mejor diríamos por el colectivo de la sociedad.

Sobre esta hipótesis concuerdan muchos autores que han estudiado en profundidad este fenómeno. Así, por ejemplo el ya recordado Pagura (2018) dice lo siguiente:

[...] la hibridación entre los procesos conducentes a una transferencia masiva de rentas del trabajo a las de capital, denominado neoliberalismo, y del surgimiento de los gigantes como Google Facebook o Amazon, ha supuesto el desarrollo de un nuevo tipo de explotación y nuevas formas de obtención de plusvalía [...] (p.36).

Y siempre el mismo autor en el mismo texto afirma más adelante: “El capital se apropia (insistimos, prácticamente de un modo gratuito) de la facultad de lenguaje de la comunicación humana, de la capacidad de iniciativa propia de la aptitud de adaptación al cambio constante, de la disponibilidad a la polivalencia etc.” (p. 371).

También Negri y Hardt (2022) en “Imperio” sostienen que el fin del capitalismo posfordista no significa de ninguna manera el fin de la explotación; por el contrario, se configura su expansión al conjunto de las actividades sociales, al punto que es la vida misma de las personas a constituir el nuevo, inmenso e inagotable proceso de potenciación acelerada de los procesos de extracción de plusvalor, sobre todo entendiendo esta última como apropiación del “común” (p.44).

En la misma dirección nos conduce el ya recordado Paolo Virno (2016), por el cual en el mundo de hoy:

La relación de explotación pasa a través de dimensiones que en tiempos anteriores se habrían llamado éticas, de recíproco reconocimiento, de construcción de una biografía, de una relación comunicativa de amplio aliento. Todas las cosas que en la fábrica fordista no tenían una propia colocación y una internalidad. Ahora hay un mezclarse del mundo de la vida y el mundo de la producción [...] (p.2)

Por otro lado, muy bien señala Pablo Iglesias Turrión (2005) que:

Desde el momento en que la producción y la acumulación capitalista invade cuerpos y mentes (la subjetividad productiva); desde el momento en que la mercancía es en sí un instrumento de dominio ideológico, el concepto de biopoder, al que se refiere Negri, se nos muestra con toda claridad. La vida en todas sus expresiones se pone a trabajar. En este aspecto, la definición de postfordismo, que propone Sánchez Cedillo como el lugar en el que se produce una indistinción progresiva entre la vida y el trabajo (2001, pág. 66) resulta del todo oportuna. La contradicción fundamental, por lo tanto, no varía en sustancia. La definición de la clase sigue siendo económica, sigue produciéndose en el marco de un proceso de producción de riqueza alienante, que asalta sin embargo, en su forma actual, el conjunto de la vida humana. El tiempo de no trabajo, deja así de ser terreno de libertad (de ocio etc.) para convertirse en terreno de producción. (p.3)

Estamos asistiendo, entonces, a un proceso de subsunción real y formal de la vida entera a la lógica del capital, es decir a la reducción de todas las experiencias vitales, tanto de las personas como de las sociedades, a la forma mercancía, a la omnívora substitución del valor de uso con el valor de intercambio. También estamos asistiendo a una traslación de los puntos neurálgicos de las cadenas de valorización del capital del momento de la producción al momento de la distribución, de los servicios, a la terciarización de la economía y a un siempre más hegemónico y despótico hiperconsumo. Sería suficiente, en este sentido, considerar el listado de las primeras diez empresas mundiales con más alto valor bursátil: de estas diez la casi totalidad son corporaciones que se dedican a ofrecer servicios, productos financieros, bienes

inmateriales, logística, financiarización, software digitales, plataformas, redes sociales, como son Apple, FaceBook, Amazon, Google, AliBaba, Microsoft, Tencent, Berkshire Hathaway.

Por otro lado, hay que reconocer que la materialidad de los objetos producidos obviamente no desaparece, pero siempre más importante es la sustancia inmaterial (Herscovich, 2006), no sólo cognitiva, sino también afectiva, emocional, simbólica, hasta en muchos casos estética, de una producción en gran parte no conexas ya con un trabajo físico, sino con un trabajo difuminado y casi impalpable. Se trata, además, de un psicocapitalismo, es decir de un régimen económico que ocupa y coloniza también los territorios interiores de la subjetividad, de un capitalismo que expropia el común, que desborda en cada rincón de la existencia y que, finalmente, se vuelve también hipertecnológico, a través de una verdadera y propia revolución antropológica, que nos reduce a funcionarios de la técnica (Galimberti, 2016), en particular del *Big Data*, transformándonos, como se ha dicho, en una *dohumanidad* (Ferraris, 2020).

Muchos aspectos y momentos de nuestras vidas, que han sido objeto de un proceso de banalización rutinaria y aporoblemática por parte de nosotros mismos, se han vuelto momentos de valorización del capital y, por ende, de explotación, aunque no aparezcan en formas reconocibles como trabajo o como procesos productivos. Así, las así llamada economías de plataformas publicitarias, industriales, ligeras o *cloud*, que todos nosotros utilizamos diariamente, se vuelven poderosos territorios de producción de plusvalor, es decir de riqueza de la cual el capital se apropia, y que es producida por nosotros los usuarios, sin que nos demos cuenta. La comercialización de los contenidos generados por los usuarios, la monetización de los datos, el trabajo *on demand*, los microactos productivos que se realizan con un clic o un post en las interrelaciones con las redes sociales, el trabajo social cooperativo en la Red, hasta llegar a los recientes procesos de alimentación, a través de los usuarios, de las performances y de los procesos de *machine learning* de la inteligencia artificial: todos estos son procesos que hacen de los sistemas tecnomediados, de la logística, del Big Data, del hiperconsumo, de la IA etc., otros tantos territorios absolutamente prioritarios y trascendentales en los procesos de producción de plusvalía.

Así, para hacer unos ejemplos concretos, cuando gastamos horas y horas para encontrar en internet un boleto barato para un vuelo, cuando como consumidores contribuimos al momento productivo del supermercado sustituyéndonos a las empleadas de caja a través de los cajeros automáticos, cuando empleamos toda una tarde para armar un mueble de Ikea, o cuando simplemente transmitimos en continuación y sin saberlo una inmensa cantidad de datos a las redes sociales, a Google, a los motores de búsqueda de Internet, cuando asistimos, muchas veces impotentes, a la siempre más destructiva apropiación de la naturaleza y de los bienes comunes por parte del capital, cuando, sin que lo sepamos, van construyendo nuestro gemelo digital, que servirá para publicidades muy personalizadas, para determinar la tasa de riesgo de un seguro de salud, o simplemente como elemento de selección para un puesto de trabajo, cuando, utilizando, como ya hemos visto, la inteligencia artificial contribuimos gratuitamente a su entrenamiento, a su mejoramiento y al mejoramiento de sus prestaciones, cuando clicamos un ‘me gusta’ en una serie de Netflix, y con eso mismo contribuimos a aumentar el valor comercial de esta serie, cuando activamos nuestros cotidianos actos comunicacionales y cooperativos, nuestros procesos informales de autoaprendizajes, cuando estamos en las escuelas o en tal o cual cursos para aprender nuevas capacidades: en todos estos casos pensamos, sentimos, experimentamos que no estamos trabajando ni produciendo, que estamos en un tiempo liberado de los procesos económicos, en un tiempo que nada tiene que ver con la dimensión de la ganancia. Pero, no es así, pues justamente es en estos tiempos que, aunque tal vez no podamos estrictamente llamarlos tiempos de trabajo, estamos, sin embargo, produciendo riqueza, estamos produciendo plusvalía, estamos produciendo ganancia, de la cual se apropia, sin que nos damos cuenta, una restringida minoría, una muy reducida cúpula, que por ello mismo se vuelve siempre más rica. Es de esta manera que se determina un desborde de la explotación, que se traduce en una inequidad en la distribución de la riqueza como nunca se ha visto, y que alcanza niveles de desequilibrio que amenazan la sustentabilidad social de todo el sistema.

Este desborde de la explotación traza laberínticos caminos explotadores sumamente rentables, como demuestra el éxito comercial de plataformas

orientadas a los servicios personales o a todas las empresas. Como ya hemos mencionado, gran parte de la utilidad deriva de la monetización de los datos y metadatos de los usuarios; los datos personales, al permitir una orientación publicitaria personalizada, se monetizan a través de acuerdos comerciales con marcas y agencias de publicidad, pero también con compañías de seguros, agencias de calificación crediticia o incluso con estados con fines de vigilancia. Esto se ha incrementado en los últimos tiempos, y aparece como una nueva fuente de beneficios, por ejemplo de plataforma como ‘X’, que ya no se limita a monetizar los datos de sus usuarios con fines publicitarios, sino que también los pone a disposición de empresas que desarrollan potentes programas del ya recordado *machine learning*. Es noticias de estos días que Amazon está trabajando en una renovación significativa de su asistente de voz estrella, Alexa. Después de enfrentar desafíos de desarrollo con sus modelos de IA generativa internos, el gigante tecnológico ahora ha recurrido al modelo generativo ‘Claude IA’ de la *startup* de inteligencia artificial Anthropic, con sede en California, para actualizar Alexa y convertirla en un asistente más capaz e intuitivo. Pero, para mejorar las prestaciones de Alex, y así poder competir en un mercado siempre más agresivo, Amazon va a utilizar los datos que le proporcionarán los mismos usuarios, con graves problemas relativos a la privacidad de los mismos. De hecho, como dice Nate MacLeitch (s.f.), director ejecutivo y fundador de la plataforma API QuickBlox:

Las nuevas capacidades de la IA dependen en gran medida de grandes conjuntos de datos para refinar y mejorar sus respuestas... Los servicios premium de Amazon necesitarán acceso a los datos del usuario para funcionar de manera efectiva y comprender sus hábitos, datos de salud o preferencias. Esto significa que las interacciones de un usuario con Alexa no son solo conversaciones privadas, sino que también son parte de los datos que entrenan a la IA. (PÁRR. V)

Los nuevos repertorios tecnológicos se vuelven así los instrumentos para producir un valor de calificación, de monetización y de automatización.

También los procesos que concurren a la formación de un nivel y una calidad adecuada del *general intellect* pueden ser interpretados como otros tanto pro-

cesos de extracción de plusvalor, pues crean las precondiciones para la efectiva puesta en acción de los dispositivos de explotación de trabajadores, productores, consumidores, usuarios, en una palabra de la que Negri y Hardt (2004) llamaron la “multitud”. Dice al respecto Pagura (2018), que la apropiación de los procesos formativos de constitución del intelecto general son comunes:

...tanto al tiempo de trabajo como al de no-trabajo. De esta manera, varias de las capacidades requeridas actualmente de modo asiduo por el capital pueden ser apropiadas prácticamente sin retribución directa alguna. Estas capacidades, que el capital considera como innatas a la fuerza de trabajo, son en realidad atributos que han devenido generales por su extensión a lo largo de la mayor parte del campo social. Es así que en los servicios –incluso en aquellos poco especializados y que requieren escasas calificaciones formales– y en la industria racionalizada de modo ‘flexible’, el capital se apropia (insistimos: prácticamente de un modo gratuito) de la facultad del lenguaje, de la comunicación humana, de la capacidad de iniciativa propia, de la aptitud de adaptación al cambio constante, de la disponibilidad a la polivalencia, etc. Se trata tanto de capacidades cognitivas como de disposiciones actitudinales. Evidentemente, existe una relación entre ambas: la apropiación de los saberes cognitivos y experienciales de los trabajadores requiere que ellos sean incentivados para la puesta en juego voluntaria de dichos saberes (y de ahí el cuestionamiento a las jerarquías rígidas y la apología de la flexibilidad); pero también requiere la creación de un entorno cultural favorable a la colaboración entre el trabajador y la empresa, sin el cual la apropiación se vería obstaculizada. Se plantea entonces la necesidad de establecer nuevos tipos de control sobre el trabajo concreto, diferentes de la subordinación jerárquica predominante en el fordismo. (p. 45)

Expresión de esta aceleración, de esta prepotencia, de esta cara feroz de los procesos de valorización del capital son el trabajo gratuito o no remunerado, los que se han llamado los salarios robados (Coin, 2017), salarios a veces sustituidos por misérrimos incentivos simbólicos, gratificaciones y dádivas reputacionales, convertibles solo en parte con ventajas comerciales, o por el

así llamado *hop labour* (Kathleen, 2013), es decir la promesa y la esperanza de un futuro trabajo como remuneración. También se abre camino la deconstrucción de las categorías de placer y fatiga, de trabajo y tiempo libre, de autonomía y subordinación; el mismo consumo, como ya hemos recordado, se vuelve momento central en los procesos de producción de plusvalía; además se trata de un consumo que de alguna forma resulta productivo y de una producción que de alguna forma resulta ser consumidora, y de ahí que se han elaborado categorías como la de *prosumer* o de prosumidor, que para algunos autores configura una relación social asimilable al trabajo. También tenemos que hablar de la mercantilización de los espacios educativos y formativos, en particular de las escuelas, que se han vuelto un gran negocio para las empresas que manejan las plataformas que continuamente proponen programas, algunos más didácticos, otros más propiamente de control de los estudiantes. Además de ello la escuela es fundamental para la reproducción de lo que se han llamado las competencias blandas, absolutamente necesarias al ciclo de reproducción de la fuerza de trabajo adaptable al capitalismo contemporáneo. Igualmente la economía del cuidado, que siempre ha sido un terreno en gran parte preservado de la lógica mercantil en favor de una lógica relacional afectiva y del don, se vuelve hoy casi completamente dominado por el mercado y por la necesidad de acumulación de riqueza producida por otros, volviéndose por ende un ámbito central de la explotación económica del capital.

Se podría hablar, entonces y como ya hemos recordado, de una suerte de deslizamiento de los procesos de extracción de plusvalía de los momentos productivos, a los momentos de la comercialización, de la logística, de la financiarización, del conocimiento, del consumo, de la formación, del tiempo libre, hasta del juego. La rebaja en los costos de producción y el potencial acercamiento en algunos ámbitos a una producción de costo cero (Rifkin, 2014), hacen siempre más urgente la necesidad de dominar la configuración de los procesos de construcción de los imaginarios colectivos. En este contexto se ha vuelto muy ambigua y difuminada la frontera entre momento propiamente productivo y momento de comercialización y de consumo, una frontera muy movediza, en la cual domina prepotentemente el gran negocio de la publicidad, de la moda (Veneziani, 2020) y de la colonización simbólica de la subjetividades.

No nos resultaría posible seguir enumerando todos los infinitos rincones de la experiencia social humana, en donde se ha instalado la lógica mercantil del capitalismo contemporáneo, la lógica del valor de intercambio, la lógica de la apropiación del plusvalor producido por otros, finalmente la lógica de la explotación.

De hecho esta expansión de los dispositivos explotadores es potencialmente sin límites, tanto en extensión como en profundidad y en intensidad. Nos interesaba, por ahora, dar cuenta de este saber acumulado, de este debate que, a pesar de ser muy controversial y muy complejo, sin embargo ha alcanzado el reconocimiento, diríamos unánime, de que el discurso que hoy se puede hacer sobre la explotación en el capitalismo contemporáneo, ya no puede ser el mismo que se hacía en el pasado, pues la sendas que recorre hoy la explotación económica son mucho más complejas, intrincadas, laberínticas, inusuales y en muchos casos ocultas y difícilmente descifrables.

Como bien dijo Patricia Ponzo Rivera (2024)

Hasta el momento el sistema ha logrado, mediante el desarrollo tecnológico, seguir existiendo innovando los mecanismos mediante los cuales logra explotar cada vez más los valores a los trabajadores, a los productores, a los consumidores. Cada crisis del capitalismo se supera transformando el proceso de producción de mercancía mediante el desarrollo tecnológico. Así, las diferentes formas de organización industrial, como el fordismo, el toyotismo y el capitalismo de aplicaciones han surgido en contextos de crisis de acumulación. Su implementación abrió nuevas salidas para continuar la rentabilidad del capital. La pandemia del Covid 19 nos mostró grandes problemas en el mundo del trabajo de la producción y del mismo consumo propios del modo de producción capitalista, y también ha acelerado la transformación de las formas de explotación de las nuevas generaciones de trabajadores, de productores, de usuarios, de consumidores. Lo que queda claro es que a medida que ha avanzado el capitalismo digital, las condiciones de precarización de la fuerza de trabajo son cada vez más profundas, y toda la vulnerabilidad del trabajo que se desarrolló en el posfordismo y toyotismo se profundiza con la cada vez más diluida relación

laboral, mistificada por las llamadas *apps*, que actualmente extraen inmensas cantidades de esfuerzo por medio de algoritmos y de sus contratistas independientes. (Párr. 5 y 6)

*

Unas provisionales reflexiones finales

El sentido y la finalidad de este primer capítulo del libro era el de reconstruir el marco del debate general sobre las transformaciones en el mundo del trabajo, y la consiguiente emergencia de nuevas, inusuales y ocultas formas de explotación propias del capitalismo contemporáneo. Todo ello no nos sirve para sumarnos como economistas en un debate que es muy importante y fundamental para entender el cambio de época que estamos viviendo. Sin embargo, este debate no da en el blanco del interés epistémico, pragmático, ético y político que nos anima y nos motiva, pues lo que nos interesa, nuestro campo de observación, siguen siendo las infancias. Necesitábamos de este marco más amplio, que hemos reconstruido en este primer texto, pues nos permite colocar nuestro campo de observación en una precisa, concreta y contextualizada coyuntura histórica, según el alfabeto metodológico y epistémico de un pensamiento histórico-crítico, en el cual nos inscribimos. Todas estas nuevas formas de explotación, de las cuales hemos hablado en las páginas anteriores, tocan a las infancias, las acechan, las agreden, las asumen como grupo poblacional que hay que funcionalizar con respecto a estos nuevos mecanismos de explotación. La misma ubicuidad de estas nuevas formas de explotación, su capilaridad, su desborde en cada aspecto de la vida humana y en cada grupo poblacional, debería tener como consecuencia la asunción de la infancia como protagonista de los estudios, de las investigaciones y del debate económico sobre los nuevos mecanismos de valorización del capital y de extracción y apropiación de la riqueza ajena. Pero, no es así.

Las infancias han sido, en el transcurso del siglo XIX y luego del siglo XX, asumidas como objetos de estudio por parte de disciplinas como la pediatría, la psicología, la pedagogía, y, por última, la misma sociología. Este proceso

de construcción del sujeto epistémico ‘infancia’, nunca ha sido activado por la economía, que siempre ha sido y sigue siendo hoy una disciplina drásticamente y radicalmente adultocéntrica, que si, aún a regañadientes ha asumido como foco de estudio, por ejemplo el género, la dimensión étnica, la variable psicológico-subjetiva, etc., pero nunca ha aceptado estudiar, investigar, hablar sobre las infancias. Esta ausencia de los niños, niñas y adolescentes en el saber económico resulta ser hoy en día aún más grave e indicadora de una pesada responsabilidad, pues, mientras los procesos de explotación económica del capitalismo neoliberal atropellan como una avalancha potente y prepotente las infancias de todo el mundo, las teorías económicas siguen hablando como si existieran solamente los adultos, como si los niños niñas y adolescentes no fueran tocados por este biocapitalismo, como si las infancias no merecieran ser asumidas como campo de observación por este miope saber económico, que es una ejemplar desconexión de la teoría con la realidad.

Por ello es urgente recuperar este atraso y pensar a las infancia también desde el campo de observación de la economía y de la explotación económica, pues es en este campo que se juegan todo un conjunto de apuestas, no solo económicas sino también políticas, emocionales, afectivas, identitarias, simbólicas, existenciales, semánticas y de perspectiva civilizatoria antisistémica. Todo ello concierne también a nuestros niños, niñas y adolescentes. Que se siga hablando de explotación económica de las infancias solo con relación al mal llamado trabajo infantil se vuelve cada día más absurdo y más trágico, hasta volverse un discurso mistificador que encubre la realidad, que encubre y oculta, con un responsable silencio, este desborde de la explotación que va tocando, con resultados desastrosos, todos los momentos de la vida de las infancias mismas, Se trata de una apuesta históricamente fundamental, y que tiene que desparametrar radicalmente las usuales formas de pensar a nuestros niños, niñas y adolescentes, para poderlos finalmente entender en su colocación histórica real y concreta.

*

**

**El desborde de la explotación
económica de niños, niñas y
adolescentes: subsunción formal y
real de la vida de las infancias a la
lógica del capitalismo contemporáneo**

Podríamos definir esta crisis como la erosión, la integral destrucción a veces, de nuestras capacidades de proteger a la infancia de las actividades económicas que le puedan hacer daño. Este es el efecto más espeluznante del cambio del neoliberalismo. Aunque esta crisis, a diferencias de otras homólogas más evidentes y agudas, proceda con bajo ritmo en vez que improviso, y haya asumido formas crónicas en vez que catastróficas, tan difusas al punto de resultar invisibles, sigue guiada por las mismas dinámicas.

~ Joel Bakan ~

Presenciamos el agotamiento de las instituciones que dieron a luz la infancia moderna. Su producción institucional en términos tradicionales es hoy prácticamente imposible. La diferencia simbólica entre niños y adultos no puede erigirse ya que el consumo generalizado produce nuevas subjetividades: el niño deja de ser concebido como el hombre o la mujer del mañana, siendo, como consumidor, sujeto en la actualidad. Desaparece la latencia que representaba la infancia. Las diferencias no tienen que ver con etapas de la vida sino con estar incluido o excluido del sistema de consumo.

~ Corea y Lewcowicz ~

Introducción

Como ya hemos visto en el primer capítulo de este libro, comúnmente utilizamos la palabra explotación en su sentido ampliado, para aludir a situaciones en las cuales una persona o un grupo de personas se encuentran en condiciones precarias: insalubridad, largas jornadas de trabajo, actividades intensos, bajos ingresos, asociados con malas condiciones físicas y psíquicas, discriminación, desigualdad, malos tratos, todo esto en beneficio de otras personas que se encuentran, por razones sociales y económicas, en condiciones privilegiadas ante la mayoría.

Existe un sentido más específico del término explotación. Se trata de la acción de extraer o apropiarse de la riqueza perteneciente a otro; eso es propiamente lo que se entiende por explotación económica, incluso cuando el explotado no esté expuesto a malos tratos, condiciones insalubres, discriminación. La relación de explotación se configura por el hecho de que el resultado de la actividad productiva de una persona sea apropiado por otra o otro grupo, ya sea en cuanto a los bienes que una persona posee o produce, ya sea considerando el valor que esta le agrega al producto durante su actividad laboral, pues la recompensa recibida remunera solo una parte mínima del valor agregado total producido; el resto es apropiado por el propietario de los medios de producción.

En este orden de ideas, la explotación está directamente y sustantivamente asociada al trabajo, y la forma en que se manifiesta está determinada por el grado de desarrollo de los medios de producción y por el régimen de relaciones laborales social e históricamente vigente. Es decir, aunque existe un núcleo casi inmutable, una suerte de substancia permanente en la explotación de un hombre que se apropia de la riqueza producida por otro las formas que esta adopta varían continuamente en el transcurso de la historia.

En la moderna sociedad capitalista, que originalmente se erige sobre las ruinas de la sociedad feudal, la riqueza acumulada por la clase dominante ya no proviene prioritariamente del sometimiento de las personas a condiciones de servidumbre, ni del despojo de la tierra y de los frutos cultivados por los campesinos; estas ya no son las principales fuentes de la riqueza. Ahora, los

productores concurren aparentemente de forma libre a las fábricas e industrias, y ponen al servicio de los propietarios de los medios de producción su fuerza de trabajo por un tiempo determinado. Esta relación contempla que los productores reciban una remuneración equivalente a lo necesario para mantener y reproducir intergeneracionalmente a la fuerza de trabajo. Sin embargo, el trabajador asalariado produce más de lo necesario para dicha reproducción. Es esta diferencia entre valor y plusvalor la que es capturada por el capitalista y constituye la forma en que se manifiesta la explotación en el trabajo asalariado.

Así, el trabajo se ha vuelto casi sinónimo de explotación, de relaciones humanas instrumentales, utilitarias y, por ende, conflictivas. De allí que han surgido un conjunto de paradigmas, corrientes de opinión y esquemas interpretativos que conciben al trabajo como hecho negativo en sí mismo, con la consecuencia de que la infancia debe ser protegida y excluida del trabajo, negando a los niños, niñas y adolescentes la posibilidad de vincular otras esferas de su vida, como la recreación, el estudio y la familia, con el trabajo.

Además, y ello es lo que más interesa, se ha tendido a identificar la explotación económica de las infancias exclusivamente con el trabajo tradicional y con las figuras del niño, niña y adolescente trabajadores.

Si en cualquier *browser* se introduce la expresión ‘explotación infantil’, aparecerán documentos, noticias, imágenes y textos referidos única y exclusivamente al fenómeno del trabajo infantil. Así, si utilizamos el motor de búsqueda de Google y solicitamos documentos relativos a ‘explotación de la infancia’, los títulos que aparecen son: “La explotación de los niños a través del trabajo”; “¿Qué se entiende por trabajo infantil?”; “Causas del trabajo infantil”; “Consecuencias del trabajo infantil”. Todo esto ilustra muy bien el parámetro cultural que se ha instalado en nuestra mente en el momento de observar el fenómeno de la explotación económica de las infancias contemporáneas: la explotación económica, en lo que respecta a niños, niñas y adolescentes, se entiende exclusivamente como trabajo infantil, en un sentido tradicional, y se considera pertinente solo en relación con los niños, niñas y adolescentes trabajadores.

Este parámetro arraigado se debe, en gran parte, a la obsesiva e insistente postura de organismos internacionales como la OIT (Organización Internacio-

nal del Trabajo), que han promovido una visión de la explotación económica infantil limitada exclusivamente al trabajo de los niños, niñas y adolescentes, especialmente de los sectores populares.

Es así como se ha venido configurando un imaginario social que asocia explotación exclusivamente con trabajo infantil, imaginario social que se ha materializado en instrumentos jurídicos alineados con ese mismo parámetro. Por ejemplo, el Artículo 10, numeral 3, del Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales (Asamblea General de Naciones Unidas, 1976) señala que:

Artículo 10

Los Estados Partes en el presente Pacto reconocen que:

3. Se deben adoptar medidas especiales de protección y asistencia en favor de todos los niños y adolescentes, sin discriminación alguna por razón de filiación o cualquier otra condición. Debe protegerse a los niños y adolescentes contra la explotación económica y social. Su empleo en trabajos nocivos para su moral y salud, o en los cuales peligre su vida o se corra el riesgo de perjudicar su desarrollo normal, será sancionado por la ley. Los Estados deben establecer también límites de edad por debajo de los cuales quede prohibido y sancionado por la ley el empleo a sueldo de mano de obra infantil. (p.4)

Por su parte, el artículo 32 de la Convención sobre los Derechos del Niño establece lo siguiente:

Artículo 32

1. Los Estados Partes reconocen el derecho del niño a estar protegido contra la explotación económica y contra el desempeño de cualquier trabajo que pueda ser peligroso o entorpecer su educación, o que sea nocivo para su salud o para su desarrollo físico, mental, espiritual, moral o social.

2. Los Estados Partes adoptarán medidas legislativas, administrativas, sociales y educativas para garantizar la aplicación del presente artículo. Con ese propósito y teniendo en cuenta las disposiciones pertinentes de otros instrumentos internacionales, los Estados Partes, en particular:

- a) Fijarán una edad o edades mínimas para trabajar;
- b) Dispondrán la reglamentación apropiada de los horarios y condiciones de trabajo;
- c) Estipularán las penalidades u otras sanciones apropiadas para asegurar la aplicación efectiva del presente artículo.

Como se observa, si en un primer momento se enuncia la necesidad de “proteger al niño contra toda forma de explotación económica”, en la segunda parte, donde se insta a los Estados partes a fijar edades mínimas para la incorporación en el mercado del trabajo, se adopta un enfoque que no solo resulta clásico, sino incluso arcaico, al restringir el fenómeno de la explotación a la sola y exclusiva expresión del trabajo infantil.

De estos dos instrumentos jurídicos internacionales se desprende que el espíritu y propósito que subyace en las normas comentadas, es el imperativo que tienen los Estados de proteger a los niños, niñas y adolescentes de toda forma de explotación. Sin embargo, esta protección se expresa casi exclusivamente a través de la prohibición del trabajo infantil, circunscribiendo la explotación dentro de la órbita del trabajo tradicionalmente entendido.

No obstante, como ya hemos afirmado, la forma en que se expresa la explotación depende del grado y las modalidades de desarrollo de las fuerzas productivas. En este sentido, hoy estamos asistiendo a procesos muy acelerados que están provocando cambios importantes en el mundo del trabajo, que alteran profundamente las relaciones laborales. Por ejemplo, un trabajador puede ofrecer sus servicios de manera remota desde su habitación a una empresa en otro país, incluso en otro continente, utilizando sus propios medios y equipos, y sin una jornada o espacio de trabajo definidos. Lo mismo ocurre con quienes laboran mediante plataformas tecnológicas.

Una rigidez ideológica que cuadricula y limita el análisis del fenómeno de ‘explotación económica de las infancias’, impide comprender críticamente las condiciones sociales y económicas de vida de la niñez. Este sesgo actúa como un velo que oscurece la comprensión del lugar que hoy ocupan las infancias en la posmodernidad.

De ahí la urgencia de una desparametración epistémica, pragmática y política de nuestros usuales y acostumbrados clichés interpretativos, pues las formas de la explotación económica infantil ya no recurren solo las sendas tradicionales, graficadas en la figura estereotipada del niño trabajador, sino que se infiltran en las vidas de todas las infancias, a través de la bioproducción, del capitalismo cognitivo, del poscontractualismo, de la producción posfordista, del hiperconsumismo, de los ecosistemas tecnomediados, de la colonización de las subjetividades, del epocal problema ecológico, de la patología de la movilidad geográfica, de la cronovulnerabilidad de los tiempos “líquidos”, entre otros. Estamos, en efecto, ante de infancias sitiadas por múltiples frentes, que buscan subsumirlas a un proyecto de desbordante mercantilización .

Por ello la necesidad de visibilizar estas nuevas formas de explotación económica infantil, y pasar de un enfoque unicéntrico (el trabajo infantil como única forma de explotación económica de los niños) a un enfoque policéntrico, capaz de reconstruir el complejo abanico de las múltiples formas contemporánea de explotación económica de los niños, niñas y adolescentes.

Insistimos: hoy las sendas por las que transita la explotación capitalista de las infancias son muchos más complejas, subterráneas, crípticas, invisibles. ramificadas, inéditas.

Por ende, resulta necesario entender la compleja red de fenómenos que hacen que la subsunción no solo formal, sino real del capital se despliegue, extensiva e intensivamente, a toda la sociedad y a todos sus aspectos, incluyendo el espacio social donde se encuentran las infancias.

La colonización del territorio de las infancias se ha vuelto estratégico para los procesos de valorización del capitalismo contemporáneo. Esta realidad impacta como una avalancha sobre las condiciones de vida de las infancias, exponiéndolas a múltiples formas de explotación económica, que ya no se pueden interpretar según categorías clásicas. Pues las modificaciones y los abruptos cambios que han dibujados los nuevos senderos de la explotación económica no tienen limitaciones etarias; al contrario, los conceptos mismos de «bioproducción», de «biomercantilización» de «biopoder» rompen definitivamente con la ilusión de una infancia inmersa en una burbuja separada de la

sociedad y de los conflictos sociales, es decir rompen definitivamente con el estereotipo de la privatización de la infancia.

Hoy, fenómenos como la hegemonía de los ecosistemas tecnomediados, la mercantilización de los espacios escolares, el hiperconsumismo, la depredación de los recursos ecológicos, el *Big Data*, la espectacularización de la vida, la inconciliabilidad de tiempos familiares y tiempos laborales, la modelización competitiva de la existencia, los tiempos acelerados y fragmentados, la economía de las emociones, entre otros fenómenos, transforman cada momento y cada rincón de la vida en una ocasión para formas escondidas de explotación económica de los niños, niñas y adolescentes. Por ello es necesario indagar con rigor y profundidad todos estos nuevos modos en que se manifiesta el entramado económico del mundo posmoderno en contra de las infancias.

**

La ausencia de las infancias en los debates sobresalientes de la contemporaneidad: el adultocentrismo del pensamiento progresista y antisistémico

Como hemos visto en el anterior capítulo de este libro, muy denso, activo, dinámico es el debate sobre las nuevas resignificaciones del trabajo humano, así como de los procesos de valorización de capital, de producción de plusvalía y consiguientemente de la explotación.

Se trata de un debate que, como hemos visto, resulta ser muy controversial y hasta muy conflictivo, y que, pero, ya ha logrado perfilar orientaciones significativas en un camino de construcción de conocimientos y de colocación de interrogantes neurálgicos para desentrañar estos tan complejos fenómenos del posfordismo y de la posmodernidad.

Sin embargo, también en este caso ocurre un fenómeno que ya se ha denunciado hace unos años con relación a la corriente de pensamiento conocida

como de la decolonialidad (Schibotto, 2017). En particular, hay que reconocer que este gran movimiento de crítica al saber colonial no se traduce solo en un discurso epistémico o académico, sino que concretamente alude a la recuperación de un conjunto de subjetividades sociales que son la expresión de saberes alternativos olvidados. En otras palabras:

El discurso crítico sobre la colonialidad del poder se articula con el reconocimiento de subjetividades emergentes y antagónicas como son los pueblos originarios, las mujeres, los nuevos movimientos sociales populares, que se enfrentan al modelo neoliberal de capitalismo globalizado, los nuevos agentes económicos que en todo el continente van ensayando formas importantes de producción no capitalista, los jóvenes y los estudiantes, que se rehusan a volverse mercancía o simplemente excedentes humanos excluidos de cualquier contrato social y dejados víctimas sin amparos de un naufragio o de una desafiliación inmisericorde y sin piedad...” (Schibotto, 2017, p. 131).

Sin embargo, como en otro ámbito sucede, todo este discurso del pensamiento decolonial transcurre en la casi total ignorancia de otro discurso que, mientras tanto, se está gestando en todo el continente, es decir la construcción de saberes críticos sobre las infancias en general, y en particular sobre los niños, niñas y adolescentes trabajadores. El problema radica en que entre estas dos importantísimas corrientes de pensamientos, por un lado la de la decolonialidad y por otro lado la de una lectura crítica, antagónica y antisis-témica sobre las infancias latinoamericanas, y, más en general, del mundo, no hay ningún tipo de articulación, y cada cual va por su camino, desentendiéndose completamente del otro. Así se llega al absurdo de que casi ningún autor adscribible al pensamiento decolonial nombra o asume como campo de observación a las infancias. Por otro lado, el proceso de construcción de un pensamiento innovador sobre las infancias parece, con pocas excepciones (Liebel 2016), no tomar mínimamente en cuenta las importantes solicitudes y orientaciones que vienen justamente del pensamiento decolonial.

Pensamos que algo parecido se esté dando hoy con relación a las temáticas que hemos enfrentado en el primer capítulo. En 1990 el MANTHOC, Movimiento de Adolescentes y Niños Hijos de Obreros Cristianos, publicaba un

libro que pronto fue reconocido como propio también por los movimientos organizados de niños, niñas y adolescentes trabajadores de América Latina (Schibotto y Cussiánovich, 1990). En este libro había un capítulo muy importante, que se titulaba “Trabajo infantil: del escándalo a la crítica de la economía política”. En este capítulo se intentaba un análisis de la explotación capitalista a la que eran sometidos los niños, niñas y adolescentes trabajadores con las categorías clásicas del marxismo, insistiendo en particular sobre la teoría del plusvalor y del plustrabajo, teoría que podemos encontrar en las principales obras de Carl Marx. Desde entonces ya han pasado más de tres décadas y pensamos que haya llegado el momento de volver a reescribir este capítulo, a la luz justamente del debate contemporáneo sobre trabajo, valorización del capital, producción y apropiación del plusvalor y lo que hemos llamado el desborde de la explotación.

En todo el debate contemporáneo alrededor de estas temáticas hay una grave y totalmente injustificada ausencia, justamente la ausencia absoluta de las infancias. Este olvido, esta desaparición, esta *damnatio memoriae* de los niños, niñas y adolescentes resulta aun más sorprendente en la medida en que muchas de las categorías de análisis, con la que se intenta penetrar lo que se ha llamado el enigma del trabajo, del valor y de la explotación, resultan categorías no excluyentes sino incluyentes necesariamente también a las infancias.

Nos preguntamos:” ¿Por qué esta exclusión de las infancias en el debate sobre los procesos posfordistas de valorización del capital, de producción del plusvalor y de apropiación del mismo, es decir de la explotación económica en el mundo de hoy?” Y no dudamos en responder que otra vez está actuando un consciente o inconsciente enfoque epistémico adultocéntrico, en base al cual se considera al niño como un ser aislado en una burbuja, que supuestamente lo protege y lo excluye de los territorios peligrosos y amenazantes de la vida social, entre ellos en particular el ámbito del trabajo, de la economía, de la explotación. O, más simplemente, se considera que las infancias, por ser finalmente una humanidad incompleta, en formación, *en fieri*, todavía en un estado de minoridad, tiene un peso ínfimo, residual y minoritario en el análisis de los grandes fenómenos epocales que van configurando el perfil de nuestros tiempos, y por ende pueden ser, sin mayores problemas, obviadas y silenciadas.

das, siendo finalmente asunto solo de especialistas, sean ellos pediatras, pedagogos, maestros, o más genéricamente expertos en la que despectivamente, en alguna ocasión, se ha llamado la “niñología” (Sánchez Parga, 2003).

Pensamos, en cambio, que sea urgente empezar a tejer la cartografía de un nuevo campo de observación, que recupere integralmente la colocación histórica de las infancias en la coyuntura de la poscontemporaneidad, en particular por lo que se refiere a los procesos de explotación del capitalismo globalizado, hipertecnológico e hiperconsumista, procesos que acechan, instrumentalizan y mercantilizan con una inédita agresividad también a las infancias de hoy.

**

Instantáneas de una narrativa sobre la explotación contemporánea de las infancias

a)

Un adolescente, de más o menos catorce años, está visitando con sus amigos un centro comercial. Los excitantes atractivos de las tiendas, de tantas luces, de tantos objetos, ya anteriormente interiorizados por las insistentes e ininterrumpidas campañas publicitarias, empujan a un incontrolable deseo de consumo. El adolescente entra en una tienda de celulares y mira, con una fascinación que casi podríamos definir erótica, el último modelo de móvil, un modelo que ofrece funcionalidades tanto sorprendentes como fundamentalmente inútiles: reconocimiento facial y dactilar, cuatro foto-cámaras con características técnicas dignas de un alto profesional, infinitas posibilidades de personalización de la pantalla, una impresionante memoria de almacenamiento, etc. El adolescente siente que, si compra este celular se va a acercar a la felicidad, a la autorrealización y sobre todo al reconocimiento de un *estatus* social que le permita sentirse cómodo, tranquilo, aceptado entre sus amigos. Evalúa todos sus modestos ahorros, rogará de rodillas a su papá y a su mamá para que contribuyan al gasto de esta compra, hará lo posible y lo imposible para poder alcanzar este objeto, que ya no es simplemente un objeto, sino que

es un símbolo codiciado de posicionamiento social. Al fin, de una u otra forma, este adolescente comprará, posiblemente por cuotas (y con ello entrando en los circuitos de una economía financiarizada), este ídolo de un consumismo desenfrenado, que lo utiliza en función de procesos siempre más ávidos de valorización del capital.

Aquí empezamos a tocar con mano el concreto configurarse de fenómenos potentes y prepotentes de explotación económica de los niños, niñas y adolescentes, en la medida en que el continuo empuje de ellos a un siempre más impulsivo consumo, concreto y simbólico al mismo tiempo, se configura como una subsunción de las infancias justamente a los procesos de valorización del capital, de apropiación y alienación de la riqueza, que se dan también en el momento final del consumo. Y detrás de todo ello no están algunas almas malvadas, demonios escondidos, personas particularmente no confiables y hostiles a los derechos de los niños. Detrás de todo ello está el sistema económico que rige nuestra sociedad y al cual nos hemos acostumbrado por un “entumecimiento” (Bazán, 2020) de nuestras antenas críticas, por una somnolencia de nuestra “razón indolente” (De Sousa Santos, 2003) . Detrás de todo ello está algo que hemos ya asumido y naturalizado como normal, aceptable, hasta provechoso y suavemente amigable: lo que parafraseando a Hannah Arendt (2019), podríamos llamar “la banalidad” de los procesos de explotación de las infancias a través de los implacables dispositivos del hiperconsumismo inducido.

b)

Otra instantánea nos muestra un niño mientras está jugando con un videojuego, o mientras está chateando, colocando vídeos, mirando fotos, colocando *likes* en una entre las muchas redes sociales, como pueden ser Facebook o X o TIC TOC o Instagram. Cada micro acción que este niño cumple se transforma en un documento, en un dato, que las grandes corporaciones de los *data base* almacenan, y que va a sumarse a otros miles de millones de datos, que provienen de miles de millones de micro acciones de miles de millones de niños, niñas y adolescentes en todo el mundo. Estos datos sucesivamente serán valorizados económicamente, vendidos a otras empresas, sobre todo, pero no exclusivamente, empresas interesadas en construir perfiles de *marketing* siempre más capaces de olfatear y hasta prefigurar deseos y orientaciones de

los consumidores. La venta de esta inmensa mole de datos significa para los propietarios de las redes sociales una renta inimaginable, y esta es la razón por la cual empresas como Facebook, por ejemplo, resultan entre las primeras diez más cotizadas en cuanto a valor bursátil. Y así podríamos visualizar, bajo muchos otros aspectos, como todos los que llamamos ecosistemas tecnomediados (Martínez y Schibotto, 2021), computadoras, tablets, celulares, redes sociales, medios de comunicación masivos, hasta llegar al recién e inquietante horizonte abierto por la inteligencia artificial, son territorios fuertemente impregnados de procesos de explotación económica de las infancias.

c)

En una humilde aldea de África pequeñas comunidades autóctonas viven, desde tiempos milenarios en una condición de modesta pobreza, pero que ha permitido no precipitarse en la miseria. Sin embargo, hoy llega la cara feroz del así llamado progreso, una cara feroz que se ensaña en particular sobre niños, niñas y adolescentes. Este deshumano progreso se llama en este caso *land grabbing* (comerse la tierra) (Liberti, 2015; De Felice y Grillotti di Giacomo, 2019), y avanza apropiándose de los territorios en los que por generaciones esta infancia ha vivido, donde ha crecido, ha construido su identidad, su sentido de pertenencia, sembrando biografías, cierto dificultosas, pero también de alguna manera fuertemente articuladas en la esfera de una comunidad de pertenencia. Las agallas inmisericordes de lo que Saskia Sassen (2015) llama la lógica de las “expulsiones” del capitalismo contemporáneo, de un día para otro se apoderan del territorio ancestral de estos niños, niñas y adolescentes, territorio que le servirá a tal o cual multinacional para un cultivo a gran escala, por ejemplo de soya, utilizada como alimento para los animales de la ganadería intensiva de otras empresas multinacionales, interesadas sola y exclusivamente en la ganancia.

Estos niños niñas y adolescentes se verán privados de su bien comunitario más precioso: el territorio que les daba sustento para la vida, pero también el territorio como casa, como corazón y hasta como estética de la existencia. Con sus familias, estas infancias tendrán que volverse migrantes, humanidad despojada, humillada, sin lugar en el mundo y condenada a una patológica movilidad geográfica que ellos no han querido y que les costará inmensos sacri-

ficios y sufrimientos. Y como a estos niños de la aldea africana, algo parecido les pasará a los que tendrán que dejar sus ancestrales territorios en algún lugar de la sierra andina, destruidos en sus equilibrios milenarios por la rapiña de un siempre más agresivo neoextractivismo minero. (Svampa, 2019) Será el mismo destino de otras infancias, obligadas a vivir en intoxicados espacios urbanos, sumisos a una lógica ciega de utilización explotadora del aire, del agua, del espacio, en fin, de lo que se ha definido “el común” (Negri, 2016), por la fuerza de una lógica exclusivamente privatista de instrumentalización destructiva de los recursos naturales. Dice al respecto el mismo Negri (2016):

En la era del neoliberalismo la apropiación privada del común se presenta bajo dos formas particularmente evidentes: la apropiación de lo público (del patrimonio del Estado, de los bienes y servicios públicos, etc.) por parte de individuos o entidades privadas y, como segunda forma, la apropiación de lo que llamamos ‘naturaleza’, esto es, los bienes de la tierra y ambientales, las potencias físicas de la vida, etc... aunque en la evolución de lo moderno los bienes naturales y públicos se han convertido en mercancías y se presentan, en esa condición, inmediatamente como productos del capital (precisamente mercancías), esta reducción es problemática e incluso produce repugnancia. En efecto, a pesar de que los bienes colectivos o naturales constituyen la materia misma del producir en la edad del capitalismo maduro, también este producir es expropiado ilegítimamente (par.2).

Y es que también todo el gran tema y el gran problema del desastre ecológico, producido por la avidez sin límite del actual sistema económico hegemónico en el mundo, mata, enferma, destruye, empobrece, hiere y finalmente explota de forma radical y violenta las infancias de todo el mundo. (Saito, 2023)

d)

Beijing, China. La agenda del día es de una extrema precisión, casi minuto por minuto. De las 8 y 30 a las 9 y 50 sesión de lectura; de 9 y 50 a 10 y 30 un pequeño espacio de juego con los amiguitos; a las 11 se almuerza; de 1 a 4 de la tarde ejercicios de matemáticas y luego una hora y media de controlado y exigente entrenamiento deportivo; de 5 a 5 y 30 se cena; de 5 y 50 a 8 y 50

hay clase *online* de inglés y después una hora de tarea escolar de 9 a 10 de la noche, hora en la que por fin el niño se va a acostar.

Es un típico sábado organizado minuciosamente y compartido en las redes sociales por una madre. El niño del cual estamos hablando cursa el quinto grado de primaria. Esta mamá comparte en las redes sociales la programación de un sábado cualquiera de su niño de más o menos diez años. Es una típica “mamá-tigre”, como suena en el título de un famoso, y muy cuestionado, libro de Amy Chua (2011). La disciplina, los castigos, los reproches, y hasta puniciones corporales, de costumbre se infligen a los niños y niñas sobre todo de la clase medio-alta china, para que ellos puedan competir en una sociedad siempre más exigente y siempre más orientada al aumento de la productividad del así llamado “capital humano” (Becker, 1994; Ngan Tonye, 2021).

El léxico (capital humano, recursos humanos) nos remite sin remedio a una mutación semiótica que alude a procesos, siempre más agresivos, de colonización mercantil de las dinámicas formativas de las infancias contemporáneas. La lógica, la ética, la vocación de la pedagogía, del humanismo, de la formación del hombre han sido expulsadas de las prácticas y de los lugares que a la educación se dedican. No hay cabida para la “pedagogía de la ternura” (Cussianovich V., 2007), la “didáctica no parametral” (Quintar, 2022), “la pedagogía popular y del oprimido” (Freire, 2005) o para el “tacto pedagógico” (Bárcena Orbe, 2000) , y ¿quién sabe qué escribiría hoy Don Lorenzo Milani (2017), si tuviera que volver a redactar con sus alumnos la famosa “Carta a una maestra”? Hoy los niños y niñas son mayoritariamente sometidos a rigidísimas programaciones preconfeccionadas, entre clases de inglés, de matemáticas, de piano y muchas otras actividades funcionales a una desenfrenada competitividad social. ¿Tiempo libre, ocio, descanso, tiempos demorados, juegos, diversión? Nada de eso. Hoy los niños juegan ajedrez para mejorar sus capacidades cognitivas, participan en las Olimpiadas de matemáticas para desarrollar el razonamiento lógico, hacen deporte de forma precompetitiva, y todo tiene como única meta ser excelente, sobresaliente en la escuela y en la vida. Este estilo despótico de crianza, que no es solamente de la clase medio-alta china, sino que se está difundiendo en siempre más extensas regiones del mundo, este estilo basado en una angustia y ansiedad de las prestaciones,

es coherente con un capitalismo que quiere acelerar enormemente y sin límites los procesos de dedicación de la vida humana a las cadenas de valorización del capital, haciendo de la vida un mecanismo sometido *in toto* a una lógica empresarial, a una lógica de subordinación de la persona al dinero, y finalmente a una lógica fundamentalmente de explotación. Es así como todo el territorio educativo se deteriora, pierde su perfil propio, se mercantiliza, se privatiza, se vuelve un territorio integralmente, profundamente, sustantivamente dominado y permeado por los dictámenes de la economía. La experiencia formativa, y en particular la experiencia escolar, se vuelven otra cosa de la que debería ser en una óptica de respeto de los derechos de las infancias, pues el territorio educativo se vuelve territorio de explotación económica, se vuelve territorio dominado por la necesidad de la ganancia, territorio mercantilizado, privatizado, monetizado en mil formas, haciendo que también en este ámbito se asista a la avalancha, al desborde, agresivo de la explotación económica de las infancias en el mundo.

e)

El espacio de la economía del cuidado siempre ha sido territorio de disputa entre una lógica mercantil y una racionalidad afectiva basada en la lógica del don (Brugére, 2022). En el caso de los niños que necesitan cuidado, así como en el caso de los niños cuidadores y autocuidadores, las instantáneas nos ofrecen un panorama sombrío e inquietante.

La voracidad del mercado se asienta con inusual fuerza en este ámbito, y el capitalismo ha entendido bien cómo ahí se encuentra un territorio denso de posibilidades de explotación, en primer lugar multiplicando al infinito artificiales necesidades y deseos, que alimentan un hiperconsumismo exponencial. Hoy para criar a un niño los productos que ofrece el mercado, y que todas las artimañas cotidianas del bombardeo publicitario nos hacen percibir como absolutamente imprescindibles, son potencialmente incontables. Y no se trata tan solo de ropa para vestir, de pañales desechables o de leche artificialmente enriquecida, no se sabe con qué aditivos, para alimentar la costumbre de no dar de mamar naturalmente a los bebés, induciendo, en pocas décadas, a romper la ritualidad sagrada de gestos simbólicos vitales, que han acompañado la

experiencia de la maternidad y la crianza desde los albores de la prehistoria y de la historia de la humanidad. No, no solo de eso se trata, pues la creatividad y la imaginación puestas al servicio de una lógica de ganancia ilimitada, han logrado construir una dilatación incontenible de lo que se considera necesario, o por lo menos deseable, para poder criar un hijo: teteros de última generación, aparatos tecnológicos para controlar hasta el respiro de los bebés mientras duermen, medicalización de los cuerpos de los niños llevada a lo extremo, ropa de marca, tablets en miniaturas para pequeños, cualquier tipo de juguete, comidas especiales que ocupan repartos enteros en los supermercados, costosas fiestas de cumpleaños, varias celebraciones repetidas en el transcurso del año, exigentes curaciones dentales siempre más precoces, y luego, a medida que el niño va creciendo, jardines privados, cursos varios de inglés, de música, de ballet, de varios tipos de deporte, clases privadas de refuerzo escolar, fármacos pediátricos, etc. El listado es obviamente incompleto, no solo por la brevedad del espacio a disposición en esta sede, sino porque es un listado prácticamente infinito y que se expande sin pausa, como todo el universo del hiperconsumismo contemporáneo.

Pero, el espacio de la economía del cuidado es penetrado por la lógica de la valorización del capital y de la explotación económica, no solamente en cuanto al hiperconsumo. También asistimos, por ejemplo, a una mercantilización de las propias relaciones de cuidado, mercantilización a la que antes estaban interesados solo restringidos grupos acomodados de la población, que podían permitirse pagar niñeras o domésticas, que cuidaran de sus hijos, les limpiaran la ropa y los cuartos, los acompañaran al colegio o les prepararan la comida. Pero hoy, se difunde una suerte de mercantilización barata de las relaciones de cuidado, en el momento en que, por ejemplo, la mamá coloca a su hijo delante del televisor o delante del celular, como todos nosotros hemos visto en alguna que otra ocasión. En este caso es el televisor o el celular, que, de alguna u otra manera, está cuidando al hijo, y esto no representa solamente la substitución de una relación personal con una relación entre el hijo y un aparato tecnológico, sino que grafica también la mercantilización de una relación que antes era exclusivamente afectiva, con la madre o con el padre o con otra figura cuidadora.

Decimos mercantilización, porque el televisor o el celular hay que comprarlos y por ello entra en escena el dinero, transformando un valor de uso en un valor de intercambio; además, en muchos casos, las historietas animadas, que pronto se volverán videojuegos, son disponibles muchas veces en plataformas de tv *on demand*, como puede ser Netflix, por las cuales se paga una suscripción. Y, siempre de esta forma, tempranamente se inicia una colonización de la subjetividad del niño, a través de las interrupciones publicitarias o a través de historietas o programas que transmiten modelos y valores orgánicos a la sociedad del capitalismo hiperconsumista (Gálvez Muñoz, dir., 2016).

Aún más, la esfera del cuidado es invadida por la erupción de un sinnúmero de aparatos tecnológicos, que supuestamente ayudan en las operaciones relacionadas con el cuidado mismo, como pueden ser batidoras siempre más avanzadas tecnológicamente, hornos a inducción de última generación, secadoras de ropa, abigarrados productos para el aseo de la casa y el aseo de los cuerpos, etc.

Recordamos también que esta mercantilización de los espacios y de los tiempos del cuidado se cruza, en muchos casos, con el fenómeno de las migraciones, en una época de patología de la movilidad geográfica. Por ejemplo, la relación que se mantiene entre un padre migrante a otro país y un hijo que se ha quedado en su tierra, pasa a través de la mediación tecnológica de una computadora o un celular y de una plataforma para videollamadas, como pueden ser Whatsapp, Meet o Zoom. De esta manera, lo que antes era una relación directa es ahora mediada por un aparato tecnológico, que está controlado y utilizado justamente por el mercado.

f)

Antonio es un niño de 10 años, que vive en una gran ciudad de Europa. Hoy, aunque esté de vacaciones, pues es temporada de verano, no solo no podrá jugar en el parque, sino que no podrá salir de su casa. No es que esté enfermo o que, de alguna manera, sus padres lo hayan castigado; no, simplemente, como en muchos casos sucede, se ha difundido un aviso público de la municipalidad, en el cual se alertaba a la población que, por la fuerte contaminación del aire, estaba fuertemente aconsejado que los niños, los ancianos y las que, con

exquisito cuanto hipócrita eufemismo, se llaman las personas frágiles no salieran de su casa. Es algo a lo que la gente se ha acostumbrado, que ha banalizado y que ya no percibe como lo que es de hecho, como una reclusión, una prisión, un encierro determinados no por haber cometido delito alguno o por haber infringido las leyes, sino como consecuencia de la mercantilización descontrolada, por parte de los poderes económicos, de los bienes comunes, como lo son el aire y el agua. Frente a ello, nos preguntamos, así a secas, por qué los representantes del abolicionismo en contra del trabajo infantil, entendido como protección de las infancias en contra de la explotación, no denuncian a gritos todo esto, utilizando también en este caso sus usuales expresiones de “robo de la infancia” o de “negación del derecho al juego” (OIT, 2024).

Sanza (nombre que significa “melodiosa armonía”) vive o, más propiamente, vivía en una aldea del Congo, importante y grande país africano. Ha tenido que huir con su familia, abandonando su modesta, pero muy querida y cálida casita, la poca tierra que tenían y que, sin embargo, de alguna manera era suficiente para salir adelante; ha tenido que dejar también su entorno, la naturaleza en que ha crecido, el paisaje, los animalitos que llevaba a pastear, en una palabra ha tenido que dejar su territorio, en donde habitaba y que la habitaba, en donde su corazón, su alma, su breve pero muy densa memoria tenían su profundas raíces. De un día para otro esta niña ha tenido que volverse una niña desplazada, una niña sin lugar en el mundo, una niña itinerante; la espera una larga travesía por el desierto, por miles de peligros, de sufrimientos y lágrimas, hasta, si tiene suerte, llegar al mar Mediterráneo, cuna en el pasado de muchas importantes civilizaciones, hoy espejo de los egoísmos europeos, que levantan barreras de racismo y de odio, en contra de los supuesto ‘invasores’ de sus acomodadas existencias. Esta niña no ha tenido que dejar toda su vida por gusto o por la mala voluntad de tal o cual persona; ha visto destruida su existencia por un sistema, un sistema que no se para ante de consideraciones humanitarias, éticas y menos aún se para delante de declaraciones principistas contenidas en tal o cual Convención sobre los Derechos del Niño. Este sistema, que tiene nombre y apellido y que se llama capitalismo neoliberal expulsor, tiene un único norte, una única lógica, una única alma, un único corazón, una única mente, una única intrínseca y substantiva teleología. Esta teleología es la ganancia, la valorización acelerada del capital, del dinero, del lucro, del

robo, de la rapiña, del despojo, cueste lo que cueste, con tanto que al final siga volviéndose más rapaz el movimiento acumulativo de apropiación de la riqueza ajena. Por eso que cuando, cerca de la aldea, se descubrieron jugosos depósitos de litio, tantalio, wolframio y otras tierras raras, imprescindibles para la producción de las baterías para la electrónica de alta gama, los móviles y los carros eléctricos necesarios a la así llamada revolución green de los países supuestamente desarrollados, grandes multinacionales se han precipitado como aves de rapiña para empezar otra vez el mismo proceso de saqueo de los recursos mineros de los países pobres, en aquel festín para pocos, que se llama neoextractivismo, y que golpea en forma inmisericorde a las infancias de todo el mundo (Kabunda Badi, 2020). Sanza seguirá así su ruta de lágrimas y posiblemente de sangre, y ojalá que su destino no sea el terminar su vida ahogada en aquel Mediterráneo que siempre más, en vez que cuna de civilización, es cuna de la barbarie del capitalismo contemporáneo. Otra vez vemos aquí una infancia sitiada, amenazada, golpeada, deshumanizada, instrumentalizada por lo que hemos llamado el desborde de la explotación económica, por el engaño de un modelo de progreso fructuoso solo por una reducida minoría, y que se autoalimenta con el sufrimiento de los otros, y, entre ellos, los niños niñas y adolescentes.

Jóskua es un adolescente de quince años, que hace parte de una comunidad indígena de la región del Putumayo, en la Amazonia peruana. Su vida ha transcurrido en una suerte de tierno abrazo con su comunidad, y sobre todo con la tierra, la foresta, el aire, el agua del río, los árboles, el cielo, el sol, la luna, las estrellas. De sus abuelos, de sus tíos, de sus padres ha aprendido mucho. Sobre todo aprendió saberes ancestrales, que le han enseñado a relacionarse con su entorno de manera amigable y respetuosa. Pero hoy, levantándose ha descubierto, con una amarga angustia, que todo lo que hasta ahora ha constituido para él un punto de referencia insustituible, está brutalmente amenazado por apetitos de lucro que violentan lo que encuentran en su paso. La deforestación de la Amazonia ha alcanzado también el entorno natural en donde vive la comunidad de Jóskua: donde antes respiraban árboles ahora hay solo troncos desnudos y mutilados, destrozos, ruidos ensordecedores, gritos y violencia. También en este caso probablemente la única alternativa es la huida, la huida a alguna ciudad, territorio de asfalto, de cemento y de metal, en donde parece

no palpar ningún latido. Estas consecuencias no interesarán solo la vida de Jóska, sino también determinarán un cambio climático que va a producir consecuencias nefastas para muchos otros niños, niñas y adolescentes del Perú, del continente y del mundo: falta de acceso al agua potable, efectos sanitarios graves como el aumento de las epidemias, la degradación de los ecosistemas, las sequías frecuentes y extremas, que pondrán en peligro la seguridad alimentaria, las inundaciones, los corrimientos de tierra, la subida del nivel del mar, la erosión costera que puede generar daños severos a la vida y a los medios de subsistencia de miles de millones de niños, niñas y adolescentes.

Otra vez vemos aquí representado ejemplarmente lo que hemos llamado el desborde de la explotación y que se traduce en este caso en un criminal aprovechamiento de las riquezas de la naturaleza, en función de los privilegios de una restringida élite, una riqueza que, perteneciendo a todos, pertenece también a todos los niños niñas y adolescentes del mundo, ellos también expuestos a esta expropiación sin límites de los bienes comunes de la humanidad.

Hay que seguir denunciando esta intrínseca e inescindible ligazón entre ecocidio y procesos de valorización del capital, de apropiación de los bienes comunes constituidos por la naturaleza, esta ligazón que solo se puede entender a través de una crítica sistémica del capitalismo contemporáneo, como bien ha demostrado Kohei Sato (2022), en su fundamental texto “El capital en la era del Antropoceno”. Dice este autor en este mismo libro: “Marx no predijo el cambio climático, pero sabía que el capitalismo contenía la contradicción ecológica que terminaría generando. De aquel momento a hoy cambiaron muchas cosas, salvo una: para proteger la vida es necesario acabar con el sistema. (pág. 123) Tal vez suene demasiado radical esta postura, pero es indudable que el problema de la destrucción del medio ambiente no se podrá solucionar con unas cuantas campañas de maquillaje green , sino que será necesario colocar con fuerza la perspectiva del cambio social.

g)

Palestina, Ucrania, Sudán, Somalia, Siria, Níger, Chad, Líbano, Irak, Sudán del Sur, Afganistán, Pakistán: estos son solo algunos de un extenso listado de países que en la actualidad conocen, o han conocido recientemente, los

estragos de la guerra. Acá no queremos entrar en disputas ideológicas sobre quienes sean los agresores o los agredidos, sobre quién inició primero, en fin, sobre quién tenga la razón, quién sea la víctima y quién sea el victimario. Nos interesa abrir otra ventana de observación crítica sobre este fenómeno, que tan ferozmente, casi diríamos tan ruidosamente, caracteriza esta época de la posmodernidad. Desde esta ventana de observación vemos tantos, tantos, tantos niños, niñas y adolescentes. Los vemos muertos, mutilados, heridos, vemos sus cuerpos destrozados, sus padres asesinados, sus casas destruidas, sus territorios calcinados por los bombardeos. Si la guerra es cruel, esta crueldad se ensaña con particular violencia, virulencia y agresividad en contra de las infancias de todo el mundo. Así que en este caso, desafortunadamente, las instantáneas se pueden multiplicar al infinito, instantáneas que nos muestran la niña de Gaza sin brazos, los cuerpos muertos y martirizados de tantos niños africanos, envueltos en sábanas blancas, o los niños y niñas que lloran en Siria o en Afganistán sobre los escombros sin remedio de sus territorios, niños y niñas en muchos casos ya sin padres; niños y niñas sacrificados, sin remordimiento sincero y coherente, en el altar de la lógica del *bellum omnium contra omnes*, del *homo homini lupus* (Hobbes, 2017). Este rugir de la violencia a veces parece ser el único dato registrado por la historia de la humanidad. Sí, de vez en cuando algunas voces se levantan, algunas voces protestan en contra de este atropello de los principios éticos básicos de una civilización, que pretenda considerarse humana. Pero, son voces aisladas, en muchos casos generosas, pero impotentes, en otros casos decididamente hipócritas, pues son la mismas voces que por otro lado defienden y sustentan el sistema que produce esta barbarie. El horror que suscita la muerte de millones de niños, las heridas, los sufrimientos, el dolor, la desesperanza, el trauma que la guerra disemina entre las infancias de todo el mundo, es una reacción emocional, instintiva, casi diríamos dolorosamente afectiva, que puede cumplir un papel muy importante, como semilla que resiste a la apatía y a la insensibilidad de las conciencias individuales y colectivas. Esta reacción nos salva de la que Bauman y Donskis (2015) llamaban la “ceguera moral” de la posmodernidad, y una vez más responde con la potencia de la indignación a la impotencia de la resignación.

Sin embargo, esta reacción no es suficiente, pues en esta sede queremos subrayar otro aspecto que estas instantáneas sobre la violencia de la guerra en

contra de las infancias colocan en nuestras mentes y en nuestros corazones, un aspecto que para nosotros es sustantivo para poder entender este fenómeno y entender la ligazón de la maquinaria de la guerra con lo que hemos llamado el desborde de la explotación. El discurso es muy sencillo, casi diríamos elemental, pero, no por eso deja de ser absolutamente necesario. Y es que la guerra es un punto neurálgico de los procesos de valorización del capital, de apropiación de la riqueza y de sumisión de la vida, de los cuerpos y de los territorios de las personas, de las colectividades, de los pueblos y, en nuestro caso, de los niños, niñas y adolescentes, a la inmisericorde y deshumana lógica de la ganancia por arriba de cualquier consideración ética. Por ello que es imprescindible retomar, no por encima de la indignación ética y humana, sino integrando esta indignación, un ángulo de mirada que insista sobre la conexión entre guerra y capitalismo, pues la guerra es la exasperación del mercado, es la necropolítica (Mbembe, 2011) del mercado, la hipermercantilización de la vida y de la misma muerte, es la herramienta cíclica que el capital, y en particular el capital de hoy, utiliza para acelerar el ciclo imparable e inercial de producción y destrucción. Es este ciclo que permite que el movimiento de acumulación de riqueza no pare nunca.

En este marco de una radical epistemología crítica, que transita por la crítica de la economía política, hay que empezar a ver en el niño asesinado, en la niña mutilada, en el adolescente que ya es obligado a vivir en un campo de prófugos, que ya no tiene casa, que vive entre una pesadilla de escombros, de polvo y de derrumbes, otros tantos niños, niñas y adolescentes víctimas del desborde de la explotación. En el desolado y descarnificado paisaje de la guerra dolorosamente tocamos con la mano el fundamento del discurso que guía este libro: la explotación económica de las niñeces no es algo que se agote en el mundo tradicional del trabajo infantil, sino que se expande y se difunde en cualquier territorio en donde estas niñeces habitan, viven, desarrollan sus experiencias, esparcen sus emociones, sus actos de significado (Bruner, 1991), sus proyectos y sus esperanzas. Cada niño, cada niña y adolescente de todo el mundo que, directamente o indirectamente, sufran los estragos absurdos y bárbaros de la guerra, son niños explotados, y también en esta conexión tienen que ser comprendidos, si realmente, históricamente queremos comprender la situación de las infancias contemporáneas en el mundo de hoy, si queremos

comprender la situación de las infancias en lo que se ha llamado la posmodernidad del capitalismo globalizado.

Recientemente Lazzarato (2022) ha publicado un libro muy esclarecedor en este sentido, aunque también en este caso se olvida totalmente a las infancias. En este texto, el autor avanza la hipótesis de la “catástrofe” como dispositivo de valorización del capital, pues sostiene que desde la Primera Guerra Mundial el sistema económico capitalista está caracterizado por la reversibilidad entre producción y destrucción: cada acto de producción y también cada acto de consumo es al mismo tiempo un acto de destrucción. La guerra es la plástica y extrema representación de esta constante retroalimentación entre producción y destrucción, una suerte de realidad potenciada de los mecanismos impulsores del movimiento perpetuo de la acumulación capitalista. En este marco, entonces, el capitalismo no produce solo crisis sino también catástrofes, que son catástrofes ecológicas, sanitarias, climáticas, políticas (como lo fueron los fascismos europeos o los sangrientos golpes de Estado y las matanzas en el Chile de Pinochet o en la Argentina de Videla), militares, que transforman la destrucción en autodestrucción. En otras palabras, y acá citamos el mismo autor:

[...] el capitalismo es contemporáneamente un modo de producción y un modo de destrucción y autodestrucción [...] La guerra muestra la enorme productividad de esta máquina integrada, pues, como sostenía Keynes, solo la guerra puede averiguar la pertinencia de su sistema económico en cuanto empuja al límite las capacidades productivas del sistema capitalista [...] (p.182)

Es decir que la enorme productividad del sistema, impulsada también y sobre todo por la revolución tecnológica, es finalizada a la destrucción, y cuando la máquina capitalista gira a pleno régimen conduce a la catástrofe. Lo que significa también que la guerra no es un imprevisto, un accidente, un imprevisible: la guerra es expresión sustantiva de aquel desborde de la explotación que para el capital ha sido la subsunción real y formal de todo aspecto de la vida a las necesidades acumulativas del sistema económico. Por ende, mientras habrá capitalismo habrá guerra y habrán infancias económicamente explotadas también *manu militari*.

Que todo este discurso no sea simplemente la expresión de un radicalismo retórico e insensato lo hemos podido constatar concretamente en estos días de inicio 2025, conociendo enmudecidos los planes de Musk y Trump para transformar Gaza en una nueva Las Vegas, en un *resort* de lujo; cuando hemos visto las corporaciones hacer cola para garantizarse un acceso a los lucrativos negocios de las reconstrucciones post bélicas (Ornelas, 2023); cuando hemos visto sobreponerse el mapa de los conflictos armados con el mapa de los codiciados recursos naturales de importancias estratégicas, como las tierras raras; cuando hemos escuchado voces siempre más ensordecedoras que claman por una nueva carrera armamentista, que significará de todas maneras un impulso extraordinario a los ritmos acumulativos de las cadenas de valorización del capital.

h)

De la sacralización a la mercantilización: este es el camino que ha recorrido el cuerpo de las infancias contemporáneas.

Cuando pensamos en la explotación económicas de los cuerpos de los niños, instantáneamente pensamos en particular, y muchas veces exclusivamente, en la prostitución infantil, la pedofilia, la pornografía y otros fenómenos de esta índole, en contra de los cuales actúa un fuerte tabú y una radical condena por parte de nuestros principios éticos básicos. Es sin duda necesario que la alerta sobre la mercificación sexual de los cuerpos de los niños sea siempre altísima y ásperamente reactiva, que el rechazo, la indignación, la persecución de los culpables de estos crímenes contra los niños, niñas y adolescentes sean siempre pronto, drásticos y radicales por parte de la sociedad. Pero, también en este caso hay una suerte de excesiva focalización en la punta del iceberg, distorsionante de nuestra capacidad de comprender el fenómeno en su conjunto y en todas sus variantes, que son mucho más extensas, complejas y ramificadas de lo que podemos usualmente pensar. No se trata, obviamente, de restarle peso a la gravedad de todo lo que se refiere a la explotación propiamente sexual de los niños, niñas y adolescentes, sino de entender como hay múltiples, y permanentemente multiplicándose, formas del proceso de explotación económica del cuerpo de los niños.

Pensamos, por ejemplo, en la exasperada medicalización a la que están sometidas las infancias en el mundo contemporáneo (Ales, Brandao y Bacelar

Junior, 2021). Es obvio que, en gran parte, esta medicalización responde a una positiva y meritoria voluntad de protección de la salud de las mismas infancias, pero es igualmente evidente que en muchos casos se trata de un negocio muy rentable, que instrumentaliza, justamente en función de la multiplicación de las cadenas de valorización del capital, el territorio corporal de nuestro niños, niñas y adolescentes.

Sabemos, por ejemplo, que ya desde varias décadas se ha difundido un abuso de fármacos, sobre todo en función de control emocional, para los niños, abuso empujado por las grandes transnacionales farmacéuticas. Esto ya lo denunciaba Joel Bakan (2011), cuando escribía lo siguiente:

Un día nuestra hija, que tenía dificultad en matemáticas, anunció que sufría de ‘un síndrome de déficit de atención e hiperactividad’. Y nuestro hijo, describiendo la razón de los problemas escolares de un compañero de clase, dijo que dependían del hecho que había olvidado tomar el medicamento. El disturbio mental y los psicofármacos han entrado a ser parte de la cotidianidad de la infancia; cuando un niño tiene dificultad, cuando tiene comportamientos disonantes, volúbles o insolentes, o demuestra un escaso compromiso escolar, siempre más padres lo llevan inmediatamente donde un médico, que a su vez es siempre más proclive a diagnosticar disturbios mentales y a prescribir fármacos psicópatros. El resultado es que siempre más niños, algunos muy pequeños, son clasificados como enfermos mentales y obligados a un régimen farmacéutico. (p.37)

Este campo de la medicalización exasperada de los cuerpos y de la psique de las infancias va adquiriendo formas siempre más agresivas y prepotentes: exámenes sin fin, medicamentos específicos, pequeñas o importantes intervenciones quirúrgicas, productos para los ojos, la piel, el estómago, hasta llegar al extremo de una edad siempre más baja en la cual se consideran normales y hasta deseables intervenciones de cirugía estética. Es evidente que en todo ello no actúa solo una sincera y meritoria preocupación por la salud y el bienestar de las infancias, sino que opera la longa manus del capitalismo neoliberal. En otras palabras, una:

[...] causa de la medicalización contemporánea de la infancia es la mercantilización de lo infantil. El neoliberalismo, experto en convertir cada espacio subjetivo y social en mercadeable, hizo de la infancia y la psicopatología poderosos nichos de mercado gracias a la estrategia de medicalización que las psicociencias inventaron [...] Esta nueva forma de disciplinar a los niños y de ejercer control poblacional demanda poco gasto de personal y les genera ganancias cuantiosas a las empresas farmacéuticas... (Bedoya-Hernández, Andrés de Francisco-León, y Mesa-Orsorio, 2020, p.194)

Por otro lado todo, otro gran negocio sobre el cuerpo de los niños se juega en el campo de la alimentación, desde la sustitución de la leche materna con la leche artificial, a la comida chatarra, a la imposición publicitaria de bebidas con exceso de azúcar, de dulcecitos nada saludables, etc. La consecuencia es una difusión sin precedentes de enfermedades ligadas a una incorrecta alimentación y la expansión del fenómeno de la obesidad y de la obesidad grave en los niños (Cravedo, García y Kogan, (2017).

También tenemos que considerar que el cuerpo de los niños niñas y adolescentes es en muchos casos instrumentalizado en función de un mercado deportivo, que actúa ya sea como oferta de un sin número de mercancías, muchas veces muy costosas, ya sea como supuestamente de imprescindible necesidad de que los niños vayan a frecuentar gimnasios, equipos de fútbol, cursos de natación, escuelas de ballet, etc. Se difunde, además, una acrítica aceptación y hasta aplauso por la presencia de niños, niñas y adolescentes en deportes extremos, que en muchos casos los exponen a riesgos muy elevados y hasta a la muerte. Así, por ejemplo, el 8 de agosto de 1992, los televidentes colombianos vieron con horror como un menor de 13 años se lanzaba desde una avioneta en una práctica de paracaidismo y como, en su caída vertiginosa, nunca se abrió el paracaídas. Se estrelló contra el suelo y murió al instante. Y en 2020, un niño de 10 años y una niña de 9 se ahogaron por la tarde en la ribera de Santa María de Merlés, un afluente del Llobregat, cuando practicaban deportes de aventura, junto a sus compañeros del Colegio Badalonés de Badalona (Barcelona). Los ejemplos podrían multiplicarse sin límites. Pero, lo que nos interesa subrayar es como esta agresiva explotación de los cuerpos de los

niños, a través de prácticas asimiladas acríticamente por nuestras culturas, no sólo pasa desapercibida, sino que resulta ser valorada con un filtro positivo, como manifestación de positivas oportunidades ofrecidas a las infancias para poder colocarse de forma duramente competitiva, en un contexto de relaciones laborales y sociales y en un mercado del trabajo que hacen de la competencia de los unos contra los otros el norte ideológico y el esqueleto de sustento de un modelo de civilización intrínsecamente violento.

Más aún, el cuerpo de nuestros niños niñas y adolescentes no solo directamente y físicamente es reducido a un mero y exclusivo valor de intercambio, con la desaparición de cualquier residual valor de uso, entendido como protección de la autonomía de los aspectos afectivos, espirituales, relacionales, emocionales de la corporalidades los niños, niñas y adolescentes. Asistimos también a una poderosa, capilar, invasiva y prepotente instrumentalización económica a través de un consumo simbólico del cuerpo de los niños (Sifuentes Mendoza y Ramírez Heredia, 2019). Este consumo simbólico del cuerpo infanto-adolescente lo vemos en las publicidades que tienen como protagonistas a los niños, lo vemos en la moda, lo vemos en el *marketing* que se basa en modelos siempre más jóvenes, hasta bebitos, lo vemos también en esta suerte de inconsciente narcisismo de los padres que inundan las redes sociales de fotos y vídeos de sus hijos pequeños, desde que están en el vientre de sus madres, y que llegan a crecer paralelamente a la construcción de un “gemelo digital” (Schoenherr, 2022), que se forma de manera totalmente independiente de su voluntad, de su participación y de su consenso. En resumida síntesis, el cuerpo de los niños, el cuerpo de nuestras infancias, este cuerpo que una retórica, siempre más desconexa y desanclada de la realidad histórica, sigue proclamando territorio sagrado, que no hay que manchar con las fealdades de la lógica económica, en realidad es un punto de condensación, un punto de implosión de infinitas artimañas, de infinitos mecanismos, de infinitas maquinarias funcionales a la explotación económica.

Es en este marco que nos preguntamos sobre la inconsistencia de los proclamas abolicionistas en contra del trabajo infantil, individuado y responsabilizado como único territorio de violencia y explotación en contra de los cuerpos de los niños. Pues estos proclamas erradicacionistas se quedan, por otro lado,

mudos, hipócritamente silenciosos frente a las incontables, y en muchos casos más pesadas, formas de explotación de los cuerpos de las infancias que no se dan en el trabajo infantil, sino en en los programas televisivos, en las publicidades, en el mercadeo deportivo, en los estilos de crianzas impuestos por el capitalismo consumista y en todos los otros riachuelos de una mercantilización que invade, toca y coloniza cualquier rincón de la vida cotidiana, de la experiencia, y hasta de las emocionalidades de las personas y de nuestros niños, niñas y adolescentes.

El cuerpo, en este sentido, sea tal vez la más concreta evidencia de este fenómeno que estamos intentando de develar, este fenómeno del desborde de la explotación, que se instala no solo en la fábrica, en el campo, en los mercados callejeros, en la repartición de productos, etc., sino en la vida misma de todos nosotros, adultos y viejos, hombres y mujeres, y también niños, niñas y adolescentes.

En el cuadro que nos ofrecía Engels (2020), con relación a la primera revolución industrial, el cuerpo de los niños era la fatiga física, era los dedos chiquitos explotados por ser más hábiles en reanudar los hilos de las máquinas textiles; por otro lado, en el trabajo agrícola asalariado de las grandes plantaciones extensivas de los latifundios, el cuerpo de los niños era un cuerpo sobrecargado, encorvado por montones de caña de azúcar o de otros productos agrícolas; finalmente, en las calles latinoamericanas el cuerpo de los niños era el cuerpo expuesto a los peligros del tráfico, de la contaminación, de las largas horas nocturnas pasadas en medio de incontables peligros morales y en condiciones muchas veces insalubres. Podemos, sin duda, decir que hoy todo ello no ha desaparecido y que, por el contrario, sigue vigente y real. Sin embargo, al mismo tiempo aparecen otras instantáneas del cuerpo explotado de los niños, pues en nuestros días es también el cuerpo que luce en la publicidad en la pantalla del televisor, es el cuerpo martirizado por la guerra, es el cuerpo mercantilizado por las prácticas médicas y farmacéuticas, a su vez sumisas a las exigencias de las cadenas de valorización del capital, es el cuerpo prostituido no solo sexualmente sino como cuerpo que resulta ser importante consumidor para los mercados capitalistas. Es, finalmente, un cuerpo que, como hemos dicho al comienzo de este apartado, ha dejado de ser sagrado para ser

transformado en otra cara de este ídolo feroz y omnívoro que se llama dinero, que se llama ganancia, que se llama apropiación de la plusvalía y de la riqueza, que finalmente se llama explotación difundida y dilatada sin límite alguno.

i)

¿Y la subjetividad de las infancias? ¿La afectividad, la emocionalidad, el territorio interior, el delicado proceso de tejer sentidos frente a las experiencia del mundo, la identidad, los sentimientos, los sentidos de pertenencias, los actos lingüísticos la semiosfera (Lotman, 1998) infantil, la memoria, las prácticas narrativas, los deseos, la introspección y la extroversión, el self, la espiritualidad, el alma, el fluir articulado entre el pasado, el presente y el futuro? El territorio de la intimidad, de la emocionalidad, de los afectos y las afectaciones de nuestras infancias está siendo siempre más agresivamente y prepotentemente colonizado por parte de la lógica de valorización del capital y, por ende, de explotación de los más recónditos y, no dudamos al decir, sagrados ámbitos de la interioridad de las personas.

En este marco las instantáneas son prácticamente infinitas e profundamente inquietantes. Vemos en estas instantáneas a un niño con sus ojos y, sobre todo con su corazón y con su mente, fijos frente a las distintas pantallas que constelan su vida diaria: la pantalla de un televisor, de una computadora, de un celular, de una tableta. Mira una película continuamente interrumpida por ciclos obsesivos de publicidad, mira un videojuego que lo atrapa en sus premeditadas trampas de atracción, que lo capturan en procesos de inmersión, identificación, conexión motivacional y afectiva, mira las mediáticas e infinitas sollicitaciones de las redes sociales, llámense Whatsapp, Facebook o TikTok, donde encuentra un mundo virtual que permanentemente media su relación con el mundo real y con las personas reales. Nuestras infancias sustituyen los antiguos cuentos para niños, las antiguas fábulas, que se transmitían de generación en generación, por otras mitologías infantiles, pobladas por los superhéroes de las historietas o de los dibujos animados, mitologías de personajes contruidos artificialmente por la industria del espectáculo y del entretenimiento, mitologías simbólicas de marcas de productos que ofrecen no tanto y no solo mercancía material, sino una suerte de pasaporte simbólico, que garantiza al niño identidad, reconocimiento, posicionamiento, estatus, sobre

todo en los grupos de pares. El acecho a la emocionalidad de la infancia en función de un potenciamiento y de una aceleración de las cadenas de valorización del capital es constante, pues bien ha entendido el capital mismo que las infancias son, en su conjunto y en cada aspecto de su vida, una mina inagotable de producción de riqueza de la cual poder apropiarse. Acá se descubre otro punto neurálgico, otro denso imán que implosiona en una invisible, pero no por ello menos potente, maquinaria al servicio de la explotación económica de las infancias. No se trata solo de una dilatación cuantitativa de los procesos de explotación de la mente, del corazón, de la psique de las infancias, sino que asistimos a un cambio cualitativo, pues hay todo un ejército de profesionales al servicio de las grandes empresas, de las grandes *lobbies*, que estudian en profundidad las características específicas de las subjetividades infantiles, para poder dar en el blanco más eficazmente, al momento de colocar tal o cual producto en el mercado.

Esta ubicua mercantilización del universo emocional de nuestras infancias es otro aspecto de aquel capitalismo cognitivo que ya hemos recordado, pues cuando se dice capitalismo cognitivo no nos referimos solo al conocimiento, sino propiamente a todas las dimensiones inmateriales de la persona y por ende de las infancias. Y por ello podríamos hablar también de “capitalismo de las emociones” (Schibotto, 2020, p.222). Con el tránsito de la modernidad a la modernidad tardía o radical, que significó también el tránsito del capitalismo fordista al posfordismo, el capitalismo cognitivo, consumista, bioproductivo y biopolítico, el relato de las emociones, que antes había sido residual y apendicular (Illouz, 2007), se vuelve uno de los actos centrales de los procesos de explotación económica, en particular de las infancias. Podríamos decir que se vuelve el relato determinante para poder entender la complejidad de los fenómenos que hacen que la subsunción, no solo formal sino también real del capital, se despliegue extensivamente e intensivamente a toda la sociedad, incluyendo por supuesto las infancias y atrapando también el ámbito de las subjetividades, en nuestro caso de la subjetividades infantiles. Como bien dice Byung-Chul Han (2014)

El capitalismo del consumo introduce emociones para estimular la compra y generar necesidades. El *emotional design* modela emocio-

nes, configura modelos emocionales para maximizar el consumo. En última instancia, hoy no consumimos cosas sino emociones, las cosas no se pueden consumir infinitamente, las emociones en cambio sí. Las emociones se despliegan más allá del valor de uso. Así se abre un nuevo campo de consumo con carácter infinito... La coyuntura presente de la emoción está condicionada por el nuevo modo de producción inmaterial en el cual la interacción comunicativa gana continuamente importancia. Ahora no solo se busca la competencia cognitiva, sino también la emocional. (p.72)

A este punto aparece evidente que la colonización del territorio emocional interior de las infancias resulta ser fundamental para los procesos de valorización del capitalismo contemporáneo, es decir que el capital necesita controlar el *general intellect* emocional de nuestros niños, niñas y adolescentes, para subsumirlo, formalmente y realmente, a la lógica de la forma mercancía, de la ganancia, de la infinita reproducibilidad del mercado, del hiperconsumo. Es por ello que habría que hablar no solo de “obsolescencia programada” (Latouche, 2014) de los objetos de consumo, sino más bien, y sobre todo, de “obsolescencia emocional” programada (Pagura, 2018).

En fin, es innegable que hoy el sistema capitalista asume la dimensión emocional de las infancias como esfera biopolítica y esfera bioproductiva esenciales en los procesos de valorización del capital y, por ende, como un territorio que debe ser conquistado, normado, regulado, manipulado, dominado por la lógica del valor de consumo.

En todo ello hay que recordar las infaustas y verdaderamente desastrosas consecuencias que eso tiene en el desarrollo, por ejemplo, de la conciencia ética en nuestro niños, niñas y adolescentes. Hay hoy en día demasiadas voces que se levantan para denunciar una supuesta insensibilidad moral de la infancia y de la adolescencia, una suerte de supuesta incapacidad de colocar filtros éticos para evaluar la importancia y la gravedad de los sucesos. Pero, todas estas denuncias se quedan en la superficie, no aclaran los orígenes de esta supuesta torpeza ética de las infancias y adolescencias contemporáneas. Pensamos, entonces, en lo que pasa diariamente en los procesos formativos de

la eticidad en los niños, procesos formativos que están también ellos sumisos a una lógica de ganancia, de mercantilización y de explotación. Desde este ángulo de mirada, vemos, por ejemplo, a un niño frente a un televisor. En este televisor el noticiero está transmitiendo un reportaje sobre el bombardeo de Gaza y de los palestinos que la habitan. Este niño ve personas mutiladas, asesinadas, desmembradas, ve sangre, edificios destruidos, reducidos a escombros, ve la tragedia de la guerra. Su corazón empieza a reaccionar, se siente golpeado por estas imágenes, brota en él la preciosísima semilla de una capacidad de indignación emocional, una indignación profundamente ética, Pero, de repente estas imágenes se interrumpen y aparece la publicidad de una refinada comida para perros y gatos, que además viven en una casa de lujo, mascotas que son tratados con mucho amor, con mucha ternura, imágenes de un mundo feliz, de un mundo acaramelado. Desaparecen y enmudecen las imágenes de la guerra. El hechizo publicitario tiene el poder de deradicalizar, de desinflar, de designificar la potente reacción ética que antes había brotado en el niño frente a las imágenes de los destrozos humanos en la guerra. La lógica del mercadeo de lo humano impone un trastorno en el proceso de construcción de la dimensión ética de este niño, porque, repetido día tras día, este veneno, esto de hermanar imágenes de una profunda significación moral con imágenes falsas, con imágenes de cartón y yeso, con imágenes atractivas pero sin ninguna consistencia real, llevará este niño a confundir los planos, a no tener filtros certeros y claros de juicio sobre los acontecimientos de la vida, sobre los acontecimientos del mundo.

Sin miedo de parecer demasiado radicales terminamos este apartado, diciendo que todos los días se cumplen millones de crímenes éticos, exponiendo nuestras infancias a esta fragmentación inhumana y explotadora de la experiencia vital y en particular la experiencia formativa de la conciencia ética de niños, niñas y adolescentes. Estos últimos son diariamente educados por el *marketing* a un desmedido hedonismo materialista de la peor índole, pues, como nos recuerda Torres (2013):

[...] nuestros niños están expuestos a una influencia comercial que los induce hacia un materialismo desmesurado. En fechas específicas son sometidos a intensas campañas publicitarias como ocurre en Na-

vidad, Reyes, Día del Niño, pero también, reciben incentivos comerciales de manera cotidiana que los inducen a requerir celebraciones de cumpleaños desmedidas, a estar continuamente entretenidos con infinidad de actividades lúdicas, a poseer el último producto de merchandising de los programas de moda, entre otras cosas. El esfuerzo de los padres por quitarles importancia a las cosas materiales e inculcarles otro tipo de valores muchas veces resulta infértil pues intentan avanzar en contra de una corriente muy fuerte. (p.2)

l)

¿Cómo se configura hoy el régimen temporal que escanea, norma y casi diríamos cuadrícula el día a día de un niño, una niña o un adolescente? El tiempo dedicado a la frecuencia escolar y a las tareas escolares se extiende siempre más, se dilata, se hace siempre más potente y prepotente. La jornada de estudio de niños chiquitos, de seis, siete u ocho años, así como de muchachitos más grandecitos o de adolescentes, y también de jóvenes adultos se ha ampliado a seis, siete, a veces ocho horas. Es claro que no estamos absolutamente en contra de los procesos de escolarización, ni a la potenciación de estos procesos, pero muchas veces el tiempo dedicado cotidianamente a la frecuentación de los colegios se dilata no por razones pedagógicas o didácticas, sino por una suerte de cómodo parqueo de los niños, para liberar de esta incumbencia a familias ocupadas en sus compromisos laborales o simplemente compromisos sociales. De hecho, ocho horas de escuela son muchas, también porque en la mayoría de los casos estas horas están llenas de actividades que responden a modelos de almacenamiento memorístico y no de creatividad formativa. En muchos casos, a estas ocho horas se suman otras de tareas escolares asignadas para el tiempo que tendría que ser libre, pero que no lo es. Además, también hay cursos de deporte, de música, de inglés y luego, en las pocas parcelas de tiempo que quedan, están los videojuegos, las visitas a centros comerciales, el uso de celulares, así que de hecho viene configurándose un régimen temporal apresurado y ansiógeno, en el cual viven las infancias de hoy. El tiempo de la demora (Han, 2014), el tiempo lento, el tiempo fluido y no condicionado del juego, el “tiempo regalado” (Köhler, 2019), el tiempo dilatado, el tiempo pausado, el tiempo generosamente desperdiciado, lúdicamente esparcido

en el transcurso del día, el tiempo no normado, no reglamentado, el tiempo inventado bajo el impulso no de la obligación sino del deseo, siempre ha sido el tiempo propio de las infancias, el patrimonio inmaterial que constituía una suerte de especificidad fuerte, magnífica y gozosa de las infancias.

Hoy todo ello está siendo siempre más amenazado por un nuevo régimen temporal de las infancias, que fundamentalmente obedece a las necesidades propias de la aceleración de las cadenas de valorización del capital. El niño de hoy es un niño cuyo régimen temporal está cargado de prisa, de aceleración de constricción casi cronométrica, de reducción y de agotamiento de los espacios de la demora, del don temporal, de la humanamente necesaria prodigalidad temporal. Los niños de hoy sufren ellos mismos la angustia temporal de estos tiempos postmodernos, así que se vuelven niños que corren, van de prisa, tienen un montón de compromisos, están obligados a fragmentar su experiencia temporal en múltiples direcciones desorganizadas: de la escuela al centro comercial, del centro comercial al videojuego, del videojuego al curso de inglés, del curso de inglés a las tareas escolares, de las tareas escolares a la pantalla de un televisor, de una pantalla de un televisor a las redes sociales. ¡Apúrense niños, niñas y adolescentes, apúrense, no se demoren, vayan de prisa! Pues más aceleran su experiencia, más aceleran su vida, más y más concurren a los procesos de valorización de capital y más concurren a la expropiación de aquella riqueza inmaterial que es su tiempo, que les está siendo robado.

Creemos que también este territorio inmaterial del tiempo es otro ámbito en el cual se dan nuevas formas radicales de explotación económica de las infancias contemporáneas. Los imperativos de la ganancia a toda costa, los imperativos de un régimen temporal que todo lo subsume a los procesos de mercantilización de la experiencia vital de las personas, les están robando a nuestros niños, niñas y adolescentes el derecho a un tiempo propio. a un tiempo conforme a sus necesidades, a sus deseos, a su bienestar. El “aroma del tiempo” (Han, 2014) es hoy un aroma amargo para las infancias, un aroma que tiene un intenso olor a constricción, a explotación, a agresividad, a maltrato. A los niños les están robando el arte de la demora que en otros tiempos ha sido un arte en la cual las infancias le daban clase a los adultos. Así que bien se puede aplicar también a las infancias la advertencia que nos hacía Lipovetsky (2004):

La obsesión moderna por el tiempo ya no se materializa solo en la esfera laboral sometida a los criterios de la productividad; ha conquistado todos los aspectos de la vida. La sociedad hipermóderna se presenta como una sociedad en la que el tiempo se vive de manera creciente como una preocupación fundamental, en la que se ejerce y se generaliza una presión temporal en aumento. (p.71)

Esta presión temporal se ejerce también, y casi diríamos sobre todo, en relación con las infancias contemporáneas y podríamos, en este contexto, decir que se quedan cortas las preocupaciones de los abolicionistas del mal llamado trabajo infantil sobre la medición cuantitativa de las horas de ocupación de los niños, niñas, y adolescentes ya incorporados en el mercado laboral. Pues esta presión temporal, esta explotación del tiempo de las infancias, esta cro-noexplotación hiere y desmiembra cada instante de la vida diaria de nuestros niños, niñas y adolescentes. Ya no es un asunto de una hora más o una hora menos de trabajo, pues se trata de un problema mucho más amplio y mucho más profundo, es decir el problema de un régimen temporal explotador y explotado, que coloniza cada instante, cada minuto de la experiencia vital de las infancias mismas. Y esta alerta se hace aún más preocupante recordando las inquietudes de Hartmud Rosa (2016), cuando dice que:

[...] conectando aceleración y alienación se explicita un problema que todos los autores indican, es decir que lo que está en juego no es tan solo una crisis de la vida cotidiana, de las relaciones laborales, de la cultura, sino que se perfila una amenazante crisis del mismo sujeto en términos de impermanencia, fragmentación, atomización y del configurarse casi de una pendiente de disolución del sujeto moderno (p.97).

El panorama se hace verdaderamente inquietante y por ello es necesario y urgente entenderlo, profundizarlo y descifrar sus más recónditos mecanismos. Hay que tomar conciencia que, como dice Ojeda Rocha (2021):

Hoy en día la infancia no sabe que es jugar o tomar un tiempo de descanso [...] Dicha población relaciona estas actividades como tiempo para invertirlo jugando ya sea con el celular, videojuegos o sim-

plemente hacen referencia que su tiempo de descanso se basa en ver películas, televisión o jugar en dichos equipos tecnológicos, lo cual nos lleva a entender que la infancia y sus tiempos se ven consagrados al capitalismo que la sociedad ha impuesto. (p.25)

Se entiende, de esta manera, que hoy lo que está amenazando el bienestar temporal de la niñez, lo que está expandiendo a toda las infancias la pandemia posmoderna de la cronovulnerabilidad, no es tanto, o de toda manera no solo, una jornada de trabajo demasiado extendida como, fuente de explotación para los niños, niñas y adolescentes trabajadores, sino más bien la subsunción del régimen temporal de la vida de todas las infancias a una lógica sumisa a las necesidades de valorización del capital.

**

En diálogo con la teoría: de las narrativas empíricas a una episteme histórico - crítica

Como ya hemos recordado anteriormente, el debate contemporáneo, muy rico, intenso y controvertido sobre las radicales transformaciones en el mundo del trabajo, las nuevas formas de explotación económica y lo que se ha venido indicando como el enigma del valor en el capitalismo posfordista, cognitivo e hiperconsumista, ha olvidado completamente las infancias como sujeto epistémicamente legítimo de indagación y de reflexión. De hecho, si recurriéramos toda la conspícua literatura acumulada sobre estas nuevas formas de explotación, no encontraríamos una sola, o tal vez muy contadas (Mantilla, Solkner y Minicelli, 2017; Schwartz, 2016) referencias a la infancia. De hecho, las principales categorías de reinterpretación del mundo del trabajo y, sobre todo, de las nuevas formas de explotación del capitalismo contemporáneo no han tratado el sujeto infancia, como si este último no hubiera sido y no sea, práctica y teóricamente, involucrado en estos mismos procesos dura y programáticamente explotadores.

Por otro lado, hay que reconocer que también la construcción de un saber específico sobre la infancia se ha desentendido y sigue desentendiéndose casi

totalmente de lo que ha sido este debate crítico de las últimas décadas, relativo a lo que hemos llamado el desborde de la explotación económica. De hecho, tenemos la impresión que el debate sobre infancia se haya dado en una suerte de descontextualización histórica y cultural, sobre todo con relación a las corrientes críticas de reinterpretación de los procesos de apropiación por parte del capital de la riqueza producida o de toda manera perteneciente a las infancias. Así que se corre el riesgo que también el discurso sobre las infancias no supere el defecto de cierta autorreferencialidad, que se traduce en una ausencia de vínculos o nudos articuladores con un contexto más amplio y complejo, en particular, en nuestro caso, con el contexto económico. De esta forma, mientras todo el debate sobre el cambio de época en el mundo del trabajo y en las formas de explotación económica olvidaba a los niños, niñas y adolescentes del continente y de todo el mundo, dejando otra vez, como diría Zemelman (2010) un “sujeto sin discurso”, los expertos de las infancias iban construyendo un discurso en buena parte ensimismado, corriendo el riesgo de construir un “discurso sin sujeto”, es decir una especie de niñología monádica, que de hecho contradice los imperativos básicos de una episteme coherentemente y fuertemente anclada a la realidad concreta, a la coyuntura histórica. El resultado de todo ello es que se corre el riesgo de hablar sobre un sujeto-infancia imaginario y ya no real y existente en el horizonte de la concreta contemporaneidad que habitamos y que nos habita. Otra vez encontramos la peligrosa tendencia a imaginar realidades que se ajusten a las teorías que constituyen nuestra zona de *confort* epistémico, en vez de ajustar las teorías a las realidades que van emergiendo en la fragua indomesticable de la historia. Zemelman insiste mucho en la necesidad de recolocar permanentemente las teorías en el contexto de las circunstancias históricas, como cuando dice que es necesario “definir un ángulo para la construcción del conocimiento que refleje la exigencia de colocación antes las circunstancias del sujeto en su condición histórica (2011, p.37). Es necesario, entonces, que los procesos de construcción de conocimiento sobre y con las infancias contemporáneas se sitúen frente a una realidad que no sea abstracta, sino conformada por las propias circunstancias del sujeto, así como se dan en un determinado contexto histórico.

El intento, todavía exploratorio y embrionario de este libro, y en particular de este capítulo, es empezar a construir, si no puentes, por lo menos hilos de

conexión, posibles nudos de articulación entre algunas de las principales categorías del debate contemporáneo sobre estas nuevas caras del trabajo y estos nuevos mecanismos de la explotación económica, y los procesos de construcción de conocimientos relacionados a las infancias contemporáneas, volviendo a leer, a resignificar, a resemantizar estas categorías justamente desde el ángulo de mirada de los niños, niñas y adolescentes de hoy. Pues pensamos que este cambio de época en el cual proliferan complejos, difusos, densos, intensos y radicales procesos de explotación económica constituyan un marco histórico que no se puede obviar en cualquier intento de comprensión de las infancias contemporáneas.

- Biopoder, biopolítica, bioproducción, bioexplotación e infancias en el mundo de hoy

Las primeras categorías, estrechamente vinculadas entre ellas, en relación a las cuales queremos sugerir un itinerario de declinación conexas con las infancias son las de biopoder, biopolítica, bioproducción y bioexplotación.

Se trata, como ya hemos en parte visto, de categorías que no solo son fundamentales en el debate contemporáneo sobre las modificaciones en el mundo del trabajo y las nuevas formas de explotación, sino que de alguna manera son nudos estructurantes del debate mismo.

No es esta la sede para profundizar en detalle todo el complejo entramado de textos, autores, reflexiones públicas que han ido, en un lapso de tiempo bastante amplio, consolidando *grosso modo* los núcleos fundamentales que constituyen la sustancia epistémica de estas categorías. Tan solo diremos lo siguiente. Seguramente el origen de estas categorías la encontramos en Foucault (1999a; 1999b; 2006), que las declina sobre todo en relación a un poder que se ejerce sobre la vida misma, en particular como gestión del cuerpo humano en la sociedad por parte de la economía y de la finanzas capitalistas, y también como control de los procesos biológicos para una suerte de biopolítica de las poblaciones. El control de las condiciones de la vida humana se vuelve así un asunto político. Este poder, y en el caso de Foucault también este micropoder,

que se cuele en los mínimos intersticios de la vida cotidiana, subordina toda la ciencia y la técnica a un control y a una funcionalización por parte de los imperativos políticos y económicos del sistema dominante. En este proceso se incluyen disciplinas como la química, la biología, la genética, la estadística, la demografía, la psiquiatría, la sociología, la criminología, la sexología, etc. Estas reflexiones de Foucault son retomadas, entre muchos otros, por autores como Lazzarato (2000; 2006), Giorgio Agamben (1998) y Hart y Tony Negri (2002; 2003; 2004), que han interpretado el concepto de biopolítica sobre todo como subordinación de la vida entera y de cada aspecto de la existencia humana a las necesidades impuestas por las cadenas de valorización del capital. En pocas palabras, podemos decir que hoy en el capitalismo contemporáneo cada aspecto, cada ámbito, cada instante, cada estratificación, cada expresión de la vida del hombre están subsumidos bajo los imperativos de la producción de valor y de la apropiación de la plusvalía. Las infinitas expresiones de la existencia humana se vuelven todas otras tantas modalidades de valorización del capital y, por ende, de explotación: estudiar, jugar, la estética, el erotismo, dormir, descansar, viajar, pintar, relacionarse con los otros, comunicar, gozar del tiempo libre, informarse, formarse, instruirse, autocuidarse y cuidar a los otros, construir retículos de vínculos afectivos, nacer, crecer, morir, etc. etc. Todas estas cartografías vitales del hombre se someten y se configuran en base a las necesidades de una siempre más acelerada, permanente, omnívora valorización del capital, de manera que el biopoder y la biopolítica se conectan estrictamente a la bioproducción y a la bioexplotación.

Dice al respecto Paolo Virno (2003):

[...] nuestro tiempo se caracteriza por un modo de producción que moviliza en beneficio propio todas las prerrogativas fundamentales de la especie *Homo Sapiens*, facultad de lenguaje, autorreflexión, afectos, tonalidades emotivas y gustos estéticos, carencias de instintos especializados, adaptación a lo imprevisto, familiaridad con lo posible... Podría decirse que lo que los filósofos han llamado tradicionalmente ‘naturaleza humana’, lejos de quedarse en un remoto presupuesto, en mero fondo de la praxis social, se ha convertido en el principal recurso del capitalismo posfordista. (p.15)

Y subraya a su vez Martínez Posada (2010):

[...] la vida y el tiempo del hombre no son por naturaleza trabajo, son: placer, discontinuidad, fiesta, reposo, necesidades, apetitos, violencias, depredaciones, etc. El capital debe transformar toda esa energía explosiva en una fuerza de trabajo continua y continuamente ofrecida en el mercado. El capital debe sintetizar la vida en fuerza de trabajo [...] (p.10)

Nos paramos aquí, pues lo que hemos dicho muy sintéticamente es, sin embargo, suficiente para evidenciar lo absurdo de la ausencia casi total de las infancias en el debate relativo a estas categorías de biopolítica, biopoder bioproducción y bioexplotación. De hecho, si el capital invade como marea inagotable la vida misma, consigue invadir también a las infancias, subsumiéndolas inexorable e inevitablemente a los procesos de explotación económica que conforman el modelo civilizatorio del mundo contemporáneo.

Se determina aquí un cortocircuito, un embrollo inextricable, una paradoja que es epistémica y al mismo tiempo ética, pragmática y política.

La modernidad propuso, de una u otra forma, una suerte de moratoria con relación a las infancias. Los niños, niñas y adolescentes tenían que ser excluidos de las responsabilidades productivas, protegidos contra la explotación económica, exentos de la necesidad de trabajar. Alrededor de esta modelización de infancia se fue construyendo toda una cultura y una retórica sobre el niño que, por mandamiento natural, tenía que vivir en una burbuja aséptica, alejado de la violencia, de la explotación, de la brutalidad del mundo económico. De allí también las raíces culturales del erradicacionismo en contra del mal llamado trabajo infantil, y de la narrativa dominante por la cual que el curriculum vital de la infancia tenía que girar alrededor de la escuela, del juego y de una relacionalidad social centrada casi exclusivamente en la familia y en instituciones especializadas (Serrano, 2008). Pero, a cambio de esta moratoria se exigía a las infancias mismas la renuncia a un conjunto de derechos que eran propios de la edad adulta. Como dice Luisa Muraro (1972):

[...] el nuevo sistema de producción comenzó con una explotación completa de las fuerzas humanas disponibles, que proporcionaban

su base económica [...] Los niños corrían allí el riesgo de destrucción física, porque el cansancio de los ritmos de trabajo impuestos, las atenciones requeridas y las condiciones higiénicas eran y siguen siendo hoy insoportables para la fuerza de un niño [...] La expulsión de la producción de los niños y de todas las personas físicamente débiles parece, desde este punto de vista, un progreso y una necesidad, y sin embargo debemos tener claro lo que implica tal exclusión: la condición inferior que afecta a todos aquellos, incluso mujeres y ancianos, que no sirven directamente a la producción, su dependencia de quienes los apoyan. Además, para los niños se trata de una exclusión temporal, que mientras tanto es una preparación. Ella no tiene nada de progresivo o gradual, ya que la entrada en el mundo del trabajo es un salto desde la dependencia e irresponsabilidad hasta la autosuficiencia económica y la explotación inmediata. Los niños están excluidos del mundo de los adultos porque están excluidos de la producción y esta es esencialmente la preparación que reciben: esperar bajo dependencia de los adultos para poder acceder a su mundo, con sus privilegios reales o imaginarios. Y en una cultura que celebra el descubrimiento del niño, de su ser original, para el niño el volverse adulto se convierte en una meta, una conquista y hasta en un ideal [...] (p.25)

Este *do ut des*, es decir la concesión a las infancias de un supuesto privilegio en cuanto a la protección y a la exclusión de las duras leyes del mundo económico, en cambio de una renuncia a una real inserción en el mundo social, en condiciones paritarias con el adulto en cuanto a posicionamiento y en cuanto a derechos, ha venido configurando lo que podríamos definir el contrato social implícito de la modernidad entre el mundo adulto y las infancias. Como dice Paula Valeri (2018):

[...] en la modernidad, la infancia comienza a ser vista como una etapa de larga duración, que requiere de una preparación especial. El niño comienza a ser catalogado como un ser inacabado, como un agente heterónomo, vulnerable, que necesita protección de un adulto. Deja de ser para la sociedad un adulto en miniatura. En el período que se inicia con la ‘construcción del niño moderno’, se pasa a ver progresivamente que los niños son destinatarios de ropas propias, juegos,

cuidados especiales que los distinguen del mundo de los adultos. El niño ahora es dependiente del adulto, necesita su protección, a la vez es disciplinado por el adulto, por lo cual le debe obediencia. Esta transformación implica la aparición de un cuerpo infantil. Queda claro que el vínculo entre el niño y el adulto debe ser puramente asimétrico, es una relación que se da desde la carencia de una de las partes. (Párr. 2)

También Bermúdez Gutiérrez (s.f.) insiste sobre el mismo argumento, cuando nos aclara que:

La infancia moderna surge en el siglo XVIII sobre el pacto de obediencia por protección, en el cual el niño renuncia a su autonomía y libertad a cambio de atención y cuidado en una familia. De esta manera la infancia es asumida en la sociedad como heterónoma e irracional y se valora como símbolo de pureza e inocencia. Sin embargo, a finales del siglo XX y comienzos del XXI la representación de la infancia entra en crisis, cuando las condiciones de su pacto fundacional empiezan a ser incumplidas. (p.1)

Este contrato o pacto social implícito proponía delimitar el territorio de vida de las infancias, para que en ello no penetrara la dura ley del realismo económico, del pragmatismo económico, de la insensibilidad económica, en otras palabras, la dura ley de los procesos de valorización del capital y por ende de la explotación económica. En cambio de este estatus privilegiado, las infancias tenían que aceptar ser relegadas en una condición de minoridad, de exclusión de las experiencias productivas, de posibilidad de márgenes de independencia económica, de participación socialmente relevante y resonante, de contribución reconocida a la vida laboral de las familias, de las comunidades, en fin de la sociedad. Era un contrato, entonces, que se basaba en el lema ‘más protección y menos derechos’, en fuerza de una modalidad relacional constitutivamente asimétrica. El mundo adulto prometía garantizar a las infancias una suerte de salvoconducto protector contra los estragos de la explotación económica, y en cambio reconfiguraba una infancia modernizada y civilizada, que vivía en una burbuja de algodón acaramelado, dedicándose casi exclusivamente al juego y a la escuela, bajo el control y la permanente supervisión panóptica, el dominio y hasta, podríamos decir, la propiedad por parte de los adultos.

Todo ello ya no tiene sentido, no muerde en el contexto de la coyuntura histórica de la posmodernidad. También los niños hoy entran en una fase que De Sousa Santos (2022) ha llamado de “poscontractualismo”, y bien podríamos decir que las infancias contemporáneas son una declinación específica de aquel quiebre del contrato social que el mismo Sousa Santos describe de esta manera:

[...] el contrato social ha presidido, con sus criterios de inclusión y exclusión y sus principios metacontractuales, la organización de la sociabilidad económica, política y cultural de las sociedades modernas. Este paradigma social, político y cultural viene, sin embargo, atravesando desde hace más de una década por una gran turbulencia que afecta no ya sólo a sus dispositivos operativos, sino a sus presupuestos; una turbulencia tan profunda que parece estar apuntado a un cambio de época, a una transición paradigmática. (p.16)

Toda la cultura de la modernidad sobre la infantilización y la separación de los niños, niñas y adolescentes en un mundo a parte, se ha derrumbado completamente y este derrumbe se manifiesta justamente a la luz de categorías como biopolítica, biopoder, bioproducción y bioexplotación. Casi diríamos que la mayor parte de la actual niñología se basa en un *corpus* teórico totalmente desconexo de la realidad histórica y de los procesos reales que se manifiestan en la sociedad y en el mundo económico de hoy. Se trata de un *corpus* incapaz, en su conjunto, de develar los enigmas de la que Haidt (2024) ha llamado “la gran reconfiguración de la infancia”.

Si pensamos que toda la vida, cada aspecto de la existencia humana ha sido subsumido formalmente y realmente por la lógica de la ganancia, del dinero, de los procesos de valorización de capital, por los mecanismos de la explotación económica, entonces ya no hay posibilidad (y dudamos que la haya habido en algún momento) de construir un mundo aparte para las infancias. Si ya no hay un afuera del capitalismo y de los mecanismos de explotación del capitalismo, ya no hay una afuera en donde colocar a las infancias, ya no hay espacios propios y específicos protegidos, exentos, limpios de los inmisericordes procesos de la explotación económica. Sí, como se dice Mikkelsen (2019) la infancia es “el espacio social donde viven los niños y las niñas” (p. 4), este espacio social hoy está totalmente impregnado por lo que hemos

llamado el desborde de la explotación, y todo ello deviene en la necesidad de desparametrar radicalmente nuestras oxidadas cuadrículas epistémicas, pragmáticas y políticas. Ya hace tiempo que el capitalismo posfordista, mientras la OIT se ensañaba insensatamente en una lucha a toda costa contra el trabajo infantil, ha entendido una cosa muy sencilla y es que la infancia, no solo y no tanto la infancia trabajadora, es un gran negocio, es una gran mina de producción de plusvalía, de producción de riqueza, que la infancia es un potente recurso en las cadenas de valorización del capital y que, por ende, hay que explotarla a como y por donde dé lugar: en los centros comerciales, en las escuelas, en las redes sociales, en los procesos formativos, en la hipermedicalización, en los procesos expulsivos y migratorios, en la depredación del común, en la destrucción del medio ambiente, en las guerras, en la manipulación y colonización economicista de los cuerpos infantiles, de las subjetividades infantiles, de los afectos, de las emociones, etc.

Es por ello que, como nunca, es urgente y necesario iniciar un largo camino de revisión crítica de nuestras formas de acercamiento epistémico y de construcción de conocimiento sobre las infancias, a partir también de estas categorías de biopoder, de biopolítica, de bioproducción y de bioexplotación.

- Interioridades explotadas. Psicopolítica y capitalismo de las emociones

El capitalismo, así como cualquiera otra forma en que, a lo largo de la historia, se estructuraron las relaciones de producción, siempre ha sido también una “psicopolítica” y un “capitalismo de las emociones”. Y esto, fundamentalmente, porque, como han escrito Castro Gómez y Grosfoguel (2007):

Debemos entender que el capitalismo no es sólo un sistema económico (paradigma de la economía-política) y tampoco es sólo un sistema cultural (paradigma de los estudios culturales/poscoloniales en su vertiente ‘anglo’), sino que es una red global de poder, integrada por procesos económicos, políticos y culturales, cuya suma mantiene todo el sistema. Por ello, necesitamos encontrar nuevos conceptos y

un nuevo lenguaje que dé cuenta de la complejidad de las jerarquías de género, raza, clase, sexualidad, conocimiento y espiritualidad dentro de los procesos geopolíticos, geoculturales y geoeconómicos del sistema-mundo. Con el objeto de encontrar un nuevo lenguaje para esta complejidad, necesitamos buscar ‘afuera’ de nuestros paradigmas, enfoques, disciplinas y campos de conocimientos. Necesitamos entrar en diálogo con formas no occidentales de conocimiento que ven el mundo como una totalidad en la que todo está relacionado con todo [...] (p.17)

Como ya hemos anteriormente anotado, las categorías de “capitalismo cognitivo” o de “producción inmaterial”, muchas veces se entienden de manera reductiva como relacionadas exclusivamente a la esfera del conocimiento. En realidad, el “capitalismo cognitivo” y “la producción inmaterial”, desbordan de las esferas del conocimiento, y aluden también a las esferas de las afectividades, de lo comunicativo, de lo simbólico, de la compleja red de las vivencias interiores de los sujetos, en particular de las emociones, como nos aclara Míguez Pablo (2013), argumentando que en el “capitalismo cognitivo”:

...las facultades lingüísticas, comunicacionales, y cognitivas de los seres humanos constituyen el principal recurso productivo. El *general intellect* involucra las actitudes más genéricas del espíritu: facultad de lenguaje, disposición al aprendizaje, capacidad de abstracción y de conexión, acceso al autorreflexión, o sea, intelecto en general. Implica una cooperación más amplia y heterogénea que la específica del campo de trabajo, son facultades **afectivas** [negrita nuestra], cognitivas, donde participan todos los sujetos...El trabajo inmaterial es el trabajo que crea bienes inmateriales, es decir, cuyo producto es inmaterial, como el conocimiento, la información, relaciones sociales **o una respuesta emocional** [negrita nuestra]. (p.p. 31-32)

En el ‘capitalismo cognitivo’ los procesos de valorización del capital se deslizan del momento productivo a los momentos de la circulación y sobre todo del consumo, porque, como dice Rullani (2002), en referencia a los productos del conocimiento digitalizado, una vez que se haya producido la primera unidad, el costo de reproducción de las otras unidades tiende a reducirse a cero.

De allí que es necesario una estrategia de control de la valorización sobre todo en las fases de la circulación y del consumo, lo que, a su vez, pone el acento en la necesidad de conformar subjetividades hiperconsumistas y finalmente controlables y manejables también en sus procesos emocionales.

A este punto aparece evidente que la colonización del territorio emocional interior de los sujetos resulta ser fundamental para los procesos de valorización del capitalismo cognitivo, es decir que el capital necesita controlar el *general intellect* emocional, para subsumirlo formalmente y realmente a la lógica de la forma mercancía, de la ganancia, de la infinita reproducibilidad del mercado general del hiperconsumo. En fin, es innegable que hoy el sistema capitalista asume la dimensión emocional de los sujetos como esfera biopolítica y bioproductiva, esencial en los procesos de valorización del capital, y, por ende, como un territorio que debe ser conquistado, normado, regulado, manipulado, dominado por la lógica del valor de consumo.

Es inevitable ahora una pregunta central y no más postergable: ¿Dónde están las infancias en todo ello? Y, otra vez, remarcamos con radical sorpresa la ausencia casi total de los niños, niñas y adolescentes en el debate y las reflexiones que se han dado acerca de categorías como psicopolítica o capitalismo de las emociones. En este caso hay, sin embargo, que ser un poco más precisos, pues existen muchos estudios sobre la psicología, las emociones, los afectos, los universos interiores, las intimidades de las infancias. Pero todos estos estudios, todos estos procesos de construcción de conocimiento son siempre restringidos a unas cuantas disciplinas especializadas, como, justamente, la pedagogía, la psicología, la pediatría, la psiquiatría y más recientemente las neurociencias o la neuropsiquiatría. Inclusive la filosofía, que ha dedicado gran parte de sus interrogantes al mundo interior, psíquico, emocional, afectivo de los hombres, casi nunca ha declinado este interés también con relación a las infancias. Lo que nos interesa subrayar en esta sede, es que todo este saber acumulado sobre los procesos de construcción de la subjetividades infantiles, nunca o casi nunca se ha relacionado también con la economía, y ello sucede, paradójicamente, en el momento en que se alerta sobre la mercantilización y la reducción a una lógica capitalista también del mundo de las intimidades, de las emocionalidades, de las afectividades de las personas. Tomamos, por ejemplo,

el excelente libro de Tocino Rivas (2023), con un título muy sugerente. “El capitalismo emocional. De Eva Illouz a los teóricos del biocapitalismo.” En este texto falta referencia alguna a la infancia, como si el capitalismo emocional fuera exclusivo asunto de los adultos. Este adultocentrismo epistémico es un evidente caso de procesos históricos que avanzan más aceleradamente de los constructos teóricos que intentan comprenderlos y entenderlos, de teorías que son mucho más lentas del ritmo de transformación de la realidad y que, por ende, no logran captar las infancias dentro de la historia, es decir dentro de los procesos concretos que se van configurando, aunque no hayan todavía asumido un perfil totalmente claro y definido.

Es por todo ello que hoy más que nunca hay que reconocer que categorías como psicopolítica y capitalismo de las emociones tocan, condicionan, dominan, estructuran, configuran y reconfiguran la vida misma de las infancias de todo el mundo, los territorios interiores de los niños, sus emociones, sus afectos, sus deseos, sus sentimientos, sus miedos, sus aspiraciones sus necesidades interiores, sus intimidades, sus procesos de construcción de identidad, sus formas psíquicas de relacionarse consigo mismos y con el mundo: en fin todo el vasto universo de lo que, con una palabra un poco fuera de moda, pero muy densa semánticamente, podríamos llamar la espiritualidad infantil. Esta espiritualidad está hoy acechada, violada instrumentalizada, mercificada, sumisa, casi diríamos permanentemente esclavizada por un aparato panóptico que quiere manejarla en todos sus resquicios, en todas sus micro capilares cartografías, para poder torcerla en función de las necesidades de valorización del capital.

Es ahí donde hoy se consuma un auténtico crimen, un auténtico delito en contra de las infancias contemporáneas. Y no le tenemos miedo a este tan radical y extremo registro semántico. Crimen y delito, pues es allí donde se les roba a los niños, niñas y adolescentes sus infancias, porque es allí donde se les está robando el alma. Publicidad, moda, redes sociales, tal o cual aparato tecnológico, mensajes repetidos constantemente, imágenes, sonidos, modelos propuestos, procesos más o menos subterráneos y engañosos de fidelización de los más pequeños a tal o cual marca de productos, imposición de nuevas costumbres, de nuevos hábitos alimenticios, de nuevas dinámicas deseantes, los infinitos brillos de nuevos mitos, de nuevos símbolos, de nuevos ídolos y

nuevos tótems: todo ello concurre violenta, potente y descaradamente a direccionar el proceso de formación de la subjetividades infantiles hacia las necesidades del hiperconsumo y de una multiplicación y aceleración siempre más exasperadas de los procesos de valorización del capital. En resumida cuenta, podríamos decir que hoy, a través de la psicopolítica y a través del capitalismo de las emociones, el desborde de la explotación económica ha tocado, ha manchado, ha herido, está haciendo sangrar el corazón y el alma de nuestros niños, niñas y adolescentes.

- Humanidad de sobra, capitalismo de las expulsiones y la patología de la movilidad geográfica

El mundo contemporáneo se caracteriza por múltiples formas de desplazamiento geográfico, que han signado dolorosamente la historia del siglo XX y siguen signando la del XXI. Se trata de desplazamientos que han venido paulatinamente constituyendo una cifra determinante, no tan solo del panorama del mundo globalizado de hoy, sino del específico modelo de acumulación capitalista postfordista o de la modernidad tardía. Al punto que ya se podría hoy hablar de una suerte de “patología de la movilidad geográfica” (Grinberg y Grinberg, 1984, p.12).

Podríamos empezar recordando los miles de millones de campesinos de todo el mundo que en estas últimas décadas se volcaron de sus aldeas rurales a las grandes metrópolis, persiguiendo el sueño de un proto paraíso consumista, empujados por el sueño de dejar atrás siglos de miseria y de hambruna. Pero, también dejando atrás un proyecto autóctono de desarrollo, costumbres, amistades, universos simbólicos y cotidianidades que los habían impregnados hasta las más íntimas fibras de sus identidades y con-mociones de pertenencia.

Luego podríamos pensar en los *cholos* andinos que entre los años '60 y '70 empezaron a huir de la miseria y de la violencia, para instalarse en los tugurios del centro histórico de Lima o en los cerros pelados de los suburbios arenosos de la Ciudad de los Reyes, despetrificando montañas y haciendo del desierto un territorio habitable, siempre con la esperanza de una vida mejor y, al mis-

mo tiempo, cargando a cuesta su nostalgia de raíces milenarias que habían sido arrancadas. Y así sin fin: los millones de mexicanos que han cruzado la frontera para recolocarse como fuerza de trabajo barata en los Estados Unidos, los emigrantes africanos que se escapan de la guerra o del impiadoso *land grabbing* y de la destrucción de sus formas de economía familiar campesina; los siete millones de desplazados de Colombia que, desde su comunidades campesinas, afro e/o indígenas, se han visto impulsados a venirse en ciudades que los tragan y los escupen en las ínfimas estratificaciones de la exclusión. El capitalismo contemporáneo produce en continuación humanidad de sobra, una humanidad sin un lugar propio en el mundo, condenada a una transmutación de territorio, en una condición de itinerancia, de diáspora, de éxodo, de destierro, de trashumancia.

La dimensión masiva e históricamente estructural del fenómeno resulta patente. No se trata obviamente de una novedad, pues siempre ha habido en la historia desplazamientos, más o menos forzados de poblaciones; ni tampoco se trata de un impresionante desborde cuantitativo y de una nunca antes experimentada aceleración del ritmo del fenómeno. Todo ello es real, pero nos parece que el meollo, el núcleo fundamental es que el desplazamiento global deviene hoy consustancial al nuevo modelo de acumulación capitalista, postfordista y poscontractualista, en donde predomina la producción de “excedentes humanos”, de “personas entre paréntesis” como los define la ya mencionada Viviane Forrester (1997):

Lo más nefasto no es el desempleo en sí, sino el sufrimiento que engendra y que deriva en buena medida de su insuficiencia con respecto a aquello que lo define; con respecto a aquello que proyecta el término ‘desempleo’, que, si bien ha perdido vigencia, aún sigue determinando su significado. El fenómeno actual del desempleo ya no es lo que designa ese término, pero se pretende encontrarle solución y, sobre todo, juzgar a los desempleados sin tener en cuenta ese hecho y en función del reflejo de un pasado destruido. En realidad, aún no se ha precisado ni definido la forma contemporánea de lo que aún se llama desempleo, y por consiguiente no se la ha tenido en cuenta. La verdad es que no tiene nada que ver con lo que habitualmente se llama

‘desempleo’ y ‘desempleados’; aunque se dice que el problema está en el centro de las preocupaciones generales, en realidad se oculta el fenómeno verdadero. En la actualidad, un desempleado no es objeto de una marginación transitoria, ocasional, que sólo afecta a determinados sectores; está atrapado por una implosión general, un fenómeno comparable con esos maremotos, huracanes o tornados que no respetan a nadie y a quien nadie puede resistir. Es víctima de una lógica planetaria... (p. 10-11)

Todo ello deviene en algo espantoso y que, asumiendo dimensión a escala planetaria, define un horroroso modelo civilizatorio, por el cual millones de personas se sienten como personas que se encuentran obligadas a dejar el territorio de pertenencia, muchas veces ancestral, para la azarosa e impiadosa búsqueda de un lugar otro. En fin, el desplazamiento no como fenómeno delimitado, ocasional o contingente, sino como cifra del modelo de producción de plusvalía en el capitalismo contemporáneo. Como nos recuerda Zamora (s.f.):

De esta manera el proceso globalizador crea potenciales migratorios y refuerza los lazos ideológicos, culturales y materiales entre el centro y la periferia, entre los países de los que procede el capital y los países de procedencia de los inmigrantes. Como se ha señalado más arriba, el mercado mundial, dominado por los países de la OCDE, ha sido hasta ahora la palanca más poderosa del saqueo de la naturaleza en los países del Tercer Mundo, a través de la demanda de materias primas minerales y de alimentos tropicales (monocultivos), exportación de pesticidas, demanda de maderas nobles, políticas financieras que han generado una deuda económica que deja sin opción a los países pobres, abocados a una explotación despiadada de sus propios recursos naturales irremplazables.... (pár. 31)

Se presenta acá otra cara, otra faceta de lo que hemos llamado el desborde de la explotación, pues, como bien nos aclara Saskia Sassen, los múltiples desplazamientos, las diásporas infinitas, los éxodos incontables, los trasegares no itinerantes sino errabundos de grupos poblacionales en la modernidad tardía, son la cifra de un modelo civilizatorio impiadoso, el perfil estructural de un sistema de neoextractivismo de plusvalía por parte de un capitalismo globali-

zado. En otras palabras, el capitalismo avanzado y global de hoy nos enfrenta a nuevas lógicas de expulsiones, donde personas, empresas, pueblos y dinámicas son expulsados tanto de lugares como del orden socioeconómico pre-establecido por un sistema de acumulación cada vez más extremo. Se crean por ello verdaderas “formaciones predatorias” (Sassen, 2015), instrumentos de la que ha sido definida como “la desactivación exterminista del excedentariado” (Hernández, 2024)

Estas formaciones predatorias son la suma de complejos instrumentos de políticas públicas y de avances tecnológicos, financieros y de mercado, al servicio no solo de los individuos más ricos, sino también de las grandes corporaciones y los gobiernos más poderosos.

También estas lecturas de los epocales fenómenos migratorios son normalmente declinadas pensando casi solo en los adultos. Ciertamente, se habla mucho de los niños migrantes, pero de ellos se habla desde el ángulo de mirada de la piedad, del escándalo, de la conmiseración, del sensacionalismo, que en muchos casos deviene en espectacularización. Crónica sin historia podríamos decir, anecdótica sin narrativas robustas y críticas. Pues, también en este caso a las infancias se les niega su posicionamiento fuerte y constitutivo en el mundo económico, se las relegan en el ámbito de la peluda conmoción paternalista, y se olvida como las salvajes brutalidades a las que están condenadas responden a la misma, omnipresente, dominante e impiadosa lógica de la valorización del capital. Es de verdad indecente esta ausencia casi total de un ángulo de mirada que en los millones de niños, niñas y adolescentes migrantes logre ver la actuación de los procesos de apropiación de la riqueza ajena, del robo, de una explotación cuyos tentáculos se ramifican en el mundo entero y se ensañan en contra de la vida de las infancias, obligando millones de niños, niñas y adolescentes a cortar sus raíces y a iniciar un viaje de desesperación y de desamparo.

No queremos ni condenar ni desvalorar los buenos sentimientos de tantas almas piadosas y sinceras que se horrorizan, denuncian, lloran, se activan, luchan a como dé lugar para ayudar a tal o cual grupo de niños, niñas y adolescentes migrantes. Pero, también pensamos que un punto debe ser muy claro y contundente: la raíz de los inimaginables sufrimientos, a los que están expuestos los niños víctimas de la patología de la movilidad geográfica, reside

en el sistema predatorio del capitalismo contemporáneo y en el diseminarse por todo lado de los consiguiente procesos de explotación económica. De allí que podemos decir que todo niño migrante es un niño explotado, instrumentalizado como mercancía de carne viva por parte de los procesos de extracción y apropiación de riqueza. Y a este punto también resulta inconsistente la pregunta investigativa a la que se han dedicado varios estudios, por ejemplo de la OIT, si el fenómeno migratorio hace que aumente o no el número de los niños trabajadores, pues , en cuanto explotados, queremos también radicalmente afirmar que todo niño migrante es, en cuanto migrante y en cuanto explotado, un niño trabajador.

- Las infancias como componentes determinantes del ‘*general intellect*’, en época de capitalismo cognitivo

La idea del *general intellect* es clave en la obra de Marx, sobre todo en un texto muy importante titulado “Grundrisse” (1985). En las últimas décadas este texto ha sido recolocado en el centro del debate sobre el marxismo, también por su indudable pertinencia con relación a varios fenómenos del mundo contemporáneo.

El *general intellect* lo podríamos someramente describir como el conjunto social de capacidades, actitudes, competencias, habilidades, herramientas, desarrollos científicos y tecnológicos, y hasta marcos culturales, costumbres sensibilidades estéticas, estilos emocionales, disponibilidades lingüísticas, redes relacionales, potencialidades cooperativas que van a constituir otras tantas posibilidades para la producción, comercialización y consumo; se trata, en resumida cuenta, de un cierto trasfondo social, colectivo y compartido, sin el cual esta producción, comercialización y consumo no serían posibles.

Hagamos un ejemplo muy sencillo, para aclarar este concepto muy complejo, pero que en esta sede queremos utilizar solo en su meollo más evidente y, lo admitimos, también en cierta medida más simple. Una de las últimas series de éxito de Netflix ha sido “El problema de los tres cuerpos”. Es una serie fundamentalmente de ciencia ficción. Para que la serie misma haya podido ser

producida, comercializada y consumida por los usuarios de Netflix, han sido necesarias justamente ciertas piezas de aquel rompecabezas que Marx llamaba *general intellect*. Obviamente los autores de esta serie tenían que saber manejar todos los recursos tecnológicos de la industria filmográfica actual; pero, además debían conocer, de alguna u otra manera, los avances de varias disciplinas científicas, por ejemplo conocer elementos de la física cuántica; por otro lado, la circulación de esta serie necesitaba un cierto nivel de desarrollo científico y técnico; en cuanto a transmisión, necesitaba también que las familias o los individuos usuarios tuvieran aparatos de buen nivel para un gozo adecuado y cautivante y que hiciera apetecible el producto; también eran necesarios usuarios capaces de entender los aspectos fundamentales de los episodios de la serie, para lo cual se requieren ciertos conocimientos de carácter científico y léxico-lingüístico; finalmente, el éxito de esta serie se ha ido determinando también por una suerte de involuntaria cooperación social, condimentada de muchos actos lingüísticos, a través de los cuales fulano le dijo al vecino: "Ponte a mirar esta serie, porque de verdad que es muy, pero muy buena". En otras palabras, cincuenta años atrás esta serie simplemente no se habría podido producir, aunque tal vez ya en estos años existían posibilidades tecnológicas suficientes. Pero posiblemente no existían autores capaces de manejar contenidos de este tipo, no existían teorías ya avanzadas y difundidas con relación a la física cuántica, no existían redes de difusión, costumbres de afición a las series, una consistente multiplicidad de usuarios de un cierto nivel cultural, capaces de entender los contenidos de los episodios mismos, etc., etc. Es decir, no existían los trasfondos científicos, tecnológicos, culturales, podríamos decir el caldo de cultivo social en el cual se puede producir una mercancía, se puede hacer circular esta mercancía, se puede hacer consumir esta mercancía. Es por ello que Marx (1985), en los Grundrisse, dice que:

La naturaleza no construye máquinas, ni locomotoras, ferrocarriles, telégrafos eléctricos, mulas automáticas, etc. Estos son productos de la industria humana; materia natural transformada en órganos de la voluntad humana sobre la naturaleza, o de la participación humana en la naturaleza. Son órganos del cerebro humano, creados por la mano humana; el poder del conocimiento, objetivado. El desarrollo del capital fijo indica en qué medida el conocimiento social general se

ha convertido en una fuerza productiva directa, y en qué medida, por tanto, las condiciones del proceso de la vida social misma ha quedado bajo el control del intelecto general y se ha transformado de acuerdo con él; en qué medida se han producido las potencias de producción social, no sólo en forma de conocimiento, sino también como órganos inmediatos de la práctica social, del proceso de la vida real. (p.165)

Y agrega Tony Negri (2019), individuando, además de la formal y de la real, una tercera forma de subsunción de la vida al capital, es decir la subsunción del *general intellect*:

Esta subsunción vinculada al Intelecto General se hace también cada vez más intensa. Porque la segunda respuesta capitalista al gran ciclo de luchas del obrero masa no sólo consistió en la extensión espacial y social de los procesos laborales, sino también en la introducción masiva de la automatización de las instalaciones y en la digitalización/informatización del trabajo. La subsunción de los espacios de co-operación social fue así acompañada por la subsunción en el Intelecto General de las nuevas energías intelectuales y lingüísticas (de la nueva fuerza laboral escolarizada). (p.20)

De manera que el *general intellect*, esta suerte de retículo complejísimo de potencialidades sociales que hacen concretamente efectiva la producción, circulación y consumo de las mercancías, se vuelve hoy el centro implosivo, el hueco negro gravitacional de los procesos de valorización del capital, de la extracción y producción de plusvalía, en fin, de los procesos de explotación económica.

Es acá que otra vez colocamos la pregunta relacionada con las infancias. Se trata de una pregunta muy directa y sencilla: ¿Los niños, niñas y adolescentes hacen o no parte del *general intellect*? La respuesta no puede sino ser rotundamente afirmativa, pues el *general intellect* lo componen todos los grupos que conforman la sociedad, grupos distintos por género, por etnia, por segmentación económica, de orientaciones ideológicas, y seguramente por edad. Tenemos acá los elementos para determinar una verdadera y propia revolución copernicana del ángulo de mirada con que interpretamos la relación infancia y economía. Los niños, niñas y adolescentes son directa y potentemente,

actualmente y no en el futuro, parte del *general intellect*. Ellas y ellos, con sus vidas, sus experiencias, sus procesos formativos, sus incontables actos lingüísticos y de cooperación social, sus construcciones de redes relacionales, sus aprendizajes y autoaprendizajes de las así llamadas competencias blandas o *soft skills* (Shelley Pursell, 2023) (adaptabilidad, pensamiento crítico, pensamiento creativo, trabajo en equipo, resolución de problemas, ética laboral, liderazgo, gestión del tiempo, pensamiento estratégico, atención a los detalles, comunicación), sus aprendizajes y autoaprendizajes de las competencias duras, inclusive con sus orientaciones estéticas, sus estilos de diversión, sus necesidades de reconocimiento, sus formas de responder a los deseos, a los miedos, a las esperanzas, etc., constituyen una importantísima porción de aquel océano extenso que es el *general intellect*, océano en el cual con siempre más aceleración, potencia y determinación ancla sus impiadosos mecanismos de explotación el capitalismo contemporáneo.

- El consumo como producción y como punto neurálgico de las cadenas de valorización del capital: explotación económica de las infancias en cuanto consumidoras

La relación entre consumo y producción es fundamental en la economía. Tradicionalmente, se piensa en la producción como la creación de bienes y servicios, y el consumo como su utilización para satisfacer necesidades y deseos. Sin embargo, una perspectiva más profunda revela que el consumo también puede ser entendido como una forma de producción. (García Camarero, 2021)

Algunas maneras en que el consumo actúa como producción son las siguientes.

Creación de demanda: el acto de consumir genera demanda por bienes y servicios. Esta demanda, a su vez, incentiva a las empresas a producir más. Sin consumo, la producción carecería de propósito y se detendría. En este sentido, el consumo es el motor que impulsa la producción.

Suministro de trabajo: el consumo, especialmente el consumo de bienes y servicios permite a las personas mantenerse activas y productivas en la fuerza

laboral. Un consumidor sano es un trabajador más eficiente, contribuyendo así a la producción general de la economía.

Generación de ideas e innovación: las necesidades y deseos de los consumidores son una fuente constante de ideas para nuevos productos y servicios. La observación de los patrones de consumo y de las demandas insatisfechas impulsa la innovación y la mejora de los procesos productivos.

Mantenimiento de la reserva humana y social: el consumo de cultura, entretenimiento y actividades sociales contribuye al bienestar emocional y social de las personas. Esto fortalece el capital humano y el tejido social, elementos esenciales para una economía productiva y colaborativa.

Retroalimentación para la producción: las decisiones de consumo envían señales importantes a los productores sobre qué bienes y servicios son valorados y cuáles no. Esta retroalimentación influye en las decisiones de producción futuras, orientando la asignación de recursos hacia la satisfacción de las necesidades reales de los consumidores.

Producción en la economía de servicios y la información: en la era digital, el consumo de información, la interacción en plataformas en línea y la creación de contenido por parte de los usuarios pueden considerarse formas de ‘producción’ de valor, aunque no siempre se midan de la misma manera que la producción tradicional de bienes físicos.

En resumen, aunque la producción tradicional se centra en la creación de la oferta, el consumo juega un papel activo en la configuración de la demanda, el mantenimiento de la capacidad productiva y la dirección de la innovación.

Entender el consumo no solo como la etapa final de la actividad económica, sino también como una fuerza productiva en sí misma, ofrece una visión más completa y dinámica del funcionamiento de la economía.

Como dicen Garrido Luque (coordinador), Silveria, Agulló, Estramiana, Blanch Ribas, Ángeles Durán Heras y Suárez (2006):

El consumidor ha dejado de ser un agente pasivo; consumidor y productor se funden ahora en uno: el "prosumidor" (Toffler, 1980).

Una de las implicaciones más importantes de este nuevo prosumidor es que participa activamente en el diseño y la construcción del producto o servicio que más tarde consumirá. En consecuencia, cada vez resulta más difícil separar el mundo del trabajo y el mundo del ocio; y es que los nuevos sistemas de producción influyen directamente en la vida cotidiana de los trabajadores . (pág.23)

La famosa frase de Adam Smith: "El consumo es el único fin y propósito de toda producción" (2024), subraya esta importancia del consumo como la fuerza motriz detrás de la actividad económica. Sin embargo, la perspectiva del consumo como producción va un paso más allá, reconociendo que el acto mismo de consumir tiene implicaciones productivas significativas.

Todo este debate y todas estas renovadas miradas sobre la estrecha relación entre producción y consumo, que llegan al punto de ver en el consumo un momento imprescindible de producción y apropiación de plusvalor por parte del capital, es urgente declinarlas también con relación a las infancias, pues todas ellas, de una u otra forma, se sitúan en el fenómeno del hiperconsumismo. Sobre la relación entre niños, niñas y adolescentes y el consumo se ha escrito y se ha debatido muchísimo, pero nunca se ha asumido decididamente un ángulo de mirada que se focalizara sobre los mecanismos que hacen del consumo infantil una modalidad importantísima de explotación económica, de este desborde de la explotación económica que en la realidad de hoy embiste las niñeces como una avalancha, que reconfigura radicalmente su estatus económico en la coyuntura histórica de la posmodernidad.

- Otras significativas categorías orientadoras para un proceso de colocación histórico-crítica del conocimiento sobre las formas contemporáneas de explotación económica de las infancias

Muchas otras podrían ser las categorías del debate contemporáneo sobre nuevas formas de explotación del capital, que podríamos analizar, profundizar, y utilizar para reorientar, de manera más situada históricamente, el proceso de construcción de conocimiento sobre las infancias contemporáneas. Pero, esta

tarea sobrepasa la finalidad de este texto, que solo quiere colocar inquietudes e interrogantes preliminares y aún embrionarios.

Sin embargo, podemos igualmente indicar someramente algunos conceptos, a *modo* de sugerencia, para reflexiones, investigaciones y profundizaciones posteriores.

Podríamos, por ejemplo, hacer referencia a las importantes reflexiones que se han dado sobre las categorías del “común” (Agamben, 1990; Laval y Dardot, 2015; Saidel, 2019; Negri, 2017, Saito, 2023), la expropiación del común, y la posibilidad alternativa de pensar una suerte de propiedad, no ya privada, sino justamente ‘propiedad común’. El ‘común’ es el conjunto de los bienes, materiales e inmateriales, que pertenecen a todos, y que entonces no tendrían que ser objeto de apropiación privada. Sin embargo, ya hemos ampliamente demostrado cómo el capitalismo de hoy no respeta ningún límite de expansión y que se quiera imponer a la lógica de la mercantilización universal. No se trata tan solo de la consabida expropiación de los ecosistemas y de los recursos naturales; se trata también de la sanidad, de las escuelas y de los procesos formativos, de los transportes, de los ámbitos energéticos, del agua y de todo aquellos servicios e infraestructuras que permiten que pueda mantenerse la vida humana en el planeta, en las ciudades, en el campo. La tendencia a la expropiación del común por parte del capital es hoy particularmente feroz y devastadora, y ello concierne directamente, potentemente y prepotentemente a las infancias, pues el común les pertenece a todos, sin distinción de etnia, de género, de cultura, de colocación geográfica y, por supuesto, sin distinción de edad. Pues también los niños, niñas y adolescentes son propietarios comunitarios del común. Por ello, cualquier forma de expropiación del común se configura como una forma de explotación económica de las infancias.

En este marco y en un sentido más propositivo, resultan sumamente interesantes, por ejemplo, las reflexiones de Toni Negri (2006), cuando nos habla de la necesidad de repensar la propiedad más allá no solo de la propiedad privada, sino de la propiedad pública, pues el común es propiedad no de los sujetos privados, ni tampoco de las instituciones públicas, sino de aquellos sujetos, de aquellos actores que concretamente son activos en los diferentes espacios del común. Dice el mismo Tony Negri:”

Entonces, ¿qué es la propiedad común? La propiedad común, desde el punto de vista jurídico, es facilísima de definir: es una propiedad pública que, en lugar de tener patrones públicos o dueños públicos, es de sujetos activos en aquel sector o en aquella realidad, es administrada por ellos. La propiedad común es ese acto, es esa actividad a través de la cual los sujetos administran o gestionan, por ejemplo, la red de transportes urbanos porque la red de transportes urbanos es de ellos, porque lo común se tornó o es reconocido como una condición para la vida, una condición biopolítica. ¿Qué significa, por ejemplo, una metrópolis sin transporte? Nada. El transporte urbano, sobre todo en las grandes metrópolis, es el transporte que da la dignidad, la posibilidad de circular rápidamente en ese espacio. En el espacio de la comunicación son la informática y la telemática las que posibilitan esa propiedad común. La propiedad común no pasa simplemente por el Estado, pasa por el ejercicio que las singularidades hacen de ese espacio común, por la manera de ejercer ese espacio común. (p.25)

Reflexiones que pensamos sean extremadamente interesantes para repensarlas también en relación a las organizaciones de niños, niñas y adolescentes trabajadores y a sus luchas para conquistar espacios de incidencia política.

También sería necesario repensar, bajo el ángulo de mirada del desborde de la explotación económica de las infancias, al nexo entre guerra y niñez, dentro de un marco teórico más exigente de los usuales ángulos de acercamiento a esta tremenda y dolorosísima conexión. Hoy el mundo está martirizado por decenas y decenas de guerras, que bien sabemos producen muertes masivas, destrucciones, genocidios, en fin, verdaderas y propias catástrofes humanas. En muchos casos, no en alternativa, sino articulándose con una mirada humanitaria, se ha puesto en tela de juicio la estrecha articulación económica que hay entre guerra y procesos de valorización del capital (Sombart, 2015; Brancaccio, Giammetti e Lucarelli, 2022; Melman, 1972; Lazzarato 2022; Marazzi, 2002). La guerra acelera y multiplica exponencialmente estos procesos de valorización, así que podemos pensar que desde siempre la guerra es también una forma, tal vez la más inhumana, de explotación. Sin embargo, esta denuncia de la guerra como negocio es más débil cuando se trata de infancia,

pues cuando en el escenario de la guerra aparecen niños, niñas y adolescentes muertos, desmembrados, sangrientos, hambrientos, que vagan con ojos interrogantes sobre los escombros de los que antes fueron sus casas, lo que prevalece son justificados y meritorios sentimientos de indignación, de piedad, de conmoción, de denuncia ética, de reclamación de los derechos de los niños. Repetimos: son sentimientos absolutamente no solo respetables sino deseables, y ojalá se multiplicaran siempre más, frente a cierta insensibilidad, que muchas veces se demuestra con relación a estas masacres de las infancias en el mundo. Pero, siempre más resulta importante reconocer que estos nobles sentimientos tienen que acompañarse con un análisis agudo, competente y profundo de lo que está detrás de la guerra, es decir las motivaciones económicas que giran alrededor de la guerra, visibilizando la funcionalidad de la guerra en los procesos de producción, extracción y apropiación de plusvalía. Como nos dice Lazzarato (2023) “el capitalismo es contemporáneamente un modo de producción y un modo de destrucción y autodestrucción; la guerra muestra la enorme productividad de esta maquinaria integrada” (p. 24). Solo la guerra puede verificar la pertinencia del sistema económico capitalista, en cuanto ella empuja al límite las capacidades productivas. Esto significa que esta enorme productividad es finalizada a la destrucción y que cuando la máquina capitalista gira a pleno régimen lleva a la catástrofe. Y es que en el capitalismo contemporáneo se da una suerte de exageración, de insensibilidad al límite, una suerte de *hibris* predatoria, que a veces se transforma en algo parecido a un *cupio dissolvi*, a un deseo de autodestrucción. Todo ello demuestra definitivamente que estamos en las manos de un sistema fundamentalmente irresponsable. Ya no se trata solo de una clase dirigente enemiga, ni se trata de un proyecto civilizatorio antagonista a lo nuestro; se trata de una locura al poder, se trata de una insania sin frenos en impulsar procesos siempre más feroces de destrucción, para engordar las cajas ya repletas de la plusvalía. Esto plásticamente lo demuestran los ya recordados vergonzosos planes de Elon Musk y Trump para transformar la Franja de Gaza en un resort de lujo para multimillonarios, los apetitos que despierta en las corporaciones la perspectiva de la reconstrucción de Ucrania, el foco de interés sobre la explotación de las tierras raras para un eventual cese al fuego en la guerra entre Rusia y la misma Ucrania, el negocio imponente que será la carrera armamentista que recurre hoy toda Europa. La guerra es la máxima y más contundente expresión de todo eso desborde de la

explotación, y en ella están los niños, que seguramente merecen nuestras lágrimas, nuestra compasión, nuestra indignación y que, pero, también merecen ser reconocidos como niños víctimas de procesos radicalizados de explotación económica. Es por ello que, también en el caso de los niños que se encuentran en situación de guerra, no dudamos en definirlos todos como niños explotados y por ende como niños trabajadores.

- La necesidad de resemantizar las categorías de la Nueva Sociología de la Infancia y la urgencia de una renovación del pensamiento histórico-crítico sobre la explotación de la vida de los niños, niñas y adolescentes en el mundo de hoy

Para enfrentar este importantísimo nudo teórico, en función de una potencial reconstrucción crítica de un saber históricamente contextualizado sobre las infancias contemporáneas y los procesos de explotación que las invisten, nos permitimos una vez más subrayar un elemento epistémico-metodológico de fundamental importancia. Y es que en muchos casos las teorías, que pretenden enjaular el indomesticable movimiento de la historia, teorías que en un determinado momento pueden haber desarrollado y cumplido un papel radicalmente revolucionario de reinterpretación crítica del mundo, con el tiempo tienden a cristalizarse, a congelarse, a fosilizarse y constituir una suerte de zona de confort, en donde los expertos, los estudiosos, los académicos se refugian para encontrar seguridad y tranquilidad epistémica frente al mundo. Es así como se produce paulatinamente una fundamental desconexión entre las teorías y la realidad histórica, desconexión que a su vez empuja a la paradójica invención de mundos imaginarios que correspondan a las teorías, y no, como debería ser, a la continua reconstrucción de las teorías, para que se adecúen y sepan ser efectivas herramientas heurísticas para interpretar un mundo en un proceso continuo de cambios radicales. Tenemos que despertar nuestro guerrillero epistémico interior, tenemos que vaciar nuestra cabeza, desparametrizar nuestra mente y nuestro corazón, para que nuestro pensamiento pueda efectivamente resultar anclado a la concreta coyuntura histórica en la que viven las infancias de hoy, pues de lo contrario se correría el riesgo, una vez más, de

construir por un lado discursos sin sujetos históricos concretos, y por otro lado de dejar reales sujetos históricos sin discursos que los sepan comprender, los sepan hacer visibles, los sepan valorizar y los sepan entender en su complejidad. Finalmente no somos, y las infancias no son, colibríes que se paran en el aire, sino que caminamos en la tierra, en la historia, en un territorio hecho de lugares concretos, en donde tenemos que colocarnos y colocar nuestros pensamientos y nuestros procesos de construcción de conocimiento. En fin, también con relación a las infancias y a los nuevos y radicales procesos de explotación económica, hay que problematizar, pero con historicidad, es decir problematizar en términos de contextos, para hacer de cada uno de nosotros un pensador histórico.

Con relación a los procesos de construcción de conocimiento relacionados con las infancias podemos decir, muy brevemente, que en este ámbito se ha desatado, a partir de los últimos años de la década de los '80 del siglo pasado, una verdadera proliferación de estudios, análisis, revisión de paradigmas y de enfoques. Dos han sido, entre las muchas otras que se podrían mencionar, las circunstancias que han de alguna manera alimentado y direccionado este complejo proceso.

La primera fue la aprobación en 1989 de la “Convención de los Derechos del Niño”, por parte de la Organización de las Naciones Unidas, hito histórico que obligó no solo a elaborar nuevas propuestas de políticas públicas para la infancia, sino también a desmontar parámetros y paradigmas con los que usualmente estábamos acostumbrados a pensar las infancias.

El otro proceso de reconstrucción crítica de nuevos enfoques epistémicos, desde donde mirar a las infancias ha sido un vasto y complejo movimiento de renovación conceptual y paradigmática que se ha convenido llamar “nueva sociología de la infancia” (Gaitán Muñoz, 2006). Desde allí se recupera el sentido tanto de una presencialidad objetiva, fáctica, así como de una identidad subjetiva y por fin de una actoría de la infancia y adolescencia en el espacio público.

Nos recuerda Gaitán Muñoz (2006), que:

La nueva sociología de la infancia surge a partir de una insatisfacción con las explicaciones habituales sobre la vida y el comportamiento

to de los niños, con la consideración de los mismos en la sociedad y en el conjunto de las ciencias sociales y así mismo con los métodos y técnicas de investigación aplicados en el estudio de las actividades individuales o colectivas de las personas que se encuentran en esa etapa de la vida que viene a denominarse infancia. Esta insatisfacción conduce a la búsqueda de otros planteamientos teóricos explicativos, y también al desarrollo de herramientas de investigación adecuadas para llegar a un conocimiento de lo que significa la infancia hoy, como espacio vital en el que se desarrolla la vida de los niños, como fenómeno permanentemente insertado en la estructura social y como ámbito con significado para los propios niños. (p. 10)

La crítica de la Nueva Sociología de la Infancia apuntaba contra una cultura dominante que se basaba en algunos estereotipos o ejes ideológicos hegemónicos. Estos parámetros de la tradicional forma de construir culturalmente una idea de infancia pueden resumirse en los siguientes:

Estereotipo de la propiedad: En primer lugar, la idea de que los hijos son propiedad, posesión de los padres. Se trata de una convicción fuertemente anclada en el imaginario social y con un impacto decisivo en el ámbito familiar, en particular durante la infancia; podríamos expresarlo como el paradigma de la propiedad familiar. Si a esto se añade la fuerte jerarquización intrafamiliar, que se encuentra en culturas urbanas en occidente, podemos vislumbrar el carácter delimitado de la participación activa y crítica reservado a los niños.

Estereotipo anticipatorio o evolucionista o proyectivo (el presente en función del futuro): Un segundo foco de crítica podría sintetizarse en el parámetro del niño como potencia, como persona potencial o como futuro. El niño no es: será; no es: está en devenir. (Qvortrup, 1999) Lo importante es tomar conciencia de las consecuencias prácticas que de aquella visión se han dado en el campo político, social, pedagógico. Si en el primer eje de la posesión-propiedad se inculca la alienación social de la infancia, en este segundo podríamos decir que se asienta el de la valoración diferida o postergado, y se abre el amplio espacio de la gran moratoria o latencia infantil, como sostienen algunos, con respecto a la vida política, social, económica de la sociedad adulta. Este estereotipo conlleva también la banalización de la participación, que viene

entendida como entrenamiento, como decorativismo lúdico, en una relación que no termina de configurarse como paternalista.

Estereotipo de la privatización de la infancia: Se trata del ocultamiento social de la infancia como actor individual y colectivo, su desaparición y negación de un posicionamiento en la esfera social. No solo se confinan a los niños en el mundo de lo privado, sino que se les priva de una experiencia equilibrada y necesaria de articulación entre lo público y lo privado. Este enfoque se ha visto reforzado por la creación, en gran medida ideológica, de ámbitos por sí mismos propios de una supuesta naturaleza infantil.

Estereotipo de la incompetencia y de la prescindibilidad: Los niños siguen siendo percibidos como seres incompetentes, que no tienen ni conocimientos, ni habilidades, ni responsabilidad como para asumir decisiones sobre lo que los concierne y que concierne a la sociedad. De ello consigue la prescindibilidad de los niños como actores, como partícipes activos y directos en las cuestiones de interés público y personal que los involucra.

Frente a estos parámetros que vertebraban la cultura tradicional sobre infancias, las principales propuestas reinterpretativas de esta Nueva Sociología de la Infancia son las siguientes:

- La infancia como grupo social permanente, más allá de la transeúnte descomposición y recomposición de las individualidades que la conforman.
- El niño y la infancia como entidad presente, actual y no tan solo como evolución hacia una futura realización. Esto es lo que se llama superación de una perspectiva anticipatoria.
- El niño como ser competente y por ende no prescindible, sujeto de un proceso de permanente negociación y renegociación, que modifica de forma partícipe los fenómenos sociales de constitución relacional y de mediación de los intereses. En otra palabra el niño como 'interlocutor' en la práctica discursiva que se da justamente en lo que se define como espacio público.
- La infancia como subjetividad social, es decir como expresión de una identidad y de una cultura propias y, por ende, portadora de un dis-

curso específico, que reclama el derecho a ser escuchado, tomado en cuenta y sustraído a la homologación propia de la monocultura adulto-céntrica hegemone.

- En fin, la infancia como potencial 'movimiento social', en cuanto expresión de intereses antagónicos que encuentran una aceptable mediación tan sólo en fuerza de una superación del equilibrio social de donde ha surgido el mismo antagonismo.

Todas estas categorías, todos estos enfoques, todos estos nuevos y revolucionarios paradigmas acerca de las infancias han cumplido un papel histórico de fundamental importancia en la construcción de un saber radicalmente crítico y radicalmente innovador. Pero, el tiempo pasa, el mundo cambia y las transformaciones de la realidad, sobre todo en el mundo contemporáneo, se mueven con un ritmo mucho más acelerado de los cambios que se dan en las teorías. Es por ello que es urgente repensar todos estos elementos epistémicos y pragmáticos, que nos ha ofrecido la nueva sociología de la infancia, colocándolos en el contexto de la actual coyuntura histórica. Si hacemos esta operación de recolocación y recontextualización del saber acumulado por la Nueva Sociología de la Infancia, se nos revelará la necesidad de actualizar este saber, de pensarlo en función de los cambios epocales que se han determinado, también con relación a las infancias, en la posmodernidad.

De esta forma nos encontraremos frente a una sorpresa profunda y contundente, que aún más hace necesario nuestro repensamiento crítico, y es que muchos de estos nuevos paradigmas sobre las infancias han sido asumidos, casi diríamos masticados, por parte del mismo capitalismo globalizado e hiperconsumista, que se ha tragado estas nuevas y originariamente revolucionarias categorías, las ha metabolizado y luego casi escupido una vez que han sido subsumidas a la lógica de la valorización del capital, es decir a una lógica de explotación económica de las infancias.

Pensamos, por ejemplo, en la idea de iniciar a pensar a los niños, niñas y adolescentes no como seres en potencia, personas *in fieri*, *work in progress*, sino como personas presentes, actuales, con una forma propia de integralidad experiencial y de vida. Esta idea, que originariamente tiene un alma diríamos

humanista y liberadora, hoy la vemos casi brutalizada con relación a los procesos de explotación económica de los niños, ejercidos por parte del sistema dominante. De hecho el capital hoy no mira a las infancias como futuras o potenciales figuras de consumidores o, por ejemplo, de usuarios de las nuevas repertorios tecnológicos, o también como seres a los cuales poder expropiar los bienes comunes y los bienes del entorno ecológico. Por el contrario, las infancias son recursos humanos ya explotables integralmente, ya presentes y completos, a la par de los adultos. En cuanto consumidores o en cuanto usuarios de las nuevas tecnologías no son seres incompletos, no están pasando por un período de latencia, en una palabra, no son menores, son consumidores ya integralmente activos, así como ya presentes y perfectamente activos son en cuanto usuarios de los nuevos entornos tecnológicos, de las redes sociales, del universo de la información, etc. Por ende, podemos decir que lo que hemos llamado el estereotipo anticipatorio del niño, visto como un ser no presente sino futuro, ya ha sido superado, y en este caso desafortunadamente, por un capitalismo que asume a las infancias como grupo social que se puede explotar ya en el presente y en su integralidad.

Es lo que nos sugiere, una vez más, Cristina Correa e Ignazio Lewkowicz (2013), cuando, con relación al consumo nos dicen que:

[...] el consumo generalizado produce un tipo de subjetividad que hace difícil el establecimiento de la diferencia simbólica entre adultos y niños. La infancia concebida como etapa de latencia forjó la imagen del niño como hombre o mujer del mañana. Pero, como consumidor, el niño es sujeto en la actualidad; no en función de un futuro. La lógica de segmentación del marketing instaura unas diferencias que barren las que se hubieran establecido con la concepción de las edades de la vida en etapas sucesivas. En esa serie se habrían inscripto la infancia y sus edades sucesivas: la adolescencia, la juventud, la adultez, la vejez. Ahora las diferencias se marcan según otro principio: consumidores o excluidos del sistema de consumo, según la lógica de las diferencias que impone el mercado. (p. 3)

Y agregan, con relación a los nuevos ecosistemas tecnomediados:

El discurso de los medios masivos es otra de las condiciones de la caída de la infancia: el acceso indiferenciado a la información y al consumo mediático distingue cada vez menos las clases de edad. Asimismo, la velocidad de la información y el tipo de identidades propuestas por la imagen impiden el arraigo de diferencias fuertes. Aquellas diferencias, basadas en el principio de separación, como las etapas de la vida; la espera o el progreso, que son características de la identidad de los niños modernos, se disuelven con el avance de las identidades móviles del mercado, impuestas por el dispositivo de la moda. (p. 3)

Discursos análogos podríamos hacer también por lo que se refiere al estereotipo propietario, al estereotipo de la privatización de la infancia y el estereotipo de la incompetencia o prescindibilidad de la niñez. En el caso del estereotipo propietario tenemos que recordar que hoy el control de los padres sobre sus hijos se vuelve siempre más precario y frágil, por un conjunto de procesos como la mayor libertad que tienen los niños de escoger muy tempranamente sus fuentes de informaciones; el debilitamiento de los marcos culturales que garantizaban cierta autoridad de los adultos, también en este caso en función de la difusión de una cierta ética hedonista, funcional al imponerse de un modelo civilizatorio hiperconsumista; la anticipación a edades siempre más anticipadas de experiencias que antes eran reservadas a la adultez, como, por ejemplo, la vida sexual; la ampliación de márgenes de autonomía en los grupos de pares; la que podríamos llamar la deslocalización de los niños, niñas y adolescentes desde el entorno familiar al entorno mediático y tecnológico; etcétera.

Por lo que se refiere al estereotipo de la incompetencia y de la prescindibilidad, bien lo sabe hoy el capital que no se puede prescindir de las infancias, que los niños niñas y adolescentes no son prescindibles, pues son una potentísima fuente de ganancia, son un núcleo fuerte y neurálgico del mercado y de los procesos de explotación. Y, por otro lado, bien sabe el capital que las infancias pueden ser muy competentes, no solamente cuando consuman, sino también cuando sugieren, orientan, impulsan, dirigen los consumos de sus familias y de sus redes relacionales.

Reflexiones de este tipo se pueden hacer también por lo que se refiere al estereotipo de la privatización de la infancia: hiperconsumo, entornos tecnológicos, redes sociales, mercantilización de la escuela y de los procesos formativos, en fin podríamos decir todo lo que hemos llamado bioproducción, bioexplotación, biopoder y biopolítica reclaman e imponen casi una suerte de deprivatización mercantil de las infancias, una proyección y un posicionamiento permanente de la niñez en el espacio público, que pero no es el espacio de la afirmación de la propia autonomía, del propio protagonismo y de la propia capacidad de incidencia política, sino el espacio, otra vez, del mercado, del consumo exacerbado, de las modas masivas y transeúntes, de las manipulaciones que se dan en contra de las infancias, en espacios públicos totalmente subsumidos por la lógica del dinero y por la lógica de la explotación económica.

En este cuadro reiteramos otra vez la apelación a la urgencia y a la necesidad de repensar críticamente al saber acumulado sobre infancia, no solamente contextualizándolo en esta nueva coyuntura histórica que se ha convenido llamar posmodernidad, sino también estando muy alerta sobre este fenómeno, radicalmente político, de la fagocitación de las categorías críticas, progresistas y liberadoras del pensamiento sobre infancias, por parte del capitalismo contemporáneo, que las asume y las funcionaliza a sus propios intereses.

- Resemantización crítica de la categoría de infancia trabajadora

Hoy es absolutamente necesario volver otra vez a preguntarse ¿qué entendemos cuando hablamos de ‘trabajo infantil’ y de niños, niñas y adolescentes trabajadores en el capitalismo de la posmodernidad? Pues se trata de un fenómeno en el cual se están dando radicales cambios que obligan a una reseman-tización de las usuales y acostumbradas categorías interpretativas.

En primer lugar, hay que decir que a la fecha, revisando distintos y numerosos documentos sobre trabajo infantil, no se encuentra ninguna definición o concepto del mismo que sea aceptado por todos. Al contrario, nos encontramos frente a un laberíntico enredo de denotatividad y conotatividad semánticas, que no nos permite evadir el problema de una previa aclaración terminológica.

En este caso, hay que recordar que el problema de la definición no es una preciosidad bizantina, pues justamente de ello dependen tanto una determinada lectura de la realidad, así como elaboraciones estadísticas y propuestas operativas. *Nomen est omen* decían los antiguos, aludiendo a la función no tan sólo representativa sino propiamente constituyente del lenguaje (Verón, 1998). Por ello, el primer problema que hay que enfrentar es justamente lo de encontrar un alfabeto común sobre lo que entendemos por trabajo infantil. Pues, como nos recuerda Alejandro Cussiánovich (2009), “ningún constructo lexicológico es aislable, ni del campo conceptual que refiere y expresa, ni de su evolución histórica, como lo señalara hace setenta años Jost Trier”. (p. 37)

En este sentido, sigue siendo sumamente importante destacar la componente ideológica de cada definición, pues no estamos frente a asépticas y objetivas indicaciones de tal o cual diccionario, sino a aclaraciones léxicas que conllevan pesadas y pesadamente orientadas interpretaciones, que a su vez se tiñen de intencionalidades valorativas y orientaciones operativas. Como nos recuerda Aurélie Leroy (2009): “[...] la definición de trabajo infantil es ‘políticamente’ construida. El resultado de muchos enfoques es que el fenómeno no está definido en sí mismo, sino en la perspectiva de las políticas que hay que implementar...”

Por ello, el debate sobre el meollo de lo que entendemos con estas expresiones de ‘trabajo infantil’ y de ‘niño trabajador’ se debe seguir con mayor rigor y mayor conciencia, pues se trata no tanto de una autorreferencial disertación teñida de cierto preciosismo lingüístico, sino de un complejo entramado de nudos fundamentales para la comprensión del fenómeno que nos convoca.

Ya en años y décadas anteriores la postura de fondo de los movimientos organizados de niños, niñas y adolescentes trabajadores fue la de sostener y valorar positivamente una posible ampliación de la categoría de niño trabajador, ampliación que no resultaba de un postizo ensanchamiento del concepto de ‘actividad económica’ de los niños, sino de la voluntad de rescatar la participación de la infancia popular en las estrategias de sobrevivencia de sus familias y de sus comunidades, frente a los estragos de una ingenierística racionalidad económica instrumental. Se trataba, en otras palabras, y desbordando de los límites de la ceguera burocrática de la formalidad estadística, de rescatar

el ámbito no tan solo productivo sino también, y sobre todo, reproductivo del trabajo, en el marco de una economía que no era solo productora de mercancías, sino sobre todo productora de vida. De allí la permanente polémica de los movimientos organizados de NNATs con la Organización Internacional del Trabajo, con relación al reconocimiento como niños trabajadores de aquellas y aquellos que se desempeñaban en los oficios del hogar. (Schibotto, 2014)

Se llegó también a fundamentar la afirmación que todo niño de los sectores populares era potencialmente un niño trabajador; que todo niño de los sectores populares que no trabajara era un niño trabajador desempleado; que cuando el trabajo de los niños no producía dinero, sin embargo producía ‘tiempo’ para que sus padres pudieran trabajar; que, al límite, también el hambre, la renuncia a los medicamentos, el sacrificio de necesidades básicas insatisfechas eran un trabajo, pues eran el goteo cotidiano y dramático de la economía en la vida supuestamente exenta de los niños.

Hoy la situación se ha vuelto todavía mucho más compleja y requiere un profundo y radical esfuerzo de resemantización de los acostumbrados parámetros interpretativos.

Ya hemos visto, en el capítulo anterior de este libro, como el mundo del trabajo se está aceleradamente transformando con modalidades anteriormente desconocidas y que revolucionan las cartografías, epistémicas y pragmáticas, del capitalismo fordista. Estas transformaciones ¿cómo se declinan con relación a los niños, niñas y adolescentes trabajadores? Esta es la pregunta hoy incumbente y con relación a la cual todavía no se ha activado un debate a la altura de las exigencias que nos pone, a todas y todos los que nos dedicamos a las infancias, la coyuntura histórica.

Hemos visto también como va perfilándose un nuevo alfabeto para poder intentar, aunque embrionariamente reconstruir una caja de herramientas capaces de orientarnos en el mundo del trabajo de hoy.

Rarefacción, difuminación, extrema parcelación y microminiaturización del trabajo; recolocación de las nuevas formas de trabajo desde el momento de la producción al momento de la comercialización, de los servicios, y también,

o tal vez sobre todo, del consumo; hibridación de las actividades productivas y de las actividades de consumo; la figura del consumidor-productor, *prosumer* o prosumidor o proconsumidor; trabajo y producción inmateriales; reducción del tiempo de trabajo y ampliación del tiempo de producción; salarios robados; ludificación del trabajo; la cooperación social como trabajo; la fábrica expansa; el *hope labour*; el trabajo de plataforma; trabajo y capitalismo del *Big Data*; el *clic farm*; el mito del trabajo voluntario; la escuela como productora de productores; el trabajo oculto y el taylorismo oculto; mixturación del tiempo de trabajo con el tiempo del ocio y el tiempo del juego; trabajo social en red; micro trabajos invisibilizados; trabajo *on demand*; los actos comunicativos como trabajo; trabajo gratuito y no remunerado; recompensas simbólicas o reputacionales para el trabajo oculto; esclavos del clic; el consumidor-productor-usuario como configuración de una relación asimilable al trabajo; el cuerpo y los territorios interiores como ámbitos del trabajo posfordista; etc.

Tempestuoso es el torbellino que se está gestando en el vientre de la coyuntura histórica con relación al trabajo. Y allí, entonces, cae la pesada pregunta sobre como poder hoy, a partir de estas nuevas, inusuales, inéditas y también desorientadoras palabras y categorías, volver a repensar también el mundo del trabajo infantil y el perfil mismo de lo que entendemos cuando hablamos de un niño, niña o adolescente trabajador. Pues, ¿qué pasaría, si también los que se dedican a construir saber sobre las infancias y, en particular, sobre las infancias trabajadoras, recurrieran a este nuevo alfabeto del mundo del trabajo y lo conjugaran justamente con relación a su foco epistémico, es decir, la niñez y, sobre todo, la niñez trabajadora?

No lo hacemos nosotros en esta sede, pues nuestra intención ahora nos es la de ofrecer respuestas, aunque embrionarias, pues estas respuestas deben ser fruto de un debate público mucho más amplio, sino la de suscitar la inquietud de este fundamental interrogante sobre lo qué está pasando en el mundo de las infancias trabajadoras, a raíz de las radicales y epocales reconfiguraciones del trabajo en el mundo de hoy.

Sobre todo, queremos alertar sobre la urgente necesidad de enfrentar este interrogante, pues de lo contrario se corre el riesgo de condenar a la invisibi-

lización muchas otras figuras de niños, niñas y adolescentes trabajadores, que se van asomando en el escenario de la historia. A los cuales les podría pasar lo mismo que sucede a la mayoría del trabajadores de hoy, a los productores de hoy, que pierden el sentido de su fuerza de trabajo, si no la conciencia misma de estar en el trabajo. Cuando esta conciencia se suspende, ya no reconocen, detrás del valor de cambio de una publicación, de una foto, de un emoticón monetizado por la plataforma, el valor de uso del pensamiento, de la imagen, del sentimiento del que surgió. La explotación es, por tanto, consecuencia de un capital sin contrapesos, que controla a los usuarios cosificando la relación social de producción, rectificándolos y expropiándolos de sus capacidades cognitivas y su sociabilidad, de su afectividad y emocionalidad.

Todo ello representa un gran desafío para las organizaciones de niños, niñas y adolescentes trabajadores del continente. Se abre un camino muy estrecho, delgado y movedizo, transitando por el cual es muy fácil precipitar en dos abismos opuestos. Por un lado está el riesgo que, para abrirse a una comprensión dilatada y amplia de la explotación económica a la que están sometidas las infancias plurales de todo el mundo, los movimientos organizados de NNATs se vuelvan genéricas organizaciones infantiles, perdiendo el inestimable valor de una especificidad, que siempre y todavía constituye el alma de esta gran experiencia y esta gran aventura de protagonismo histórico: ser una organización de niños, niñas y adolescentes trabajadores. Este es un foco identitario no negociable. Por otro lado, si los movimientos de NNATs se encerraran solo en la defensa de esta especificidad perderían contacto real no solo con la coyuntura histórica, sino también con todas las otras infancias, que tal vez no sean propiamente trabajadoras, y que pero sí son productoras de riqueza y explotadas económicamente por el sistema hegemónico. De allí la pregunta clave: ¿cuál será el “espacio de en medio” (Barbero, 2010), el espacio de flujo, de comunicación y reconocimiento, cuáles serán los isomorfismos dialécticos que permitan a los movimientos organizados de niños, niñas y adolescentes trabajadores entrar en una relación concreta, real y política con las otras infancias? Y todo ello no para renunciar al perfil propio de una organización de la niñez trabajadora, sino para reconocer un compañerismo, una hermandad, un comunitarismo que transite por las sendas de una común lucha contra toda forma de explotación.

**

El desborde de la explotación económica de las infancias en el capitalismo contemporáneo: de la vulnerabilidad a la generatividad, en aras de los nuevos escenarios de la dignidad de los niños, niñas y adolescentes

En el contexto de todos estos cambios de la posmodernidad, es inevitable una suerte de sentimiento de desorientación, ciertamente de radical interrogación sobre cómo se va constituyendo un nuevo posicionamiento social de las infancias, que conlleva también un nuevo contrato implícito y un nuevo currículum vital y experiencial de los niños, niñas y adolescentes. Por ello es necesario activar procesos de construcción de conocimiento bien anclados a la coyuntura histórica. La nueva realidad de las infancias es un entramado incierto, complejo, contradictorio, fragmentario, indescifrable con las viejas categorías a las que estábamos acostumbrados. De manera que muchas veces nos sentimos casi podríamos decir angustiados, asombrados, duramente interpelados por estos cambios.

Sin embargo, es necesario, aunque en esta suerte de desconcierto existencial y epistémico, intentar un itinerario que nos permita avizorar elementos, aunque embrionarios, de exploración de esta realidad posmoderna, tan nuestra como desconocida, tan cotidianamente experimentada como tan resistente al reduccionismo, a unas simples fórmulas explicativas.

En este capítulo hemos intentado ilustrar críticamente cómo se hayan venido determinando fenómenos de fuerte impacto, que han desdibujado el perfil de las infancias bajo varios aspectos. Superación del determinismo de la sucesión etaria; anticipación de experiencias tradicionalmente propias del adulto y por el contrario prolongación de los momentos de tránsito, hasta llegar a una suerte de paradójica adultización de las infancias y de infantilización de la adultez; fenómenos de protagonismo desviado, en el ámbito del consumo o del manejo de los nuevos repertorios tecnomediados; acelerados y feroces procesos de

mercantilización que rompen con la retórica del niño como incrustado en la exclusiva esfera de la afectividad, de la formación y del juego; reubicación de todos los niños como productores en el contexto del capitalismo cognitivo y de la producción inmaterial: estos son solo algunos de los cambios que han impactado en las condiciones de vida y en la misma significación socio-histórica de las infancias contemporáneas. Se trata de cambios que paulatinamente van colocándose al centro del debate y de las reflexiones sobre las infancias en el mundo de hoy, y que es necesario seguir profundizando y enriqueciendo.

Todo ello, en el plano económico, determina que hoy las sendas por las cuales transita la explotación capitalista de las infancias son mucho más complejas, subterráneas, crípticas, invisibles, ramificadas, inéditas.

De allí que se va determinando una nueva y fundamental reconfiguración de las demarcaciones de los territorios de lo político, que redibuja no tan solo las cartografías de los procesos de colonización por parte del sistema, sino también los mapas de los procesos de resistencias, de antagonismo, de inconformidad rebelde de los que de este sistema son víctimas. Ya se han detectado, en este marco, nuevos escenarios de lo político: las disputas por la preservación de lo territorial, del común, de los recursos naturales, procesos de confrontación con relación al género, a la etnia, a las culturas subalternas, a los derechos sexuales, a la conformación de sujetos y actores con base etaria (sobre todo niños, adolescentes y jóvenes, pero también adultos mayores), etc. De la misma manera habría que empezar a reflexionar seria y críticamente sobre el “dándose” (Zemelman, 2011), es decir la paulatina y todavía no cabalmente configurada emergencia, de un ámbito fundamental de la disputa política de hoy, que es justamente el ámbito de las luchas ‘contra todas formas de explotación’.

Pues en estos nuevos ámbitos de los conflictos sociales y políticos, seguramente empiezan a darse resistencias, re-existencias, antagonismos, mudas y silentes (pero no por ello menos significativas) reconfiguraciones de sentidos, prácticas alternativas, inconformes, rebeldes a los subterráneos dictámenes de esta universal y omnívora mercantilización biopolítica. Y también allí, entonces, se abren brechas, fisuras, grietas, que paulatinamente pueden crear espacios antagonicos de maniobra en la aparentemente compacta solidez del sistema hegemónico.

Es por ello que hay que poner la mirada también sobre las respuestas de lucha y de liberación que vienen de los mismos niños, niñas y adolescentes en este nuevo escenario del desborde de la explotación. Hablar de infancias explotadas significa también hablar de una potencial militancia liberadora en contra de la explotación. Es necesario evitar, hablando del desborde de la explotación económica de las infancias, dejarse arrastrar por ontologías negativas o por “epistemes de la victimidad” (Acevedo Arango, 2017).

Las infancias explotadas son infancias productoras de riqueza, y por ende son un sujeto reactivo y que reclama nuevos derechos y nuevos reconocimientos. No queremos esterilizar la figura del niño contemporáneo como sujeto incapaz de nueva generatividad social, cristalizado en el momento de la explotación. Si así lo hiciéramos, la explotación se resolvería en la pérdida de la misma subjetividad, entendida como potencia creadora de afrontamiento de las circunstancias, como capacidad de crear sentidos, símbolos y proyectos, como la capacidad de construir nuevas territorialidades liberadas justamente de la explotación.

Esta necesidad de reposicionar a las infancias explotadas por el capitalismo contemporáneo, se traduce en una re-orientación de nuestra mirada, para que no se limite a ahondar en los procesos de la explotación, sino para que sepa articular estos procesos con los de la toma de conciencia crítica, del reclamo, del antagonismo, de la lucha, de la liberación. Fijar la mirada solo en el desborde de la explotación terminaría con convertir a los mismos niños, niñas y adolescentes en meros objetos sumisos, incapaces de superar la potencia adversa de la explotación misma, de aquella reificación, cosificación, objetivación que elimina por completo la posibilidad de una nueva apertura, de un espacio inédito, creador de un “excedente de realidad” (Zemelman, 2011), de una subjetividad que resiste y se reconfigura en relación dialógica, negociadora, compleja con la esperanza de un nuevo territorio liberado. Sin la recuperación de la complejidad articulada de la relación entre procesos de explotación y procesos de lucha y liberación la ya recordada “episteme de la victimidad” (kantianamente una suerte de ‘crítica de la razón de la victimidad’) se vuelve una ‘dogmática de la victimidad’, que congela la figura social del explotado en una fijeza sin remedio, en una jaula preconstituida que reduce y hasta anula los espacios de maniobra de una subjetividad emergente. Y bien se podría aplicar a las infancias explotadas económicamente lo que dice Acevedo Arango

(2017) con relación a los desplazados colombianos, cuando nos habla de “reposicionar al sobreviviente”, aludiendo justamente a un proceso de legitimación social del desplazado, en nuestro caso del niño explotado, como sujeto todavía proactivo, aunque no necesariamente íntegro (y eso hay que recordarlo para no confundir ‘reposicionamiento’ con ‘olvido’ de la injusticia y del dolor). Un sujeto, entonces, que hay que escuchar en sus narrativas entretejidas entre explotación y lucha, entre la dureza de un proyecto regulatorio y la construcción de un proyecto de liberación. Pues:

Es en este escenario donde se configura el discurso institucional y académico sobre la víctima o las *víctimas*, la *episteme de la victimidad*. Discursos y tecnologías del yo (psicologías) y de grupo (psicopolíticas) que pueden ser o no coherentes con la posición de las personas sujetadas al daño. Entonces, el discurso experto y los *expertos* producen (producimos) concepciones sobre la *sujeción al daño*, formulando discursividades subjetivas como las de *víctima*, en su acepción jurídica, identidades y posiciones en las cuales ellas deben inscribirse y comportarse como víctimas; entonces, para ello se procuran discursos y técnicas que son implementadas por los *socorristas del daño*. (pág.36)

El desborde de la explotación de las infancias, se reconfigura, entonces, no solo como una nueva demarcación de la opresión económica, de la bioexplotación, del biodominio, de la bioextracción de la plusvalía, de la biomercantilización, de la reducción universal del hombre y de la vida a la forma mercancía, del intento por parte de sistema de hacer desaparecer cualquier vestigio residual del valor de uso para instalar un imperio absoluto del valor de intercambio, sino que resulta ser también la demarcación de un nuevo territorio de los antagonismos antisistémicos (Aguirre Rojas, 2010), de las oposiciones, de nuevos horizontes críticos de posibles alternativas, que paulatinamente van también coagulándose como inéditos, aunque embrionarios, componentes de un distinto modelo civilizatorio. Y en todo ello están las infancias, no solo como grupo vulnerable por las nuevas formas de explotación económica, sino como grupo del cual brota una energía generativa que apunta a la lucha para el cambio social.

**

**Los ecosistemas tecnomediados
de la poscontemporaneidad como
campos de cohesión, aceleración
y potenciación de la explotación
económica de las infancias**

En los últimos años, los niños «influencers», niños con un gran número de seguidores en las redes sociales, han catalizado una industria publicitaria en redes sociales de 8 millones de dólares, con niños altamente ‘exitosos’, que generan hasta 26 millones de dólares al año, a través de la publicidad y el intercambio de contenido patrocinado . Los niños se hallan bajo un grave riesgo de explotación porque carecen del derecho legal a los ingresos que generan, o de condiciones de trabajo seguras y protecciones a través de las leyes laborales

~ Masterson ~

[...] es la falta de una conciencia y de una solidaridad de clase a obstaculizar hoy la estructuración de un horizonte de luchas alrededor del ‘digital labor’. Es cierto que podemos preguntarnos: ¿qué hacer?, y darnos no pocas respuestas. Pero, superar la explotación actual requiere mucho más. Es necesario deshacerse de la retórica esclavista, porque es justamente esta retórica que nos impide ver en qué medida todos los trabajadores del clic no son siervos excluidos del cuerpo social, sino , al contrario, constituyen una colectividad en búsqueda de conciencia y portadora de una misión histórica de emancipación.

~ Casilli, A. ~

Introducción

En el mundo de hoy, cualquier discurso, cualquier análisis, cualquier proceso de construcción de conocimientos sobre las infancias contemporáneas, que no asuma como foco central el mundo digital, resulta ser históricamente descontextualizado y, por ende, incapaz de ofrecer herramientas heurísticas, interpretativas y comprensivas de los reales perfiles experienciales y vivenciales de los niños, niñas y adolescentes que habitan este nuestro presente, tan complejo y tan aceleradamente cambiante.

Sobre este imprescindible nexo entre infancias y nuevas tecnologías digitales, se ha venido desarrollando un animado, muy controvertido, conflictivo y hasta agresivo debate. El saber acumulado a la fecha no es poco: convenios, congresos, reflexiones, libros, panfletos, conferencias, cursos académicos y muchísimas otras iniciativas, algunas muy útiles y necesarias, otras más decorativas y escenográficas que realmente capaces de morder el problema. Sin embargo, también en este caso los ángulos de mirada epistémicos, la forma de construir el campo de observación es siempre la misma reservada a la infancia, pues esta articulación extremadamente problemática y multifacética entre infancias y nuevas tecnologías digitales, viene estudiada e investigada solo desde algunas perspectivas: psicológica, ética, pedagógica, pediátrica, formativa, educativa, etc. Otra vez faltan análisis, reflexiones, problematizaciones, investigaciones que asuman también un ángulo de mirada claramente y decididamente económico, para así poder alertar, con fundamentación cierta y segura, el proceso de desborde y de expansión de la explotación económica de los niños, niñas y adolescentes también a los nuevos territorios de la tecnología digital.

Este texto se propone justamente eso, no tanto para llenar completamente el vacío que sigue dándose en el contexto de este debate, sino para empezar a sembrar embrionarios elementos de reflexión crítica, para animar una reorientación de la comprensión de este fenómeno, también hacia la posibilidad de develar los nexos que articulan nuevas tecnologías, infancias y nuevas formas de explotación económica.

La postmodernidad como dominio de los ecosistemas tecnomediados

Las últimas décadas pueden seguramente considerarse como un momento de expansión y de progresivo dominio del mundo digital. Formas de socialización, nuevos modos de trabajo y de producción, experiencias formativas y procesos de construcción de identidades, de reconocimiento, de pertenencia y de subjetivación están marcados por las dinámicas digitales y las tecnologías de la información y la comunicación. Esto se da tanto en el crecimiento de las plataformas digitales en diversos ámbitos, como en la expansión del uso y abuso de las redes sociales, además que en el consumo y la producción de bienes, servicios, lenguajes, valores y modos de ser y estar en el mundo. En este proceso, podríamos llamarlo de digitalización de la vida, se van determinando reconfiguraciones materiales, simbólicas y subjetivas que desdibujan y redibujan el perfil de la vida de niñas, niños y adolescentes, su curriculum de crianza y de puesta en escena de su biografía.

Todo ello, en el tránsito de la modernidad a la posmodernidad, resulta seguramente uno de los fenómenos más contundentes y trascendentales en todo el mundo y en todos los ámbitos de la vida individual y social. Estas nuevas tecnologías frecuentemente hasta ahora se han llamado TICs (Tecnologías de la Información y de la Comunicación). Pero hoy, varios autores proponen nombrarlas con términos más apropiados y que den cuenta de la complejidad y multidimensionalidad del fenómeno. Entre las varias propuestas nos inclinamos por la de Ramírez Cabanzo (2013; 2014), quien, retomando las indicaciones de Gómez (2010), sugiere utilizar las expresiones de “repertorios tecnológicos” (2014, p.2) y de “ecosistemas tecnomediados” (p.2). Con estas nuevas expresiones se alude más funcionalmente al carácter no meramente técnico del fenómeno, sino a la red de articulaciones bidireccionales que co-

nectan el fenómeno propiamente tecnológico a otras dimensiones, sociales, económicas, culturales, pero también emocionales, afectivas, epistémicas, de rutinas diarias, etc. Como bien lo expresa la misma Ramírez Cabanzo (2013):

No se pueden concebir estos nuevos repertorios tecnológicos como tecnologías aisladas, sino como ecosistemas comunicativos tecnológicos, que combinan texturas desde las cuales las nuevas generaciones pueden ‘lenguajear’, relatarse y narrarse una y otra vez. Estad ‘bio-tecnosferas’ se componen de vínculos, escenarios tecnológicos, recursos materiales, temporalidades sociales, modos de actualización, flujos de intercambio entre la técnica, el consumo y el actual modo del capitalismo; se trata de nodos de diseminación del sentido... (p. 56)

Los nuevos repertorios tecnológicos, en este sentido, no son solo unas cuantas innovaciones técnicas, sobre todo en el campo de la información y de la comunicación, sino que constituyen también una auténtica revolución antropológica, tal vez más contundente de la que se desplegó con el tránsito de una sociedad a hegemonía rural-campesina a una sociedad a hegemonía urbana; esta nueva revolución antropológica penetra en todos los resquicios de la experiencia humana, redefine subjetividades, identidades y afectaciones, prácticas rutinarias y horizontes de sentido, en las intersecciones, en los espacios de flujo entre lo económico, lo cultural, lo emocional, las bioesferas simbólicas, discursivas, pragmáticas, relacionales y transaccionales. El hombre posmoderno, en otras palabras, habita hoy y es habitado por una nueva territorialidad (en las dimensiones de la intimidad, de la familiaridad y de la alteridad) que está profundamente y sustantivamente diseminada de mediaciones por parte de los nuevos repertorios tecnológicos. Al punto que Donna Haraway, ya en el lejano 1999, pudo alertar sobre las amenazas de que todo se pudiera desnaturalizar en una suerte de “artefactualismo”, en fuerza del cual la milenaria diferencia entre naturalidad y artificialidad cyborg ya perdiera sentido y vigencia:

¿Acaso no es esa insistencia en que la naturaleza es un artefacto prueba de lo extremo de la violación de una naturaleza exterior y extraña para los arrogantes estragos de nuestra civilización tecnofílica, en la que, después de todo, fuimos educados empezando con los helio-

tropismos de los proyectos de la ilustración para dominar la naturaleza con la luz cegadora de la tecnología[...] ? (p.123)

Es verdad que Donna Haraway (1999) propone luego, en el mismo artículo y en toda su obra, una versión del “artefactualismo” que no cierra las puertas a la esperanza y a la potencialidad reactiva de los sujetos históricos, frente a la avalancha de un nuevo modelo civilizatorio, colonizado por la agresividad de los nuevos repertorios tecnológicos:

A pesar de todo, no puedo olvidar que un significado obsoleto de ‘virtual’ es tener virtud, esto es, el poder inherente para producir efectos. Virtud, después de todo, es excelencia o mérito [...] La virtud de algo es su capacidad. El espacio virtual *parece* ser la negación del espacio real; el dominio de lo virtual *parece* ser la negación de las regiones terrestres. Pero, quizá, esta negación es una ilusión [...] (p.151)

Así que, aunque con otras miradas epistémicas, se vuelve a proponer el debate, la contraposición que en su tiempo Umberto Eco (1964) nombró como disputa entre “apocalípticos e integrados”, es decir entre los entusiastas defensores de los nuevos repertorios tecnológicos y los que en estos repertorios veían los gérmenes de un progresivo y acelerado ascenso de la residualidad y apendicularidad del mismo hombre.

Es indudable, de toda manera, que la difusión extensiva e intensiva de los nuevos repertorios tecnológicos, difusión permanente, capilar y acelerada, no representa solo un cambio más en la época de la posmodernidad, sino un verdadero y propio salto, un cambio de época, rompiendo con milenarias formas de colocarse ante y en el mundo, como bien retrata Fernando Peirone, cuando nos alerta sobre el tránsito de la “metáfora arbórea” (p.25), propia de los grandes metarrelatos y de las modalidades epistémicas lineales y continuas, a la “metáfora rizomática” (p. 99), propia del así llamado “método radicante” (p.97).

Esta potencia inconmensurable de los nuevos ecosistemas tecnomediados de reconfigurar radicalmente la experiencia y, casi diríamos, la misma substancia del hombre, bien la ilustra Castells en su fundamental texto “La galaxia Internet. Reflexiones sobre Internet, empresa y sociedad”, texto que además

conecte muy claramente la aparición del fenómeno Internet con una nueva fase de la economía capitalista. De hecho, el autor, desde un punto de vista económico, destaca el uso de Internet en particular como un medio de adquisición de bienes y servicios, por lo que el acceso al mismo está vinculado con el mundo económico. Así, Internet no es consecuencia del desarrollo, sino una condición previa y necesaria de él. La Red es un medio facilitador, que permite a sus usuarios colocarse en formas inéditas en el mundo socioeconómico, a diferencia de los que no disponen de él, en particular de a través de su funcionalización al retículo de las cadenas de valorización del capital.

La infancia, la adolescencia y los nuevos ecosistemas tecnomediados

Asumimos un enfoque por el cual la infancia no es la suma de los niños, sino el lugar social donde viven los niños. Lo que significa que nos movemos en la amplia esfera del paradigma constructivista, y consideramos que la infancia es una construcción social. No se trata de negar unas características específicas de la infancia, sobre todo su dimensión biológica y su ser una fase vital intensa y profundamente centrada en los procesos de desarrollo. Sin embargo, no podemos obviar que tanto los componentes biológicos de lo que llamamos infancia, así como sus procesos de desarrollo se concretan y se singularizan en contextos sociales específicos, que los declinan de forma particular e históricamente determinada (Jenks, 1982). Como nos recuerda Rodríguez Pascual (2007):

La sociología desarrolla no tanto un estudio sociológico de los niños [...] como un estudio sociológico de la infancia, esto es, del espacio socialmente construido en el que se produce el desarrollo infantil, así como la forma en que los adultos y los niños interaccionan en tal marco estructuralmente determinado (p.60).

También optamos por un ángulo de mirada que ve a los niños no como máquinas triviales, que simplemente registran y reproducen mecánicamente

las determinaciones de los contextos socio-históricos, sino que dentro de estos contextos interactúan como actores, colocándose en el punto de tensión entre lo que los determina y lo que no los determina (Zemelman, 2010), es decir no son solo el resultado de las determinaciones del contexto sino que dentro de esto contexto tienen y ocupan márgenes de maniobra reelaborativa, constructiva y creativa con relación a este mismo contexto. Es lo que Corsaro (1997) llama los procesos de “reproducción interpretativa” (p.25).

Desde este enfoque, bien podemos subrayar como la acelerada difusión de nuevos contextos tecnomediados, sobre todo informativos y comunicativos, ha revolucionado profundamente el espacio social que la infancia habita, en el cual construye sus vivencias, sus experiencias, sus saberes, sus redes vinculares y hasta sus interioridades emocionales, sus saberes, sus prácticas discursivas y sus horizontes de sentido. Más aún, hay que considerar que el fenómeno de la progresiva hegemonía de los nuevos repertorios tecnológicos, no solo se presenta como un fenómeno ubicuo y transversal con relación a las distintas fajas etarias, sino que incide tal vez más en profundidad en el perfil y el posicionamiento social de la infancia, adolescencia y juventud, como bien lo indica la ya clásica distinción semántica entre ‘nativos’ y ‘migrantes’ digitales.

Como bien lo aclara Rodríguez Pascual (2006):

... a la pregunta de si la población infantil participa de la silenciosa revolución de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación sólo cabe responder positivamente, al menos si nos basamos en las evidencias empíricas que nos sirven para medir la magnitud del fenómeno. Cada vez hay más niños y niñas haciendo uso de aplicaciones fundamentales de estas tecnologías, como la red de redes o la telefonía móvil, y en el conjunto de los usuarios cada vez es mayor su peso relativo (p.p. 146-147)

La relación entre infancia y nuevos ecosistemas tecnomediados se articula en un retículo de fenómenos y subfenómenos multidimensional, en lo extremo complejo, visible a veces en sus aspectos más superficiales, pero con muchas dificultades sondable en sus ríos subterráneos, en sus crípticas profundidades, en sus emergentes y, pero, todavía borrosos perfiles. Sin embargo, en relación a todo ello se ha asistido a un proceso de simplificación reduccionista, en

el sentido que, aunque con indudablemente buenas intenciones de cuidado y de protección, la relación entre infancia y nuevos repertorios tecnológicos ha sido asumida, mirada, interpretada e intervenida sobre todo desde la actitud y el enfoque del “salvacionismo autoritario” (Schibotto, 1996), esto es, desde una actitud epistémico-pragmática preocupada y centrada sobre todo en los riesgos, los peligros, las amenazas, los acechos que los nuevos repertorios tecnológicos representan para los niños y adolescentes, riesgos de los cuales los mismos niños y adolescentes muchas veces se supone no están en condiciones de defenderse solos. Por ello, es necesaria la intervención protectora y de control, y hasta de prohibición y de coacción de los adultos.

Una de las consecuencias de este difuso acercamiento al problema es que otra vez se vuelve a pensar en los niños como seres incompetentes sobre sus propios intereses vitales, prescindibles en el diseño de las prácticas de afrontamiento del problema, sin saberes propios y recursos propios para empoderarse frente a las distintas, y a veces muy agresivas formas de vulnerabilidad que se generan para la infancia en los ecosistemas tecnomediados. Es lo que subraya el ya mencionado Rodríguez Pascual (2006), cuando nos recuerda:

[...] el núcleo distintivo del discurso que alerta de las consecuencias de la difusión de las nuevas tecnologías entre la población infantil porta la impronta inconfundible de la representación de la infancia desde la perspectiva de la victimización. En él quedan albergadas las que son, más allá del problema de la tecnología y su uso, las principales obsesiones y zozobras del mundo adulto: la contaminación de los niños, su manipulación, especialmente en manos de otros adultos, y en última instancia su maduración precipitada y desviada. El tipo de alertas que se construyen sobre el impacto de las TICs en la vida infantil tienen mucho que ver con estos elementos subyacentes [...] (p.149).

Muchos autores (Buckingham, 2002; Alfageme et al., 2003; Ramírez Caranzo, 2013; Gómez, 2010; Peirone, 2012; etc.) comparten la alerta sobre esta difusa forma decididamente adultocéntrica de enfrentar el problema, forma que asume casi una tónica de “neoludismo” (Rodríguez Pascual, 2016, p. 149) o que hasta alarma sobre una potencial nueva y amenazante forma de “muerte

de la infancia” (Buckingham, 2002), luego de la que anunció Postman (1984) con relación a la difusión sobre todo de la televisión.

No se trata, obviamente de negar que los nuevos repertorios tecnológicos representan un factor de riesgo y de vulnerabilidad amenazante para la infancia de hoy, riesgo y vulnerabilidad que hay seguramente y seriamente que tomar en cuenta, no rechazando de antemano una apelación también a la protección, al control y, en lo extremo, a una prohibición coactiva y heterodirecta por parte de los adultos. Los peligros que entrañan las nuevas tecnologías son muchos y hay razones por preocuparse de ellos: reemplazo de las relaciones humanas por sustitutos cibernéticos; saturación informativa que dificulta la interacción comunicativa; riesgo de una suerte de “autismo” cibernético (Baruch, 2001), bien representado en su extremo por los *hikikomori* japoneses; el fenómeno del *cyberbullying* o *cyberharassment*, que no solo ha cobrado muchas víctimas en el plano psicológico, sino que ha inducido hasta a suicidios de niños, niñas y adolescentes; el desarrollo de rutinas repetitivas y muy escasamente creativas; el impacto sobre las dinámicas y las relaciones familiares, erosionadas y debilitadas por la prepotente presencia de estos nuevos repertorios comunicativos e informativos; y, finalmente, el acecho de la explotación sexual vía internet, con los fenómenos de la pedofilia y pornografía infantil, que se generan en el espacio virtual de los ecosistemas tecnomediados.

Repetimos que no se trata de negarles importancia y gravedad a todos estos riesgos, que requieren también de una actitud de protección, de control y que, en algunos casos, pueden también justificar la intrusión de los adultos en la esfera privada de los niños, niñas y adolescentes.

Pero, lo que también resulta a su vez peligroso, es una lectura de esta nueva realidad, que vive la infancia, completamente sesgada por este grito de alarma sobre los peligros representados por los nuevos repertorios tecnológicos, sin considerar los aspectos potencialmente positivos de este fenómeno. De esta forma se asume un ángulo de mirada no solo reduccionista, sino fuertemente fatalista, determinista y esencialista, como si este fenómeno de las nuevas tecnologías comunicativas e informativas fueran una realidad *per se*, y no un complejo fenómeno que se constituye en la relación con sujetos

que esta misma realidad interpretan, reelaboran y resignifican. De allí que, en esta perspectiva, centrada exclusivamente en los riesgos y en los peligros, se reconstituye un imaginario de la infancia como grupo totalmente indefenso, incompetente, prescindible, desnudado de saberes propios, de propias formas de agenciamiento y empoderamiento frente a las experiencias que se dan en los ecosistemas tecnomediados.

Pero la insuficiencia del actual debate sobre la compleja relación que se ha venido configurando entre infancias y nuevos ecosistemas tecnomediados, no radica solo en esta mirada fundamentalmente proteccionista, paternalista y de control, sino también en el casi total descuido de los múltiples procesos por lo cuales estos nuevos tecnosistemas tecnomediados se han vuelto territorios de nuevas, y muchas veces ocultas, formas de explotación y sobreexplotación económica de los niños, niñas y adolescentes. Es sobre ello que este texto quiere enfocarse, considerando que allí hay un vacío importante y muy significativo en cuanto a conocimiento de la colocación histórica de las infancias en el contexto de las cadenas de valorización del capital en el mundo contemporáneo.

El desborde de la explotación económica de las niñeces en la coyuntura histórica del dominio de los ecosistemas tecnomediados

No hace falta recordar, como ya hemos ampliamente indicado en el primer capítulo de este libro, que todas las nuevas tecnologías de la información, de la comunicación y, sobre todo, de lo que se ha convenido llamar el *Big Data*, están fuertemente, intrínsecamente y sustantivamente conexas con los procesos de valorización del capital y de producción de una riqueza, apropiada por una parte muy minoritaria y privilegiada de la población. No queremos ahora repetir lo ya dicho, porque queremos más bien centrarnos en la pregunta sobre la presencia de los niños, niñas y adolescentes en estos puntos neurálgicos de las cadenas de apropiación de la riqueza socialmente producida.

Una primera consideración, empíricamente obvia, porque diariamente constatable, es que las infancias desde muy temprana edad están presentes en el mundo de los ecosistemas tecnomediados, viven permanentemente en este mundo, al punto que podríamos decir que los ecosistemas tecnomediados constituyen, si no el centro, cierto uno de los centros más importantes de su experiencia vital, de lo que se ha, en algún momento, convenido llamar un nuevo “currículum de las infancias” (Bakan, 2011, p. 53). Los niños, diríamos todos los niños, utilizan celulares, computadoras, tabletas, están presentes en las redes sociales, dedican mucho de su tiempo a los vídeo juegos, escuchan en forma digital música, ven películas, fotografías, construyen virtualmente una parte importante de la red de sus relaciones sociales, etc. El fenómeno de la siempre más potente y prepotente aceleración del dominio de estos nuevos repertorios tecnológicos no tiene limitaciones etarias. Desde muy pequeño, inclusive desde antes de nacer, cuando todavía se encuentra en la barriga de su mamá, el niño directamente o indirectamente entra en contacto, casi diríamos habita el mundo de los nuevos repertorios tecnológicos, y lo habita no con un rol secundario, sino con un rol, si no primario, ciertamente paritario con relación a los adultos.

A partir de esta primera, y como decíamos obvia constatación, se puede alertar sobre las consecuencias de esta colocación histórica de las infancias en la coyuntura histórica del predominio de los ecosistemas tecnomediados. Una de las más importantes de estas consecuencias es que los procesos de explotación económica que se dan a través de estos ecosistemas tecnomediados también golpean, acechan, utilizan e instrumentalizan a las infancias, en función de una lógica de expropiación económica de la riqueza producida por los mismos niños, niñas y adolescentes.

Desde esta general formulación del campo de observación, es necesario ahora entrar más en profundidad, no tanto en los detalles pormenorizados, sino en precisiones analítico-críticas de las modalidades con las cuales estos nuevos repertorios tecnológicos activan procesos de explotación económica de nuestras infancias, procesos que muchas veces son ocultos, crípticos, difícilmente evidenciables y descifrables.

Por ello trataremos ahora, de forma más precisa, de configurar el panorama de las distintas modalidades en que se capturan a las infancias en los procesos de valorización del capital.

a)

La primera más concreta, visible y obvia forma de explotación de las infancias, con relación a los nuevos repertorios tecnológicos, se conecta directamente con la temática y la problemática del hiperconsumo. En otras palabras, los niños, niñas y adolescentes son compradores, directos o indirectos, en todo caso muy activos, de aparatos tecnológicos, sean ellos teléfonos móviles inteligentes, tabletas, computadoras, consolas de videojuegos, audífonos y auriculares, y otros variados instrumentos de avanzada y elevada tecnología. Hay que decir que en este mercado los niños paradójicamente son reconocidos como sujetos activos, aunque en este caso instrumentalizados por la lógica del mercado, en cuanto capaces de influenciar, orientar y finalmente determinar las opciones de consumo, sobre todo de los padres. Con el avance de la edad y sobre todo, entonces, en la adolescencia y en la primera juventud, las infancias pasan a disponer de recursos propios, que utilizan en muchos casos justamente para comprarse directamente estos dispositivos electrónicos.

Es evidente la importancia de este gigantesco negocio y cuánto este mercado de los dispositivos electrónicos sea fundamental en los procesos de valorización del capital. Recordaremos que el tamaño del mercado mundial, por ejemplo, de teléfonos inteligentes ha sido de 1885 mil millones de dólares en 2022 y se prevé que alcance los 2992 mil millones de dólares en 2031, exhibiendo una tasa compuesta anual de aumento del 5,3 % por ciento durante el período de pronóstico. (Business Research, 2024). Se trata, como bien se puede apreciar, de un mercado sumamente importante, y además capaz de renovarse continuamente a través de los mecanismos de los avances tecnológicos, y también de lo que se han convenido llamar “la obsolescencia programada” o también la “obsolescencia emocional programada” (Latouche, 2014) de dichos aparatos tecnológicos. Al mercado de los teléfonos, de los móviles inteligentes hay que agregar obviamente el mercado de las tabletas, de las computadoras, de los televisores Smart de última generación y, con particular énfasis tratándose de infancias, el mercado de las consolas para los video-

juegos y el consiguiente mercado de los videojuegos mismos. El tamaño del mercado de consolas de juegos, por ejemplo, se estima en 57,2 mil millones de dólares en 2024 y se espera que alcance los 80,98 mil millones de dólares en 2029, creciendo a una tasa anual del 7,2 % durante el período previsto 2024-2029. Hay que agregar que los proveedores, incluidos Sony y Microsoft, han dominado la industria de las consolas de juegos durante un tiempo considerable y continúan alineando sus estrategias para aprovechar la disposición de los jugadores incondicionales a pagar más por consolas de alto rendimiento. A ello hay que agregar que el ciclo de vida general de las consolas cambió a lo largo de los años. Las consolas de juegos de la generación anterior tenían una vida útil mucho más larga que las consolas de la generación actual. Además, muchas veces los títulos de juegos en estas plataformas no son compatibles con versiones anteriores, por lo que los jugadores se ven obligados a actualizar sus consolas o a comprar las de última generación.

En fin, se trata de todo un conjunto, muy complejo y al mismo tiempo muy refinado, de estrategias de *marketing*, que siguen reproduciendo, incansablemente y *ad infinitum*, nuevos provechosos mercados de consumo de dispositivos electrónicos, involucrando de forma masiva y prepotente a las infancias en función de la valorización del capital y de los procesos de apropiación de riqueza por parte de una minoría. Los principales operadores en este mercado, operadores transfronterizos en cuanto a nacionalidades e ideologías políticas, pero mancomunados en una permanente competitividad para adquirir cuotas de mercados y garantizar la maximización de la ganancia (Apple, Sony, Oppo, Samsung, Huawei, etc.), tienen todos un ojo puesto sobre las infancias, como porción de mercado sumamente importante y que hay necesariamente que ocupar. De allí que se hace camino una inédita forma de explotación económica de las infancias, estrechamente ligada al mundo de los nuevos repertorios tecnológicos.

b)

Otro complejo, y en muchos casos oculto y críptico, itinerario que recurre el proceso del desborde de la explotación de las infancias en el contexto de los ecosistemas tecnomediados, es lo relacionado con la producción, apropiación, valorización y monetización de los datos. Debemos decir que los niños, niñas y adolescentes en cualquier momento, en múltiples formas, en todos los ámbi-

tos relacionales con los nuevos repertorios tecnológicos, producen una enorme e inimaginable cantidad de información, que se transforma en datos, que a su vez vienen almacenados en tiempo real. De cada niño que tenga un celular se conoce la ubicación, se conocen los movimientos, se conservan sus conversaciones en las redes sociales, en Whatsapp, en X, en Google, en Instagram, se almacenan miles de imágenes suyas, subidas por él, o por sus padres, o por sus amigos. Se sabe si compra algo al Mcdonalds, se conocen sus búsquedas en Internet, la música que escucha, a través del registro electrónico se saben sus notas escolares, sus actos de indisciplinas, en fin, se trata de todo un proceso de captura y de almacenamiento de datos que desde muy temprana edad (desde antes de nacer, pues son muchos los padres que postean las imágenes del bebé todavía en la barriga de la mamá), se va configurando lo que se ha llamado el “gemelo digital” (Hillel Gelernter, 1992), es decir una reproducción virtual de algo real, en este caso una persona. Por supuesto que todavía no hemos llegado a una fase de clonación digital o de la creación de un doble o de un *avatar*, pero sí ya es realidad el almacenamiento y también el procesamiento de tal cantidad de datos sobre cada uno de nosotros, que es superior a los datos que nosotros mismos conocemos con relación a nuestra persona.

Se abren panoramas inquietantes sobre los peligros que todo ello acarrea, peligros, como ya hemos recordado, de control, de manipulación, de violación de la privacidad y de todo el campo inmenso de las así llamadas informaciones sensibles. Pero, a nosotros interesa, en lo específico de este texto, otro aspecto, es decir la interrogación sobre cómo esta producción y apropiación continuas de datos configura también un proceso de apropiación de riqueza ajena y consiguientemente de explotación económica.

Según el informe de Emergen Research (2023) el tamaño del mercado global del *Big Data* fue de 179,5 mil millones de dólares en 2022 y se espera que registre una tasa compuesta de incremento por ingreso muy rápida, del 11,6% durante el período de pronóstico 2022-2032. Para tener una cifra de comparación, consideramos que todo el gasto público de un país como Colombia ha sido en 2023 de 127,3 mil millones de dólares (Expansión/Datosmacro.com, S.F.). Este mercado de los datos es un momento hoy vital en los procesos de valorización del capital y produce una enorme riqueza, que además va por un

camino de creciente aceleración, al punto que se calcula que en 2032 este mercado del *Big Data* alcanzará los 533,07 mil millones de dólares. Este aumento es debido al incremento significativo en el volumen de datos y de la conectividad de datos, a su vez relacionada sobre todo con la computación en la nube, la creciente adopción de soluciones de *Big Data* por parte de varias organizaciones para la gestión efectiva de grandes volúmenes de datos sin procesar y el desarrollo de un sistema de software de *Big Data* de código abierto. Son todos factores importantes, que impulsan el crecimiento de los ingresos del mercado. El *Big Data* suma la extracción con la recopilación y el análisis de datos, lo que puede ayudar en primer lugar el desarrollo de estrategias de *marketing* siempre más focalizada en grupos de consumidores específicos. Pero, los datos no solamente interesan el *marketing*, sino que pueden monetizarse también vendiéndolos a institutos de investigación estadística, compañías de seguros, bancos, inclusive a instituciones estatales con función de control de los ciudadanos o, por ejemplo, de *screening* y discriminación en el momento de la incorporación de tal o cual trabajador en una empresa. El *Big Data* es, en fin, la base de todas las redes sociales y muchas empresas utilizan estos canales para muchas rentables finalidades, con relación a tal o cual grupo demográfico. Como dice el ya citado informe (Emergen Research, 2023)

La creación de perfiles de clientes, las ofertas personalizadas y el análisis predictivo se utilizan para optimizar las ventas. Se podrían utilizar métodos similares para obtener información en tiempo real sobre el bienestar de las personas y adaptar las iniciativas humanitarias a las poblaciones vulnerables. Tales avances crean nuevas perspectivas emocionantes, pero también plantean preguntas importantes sobre la privacidad, la confianza de las personas y la posible explotación de datos. Los sistemas legales han tenido dificultades para ponerse al día por la tecnología que cambia rápidamente. (pág.3)

Sea como sea, es innegable que los datos constituyen una fuente siempre más importante de riqueza y de dinamismo en las cadenas de valorización del capital, y allí se encuentran, por ende, algunas de las más importantes y prósperas empresas del capitalismo contemporáneo, como IBM, Google, Microsoft, Oráculo, varios grupos de software en la nube, Fractal Analytics, Inc.

Panda, etc. Esta enorme producción de riqueza a través de los datos, vendidos, monetizados, valorizados en el mercado, es fruto de la actividad de los usuarios de todos los aparatos tecnológicos, y en particular de las redes sociales. Ahora bien, sabemos que entre estos usuarios están, con un papel primario, los niños, niñas y adolescentes. Sin embargo, en muchos casos esta producción y sucesiva expropiación de la riqueza producida por parte de los usuarios, en nuestro caso los niños, niñas, y adolescentes, pasa desapercibida, resulta escondida, está sometida a un potente proceso de “banalización” (Casanova, 2013) que la evapora, pues se fractura en un sinnúmero de micro acciones, cada una de las cuales aparece insignificante desde el punto de vista del valor: un *click*, un *like*, un “me gusta”, el post de una foto, de un pequeño vídeo, de una canción, la conversación con un amigo, la aceptación de los *cookies* para no perder tiempo, una breve búsqueda por curiosidad acerca de tal o cual producto, etc. Estas son todas micro acciones de una fragmentación infinita, de una suerte de cadena productiva digital hiper taylorista, que procede por una miniaturización de las acciones de los usuarios, de manera que cada acción tomada singularmente aparece insignificante. Pero, estas acciones multiplicadas por los miles de millones de usuarios y por la repetitividad y continuidad temporal de presencia en estos contextos digitales, resultan productoras justamente de aquella riqueza, de aquella plusvalía que proviene de un *Big Data* producido por los usuarios, a los cuales sin embargo, no se les reconoce la propiedad de esta misma riqueza.

Por el contrario, esta riqueza se la expropia a favor de una oculta minoría, que maneja todo el gran negocio.

¿Cómo, empleando cuáles categorías podemos hablar hoy de los niños, niñas y adolescentes, cuando pasan sus tiempos manejando un celular o su tableta, entreteniéndose con un videojuego, mirando un televisor Smart inteligente conectado con Internet, y finalmente estando presentes en las redes sociales? Tal vez no podemos *tout court* llegar a definirlos como niños trabajadores, pero sí podemos llamarlos niños productores de datos, que a su vez producen riqueza, la misma riqueza que en el momento en que entra en el oscuro estómago de los procesos de almacenamiento y de análisis del *Big Data* ya no pertenece a sus productores, sino a las empresas que dominan este mercado capi-

talista. Aquí, entonces, encontramos otra forma de explotación económica de las infancias, es decir otra forma de sacarles a las infancias la riqueza que ellas mismas crean y de la cual tendrían que ser reconocidas como productoras.

c)

Otro proceso de producción de plusvalía por parte de las infancias en los nuevos ecosistemas tecnomediados, en particular en las redes sociales, se conecte con la nueva figura del *prosumer*, crasis de las dos palabras inglesas *producer* y *consumer*. El término fue empleado oficialmente por primera vez en 1980 en el libro “La Tercera Ola”, por el americano Alvin Toffler. En este libro el mismo Toffler sugería la posible fusión de roles entre productor y consumidor. El término tuvo particular éxito sucesivamente en el campo de los nuevos repertorios tecnológicos y de los usuarios digitales.

Para aclarar este concepto de *prosumer*, es decir de productor-consumidor, podemos referirnos a un ejemplo de la vida diaria de muchos de nuestros lectores, es decir el caso de Netflix. Esta empresa tiene obviamente que producir películas, series, documentales; sobre todo en el caso de las series, vemos como la misma empresa redirecciona sus planes de producción, por ejemplo interrumpiendo una serie después de la primera temporada, o por el contrario prolongando la serie por cinco, seis, siete temporadas. ¿Quién interviene en el momento de decidir si proseguir o no con tal o cual producto? Actualmente lo deciden fundamentalmente los usuarios, ya sea simplemente mirando esta serie (el *audience labour* o trabajo de los espectadores), ya sea clicando un *like* en donde se dice ‘me gusta’, ‘no me gusta’, ‘no es para mí’. De esta manera el consumidor contribuye a la programación de la producción y, en este sentido, se vuelve también participe de este mismo proceso productivo. Esta es en su esencia la figura del *prosumer*, una figura siempre más importante y siempre más determinante en las estrategias productivas de las grandes empresas. Por ejemplo, Amazon se ha afirmado como hacienda protagonista en el comercio electrónico fundamentalmente por su habilidad de construir relaciones con los clientes, a través del diálogo, más que contando sobre la vendita de un producto, pues, como afirman Levine y Tombolini (2001), “los mercados son conversaciones”, entendiendo que con la revolución digital asistimos a la evolución desde un consumidor pasivo a un consumidor activo al interno del

contexto. De hecho, Amazon soporta y promueve la colaboración informativa entre clientes y ofrece espacios para que ellos puedan contribuir a su sitio web, en la forma de reseñas de productos comprados, a través de comentarios escritos y, por ejemplo, asignando una escala de valores que van de uno a cinco estrellas. Múltiples son las actividades que un *prosumer* puede desarrollar en este territorio híbrido y fronterizo entre consumo y producción, al punto que se ha conectado la cultura *prosumer* al concepto de la “McDonaldización”, teorizada por el sociólogo George Ritzer (1996). El modelo de *business* de McDonald delega a los consumidores algunas misiones tradicionalmente asumidas por el propietario y sus asalariados, como por ejemplo limpiar la mesa al final del almuerzo o hacer su propia ordenación en pantallas cibernéticas. De esta manera, de hecho, se obtiene un servicio sin tener que corresponder un salario.

Las investigaciones de Bodo Lang han identificado el *prosumer* como un “individuo que consume y produce valor, por el consumo sea propio que de otros, y puede decidir incentivaciones implícitas o explícitas por parte de las organizaciones involucradas en el intercambio” (p. 132) Un ámbito particularmente importante para la figura del *prosumer* es obviamente el ámbito de los videojuegos.

Este capitalismo del *prosumer* ha recibido muchas críticas, en cuanto se considera como una nueva forma de explotación de trabajo no pagado, no remunerado y que se aparenta como diversión gamificada, es decir ludificada. Se presenta como un fenómeno contradictorio, en el cual el *prosumer* tiene la impresión de moverse en un libre mercado y no percibe el riesgo o la efectividad del ser explotado por parte del sistema capitalista. Podríamos llegar a decir que hay una nueva forma de capitalismo, el capitalismo justamente del *prosumer*, que además de la explotación de los trabajadores de bajo costo, acentúa la explotación de los *prosumers*, que muy raramente son retribuidos por el trabajo que hacen.

El debate en cuestión queda abierto, pero es muy importante y urgente preguntarse si la actividad del prosumidor podría encuadrarse en un discurso de mayor participación de los usuarios consumidores que aportan conscientemente valor añadido al sistema de producción, o si se trata de una forma

diferente de explotación de lo que puede definirse como “trabajo gratuito” (Terranova, 2000), que el prosumidor pone a disposición de forma no remunerada, pero a través del cual las corporaciones obtienen beneficios. De hecho los prosumidores producen un valor excedente, sin recibir pago alguno por su actividad. Hardt y Negri (2005) hablan en este sentido de la explotación de multitudes que producen conocimiento como recurso colectivo de la sociedad.

No cabe la menor duda que esta figura del *prosumer* o consumidor-productor involucra directa y fuertemente a los niños, niñas y adolescentes. Su presencia masiva y continua en el web, y en particular en las plataformas sociales, su rol fundamental de consumidores, su casi diríamos natural curiosidad en participar activamente en las transacciones inducidas constantemente en el universo de los nuevos repertorios tecnológicos, hacen de ellos representantes importantísimos de estas nuevas figuras de los *prosumers*. Entonces, en la medida en que el *prosumer* es en resumida cuenta un trabajador explotado, cuyo trabajo no viene reconocido y cuya ausente retribución se puede incluir en la categoría de los “salarios robados” (Coin, 2017), podemos llegar a la conclusión de que justamente en las figuras de los niños niñas y adolescentes *prosumers* se perfila una nueva forma oculta, subterránea y críptica de explotación económica de las infancias contemporánea.

d)

Otro importantísimo proceso de extracción de plusvalía a través de los nuevos repertorios tecnológicos es lo que se ha convenido llamar el trabajo colaborativo entre pares (*peer production* en inglés) o colaboración en masa, y es una forma de producir bienes y servicios que se basa en comunidades de individuos autoorganizadas. En tales comunidades, el trabajo de muchas personas se coordina hacia un resultado compartido. La producción entre pares es un proceso que aprovecha las nuevas posibilidades de colaboración que ofrece Internet, y se ha convertido en un modo generalizado de trabajo. Ese trabajo colaborativo de masa se lleva a cabo gracias a la existencia de un sistema sociotécnico que permite a miles, a millones de personas cooperar eficazmente para crear un resultado que es de todos, que no reconoce a un autor exclusivo y que puede usarse, independientemente de que se haya o no colaborado en su creación. Un clásico ejemplo de ello es Wikipedia, la enciclopedia del Web

que es producida cooperativamente y libremente por los mismos usuarios del Web. Estos esfuerzos colectivos se llevan a cabo sin obligaciones formales entre los colaboradores, ni entre estos y el proyecto. En efecto:

La producción entre pares es un esfuerzo de colaboración que admite una cantidad ilimitada de aportaciones y de cambios que se pueden hacer en ellas. En términos éticos, muchos individuos pueden encontrarse cooperando productivamente con extraños y conocidos, en un alcance nunca antes visto. (Benkler, 2002).

El término fue, justamente, acuñado por Yochai Benkler, catedrático de la Facultad de Derecho de la Universidad de Harvard. Originariamente está basado en los principios filosóficos del bien común y hasta del altruismo, y en unos cuantos principios operativos, con enfoque por resultados, que guían al proyecto, y que comparten quienes toman parte en él, generalmente voluntarios, que son expertos o al menos conocedores de la información que ponen de manera abierta, es decir a disposición de quien la quiera. Yochai Benkler (2002) describe al trabajo colaborativo como "el sistema de producción, distribución y consumo de bienes de información que se caracteriza por acciones individuales descentralizadas, ejecutadas a través de medios ampliamente distribuidos y ajenos al mercado y a sus estrategias" (p.25)

Esta inicial inspiración, ética, políticamente democratizadora y centrada sobre la idea del común, ha sido paulatina, progresiva e inexorablemente fagocitada por la lógica mercantil de un capital interesado solo y exclusivamente a la producción de plusvalía y a la apropiación de riqueza. (Zuboff, 2022). El trabajo colaborativo en redes hoy es más que nunca potente, masivo y ubicuamente difundido: cada vez que charlamos en una red social, colocamos fotos de nuestros amigos, de nuestros viajes, de nuestras visitas a museos, cada vez que compartimos un clip musical, que sugerimos una receta gastronómica, etc., todo ello se relaciona, se articula con acciones similares ejecutadas por otras personas, por otros usuarios. Todo este inmenso retículo, en la mayor parte de los casos espontáneo, otras veces con niveles de organización y de especificidad más puntuales, funciona como una dilatada e infinita fábrica virtual, como una continua, constante y extremadamente variada producción de bienes inmateriales, que al final del ciclo se desprenden de los usuarios que

los han producido y pasan a pertenecer a tal o cual plataforma, o red social, o empresa que se apropian de esta producción del trabajo colaborativo de los usuarios. De ahí salen, por ejemplo, inmensos archivos fotográficos, inmensas bibliotecas y videotecas, un sinnúmero de material audiovisual, informaciones y sugerencias gastronómicas, indicaciones con relación a la salud, etc. Todo ello, que casi parece realizar las fantasías de Borges (2013) sobre “La Biblioteca de Babel”, tiene un enorme valor económico, que, pero, no le viene reconocido a los usuarios que lo producen, salvo en algunos muy, pero muy minoritarios casos, en que se le ofrece algunas formas de remuneración a un restringido número de personas.

También en este ámbito están presentes, de forma diríamos casi protagónica, los niños, niñas, y adolescentes, que alimentan constantemente, y en muchos casos sin saberlo, sin ser conscientes de ello, esta enorme mole de trabajo colaborativo. En este trabajo colaborativo escondido las infancias colocan su inteligencia, su creatividad, sus intuiciones, su inventividad, en fin todo lo precioso que se guarda y se cultiva en la mente y en el corazón de nuestra niñez. Este patrimonio, finalmente, en muchos casos va a parar en una feroz traición y distorsión de la original vocación auténticamente colaborativa y auténticamente democratizadora, que hoy queda subsumida al imperativo de la ganancia. Así, este diario, continuo, extenso trabajo colaborativo de niños, niñas y adolescentes deviene en una nueva forma de explotación económica de las infancias contemporáneas.

La promesa original de Internet ha sido traicionada. Como afirma Bassan (2024):

[...] contrariamente a lo que parecían ser los principales objetivos del nacimiento de Internet, es decir, la desintermediación, la eliminación de intermediarios entre las personas, hemos asistido a la creación de nuevas torres de marfil que controlan los flujos de datos, los algoritmos y la gestión de las relaciones entre las personas. Esto ha llevado a una situación en la que el control de lo digital está cada vez menos en manos de los usuarios. (p.45)

Nacida como un espacio infinito de libertad creativa y participación democrática, esta tecnología revolucionaria se ha transformado en un gran escena-

rio en el que ganan quienes aplican la lógica comercial más despiadada. Cada acción que hoy realizamos online, como informarnos, comunicarnos, hacer amigos o comprar algo, enriquece cada vez más a los oligarcas de la red y acaba empobreciéndonos a nosotros, sus habitantes. Hemos llegados a un punto tal que Varoufakis (2024) no duda en hablar de un nuevo “tecnofeudalismo”, con la reconstitución de una relación de explotación por servidumbre. Para oponerse a todo ello es necesario, en primer lugar, reconstruir los procesos capitalistas que han hecho de Internet un “lugar inhabitable” (Franco, 2024). Intentar dejar al descubierto las dinámicas y los obstáculos que se esconden detrás de nuestras pantallas es una posible forma de socavar este mecanismo y reconstruir una Internet más sostenible y justa, ayudándonos a comprender cómo cuestionar y repensar los modelos injustos de negocios que gobiernan el mundo web y que se traducen en una forma de explotación económica también de las infancias. Para ello será necesario empezar desde lo básico, cambiando la forma en la que colectivamente invertimos tiempo y atención, pero sobre todo desarrollando la conciencia de que sólo reivindicando en voz alta nuestros derechos digitales podremos reescribir el futuro del mundo Internet.

e)

Para poder entender otros procesos de desborde de la explotación económica de las infancias, relacionados con los nuevos repertorios tecnológicos, es necesario considerar también el fenómeno del *machine learning*, o aprendizaje de las máquinas (Raschka, Yuxi y Mirjalili, 2022), y de la formación de lo que se ha convenido llamar las “competencias blandas” (en inglés *soft skills*) (Harrison, 2022).

El *machine learning* es una disciplina del campo de la inteligencia artificial, que se basa fundamentalmente en los algoritmos y que dota a los varios repertorios tecnológicos disponibles la capacidad de identificar patrones en datos masivos y elaborar sobre todo predicciones (análisis predictivo). Se trata sustancialmente de la capacidad que tiene la inteligencia artificial de superar por sí misma la programación inicial, y aprender, en las interacciones con los usuarios, contenidos y habilidades nuevas. En otras palabras, las máquinas, fundamentalmente los *software*, necesitan ser entrenadas, necesitan que alguien les enseñe cosas nuevas, para que ellas puedan expandir sus capaci-

dades de operar, superando también los límites de la programación inicial. Se trata fundamentalmente de un aprendizaje por parte de la máquina y este aprendizaje permite a los nuevos repertorios tecnológicos realizar tareas específicas de forma autónoma, es decir sin necesidad de ser programados desde el comienzo para estas tareas. Este término se utilizó por primera vez en 1959 (Samuel, 1959); sin embargo, ha ganado espacio en los últimos años, debido al aumento de la capacidad de computación y al *boom* de los datos, lo que ha constituido la base para el incremento exponencial de las técnicas de aprendizaje automático de las mismas máquinas. Estas últimas adquieren una de las características que Maturana y Varela (2004), y con ellos los teóricos del pensamiento complejo (Peña Collazos, 2008), indican como propia de los organismos autopoieticos: ser capaces de incrementar conocimientos, y es esta capacidad que configura de hecho una parte fundamental del *Big Data*. Hay que recordar, brevemente, que los algoritmos de *machine learning* se dividen en tres categorías. La primera se refiere al aprendizaje supervisado, por lo cual los algoritmos cuentan con una programación previa que permite tomar decisiones o hacer predicciones. Existe luego un aprendizaje no supervisado, que se refiere a los algoritmos que no cuentan con un conocimiento previo, pues estos algoritmos se enfrentan al caos de datos con el objetivo de encontrar patrones que permitan organizarlos de alguna manera: por ejemplo, en el campo del *marketing* se utilizan para sacar patrones muy, muy específicos a partir de datos masivos, provenientes de las redes sociales para, de esta manera, poder crear campañas de publicidad altamente segmentadas y altamente focalizadas. Finalmente, tenemos el aprendizaje por refuerzo, cuyo sentido es que un algoritmo aprenda a partir de la propia experiencia, es decir que sea capaz de tomar la mejor opción antes diferentes problemas o situaciones, de acuerdo a un proceso de prueba y error; estos algoritmos de *machine learning* se están utilizando, por ejemplo, para posibilitar el reconocimiento facial, o hacer diagnósticos médicos o clasificar secuencias de ADN.

No es esta la sede para profundizar en los múltiples y complejos detalles técnicos del *machine learning*. Solo es necesario centrarnos en el hecho que la inteligencia artificial se basa en un proceso de aprendizaje por parte de la misma máquina, y de allí entonces la pregunta: ¿quién le enseña a la máquina? si hay un *machine learning* ¿quién es que opera y hace posible esta enseñanza

a la máquina, enseñanza en base a la cual la máquina misma puede superar los límites de la programación inicial? En la gran mayoría de los casos los profesores, los docentes de este fundamental, y muy importante económicamente, *machine learning*, son los mismos usuarios de los nuevos repertorios tecnológicos, de las redes sociales y en general de Internet. En otras palabras, las máquinas aprenden de nosotros mismos y de todas las acciones y micro acciones que diariamente ejercemos en tal o cual plataforma, en tal o cual ordenador, en tal o cual celular, etc. Aquí otra vez encontramos también a la niñez, en la medida en que los niños, niñas y adolescentes son usuarios privilegiados de estos nuevos repertorios tecnológicos; casi todas las micro-acciones que los niños ejecutan en su cotidiana relación con los dispositivos tecnológicos son de hecho actos de enseñanza que promueven y sustentan este *machine learning* y la potenciación de los *softwares* de la inteligencia artificial. Los algoritmos de esta inteligencia artificial se alimentan y se perfeccionan constantemente con los *inputs* que vienen de los usuarios, en nuestro caso que vienen de los niños, niñas y adolescentes, para volverse algoritmos, *softwares* siempre más capaces, siempre más hábiles en sus funciones predictivas, de programación, de respuesta, de ejecución de acciones siempre más complejas. Estas continuas, reiteradas, múltiples acciones de enseñanza tienen un enorme valor económico para las empresas que lucran a través de la inteligencia artificial, y, sin embargo, otra vez este valor no le viene reconocido a los que lo producen, que son en muchos casos los mismos usuarios, entre los cuales encontramos con un rol muy importante a las infancias. Es por esta senda que otra vez se presenta lo que hemos llamado el desborde de la explotación económica de las infancias contemporáneas. Estas infancias cumplen un rol fundamental y protagónico en el *machine learning*, proceso importantísimo en la cadena de valorización del capital de hoy, sin que este rol productor de riqueza sea reconocido y sin que a las infancias les sea reservada una parte, aunque mínima, de esta riqueza y de este valor. Es por todo ello, que, por ejemplo, la reciente nueva política de privacidad de META expresamente permite a la empresa utilizar los datos de los usuarios, como publicaciones, fotos y mensajes, para entrenar sus modelos de inteligencia artificial (IA). Esta información se utilizará para desarrollar y mejorar las funciones de IA de Meta en plataformas como Facebook, Instagram, Messenger y Threads.

El mismo discurso se puede hacer por lo que se refiere a las competencias blandas o *soft skills*. Las habilidades blandas usualmente se entienden como habilidades subjetivas, conocidas también como habilidades o competencias de las personas o habilidades interpersonales, pues se relacionan con la forma en que uno se relaciona e interactúa con otros. A diferencia de las habilidades duras (*hard skills*) es difícil señalar elementos cuantitativos específicos para evaluar si una persona posee una habilidad blanda, pero igualmente hoy, en el mercado del trabajo, mejor se colocan las personas que, además de algunas competencias duras (el dominio de un idioma extranjero, un cierto título o certificado, la capacidad de desarrollar tareas específicas y profesionalmente calificadas etc.) poseen también algunas competencias blandas, entre las cuales incluimos la comunicación y la escucha activa, la capacidad de liderazgo, la capacidad de planificación y gestión del tiempo, la flexibilidad, la resistencia al estrés, la orientación a resultados, la capacidad de trabajo en equipo, la capacidad de negociación, etc.

En nuestro caso queremos extender esta noción de competencias blandas, por ejemplo, a la simple capacidad de leer, escribir, hacer cálculos, manejar ciertas habilidades intelectuales básicas. No olvidamos, en este sentido, que la idea de una escolarización universal y obligatoria se propuso como objetivo generalizado en el momento histórico en que el capitalismo necesitó de una fuerza de trabajo que fuera mínimamente capaz de relacionarse con las máquinas y, por ejemplo, leer las instrucciones o simplemente saber leer un contrato de trabajo o una comunicación de la empresa (Bonilla-Molina, s.f.).

Hoy una competencia blanda de base, absolutamente crucial para una fuerza de trabajo adecuada a las necesidades tanto del consumismo, como de los actuales procesos productivos, es la capacidad de manejar con habilidad, con competencia, con flexibilidad, y hasta con creatividad, todos los dispositivos tecnológicos que han invadido nuestra vida diaria, pues, para hacer algunos ejemplos, no sería posible mantener en vida el lucroso mercado de los dispositivos tecnológicos o el lucroso mercado de las redes sociales, de los celulares, de los consumos culturales y del entretenimiento, sin que las personas supieran manejar estos dispositivos, y fueran capaces de utilizar los objetos de consumo. En otras palabras, podemos decir que el marxiano y ya recorda-

do *general intellect* social, necesario para el funcionamiento del capitalismo contemporáneo, necesita hoy una suerte de alfabetización básica digital (Andía Celaya y Santiago Campión, 2022). Allí otra vez surge la pregunta sobre quiénes son los docentes, los profesores, cuáles son los lugares, los tiempos de esta alfabetización básica digital. Resulta claro y evidente que este proceso de formación, que llamamos alfabetización básica digital, es esencialmente un proceso autoformativo o de formación informal entre pares, que no tiene lugares específicos, ni tiempos específicos, porque se distribuye en todo el tiempo de la nuestra experiencia diaria. En particular, si consideramos a los niños, niñas y adolescentes, ellos y ellas desde muy temprana edad inician un proceso de autoformación y de formación entre pares, que los conduce paulatinamente a niveles muy elevados de alfabetización digital, la cual constituye un requisito fundamental en los procesos de valorización del capital en la sociedad contemporánea. Sin esta alfabetización digital, el sistema simplemente no podría funcionar. Sin embargo, el proceso de esta alfabetización digital básica resulta ser completamente gratuito para el capital mismo, pues se ha demandado subterráneamente a la iniciativa espontánea, difusa, continua, sin pausa ni demora, de autoformación y formación entre pares. En este proceso están inmersos diariamente los niños, niñas y adolescentes de hoy, con un rol activo y protagonista. Más aún, en muchos casos son justamente los niños, niñas y adolescentes de hoy, que se han llamado “nativos digitales”, para diferenciarlos de los “inmigrantes digitales” (Prensky, 2001), que son personas adultas y sobre todo ancianas, que se encargan, siempre gratuitamente y sin ningún reconocimiento, de esta función de activar o integrar la alfabetización digital de sus padres o también de sus abuelos. Otra vez encontramos niños, niñas y adolescentes que cumplen una función fundamental en el proceso de valorización del capital, y a los cuales, sin embargo, esta función no les viene reconocida y por la cual no reciben no solo ningún tipo de remuneración, sino ningún tipo de aval y posicionamiento social. Otra vez encontramos esta habilidad del capitalismo contemporáneo de enmascarar, de mimetizar, de ocultar los procesos de apropiación de la riqueza y de la plusvalía producida por las infancias contemporáneas.

f)

Un discurso específico es necesario con relación a los niños, niñas y adolescentes *influencers*. Un *influencer* es un usuario activo en redes sociales que, por su forma y estética de vida, valores o creencias, es capaz de ejercer una influencia en un cierto número de seguidores. Estas figuras del nuevo espacio público digital y virtual, expresan opiniones, ideas, reflexiones, proponen lemas y *slogans* acerca de diferentes temas y, subsumidos por la hegemonía omnívora del mercado, se han convertido en embajadores de muchas marcas comerciales y uno de los principales instrumentos del marketing guiado por el imperativo de capturar siempre más clientes.

El término «influencia» se define

[...] como el poder de una persona o cosa para determinar o alterar la forma de pensar o de actuar de alguien. De esta definición, deducimos que influir está ligado a generar confianza, compartir experiencias, opiniones, conocimiento y causar un efecto. (Molano, s.f., párr. 2)

Los *influencers*, en resumida cuenta, son personas que han adquirido un gran poder de eterodeterminación sobre los usuarios, y este poder incide en las decisiones de compra de los usuarios, debido a su autoridad, atractivo, empatía, o relación persuasiva con la audiencia que los sigue. Por ello, estos *influencers* se han convertido en una gran estrategia de *marketing* para crear una mejor relación con el público objetivo de una marca o empresa.

Para dar una idea de la importancia económica del fenómeno, diremos solo que el tamaño mundial de la industria de *influencers* en 2023 alcanzó 21.100 millones de USD y para el 89 % de los especialistas de *marketing* las estrategias de *influencers* presentan un mayor éxito que otras tácticas. (Molano, s.f.)

Este fenómeno de los *influencers* se relaciona directamente con el fenómeno que hemos querido llamar el desborde de la explotación económica de las infancias contemporáneas. En primer lugar, es evidente que los *influencers* ejercen su poderío de heterodirección y de persuasión consumista también capturando como potenciales consumidores a los niños, niñas y adolescentes de todo el mundo. En este sentido los *influencers* representan, también para

las infancias, una de las figuras más importantes del circuito de la publicidad, de la moda, en síntesis del hiperconsumismo y también de lo que se ha convenido llamar la “psicopolítica” (Han, 2014) y el “capitalismo de las emociones” (Schibotto, 2019).

Pero, en esta sede nos interesa sobre todo destacar y reflexionar críticamente sobre el fenómeno de los niños *influencers*. De hecho las infancias están siempre más condicionadas, muchas veces también directamente por las familias, no solamente a asimilar mitologías propuestas por Internet y las redes sociales, sino a desear ser ellos mismos capaces de colocarse como *influencers* en el ambiente digital. En este contexto, muchos niños, niñas y adolescentes aspiran fuertemente a alcanzar éxito en el mundo digital y de las plataformas, viendo en ello una oportunidad no solamente de ganar dinero, sino también de obtener un reconocimiento, una notoriedad, una fama a una edad siempre más temprana. Este fenómeno de los niños *influencers* es siempre más difundido cuantitativamente y conlleva un sinnúmero de problemáticas y de riesgos. Obviamente se trata, para la grandísima mayoría de los niños, niñas y adolescentes de un espejismo que el mercado crea de propósito, para tener así atrapados, con horizontes de brillante realización personal, la audiencia infantil. Solo unos pocos niños logran efectivamente ser *influencers* de peso; pero, si a estos niños les agregamos todos los otros que aparecen en películas, en videos, en publicidades, en fotos, etc., encontramos que este fenómeno general de la influencia ejercida por los niños en función de alimentar el hiperconsumismo de la sociedad contemporánea es sumamente importante en los procesos de valorización del capital. En este caso, no solo encontramos otra vez un fenómeno claro, evidente, y a veces hasta brutal, de explotación económica de las infancias, sino que asistimos al desvelarse de la hipocresía de la cultura y de la sociedad contemporáneas frente al fenómeno de los niños, niñas y adolescentes trabajadores. Acá tocamos el meollo de una nueva forma de colonización cultural, ejercida por parte de los abolicionistas de cada especie, en primer lugar por la OIT. Abolicionismo y OIT que, mientras se ensañan insensatamente en contra del trabajo infantil campesino, o indígena o en general de los sectores populares, sobre todo de los países en vía de desarrollo, nada tienen que decir y se quedan culpablemente mudos frente a estas nuevas

forma de trabajo infantil, que en muchos casos presentan alta tasas de explotación y altos niveles de peligrosidad, sobre todo psicológica y moral. Pues no cabe duda, si nos desparametramos de nuestros anquilosados prejuicios, que los niños *influencers*, los niños que crean contenidos novedosos para captar la atención de los más jóvenes, los niños que marcan tendencias, los niños que hacen reseñas de juguetes, de música, de bailes, de videojuegos, los niños que actúan en una película, los niños que aparecen en una publicidad, los niños que son colocados en videos, en fotos, en *clips* musicales son niños, niñas y adolescentes trabajadores. Sin embargo, en este caso los patrones culturales hegemónicos en nuestra sociedad, patrones culturales dominados por los virus del hiperconsumismo y de la espectacularización (Debord, 2005) de cada aspecto de la vida, no reaccionan de manera crítica y represora, sino que aceptan acríticamente todo este ámbito del trabajo infantil, en muchos casos muy peligroso y explotador económica y éticamente, dejándo además estos niños desamparados y desprotegidos, o con débiles instrumentos de reglamentación jurídica o de cuidado moral.

g)

También es necesario considerar que los nuevos ecosistemas tecnomediados son dispositivos de explotación económica del tiempo de las infancias. Como ya hemos visto anteriormente, el régimen temporal que encapsula los niños, niñas y adolescentes de hoy es coherente y funcional a los procesos de instrumentalización de ellos en función de los procesos de valorización del capital, en este caso a través de los nuevos repertorios tecnológicos, que configuran también un tiempo digital y virtual, un crono *cyborg*.

El usual parámetro, que consideraba que los niños tenían que pasar sus tiempos fundamentalmente en la escuela, en el juego y en las relaciones afectivas, sobre todo familiares, se ha venido paulatinamente, pero prepotentemente, desdibujando. Las infancias ocupan un tiempo siempre más largo de sus vivencias y experiencias vitales diarias manejando celulares, frente a tabletas y computadoras, accionando y relacionándose al interior del ambiente virtual de las redes sociales. El ecosistema tecnomediado es construido, pensado y estructurado en función de resultar atractivo y adictivo para las infancias.

En este contexto se va paulatinamente construyendo un armamentario psicológico que se pone al servicio del diseño de este ecosistema tecnomediado, para que pueda atrapar la curiosidad, el interés, la empatía de los niños, niñas y adolescentes, de manera que se queden más tiempo posible frente a una pantalla, a tal o cual dispositivo tecnológico. Hay un sinnúmero de investigaciones sobre este fenómeno y muchas han sido y siguen siendo las voces de alerta sobre este peligro que acecha la niñez contemporánea (Desmurget, 2024; Demeusois, 2021; Lázaro Gonzáles, 2012; entre otros). En esta sede no queremos profundizar sobre todos los aspectos complejos y problemáticos que se presentan en un ámbito psicológico, ético y formativo, sino que otra vez queremos destacar el nexo fuerte, potente e inexorable que conecta este verdadero robo del tiempo de las infancias a los nuevos procesos de explotación económica, pues una vez más es oportuno repetir que detrás de la que podríamos definir la cronovulnerabilidad de los niños niñas y adolescentes de hoy, están fundamentalmente motivaciones económicas de apropiación del tiempo de los niños como fuente de producción de plusvalía.

Otra vez hay que volver a colocar una pregunta extremadamente sencilla, casi diríamos obvia y banal, pero fundamental y determinante y que muchas veces se marginaliza o se calla. Es la pregunta sobre quién está detrás de tan compleja maquinaria que les quita el tiempo, a veces hasta el sueño, a nuestros niños, niñas y adolescentes. ¿Por qué todo un sistema se organiza en función de un siempre más persuasivo y agresivo proceso de apropiación del tiempo de los niños? La respuesta es muy sencilla y muy evidente, y está fuertemente relacionada con este fenómeno del desborde de la explotación económica de las infancias. Pues un niño que pasa una cantidad excesiva de su tiempo vital, experiencial, relacional al interior de un ámbito tecnomediado, un niño que por horas y horas está con los ojos, el cerebro y el corazón pegado a una pantalla o a un celular, que interactúa virtualmente al interior de una red social o de un videojuego, es un niño que, como hemos visto anteriormente, produce cuantiosa riqueza: más tiempo estará pegado a este atractivo, pero al mismo tiempo muy insidioso, mundo de los nuevos repertorios tecnológicos, tanto más devendrá un niño productor de plusvalía, aunque, como hemos visto, esta producción de plusvalía sea muchas veces resultado de procesos escondidos crípticos y difícilmente descifrables.

Como decía al respecto Lipovetsky (2006) nuestra sociedad está:

[...] estructurada de arriba abajo por las técnicas de lo efímero, la renovación y la seducción permanente. Desde los objetos industriales hasta los ratos libres, desde los deportes hasta los juegos, desde la publicidad hasta la información, desde la higiene hasta la educación, desde la belleza hasta la alimentación, por todas partes aparece la caducidad acelerada de los productos en oferta y de los modelos, así como de los multiformes mecanismos de la seducción: novedad, hiperelección, *selfservice*, hiperbienestar, humor, diversión, atención, erotismo, viajes, tiempo libre. El universo del consumo y la comunicación de masa se presenta como una fantasía, un mundo de seducción y de movimiento incesante cuyo modelo no es otro que el sistema de la moda. No hay ya, como en las sociedades tradicionales, repetición de modelos del pasado, sino todo lo contrario, novedad y tentación sistemáticas como norma y como organización del presente. Al abarcar sectores crecientes de la vida colectiva, la forma moda generalizada ha convertido el eje del presente en temporalidad socialmente dominante. (p.63)

Todo ello encuentra en el mundo digital, sobre todo de Internet, de los videojuegos y de las redes sociales un potentísimo caldo de cultivo, y en los niños, niñas y adolescentes blancos privilegiados. El tiempo de las infancias contemporáneas es un tiempo que se vuelve siempre más mercantilizado, a través de los nuevos repertorios tecnológicos, en función de una cronoplusvalía apropiada por el capital.

La emergencia de nuevos perfiles de niños, niñas y adolescentes trabajadores en los nuevos ecosistemas tecnomediados

Otro punto fundamental a considerar es que en la tecnoesfera van emergiendo nuevos perfiles de niños, niñas y adolescentes trabajadores. El mal llamado

trabajo infantil, también en su sentido propio y tradicional, se está difundiendo en la aldea virtual. Se trata de un fenómeno tan contundente como, al mismo tiempo, fundamentalmente desapercibido y silenciado. Estos nuevos perfiles de niños, niñas y adolescentes trabajadores, que actúan en este poliforme y muchas veces deforme mercado laboral, constituido por el ambiente virtual de los nuevos repertorios tecnológicos y sobre todo de las redes sociales, representan potencialmente la emergencia de una nueva realidad y de una nueva subjetividad de las infancias trabajadoras. Así que no dudamos en decir que se está redibujando toda la cartografía hasta ahora conocida, discutida y debatida del mundo del trabajo infantil. (Masterson, 2029). También en este caso asistimos a un evidente proceso de desconexión entre las teorías sobre trabajo infantil y la realidad, así como esta va cambiando en el siempre más acelerado dinamismo de la historia. Al mismo tiempo, se determina una suerte de oxidación semántica de los términos utilizados para hablar de los niños, niñas y adolescentes trabajadores. De hecho, cuando utilizamos la expresión “niño trabajador”, pensamos solo a figuras tradicionales, que ciertamente siguen siendo activas y presentes, y que, sin embargo, se articulan hoy con perfiles nuevos de niños que, de una u otra forma, trabajan en un ambiente digital y virtual, y que nunca, o solo en contadas veces, se consideran cuando se habla justamente de trabajo infantil.

Desde hace mucho tiempo, por ejemplo, se ha venido discutiendo mucho sobre la asunción plena como infancia trabajadora de los niños, niñas y adolescentes ocupadas en los así llamados “oficios del hogar” o, si queremos, en la así llamada economía del cuidado (trabajo infantil en sentido ampliado). Sin embargo, cuando pensamos en los oficios del hogar pensamos en cocinar, cuidar bebés, limpiar la casa, etc. Pero, hoy los oficios del hogar comprenden muchas veces también otras tareas, que justamente se desarrollan en conexión con los nuevos repertorios tecnológicos o en un ambiente digital y virtual (Helen y Srnicek, 2024). Ya hemos, por ejemplo, recordado la función que muchas veces cumplen los niños, niñas y adolescentes en ayudar los padres, los abuelos, los parientes en sus procesos de alfabetización digital, necesaria en muchos aspectos de la vida familiar, social, pública, administrativa y de trabajo. Igualmente pensamos, por ejemplo, a las familias en donde uno de los padres ha emigrado a otros países, y mantiene relación con su familia

en el país de origen a través de plataformas para encuentros virtuales, como pueden ser Meet, Zoom, Skype, entre otras. En muchos casos el ‘técnico’ que se encarga de hacer posible estos encuentros virtuales entre los miembros de las familias, y que también piensa y organiza una elemental dirección, hasta estética, de estas reuniones virtuales, es un niño, una niña o un adolescente, que en este ámbito muchas veces son muchos más expertos de los adultos. De la misma manera, en tiempos de pandemia han sido incontables los casos en que a garantizar la participación virtual a distancia de los más pequeños a sus clases, por ejemplo, de primaria, han sido hermanas, o hermanos adolescentes. También son los niños y niñas un poco más grandecitos que, en muchos casos, acompañan, muchas veces sin quererlo ni programarlo, sus hermanitos menores en los procesos de adquisición de aquellas competencias blandas digitales, de las cuales ya hemos tratado. Así que hoy, cuando hablamos de niños, niñas y adolescentes que trabajan en oficios del hogar, tenemos que pensar que estos oficios han ido transformándose, complejizándose, multiplicándose, en muchos casos con conexiones directas o indirectas con los nuevos repertorios tecnológicos, con Internet, con las redes sociales etc.

Hay muchos otros ejemplos de niños que podemos considerar trabajen a través de Internet, no necesariamente de forma continuativa, recibiendo en muchos casos incentivos de diferentes índoles, incluyendo verdaderas y propias remuneraciones económicas. Por ejemplo, hay muchas empresas que abaratan enormemente los costos de investigaciones estadísticas con encuestas en línea: los niños que son utilizados como informantes para estas investigaciones pueden ganar tarjetas de regalos, dinero en efectivo o puntos que pueden canjearse por premios. La plataforma *Kids Eyes* ofrece encuestas y tareas diseñadas específicamente para niños de entre 6 y 12 años. Los niños pueden ganar puntos por completar encuestas y tareas, que pueden canjearse por premios. De la misma manera, *Panel Polls* es un conocido sitio de encuestas para niños de entre 13 y 17 años. Ofrecen encuestas relacionadas con *marketing*, productos y servicios. Los niños pueden ganar puntos por completar encuestas, que pueden canjearse por premios. Otra plataforma es *SurveySavvy Connect*, que está abierta a niños de todas las edades. Ofrece encuestas relacionadas con tecnología, comida, moda y más. Los niños pueden ganar dinero por completar encuestas.

En otro caso, tenemos niños que venden a través de Internet productos de artesanía hecha a mano. Hacer y vender artesanías propias o de pequeños grupos es una excelente opción para ganar dinero en línea por parte de los niños. Hay también un par de mercados en línea, que se centran exclusivamente en ayudar a los niños a vender sus productos artesanales. Entre estas plataformas más populares recordamos *Etsy Junior*, una sección especial de *Etsy*, dedicada a jóvenes artistas y emprendedores para que muestren y vendan sus creaciones únicas hechas a mano. *Kidpreneurs Marketplace* es otra plataforma en línea divertida y segura, diseñada específicamente para que los jóvenes artesanos inicien sus propios mini negocios, vendiendo sus artículos hechos a mano. *Hecho a mano en Amazon Kids* es una especie de rincón familiar de la sección *Handmade*, siempre de Amazon, que permite a los niños talentosos llegar a un público más amplio y vender sus increíbles artesanías.

Todo ello configura una verdadera y propia revolución copernicana de la relación entre infancia y economía (Toren y Toren 2009), superando radicalmente la idea secular de que los niños, niñas y adolescentes vivan una fase de moratoria o de latencia social (estereotipo de la privatización de la infancia), que los protege, los aleja, los preserva de los procesos económicos y de los consiguientes mecanismos de la explotación. La prepotente hegemonía de los nuevos ecosistemas tecnomediados ha sido el caballo de Troya, que ha permitido englobar definitivamente a las infancias en el territorio económico. Como dice Adam Toren (2023):

El panorama empresarial está evolucionando. Ya no es un espacio exclusivo para adultos trajeados que toman decisiones importantes en salas de juntas aún más grandes. Los niños emprendedores, mentes jóvenes llenas de ideas y ambiciones, están emergiendo como los nuevos pioneros y globalizándose. Y el mundo se está dando cuenta. A medida que la tecnología avanza y el ámbito digital se convierte en una parte integral de nuestras vidas, las fronteras se desvanecen. Esta revolución digital no sólo ha simplificado nuestras tareas diarias; ha abierto de par en par las puertas a oportunidades globales para todos, incluidos nuestros niños. Para los *Kids Preneurs*, el patio de recreo local puede ser su laboratorio de pruebas, pero el mundo puede ser su mercado. (p.1)

Se nos permita, a este propósito, una breve, pero fundamental digresión, que retoma un foco de reflexión ya tocado anteriormente. Parece, en el marco que se está perfilando, que la superación del adultocentrismo se esté dando bajo la lógica de la mercantilización capitalista, en la medida que es justamente el capital que va asumiendo a los niños, niñas y adolescentes como adultos completos, por su capacidad de manejo empresarial de las nuevas tecnologías y por su importante capacidad de consumo. En realidad, lo que está haciendo el capital es fagocitar una categoría de liberación, como lo era y lo es la lucha contra el adultocentrismo, y metabolizarla en una categoría de regulación e instrumentalización. Es, en otras palabras, una aparente y desviada superación del adultocentrismo que se traduce en un sistema de dominio de las infancias todavía más peligroso y agresivo. De todo ello ya nos alertaba Schibotto (2020), hablando de la emergencia de un protagonismo infantil “negativo o enajenado”:

Se sigue hablando de protagonismo y participación como si fueran siempre fenómenos positivos. En realidad, depende de cómo y dónde se concretiza el protagonismo, pues este último puede adquirir rasgos decididamente negativos y enajenados. Todo ello es tanto más real en una sociedad como la nuestra, en donde muchas veces se concede una participación aparente, manejada por detrás por los mecanismos mercantiles y del control político. Recordamos, entre otras formas de protagonismo enajenado, el afectivo-proteccionista, el masmediológico, el consumista y el de la aparente desviación. (p.230)

Con este discurso no queremos absolutamente restarle importancia a la todavía urgente y necesaria lucha en contra del adultocentrismo. Queremos solo invocar una más decidida colocación de esta lucha en una coyuntura histórica en la cual el sistema se apodera de lemas y valores progresistas y liberatorios, para declinarlos en función de otras lógicas, que los distorsionan y los traicionan.

Retomando ahora el discurso sobre la emergencia de nuevos perfiles de niños, niñas y adolescentes trabajadores en los ecosistemas tecnomediados, recordamos también que hay varios usuarios de temprana edad que dan clases particulares en Internet, por ejemplo enseñando una habilidad o dando clases de refuerzo en tal o cual disciplina. Hay una variedad de plataformas de tutoría en línea, que brindan oportunidades para que los estudiantes más jóvenes en-

señen sobre una amplia gama de temas. La plataforma *Tutor me*, por ejemplo, es un sitio que ofrece tutorías a pedido, donde los docentes jóvenes pueden ayudar a otros que necesitan asistencia académica y recibir un pago por sus experiencias.

Obviamente no podemos olvidarnos de los *gamers*, que en muchos casos son justamente niños, niñas y jóvenes. Los juegos en línea manifiestan una doble cara. Por un lado son instrumentos que con técnicas muy refinadas inducen a los jóvenes usuarios a gastar dinero. Entre estas técnicas recordamos que, al gastar, los jugadores pueden evitar la rutina: efectuar una compra en el juego significa evitar horas de juego monótono. El ‘dolor divertido’ (Latham, 2023) es cuando se corre el riesgo de perder algo importante, si no se realiza una compra. Mientras tanto, las ‘técnicas de ofuscación’, como las monedas del juego, hacen que sea difícil ver cuánto estás gastando realmente. Otra táctica es el uso de ‘paquetes de recompensas’, (*loot boxes*). Los jugadores compran un paquete sin saber lo que hay dentro. Podría contener un elemento que cambie el juego, pero la mayoría de las veces el premio no es más que una personalización mediocre o para avanzar a otro nivel.

Pero, los videojuegos son también otra oportunidad para ganar dinero por parte de niños, en un ámbito que hibrida juego y trabajo, motivación lúdica y motivación económica, concretando así, también en este ámbito, aquel fenómeno más general que se ha llamado la “ludificación del trabajo” (Levis, 2020; Ros, 2022; Yu-Kay, 2015; Krepy y Palermo, 2020). Esta ludificación del trabajo, entrelaza, en un inextricable enjambre, actividades de esparcimiento con actividades productivas, capitalizando el elemento lúdico en favor de una producción cognitiva sin cortes. De esta manera, se puede afirmar que:

Se hace realidad el sueño histórico del capitalismo de lanzarse al asalto de todos los ‘rincones perdidos’, aquellos espacios fuera de la mirada empresarial en los que los trabajadores y trabajadoras encuentran momentos de reapropiación de los tiempos de producción. En estos espacios de ocio institucionalizado o de la captura de los rincones perdidos, las políticas empresariales tienden a la máxima eficacia de sujeción y utilización de los saberes de los trabajadores y trabajadoras en todo momento. (Krepy y Palermo, 2020, p.p. 14-15)

Juegos como Roblox, Minecraft y Fortnite son solo algunos de los muchos conocidos, a los que los niños pueden acceder fácilmente y a los que pueden jugar. Ahí se tiene también la oportunidad de competir por premios, participando en torneos de sus videojuegos favoritos.

El mundo de los videojuegos y de los *gamers* ha sido constantemente investigado y problematizado por un muy controversial y constante debate relativo a los riesgos éticos, psicológicos, formativos, pedagógicos y hasta pediátricos que acarrea con relación a los jóvenes usuarios. Pero, como siempre, muy contadas son las reflexiones relativas a los aspectos que conciernen la explotación económica de las infancias contemporáneas. Ello es incomprensible, considerando la inimaginable potencia de los videojuegos en las cadenas de valorización del capital. El vertiginoso crecimiento de la industria de videojuegos en los últimos diez años supera a las ganancias conjuntas de la industria del cine y la música. Además, es indudable una gran oportunidad de expansión en el mercado de América Latina, aunque todavía esté muy lejos de los niveles de crecimiento en los mercados más importantes del mundo: Estados Unidos, China y, en menor escala, Japón. El total de las ganancias de la industria de videojuegos en el año 2019 fue de 152.1 mil millones USD. En América Latina, Argentina es el tercer país que más genera ganancias en la industria de los videojuegos, después de México y Brasil, ascendiendo a los 495 millones USD en 2019. En fin:

[...] esta industria refiere a un fenómeno socioeconómico y cultural de relevancia, donde al calor de nuevos lanzamientos tecnológicos y nueva incorporación de tecnologías, tales como la realidad virtual y la realidad aumentada, va proyectándose cada vez más en alza. Interesa, por tanto, analizar qué trama de relaciones se construyen desde esa profesionalización de los videojuegos, al interior de las empresas..., que cooperan con esa industria, desde el rol de la tercerización de servicios de desarrollo. Sobre todo, nos interesa problematizar cómo el trabajo y el juego tienen una complementariedad casi indisociable en este sector, utilizando la trayectoria personal y la experiencia de usuarios de los mismos sujetos, como insumos claves para pulir el proceso de producción y testeo de los videojuegos. ((Krepky y Palermo, 2020, p.p. 14-15))

Es este último aspecto el que nos interesa de manera particular, pues la utilización de “la experiencia de usuarios de los mismos sujetos como insumo claves para pulir el proceso de producción y testeo de los videojuegos”, nos dice que los niños, niñas y adolescentes *gamers*, usuarios, aficionados y en muchos casos adictos, cuando están interactuando con una consola no son solo jugadores, sino también productores, es decir contribuyen a una expansión de la plusvalía expropiada por las empresas capitalistas.

Asistimos de esta manera a una hibridación y a un ocultamiento de las especificidades del juego y del trabajo, y el juego mismo se vuelve uno de los “rincones perdidos” sitiados por la voluntad del capitalismo de someterlo todo a la lógica de la mercantilización, es decir a la lógica de la sustitución de cualquier residuo valor de uso por un ubíquo valor de intercambio, mediado por aquel símbolo de todos los símbolos, que es el dinero. (Galimberti, 2023)

Se nos permita a este punto hacer otra digresión polémica, con relación a uno de los puntos más controversiales en el debate entre abolicionismo y valoración crítica con relación al trabajo infantil. El abolicionismo desde siempre ha criticado como un escándalo absolutamente inaceptable el hecho de que niñas, niños y adolescentes trabajaran, pues el mismo trabajo lo privaba, los defraudaba de dos experiencias fundamentales, naturales de la infancia, es decir la educación y el juego. Ya en otra ocasión hemos criticado esta forma de contraposición entre el trabajo y la educación con relación a las infancias (Bernal, Schibotto, 2017; Schibotto, 2020; Cussiánovich, 2007). Con relación al juego, desde siempre considerado como la actividad típica de los niños, se ha dicho, siempre por parte de los abolicionistas, que justamente el trabajo, supuestamente privando a los niños, niñas y adolescentes de la posibilidad de jugar, prácticamente les robaba la infancia. (Ford Y Macrí, 2014) Este robo del juego, y consiguientemente la categoría de la “infancia robada” por el trabajo infantil, ha sido uno de los más importantes caballos de batalla del abolicionismo en contra del trabajo de los niños, niñas y adolescentes (OIT, 2019). Pero, hoy este argumento, que nunca tuvo real fundamentación, resulta absolutamente desubicado con relación a la coyuntura histórica que estamos viviendo, porque hoy quien junta juego y trabajo, quien hace del juego, del

tiempo y del espacio del juego una mercancía, es decir quien subordina el juego a la lógica de la ganancia, a la lógica de la potenciación y aceleración de la cadena de valorización del capital, no es tanto el trabajo infantil, sino todos los ecosistemas tecnomediados, y en particular los vídeos juegos, que, ludificando el trabajo, transforman el tiempo del juego en tiempo de producción, en este híbrido tiempo de juego-trabajo subordinado al interés mercantil de las grandes empresas capitalistas. Todo ello nos obliga a repensar sustantivamente todas estas categorías, como juego, trabajo, formación, producción, entretenimiento, espectáculo, esparcimiento, tiempos de reproducción, tiempos de cuidado, tiempos de estudio. Todos estos tiempos en la realidad de los ecosistemas tecnomediados se mezclan entre sí en un inextricable cronomestizaje, se imbrican en una suerte de permanente movimiento browniano, que todo lo fragmenta, todo lo desdibuja, todo lo desmonta y lo recompone, lo híbrida en una complejísima y muchas veces incomprensible cartografía, que todavía, sobre todo por lo que a infancias se refiere, espera sus cartógrafos que nos puedan orientar en esta tan desconocida y tan abrumadora realidad.

El listado puede continuar con aquellos niños, niñas y adolescentes que crean contenidos a través de *blogs*, video *blogs* o redes sociales, contenidos que se refieren a una amplia gama de temas, incluidos también videojuegos, moda, música, fotos y mucho más. Plataformas muy conocidas como YouTube, TikTok o Instagram se alimentan en muchos casos de contenidos ideados, creados y producidos por niños, niñas y adolescentes, ofreciendo distintos tipos de incentivos, premios y, aunque solo en encontrados casos, también remuneraciones en dinero. También tenemos concursos y competiciones realizadas a través de Internet, en las cuales hay muchas oportunidades de ganar dinero y premios. Los niños pueden participar en una variedad de eventos y torneos, que se adaptan a sus edades. El arte, la escritura, la fotografía, los juegos, son categorías comunes de los concursos más populares. Recordamos, entre las distintas y varias plataformas que a eso se dedican, *Chesskid*, *Mathletics Brain Chase*. Esta última es una emocionante plataforma de búsqueda del tesoro en línea, que anima a los niños de seis a dieciséis años a participar en desafíos y concursos educativos con la posibilidad de ganar premios en efectivo y becas. Como podemos apreciar, el pluriverso de las posibilidades de trabajar en línea es muy variado y muy complejo y, como habíamos re-

cordado antes, va seguramente reconfigurando el panorama del mundo del trabajo infantil. Es evidente que si en algún caso los niños niñas y adolescentes reciben algún tipo de remuneración, aunque no siempre en dinero, de toda manera estos ‘trabajadores internautas infantiles’ producen más riqueza de la que se les devuelve, pues detrás de todo este universo del mundo del trabajo infantil digital están empresas capitalistas, movidas como siempre por el interés económico, por la sed de ganancia, por la necesidad de acelerar las tradicionales cadenas de valorización de capital o de poner en marcha nuevos mecanismos de producción de plusvalías. En muchos casos son nuevos mecanismos en los cuales los niños adquieren una importancia fundamental. Sobre todo esto todavía se sabe muy poco y el debate es prácticamente mudo. Por ello que resulta sumamente importante direccionar sobre este mundo del trabajo infantil en línea proyectos investigativos capaces de develar la verdadera naturaleza de estos ocultos dispositivos de explotación económica de las infancias contemporáneas.

Otro fenómeno sumamente interesante es el trabajo del ‘farmeo’, que en muchos casos viene asumido justamente por niños, niñas y adolescentes. El farmear es una de las actividades más presentes en los videojuegos. En la actualidad se trata de un factor presente en todo tipo de títulos de videojuegos. Desde *Animal Crossing*, pasando por otros como *World of Warcraft*, *Tibia* o *RuneScape*. Se trata de juegos multijugador, que en algunos casos han llegado a superar los 10 millones de contendientes registrados en todo el mundo.

Pero, ¿de dónde viene exactamente la palabra farmear? ¿Qué significa cuando la escuchamos con relación a un videojuego? ‘Farmear’ proviene de la palabra inglesa *farm* o *farming*, cuya traducción se puede entender por ‘granja’ o ‘granjear’. No obstante, y aunque este sea su significado literal, poco o nada tiene que ver con lo que realmente supone esta acción cuando la llevamos a cabo en un videojuego. De hecho, el concepto de farmear hace alusión a la acción de recolectar materiales u objetos a través de eliminar enemigos o bien recoger aquello que necesitamos de plantas, alimentos, objetos, monedas virtuales, etc.

En efecto, recoger esas plantas o frutas de tu isla virtual es farmear. En otros juegos como por ejemplo *Dragon Quest*, esta acción generalmente está ligada

a actividades rutinarias, mecánicas y aburridas, y pueden tomar mucho tiempo. Pero son actividades necesarias para poder acceder a los niveles superiores del juego. (Vaz y Morla, 2023).

Ahora, sucede que justamente el farreo se ha vuelto en muchos casos un verdadero y propio trabajo, o si se quiere una suerte de estrategia de sobrevivencia para muchos niños y adolescentes que viven condiciones de pobreza, y que a través de esta actividad ganan un sustento diario para sí y para ayudar en familia. Recientemente esto se ha difundido mucho en países como, por ejemplo, Venezuela y otros que atraviesan crisis o dificultades económicas.

Como se puede apreciar, están emergiendo nuevos perfiles de niños, niñas y adolescentes trabajadores y estos ejemplos tal vez sean solamente unos pocos de los muchos que se podrían hacer. De hecho, todo este fenómeno está todavía muy escondido y poco estudiado. A veces sale como noticia de crónica, pero faltan investigaciones y estudios más en profundidad.

Consideraciones finales

Reflexionar hoy sobre los nuevos repertorios tecnológicos, en particular sobre Internet, las redes sociales y los videojuegos, es moverse en el meollo mismo de lo que se ha convenido llamar la “posmodernidad” (Ballesteros, 2000; Lyotard, 2008; Canclini, 1990), pues es indudable que la Red nunca ha sido solamente una tecnología, sino, como muchas veces hemos dicho, un ecosistema tecnomediado, es decir una tecnología que construye un mundo, una coyuntura histórica, un horizonte de realidad que habitamos y que nos habita. Internet permea nuestras vidas de forma capilar, desde la mañana hasta la noche, nos sigue y nos persigue en cualquier lugar. Está tan incrustada en nuestra cotidianidad que casi no somos conscientes de ello: simplemente existe. En este sentido, hay un extenso y muy peligroso proceso de banalización con relación a estos repertorios tecnológicos. Estamos tan acostumbrados a esta hibridación de Internet con nuestras vidas, con nuestras experiencias, con

nuestras vivencias que paulatinamente perdemos conciencia de ello y dejamos de problematizar el fenómeno. A ello se agrega, como contracara de una alfabetización superficialmente operativa, el analfabetismo profundo de la mayor parte de nosotros, que no estamos en condición, por ejemplo, de describir la infraestructura de Internet o de sus componentes, *server*, dominios, protocolos, lenguajes. El motivo de este analfabetismo difuso resulta perfectamente comprensible: ¿a qué sirve que nos interrogamos sobre el funcionamiento de algo que simplemente funciona y funciona bien?

Por ello es sumamente importante y urgente volver a despertar, como afirmaba Rufino (2019) nuestro “guerrillero epistémico” interior, es decir volver a re-problematizarlo todo, pues este buen funcionamiento técnico de la gran maquinaria constituida por los nuevos repertorios tecnológicos no es un buen funcionamiento ético, ni humano, ni social, ni político.

Volvemos a repetir unas reflexiones de fundamental importancia. Originalmente Internet apareció como la posibilidad de una profunda y radical democratización de los saberes y de las relaciones humanas. Se abría la posibilidad de que todas y todos pudiéramos expresarnos, confrontarnos, compartir y negociar informaciones, saberes experiencias, sin limitaciones ni físicas, ni territoriales, ni temporales, ni de estatus social. Casi se podría decir que Internet parecía poder concretar el sueño de Rousseau (2016) sobre la democracia directa de los ciudadanos o de la “democracia de alta intensidad” de Boaventura de Sousa Santos (2010). Pero, en los últimos treinta años este sueño, esta utopía ha sido brutalmente distorsionada por parte del capitalismo contemporáneo, que se ha apropiado de Internet, de las redes sociales, de todos los nuevos repertorios tecnológicos, con la intencionalidad de ocuparlos, de colonizarlos y de someterlos a la lógica de la producción y apropiación privada de la plusvalía. Como nos recuerda Bassan (2024), en las últimas décadas:

[...] la red ha sido maltratada, abusada, utilizada para finalidades diferentes de aquellas por las cuales había sido creada. Su premisa originaria, aquella de un espacio virtual de liberación, democracia y agregación, ha sido traicionada. El nacimiento de grandes monopolios tecnológicos ha profundamente transformado la estructura de Internet, creando nuevos centros de poderes centralizados y polarizando el de-

bate público; la injerencia autocrática de empresas y gobiernos la ha fragmentado, creando murallas de acceso y desigualdades digitales, y la difusión de modelos de *business* basados sobre datificación y control, ha deshumanizado el rol de las personas en Internet, aislándolas e impidiendo a ellas de movilizarse colectivamente... (p.7)

En este mismo sentido, podemos decir que la progresiva privatización de Internet ha caminado de la mano de su progresiva mercantilización y de su progresiva captura por parte de las cadenas de valorización del capital. Sobre esta transformación de Internet, de las redes sociales, de los videojuegos, de las plataformas se ha acumulado un debate crítico muy controversial que, aunque con persistentes vacíos, ha logrado elaborar importantísimas categorías críticas, sobre todo con relación a las formas en qué el capital explota las actividades de los usuarios en de un proceso de producción de riqueza y de apropiación de ella.

Pero ¡faltan las infancias! Faltan no tanto en el general y genérico debate sobre los nuevos ecosistemas tecnomediados, sino que faltan específicamente en el debate económico sobre estos nuevos sistemas tecnomediados como mecanismo de explotación y de apropiación de plusvalía.

Esta ausencia es el reflejo de un persistente y muy peligroso adultocentrismo, que se traduce en una suerte de ceguera epistémica y que no logra ver como los niños, niñas y adolescentes, al igual que los adultos, las mujeres, los ancianos son explotados económicamente por parte de estos nuevos repertorios tecnológicos, que a su vez son manejados e instrumentalizados por la lógica y el exclusivo beneficio económico del capitalismo contemporáneo. Por ello que es como nunca urgente aperturar nuevamente el campo de observación, y colocar en este campo de observación también a las infancias, en cuanto expuestas a estos mecanismos de explotación, que se concretan en los nuevos repertorios tecnológicos. El debate económico histórico-crítico, con relación al desborde de la explotación en el territorio de los ecosistemas tecnomediados, tiene que superar su mirada adultocéntrica y volver a conectarse con las infancias explotadas como sujeto de investigación y de estudio.

En la construcción de este inédito campo de observación sobre las infancias contemporáneas, será sumamente importante y políticamente vital asumir un

ángulo de mirada que sepa sí denunciar con extrema radicalidad estas nuevas formas de explotación, pero al mismo tiempo pueda interceptar las formas de resistencia, de contraste, de lucha, que van brotando desde las mismas infancias y sus más representativas organizaciones.

Hemos visto, en este capítulo, como los nuevos repertorios tecnológicos representan seguramente un mecanismo de explotación y también de vulnerabilidad amenazante para las infancias actuales, explotación y vulnerabilidad que seguramente hay que tomar en cuenta con preocupada seriedad, no rechazando de antemano el reclamo de un surplus de protección, a través también de nuevos institutos jurídicos y legislaciones coactivas contra el desborde de la lógica de la ganancia por parte de las corporaciones. La potencia de la explotación que entrañan las nuevas tecnologías es abrumadora y hay razones para preocuparse de ella, pues ha cobrado y sigue cobrando muchas víctimas, en el plano económico y en general en el plano del bienestar de la niñez. Repetimos que no se trata de restarle importancia a todo esto.

Sin embargo, sería, a su vez, peligrosa una lectura de esta nueva realidad, que viven las infancias, completamente sesgada por el grito de alarma sobre los peligros explotadores representados por estos nuevos repertorios tecnológicos, en cuanto instrumentos al servicio del capitalismo contemporáneo. Es necesario, en este sentido, evitar asumir una perspectiva fatalista y determinista, como si este fenómeno de las nuevas tecnologías fuera una realidad por sí, y no un complejo fenómeno que se constituye en la relación con sujetos que esta misma realidad interpretan, elaboran, resignifican, y que con esta misma lealtad también confligen, configurando sus luchas de liberación y sus proyectos alternativos. En esta dirección el papel histórico lo deben jugar en particular las organizaciones autónomas de las mismas infancias, en particular las organizaciones de los niños, niñas y adolescentes trabajadores. El fuerte grito de alerta contra el desborde de la explotación, también a través de los nuevos repertorios tecnológicos, no quiere en lo absoluto constituir el piso para la reconstitución de un imaginario que desvalore las infancias como grupo totalmente indefenso, incompetente, inerme, incapaz de reaccionar frente a los riesgos que vienen del sistema dominante. Indagando y denunciando las nuevas formas de explotación, hay también que detectar, valorar y promo-

ver las nuevas formas de agenciamiento, y empoderamiento que las mismas infancias perfilan de cara a las experiencias explotadoras que se dan en los ecosistemas tecnomediados.

Los niños, niñas y adolescentes no son simple usuarios pasivos de las nuevas tecnologías, es decir no son seres totalmente indefensos y expuestos a los acechos de estas nuevas tecnologías, mero receptores de todo lo que se les pretende imponer mediante un celular, una tableta, las redes sociales o una Smart TV. Por el contrario opinamos que habría que indagar en profundidad como estos niños, niñas y adolescentes, frente a este fenómeno que constituye ya su privilegiado marco experiencial y vivencial, van construyendo oposiciones a los mecanismos de explotación económica, van construyendo saberes propios, caminos de apropiación crítica, tácticas y estrategias de afrontamiento de los mecanismos explotadores, recursos generativos de defensas, alfabetos interpretativos en fin el perfil, seguramente todavía borroso e in fieri de una emergente subjetividad antagónica de las infancias, en busca de un nuevo empoderamiento y de una nueva dignidad frente a las nuevas tecnologías.

**Las infancias contemporáneas en el
vértigo de la bulimia consumista: la infinita
multiplicación de los deseos como nueva
forma de explotación económica**

Y mientras las corporaciones se vuelven una de las fuerzas dominantes (y tal vez la fuerza dominante) en la vida de los niños y padres, aquella perspectiva miope y las prácticas que ella inspira, definen siempre más los que nosotros como sociedad pensamos de la infancia y el modo en que actuamos con relación a ella. Nuestras aspiraciones a manifestar la importancia de la infancia - el cuidado, la nutrición, la protección, el sustento, la promoción - terminan por ser marginalizadas por parte de estrategias pensadas para maximizar el valor económico de la infancia.

~ Joel Bakan ~

La dificultad con este tipo de acercamientos teóricos, sin demeritar el acumulado de conocimiento que se ha producido desde la segunda mitad del siglo XX, es que se ha construido el problema a partir de una lectura binaria, polarizada y limitada para entender el consumo infantil. La discusión se ha reducido a un conjunto de representaciones binarias y opuestas sobre la infancia y el mercado: infancia sagrada/mercado profano; niño trabajador/ niño consumidor; niño como ser/ niño como devenir; niño protegido/ niño globalizado; niño como consumidor empoderado y conocedor/ niño explotado y sin conocimiento sobre el mercado; niño socializado/ niño autónomo. Estas dicotomías simplistas, además de hacer que la discusión sea infértil, no reconocen las paradojas y la mayor complejidad sobre las relaciones entre los niños y el mundo económico y del consumo.

~ Diana Marcela Aristizábal García ~

Introducción

El fenómeno de las infancias contemporáneas inmersas integralmente en el hiperconsumismo, característico de la sociedad capitalista de hoy, ha acumulado a la fecha un sinnúmero de estudios, investigaciones, ensayos, artículos, textos, panfletos, dando vida a un articulado debate tanto teórico, así como empírico e investigativo. Se trata, por supuesto, de un debate sumamente controversial, polémico y hasta conflictivo, que se mueve todavía dentro muchas incertidumbres, antinomias y, tal vez, trampas epistémicas. Una muy bien equilibrada, articulada y exhaustiva sinopsis de este debate se puede encontrar en un interesante e importante capítulo de Diana Marcela Aristizábal García (2020), titulado: “El carácter material de la infancia: perspectivas teóricas para el estudio del consumo infantil”. En este capítulo la autora aclara con fuerza que, en el marco de la contemporaneidad, no es posible entender las infancias sin hacer referencia al fenómeno del consumo, pues, en sus propias palabras:

[...] el consumo se convierte en una instancia fundamental para comprender muchos aspectos de la infancia moderna y contemporánea: las construcciones históricas, políticas y académicas sobre qué es la infancia, cómo debería entenderse y tratarse, los debates sobre los roles que deben desempeñar los niños en las sociedades, los cruces entre las prácticas de consumo, con variables como el género, la clase y las relaciones intergeneracionales, los roles de instituciones como la familia, la escuela, los medios de comunicación, entre muchos otros. (Aristizábal García, 2020, p.p. 183-184)

En otras palabras es necesario entender que el consumo es un fenómeno y una categoría analítica ubicua y transversal a todos aspectos, momentos y dimensiones de la existencia individual y social de los niños, niñas y adolescentes en el mundo de hoy, y configura lo que, sin duda, podemos llamar un nuevo estatuto y un nuevo posicionamiento social de las infancias mismas.

Siempre en este mismo texto, la autora individúa tres enfoques fundamentales que han abordado, desde distintos ángulos de mirada, la relación entre infancia, mercado y consumo. En primer lugar encontramos una perspectiva

teórica que, tal vez, se pueda considerar la más tradicional. Se trata de aquella interpretación que, heredera de algunos postulados de la Escuela de Frankfurt, insiste sobre todo en analizar y denunciar los efectos negativos que el consumo, y en particular el hiperconsumo, produce en la infancia, llegando perfilar una suerte de “comercialización de la infancia” y hasta una suerte de “muerte de la infancia”, según las célebres expresiones de Postman (1988). Esta perspectiva es asumida por autores como Klein (2001); Linn (2004); Schor (2003), quien perfila un proceso de “comodificación de la infancia”, es decir la tendencia, ya fuertemente hegemónica, de tratar los niños, niñas y adolescentes como una simple mercancía o darles un valor puramente monetario; Palmer (2006), quien nos habla de un proceso de configuración, por parte del consumismo, de una “niñez tóxica”; Bakan (2012), entre otros. Para estos autores, “son los medios los responsables de promover la violencia, los hábitos de consumo de drogas y alcohol, los estereotipos de géneros y las ansias insaciables de consumo material en los niños” (Aristizábal García, 2020, p. 187). Las categorías de consumismo y de hiperconsumismo son las que mejor describen este enfoque, en base al cual el consumo mismo, la mercantilización consumista de las infancias, el desaforado desborde infinitamente repetitivo del deseo de productos materiales, son vistos fundamentalmente como un ataque a los valores de la familia, de la espiritualidad humanista y de aquella que, en muchos casos, se ha llamado y se sigue llamando la condición sagrada de la infancia. Como nos advierte Bakan (2012), se está configurando un nuevo currículum de la infancia, centrado ya no en el juego, la escuela, la familia, las afectividades, sino en el panóptico consumista:

Dependencia, violencia, mediática, sexualización, hiperconsumismo y productos dañinos a la salud son los argumentos principales del nuevo ‘currículum de la infancia’. Para los inventores de este currículum, funcionarios y representantes de las corporaciones, que han adquirido posiciones de poder y de influencia sin precedentes con relación a los niños y a la infancia en el transcurso de los últimos cincuenta años, la ganancia es el único objetivo legítimo. Desde esta perspectiva interesada, la vulnerabilidad del niño - emociones frágiles y turbulentas, intelecto en formación y ausencia de malicia - son blancos para la facilidad de explotación. (p.86)

El segundo enfoque teórico reinterpreta el modelo del desarrollo evolutivo por etapas propio de Jean Piaget (2018), aplicándolo justamente al fenómeno del consumo. Cuando nace, el niño es una *tabula rasa*, un contenedor vacío y no podemos pensarlo como un verdadero consumidor. Es a través de diferentes etapas de desarrollo que se va paulatinamente formando en términos de modalidades selectivas, de construcción de deseos, de capacidad de orientarse en las diferentes opciones del mercado, hasta volverse en la edad adulta un verdadero y propio consumidor, adecuado a las necesidades del mercado de consumo contemporáneo (Valkenburg y Cantor, 2001)). Es, fundamentalmente, una reafirmación del estereotipo anticipatorio, el cual hace tiempo fue denunciado por Qvortrup (1993), y que muy recientemente ha sido agudamente criticado por Morales y Martínez Muñoz (2024). Según este estereotipo, la infancia es simplemente una fase de preparación, en este caso de preparación para el mercado. Otra vez, también con relación al consumo, se concibe al niño como un ser presocial y a la infancia como una suerte de estado natural, por lo que la socialización del consumo se comprende como un proceso en el cual el niño es un aprendiz, el receptor pasivo y sin conocimiento ni experiencias previas, en últimas, un simple receptáculo de la información experta de los adultos.

Finalmente, una tercera línea de interpretación son los trabajos que toman como base conceptual las nociones de agencia y empoderamiento. Este enfoque es promovido sobre todo por los estudios culturales, los estudios feministas y la Nueva Sociología de la infancia. Esta perspectiva recupera y valora el rol activo que las infancias asumen en el contexto del consumo y también del hiperconsumo, y llega a afirmar que los niños son seres “empoderados en el entorno comercial y que el mercado responde a las necesidades y deseos de los niños que se habían ignorado o marginado en gran medida” (Aristizábal García, 2020, p.192). El niño aparece, a este nivel, como un ser, un consumidor soberano, una figura de autoridad, un ser crítico, exigente, sofisticado. autónomo y creativo, que participa activamente en el mundo comercial y que es capaz de controvertir, desafiar y transgredir las normas del mercado. A diferencia de la imagen del niño como inocente, vulnerable, pasivamente socializado por la fuerzas externas, se celebra la autonomía, la competencia y la agencia infantil, hasta el punto que el mundo del consumo se convierte en un espacio libertario de explosión de creatividad y de empoderamiento, que

ayuda a los niños a encontrar sus voces, a construir su autoestima y a definir sus identidades. Es evidente que en esta perspectiva hay una potencialmente disruptiva línea de tensión: por un lado se celebra y se valora un nuevo campo de ejercicio activo y protagónico de las infancias como sujetos; pero, por otro lado, se olvida que el territorio de esta neoactoría social de las infancias no solo es prepotentemente dominado por fuerzas decididamente hostiles a la libre y creativa autodeterminación de las subjetividades sociales, sino que constitutivamente configura un escenario de radical mercantilización, que todo lo subordina a la lógica de la ganancia y del dinero.

Hemos someramente indicado estas tres perspectivas teóricas para insistir sobre la extrema complejidad y el carácter muy controversial del debate sobre el fenómeno del consumismo relacionado con las infancias contemporáneas. Este debate ondea entre una visión totalmente pesimista, que denuncia y, tal vez, sobreestima los peligros, los riesgos y los efectos negativos del consumismo, y una visión, tal vez excesivamente optimista, que en el mundo del consumo ve casi la realización de fenómenos participativos de empoderamiento y de protagonismo crítico de las mismas infancias. Esta introductoria y sumamente rápida síntesis de los interrogantes sobre los niños, niñas y adolescentes como consumidores en el mundo de la contemporaneidad, era necesaria para poder colocarnos en nuestro campo de observación y orientarnos, aunque de forma solamente previa y muy escueta, en la cartografía de las reflexiones, de las voces críticas, en fin, del saber acumulado hasta ahora.

Pero nuestro interés, nuestro interrogante fundamental, nuestra inquietud epistémica es otra, pues la pregunta desde la cual nos movemos es, una vez más, la misma que nos ha acompañado en todos los textos de este libro: “¿Puede el consumo entenderse como una forma de explotación, que configura una expropiación de riqueza? Y por ende, ¿si hablamos de hiperconsumo podemos hablar también de sobreexplotación, justamente a través del consumo? Y finalmente, ¿si los niños están inmersos, de una u otra forma, en este fenómeno del consumo, son por este mismo hecho agredidos y subsumidos integralmente y radicalmente por estos mecanismos de sobreexplotación, que pasan justamente por el fenómeno del consumo? Estas son las preguntas a las que intentaremos dar una primera respuesta en este capítulo, una respuesta por

supuesto no concluyente, pero, esperamos, capaz de ofrecer elementos de reflexión y orientación específicas sobre cómo la explotación contemporánea de las infancias desborde en un mundo en el cual niños, niñas y adolescentes son consumidores, en el contexto de una coyuntura histórica marcada por el pase de un “capitalismo de producción” (Jesús Ibáñez , 2014) a un “capitalismo de consumo”. (Antonio Caro Almela (2002)

La infancia como construcción social en la actual coyuntura histórica, estructurada alrededor de la triada mercado, consumo y nuevos repertorios tecnológicos

Hoy en día ya se ha instalado un consenso, aunque con varias e importantes matices, sobre el hecho de que la infancia, aunque no pueda desprenderse de algunos elementos biológicos, sin embargo es en gran medida el resultado de un proceso de construcción social, históricamente determinado, que perfila para la niñez específicas formas de ser y de ser reconocida, ámbitos de maniobra, regulaciones, espacios de libre movimiento o espacios de limitación y de control, modalidades relacionales, intra y transgeneracionales, posicionamientos sociales, dependencias y autonomías, interacción dialéctica entre los recursos y las resistencias del contexto y los recursos y las resistencias de las subjetividades infantiles. Es por ello que se puede decir que la categoría ‘infancia’ no tiene vida propia en la esfera de una abstracta especulación idealista, sino que esta vida propia la encuentra en su inmersión y conjugación, mutuamente reactiva, con una específica coyuntura histórica. No se trata con ello de proponer una vez más un enfoque epistémico brutaemente moldeado sobre los dictámenes de un superficial, aporético y postizo constructivismo, como bien evidencia Iván Rodríguez Pascual (2007) en varios de sus textos. Se trata, más sencillamente, de no olvidar nunca el carácter históricamente determinado que tiene que asumir cualquier proceso de construcción de conocimiento sobre la niñez, pues podríamos finalmente afirmar que la infan-

cia, más que un conglomerado, una suma, casi diríamos un almacenamiento de un grupo poblacional, es el lugar social donde viven los niños.

Ahora, construir una detallada y consensuada cartografía de la territorialidad histórica que se ha venido configurando con la postmodernidad, es prácticamente imposible y nos llevaría a una infinita serie de laberínticas bifurcaciones fractales, en las cuales perderíamos el rumbo de nuestra argumentación. Por ello, cartesianamente, queremos anclarnos frente a algo que no podemos poner en duda, pues tiene una evidencia empírica, fáctica, contundente y resistente a cualquier prudente epouqué deconstructivista. Este piso sólido es la presencia dominante en nuestra sociedad, la hegemonía, el imperio, la endémica presencia de un hiperconsumismo desaforado, omnívoro, que se ha constituido como régimen existencial, valorial, temporal, emocional, constituyente de subjetividades, fragmentador de colectividades, desbordante e ubíquo, extremadamente refinado en sus tácticas y estrategias de captura y de reconfiguración instrumental de la energía deseante de la humanidad; en fin, un insaciable fagocitador de todo valor de uso, digerido y metabolizado como valor de intercambio. Opinamos no sea demasiado radical esta tarjeta de presentación del hiperconsumismo contemporáneo, pues, como dice Bauman (2007):

La 'sociedad de consumidores' implica un tipo de sociedad que promueve, alienta o refuerza la elección de un estilo y una estrategia de vida consumista, y que desaprueba toda opción cultural alternativa; una sociedad en la cual amoldarse a los preceptos de la cultura del consumo y ceñirse estrictamente a ellos es, a todos los efectos prácticos, la única elección unánimemente aprobada: una opción viable y por lo tanto plausible, y un requisito de pertenencia. (p.78)

Recordamos, por otro lado, las palabras proféticas de Walter Benjamin, que comparaba el entonces naciente consumismo a un verdadero y propio sustituto de la religión como opio de los pueblos. Walter Benjamín, efectivamente, sostiene que el capitalismo “da satisfacción a las mismas preocupaciones, penas e inquietudes” (Benjamin, 1985, pág. 14) a las que responde la religión, de tal forma que el capitalismo se vuelve una teología. Esta idea del capitalismo como religión cobra relevancia en la actualidad, a través del verdadero y propio culto a la mercancía, por el cual “se crea un marco en el que su valor

de uso retrocede” (Benjamin, 1985, p. 17), hasta desaparecer completamente, dando paso al consumismo como un hecho global, que influye en las prácticas sociales, identificaciones y ensoñaciones de los individuos.

Si el consumismo y el hiperconsumismo indudablemente constituyen uno de los ejes que vertebran la actual coyuntura histórica, es igualmente indudable, una verdadera y propia evidencia: las infancias están inmersas, sin reparos y sin limitaciones, en este contexto, que viene a constituir una nueva e insoslayable sinopsis existencial, experiencial, interrelacional y de los procesos de construcción de su forma de estar en el mundo.

El rostro visible del nexo entre infancias y consumo: una relación concreta y tangible con las “cosas” del mercado

En este contexto, no cabe duda que el fenómeno contemporáneo del hiperconsumismo absorbe cotidianamente, continuamente y prepotentemente a las infancias de todo el mundo, por supuesto declinando esta subsunción consumista en relación a un sinnúmero de variables, referentes a los distintos contextos geográficos y culturales, de estratificación social, de grupos etarios, de género, de identidad étnica, entre muchos otros. El así llamado *marketing infantil* (Tur Viñes y Ramos Soler, 2008; Brée, 2007) es visible de forma muy concreta y tangible, en el más amplio y vasto escenario de la mercantilización contemporánea de la entera vida social, grupal y personal de los distintos grupos poblacionales. Dejamos, por ahora, de lado la ya recordada *vexata quaestio* de que si el niño es un consumidor totalmente pasivo frente a las sutiles estrategias del mercadeo, o si, por el contrario, se pone como expresión de una subjetividad interactuante, crítica y hasta empoderada frente a estas estrategias. Por el momento nos interesa registrar un hecho muy sencillo, y es que la experiencia de vida de los niños, niñas y adolescentes en el mundo de hoy es permeada de actos de consumo, actos que, de una u otra forma, es-

estructuran la experiencia de las infancias contemporáneas, afectan el proceso de formación de su identidad, inciden significativamente en las dinámicas de formación de las subjetividades infantiles. Dicho de forma más sencilla, pero al mismo tiempo más contundente, hoy no se puede obviar el hecho que el niño es esencialmente un consumidor.

Hay que aclarar que el niño puede ser un consumidor en distintos niveles. En primer lugar, el niño consume objetos que son destinados a él, pero que pasan por la exclusiva decisión del adulto. Pensamos en todo el gran mercado de los objetos destinados a la primera infancia. En este caso son justamente los adultos quienes toman decisiones sobre las cosas que los niños van a consumir, y si esta es indudablemente una forma casi exclusiva de participación al consumismo por parte de las infancias en las edades más tempranas, no desaparece sucesivamente, no solo en la familia, sino también en la escuela y en otros contextos sociales, aunque asumiendo espacios siempre más residuales.

Una segunda forma en que el niño resulta ser muy importante en el mundo del consumo se presenta cuando, creciendo, pero todavía no disponiendo de recursos propios, ejerce su influencia sobre las orientaciones y decisiones de consumo de su entorno, trátase sobre todo de familia o de parientes, o también de grupos de pares. Son siempre más los estudios que se interesan de este poder de influencia de los niños, niñas y adolescentes (Acosta, Ilich, Miglio y Raygada, s.f. ; Bermejo Aceituno, 1994) y siempre más fuerte es, en este sentido, el interés que las marcas tienen en elaborar específicas estrategias de captura de los intereses y de las fidelidades infantiles. De hecho, la creciente relevancia del público infantil como prescriptor de consumo ha puesto a los más pequeños en el punto de mira de muchos estudios de mercado. Los niños de hoy en día conocen perfectamente las modas y las marcas, y llegan a ser parte esencial a la hora de decidir cuestiones sobre las vacaciones o el tipo de automóvil familiar. Su contacto con los nuevos medios (Internet y teléfonos móviles) les permite manejar más información que los niños de generaciones no muy lejanas. Todo ello los convierte en un público objetivo cada vez más presente en la mente de los profesionales del *marketing*. Esta capacidad de influencia de los niños, niñas y adolescentes en las decisiones de consumo, sobre todo familiares, es lo que Buckingham 2013 llama el “poder del incordio”, en su obra, titulada “La infancia materialista. Crecer en la cultura consumista”.

Finalmente, en la medida en que va creciendo y ya disponiendo de recursos propios, el niño se vuelve consumidor directo, con capacidad de tomar decisiones propias e independientes. (De Castro, 2001; Lázaro, 2005; Liébana Checa, Real Martínez y Gutiérrez Urquiza (2014).

A un nivel empírico y descriptivo, el fenómeno del consumo infantil es tal vez una de las expresiones más contundentes, ubicua, capilarmente difusa y, diríamos, emblemática de la sociedad contemporánea, al punto que, como muchos autores señalan, es a través del consumo que se configura hoy un nuevo posicionamiento social de las infancias. (Brée, 2003).

Si consideramos el gran universo del hiperconsumo no hay rincón de este universo en el cual no estén presentes los niños. Ya hace muchos años la gran maquinaria de la explotación y de la acelerada valoración del capital intuyó con claridad que la infancia era un segmento poblacional destinado a reservar jugosas, y potencialmente sin límites, ganancias para las empresas. Desde entonces, hemos asistido no solamente a una expansión cuantitativa del consumo infantil, sino al configurarse de un nicho fundamental de construcción de tácticas y estrategias de captura de los consumidores infantiles. Entre estas estrategias, recordaremos, muy someramente, las del *pestering power*, del *trans toying*, del *advergaming* y del *edutainment* (Schor, 2004). El *pestering power* es la reacción de los niños de entre 4 y 6 años que, después de ser bombardeados con mensajes de *marketing*, se sienten fuertemente atraídos por un producto y lo piden hasta vencer toda resistencia de los padres (Jerick Jassir, 2020). Su intención, y la de las empresas de publicidad, es protagonizar una suerte de espectáculo, que gane sobre la firmeza de los padres y que estos, agotados por esta insistencia, finalmente compren el producto que el pequeño desea. Puede ser, en este caso, sumamente interesante observar que se trata de una suerte de empoderamiento tóxico de las infancias, pues asistimos, paradójicamente, a la reconversión pragmática y valorial del lema del protagonismo infantil, que muchas organizaciones de niños justamente celebran como antídoto capaz de oponerse al adultocentrismo. Se trata de una muy peligrosa reconversión semántica de la palabra “protagonismo”, que una vez más corre el riesgo de ser subsumida dentro una lógica integralmente mercantil.

La misma colonización por parte de la maquinaria del mercadeo se da en el territorio del juego. La estrategia de impulsar al consumo los chicos y las chicas, instrumentalizando el atractivo lúdico (Tur Viñes y Ramos Soler, 2008) es conocida como *trans toying*, y se encarga de expandir los procesos de inducción al consumo infantil compulsivo, a través de una ludificación de los productos mismos destinados a la niñez. Se trata de una estrategia de fascinación de los niños, en cuanto transforma cualquier producto en juguete. Es un fenómeno evidente sobre todo en los supermercados, pues casi todos los productos destinados a los niños pueden presentarse en forma de juguete, por ejemplo en productos para la higiene como los cepillos de dientes en formas de animalitos, en contenedores de champú en formas de princesas de los dibujos animados, o en mochilitas en forma de peluche, y hasta en la comida, galletas o croquetas de pollo.

Por otro lado, la palabra *advergaming* indica la unión entre juegos y publicidad (Veloz Arce y Sancan Lapo, 2017). En efecto, se trata de juegos y/o videojuegos que podríamos llamar brandeados, es decir que vehiculan un mensaje promocional de un determinado *brand* o marca de productos. Con esta conexión entre juego y publicidad, no solamente se trata de vender puntualmente unos cuantos productos, sino de crear una relación estable entre el niño y un determinado *brand*, una determinada marca, configurando una suerte de infancia brandeada, a través de un proceso de fidelización o de construcción de una *brand identity* (Diehl, 2017). También en este caso asistimos preocupados al desborde de un proceso de asimilación semántica de palabras, lemas y categorías de fuerte conotatividad humanista, por parte de una intencionalidad y, casi diríamos, de una teleología, toda orientada a potenciar los procesos de valorización y acumulación del capital. Esta torsión mercantil que acecha hoy todo el gran tema de la identidad, en este caso de la identidad infantil, es un claro ejemplo de como justamente el hiperconsumo se configura hoy como un territorio fundamental de disputa política entre diferentes modelos civilizatorios.

Y lo mismo podemos decir de la apropiación, por parte de una lógica mercantil y consumista, de la categoría de *edutainment*. Se trata, en este caso, de la propuesta de no entender la educación como algo pesado y aburrido, sino

de hacerla divertida y entretenida. Esta ha sido, y sigue siendo en sus propios ámbitos, una idea potentemente innovadora y progresista, que se remonta a la misma Montessori y nos conduce hasta la “pedagogía de la ternura” de Alejandro Cussíanovich (2004). Pero, hoy todo ello se está transformando en una práctica de mercadeo, estrategia de venta que combina elementos educativos y de entretenimiento en sus contenidos, para atraer y comprometer a sus clientes actuales o potenciales, en estos casos a los niños, niñas y adolescentes. La clave aquí es que las marcas deben enfocarse en equilibrar la información educativa e informativa con el mensaje publicitario, para que el contenido brindado sea agradable y entretenido.

En este vasto diseño de absorción del mundo infantil en el mundo del consumo, han cooperado no solo publicitarios o expertos de *marketing*, sino también psicólogos, sociólogos, manipuladores del *Big Data*, técnicos de los algoritmos cibernéticos y de la Inteligencia Artificial, y hasta médicos, peditras, farmacéuticos, entre muchos otros. Esta auténtica servidumbre de parte consistente de varias disciplinas, supuestamente científicas, a los dictámenes de los procesos de valorización del capital con relación a las infancias, ha sido una de las más prepotentes y vergonzosas subordinaciones de los saberes científicos a las necesidades económicas de las nuevas formas de explotación que acechan a las infancias. Esta subordinación es tan extensa e intensa, tan dura, tan insensible éticamente, que tal vez podemos decir que sea segunda solo a la servidumbre de la ciencia a las necesidades capitalistas de mantener activo el ciclo de producción y destrucción a través de la guerra. Como dice el ya recordado Backham (2012), todo esto ha representado una ruptura radical del pacto de la modernidad sobre los derechos, la protección y promoción de las infancias. Los niños, las niñas y adolescentes de hoy, más allá de estas siempre más efímeras e influyentes formas de amparo y de promoción de las infancias, ofrecidas por institutos jurídicos como la Convención de los Derechos de los Niños, son expuestos a la lógica predatoria de las corporaciones capitalistas y en general de un sistema que todo lo quiere reducir a mercancía:

Ha sido una tarea tradicional de los gobiernos regular la actividad de las corporaciones, que, siendo institucionalmente interesadas a satisfacer únicamente el propio interés, no se dan condiciones de

autorreglamentación. Límites legales fueron impuestos en forma de disposiciones y fueron creadas agencias que habían la tarea de hacer operativas estas medidas, consideradas necesarias para proteger el interés público, que comprendía la salud y el bienestar de los niños de las modalidades egoístas de las corporaciones. Era esta la idea base que sostenía las reformas del siglo del niño. En el curso de los últimos treinta años, todavía, bajo el encantamiento del neoliberalismo, las autoridades públicas han retrocedido constantemente de aquella convicción y de las prácticas jurídicas a ella inspiradas. La consecuencia ha sido el abandono de los niños, dejados a la merced de los ataques predatorios y del daño producido por las corporaciones. (Backham, 2012, p.74)

De esta forma, se ha ido configurando, estabilizando, radicalizando el panorama empírico que tenemos bajo los ojos. En todos los centros comerciales encontramos filas de estantes dedicadas exclusivamente a productos para niños; muchas de las publicidades que pasan por los distintos medios de comunicación masiva son pensadas para atraer desde muy temprana edad los chicos y las chicas; refinadas e insistentes campañas de condicionamiento mediático hurgan en las emociones de la niñez, e intentan remodelarla como niñez permanentemente deseante de los siempre nuevos productos que la industria coloca en el mercado; la obsolescencia programada (Latouche, 2012), en sus múltiples formas, garantiza la constante renovación *ad infinitum* del *motus perpetuus* del mercado para niños; la utilización de los datos ofrecidos a las corporaciones por las redes sociales permiten perfilar ofertas de consumos específicas, no solo en general para las infancias, sino en particular por tal o cual segmento de las infancias, hasta llegar a un ofrecimiento de productos personalizados; los centros comerciales se han vuelto para los niños una forma de diversión y de entretenimiento; los celulares son ya algo no solo apetecido, sino considerado como esencial componente de los procesos de posicionamiento y construcción de un estatus social; los videojuegos instalan en los infantes una vera y propia dependencia, muchas veces conexas a experiencias virtuales de violencia, de abuso y en medio de varios tipos de peligros. Los cuerpos mismos de nuestros niños, niñas y adolescentes son resignificados como mercancía destinada al consumo o vehículo de consumo (cuerpos con-

sumidores y cuerpos consumidos), a través de una comida respondiente a la avidez del mercado y no al interés para la salud; o cuerpos infantiles obligados a seguir los dictámenes de la moda y a comprar tal o cual zapatilla o tal o cual prenda de último modelo; cuerpos infantiles que consuman fármacos, que consuman tempranamente absurdas cirugías estéticas; cuerpos infantiles que consuman lo que sirve para conformarse a los modelos uniformados de belleza, de fortaleza y de aceptación y valoración social; cuerpos infantiles exasperadamente competitivos, echados en el circo de los deportes extremos, de una temprana adultización erotizante, en los espejismos de la industria del espectáculo; hasta llegar a los cuerpos infantiles que son masacrados y destruidos por las guerras, detrás de las cuales siempre hay también, sino exclusivamente, fuertes razones económicas, que nos reconducen a los procesos explotadores de la valorización del capital, en su exasperado ciclo de producción y destrucción (Lazzarato, 2022).

Habrà también que recordar que al consumo de las cosas materiales se acompaña también al consumo simbólico (Arredondo Ramírez, 2016): celulares muy costosos, con funciones absolutamente inútiles y que pero garantizan una satisfacción momentánea en cuanto al reconocimiento del entorno social; prendas y zapatos que cuestan mucho más de lo que es su efectivo valor de uso, pues a ello se agrega un activo simbólico determinado por el signo de las marcas, marcas que a su vez activan procesos muy sutiles, pero muy potentes de captura de los clientes, desde muy temprana edad.

Diseñar la cartografía minuciosa, analítica y pormenorizada de todo este desbordante panorama del consumo infantil, sería tarea que nunca terminaría, pues los fenómenos del consumismo y del hiperconsumismo infantil están en continua expansión, en el sentido que no solo van colonizando los residuales territorios de la vida y de la experiencia de los niños, todavía no tocados por esta lógica del consumo, sino que se expanden también en complejidad y en profundidad, ramificándose en un tejido, en un enjambre siempre más complejo, siempre más voraz, siempre más intencionado a ocupar cada intersticio de la vida de nuestras infancias en el mundo de hoy.

Insuficiencia de la narrativa descriptiva y de una episteme de superficie: indagando en profundidad para develar los rostros ocultos de la explotación económica de las infancias por el consumismo

Es necesario hacer ahora una somera aclaración referente al nivel de análisis epistémico, que se quiere enfrentar en nuestro intento de penetrar de alguna manera los puntos neurálgicos de este hegemónico fenómeno del consumismo infantil. Hasta ahora nos hemos limitado a una descripción de superficie, una ilustración narrativa, descriptiva, empírica del fenómeno y es en este plano que se mueve gran parte del debate sobre infancias y consumo, y se mueven también las alertas, las denuncias y las todavía débiles reacciones críticas en contra de este nuevo curriculum hiperconsumista de nuestros niños, niñas y adolescentes.

Pero, hoy estamos frente a lo que se ha definido un “capitalismo clandestino” (Fian, 2020), es decir un conjunto de procesos de extracción y apropiación de plusvalía que se mueven subterráneamente, escondidos, enmascarados, y que, por ende, nos obligan a bucear epistémicamente en profundidad, para reconstruir una aparentemente remota origen, que constituye la fundamentación real de lo que aparece a la vista. Es la misma invitación que nos hace Saskia Sassen (2014), insistiendo sobre la necesidad de entender que los procesos de valorización del capital son en gran parte subterráneos, que se vuelven visibles solo en situaciones extremas, y que por ende aparecen excepcionales, mientras ya están involucrando miles de millones de personas. Si, pero, analizamos en profundidad estos procesos aparece la acción de una lógica de conjunto. Por ello que hoy, más que nunca, es necesario hacer visible lo que todavía no lo es, esta férrea lógica de conjunto de la explotación económica de las infancias, que hay que develar, nombrar y combatir.

Es por ello que un simple listado empírico de ejemplos, procesos, vivencias sobre el consumismo infantil es sí un paso necesario e importante, que, sin embargo, resulta insuficiente, inclusive si le agregáramos miles de otros ejemplos e instantáneas narrativas de niños, niñas y adolescentes consumidores.

En primer lugar, nunca se podría abarcar el sinnúmero de casos concretos en que se disemina el general fenómeno del hiperconsumismo en las infancias; en segundo lugar, no se podría dar cuenta de un complejísimo abanico de situaciones distintas, variables, con miles de matices.

De hecho, si nos quedáramos solo en el plan de la descripción empírica, es decir del cuento y recuento de lo que concretamente sucede en la realidad, tendríamos que dedicarle decenas de páginas a cada una de las centenas de experiencias de consumo que se están dando en todo el mundo. Y si se llegara a concluir este trabajo, todo ello resultaría inutilizable por ser demasiado complejo y prolijo. Hubiéramos simplemente reproducido la realidad, mientras que necesitamos filtrarla, ordenarla e interpretarla para poderla entender.

En un cuento de Borges (1960), titulado “Del rigor de la ciencia”, unos geógrafos vienen encargados por el emperador de preparar un mapa del reino. Pero, el primer dibujo resulta demasiado pequeño, genérico, abstracto. Entonces, hacen un mapa más grande, con muchos más detalles particulares indicados, pueblos pequeños, rutas secundarias, etc. Pero no era suficiente todavía, así que elaboran un mapa más grande y preciso y luego otro y otro más, hasta que llegan a dibujar un mapa que tiene la misma extensión de la región que debe representar. Ciertamente, sobre ello se habrían podido señalar hasta las casas, los árboles, las piedras, los perros y las pulgas. Pero, ¿quién lo hubiera podido utilizar? ¿Quién lo hubiera podido consultar o ponérselo en su bolsillo para orientarse en un viaje? La exactitud milimétrica de la descripción empírica resultó engañosa. Un mapa geográfico no debe ser una copia de la realidad sino una modelización de ella, o sea, una interpretación heurística, un instrumento de orientación que tiene su propia lógica y su propia funcionalidad.

Así mismo pasa con nuestras reflexiones acerca del consumo infantil. La descripción empírica es un necesario punto de partida. Pero, ella no puede ser otra cosa que una antología ejemplificativa, es decir, la suma parcial y siempre incompleta de un determinado número de casos específicos y sólo hasta cierto punto representativos, también considerando que en la selección de los mismos siempre juegan un importante papel los supuestos conceptuales y valorativos del observador.

Estos límites no son de naturaleza cuantitativa sino cualitativa, es decir, no se superan agregando, sumando más y más ejemplos, aunque ello pueda ser útil ejercicio para el diagnóstico inicial. Estos límites, por el contrario, se superan entrando a otro nivel del análisis, es decir, al nivel de la sistematización teórica.

Dando por sentada esta necesaria aclaración de método, colocamos ahora la pregunta orientadora que nos permita, como decíamos, bucear más en profundidad este fenómeno del consumismo infantil, sobre todo con relación al interés central de todo este libro, es decir el desborde de la explotación económica de las infancias en el capitalismo contemporáneo. ¿De qué manera los actos de consumo de los niños, niñas y adolescentes pueden configurarse como actos de apropiación por parte ajena de una riqueza producida o perteneciente, directa o indirectamente, a ellos mismos? Volvemos para a ello a algunos ejemplos concretos, asumidos en este caso como dispositivos heurísticos para poder develar lo que está oculto detrás de ellos.

Tomamos la experiencia de un adolescente al que sus padres les hayan pasado en uso una computadora que ya tiene algunos años, y que pero es perfectamente funcional para sus necesidades de trabajo, de estudio, de diversión. Ahora la computadora es suya y constituye una riqueza que pertenece a este adolescente. Un día, pero, aparece en la pantalla un aviso que advierte que es necesario instalar gratuitamente el nuevo sistema Windows 11, pues de lo contrario en pocos meses no se enviarán las necesarias actualizaciones y la computadora misma no será más utilizable. Ahora, sucede también que esta computadora ha sido programada para no poder cargar el nuevo sistema Windows 11, por lo cual este adolescente se verá obligado a comprar una computadora nueva, gastando su plata o la de sus padres para consumir un nuevo objeto, cuya necesidad ha sido impuesta por este mecanismo explotador de la obsolescencia programada. Así a este adolescente se le está robando una cuota de su riqueza, que va a parar en los bolsillos de las grandes corporaciones tecnocráticas.

Tomamos ahora el caso de un niño que quiera comprarse un par de zapatillas. Se trata de un niño de escasos recursos, propios o de su familia, y se encuentra frente a la alternativa de comprarse un tipo de zapatillas relativamente baratas, u otro tipo de reconocida y atractiva marca. El valor de uso de ambos

tipos de zapatillas es más o menos lo mismo, pero bien diferente es su valor de intercambio, que se expresa en una determinada cantidad de dinero. Dicho de forma más sencilla, el primer tipo de zapatillas cuesta 20 dólares, mientras el segundo cuesta 150, 200 o hasta 500 dólares. La diferencia de valor entre el uno y el otro potencial objeto de consumo es en su esencia un valor simbólico, construido a través de múltiples estrategias publicitarias, de fidelización, de orientación y condicionamiento subterráneo de los potenciales consumidores, entre ellos justamente los niños, niñas y adolescentes. Nuestro niño, en este caso, opta por comprar las zapatillas que cuestan más y que satisfacen necesidades de reconocimiento y de estatus social inducidas, en múltiples formas, por procesos de condicionamiento de su subjetividad y de su emocionalidad, que ya hemos visto anteriormente. En resumida cuenta, este niño podría satisfacer una real necesidad de tener un par de zapatillas gastando veinte dólares de su riqueza o de la riqueza de sus padres; por el contrario gasta, supongamos, 150 dólares, y la diferencia de 130 dólares va a parar otra vez, y sin que a ello corresponda un real beneficio, en los bolsillos de las grandes empresas y de las grandes marcas, que van acumulando ganancias siempre más cuantiosas, a través de estos sutiles mecanismos de explotación y de apropiación de la riqueza de las infancias y de las familias de las infancias, llegando también a extremos casi patológicos, en los cuales podemos ver a familias e infancias pobres, que destinan los escasos recursos que tienen para compras innecesarias, inducidas por la fascinación del mercado, a su vez manipulado por un capitalismo de las emociones y de la atracción simbólica de la mismas marcas.

Asistimos, en este caso, a un doble proceso de explotación y de extracción de plusvalía, que bien devela el carácter de desaforada avidez del capitalismo contemporáneo. De hecho, una primera explotación económica se da en el momento de la producción de estas zapatillas, pues seguramente los trabajadores que producen estos objetos son pagados solo en parte por el valor agregado con su propio trabajo. Además, en muchos casos, la producción de estos productos de las más importantes y conocidas marcas es delocalizada en países de la periferia pobre en el mapa de la actual división internacional del trabajo, países donde la fuerza de trabajo recibe remuneraciones de hambre, en condiciones de total ausencia de derechos básicos. Sobre este misérrimo pago, ya de por sí insuficiente, interviene luego una ulterior fraude en el mo-

mento del consumo, pues con la agregación de un sobreestimado plusvalor simbólico las corporaciones vuelven a robar otra vez una parte de los recursos de los consumidores, en un proceso de renovada explotación que involucra, por supuesto, también a niños, niñas y adolescentes. Es por ello que en la estrecha vinculación entre producción y consumo podemos ver la aparición de una nueva forma de sobreexplotación, que se agrega y se combina a la sobreexplotación derivante de la suma de plusvalor relativo y plusvalor absoluto. (Lastra, 2018) Si todo ello lo conectamos a la rapiña de las materias primarias y de los procesos de circulación, hasta llegar al desbordante fenómeno de la financiarización de la economía, podemos tocar con mano como cada momento del circuito económico es un proceso de valorización del capital, entendido como proceso de apropiación de la riqueza ajena, incluidas, de forma no residual y no apendicular, a las infancias de todo el mundo.

Hemos hecho referencia al proceso de financiarización de la economía. Se trata de uno de los grandes cambios de la economía internacional durante las últimas décadas:

Es el proceso que diversos autores han denominado como financiarización económica [...], una etapa en la que las ganancias se persiguen vía canales financieros, y ya no, a través de los relacionados con la producción y distribución. Este proceso, que ha representado una profunda transformación para las economías capitalistas, tiene su origen en los problemas de acumulación real de principios de los setenta. Desde entonces, las actividades financieras se han extendido a nuevas áreas económicas de la vida cotidiana: vivienda, pensiones, becas, consumo, etc; con lo que se han abierto nuevas opciones de inversión y, por lo tanto, para la obtención de ganancias. (Lapa Guzmán, 2017, p.25)

Es un proceso de contundente envergadura, sumamente complejo y no nos detendremos a analizarlo en sus múltiples aspectos (Junquera Cubiles, 2019). Nos limitaremos a dos consideraciones fundamentales para el desarrollo de nuestra argumentación sobre los procesos de explotación económica de las infancias a través del consumo.

La primera de estas consideraciones es referida a la incontrovertible evidencia que el mundo financiero es un ámbito privilegiado de acumulación de riqueza por parte del capitalismo contemporáneo, y por ende es un punto fundamental para entender los procesos de la explotación económica en nuestros días. Una segunda consideración, por otro lado, subraya la estrecha correlación que se da entre mundo financiero y consumo, en el sentido que el crédito, que es una de las principales modalidades que hacen posible y alimentan el consumo, es la herramienta, fundamental que permite, activa y permanentemente reaviva las dinámicas masivas del hiperconsumismo. En este caso no estamos hablando del gran crédito, por ejemplo interbancario, bursátil o de los productos de inversión. Estamos hablando del modesto crédito que se manifiesta a través de las tarjetas, que ya no son prerrogativas de una restringida minoría de grupos acomodados, sino que están difundidas en estratos sociales medios y bajos, y son destinadas no solamente a consumos importantes, sino a consumos menores, y hasta podríamos decir ínfimos y básicos. Es normal, por ejemplo, que comprando un pequeño mercado de leche, de pan, de fruta, en la caja del supermercado te hagan la consabida pregunta: “¿En cuántas cuotas?” Pagando en cuotas obviamente se entra en la esfera del endeudamiento, artificio que permite mantenerse incluidos en el recinto de los consumidores, aun cuando los recursos no lo permitirían. Es lo que se ha ido definiendo también como “inclusión precaria” (De La Flor, 2022). Pero, todo ello no es sin consecuencias, pues se va configurando un tremendo mecanismo, tanto de control, así como de enmascarada explotación económica, como bien lo detalla Lazzarato (2013), en su fundamental texto “La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal”. Esta estrecha relación entre financiarización, consumo y hombre endeudado es consustancial al mantenimiento y a la difusión del modelo hiperconsumista de la sociedad contemporánea (Arango, Chena, y Roy, 2017). Por ello, es muy importante, más allá de una refinada y compleja análisis del mundo financiero, entender que pasa concretamente cuando, a través de una tarjeta de crédito, una familia popular de escasos recursos compra productos de una canasta básica y, en vez de pagar al contado, paga en tres cuotas. Las tres cuotas, obviamente, significan intereses y esto a su vez significa que estos productos se van a pagar un poco más de lo que se pagaría sin pago a crédito. Estos intereses son un pequeño monto de riqueza

que antes pertenecía a las familias y que ahora va a pertenecer a las grandes corporaciones financieras, en particular bancos e institutos de créditos. Poca cosa dirá alguien. Sí, pero poca cosa que, multiplicada por miles de miles de millones de operaciones de este tipo, se transforma en una considerable transferencia de riqueza desde los estratos pobres a los estratos ricos. Todo ello se configura, entonces, como una verdadera y propia explotación económica, que redundará obviamente sobre la calidad de vida de los mismos niños, niñas y adolescentes. Como dice Salag (2020):

[...] el *boom* del crédito al consumo expuso a los trabajadores de la economía popular a una nueva forma de explotación, de acuerdo con la cual el desfase entre la temporalidad de las finanzas (pagos mensuales a mediano plazo) y la del trabajo precario (con pagos erráticos y a corto plazo) nutre transferencias de ingresos cada vez más importantes de los trabajadores hacia las instituciones financieras, pues deben abonar costos extra por no poder reembolsar sus deudas con la regularidad exigida por las instituciones de crédito, además de pagar intereses más altos. (pág. 4)

Además de eso, el capital financiero ya hace tiempo que ha puesto los ojos sobre los niños como blanco de operaciones financieras destinadas exclusivamente a ellos, hasta fascinando padres e hijos con una suerte de atractivo protagonismo financiero infantil. En todo el mundo ya casi todos los bancos ofrecen productos financieros pensados para los niños, y la publicidad de estos productos oculta el interés exclusivamente económico y de ganancia bajo una supuesta intencionalidad educativa y formativa. Así se expresa, por ejemplo, la página web de *Mastercard*:

Al involucrar los niños en el mundo de las finanzas, conseguimos futuros adultos más preparados para lograr alcanzar sus objetivos con éxito, derivados directamente a partir de su propio esfuerzo; y es por esta razón que *El Día del Niño* es una buena oportunidad para practicar nuevas enseñanzas y actividades, que fortalezcan el crecimiento de los más pequeños. Contar con una educación financiera es de suma importancia para nuestro día a día, ya que nos ayuda a ser personas más productivas, eficientes e independientes, en especial si esta es in-

fundida desde niños. Según expertos en finanzas, la niñez es un excelente momento para introducir conceptos como el dinero, los gastos o el ahorro, ya que es en esta etapa en la que los niños y niñas pueden aprender el verdadero significado y valor de estas palabras. (*Mastercard*, s.f., párr.1)

De esta manera asistimos a la prepotente imposición de toda una maquinaria, que se articula también en complejos y sutiles dispositivos financieros, con la función de inducir, en forma de compulsiva adicción, una verdadera y propia cultura del consumo (Verdú, 2005). Esta cultura del hiperconsumismo no solo representa una radical mutación antropológica, sino que constituye un conjunto de mecanismos fundamentales para la aceleración de los procesos de acumulación de plusvalía. Toda esta maquinaria condiciona, impregna, penetra cualquier grupo de población, incluyendo, por supuesto y sin limitaciones, también a las infancias.

Muchos otros son los casos en los cuales el hiperconsumo de los niños, niñas y adolescentes representa no solo un peligrosísimo atentado a su integridad física, psicológica, ética y formativa, sino una de las manifestaciones más potentes y disruptivas de aquel desborde de la explotación, que hemos intentado develar a lo largo de todo este libro. Sería suficiente recordar la figura, ya mencionada en anteriores capítulos, del proconsumidor, una figura que une el momento productivo con el momento del consumo, muy presente también en niños, niñas y adolescentes. O recordar el *audience labour* (Nixon, 2015), es decir el consumo de los espectáculos como momento de producción también de valor, en la medida en que el solo hecho de mirar un vídeo, escuchar un podcast o entretenerse con un videojuego, determina después para estos productos un valor agregado, pues el incremento de la audiencia se traduce en mayor publicidad y entonces en mayores ingresos para el así llamado “capitalismo de ficción” (Verdú, 2006). Todos estos conforman una verdadera y propia colonización de las subjetividades infantiles, en función de la configuración de consumidores funcionales a las necesidades de un mercado que se expande y se replica sin pausa, y que sin pausa acumula riqueza. Esta acumulación de riqueza a través del hiperconsumo bien se grafica en las investigaciones de Piketty (2014) y en los últimos informes de OXFAM (2025). Todo ello

se convierte en una siempre más inicua repartición de la riqueza, concentrada en manos de una siempre más reducida élite. En este sentido, podríamos pensar al hiperconsumismo como a un poderoso proceso de redistribución de la riqueza, pero en este caso una redistribución a la inversa, desde los pobres hasta los ricos, desde los oprimidos de siempre hasta los privilegiados de siempre.

Frente a este panorama, nos parece útil insistir otra vez sobre la necesidad de una radical resignificación del artículo treinta y dos de la Convención de los Derechos del Niño. Como ya hemos visto, este artículo proclama el derecho de la infancia de las infancias de ser protegida de la explotación económica. Sin embargo, renglón seguido, prácticamente reduce la explotación económica al solo ámbito del mal llamado trabajo infantil. Esta es una operación de ocultamiento de la cartografía históricamente contextualizada de la explotación económica de las infancias contemporáneas. El hiperconsumismo es una incontrovertible evidencia histórica de que hoy la explotación más radical, más profunda y más brutal se consume en otros territorios, como es, en nuestro caso, la desbordante bulimia hiperconsumista (a la que muchas veces corresponde una condición de anorexia afectiva), a la que un modelo completamente mercantilizado de civilización quiere condenar las infancias de todo el mundo.

Y, tal vez, lo más grave de todo ello es que el desborde coloniza los imaginarios desde los cuales las infancias construyen su identidad. En un mundo donde la liquidez (Bauman, 2004) se traduce en algoritmos que monetizan la atención, la curiosidad y hasta el miedo de los niños, niñas y adolescentes, lo humano se desdibuja en un bucle de perfiles digitales y métricas de validación afectiva. Esta biopolítica del consumo (Foucault, 2004) convierte la infancia en un territorio de transacciones simbólicas: lenguas ancestrales sustituidas por *emojis* que homogenizan el sentir, juegos libres reemplazados por *apps* que entrenan la hiperproductividad, y rituales comunitarios reducidos a eslóganes de marca. La explotación aquí no es solo material, sino referida a la integridad del ser humano: al robarles a las infancias la posibilidad de narrarse fuera de lógicas adultocéntricas y mercantiles, se les condena a habitar identidades prestadas, fracturadas entre la prisa por crecer y la nostalgia de un hogar que el extractivismo ya borró del mapa. Así, el desborde no es un exceso, sino

una maquinaria de vaciamiento: convierte la diversidad de ser niño en un archivo descargable, listo para ser actualizado, o eliminado, según las demandas de un mercado que nunca duerme.

No sorprenda la radicalidad de nuestra alerta y de nuestra denuncia. El desborde de la explotación económica, que se vuelve avalancha incontenible en el hiperconsumismo, va alcanzando límites inimaginables de sutileza y al mismo tiempo de brutalidad, y ya está royendo el alma de nuestros niños, niñas y adolescentes. Sin embargo, nos estamos acostumbrando a todo ello, lo consideramos no solo normal, sino hasta bonito, atractivo, suave, amigable. Nos atragantamos de objetos hasta caer en un estado de entorpecimiento espiritual, de “entumecimiento” (Bazán, 2020) de la subjetividad, de sopor crítico, de “ceguera moral” (Bauman y Donsky, 2015), y al final todo nos parece justificado, naturalizado, inocuo, aceptable: los niños que se enferman por la comida chatarra, la perversión de cuerpos infantiles exhibidos en infinitas pantallas, el bombardeo publicitario, el desbordante *marketing* infantil, este universos de cosas destinadas al mercado que nos sepultan y sepultan a las infancias en una vida reducida a hipermercado, comprimida en un hedonismo hiperindividualista, vuelta permanente ficción en esta sociedad del espectáculo. Y todo ello regido, a final de cuenta, por una sola lógica, la de la ganancia y del dinero, de la apropiación de la riqueza por manos ajenas, del robo normalizado, legitimado, institucionalizado y finalmente admitido como norma de las normas del presente modelo civilizatorio.

En el ciclo recursivo de producción y consumo, entendido como destrucción de productos, para que nuevos productos puedan ser reproducidos y nuevamente destruidos a través del consumo, se sitúa hoy la clave para entender los actuales procesos de valorización del capital y acumulación de riqueza (Hinojosa Loya, 1992; Veraza, 2008; Jameson, 1985). El capitalismo hoy sigue indudablemente siendo también un sistema de producción, aunque siempre menos dependiente del trabajo vivo, gracias a los acelerados procesos de difusión de la robótica. Sin embargo, debemos reconocer que siempre más los puntos neurálgicos de la realización del valor y del plusvalor se sitúan en el momento del consumo, al punto que hay muchos autores que no dudan en hablar de consumo como valor o de capitalismo de consumo (Datri, 2016).

A través de todo un conjunto de modalidades entrecruzadas, de estrategias de modelización de las subjetividades, de dispositivos que impulsan a una permanente excesividad consumista, a través de la publicidad, de la moda, de los procesos de fidelización, de la construcción de las *brand-identities*, los destellos cautivadores del mercado de consumo siempre más representan el punto de implosión del general proceso de acumulación de riqueza por parte del capital y, por ende, de una verdadera y propia explotación de los mismos niños, niñas y adolescentes, en cuanto consumidores.

Es por ello que, aunque sin dar una respuesta definitiva y dogmáticamente certera, es necesario abrimos a la inquietud sugerida por la pregunta que nos coloca el título de un artículo de Logiudice (2001) : “El consumo ¿es una nueva forma de apropiación del trabajo ajeno?”, es decir ¿es una nueva forma de explotación, no solo en un sentido ético y genéricamente humano, sino propiamente económico? Responder a esta pregunta de una u otra forma, tiene enormes consecuencias en la definición del nuevo estatuto y posicionamiento social de las infancias en el mundo contemporáneo, pues es indudable, como muchas veces hemos repetido, que las infancias no están protegidas de un hiperconsumo erigido como potencia totémica que condiciona toda la existencia, no viven en una condición de moratoria social frente a los estragos de este hiperconsumismo, movido exclusivamente por los intereses económicos de una muy restringida minoría. Los niños, niñas y adolescentes de hoy habitan el territorio donde cotidianamente se celebra la liturgia de la religión hiperconsumista, y por ello mismo, justamente en cuanto consumidores se encuentran en el foco volcánico de una explotación económica que no se pone límites de ningún tipo.

De hecho existe hoy una conciencia prácticamente universal de que el valor-trabajo se ha venido debilitando con respecto a un capitalismo como el actualmente vigente,

[...] en el que, por paradójico que pueda parecer a primera vista, no es la producción material la que confiere auténtica entidad a los productos y ello desde el momento que el tradicionalmente denominado trabajo productivo se ha disgregado [...] Por ello que resulta prácticamente imposible sostener en la actualidad que el trabajo siga constitu-

yendo la fuente de valor [...] En el moderno capitalismo de consumo el valor recurre un nuevo derrotero: mientras la actividad productiva se despoja paradójicamente de valor este adopta una nueva entidad pero no productiva, dicho con más exactitud no perteneciente a los que tradicionalmente se ha entendido por proceso de producción, limitado en lo fundamental a la producción material. Esta nueva entidad se aglutina bajo el término, dotado de connotación casi mágica, de *marketing*. (Caro Almela, 2002, p.7)

Nos estamos acercando a la provisional conclusión de nuestro itinerario argumentativo, ya habiendo superado los límites del empirismo descriptivo, de la narrativa anecdótica, y habiendo iniciado este desocultamiento de los mecanismos de explotación económica de las infancias a través del hiperconsumismo. Falta todavía un tramo sumamente importante de este itinerario, para poder potenciar aún más la fuerza crítica de nuestro análisis sobre este nuevo emergente sujeto social que son los niños, niñas y adolescentes consumidores.

Del fetichismo de la mercancía al fetichismo del consumo: elementos para una crítica de la economía política del hiperconsumismo y las infancias

El fetichismo de la mercancía es un concepto clave en la obra de Karl Marx. Este autor, en "El Capital" (2017), analiza como en el capitalismo las relaciones sociales entre personas se ocultan detrás de las relaciones entre cosas. Marx señala que, en una sociedad capitalista, las mercancías parecen tener un valor propio, independiente del trabajo humano que las produce. Este fenómeno es lo que él llama fetichismo de la mercancía. ¿Qué significa propiamente este fetichismo? En las sociedades premodernas, el valor de los bienes estaba directamente relacionado con su uso y con el trabajo necesario para crearlos. En cambio, en el capitalismo, las mercancías se presentan como objetos con

valor en sí mismos, sin que se perciba que ese valor proviene del trabajo humano. Así, se genera una ilusión: en lugar de ver las relaciones sociales que están detrás de la producción, las personas ven el intercambio de mercancías como algo natural y autónomo.

Un ejemplo claro de esto es el dinero. En lugar de verlo como un producto de relaciones sociales, lo tratamos como si tuviera un poder propio para adquirir cosas. Del mismo modo, un teléfono inteligente, un automóvil o una prenda de ropa aparecen como objetos con un valor inherente, y no como el resultado del trabajo de cientos de personas en fábricas, minas o centros de distribución.

En definitiva, el fetichismo de la mercancía es un mecanismo ideológico que oculta las verdaderas relaciones de producción y refuerza la estructura del capitalismo. Desentrañar este fetichismo permite comprender que el valor de las cosas no está en los objetos en sí, sino en el trabajo y en las relaciones productivas que los producen. Como dice el mismo Marx (2017):

El carácter misterioso de la forma mercancía estriba, por tanto, pura y simplemente, en que proyecta ante los hombres el carácter social del trabajo de éstos como si fuese un carácter material de los propios productos de su trabajo, un don natural, social de estos objetos y como si, por tanto, la relación social que media entre los productores y el trabajo colectivo de la sociedad fuese una relación social establecida entre los mismos objetos, al margen de sus productores. (Libro primero, Volumen I, Sección I, Cap. I, La Mercancía, p.45)

En pocas palabras el fetichismo de la mercancía, por el cual las cosas-mercancías aparecen como fetiches dotados de una vida, de características y de un valor propios, ocultan que la mercancía misma es fruto del trabajo humano y de un contexto de relaciones productivas, sociales y de poderes en el cual este trabajo humano se inscribe. Develar las relaciones sociales y productivas que se ocultan detrás del fetiche-mercancía, se vuelve, entonces, una potente desparametración (Zemelman, 1992) epistémica, que nos permite descubrir la realidad de la explotación detrás de una aparentemente inocente cosificación (reificación) del mundo de los productos.

El método para esta operación de desvelamiento de lo oculto por el fetichismo de la mercancía, es el de la ‘abstracción’, por el cual nos podemos dar cuenta que lo que aparece como lo más concreto (lo material, lo tangible de la cosa, del producto), en realidad oscurece y desdibuja la realidad, haciendo aparecer las relaciones entre personas, grupos y clases sociales, como relaciones naturalizadas y casi ontológicas entre cosas. Por ello, es necesario desprenderse de lo empírico, de lo perceptible de las ‘cosas’ del mercado (mercancías) y, con una operación de abstracción, encontrar finalmente las relaciones sociales de producción que representan la auténtica realidad de la mercancía. De allí la afirmación, aparentemente oximorónica, por la cual lo más abstracto es lo más concreto. Dice al respecto Guillermo Rochabrún (1974):

Lo que extraemos de “El Capital” en el plano metódico es fundamentalmente la manera de develar el objeto, el modo de ir descubriendo los velos sucesivos, que, así como lo ocultan, forman parte de él: esta es la abstracción [...] (p.15)

Y añade más adelante:

A qué tipo de abstracción se está refiriendo es un problema fundamental a explorar; ahí se juega la correspondencia con el propósito de la investigación: buscar los fundamentos de una etapa histórica, sumergirse en la empiria de los fenómenos exteriores y abstraer a partir de ellos las determinaciones fundamentales del todo [...] De esta manera, tras la apariencia cosificada de las mercancías como objetos, encontramos un plano subyacente: las relaciones sociales. Las mercancías cobran así un significado social, sin que por eso dejen de ser consideradas como objetos sociales. Encontramos que la mercancía es una forma social. (p. 17)

Para Marx, en otras palabras, la abstracción no es un simple ejercicio intelectual, sino un proceso necesario para captar las relaciones esenciales que estructuran la sociedad. La abstracción consiste en aislar teóricamente los elementos fundamentales de un fenómeno para comprender su esencia y funcionamiento. No se trata de separar la teoría de la realidad, sino de analizarla eliminando lo accesorio o secundario, para captar su núcleo fundamental.

Marx usa la abstracción para estudiar la economía capitalista. No empieza describiendo la sociedad en su conjunto, sino analizando la mercancía, la forma más básica de riqueza en el capitalismo. A partir de ahí, desarrolla conceptos como valor de uso, valor de intercambio, trabajo abstracto, etc., hasta llegar a la estructura completa del sistema capitalista.

Esta alerta sobre el encubrimiento de la realidad de las relaciones sociales operada por el fetichismo de la mercancía, y la consiguiente necesidad de un método basado en la abstracción, ha sido enfocada por el análisis de Marx hacia el capitalismo industrial decimonónico. Sin embargo, ahora nos podemos preguntar si este fetichismo de la mercancía, y esta necesidad del método basado en la abstracción, puedan ser no tanto aplicados mecánicamente al mundo contemporáneo, sino resemantizados en función justamente de la contemporaneidad. En otras palabras nos preguntamos si existe un fetichismo del consumo (Carpintero, 2015), y si, para develar los mecanismos ocultos y las relaciones sociales que se anidan detrás de este hiperconsumismo, no sea necesaria, *mutatis mutandis*, esta metódica epistémica de la abstracción. En última análisis nos preguntamos si no sea necesaria la superación de la que Galileo Galilei llamaría la “bruta empiría” (2011), a través de un proceso de abstracción que nos permita superar la cosificación del mundo, para redescubrir detrás de las cosas las relaciones sociales que estas cosas producen, hacen circular, venden y hacen consumir.

El mundo contemporáneo del hiperconsumo aparece a primera vista como un mundo sobrecargado de objetos, de cosas, de materialidades, de mercancías reificadas, cosificadas: zapatos, celulares, comida, carros, televisores, productos para el aseo, para la diversión, para el deporte, etc. Estamos atascados de objetos, nuestras infancias se ahogan diariamente en un mar de objetos, en un torbellino de cosas, atractivas, rutilantes, adictivas, prometedoras de una felicidad sin límites, en fin, un paraíso terrenal diseminados de partículas reificadas de una incontenible materialidad, que hay que consumir a toda costa.

Además, parece que todos estos objetos tengan propiedades propias, sean fetiches totémicos dotados de cualidades propias, casi diríamos de vida propia, de atractivo, de poder seductivo propios. El mismo acto de consumo se vive y se interpreta, a este nivel, como un acto que se agota exclusivamente

en una libre relación entre el consumidor y el objeto, entre un individuo y una cosa, que se consume, que se compra exclusivamente por las propiedades intrínsecas de la cosa misma, asumida inconscientemente a rol de fetiche.

Constatamos que la gran mayoría de los estudios, investigaciones, interpretaciones sobre infancias y consumo se limitan a este nivel superficial y simplemente descriptivo del fenómeno. Ciertamente no faltan las denuncias, las alertas, las llamadas de atención contra los peligros y los riesgos que este hiperconsumismo representa para las infancias. Y, sin embargo, todo ello no muerde la sustancia auténtica del problema, justamente porque se limita a ver las cosas, los objetos de consumo, y no opera aquel proceso de abstracción que permita ir más allá del fetichismo de las mercancías de consumo, para ver las relaciones sociales que están detrás de estas. En fin, no logran ver el hiperconsumismo como un conjunto de relaciones sociales, y de relaciones de poder, que apuntan en una única dirección: la aceleración y maximización de los procesos de valorización del capital y de explotación económica de los consumidores, entre ellos los niños, niñas y adolescentes.

Imaginemos a un adolescente frente a un mostrador de los últimos modelos de celulares. Es probable que la fascinación ejercida por estos objetos le haga olvidar lo que está detrás de la materialidad de estos celulares. El objeto, la cosa, la mercancía, parece estar allí por generación espontánea, un tótem, un fetiche, que casi aparece como algo sobrenatural, la materialización de un acto de magia. Ninguna mano ha creado este celular, y sobre todo ninguna operación oculta está detrás de la fascinación que este objeto ejerce sobre el adolescente, como si el poder de atracción, el poder de inducir al consumo fuera una propiedad de la cosa-celular, así como los árboles son verdes, el sol aparece por la mañana y los ríos fluyen de arriba por abajo. A los ojos de este adolescente el celular se manifiesta como el conejo que emerge del sombrero del mago. El truco queda oculto, escondido, enmascarado.

En este sentido, podríamos pensar “en un infinito efecto dominó” (Marinich, 2024), de los infinitos objetos del universo hiperconsumista, objetos que por el entumecimiento de la conciencia crítica, por la flojera de la mente, por los venenos de la costumbre, de la rutina, aparecen carentes de una instancia originaria, de una instancia previa, como si no hubiera habido etapas, estra-

tegias, manipulaciones, dispositivos, maquinarias materiales e inmateriales, diseños, ejercicios de poderes, actos de psicopolítica, de biopolítica, de colonización de las subjetividades en su constitución como objetos de consumo, sino que aparecieran de pronto, en un momento único, en su versión, materialmente y simbólicamente, acabada.

Las mercancías que empujan hacia la bulimia consumista se presentan como versiones sin anterior itinerario de constitución. Quiere decir que las relaciones sociales detrás de ellas, y, sobre todo, la explotación que deviene de la extracción de plusvalía en el momento productivo, pero también en el momento del consumo, quedan invisibilizadas. Así que a los ojos de los consumidores nadie ha materialmente producido aquel celular, y también nadie ha orquestado la campañas que lo han publicizado, nadie ha activado procesos de fidelización a la marca, de construcción de *brand-identities*, nadie ha agregado a la materialidad del objeto un valor simbólico de reconocimiento social, nadie ha estudiado y puesto en acción dispositivos de obsolescencia emocional programada, nadie ha operado para insuflar en las subjetividades necesidades innecesarias, deseos enajenados, nadie ha hecho nada para que se configurara un imaginario y también una sensibilidad social que fueran caldo de cultivo para este exasperado y exponencial multiplicarse de actos de consumo, como vertebración fundamental de la vida misma.

Pues, si nos quedamos exclusivamente en la observación de la infinita y permanentemente mutante sumatoria de objetos, de cosas que parecen constituir la aparente sustancia del hiperconsumismo, nos quedamos en la superficie, en lo que emerge del *iceberg* subacuático. Lo que aparece tan concreto, tan tangible, tan verdadero, tan real, comida, prendas, celulares, carros, juguetes, dispositivos informáticos, productos de belleza, suscripciones a Netflix, joyas, bombillos inteligentes, etc., en realidad es una suerte de enmascaramiento, de distorsión, de ocultamiento de la realidad. De hecho, los objetos de consumo son la expresión última, pero no la origen, la clave, el núcleo duro y consistente de este modelo de civilización y de explotación económica que llamamos hiperconsumismo, en el cual están involucradas integralmente y fuertemente las infancias de todo el mundo. Por ello, entonces, es necesario hacer una operación de abstracción epistémica, que nos permita superar este fetichismo

del consumo, para lograr entender que estos objetos y estas cosas representan, manifiestan, se remontan a un conjunto de relaciones sociales entre personas y no entre cosas, entre grupo poblacionales, clases sociales y no entre objetos, entre varios sistemas de poder y de micropoder y no entre mercancías. Se trata, con esta operación de abstracción epistémica y de superación del fetichismo del consumo, de tocar el punto fundamental de toda la argumentación que hemos intentado hacer sobre el fenómeno del hiperconsumismo con relación a las infancias. Pues no se trata solo de denunciar esta suerte de ahogamiento, de aturdimiento existencial, de adicción, de brutal hedonismo materialista a lo que son empujadas las infancias contemporáneas, sino de entender que en cuanto insertas a pleno título en el hiperconsumismo del mundo de hoy, las infancias, por este mismo hecho, están insertas, igualmente a pleno título, en el centro focal de las relaciones económicas de explotación y de las relaciones de poder que rigen y estructuran el actual modelo neoliberalista de civilización. Ahí, en este centro focal, juegan un papel dialéctico de víctimas de una explotación inmisericorde y, pero, al mismo tiempo, un papel de reposicionamiento social crítico, luchador y potencialmente liberador frente a los estragos del consumismo y de los otros varios fenómenos, que hemos llamado el desborde de la explotación económica de los niños, niñas y adolescentes.

Todo ello permite potenciar enormemente la denuncia de los procesos explotadores que se evidencian en el consumismo al que el sistema quiere inducir las infancias. Potenciar esta denuncia en cuanto se supera el límite de una, aunque necesaria y respetable, indignación ética, para alcanzar la posibilidad de una crítica de la economía política, que toque los nervios sensibles, los centros de resonancias efectivas de este sistema de coacción y manipulación de las subjetividades infantiles, que en el hiperconsumismo ha concretado fundamentales procesos de valorización del capital. No se trata de volver a un tradicional y obsoleto economicismo, pues bien sabemos que hoy no tan solo de relaciones de producción se trata, sino de un complejo retículo de dispositivos que son económicos, culturales, simbólicos, institucionales, cotidianos, emocionales, formativos.

Todo ello bien se puede aplicar a la relación infancias e hiperconsumismo. La superación del fetichismo del consumo no significa el descubrimiento de

las solas relaciones de producción o más en general económicas, sino de todo el conjunto de dispositivos manejados por el capital y que invisten múltiples esferas de la vida de las infancias, la económica sin duda, pero también la cultural, la emocional, la afectiva, la simbólica, la educativa, la relacional, la identitaria, etc. Todas estas esferas están bajo amenaza de una colonización, cuya bisagra es la reducción de los niños, niñas y adolescentes a hiperconsumidores en función de la multiplicación y aceleración de las cadenas de valorización del capital. Es en este sentido que se trata de una crítica de la economía política no de corte economicista, sino atenta a la complejidad y multiestratificación de los procesos de cooptación de las infancias al mundo del hiperconsumo. Cooptación que, en el caso del consumo, no radica solo en simples y estrictas relaciones económicas, sino que se estructura como dispositivo de una integral mutación antropológica de los hombres, en particular, para nuestro campo de interés, de los niños, niñas y adolescentes. Pue, como dice Riutor (2016)

En el capitalismo de consumo, la subjetividad ha devenido en mercancía [...] Por tanto, es posible afirmar que la sociedad de consumo se caracteriza por un “fetichismo de la subjetividad” (Bauman Z. , 2007), en la que se conjugan individualización (como estilo de vida) y malestar (como síntoma). Quizá, el fetichismo de la subjetividad es una de las realizaciones históricas más importantes de la relación entre capitalismo y subjetividad, y ha impulsado una individualización intensiva altamente normativa y que propongo entenderla, en el marco de la sociedad de consumo, como la obligación de construir un proyecto de vida orientado al éxito, la competencia y casi absoluta autonomía en la consecución de los logros y objetivos, definidos culturalmente como legítimos y únicamente válidos y experimentados o subjetivados como una decisión propia de cada individuo. La actual es una individualización de carácter individualista, que debilita las formas tradicionales de lazo social y tensiona la cohesión social. (p.5)

Todo ello involucra, tal vez aún más potentemente, a las infancias contemporáneas en el meollo más duro de este modelo civilizatorio basado en el hiperconsumismo. Esta nueva recolocación social y económica de las infancias

rompe definitivamente y radicalmente con la hipócrita ilusión que, mientras dure este sistema basado en la sobreexplotación, niños, niñas y adolescentes puedan vivir en una burbuja inmaculada y aséptica, que los preserve de las brutalidades del imperio de la economía y de la ganancia sobre la misma vida humana. Hay que desenmascarar al consumismo de su apariencia fetichista, que lo reduce a simple conjunto de relaciones entre cosas, y reconducirlo a su auténtica sustancia de sistema de relaciones sociales, económicas y de poderes aglutinadas alrededor del capitalismo neoliberal. Este capitalismo neoliberal quiere subsumir toda la vida, sin excepción de la vida de los niños, niñas ya adolescentes, bajo su lógica monocrática de predominio del valor dinero y del valor ganancia, del enriquecimiento de unos pocos en contra de las multitudes de los oprimidos. En este sentido, el pacto de la modernidad con relación a la infancia se rompe definitivamente y revela su inconsistencia y sus engañosas falsedades. De manera que:

El contexto económico contemporáneo le exige a la infancia adquirir más autonomía. Sea por una familia que se desentiende o es insuficiente para brindar una seguridad material a sus hijos, o por las nuevas demandas construidas por la sociedad de consumo que desbordan la capacidad económica de las familias, lo que se muestra es una realidad en la cual la moratoria laboral y económica propias de la infancia se ve reemplazada por el imperativo de suplir demandas económicas cada vez mayores. Esto implica la salida del niño del hogar para retornar a la manera del Antiguo Régimen nuevamente a las calles. (Bermúdez Gutiérrez, 2018, p.5)

Es así que se quiebra definitivamente este pacto de la modernidad de sacar a las infancias de las relaciones productivas y más extensivamente de las relaciones operantes en los procesos de valorización del capital. Como ya hemos recordado, en el así llamado “siglo de los niños” (Key, 2020), la modernidad había construido, además, un aparato ideológico que asignaba a las infancias, como lugares y actividades propias, la privacidad de los afectos familiares, la escuela y el juego, concediendo a cambio, a la infancia misma, una suerte de moratoria, de postergación, de desresponsabilización con relación a los compromisos económicos y a las durezas y violencias del mundo del trabajo,

de los negocios, de las luchas entre opuestos intereses de clases, de grupos poblacionales, de pueblos y de naciones. Sobre ello se construye toda la consabida retórica sobre el “interés superior del niño” (Cillero Bruñol, s. f.) y la sacralidad de la infancia, reducida a una especie de substancia meta histórica, que vive un tiempo edénico de protección, de preparación para la edad adulta. Obviamente este pacto, este contrato tenía un precio para las infancias y este precio era la negación o postergación de algunos derechos fundamentales, con la consecuencia de una total dependencia de los adultos y finalmente de una substantiva insignificancia social.

Todo ello, en la actualidad, se ha venido abajo con el desborde de la explotación económica de las infancias, pues, como hemos visto en el transcurso de todo este libro, el hiperconsumismo, pero no solo él, sino también la mercantilización de los ecosistemas tecnomediados, la colonización mercantil de la esfera del cuidado, de la esfera del juego, de la esfera de la educación, la depredación del común y de los recursos naturales pertenecientes también a los niños, pero apropiados por manos ajenas en aras de aumentar siempre más, cueste lo que cueste, la tasa de ganancia del capital, todo ello hace que el niño vuelva a estar estrechamente conexo con los momentos, sino propiamente productivos en un sentido tradicional, si con los puntos neurálgicos de la cadena de valorización del capital.

Otra vez, y más allá de ser propiamente y tradicionalmente un niño o un adolescente trabajador, el muchacho viene nuevamente colocado en el centro de una dura economía, que todo lo mercantiliza, que todo lo reduce a valor de intercambio, según una lógica de subsunción capilar a la única ley de la ganancia y de la instrumentalización de todo lo que es su vida a la valorización del capital.

Sin embargo, hay una suerte de esquizofrenia, de desajuste, casi diríamos de desfase temporal histórico. Pues, mientras resulta siempre más evidente que, para decirlo de forma un poco brutal pero eficaz, hoy el niño resulta ser explotado por todo lado, al punto que, por ejemplo, el hiperconsumismo redefine mercantilísticamente sus esferas más propias, como el juego, la familia y la educación, mientras este mismo niño cada día se ahoga en el enjambre de los dispositivos económicos activados para sacarle toda la plusvalía posible,

permanece vigente un hegemoné vicio adultocéntrico que no le reconoce a las infancias su papel, su rol, su posicionamiento activo y protagónico en los contextos de los procesos económicos de la contemporaneidad. De allí la fundamental y absurda ausencia de la infancia en los estudios, en las investigaciones y en el debate económico contemporáneos. Es como si la posmodernidad hubiera nuevamente colocado al niño en el centro de la esfera económica, tratándolo como consumidor completo, como usuario acabado de los nuevos repertorios tecnológicos, como legítimo propietario del común, como componente fundamental de los procesos de explotación y de depredación de la riqueza, y, sin embargo, cultural, jurídica, y políticamente siguiera tratándolo como un adulto en miniatura, no acabado, incompetente, prescindible, *minus habens* y *minus validus*. Por ello, como si todavía siguiera vigente el anterior pacto de la modernidad, se sigue insistiendo en una desvalorización social de los niños, vistos como adultos futuros, seres en construcción, *en fieri*, *work in progress*; se insiste en una supuesta privatización de las infancias y en la negación a las infancias de derechos de los adultos, en una ausencia de posicionamiento social de los niños, niñas y adolescentes.

De manera que registramos, una vez más, la que Zemelman (2011) llamaba “la desconexión de la teoría de la realidad” (p. 25), pues grandísima parte del debate actual sobre las infancias sigue insistiendo en recalentar la misma sopa ideológica sobre derechos, protección, promoción, identidad, autonomía del niño, etc., pero sin actualizar este debate y estas categorías en relación al que no dudamos en definir el huracán, que para las infancias ha significado lo que hemos llamado el desborde de la explotación.

¿Qué decir, en este contexto, del tartamudeante e inconsistente discurso del abolicionismo en contra del mal llamado trabajo infantil? Este discurso, sobre todo de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), se propuso, desconociendo la necesidad de una contextualización histórica, geográfica y cultural, y con la intencionalidad de uniformar el modelo de vida de las infancias de todo el mundo, de eliminar, de erradicar, así *sic et simpliciter*, el trabajo de la vida de decenas y decenas de millones de niños, niñas y adolescentes. De esta manera se habría eliminado la explotación económica de las infancias y se habría cumplido con lo que antes hemos llamado el pacto de la modernidad

con las más jóvenes generaciones. Dejamos ahora de lado la consideración sobre el evidente fracaso de las políticas erradicacionistas (Schibotto, 2014), y consideramos, más bien, el vaciamiento, la nulificación de los fundamentos argumentativos del abolicionismo. En un momento histórico en el cual la explotación económica de las infancias desborda y se desparrama como virus endémico e intrínseco al actual sistema del capitalismo neoliberal, el proyecto de erradicar el mal llamado trabajo infantil no solo se revela irrespetuoso de la dignidad de millones de niños, niñas y adolescentes trabajadores, sino que devela una hipócrita voluntad, un insano diseño de cubrir el hecho claro y contundente de que hoy la explotación económica de la niñez pervade cada esfera, cada momento, cada intersticio de su vida, mucho más allá de que se trate de momentos de trabajo tradicionalmente entendido. Así que si de abolicionismo o de erradicacionismo tenemos que hablar, más honesto, más políticamente radical, más éticamente creíble es hablar de abolir y erradicar la hegemonía de la ley del plusvalor y de la ganancia, por arriba de cualquier supuesto y nunca respetado pacto de protección y de promoción de los derechos del niño. Pues, hoy la infancia viene pensada:

[...] desde el biopoder como un público al que se puede alcanzar para determinarlo como consumidor y dinamizador del consumo; es decir, el ‘capitalismo infantil’, todo propulsado y estimulado fundamentalmente por la industria cultural y del entretenimiento, materializada sobre todo de la mano de los medios masivos de comunicación. La biopolítica, tradicionalmente vinculada al Estado, se hace ahora privada. De este modo toma para el análisis la disyuntiva de si los niños son ciudadanos o consumidores, a partir de diferentes elementos que dan cuenta de formas por las que niños/as y adolescentes son atraídos, iniciados y hasta transformados en adictos al consumo. (Pérez Chaca, 2009, pár. 3)

Unas provisionales consideraciones finales

Queremos, al final de este todavía provisional esbozo de un análisis crítico del fenómeno del hiperconsumismo en su relación con las infancias, concluir con unas igualmente embrionarias y provisionales consideraciones.

La primera se refiere al hecho que ya no es posible pensar a las infancias y construir conocimientos y saberes sobre, desde y con las infancias, sin colocarlas en este territorio sumamente complejo y potentemente hegemone del consumismo contemporáneo, entendiendo, además, que ello significa la colocación de las infancias en un campo de sobreexplotación económica. Es por ello que hay que romper definitivamente con el cuento de una infancia alejada, separada, preservada del mundo económico. y ello mucho más allá de la *vexata quaestio* del trabajo infantil.

Una segunda consideración se refiere al hecho de que es necesario repensar unas fundamentales categorías propias de las culturas críticas y progresistas sobre las infancias, justamente con relación al hiperconsumismo como trasfondo de la puesta en escena de la experiencia social. Es necesario colocar en el centro del debate unas fundamentales preguntas: ¿cuáles podrían ser los derechos del niño de nueva generación, con relación al consumo o con relación a la publicidad y a los continuos procesos de instrumentalización y explotación del niño mismo como consumidor? ¿Cómo recuperar una subjetividad de las infancias no enajenada, no servil, no sumisa, sino otra vez capaz de autonomía, de discernimiento, de autodeterminación, de elección no predeterminada y heterodirecta por los intereses mercantiles de los insaciables dispositivos de valorización del capital? ¿Podrían surgir procesos de organización de los propios niños, capaces de propuestas críticas, de prácticas críticas, de acciones y de luchas críticas contra este desaforado hiperconsumismo, que acecha millones y millones de niños, niñas y adolescentes? Son preguntas que es urgente imponer en el debate contemporáneo sobre infancias, dejando de lado el carácter muchas veces abstracto, principista e históricamente descontextualizado de las discusiones y polémicas alrededor del tema de los derechos, del protagonismo, de la autonomía y de la subjetividad de las infancias.

Una tercera consideración se refiere al hecho que el hiperconsumismo hoy se configura como uno de los fundamentos y centrales campos de disputa política. Pensamos que las infancias deberían estar en primera línea contra un proyecto regulatorio de subsunción y asimilación de la vida a la lógica mercantil del valor de intercambio, orientado a la ganancia y a la multiplicación sin fin de la plusvalía. Y debería estar en primera línea en la construcción y afirmación de otro proyecto que, sin renunciar a las posibilidades positivas de un consumo equilibrado, humanamente orientado, sustentable y capaz de responder a necesidades auténticas de los niños, niñas y adolescentes, rechace, sin embargo, la idea de que el consumo insaciable y bulímico, el brillo de un exponencial hedonismo materialista, pueda constituir la esencia, el significado, el *telos* de la vida humana.

¡El hiperconsumismo como campo de disputa política! Este lema nos parece indicar un camino viable de crítica antisistémica por parte de las infancias frente al modelo civilizatorio que nos quieren imponer.

En este nuevo ámbito de lo político, hay que ir detectando y promoviendo resistencias y reexistencias, antagonismos, mudas y silentes (pero no por ello menos significativas) reconfiguraciones de sentidos, sentidos alternativos, inconformes, rebeldes a los subterráneos dictámenes de esta universal y omnívora mercantilización consumista. Y también allí, entonces, se abren brechas, fisuras, grietas, que paulatinamente pueden crear espacios antagónicos de maniobra, en la aparentemente compacta solidez del sistema hegemónico.

En este contexto una importancia fundamental asume el ámbito emocional de los niños, niñas y adolescentes, ámbito que se reconfigura, entonces, no solo como una nueva demarcación de la explotación económica, de la bioexplotación, del biodominio, de la bioextracción de la plusvalía, de la biomercantilización, de la reducción universal del hombre y de la vida a la forma mercancía, sino que resulta ser también la demarcación de un nuevo territorio de los antagonismos antisistémicos (Aguirre Rojas, 2010), de las oposiciones, de nuevos horizontes críticos de posibles alternativas, que paulatinamente van también coagulándose como inéditos, aunque embrionarios, componentes de un distinto modelo civilizatorio.

En la vida, en todas las formas de vida hay antagonismo, y hay antagonismo no a pesar de que, sino justamente porque todas las formas de vida han sido subsumidas, formalmente y realmente, por el capital. Ahora, si hablamos de todas las formas de vida hablamos también de las infancias, y en nuestro caso particular, de las instaladas en el fenómeno del hiperconsumismo.

Por ello, entonces, hay que entender, reflexivamente, históricamente, categorialmente y epistémicamente, que en las formas de vida emocionales y en aquella forma de vida que son las infancias, están presentes contemporáneamente la subsunción completa operada por el capital y, al mismo tiempo, el antagonismo que emerge dentro de esta subsunción completa, antagonismo que demasiadas veces ha sido olvidado, invisibilizado, silenciado.

Una historia que habrá que narrar cuanto antes, y a la cual este texto ha intentado, por lo menos embrionariamente, iniciar a darle voz.

Explotación del cuerpo y de la corporalidad de niños, niñas y adolescentes en el capitalismo contemporáneo. Un enfoque desde la dignidad y la humanización

Queda, por muchos jóvenes en crisis ocupacional, y con la cabeza llena de sueños ambiciosos, el orgullo de poderse definir emprendedores de sí mismos. Pueden considerarse un caso particular de influencers. En lugar de promover los productos, los sponsors promueven un producto de cuya calidad son los solos jueces, en un proceso que mezcla el narcisismo con la automercantilización. Creen ser los propietarios de su medio de producción... Cuando luego se encuentran prisioneros de sus elecciones, se quejan como de una injusticia. Su medio de producción, es decir el cuerpo, tiene que obedecer a ciertos estándares, actuar según gramáticas de pornografía estereotipada. La forma misma de reproducir las imágenes tiene que uniformarse a las costumbres perceptivas del usuario, con los filtros y las conexiones que el mercado impone. Ya no son los verdaderos propietarios de su cuerpo; por el contrario el cuerpo publicitado en foto, en vídeo se vuelve un impedimento, un lastre, cuando vuelven a tocar tierra. No son emprendedores; en realidad son explotadores de sí mismos.

~ Walter Siti ~

Introducción

En el marco del capitalismo contemporáneo, las formas de explotación han experimentado una transformación significativa, desplazándose de escenarios materialmente localizados, en particular las fábricas, hacia modalidades deslocalizadas y destemporalizadas. Este proceso abarca también dimensiones in-materiales, que afectan no solo a los recursos físicos o al trabajo humano, sino aspectos profundamente subjetivos y relacionales. En el caso de niños, niñas y adolescentes, esta lógica se expresa también en la apropiación de sus cuerpos y corporalidades, convertidos en objetos de valor mercantil, que generan beneficios para terceros a costa de su desarrollo, su integridad y su dignidad.

La explotación corporal de los NNAs (Niños, niñas y adolescentes) produce consecuencias graves y persistentes, tanto visibles como invisibles, que comprometen su salud física y emocional, su autoestima, su capacidad de autode-terminación y su relación con la identidad. A su vez, esta dinámica favorece la acumulación de ganancias por parte de conglomerados económicos, profundizando las desigualdades y vulnerando el derecho fundamental de las infancias a una vida plena y libre de violencia.

Los análisis que se proponen en este texto se fundamentan en un principio esencial: la dignidad plena y la sacralidad del cuerpo y la corporalidad de los NNAs. Esta perspectiva invita a reconocer estos espacios como inviolables, únicos e irrepetibles, libres de toda forma de instrumentalización, explotación o mercantilización, tanto material como simbólica. Reconocer la sacralidad de sus cuerpos implica defender su integridad como territorios de re-existencia, donde puedan desplegar su identidad, su autonomía y su sentido de sí en libertad, lejos de las lógicas objetivantes que impone el capital.

Es crucial para la familia humana que los cuerpos y las corporalidades de niños, niñas y adolescentes permanezcan libres de toda forma de intervención que implique explotación, manipulación o control. Esto incluye el uso comercial de su imagen, la invasión de su privacidad, la apropiación de su potencial físico y la instrumentalización de dimensiones esenciales como la alimentación, la tecnología y las relaciones sociales. Garantizar estos espacios implica

construir entornos que respeten profundamente su dignidad y promuevan no sólo su sobrevivencia, sino su vida, su desarrollo integral y su participación activa, en concordancia con lo establecido por la Convención sobre los Derechos del Niño (CDN).

Tal como afirma la Declaración Universal de Derechos Humanos, “la libertad, la justicia y la paz en el mundo tienen por base el reconocimiento de la dignidad intrínseca y de los derechos iguales e inalienables de todos los miembros de la familia humana.” (ONU, s.f., pág. 3) Este principio fundacional nos recuerda que el desconocimiento o el desprecio de los derechos humanos ha dado lugar a actos de barbarie ultrajantes para la conciencia de la humanidad, y que la aspiración compartida es construir un mundo en el que los seres humanos, libres del miedo y la miseria, puedan ejercer plenamente su libertad de pensamiento, de expresión y de creencia.

Reafirmar estos principios en el presente implica asumir el compromiso ético y político de proteger a los NNAs frente a toda forma de explotación, y de garantizar que crezcan en condiciones de libertad, respeto y dignidad. Esto no solo exige políticas públicas activas, sino una crítica frontal a las lógicas económicas, culturales y tecnológicas que mercantilizan sus cuerpos.

Algunos elementos para avanzar en una ruta de comprensión del desborde de la explotación

A continuación, se desarrollan algunos de los elementos teóricos y conceptuales que sustentan esta reflexión y acción, indagando en los ‘campos de sospecha’ donde se manifiesta la explotación del cuerpo y la corporalidad de niños, niñas y adolescentes. Este análisis también permite identificar los daños específicos que estos procesos provocan en su desarrollo integral, afectando dimensiones centrales de su autonomía, bienestar e identidad.

La propuesta se articula en torno a cuatro ejes interrelacionados: cuerpo, corporalidad, explotación y daño, todos atravesados por el principio ético de

la dignidad y humanidad del cuerpo infantil. Esta dignidad se encuentra en permanente amenaza ante la voracidad del mercado y las formas cada vez más sofisticadas de captura, manipulación y explotación que operan sobre las infancias. En última instancia, esta realidad es expresión de una lógica mercantil-instrumental que subordina personas, comunidades y pueblos a los intereses del capital, reduciendo sus cuerpos y vidas a simples recursos explotables.

Desde esta perspectiva, el cuerpo de los NNAs se concibe como una entidad física en proceso de supervivencia, desarrollo y participación, tal como lo reconocen los marcos internacionales de derechos. Es un cuerpo vulnerable, generativo y subjetivo, implicado en dinámicas de formación, crecimiento, conformación y expresión, donde toda intervención genera impactos, tanto inmediatos como de largo alcance. En el capitalismo contemporáneo (marcado por la disolución de límites temporales, espaciales y éticos a la explotación), el cuerpo infantil se convierte en un objeto moldeable y mercantilizable, subordinado a estéticas impuestas, exigencias de rendimiento y fantasías de perfección física, que benefician a terceros y degradan su humanidad.

Por su parte, la corporalidad (Lopez-Libor Aliño, 1974) se refiere a la manera en que los NNAs experimentan y significan su propio cuerpo, incluyendo la identidad, la autoimagen y la percepción del propio valor. Es una dimensión subjetiva, intersubjetiva y emocional que conecta el cuerpo con el mundo, con las otras personas y con el territorio. La explotación de la corporalidad implica la colonización de esta experiencia por discursos que moldean el deseo, distorsionan la autopercepción e introducen criterios de validación externos. En el capitalismo actual, esta explotación opera mediante sistemas simbólicos que asocian el cuerpo con ideales comerciales, promoviendo una autoimagen convertida en producto y reduciendo la experiencia vital a un objeto de consumo, moldeable según los intereses del mercado.

Explotación contemporánea: de lo material a lo inmaterial

En el capitalismo contemporáneo, la explotación de niños, niñas y adolescentes ha desbordado las fronteras de lo material, desplazándose hacia territorios más sutiles, pero igualmente lesivos: la manipulación de la subjetividad, las emociones y los deseos. Esta forma de explotación opera a través de dispositivos simbólicos que modelan la autoimagen, la identidad y los vínculos sociales, configurando a los NNAs como sujetos dependientes de productos, tecnologías y estilos de vida que prometen aceptación, éxito y pertenencia.

Desde edades cada vez más tempranas, los sistemas del deseo contruidos en torno a las infancias fomentan una relación de dependencia con el consumo, la tecnología, determinadas formas de alimentación y entretenimiento. Publicidad, algoritmos y estrategias de fidelización actúan como mecanismos de sujeción, que colonizan los procesos de desarrollo subjetivo, restringiendo su autonomía y su capacidad de imaginar otras formas de habitar el mundo. Así, los NNAs no solo son convertidos en consumidores precoces, sino en consumidores forzados, moldeados para reproducir lógicas de mercado, aunque aparentemente se presenten como elecciones libres y deseadas.

Estas formas de explotación se camuflan bajo el discurso de la autonomía y del empoderamiento infantil, pero en realidad operan como dispositivos de control afectivo y simbólico que recaen directamente sobre el cuerpo y la corporalidad. Los ideales de éxito, rendimiento y perfección (aparentemente alcanzables mediante el consumo), generan una presión constante por optimizarse, adaptarse y agradar. En este sentido, Byung-Chul Han (2024) advierte que vivimos en una sociedad del rendimiento que deriva en una sociedad del cansancio, donde las personas son explotadas por sí mismas en una lógica de autoexigencia que agota, paraliza y deshumaniza. Para los NNAs, esta presión se traduce en una doble explotación: una externa, que impone estándares inalcanzables; y una interna, que los impulsa a evaluarse y definirse a través de una mirada ajena, midiendo su valor en función del desempeño y la aceptación social.

Complementariamente, Zygmunt Bauman (2003) nos alerta sobre la liquidez de los vínculos y de las identidades en la modernidad tardía. En este contexto, los NNAs son inducidos a vivirse como mercancías deseables, cuyo cuerpo, imagen y personalidad deben estar en permanente actualización para no quedar “obsoletos” en el mercado simbólico. Esta fragilidad construida no solo erosiona el sentido del yo, sino que instala una inseguridad crónica que alimenta el ciclo de consumo, ansiedad y autoexigencia. La corporalidad, entonces, deja de ser territorio de encuentro consigo y con el otro, para convertirse en superficie de exposición, comparación y validación externa.

En un mundo donde “no hay un afuera del capitalismo” (Hartd y Negri, 2000, pág. 45) como han señalado diversos pensadores críticos, resulta ingenuo (e incluso peligroso) concebir a niños, niñas y adolescentes como sujetos inmunes o ajenos a las lógicas de explotación y violencia estructural que rigen el orden contemporáneo. La infancia ha sido históricamente idealizada como un espacio de inocencia y protección, pero esta visión romantizada oscurece las formas concretas (materiales e inmateriales) en que el capital penetra sus cuerpos, emociones, tiempos y vínculos. Asumir que la niñez puede permanecer intocada por las dinámicas del despotismo del mercado es negar el carácter totalizante del sistema, y al mismo tiempo, despolitizar la urgencia de resistir sus impactos sobre los frágiles. Lejos de ser un territorio cuidado la infancia es hoy más bien un baldío, uno de los campos más codiciados por las industrias culturales, tecnológicas y comerciales, que han aprendido a capturar sus deseos y subjetividades desde etapas tempranas. Por ello, en lugar de imaginar un “afuera” protector para las infancias, es necesario afirmar su derecho a resistir desde dentro, a habitar sus cuerpos y corporalidades con dignidad, y a reclamar espacios de re-existencia frente a la lógica de la captura y la explotación.

La omnipresencia de la lógica mercantil capitalista implica también la omnipresencia de la explotación. Esta no se limita a los espacios tradicionales del trabajo o del intercambio económico, sino que se extiende a todos los ámbitos de la vida, penetrando incluso aquellos que históricamente fueron considerados sagrados o inviolables, como la infancia. En este contexto, los niños, niñas y adolescentes no están protegidos de las dinámicas extractivas del capital; por el contrario, se han convertido en territorios estratégicos para

la acumulación, tanto simbólica como material. La violencia que se ejerce sobre ellos es muchas veces invisibilizada, banalizada o naturalizada, al punto de que los NNAs ni siquiera pueden ser plenamente nombrados como sujetos explotados, debido al imaginario que los concibe como seres fuera del sistema o protegidos por su inocencia. Sin embargo, esta supuesta inocencia no los exime del daño: solo oculta el daño detrás de una narrativa funcional al orden establecido. Las infancias, en este sentido, son un campo frágil, de alta vulnerabilidad y al mismo tiempo instrumentalizado y negado en su generatividad por el capitalismo contemporáneo.

Cuatro puntos de orientación crítica y un eje central articulador: la dignidad y humanidad del cuerpo y la corporalidad de los NNAs

En numerosas sentencias y pronunciamientos, la Corte Constitucional Colombiana se ha referido a la dignidad humana, que no es solo un principio fundante del orden jurídico, sino también el sentido último de toda acción pública y ciudadana. Este principio implica dimensiones concretas, que le dan sentido tanto a la pervivencia del Estado como a la existencia misma de la persona humana, individualmente y en su dimensión colectiva como humanidad:

El derecho a la dignidad humana debe entenderse bajo dos dimensiones: a partir de su objeto concreto de protección y con base en su funcionalidad normativa. En relación con el primero, este Tribunal ha identificado tres lineamientos claros y diferenciados:

i) la dignidad humana como autonomía o como posibilidad de diseñar un plan vital y de determinarse según sus características;

ii) la dignidad humana entendida como ciertas condiciones materiales concretas de existencia; y

iii) la dignidad humana como intangibilidad de los bienes no patrimoniales, de la integridad física y moral, o, en otras palabras, la garantía de que los ciudadanos puedan vivir sin ser sometidos a cualquier forma de trato degradante o humillante. (Corte Constitucional, 2017)

Estas dimensiones de la dignidad (autonomía, condiciones materiales y protección contra la degradación) constituyen el núcleo de cualquier política pública y ciudadana legítima. En el caso de los niños, niñas y adolescentes, este enfoque obliga a reconocer la explotación contemporánea como una violación integral de la dignidad, en sus tres niveles. Desde esta perspectiva, todo NNAs tiene el derecho inalienable a desarrollarse en plenitud, libertad y respeto.

En este marco de fondo, nuestro siguiente análisis se organiza en torno a cuatro puntos de orientación crítica: cuerpo, corporalidad, explotación y daño. Cada uno de ellos representa una dimensión clave de la experiencia, vulnerabilidad, generatividad y subjetividad de los niños, niñas y adolescentes, en el contexto del desborde de la explotación contemporánea. Estos puntos están interconectados y sostenidos por un eje central y articulador: la dignidad y humanidad del cuerpo y la corporalidad infantil, entendidos como espacios inviolables y no disponibles para la explotación, ni material ni simbólica. Desde esta perspectiva, todo NNA tiene el derecho inalienable a desarrollarse en plenitud, libertad y respeto. A continuación, se desarrollan los principales elementos de estos cuatro puntos cardinales.

- Cuerpo como espacio de dignidad, hominización, humanización, sagrado e inviolable

El cuerpo de los NNAs es una expresión del proceso de hominización y humanización, tanto en sentido biológico como cultural. No es solo materia: es territorio de sentido, de presencia y de derecho. Reconocerlo como espacio sagrado e inviolable implica afirmar que ningún interés externo (comercial, institucional o simbólico) puede justificar su manipulación o instrumentalización.

En un mundo donde la presión comercial y social impone estándares de belleza, rendimiento, perfección y modificación física, la defensa del cuerpo infantil es una defensa de la dignidad humana. Asumir su carácter sagrado significa no solo protegerlo de intervenciones lesivas, sino también garantizar condiciones materiales, simbólicas y relacionales para que los NNAs lo vivan en libertad, sin condicionamientos mercantiles que lo reduzcan a mercancía o herramienta de consumo.

Además de la dignidad como eje estructurante de la acción pública y ciudadana ante las infancias, emerge un imperativo factual, histórico y ético: el cuidado de las infancias y adolescencias como expresión de respeto por el proceso de hominización y humanización. Esta doble dimensión ha sido desarrollada desde distintas disciplinas y enfoques: Humberto Maturana y Francisco Varela (2009) abordan la hominización como un proceso biológico relacional, en el que el lenguaje, el afecto y la convivencia dan forma a lo humano; Yuval Harari (2014), desde una perspectiva histórica y evolutiva, profundiza en esta mirada en “Sapiens: de animales a dioses” y en toda su obra, al plantear que las narrativas culturales modelan profundamente las estructuras sociales y subjetivas de la humanidad.

- Corporalidad como espacio de autenticidad, libertad y soberanía sobre el propio cuerpo

La corporalidad se refiere a la vivencia subjetiva e intersubjetiva del cuerpo, al modo en que los NNAs lo sienten, lo habitan, lo expresan. Es en esta dimensión donde se construye la identidad, el autoconcepto y la relación con el entorno. Proteger la corporalidad es proteger la posibilidad de ser, sin imposiciones que dicten cómo se debe lucir, actuar o sentirse.

La soberanía corporal implica el derecho de cada niño, niña y adolescente a ser protegido frente a cualquier forma de presión, manipulación o apropiación que los cosifique o instrumentalice. En un sistema que busca modelar sus cuerpos por fines comerciales, culturales o ideológicos; defender su corporalidad significa afirmar su derecho a habitar su cuerpo con libertad y dignidad, sin verse expuestos a violencias simbólicas o materiales, sin idealizaciones impuestas, y sin ser objeto de procesos de mercantilización, medicalización injustificada o mutilación corporal.

El cuerpo infantil no puede ser sometido a decisiones irreversibles bajo la influencia de discursos de moda o de corrientes ideológicas que lo niegan como entidad digna en sí misma, ni convertirse en campo de experimentación o adaptación a lógicas ajenas a su bienestar integral. Así lo evidencia el estudio longitudinal realizado por Singh Bradley y Zucker (2012), en el que el

87% (n=139) de los niños y niñas, que aseguraron sentir disforia de género, al llegar a la adolescencia o a la adultez, cambiaron su perspectiva y se identificaron con su sexo de nacimiento.

La soberanía corporal, en este sentido, es inseparable del principio de no disponibilidad del cuerpo de los NNAs, y de su derecho a super-vivir, desarrollarse, participar y crecer en un entorno que respete profundamente su integridad, su autonomía en formación y su dignidad humana.

La difusión de la idea de que existen cuerpos equivocados, colores, clases, historias equivocadas, o de que hay personas atrapadas en cuerpos que no les corresponden representa una de las formas más recientes y preocupantes de intervención ideológica sobre la corporalidad, especialmente cuando se dirige hacia niños, niñas y adolescentes. Esta noción, promovida por ciertos emprendimientos biomédicos y culturales, niega la realidad material, biológica e histórica del cuerpo humano, reduciéndolo a una entidad modificable según percepciones subjetivas o deseos momentáneos, muchas veces influenciados por lógicas adultocéntricas, mediáticas o de mercado. (Kaltschmitt, 2023)

Desde esta perspectiva, el cuerpo ya no es visto como una realidad concreta y viviente, marcada por procesos naturales, culturales y relacionales, sino como un objeto manipulable, una superficie que puede ser corregida o rediseñada para ajustarse a un ideal identitario. Esta narrativa instala una relación de desapego con el propio cuerpo desde edades tempranas, promoviendo intervenciones irreversibles como medicalización precoz, hormonización o mutilaciones corporales, bajo el pretexto de garantizar autonomía o bienestar. Sin embargo, lo que se produce es una vulneración profunda de la soberanía corporal, del proceso de supervivencia, desarrollo y participación y del derecho a vivir la infancia sin presiones externas, que impongan definiciones cerradas e identidades modificadas por el mercado y la moda.

Afirmar la dignidad y la soberanía del cuerpo de los NNAs implica rechazar toda forma de instrumentalización que desconozca su realidad encarnada, su proceso de maduración y su necesidad de contención afectiva, pedagógica y social. El cuerpo no es un error a corregir, ni un lienzo ideológico; es una realidad integral, sagrada, situada en la historia, en las relaciones, en la vida,

en la política, en la economía, en la sociedad y en la biología; que debe ser respetada, cuidada y no dispuesta al servicio de intereses externos. Garantizar este respeto es una responsabilidad ética, política y civilizatoria frente a generaciones que tienen derecho a crecer en libertad, sin ser objeto de experimentación ni colonización simbólica.

Desde el pensamiento crítico español, dos figuras destacadas, Amelia Valcárcel (2020) y Alicia Miyares, ofrecen un soporte filosófico y jurídico esencial para la defensa del cuerpo y la corporalidad como territorios de dignificación, humanización y hominización. Ambas autoras, desde una lectura rigurosa y aguda del feminismo, insisten en no perder de vista la base biológica y factual del cuerpo, sin por ello reducirlo a lo meramente biológico. El cuerpo es histórico, es político, es semiótico y es biológico a la vez. En este sentido, Amelia Valcárcel afirma con contundencia que: “El poder deja marcas en los cuerpos, pero la libertad también.” (Valcárcel, párr. 3)

- Explotación. violación de la dignidad y mercantilización del ser

Las formas contemporáneas de explotación económica de los NNAs (materiales e inmateriales), representan una violación directa de su dignidad. Esta explotación se manifiesta en la reducción de su imagen, autonomía, subjetividad e incluso de su identidad a mercancías funcionales a los intereses del mercado.

En esta lógica, los niños, niñas y adolescentes dejan de ser reconocidos como sujetos vitales, sujetos de derechos e incluso como personas humanas plenas, y pasan a ser tratados como medios para fines comerciales. Esta instrumentalización fragmenta sus identidades, impone modelos de consumo y rendimiento ajenos a sus propios procesos vitales, y bloquea el desarrollo integral de su humanidad. Consentir esta forma de explotación equivale a legitimar la cosificación de las infancias y permitir que sus cuerpos, emociones y subjetividades sean ocupados por la voracidad del capital.

Esta penetración no suele ser explícita ni evidente; al contrario, opera de manera lenta, silenciosa e imperceptible, instalándose progresivamente en los vínculos, los lenguajes, los imaginarios, las prácticas institucionales y las tec-

nologías que rodean a los NNAs. Puede comprenderse como una forma de usucapión simbólica, en la que el sistema va apropiándose del cuerpo y la subjetividad infantil mediante el uso constante, la repetición de estímulos y la naturalización de su disponibilidad. Al igual que en el derecho civil, donde la posesión continua y no interrumpida puede llevar al reconocimiento legal de la propiedad (aunque esta haya comenzado sin derecho legítimo), el capitalismo actúa sobre las infancias ocupándolas, explotándolas y moldeándolas sin resistencia suficiente, hasta que la violencia deviene hábito y la cosificación, normalidad. Denunciar este proceso es indispensable. Interrumpir la ocupación es urgente. Restituir a los niños, niñas y adolescentes el pleno derecho a habitar su cuerpo y su vida como sujetos inviolables es una tarea ética, política y pedagógica ineludible.

A diferencia de la usucapión jurídica, que implica la apropiación progresiva de un bien mediante su posesión continua, lo que sucede con los cuerpos y subjetividades de niños, niñas y adolescentes en el capitalismo contemporáneo no es un retiro ni una desaparición, sino una forma inversa y perversa: una anegación lenta y persistente, semejante a un aluvión simbólico. Pero no se trata aquí del aluvión como formación de nuevos terrenos por el retiro de las aguas, sino de un proceso inverso: una inundación gris, paulatina, silenciosa, de aguas turbias que avanzan y ocupan todo. El capital no se retira para dejar lugar, sino que penetra, desborda y ocupa; no permite la formación de nuevos suelos identitarios, sino que los tapa, los diluye, los transforma en pantanos donde los cuerpos ya no se reconocen como propios. Esta anegación simbólica es tan persistente como invisible, y actúa sobre las infancias desde múltiples frentes: la publicidad, la industria cultural, los discursos ideológicos, las instituciones e incluso ciertas pedagogías adaptadas al mercado. Frente a esta realidad, el acto de re-existir implica drenar, recuperar terreno, reconstituir la soberanía corporal y subjetiva de los NNAs, devolviéndoles el derecho a habitar su existencia en libertad, dignidad y plenitud y sobre todo en la alegría de la gratuidad y la gratitud de la alegría.

Resultan muy importantes, al respecto, las reflexiones sobre la mercantilización de lo humano de Michael Sandel en su libro “Lo que el dinero no puede comprar” (2012). Dice este autor:

El problema, con permitir que el mercado alcance cada esfera de la vida, no es solo la desigualdad. Es la corrupción. [...] Poner un precio a todo puede corromper los bienes sociales. [...], porque los mercados no solo distribuyen bienes, sino que también expresan y promueven ciertas actitudes respecto a las cosas que se intercambian. [...] ¿Dónde no debe mandar el dinero? (Sandel, 2012, p. 11)

Sandel argumenta que la lógica del mercado ha colonizado esferas que antes estaban regidas por valores cívicos, éticos o afectivos, como la educación, la salud, el arte, la política e incluso las infancias y sus cuerpos. Esta lógica transforma las relaciones humanas en transacciones y las cualidades humanas en mercancías, lo que conlleva una pérdida profunda del sentido de lo común y de lo sagrado.

Esta mercantilización constituye también uno de los interrogantes más urgentes en la obra de otros autores, como David Harvey (2012) y Nancy Fraser (2019), quienes han denunciado cómo el capitalismo global absorbe, redefine y subordina la vida misma a la lógica del mercado. En sus conversaciones con Rahel Jaeggi, Fraser insiste en que, además de extraer riqueza del trabajo asalariado, el capitalismo es una forma institucional organizadora de la vida social que se lucra también del cuidado, de la naturaleza; en fin, de la vida misma. (Fraser & Jaeggi, 2019).

- Daño: acción mercantil, consecuencias irreversibles y empobrecimiento de la humanidad de los NNAs

Para Bernardo Toro, la ética del cuidado es la que asume la función de prevenir daños futuros y reparar los ya infligidos. El aprendizaje de este cuidado integral —de sí mismo, de los vínculos, de las instituciones, de lo público y sus bienes, del planeta— resulta crucial para la emergencia de un nuevo paradigma de civilización. Una civilización debe aceptar, insistía Toro (2012) frente a un auditorio de 90 empresarios argentinos, que “el bien que vuelve más rica a una sociedad es la ética, el arte de elegir lo que conviene a la vida digna de todos.” (Párr. 3)

Esta noción del cuidado como práctica ética, preventiva y reparadora dialoga con la noción de daño en Zygmunt Bauman, particularmente en su obra “Daños colaterales: desigualdades sociales en la era global” (2011), donde disecciona las múltiples formas en que la desigualdad genera sufrimiento estructural. Estos “daños colaterales” pueden ser comprendidos también como formas de explotación no vistas o normalizadas en el capitalismo contemporáneo.

En particular, el daño derivado de la explotación del cuerpo y la corporalidad de niños, niñas y adolescentes no es un efecto colateral, ni un accidente del sistema: es el resultado directo de una acción mercantil planificada, diseñada para maximizar beneficios económicos a costa de su integridad y bienestar. Este daño es profundo, duradero e incluso irreversible. Afecta su salud física, su equilibrio emocional, su autoestima, su capacidad de autodeterminación y la construcción de una identidad libre de imposiciones externas.

La mercantilización de sus cuerpos y corporalidades no solo interrumpe sus procesos de desarrollo integral, sino que produce un verdadero empobrecimiento de su humanidad, alterando la relación que los NNAs construyen consigo mismos, con los otros y con el mundo. Les impone ideales de éxito, belleza y consumo inalcanzables, fragmenta su subjetividad y debilita su capacidad crítica frente a las exigencias normativas del sistema. En lugar de crecer en la afirmación de su valor intrínseco, los NNAs se ven forzados a adaptarse a modelos de validación externa que los desarraigan de su autenticidad.

Este daño no es únicamente individual: es social, estructural y generacional. Afecta al tejido humano en su conjunto, porque impide que nuevas generaciones se desarrollen en condiciones de libertad, autenticidad y dignidad. No se trata simplemente de una vulneración de derechos individuales, sino de un proceso sistemático de deshumanización colectiva, que compromete el futuro mismo de nuestra convivencia.

Proteger a los NNAs de esta forma de explotación es mucho más que un mandato legal o moral: es un imperativo ético, político y civilizatorio. Significa afirmar, sin ambigüedad, que sus cuerpos y corporalidades no están disponibles para el mercado, y que la infancia no puede ser tratada como un recurso a explotar, sino como un territorio sagrado de formación, dignidad y posibilidad. Defender a las infancias de la instrumentalización es, en última instancia, defender la humanidad.

Al final de todo este apartado resuena con claridad la imperiosa necesidad de luchar contra toda forma de explotación y cuidar con profundidad las infancias y, en particular, sus cuerpos. No es solo una obligación jurídica o política, sino un imperativo ético y espiritual que atraviesa diversas tradiciones culturales y sapienciales. Como afirmó Jesús de Nazaret: “Mejor le fuera que se le atase al cuello una piedra de molino y se le arrojase al mar, que hacer tropezar a uno de estos pequeñitos.” (Lucas 17:2; Reina Valera, 1969,)

Desde la sabiduría africana del *Ubuntu* (Kubuka, s.f.), se reconoce que “yo soy porque somos”, y cuidar a un niño es cuidar a toda una comunidad, a una tierra, a un planeta. En palabras de esta cosmovisión, cuidar a las infancias es cuidar el corazón mismo de la humanidad.

En sintonía con ello, la tradición mesoamericana enseña que los niños y niñas son “plumas y tesoros incalculables”, como recuerdan María Manarelli y Pablo Rodríguez en “Historia de la infancia en América Latina”, obra cuyo propósito es incluir a los niños y niñas en la historiografía. En el capítulo 1, Rodríguez narra cómo las sociedades mesoamericanas recibían y comprendían las infancias como tesoros intocables, inspirado en aquello que Sahagún recoge sobre la preñez y el nacimiento

Dice Rodríguez:

Sorprende la manera tan minuciosa como los informantes de Fray Bernardino de Sahagún recordaron el momento en que se anunciaba y celebraba el embarazo. Una vez la recién casada se sentía preñada, informaba a sus padres; luego, reunían comida, bebida, flores olorosas y cañas de humo. Invitaban a los padres del casado y a los principales del pueblo a un festivo convite en el que comían y bebían. Y al final un anciano, en medio de todos y sentado en cuclillas, decía estas palabras: “Oíd pues señores que estáis presentes, todos los demás que aquí también estáis, viejos y viejas, canos y canas, sabed que nuestro Señor ha hecho misericordia porque la señora “N”, moza y recién casada, quiere nuestro Señor hacer la misericordia y poner dentro de ella una piedra preciosa y una pluma rica, porque ya está preñadilla la mozuela... Parece que nuestro señor ha puesto dentro de ella a una criatu-

ra...” Y el orador terminaba clamando a los dioses por la aventura de la criatura. (pág. 23)

Entre los náhuatl, en el momento del nacimiento, la partera reconfortaba a la madre con gritos estridentes, similares a los de un guerrero en combate que había ganado la batalla y que había vencido varonilmente “cautivando a un niño”, y luego hablaba la partera a la criatura. Si era varón, le decía: “Seáis muy bien llegado, hijo mío, muy amado”. Y si era hembra, le decía: “Señora mía, muy amada seáis, muy bien llegada”. Y la saludaba como “piedra preciosa” y “pluma rica” en un largo discurso, en el que se advertía de la incertidumbre y penas de la vida: donde hay trabajo y fatigas, donde hay calor y frío, donde no hay placer ni contento, porque es un lugar de trabajo, fatigas y necesidad.

Luego, la partera lavaba el cuerpo de la criatura mientras le decía las siguientes palabras: “Hijo mío, llegaos a vuestra madre, la diosa del agua Chalchihuitlicue. Tenga ella por bien de os recibir y de lavaros. Tenga ella por bien de apartar de ti la suciedad que tomaste de tu padre y de tu madre. Tenga por bien limpiar tu corazón y hacerte bueno y limpio. Tenga por bien de dar buenas costumbres”. Luego, la partera, que actuaba como sacerdotisa, dirigía un recitativo al agua para que vertiera sus poderes en el recién nacido. Esto, dice el texto de Sahagún, no lo hacía en forma recia sino como rezando. Finalmente, la partera hablaba a la madre recién parida y la colmaba de halagos. (Rodríguez, 2007, p.p. 37-39).

Campos de sospecha y de riesgo de explotación de los NNAs

En los institutos jurídicos de muchos países, por ejemplo para el derecho civil colombiano, el principio de precaución y la responsabilidad se activan cuando existe una sospecha razonable sobre un riesgo. En este marco, la responsabilidad no se limita a la constatación del daño, sino que impone un deber

anticipatorio y ético de actuar ante su posible ocurrencia. Hoy, este deber responsable de precaución nos exige considerar con seriedad el riesgo creciente que representan las nuevas formas de explotación sobre los niños, niñas y adolescentes, estableciendo así campos de sospecha que permitan anticipar, prevenir y enfrentar situaciones de posible daño irreparable.

Como señala María Isabel Troncoso (2010):

Una primera aproximación al principio de precaución, a su origen y a su proceso de lenta maduración, permite explicar cómo hoy al mismo se le atribuyen dos elementos esenciales: una constante, que se refiere al hecho de tratarse de una situación de incertidumbre respecto de la existencia de un riesgo de daño grave e irreversible, y una exigencia: la de tomar medidas prematuras, proporcionadas y aptas para evitar el daño sospechado. (Troncoso, pág. 12).

En este sentido, la responsabilidad no es solo civil, ni la sospecha una simple desconfianza; es, sobre todo, una exigencia ética y política responsable. Es un llamado urgente a reconocer aquellos escenarios donde puede estar gestándose un daño estructural, silencioso e invisible sobre las infancias, y a actuar desde una lógica de protección proactiva, no reactiva. Esta responsabilidad se alinea con los marcos legales nacionales e internacionales, con la garantía integral de los derechos humanos y con la comprensión del cuidado como nuevo paradigma civilizatorio. Se trata, en definitiva, de anticipar el daño, de tomar en serio la vulnerabilidad de los niños, niñas y adolescentes como un llamado a la acción responsable, comprometida y profundamente humana.

El cuerpo y la corporalidad de los niños, niñas y adolescentes se han convertido en espacios de disputa no sólo en torno a la protección y garantía de sus derechos fundamentales, sino también frente a formas de explotación cada vez más sofisticadas, que emergen en un contexto tecnificado, mercantilizado y atravesado por presiones culturales y sociales. Estas formas de explotación, muchas veces invisibilizadas o normalizadas, afectan no solo su integridad física, sino también su identidad, su autonomía y la manera en que los NNAs construyen la percepción de sí mismos.

Este acápite se aproxima a la identificación y análisis de una serie de campos de sospecha, es decir, escenarios donde confluyen dinámicas de consumo, manipulación de deseos e intervenciones sobre sus cuerpos y subjetividades, generando daños profundos y persistentes que comprometen su desarrollo integral. Desde los entornos tecnomediados, que capturan y monetizan sus datos, hasta la industria de la moda infantil y la mercantilización de su imagen; desde la publicidad dirigida y el marketing agresivo, hasta la medicalización precoz, la presión por el alto rendimiento o la comercialización de la identidad de género, todos estos campos operan como nuevos territorios de apropiación del cuerpo y la subjetividad infantil. Lo que se presenta como inofensivo (entretenimiento, belleza, salud, inclusión) muchas veces oculta estructuras de poder y explotación, que convierten a los NNAs en objetos de consumo, debilitando su autonomía, su dignidad y su humanidad.

Este análisis no constituye una condena simplista de la tecnología, la medicina, la moda o cualquier otro ámbito abordado. Por el contrario, se trata de una invitación a la lectura crítica, ética y responsable, orientada a visibilizar cómo estos sectores (legítimos y potencialmente valiosos para el desarrollo humano) pueden ser cooptados por lógicas vorazmente mercantiles que instrumentalizan los cuerpos y los deseos de las infancias. La tecnología puede ser una herramienta de encuentro, la medicina una vía de cuidado, la moda una expresión estética. Pero, cuando estos campos son atravesados por la lógica más caníbal del capital, dejan de ser medios para el florecimiento humano y se transforman en espacios de riesgo.

Por eso hablamos de campos de sospecha: porque allí donde hay signos de apropiación simbólica o material de la infancia, debe activarse la sospecha crítica. Pero esa sospecha no puede quedarse en el diagnóstico ni en la alarma. En el marco de los derechos de los NNAs, sospechar riesgo implica una obligación ética, política y pedagógica de actuar. Allí donde se identifiquen condiciones que puedan afectar su desarrollo integral, se vuelve urgente desplegar procesos de protección, regulación, investigación y transformación. No basta con nombrar lo que amenaza: hay que intervenir sobre lo que daña. Del riesgo al cuidado, del síntoma a la acción, de la sospecha a la responsabilidad, ese es el camino que orienta este análisis. No se parte de una desconfianza hacia

la infancia, sino de un compromiso radical con su dignidad, su libertad y su derecho a crecer libres de toda forma de explotación.

- Entornos tecnomediados: sobreexposición a pantallas, redes sociales y producción de datos

La inmersión de niños, niñas y adolescentes en entornos tecnomediados (especialmente a través de redes sociales, videojuegos, plataformas de entretenimiento y dispositivos digitales), constituye un riesgo estructural y creciente para su desarrollo integral. Lo anterior combinado con la creciente sobreprotección de los padres a los hijos, ha sido catalogado por Haidt (2024) como el detonador de una pandemia letal en los NNAs.

Lo que inicialmente puede parecer una oportunidad para el aprendizaje, el juego o la socialización, se transforma rápidamente en una dinámica de captura atencional, donde los NNAs son progresivamente moldeados por lógicas de consumo, vigilancia y dependencia digital.

Estos entornos no solo reconfiguran la manera en que los NNAs interactúan con su mundo, sino que también fragmentan su atención, distorsionan sus deseos y condicionan sus formas de vinculación social. Al mismo tiempo, los someten a un proceso constante y silencioso de recopilación y explotación de datos personales: cada clic, búsqueda o un “me gusta” alimenta sistemas algorítmicos que generan perfiles de consumo, predicen comportamientos y exponen a los NNAs a contenidos diseñados para maximizar su tiempo de conexión. Esta sobreexposición compromete no solo su privacidad, sino también su imaginación y autonomía, al imponer modelos de vida, belleza, éxito y pertenencia contruidos desde y para el mercado. Todo ello resulta un daño para el desarrollo integral de los NNAs. Los efectos de esta sobreexposición son múltiples y profundos, manifestándose en diversas dimensiones del desarrollo infantil:

Tenemos, en primer lugar, que considerar la fragmentación de la atención. La exposición constante a estímulos breves y veloces fragmenta la capacidad de concentración, dificultando la atención sostenida y el aprendizaje profundo. La lógica del *scroll* continuo altera los ritmos cognitivos necesarios para

el pensamiento crítico, la lectura prolongada y la reflexión pausada. En este marco, recientemente (2024), el gobierno francés ha establecido que los niños no podrán utilizar celulares antes de los 11 años, y que no tendrán acceso a las redes sociales hasta los 15. La medida acata las recomendaciones de un informe elaborado por expertos, que alerta sobre los peligros que el acceso temprano a los móviles tiene sobre los hábitos, la violencia, la lectura, la obesidad y la sociabilidad de los NNAs. (Diario El Clarín, 2024).

También nos preocupa la exposición a múltiples riesgos de la esfera de la privacidad y de la intimidad. La pérdida de control sobre sus datos personales convierte a los NNAs en objetos de vigilancia constante. Esta exposición vulnera su derecho a la intimidad y los convierte en blanco de manipulación comercial, afectando su sentido de autonomía y seguridad.

Se verifica, además, una manipulación del deseo y una dependencia emocional. Los algoritmos construyen deseos artificiales, que moldean la autoimagen, asociando el valor personal a la visibilidad, la aprobación digital y el consumo. Esto genera una dependencia emocional hacia la tecnología y debilita profundamente la autoestima.

Se induce la inactividad física y hábitos sedentarios. El tiempo excesivo frente a pantallas reduce las oportunidades de juego activo, afectando el desarrollo motor y aumentando el riesgo de problemas de salud, como obesidad, fatiga y alteraciones metabólicas. El cuerpo infantil queda así desvinculado del movimiento, el territorio y el juego libre.

Se produce hasta y con frecuencia una alteración de los ciclos de sueño y del desarrollo cerebral. La exposición prolongada a la luz azul de las pantallas, especialmente en horarios nocturnos, interfiere con los ritmos naturales del sueño, afecta la regeneración neuronal y repercute negativamente en el rendimiento académico, la estabilidad emocional y la salud mental. La alerta se refiere también al acceso a contenidos vulneradores. Los NNAs están expuestos con frecuencia a imágenes y discursos violentos, sexualizados o desinformativos. Esta exposición daña su bienestar emocional e incide negativamente en sus conductas, relaciones interpersonales y percepción de sí mismos y del mundo.

En fin, se exponen los NNAs a lo que se ha convenido en llamar posverdad, con graves riesgos para los procesos de formación a la democracia. La exposición de los NNAs a lo que Byung-Chul Han (2021) denomina “infocracia” (una lógica que amenaza profundamente la democracia) debilita las sociedades democráticas que estos niños, niñas y adolescentes habitan, y también reduce sus oportunidades de constituirse como sujetos democráticos y participativos. Dice Han;

El *selfie* anuncia la desaparición de la persona cargada de destino e historia. [...] Junto a los féretros, la gente sonríe alegre a la cámara. Se contraría a la muerte con un irónico *soy yo*. [...] El smartphone es el principal infórmata de nuestro tiempo. [...] Hasta lo cósmico del smartphone se retira a un segundo plano en favor de la información. No lo percibimos en lo que específicamente es. En su apariencia, los smartphones apenas se diferencian unos de otros. Miramos a través de ellos hacia la infoesfera. [...] La comunicación a través del Smartphone es una comunicación descorporeizada y sin visión del otro. La comunidad tiene una dimensión física. Ya por faltar corporeidad, la comunicación digital debilita la comunidad. La vista solidifica la comunidad. La digitalización hace desaparecer al otro como mirada. (p.25)

Y es así como las mentiras sobre el cuerpo y la corporalidad, repetidas millones de veces, se imponen como apariencias de verdad que afectan de manera profunda la vivencia encarnada de los NNAs.

También no se puede pasar bajo silencio el terrible tema de la explotación sexual en entornos digitales. La Fundación Renacer, en su documento “Estudio sobre los comportamientos de riesgo de explotación sexual de niñas, niños y adolescentes en el entorno digital durante la pandemia por COVID-19 y la respuesta institucional” (2022), ofrece un análisis exhaustivo sobre los múltiples riesgos que enfrentan los niños, niñas y adolescentes en los entornos digitales contemporáneos. En el contexto particular de la pandemia, se acentuaron las condiciones de vulnerabilidad, debido al aislamiento social, el aumento de la conectividad, la precariedad en la supervisión adulta y el uso intensivo de las plataformas digitales. Este estudio se convierte en una fuente clave para evidenciar cómo la explotación sexual en entornos digitales se presenta hoy

como una de las expresiones más graves del desborde de la explotación. Asimismo, deja entrever que los otros riesgos contemporáneos, como, la estetización forzada, la autoexplotación emocional, la medicalización temprana o la presión de los algoritmos, apenas comienzan a ser identificados o investigados con suficiente profundidad.

Surge desde este inquietante escenario la urgente necesidad de entornos digitales seguros. El entorno tecnomediado en el que hoy crecen los NNAs exige una acción ética, pedagógica y política decidida. No basta con promover la alfabetización digital: es indispensable crear condiciones estructurales que pongan la tecnología al servicio de la vida. Esto implica regular con firmeza la recopilación y el uso de sus datos personales, garantizar la transparencia algorítmica, restringir la publicidad dirigida a las infancias y prohibir el acceso a contenidos inapropiados.

Al mismo tiempo, es fundamental desmercantilizar el ocio y revalorizar los espacios no digitales de socialización, juego y aprendizaje, asegurando que los NNAs tengan acceso a experiencias significativas que favorezcan su desarrollo integral. Promover una relación crítica, libre y saludable con la tecnología se ha vuelto una condición indispensable para proteger la dignidad, la autonomía y la corporalidad de la infancia. Solo así podremos asegurar que el futuro digital no se construya sobre la explotación económica, simbólica y material, de quienes más necesitan ser cuidados.

La preocupación por la construcción de entornos digitales libres de violencia, explotación y manipulación va recientemente cobrando creciente importancia entre las organizaciones internacionales de defensa de la infancia. En este sentido, UNICEF, por ejemplo, plantea una posición interesante:

Cuando hablamos de una internet segura nos referimos a que esté libre de cualquier tipo de violencia, a que sus usuarios sean conscientes de sus derechos y responsabilidades y donde existan mecanismos democráticos de participación. Promover un entorno digital seguro pasa por entender su gran potencial y no permanecer ajeno a sus riesgos, cuestiones ambas que reclaman nuestra atención y proactividad. Ineludiblemente pasa también por el compromiso que deben abrazar

algunos actores clave. La educación debe contribuir con el desarrollo de las competencias digitales y ciudadanas; las administraciones públicas con la creación de un espacio normativo protector y garantista; y la industria con una conciencia responsable a la hora de desarrollar servicios y productos.” (Unicef, 2022)

Este planteamiento, con el cual se presentó la campaña “Su mayor *influencer*”, para padres y cuidadores familiares de NNAs (Unicef, 2022), refuerza la idea de que la protección de los niños, niñas y adolescentes en los entornos tecnomediados no es solo una cuestión técnica o parental, sino una responsabilidad colectiva que abarca dimensiones pedagógicas, jurídicas, éticas y políticas, que incluye la responsabilidad de la industria y el comercio.

- Industria de la moda infantil y estetismo: la explotación del cuerpo, de la imagen y de los deseos manipulados de los NNAs

La industria de la moda infantil y el marketing de la estética ejercen una influencia cada vez más poderosa en la vida de niños, niñas y adolescentes, promoviendo ideales de belleza y estereotipos de imagen que no solo resultan inadecuados para cualquier etapa del desarrollo, sino que también condicionan la autopercepción y las relaciones interpersonales de los NNAs. A través de campañas publicitarias, productos cosméticos y estándares de moda, esta industria moldea deseos y genera una dependencia hacia la apariencia externa y el consumo como vía de validación.

La exposición constante a estos modelos convierte el cuerpo de los NNA en un objeto moldeable según los intereses del mercado, estableciendo una asociación entre valor personal y apariencia física. Los sistemas de publicidad y mercadeo se aprovechan de las vulnerabilidades emocionales de las infancias para instalar ideales de belleza que promueven el consumo permanente de productos como ropa de marca, accesorios, cosméticos y tratamientos estéticos. Este fenómeno no solo deteriora su relación con el propio cuerpo, sino que los convierte en sujetos de un hiperconsumo que prioriza la banalidad sobre el bienestar. Los efectos de esta exposición son múltiples y profundos,

impactando especialmente en la autoestima, la construcción de identidad y el desarrollo emocional.

Recordamos, en primer lugar, la inseguridad corporal y una percepción distorsionada del cuerpo. La exposición reiterada a estándares inalcanzables de belleza genera en los NNAs una relación conflictiva con su cuerpo, caracterizada por la inseguridad, el rechazo y la insatisfacción. Esta distorsión impide el desarrollo de una autoimagen saludable y los impulsa a perseguir transformaciones constantes para ajustarse a modelos externos.

Todo ello se acompaña de una idealización y estereotipación de la belleza externa como valor central. Los mensajes transmitidos por estas industrias colocan la belleza física como un criterio principal de valor, asociando la aceptación social, el amor propio y el éxito con la apariencia. Esta lógica limita la construcción de una identidad integral y promueve la dependencia del estereotipo y de la aprobación externa.

También se impone una dependencia a productos y al consumismo impuestos. Se instala una relación de dependencia hacia productos cosméticos, prendas de marca y accesorios, presentados como medios necesarios para mejorar la imagen. Este consumismo impuesto afecta la autonomía y promueve hábitos insostenibles, basados en la ansiedad por pertenecer y ser aceptados.

Por esta senda, fácilmente se llega a una inquietante normalización de intervenciones cosméticas prematuras. El impacto de estos modelos impuestos lleva a que algunos menores consideren deseables procedimientos estéticos desde edades tempranas, promoviendo una visión del cuerpo como algo que debe ser corregido o perfeccionado mediante el consumo. Esto daña la autoestima, la salud física y el bienestar mental.

También hay que considerar que hay una relación estrecha entre el fomento del hiperconsumo y lo que podríamos llamar el imperio de la banalidad. La moda y la estética infantil impulsan un consumo acelerado y superficial, donde la urgencia por seguir tendencias reemplaza valores como la autenticidad, la aceptación y el aprecio por las diversidades corporales. Se cultiva así una cultura de la imagen, que invisibiliza el valor del ser por sobre el parecer.

En este marco, es, como nunca, necesario fomentar una autoimagen auténtica. Frente al avance de esta industria, que convierte el cuerpo infantil en territorio de explotación simbólica y comercial, resulta urgente desarrollar políticas públicas, campañas educativas y marcos regulatorios que protejan a la niñez de las presiones del mercado. Es indispensable promover una autoimagen positiva, basada en la autenticidad, el respeto por la diversidad corporal y la aceptación de la singularidad.

Asimismo, se requiere construir una cultura que priorice el bienestar emocional y el vínculo amoroso con el propio cuerpo, desafiando los mandatos estéticos impuestos por lógicas de mercado. Acompañar a los NNAs en la construcción de una identidad y corporalidad libres de las imposiciones consumistas no es solo una tarea educativa, sino una responsabilidad ética y política. Es apostar por infancias dignas, libres y sostenidas en el amor propio, familiar, comunitario y social, no en la aprobación ajena.

- Publicidad dirigida y *marketing* infantil agresivo: la creación de deseos y la explotación comercial de la infancia

La publicidad dirigida y el *marketing* infantil constituyen una de las formas más invasivas y manipuladoras de explotación de los cuerpos, las emociones y los deseos de niños, niñas y adolescentes. A través de estrategias que emplean personajes populares, colores llamativos y mensajes persuasivos, la industria publicitaria se infiltra en sus espacios de juego, en la vida cotidiana y en sus relaciones afectivas. Así, no solo crea sistemas de deseos artificiales que convierten a los NNAs en consumidores fieles desde edades tempranas, sino que también genera una dependencia emocional hacia los objetos de consumo, afectando su desarrollo integral.

Frecuentemente presentada de forma lúdica e inofensiva, esta publicidad introduce en los NNAs una lógica de competitividad y presión por adquirir determinados productos, asociando la posesión de bienes con la aceptación social y el éxito personal. Los espacios de juego y esparcimiento se ven atravesados por mensajes comerciales que promueven una idea de felicidad estrechamente ligada al consumo. Además, se utilizan formas de persuasión que

invaden la intimidad de la infancia e imponen valores y aspiraciones comerciales ajenas a sus necesidades reales y a una ética del cuidado.

Estas estrategias de *marketing* y publicidad dirigidas a menores generan efectos adversos profundos que comprometen el bienestar de los cuerpos y las corporalidades de los NNAs, su autonomía, su equilibrio emocional y sus relaciones sociales. (Buckingham, 2013 b; Marshall, 2012; Quart, 2004; Mayo y Naim, 2009).

Se crean sistemas de deseos y necesidades artificiales. La publicidad induce la creencia de que ciertos productos son esenciales para alcanzar la felicidad, la pertenencia o el éxito. Estos deseos, diseñados desde intereses puramente comerciales, desvían la atención de los NNAs hacia el consumo como objetivo en sí mismo, afectando su libertad de imaginar otros modos de vida.

En este marco se determina una dependencia emocional con relación a los objetos de consumo. La constante asociación entre consumo y satisfacción emocional genera en los NNAs una relación afectiva con los productos, debilitando su autonomía emocional y promoviendo la idea de que el bienestar depende de factores externos y materiales.

De hecho, el *marketing* infantil convierte productos en símbolos de estatus, generando una presión social por poseer los objetos de moda o más costosos. Esta lógica fomenta comparaciones constantes, afecta la autoestima y promueve una cultura de la competitividad desde edades tempranas.

Hay que considerar, además, que todo ello no tiene límites. El hiperconsumismo irrumpe en la intimidad y en los espacios de juego. La publicidad penetra los momentos de ocio y diversión mediante plataformas digitales, aplicaciones y dispositivos, interfiriendo con el derecho al juego libre y creativo. Esta invasión empobrece la calidad del tiempo lúdico, transformándolo en una oportunidad para el consumo.

Se produce una transformación de las formas relacionales. Los vínculos entre NNAs se ven condicionados por la posesión de ciertos bienes, promoviendo una sociabilidad basada en el consumo y no en la autenticidad. Esta lógica superficial debilita la construcción de relaciones afectivas genuinas y

solidarias, con la introducción de valores ajenos a la ética del cuidado. La publicidad infantil suele promover valores de competencia, éxito material y banalidad, sin atender a criterios éticos o estéticos apropiados para la infancia. De este modo, se normalizan actitudes y aspiraciones que distorsionan el desarrollo emocional y simbólico de los NNA.

Frente a todo ello es necesario proteger a los NNAs de la publicidad invasiva. La publicidad y el marketing dirigidos a la infancia explotan sus vulnerabilidades cognitivas y emocionales, moldeando sus deseos y restringiendo su capacidad de elección. Proteger a los NNAs implica implementar regulaciones estrictas que limiten la publicidad infantil, especialmente en medios digitales, y promuevan una educación crítica que les permita interpretar y resistir los mensajes comerciales.

Es igualmente necesario garantizar entornos libres de publicidad en los espacios de juego, educación y recreación, permitiendo que la infancia explore libremente y sin condicionamientos mercantiles, sus intereses, construya sus vínculos y desarrolle su imaginación sin la presión constante del consumo. Fomentar un desarrollo auténtico, autónomo y respetuoso, requiere defender el derecho de los NNAs a crecer en libertad, sin manipulaciones ni condicionamientos comerciales.

- El desborde de la medicalización: la mercantilización extrema del cuerpo y de la salud de los NNAs

En el contexto actual, la oferta de tratamientos médicos dirigidos a niños, niñas y adolescentes ha ampliado su alcance, ofreciendo intervenciones y procedimientos que afectan su desarrollo físico, emocional y psicológico en etapas críticas como la pubertad y la adolescencia. Estas clínicas y centros médicos, bajo el pretexto de promover el bienestar y la salud, proponen estereotipos y tratamientos para modificar aspectos de la identidad y del comportamiento de los NNA, transformando sus cuerpos y su salud en objeto de comercio. Esta tendencia refuerza una dependencia médica que fragmenta su autonomía corporal y su capacidad de aceptarse a sí mismos, generando efectos de largo alcance en su identidad y relación con el propio cuerpo. (Stolkiner, 2012)

La medicalización temprana convierte la pubertad y la adolescencia en momentos vulnerables, donde las presiones comerciales pueden influir en la autopercepción y en la decisión de los NNAs respecto a su desarrollo físico. La oferta de tratamientos médicos, medicamentos y procedimientos cosméticos para modificar o controlar el crecimiento físico de los NNAs afecta su identidad en formación, y los condiciona a depender de intervenciones médicas para alcanzar ideales impuestos por la sociedad.

En este marco, es claro que una excesiva medicalización temprana y la oferta de intervenciones estéticas y de control del comportamiento tienen múltiples consecuencias negativas. Puede, por ejemplo, determinarse una dependencia médica y una modificación de la identidad física. Las intervenciones tempranas, como los tratamientos hormonales y/o estéticos, condicionan la identidad física de los NNAs y los introducen en una dependencia de servicios médicos para alcanzar una apariencia o comportamiento específicos. Este proceso afecta su autonomía y los predispone a ver el propio cuerpo como algo que debe ser modificado o regulado constantemente.

Todo ello deviene en una erosión de la autonomía corporal. La medicalización impuesta a los NNAs desde edades tempranas erosiona su derecho a decidir sobre su propio cuerpo. Esta imposición se presenta en forma de tratamientos que intervienen en el desarrollo natural, lo que reduce su capacidad de vivir y aceptar su propio proceso de crecimiento sin presiones externas. La autonomía corporal se ve disminuida, cuando se les impone una visión de su cuerpo como algo que necesita modificación constante.

En particular, lo más frecuente es la manipulación de la pubertad y la adolescencia. Las ofertas comerciales de tratamientos y medicamentos dirigidos a interrumpir, controlar o modificar los procesos de pubertad y adolescencia alteran etapas cruciales en el desarrollo físico y emocional de los NNA. La manipulación de estos momentos clave afecta la construcción de la identidad y el autoconcepto, promoviendo una imagen corporal basada en expectativas externas y comerciales.

Además de ello, siempre se difunden más tratamientos médicos para controlar el comportamiento de los NNAs. La oferta de medicamentos para re-

gular el comportamiento, como aquellos para la hiperactividad, la ansiedad o el bajo rendimiento académico, establece un vínculo entre la conducta y el consumo de fármacos. Esto no solo condiciona su capacidad de gestionar sus emociones de manera autónoma, sino que también promueve una dependencia hacia tratamientos químicos, en muchos casos sin considerar opciones no farmacológicas para su desarrollo emocional y conductual.

Inquieta mucho también el fenómeno de la difusión de medicamentos legales e ilegales que provocan adicción y dependencia. Los tratamientos médicos y farmacológicos tempranos, algunos de ellos innecesarios o propuestos sin una evaluación exhaustiva, exponen a los NNAs a sustancias que pueden generar adicción y dependencia. Esta dependencia médica a temprana edad aumenta su vulnerabilidad frente a problemas de abuso de sustancias en la adolescencia y adultez.

Hay que remarcar que todo ello, en muchos casos, no responde a una legítima y positiva intencionalidad de cuidado hacia la salud de los niños, niñas y adolescentes, sino que obedece a una lógica subordinada a las exigencias de difusión y aceleración de las cadenas de valorización del capital. Encontramos acá, una vez más, el desborde de la explotación económica de las infancias contemporáneas, pues, como dice Bakan (2011):

... siempre más niños asumen peligrosos fármacos psicotropos - los números han crecido de manera exponencial desde 1980- mientras las sociedades farmacéuticas enrolan forzosamente la ciencia médica y utilizan estrategias de *marketing* sospechosas y muchas veces ilegales para incentivar las ventas. (pág. 22)

Volvemos, por la importancia del fenómeno, a la dependencia de la farmacología para el rendimiento y la conducta, uno de los aspectos más negativos de la excesiva medicalización de la infancia y adolescencia.

La creciente tendencia a utilizar productos farmacéuticos y sustancias psicoactivas legales para gestionar el rendimiento, la conducta y los estados emocionales de niños, niñas y adolescentes plantea serias preocupaciones sobre la medicalización de su desarrollo. En contextos escolares, familiares y clínicos, se recurre con frecuencia a medicamentos —como psicoestimulantes, ansio-

líticos o reguladores del ánimo— para mejorar la concentración, reducir la hiperactividad, controlar la ansiedad o incrementar el rendimiento académico. Pero además, se ha expandido una oferta comercial masiva de productos no recetados, como bebidas energéticas, sedativos naturales y suplementos funcionales, que son promovidos como soluciones accesibles para regular el cuerpo y las emociones en edades cada vez más tempranas.

Esta estrategia de intervención sobre el cuerpo y la mente establece una relación de dependencia farmacológica y estimulante, y refuerza la idea de que el malestar, la fatiga, la ansiedad o la falta de motivación deben ser resueltos mediante el consumo de sustancias. Estos productos son publicitados como saludables, naturales o necesarios, sin advertir sobre sus efectos nocivos, especialmente en cuerpos en desarrollo. Muchas bebidas energéticas (altamente estimulantes y cargadas de cafeína, taurina y azúcar), están orientadas explícitamente a adolescentes, con diseños visuales atractivos y mensajes de rendimiento y éxito. Del mismo modo, infusiones y gotas sedativas legalmente comercializadas son ofrecidas a madres, padres y cuidadores como soluciones para la ansiedad o el insomnio de los niños.

No se trata de negar la existencia de necesidades reales, ni de patologizar el uso puntual de medicamentos en casos que lo requieran. Se trata, más bien, de denunciar la difusión dirigida, normalizada y comercialmente planificada de estas sustancias, que promueven una cultura de la regulación química del comportamiento, de las emociones y de la energía, sin un enfoque integral de cuidado y desarrollo. Lo que debería ser una atención situada y pedagógica, se convierte en un modelo de control sobre cuerpos que se está aprendiendo a habitar.

Este uso creciente de fármacos y sustancias psicoactivas legales en edades tempranas produce consecuencias importantes para la salud física, emocional y subjetiva de los NNAs. Se llega a una verdadera y propia medicalización de la conducta. Se reemplazan el diálogo, el acompañamiento y la contención por intervenciones químicas que patologizan expresiones naturales de la infancia y adolescencia, como el movimiento, la distracción o la tristeza. Por otro lado, el uso y abuso de fármacos recetados, junto con estimulantes como bebidas energéticas, suplementos y sedativos comerciales, instala un modelo de ges-

tión del cuerpo basado en el consumo constante. Esto debilita el desarrollo de estrategias de autorregulación, produce sobreexigencia corporal y genera posibles riesgos de salud física y emocional.

Cuando el bienestar depende de sustancias externas, se socava la confianza en la capacidad personal para gestionar el cuerpo, las emociones y el tiempo. La identidad se construye alrededor de un ideal de funcionamiento químicamente asistido, no desde la experiencia vivida ni desde los vínculos humanos. No se puede seguir delegando en sustancias —aunque sean legales o supuestamente ‘naturales’- la tarea de acompañar el desarrollo emocional, corporal y cognitivo de las infancias y juventudes. Es necesario un cambio profundo de paradigma, que ponga en el centro el respeto por los tiempos subjetivos, la creación de entornos afectivos y el fortalecimiento de recursos personales y colectivos para habitar el malestar sin anularlo.

Las infancias no necesitan ser estimuladas ni sedadas para rendir más o comportarse mejor. Necesitan ser escuchadas, sostenidas y respetadas. Necesitan juego, expresión, movimiento, descanso, límites amorosos y presencia familiar y comunitaria. Y la adolescencia no necesita consumir energía enlatada ni calmar la ansiedad con gotas. Defender a los NNAs de la medicalización innecesaria y del consumo disfrazado de autocuidado es un acto pedagógico, político y profundamente humano. Es defender su derecho a un desarrollo auténtico, libre y digno.

La proliferación de la medicalización temprana de los NNAs representa un riesgo creciente para su autonomía y su desarrollo saludable. Para proteger la dignidad y el derecho de los NNAs a crecer de manera libre y natural, es crucial establecer regulaciones que limiten la oferta de tratamientos médicos y estéticos dirigidos a niños, niñas y adolescentes, promoviendo alternativas que respeten su proceso de desarrollo. Además, se requiere una educación integral sobre la autonomía corporal y la asunción soberana del propio cuerpo y corporeidad, para que los NNAs puedan enfrentar las presiones comerciales legales e ilegales y tomar decisiones informadas respecto a su propio cuerpo y bienestar.

- Rendimiento académico, deportes extremos y diversión de alto riesgo: la presión competitiva como forma de explotación del cuerpo y la mente de los NNA

En el contexto actual, el rendimiento académico, deportivo y de divertimento de alto riesgo de niños, niñas y adolescentes se ha transformado en un terreno de explotación intensiva, donde sus cuerpos y mentes son impulsados a alcanzar metas de alto desempeño, que responden más a expectativas externas y beneficios ajenos que a sus propias necesidades de desarrollo y bienestar. Instituciones educativas, clubes deportivos, entrenadores y, en muchos casos, sus propias familias, imponen estándares de éxito y perfección que presionan a los NNAs a desempeñarse por encima de sus límites, comprometiendo su salud física, emocional y mental.

La presión por destacar y sobresalir afecta tanto a quienes participan en actividades académicas intensivas, como a aquellos inmersos en disciplinas deportivas de alta exigencia. El deseo de obtener resultados excepcionales se convierte en una carga, traducida en entrenamientos excesivos, jornadas de estudio prolongadas y una competitividad desmedida, que fragmenta el equilibrio emocional de los NNA. Al convertir el aprendizaje y el deporte en espacios de rendimiento utilitario, se pierde su dimensión lúdica y formativa, reemplazada por una lógica productivista que instrumentaliza sus capacidades.

También en este caso, la búsqueda del alto rendimiento académico o deportivo genera múltiples consecuencias negativas para el desarrollo integral de los NNAs, en primer lugar una sobrecarga física y emocional. La exigencia constante y los ritmos acelerados impactan la capacidad de los NNAs para descansar, jugar y recuperarse. El exceso de estudio o entrenamiento genera agotamiento, lesiones físicas y fatiga emocional, afectando gravemente su salud y su proceso de crecimiento. Se imponen estándares de éxito inalcanzables. Se construyen ideales de perfección que no consideran las capacidades, intereses o tiempos individuales de cada niño, niña o adolescente. Esta presión genera ansiedad, disminuye la autoestima y produce una percepción del valor personal basada únicamente en logros externos. (Sorrosal, 2018)

Una grave consecuencia de todo ello es la pérdida del sentido recreativo y formativo. El deporte y el aprendizaje pierden su dimensión de disfrute, exploración y desarrollo personal cuando se subordinan al rendimiento. Se transforman en obligaciones, vaciadas de juego, creatividad y motivación intrínseca. Esta pérdida del sentido del deporte como recreación tiene una expresión mercantil en el patrocinio y la adopción de jóvenes como imagen publicitaria por parte de diversas marcas. Esto ocurre tanto en los juegos digitales erigidos en torneos, como en la práctica de deportes y entretenimientos de alto riesgo difundidos en redes, ambos vividos como experiencias que desbordan los límites, la identidad y la necesidad de riesgo. (Le Breton, 2022).

Por razones de competitividad y de mercado, se instrumentalizan el cuerpo y la mente. Los NNAs son tratados como medios para alcanzar reconocimientos, trofeos o estatus, al servicio de intereses institucionales, familiares o sociales, siempre de alguna forma mercantilizados. Esta visión priva a los NNAs de autonomía, despersonaliza su experiencia educativa y deportiva, y refuerza la idea de que su tiempo, habilidades y esfuerzos son recursos que deben ser explotados.

En el divertimento de alto riesgo la presión competitiva deviene una forma de explotación del cuerpo y la mente de los NNAs. Bajo el concepto de divertimento de alto riesgo se agrupan aquellas prácticas recreativas o lúdicas que exponen a los NNAs a riesgos físicos, emocionales o simbólicos significativos, disfrazadas de juego o entretenimiento. Estas actividades pueden incluir desde retos peligrosos en redes sociales hasta espectáculos de exhibición corporal, competencias extremas o contenidos digitales que promueven desafíos violentos. Aunque se presenten como propuestas lúdicas o recreativas, estas prácticas no son juego, sino simulacros que destruyen su esencia lúdica. En lugar de ofrecer libertad, creatividad y bienestar, imponen presión, exposición y peligro. Se trata de una colonización del juego auténtico, que lo reemplaza por dinámicas funcionales al consumo, la visibilidad o la competencia. En ese proceso, el juego desaparece como experiencia libre, amorosa y formativa, y es sustituido por una caricatura de sí mismo al servicio del espectáculo y la explotación infantil.

El cuerpo infantil es puesto en escena, evaluado y expuesto, muchas veces sin conciencia plena de las consecuencias y sin mecanismos de contención o cuidado. Esta transformación del juego en espectáculo constituye una forma silenciosa, pero profunda, de violencia simbólica, que afecta la subjetividad, la imaginación y la alegría de vivir la infancia en plenitud.

Frente a esta explotación del cuerpo y la mente de los NNAs en nombre del alto rendimiento, se exige una revisión profunda de los objetivos, las prácticas y las estructuras en el ámbito educativo y deportivo. Es fundamental avanzar hacia modelos que prioricen el bienestar integral, el desarrollo autónomo y la vivencia plena de la infancia.

Esto implica respetar los ritmos y límites personales, revalorizar el juego, el descanso y la curiosidad como dimensiones centrales del aprendizaje y el deporte, reconocer que el verdadero sentido de estas prácticas no está en el éxito medido por resultados, sino en su capacidad para formar personas íntegras, seguras, creativas y felices.

Educar y acompañar desde una pedagogía del cuidado, de la ternura y del respeto implica desafiar estas lógicas mercantiles conexas al desborde de la explotación, y que convierten a la infancia en un campo de competencia y rendimiento. Por ello es necesario asumir el compromiso ético de proteger su dignidad, su cuerpo y su tiempo, entendiendo que el presente de los NNAs no puede ser hipotecado por las ambiciones de otros. Su derecho a ser, crecer y jugar libremente debe estar siempre por encima de cualquier expectativa de éxito.

- Identidad de género, generismo y mercantilización de la diversidad: la comercialización de la identidad y la fidelización de los NNAs como clientes/pacientes

La identidad de género y la diversidad, dimensiones profundas y personales del desarrollo humano, están siendo cada vez más colonizadas por lógicas de mercado estereotipadas que las convierten en objetos de consumo. En lugar de promover espacios de respeto, comprensión y acompañamiento genuino

—científico, ético y humano—, una parte de la industria del bienestar y de la salud ha convertido estas experiencias en nichos de negocio, ofreciendo a niños, niñas y adolescentes (NNA) productos, tratamientos y servicios que medicalizan la identidad y consolidan vínculos de dependencia prolongada con sistemas de intervención. Una interesante investigación al respecto fue realizada con NNAs de Ciudad Juárez, en México, en la que se encontró que esta población:

... funge como cliente inédito dentro del mercado de la belleza, que le oferta una plétora de productos, servicios personalizados y escenarios para su exhibición. Así, el cuerpo infantil se encuentra investido en un conjunto de signos que lo determinan incipientemente al mercado corporal, donde predominan justipreciaciones y miradas adultas, cuestionando los límites etarios y generacionales en las maneras de los niños. (Sifuentes-Mendoza y Ramírez Heredia 2019, pág.3).

En este contexto, emerge el fenómeno del ‘generismo’: el uso superficial, instrumental y despolitizado de las nociones de género, que se apropia de los lenguajes de la diversidad sin un compromiso real con la igualdad entre mujeres, hombres y personas de identidades diversas. El generismo se expresa en políticas, discursos y productos que aparentan inclusión, pero que en realidad promueven soluciones rápidas, medicalizadas o estandarizadas, que mercantilizan la identidad en lugar de respetarla y acompañarla. Esta lógica borra la complejidad del desarrollo personal, reduciendo la identidad de género a una categoría intervenible, tratable y rentable.

En el marco de este debate Amelia Valcárcel (2022) se refiere al generismo, superpuesto a la dificultad adolescente, sin mayor rigor que el discurso ideologizado que conviene a tal o cual cohorte de adultos, según su sector:

Más que un problema del yo, en la adolescencia hay rebeldía, confusión y desasosiego, y a veces, también, grandes alegrías, todo fundido. Porque estamos descubriendo el mundo, que es fantástico. Pero tiene riesgos. Lo que no podemos tolerar es que, para que cuatro personas de dudosa integridad moral conserven sus puestecitos, pongamos en riesgo a las personas que más amamos, que son nuestras hijas e hijos,

ni ponernos a experimentar con ellos. Ni menos consentir que los delirios se posesionen de la racionalidad común que es la ley. (p.47))

La oferta creciente de tratamientos para la modificación medicalizada de género, muchas veces dirigida a adolescentes, se presenta como una respuesta aparentemente complaciente a sus procesos de búsqueda identitaria. Sin embargo, en numerosos casos estas intervenciones se realizan sin un acompañamiento verdaderamente profesional, científico, ético, estético y político; sin una escucha profunda y sin respeto por el ritmo singular de cada trayectoria subjetiva. Y todo ello porque detrás está otra vez un interés de explotación económica. Se impone así una visión de la identidad como algo que debe corregirse o ajustarse mediante tratamientos, moldeando la vivencia de los NNAs desde una lógica técnica, apresurada y mercantil.

La mercantilización de la identidad de género y la apropiación generista de los discursos sobre diversidad y desigualdad tienen consecuencias profundas, no solo sobre el bienestar y desarrollo de los NNAs, sino también sobre las luchas históricas por la igualdad, la justicia y la dignidad humana. Al vaciar estos discursos de su contenido ético y transformador, y al ponerlos al servicio del mercado o de intereses simbólicos ajenos a la emancipación, se deslegitiman procesos colectivos de resistencia y se banaliza el sentido profundo de la diversidad como derecho y como experiencia vital.

Este vaciamiento afecta gravemente la construcción identitaria de los NNAs, al desplazar el significado social, histórico y político de la identidad y reducirla al terreno exclusivo del deseo individual. En esa operación, la identidad pierde su dimensión relacional y su potencia crítica, siendo despojada de sus vínculos con las luchas por la igualdad, la memoria de los cuerpos excluidos y la posibilidad de imaginar futuros más justos.

A menudo, estas intervenciones se legitiman apelando al principio del libre desarrollo de la personalidad, pilar del enfoque de derechos humanos. No obstante, esta apelación funciona muchas veces como una máscara ideológica que encubre sofisticadas formas de intervención simbólica y condicionamiento mercantil. Bajo la apariencia de libertad individual, se ocultan mecanismos de implantación de deseos desde el exterior —a través de plataformas digitales,

redes sociales, discursos de moda, narrativas tecnomediadas— que modelan lo que los NNAs deben desear, anhelar o modificar.

En lugar de garantizar un espacio de escucha, tiempo y construcción subjetiva, estos sistemas producen deseos estandarizados, diseñados para generar consumo, fidelización y adhesión estética. Se trata de modificaciones dirigidas del deseo, que se presentan como decisiones personales, pero que responden a guiones mercantiles cuidadosamente diseñados. Lo que aparece como autonomía individual, en realidad muchas veces es una adaptación a mandatos culturales y comerciales, actualizados de forma vertiginosa y sin posibilidad de reflexión.

En este contexto, la interioridad de los NNAs se convierte en un territorio de intervención mercantil, un espacio de colonización simbólica. Y sin embargo, esa misma interioridad es, en verdad, un territorio sagrado, profundamente vulnerable y absolutamente necesitado de protección, cuidado, tiempo y respeto. Es ahí donde germina el deseo auténtico, el pensamiento crítico y la posibilidad de imaginar mundos posibles. Cuando ese espacio es capturado por narrativas externas e intereses mercantiles, se vulnera el núcleo mismo de la subjetividad infantil y adolescente.

El libre desarrollo de la personalidad no puede reducirse a un acto inmediato de deseo sin elaboración interior. Es un proceso delicado, complejo y vital, que requiere tiempo, juego, silencio, contención, vínculos amorosos y pensamiento crítico. No puede ser delegado a algoritmos ni sometido al vaivén del consumo. Proteger esa interioridad es un imperativo pedagógico, ético y político, porque ahí se juega el derecho más profundo: el derecho a ser.

Todo ello no sin consecuencias y daño, por ejemplo y sobre todo, con procesos de fidelización que transforman los ‘pacientes’ en ‘clientes’. La industria del bienestar impulsa tratamientos que requieren seguimiento constante, generando una fidelización estructural. Los NNAs pasan a ser tratados como pacientes/clientes permanentes, lo que condiciona su vivencia identitaria y los ata a circuitos de intervención de duración indefinida. Se crea una verdadera dependencia de tratamientos e intervenciones. La medicalización temprana genera adicción física, emocional y simbólica, obstaculizando la exploración

pausada y libre de la identidad. La identidad se vuelve una tarea técnica más que una experiencia subjetiva.

También consideramos el fuerte impacto en el proceso de construcción del yo. Al presentar la identidad como algo que debe ser corregido o mejorado, se instala una relación de desconfianza con el propio cuerpo, percibido como frágil, defectuoso o inadecuado, si no se ajusta a ciertas normas impuestas.

También resulta grave la reducción de la diversidad a estética y estereotipos generistas de consumo. La diversidad se convierte en un recurso de *marketing*: se celebra solo cuando es vendible, ‘visible’, representable en productos o estéticas que no interpelan estructuras de poder ni transforman condiciones materiales de exclusión.

Por ello que resulta como nunca necesario proteger el desarrollo auténtico y libre de la identidad, pues, contrariamente a la deriva de esta sociedad mercantilizada, la construcción de la identidad de género en la infancia y la adolescencia debe ser cuidadosamente acompañada desde una ética del respeto, la ternura y la escucha. No puede responder a la urgencia del diagnóstico ni a la promesa de soluciones rápidas.

Esto implica rechazar la medicalización prematura como única vía de acompañamiento frente a la diversidad identitaria; cuestionar los discursos que usan el género como estrategia simbólica, sin un compromiso real con la equidad ni la justicia; fomentar entornos seguros y afectivos, donde los NNAs puedan explorar, equivocarse, volver sobre sí mismos, y ser sin presión, sin etiquetas impuestas, sin espectacularización de la vida, sin recetas que medicalizan hasta el alma.

La diversidad no puede ser transformada en bandera de consumo ni en industria. La identidad no se compra, no se prescribe, no se acelera. Acompañar desde el cuidado es reconocer que cada identidad florece a su tiempo, en su forma, en su voz. Es respetar la interioridad como un territorio sagrado, y defenderla de toda lógica que busque colonizarla, manipularla o vaciarla. La identidad no es el reflejo automático de un deseo enajenado, ni una etiqueta impuesta desde afuera. Es una dimensión humana compleja que se construye

en la relación consigo mismo, con los otros, con el entorno, con la historia y, sobre todo, con el contexto cultural y social en el que cada persona crece. La identidad es, también, una forma de habitar el mundo, de tomar posición, de trazar sentido entre el adentro y el afuera.

Por eso, es imperioso que la identidad surja desde una interioridad fuerte, cultivada, protegida y acompañada, y no como un mero reflejo de los intereses del comerciante, del algoritmo, de la industria del espectáculo o de los medicamentos e implantes. Cuando la identidad se forma sin arraigo interior, sin memoria y sin cuidado, se vuelve frágil y fácilmente manipulable. Por el contrario, una identidad enraizada en los vínculos, en el pensamiento crítico, en la ternura y en el tiempo tiene la potencia de resistir, de transformar y de imaginar.

- Cirugías estéticas, procedimientos cosmetológicos y accesorios insalubres: la modificación corporal prematura y la dependencia de la apariencia

En la sociedad contemporánea, las cirugías estéticas, los procedimientos cosmetológicos y el uso creciente de accesorios corporales han dejado de ser prácticas reservadas a los adultos y han comenzado a ser promovidas entre adolescentes e incluso preadolescentes. Rinoplastias, liposucciones, tratamientos de piel, uso de pestañas postizas, uñas esculpidas, tatuajes, perforaciones y otros procedimientos que intervienen la corporalidad, son presentados como formas de mejorar la autoestima o alcanzar aceptación social, pero en realidad responden a una lógica de mercado que transforma el cuerpo infantil en objeto de intervención estética y consumo permanente.

La industria de la belleza promueve una imagen del cuerpo como algo inacabado, mejorable y siempre insuficiente, impulsando a los NNAs a modificar su aspecto desde edades muy tempranas para ajustarse a ideales estéticos artificiales e inalcanzables. Esta presión cultural convierte la apariencia física modificada en un criterio central de valor personal y social, promoviendo una dependencia emocional y simbólica hacia la imagen externa y debilitando la relación de los NNAs con su cuerpo real, diverso y cambiante.

Los efectos negativos de estas prácticas son múltiples y profundos, y afectan tanto la salud física como la subjetividad y la autonomía de niños, niñas y adolescentes. Muchas veces se producen mutilaciones y modificaciones corporales prematuras. Las cirugías y procedimientos estéticos en cuerpos en desarrollo pueden generar consecuencias irreversibles, alterando el crecimiento natural y comprometiendo la integridad física. La introducción de elementos invasivos —como implantes, perforaciones o tatuajes permanentes— en edades tempranas constituye una forma de modificación corporal que normaliza la intervención constante sobre el cuerpo, incluso cuando no hay necesidad médica alguna.

Se determina, además, una dependencia de la apariencia externa y la validación social. Estas prácticas refuerzan la idea de que el valor personal depende de la imagen. Al centrar su autoestima en la apariencia, los NNAs desarrollan una relación frágil y condicionada con su cuerpo, que se convierte en una superficie para agradar o ser aceptado por otros, y no en un territorio de expresión, placer y presencia vital.

También resulta ser muy peligroso el uso excesivo de accesorios insalubres y prácticas de riesgo. La utilización de pestañas postizas, uñas esculpidas, tintes agresivos, perforaciones en zonas sensibles o maquillajes permanentes en edades tempranas puede derivar en problemas de salud, infecciones, alergias, dificultades respiratorias oculares y daños en tejidos aún inmaduros. Además, estos elementos refuerzan la idea de que el cuerpo natural no es suficiente, y que debe ser constantemente corregido, decorado o camuflado. En este marco es muy elevado el riesgo de trastornos psicológicos. La modificación precoz del cuerpo puede generar insatisfacción crónica, ansiedad, dependencia emocional de la imagen, trastornos alimentarios o problemas de autoimagen. Esta situación debilita la construcción de una identidad autónoma y libre, reforzando modelos relacionales basados en la apariencia y el juicio externo.

Se vuelve imprescindible, en este contexto, fomentar el autoreconocimiento, la autoestima corporal y la autenticidad de la relación con el propio cuerpo. Frente a esta tendencia alarmante de intervenir el cuerpo de los NNAs para ajustarlo a estándares estéticos impuestos, es urgente recuperar una ética del cuerpo basada en la aceptación, el reconocimiento y la libertad. El cuerpo de

las infancias no debe ser modificado para adaptarse al mercado, sino acompañado en su desarrollo, valorado en su diversidad y protegido en su dignidad. Ya basta con tratar el cuerpo de la niñez como una cosa/mercancía, que se vende y se compra, que se encapsula en una tiránica lógica de mercado.

Es tarea impostergable promover una relación saludable con el cuerpo; implica enseñar a los NNA a habitarlo con respeto, amor propio y conciencia crítica. Esto requiere fomentar el autoconocimiento corporal y la autoestima desde una pedagogía del cuidado, desnaturalizar los discursos que presentan la intervención estética como empoderamiento, cuando en realidad refuerza la dependencia y la inseguridad. Se trata de reivindicar el derecho a que los cuerpos, sobre todo los de los NNAs crezcan sin intervenciones innecesarias ni presiones externas, reconociendo que cada cuerpo es válido, digno y suficiente tal como es. Las cirugías, los procedimientos estéticos y los accesorios corporales deben ser siempre decisiones conscientes, informadas y familiares y comunitarias, nunca imposiciones culturales disfrazadas de libertad. Las infancias no necesitan embellecerse, necesitan ser protegidas. Y la adolescencia no debe ser mercado de cuerpos intervenidos, sino espacio de construcción subjetiva libre, auténtica y amorosa.

- Explotación de la imagen y deformación de la actoría social de los niños y niñas: de actores a “influencers”

En el entorno digital contemporáneo, especialmente en redes sociales y plataformas de entretenimiento visual, los niños, niñas y adolescentes (NNAs) están siendo cada vez más convertidos en productos de imagen, utilizados para la promoción de marcas, estilos de vida, experiencias de consumo o valores estéticos. Bajo la apariencia de una participación activa y visibilidad, se instala una lógica que explota su imagen, distorsiona su identidad y reduce su rol social a una función decorativa y espectacular. (Martínez y Schibotto, 2004).

Este fenómeno se alimenta de una narrativa que confunde actoría con exposición, y participación con performance. A los NNAs se les ofrece protagonismo, pero se les niega la agencia real. Su ‘presencia’ se convierte en una imagen moldeada para agradar, vender o representar un ideal fabricado,

muchas veces gestionado por adultos, algoritmos o intereses comerciales. En lugar de ser vistos como personas en proceso de desarrollo, con derechos a la privacidad, al juego, al error y a la autenticidad, se les presenta como *influencers* o figuras públicas que deben responder a estándares de visibilidad y validación externa.

Esta exposición constante no solo vulnera su derecho a la intimidad, sino que altera la percepción de sí mismos, su relación con el cuerpo, con el valor personal y con la comunidad. Lo que se presenta como participación se convierte en una forma de espectáculo de la infancia, en la que el mercado encuentra un nuevo canal de fidelización emocional y económica.

Además, la imagen de los NNAs es utilizada de manera sistemática para vender productos, servicios o experiencias. Desde juguetes hasta viajes, desde alimentos hasta ropa, su figura se transforma en un dispositivo de atracción comercial que capta la atención de otros niños o de adultos. Así, se naturaliza el uso de su imagen para sostener circuitos de consumo, sin que ellos comprendan plenamente ni consientan las implicancias de esa exposición.

Todo ello deviene en múltiples daños en la identidad, la privacidad y la actoría social de los NNAs. La explotación de la imagen y la deformación de la actoría social de los NNA produce una serie de impactos negativos en su desarrollo emocional, simbólico y relacional, hasta llegar a una cosificación de la imagen personal y deformación de la identidad. La participación constante en redes sociales transforma la imagen de los NNAs en un producto de consumo. Al verse a sí mismos a través de filtros y reacciones externas, aprenden a valorarse por su apariencia o su popularidad, en lugar de por su autenticidad y singularidad.

Además esta sobreexposición pública se acompaña de una pérdida de la privacidad. La constante visibilidad impuesta en plataformas digitales vulnera su derecho a la intimidad. Esta exposición los hace vulnerables a la comparación constante, el acoso y la presión estética. Les impide habitar una vida privada que es esencial para un desarrollo emocional sano.

Asistimos en este escenario a la deformación de la actoría social hacia la influencia. En lugar de ser considerados sujetos activos en la transformación de su entorno, los NNAs son impulsados a representar roles comercializables,

modelados por las tendencias del mercado. Se espera de ellos que actúen, promocionen o inspiren, pero no que cuestionen, reflexionen o creen libremente.

Por ello, es necesario recuperar y promover una auténtica actoría social de los NNAs. Frente a esta forma creciente de explotación simbólica, es fundamental redefinir el sentido de la participación infantil y adolescente, devolviendo a los NNAs su derecho a construir una identidad libre de presiones comerciales, basada en la privacidad, el juego, el vínculo y la creatividad.

Esto implica desvincular la noción de participación del modelo de exposición mediática o estética, promoviendo entornos donde los NNAs puedan expresarse sin presión de rendimiento ni validación externa, protegiendo su imagen, su voz y su cuerpo como territorios de dignidad, no como soportes de visibilidad o comercialización.

Los NNAs deben ser reconocidos como sujetos con derecho a participar y contribuir en libertad, a equivocarse sin estar bajo juicio público, a existir sin convertirse en imagen. Su actoría social debe ser reconocida, promovida y acompañada, no explotada; debe ser auténtica, no escenificada.

- Control del tiempo libre y actividades de consumo: la reducción del ocio a la esfera digital y la muerte del juego

En la actualidad, el tiempo libre de los niños, niñas y adolescentes ha sido progresivamente capturado por actividades de consumo digital, como videojuegos, redes sociales, plataformas de entretenimiento en línea y aplicaciones interactivas. Las grandes industrias tecnológicas han diseñado experiencias altamente adictivas, orientadas a maximizar la retención de atención y el tiempo de permanencia, transformando el ocio en una actividad de consumo continuo, guiada por algoritmos.

Este control del tiempo libre reduce el ocio a la esfera digital, eliminando paulatinamente otras formas de recreación, exploración, juego libre y contacto con el entorno natural y social. Los NNAs se ven inmersos en una dinámica de entretenimiento dirigida, donde la distracción reemplaza a la presencia, y el consumo reemplaza a la creación.

Pero, lo más grave es que este proceso no solo limita la autonomía, la creatividad o el desarrollo físico y emocional. Va más allá: suprime el juego verdadero y lo reemplaza por su simulacro. En lugar de experimentar el juego como relación, concentración, curiosidad, corporalidad y disfrute, se les ofrece una cadena interminable de estímulos breves, logros inmediatos y recompensas virtuales. Es la lógica del divertimento sin profundidad, lo opuesto al juego como forma de ser, de conocer y de construir vínculos. En este contexto, podemos hablar de una muerte del juego: no desaparece como palabra, pero sí como experiencia viva, autónoma y transformadora.

Todo ello produce daños en la autonomía, la subjetividad y la posibilidad de jugar. La captura del tiempo libre y su conversión en una actividad digital y mercantil afecta de manera profunda a los NNA, pues reduce el tiempo libre a consumo digital. Las plataformas monopolizan la atención y limitan el acceso a actividades físicas, expresivas y creativas. El juego simbólico, el juego al aire libre y las actividades no estructuradas van desapareciendo, desplazadas por una oferta cerrada y estandarizada.

Todo ello deviene en una pérdida de autonomía y dependencia de las plataformas. Los algoritmos definen lo que se mira, se juega o se desea. Esto restringe la libertad de elección, fomenta una rutina de consumo pasivo y reduce la experiencia del ocio a una lógica de respuesta automática y repetitiva. En lugar de jugar con otros, se compete en línea. En lugar de explorar el cuerpo y el espacio, se permanece inmóvil frente a pantallas. El juego, que es un lenguaje del alma, una forma de aprendizaje y de libertad, se ve sustituido por entretenimientos diseñados para retener, no para liberar.

También en este caso se nos presenta un imperativo urgente, el de recuperar el derecho al juego, al ocio auténtico y a la relación lúdica con el mundo. Frente a esta lógica de ocupación total del tiempo libre por parte del mercado digital, es urgente reconstruir el derecho al ocio como tiempo vivo, abierto y creativo. El tiempo libre no debe ser gestionado por algoritmos, ni orientado exclusivamente al rendimiento o al consumo. Debe ser un espacio de autoexploración, descanso, vínculo. Por ello hay que volver a fomentar espacios para el juego libre, no dirigido, donde los NNAs puedan crear, imaginar, compartir y moverse sin guiones preestablecidos. Y también es necesario promover ac-

tividades físicas, artísticas y comunitarias que devuelvan al ocio su dimensión relacional y expresiva, además reconociendo el juego como un derecho, no como un lujo ni como una pérdida de tiempo. Jugar es un acto de libertad, de subjetivación y de construcción del mundo.

El juego no es solo entretenimiento. Es relación, concentración y disfrute. Es cuerpo, lenguaje, descubrimiento. Cuando el mercado lo reemplaza por diversión digital y estímulo vacío, no sólo desaparece una actividad: desaparece una posibilidad de ser. Recuperar el juego es recuperar la creatividad, el pensamiento libre y la posibilidad de imaginar futuros no programados.

- Industria alimentaria y el cuerpo infantil: la manipulación de los hábitos alimentarios de los NNAs

La industria alimentaria ha desarrollado estrategias de mercadeo intensivas y sofisticadas, dirigidas especialmente a niños, niñas y adolescentes, promoviendo productos ultraprocesados y bebidas azucaradas como opciones divertidas, atractivas o asociadas a estilos de vida deseables. Estos productos se presentan no solo como alimentos, sino como experiencias simbólicas vinculadas a la pertenencia, la felicidad, el éxito social o la imagen corporal ideal. Así, se normaliza desde edades tempranas una relación distorsionada con la alimentación y con el propio cuerpo. Dice al respecto Ferrán García (2018):

[...] nos han hecho creer que no tenemos ni idea de alimentar a nuestro hijos e hijas, las empresas y sus acólitos se muestran como serios y fiables, y la mayoría de la población sigue confiando en «el sistema». Es decir, si un potito se anuncia por televisión y clama sus virtudes a los cuatro vientos, avalado además por una asociación de pediatría, pues debe ser verdad; en caso contrario, «alguien» lo prohibiría. Sin embargo, la realidad es bien distinta. Los productos de alimentación infantil nacen de la creación de una necesidad, de ampliar progresivamente esa necesidad y afianzarla con un andamiaje político-técnico y rellenar ese espacio virtual con productos que, cuando menos, son superfluos y cuando más, directamente insanos. (pág.3)

Las campañas publicitarias apelan a personajes infantiles, colores llamativos, animaciones, influencias digitales y emociones básicas como el afecto, la recompensa o el entusiasmo. Esta estrategia busca captar la atención de los NNAs y fidelizarlos como consumidores desde la infancia, moldeando su paladar, su imaginario y su vínculo emocional con la comida. La alimentación deja de ser una experiencia vital y relacional, para convertirse en una respuesta a estímulos comerciales que condicionan la elección, el deseo y la valoración corporal.

Pero esta lógica no se limita al plano simbólico: opera directamente sobre el cuerpo y la salud de los NNAs. Muchos de los productos que se ofrecen como opciones infantiles contienen altos niveles de azúcar, grasas trans, exceso de sodio, aditivos artificiales, pesticidas, saborizantes y conservantes, varios de ellos relacionados con enfermedades crónicas, alteraciones metabólicas, trastornos del desarrollo y riesgos cancerígenos. Aunque legalmente permitidos en pequeñas dosis, el consumo continuo y acumulativo de estas sustancias, en el contexto de dietas desequilibradas, representa una amenaza real para la salud infantil.

En este sentido, el cuerpo de los NNAs es colonizado desde el paladar y desde la imagen, moldeado por intereses comerciales que anteponen la rentabilidad a la vida. Se instala así una cultura alimentaria basada en la dependencia, la insatisfacción corporal, el impulso y la estandarización, que limita la posibilidad de construir una relación libre, placentera y crítica con la alimentación.

Esta manipulación sistemática de los hábitos alimentarios de los NNA genera múltiples impactos en su salud física, mental y en su autonomía. Se normaliza el consumo de productos no nutritivos. La exposición constante a publicidad de ultraprocesados convierte estos alimentos en elecciones cotidianas, desplazando frutas, verduras y preparaciones naturales. Esta dieta pobre en nutrientes esenciales afecta el desarrollo físico, inmunológico y cognitivo de los NNAs. Se determina una suerte de adicción a sabores artificiales y un rechazo de lo natural. Formulados para generar placer inmediato, muchos alimentos infantiles modifican el umbral del gusto, desconectando a los NNAs del sabor real de los alimentos y generando adicción a lo artificial.

Se banaliza la exposición a compuestos tóxicos. Muchos productos dirigidos a la infancia contienen residuos de pesticidas, colorantes, conservantes

y edulcorantes artificiales, asociados a trastornos metabólicos, alteraciones hormonales, hiperactividad, inmunosupresión y, en casos extremos, aumentos en el riesgo de cáncer y enfermedades crónicas no transmisibles. Se produce una distorsión del criterio alimentario. Se sustituye el juicio nutricional por estímulos comerciales. El valor de un alimento deja de depender de su impacto en el cuerpo y en la vida, y pasa a estar asociado a su diseño, a su marca o a la identificación aspiracional que genera. Y siempre más se produce una asociación entre cuerpo ideal y consumo. Alimentos poco saludables son presentados como parte de un estilo de vida deseable, reforzando estereotipos corporales y generando insatisfacción con la imagen personal. Esto afecta la autoestima y naturaliza la idea de que “verse bien” depende de lo que se compra y se consume.

En este caso, lo que es necesario recuperar es el vínculo con los alimentos, la tierra y la comunidad. Frente a esta forma radical de explotación económica del cuerpo infantil, no basta con denunciar. Es urgente y posible construir caminos alternativos que restituyan la dignidad de la alimentación como acto vital, afectivo, relacional y cultural.

Y seguramente una de las maneras más potentes de resistencia es promover la participación activa de los NNAs en formas agroecológicas de producción de alimentos, desde huertas escolares hasta cocinas comunitarias, desde mercados locales hasta espacios de cocina compartida. Sembrar, cuidar, cocinar y compartir alimentos reales permite que los NNAs recuperen una relación viva con lo que comen, desarrollen autonomía y conciencia crítica, y experimenten el placer del alimento como vínculo con la tierra, con los otros y consigo mismos. Además, es fundamental reconocer que el agua y el aire son también parte de nuestra alimentación y de nuestra salud. No solo lo que comemos nutre el cuerpo: también lo que respiramos y lo que bebemos. En este sentido, el derecho a una alimentación sana incluye el derecho a respirar un aire limpio y beber agua no contaminada. Proteger estos bienes comunes es proteger la vida, la salud, el presente y el futuro de las infancias.

Recuperar formas comunitarias, sostenibles y afectivas de alimentarse es también recuperar la soberanía sobre el cuerpo, el tiempo y la subjetividad. Comer juntos, cocinar con otros, saborear lo simple, aprender a reconocer el

gusto real de los alimentos; también es un modo de decirle no a la explotación, a la adicción y al mandato del consumo. Pues, sembrar, cuidar, cocinar, respirar, compartir son también formas de alimentar la vida. Y son derechos, caminos para devolverles a las infancias su cuerpo, su autonomía, su alegría y su futuro.

- Cuerpos e imágenes de los cuerpos de las infancias como recurso explotado por el *Big Data*

En la era digital, la imagen y los datos personales de los niños, niñas y adolescentes se han convertido en recursos estratégicos para las grandes empresas tecnológicas, publicitarias y de entretenimiento. Desde muy temprana edad, son expuestos a plataformas que recopilan, almacenan y analizan su comportamiento digital, trazando perfiles de consumo detallados que permiten ofrecerles contenidos, productos y experiencias ajustadas a sus intereses, emociones y vulnerabilidades.

Así se expresa, entre otros, Martínez Maruri(2022):

En los últimos años, el mundo ha sufrido una radical transformación de los medios de comunicación existentes, especialmente por la aparición de las redes sociales. Esto, no solo ha cambiado la forma de comunicación de las personas, lo que ahora es constante y al instante, sino que también ha modificado la manera en que se realiza publicidad, creándose una nueva figura a estos efectos denominada comúnmente “*influencers*”. Lo que antes se hacía por medios clásicos (televisión, radio, diarios, etc.) ahora se le suma la publicidad por redes sociales. En este contexto (así como en contextos donde no se realiza publicidad), se da muchas veces el uso de imagen de los menores de edad en las redes sociales, lo que a veces lleva a una exposición que podría considerarse que vulnera su privacidad y su honor, aún cuando esto es realizado por sus padres. Por lo anterior, es que se vuelve relevante analizar en qué posición están estos menores de edad en relación con sus derechos para con sus padres, ante este uso “excesivo” de su imagen y detalles de su vida privada. (p.87)

Estas prácticas configuran una forma sofisticada de mercantilización de la identidad digital, que no solo compromete la privacidad de los NNAs, sino que transforma su ser en línea en un objeto de extracción y manipulación comercial. Se naturaliza así un proceso en el cual su imagen, sus búsquedas, sus clics y sus gustos se convierten en materia prima para un mercado que los seduce, orienta y condiciona, muchas veces sin su conocimiento ni consentimiento.

Pero el problema no se reduce al uso técnico de datos. A través de una exposición constante y creciente —en redes, en plataformas escolares, en espacios familiares o de entretenimiento— los NNAs y sus cuerpos son colocados en una vida pública no elegida, que destruye progresivamente su privacidad y su intimidad. La exposición no solo los muestra: los vulnera, los somete al juicio externo, y debilita su capacidad de habitar un espacio interior protegido, donde puedan ensayar, equivocarse, imaginar y construir su subjetividad sin estar bajo la mirada del mercado ni del mundo.

Esta explotación de la imagen corporal y de los datos personales de los NNAs genera impactos profundos y persistentes, como la ya recordada pérdida de privacidad e invisibilización de la intimidad. La constante exposición digital —voluntaria o impuesta— convierte la vida cotidiana en espectáculo. La privacidad es reemplazada por la visibilidad permanente, y la intimidad por el contenido compartido. Sin privacidad, no hay refugio interior, no hay espacio para la formación del yo. Al mismo tiempo, hay que decir que se crean perfiles de consumo y manipulación de los deseos. A partir de los datos recopilados, se diseñan orientaciones conductuales y emocionales que orientan los deseos, gustos y consumos de los NNAs. Esta segmentación limita su capacidad de desarrollar intereses autónomos, libres de condicionamientos comerciales.

También se produce una alteración de la identidad y la autoimagen. La personalización algorítmica de contenidos, junto con la exposición mediática, modela la percepción que los NNAs tienen de sí mismos y del mundo. Se instalan estéticas, estilos de vida y aspiraciones prefabricadas, que reducen la identidad a lo visible, a lo compartido, a lo que ‘gusta’ o ‘vende’.

Frente a este modelo de hiperexposición y mercantilización de los cuerpos y de las imágenes de los cuerpos de las infancias, es urgente reconstruir

una cultura del cuidado digital, que defienda la privacidad como condición de libertad, y la intimidad como espacio sagrado de crecimiento. Esto implica establecer marcos normativos estrictos, que impidan el uso de datos de NNAs con fines comerciales y limiten su exposición digital sin su consentimiento informado y crítico.

También es necesario desnaturalizar la cultura de la exposición permanente, reconociendo que el derecho a no ser visto, a no ser expuesto, a no estar presente públicamente, es también un derecho fundamental. Por ello se insiste en la necesidad de educar para la ciudadanía digital crítica y reflexiva, acompañando a los NNAs en la construcción de criterios sobre qué compartir, cómo habitar el entorno digital, y cómo proteger su intimidad como parte esencial de su dignidad.

Por esta senda se podrá cuidar la interioridad como territorio vital. La infancia necesita silencio, secreto, ensayo, refugio. No todo debe ser visible. No todo debe compartirse. La intimidad es el suelo donde crece la autenticidad, y sin ella, la subjetividad queda expuesta a la intemperie del mercado y del juicio externo.

Proteger la privacidad y la intimidad es proteger el derecho de los NNAs a tener un mundo interior propio, libre de control, mirada y manipulación. Es permitirles crecer en libertad, construir su identidad sin ser mercado, sin ser dato, sin ser espectáculo.

Es cuidar su dignidad, su deseo, su autonomía y su derecho a ser sin ser usados.

La explotación económica que anega la vida de los niños, niñas y adolescentes: las infancias vulneradas en el capitalismo contemporáneo

En el contexto actual, los niños, niñas y adolescentes enfrentan, como hemos visto, nuevas formas múltiples, simultáneas y ubicuas de explotación que atraviesan su cuerpo, su imagen, su tiempo, sus deseos, su alimentación, su

privacidad, su salud y su palabra. Esta explotación, aunque tenga un origen claramente ligado a la economía, no queda restringida, en cuanto a sus efectos, al mero plano económico: es también explotación cultural, simbólica, estética, afectiva, epistémica y espiritual.

Los sistemas de mercado, tecnología, salud, entretenimiento y publicidad han colonizado la vida infantil como territorio de extracción de plusvalía. El cuerpo y la subjetividad de los NNAs son intervenidos, moldeados y puestos al servicio del consumo, la vigilancia, el rendimiento o un esteticismo hedonista funcional a lógicas mercantiles, comprometiendo su derecho a crecer, imaginar, habitarse, habitar el mundo y decidir con libertad.

Todo ello vulnera las infancias y produce daños inquietantes, que no son inevitables. Son el resultado de decisiones políticas, culturales y económicas que pueden y deben ser cuestionadas con radicalidad. Denunciarlos es solo el primer paso. El siguiente es promover un nuevo y auténtico protagonismo de los mismos NNAs, para volver a cuidar con ternura profunda, a defender con compromiso colectivo y acompañar con presencia amorosa a quienes hoy habitan el mundo desde su condición de infancia y adolescencia.

Queremos, en estos últimos apartados volver a recordar, en forma no de resumen, sino de aglutinación epistémica y de síntesis crítica, los daños, las heridas, lo que no dudamos en denunciar como delitos del capitalismo contemporáneo en contra de las infancias de todo el mundo.

- Pérdida de la autonomía corporal y subjetiva: cuerpos y almas reducidas a cosas, a mercancías

Los cuerpos de los niños, niñas y adolescentes son convertidos en objetos de corrección, medicalización, moldeados, exhibidos, en fin, comprados y vendidos. La relación con el propio cuerpo se vuelve dependiente, instrumentalizada y enajenada. Se impide que los cuerpos de los NNAs puedan habitarse con libertad, con curiosidad, con gozo. Pero, un cuerpo infantil no es una superficie para intervenciones estéticas ni un instrumento para rendir más. Es un territorio sagrado de descubrimiento, de juego, de afecto, de movimiento y de presencia.

- Fragmentación de la autoestima y colonización del deseo

El valor personal y del propio cuerpo se define cada vez más desde lo externo: la apariencia, los ‘me gusta’, la correspondencia con los mutantes *clichés* de esta moderna diosa que es la moda, el acceso a productos muy costosos por el valor del *brand* cautivador. Los deseos no nacen de la interioridad, sino que son inducidos por algoritmos, estrategias de modelización de lo atractivo y discursos comerciales. Lo que se anhela ya no es libre, sino dirigido. Y sin embargo, cada niño, niña y adolescente guarda un deseo único, una sensibilidad irrepetible, una mirada singular del mundo. La ternura educativa es acompañar ese deseo sin reemplazarlo.

- Deterioro de la salud física, metabólica y emocional

La salud es afectada por una cadena de violencias normalizadas: alimentos ultraprocesados, aditivos nocivos, medicalización desbordante y temprana, vida sedentaria, sobreexposición a pantallas, contaminación ambiental. La industria promete bienestar, pero muchas veces produce enfermedades. La salud no se compra: se cultiva en el descanso, el aire limpio, el juego libre, la comida devuelta a su naturalidad y también ritualidad, el agua no contaminada y el afecto confiable. Cuidar la salud es proteger la vida en su sencillez y su profundidad.

- Destrucción del juego como experiencia libre, creativa y relacional de los cuerpos y de las almas de las infancias

El juego ha sido reemplazado por un entretenimiento dirigido, pantallas interactivas o contenidos diseñados para retener atención. Se vacía su dimensión simbólica, corporal, vincular y creadora. El juego, que es forma de pensamiento, lenguaje afectivo y exploración del mundo, se ve desplazado. Jugar no es perder el tiempo: es construir sentidos, vínculos, posibilidades. Recuperar el juego es recuperar la alegría, la invención y la libertad de la infancia.

- Debilitamiento de la capacidad de atención y del pensamiento profundo

Los entornos digitales hiperestimulantes fragmentan la capacidad de sostener la atención, contemplar, leer, escuchar, estar. Se debilita la memoria, el juicio, la concentración. La atención es interrumpida constantemente y con ella se debilita también la capacidad de cuidado. La atención es una forma de presencia. Es base del pensamiento crítico, del vínculo con otros y del cuidado de uno mismo. Destruirla es impedir el habitar reflexivo del mundo.

- Ruptura del vínculo con la comida, la tierra y el entorno

El acto de alimentarse ha sido capturado por la industria: se promueve el consumo de productos nocivos, con aditivos, toxinas, envases coloridos y promesas de felicidad rápida. Se rompe el lazo con la tierra, la cocina, la tradición, el cuerpo, el compartir. Alimentarse es un acto cultural, afectivo y político. Cocinar juntos, sembrar, saborear, elegir, agradecer: todo eso también educa, también nutre, también cuida.

- Invasión del territorio de la privacidad, la intimidad y la interioridad

La exposición constante a una audiencia, el uso de datos personales, la publicación de imágenes, la vida en línea y la vigilancia permanente destruyen la privacidad y con ella, la posibilidad de tener un mundo interior protegido. Se rompe el derecho a equivocarse en silencio, a tener secretos, a retirarse del ruido. La interioridad de un niño, niña o adolescente es un territorio delicado y profundo. Necesita tiempo, respeto, cuidado, no espectáculo. Sin interioridad no hay subjetividad, ni ética, ni libertad.

- Reducción de la infancia y adolescencia a mercancía, dato o imagen

Los niños, niñas y adolescentes son transformados en consumidores, seguidores, *influencers*, pacientes, usuarios. Se pierde su condición de personas en

desarrollo, para convertirse en instrumentos de rentabilidad. Se mide su valor en términos de utilidad, estética, obediencia o visibilidad. Pero la infancia no es un recurso. Es dignidad encarnada. Es vida. Es un presente que representa la posibilidad de futuro.

- Negación de la participación real, la voz significativa y la capacidad de incidir

En muchos espacios se afirma que se quiere ‘dar voz’ a los niños, niñas y adolescentes. Se les invita a opinar, a representar, a aparecer en actos o eventos. Sin embargo, esa participación suele ser simbólica, decorativa o funcional, sin poder de transformación real sobre lo que les afecta. Se escuchan sus palabras, pero no se permite que esas palabras tengan consecuencias. Se los muestra, pero no se los incluye. Se los expone, pero no se los reconoce.

Esta ficción de participación —frecuente en escuelas, medios de comunicación, programas públicos o redes sociales— confunde protagonismo con espectáculo, visibilidad con decisión, presencia con incidencia. Se sustituye la experiencia de ser escuchados con respeto, por la figura del ‘niño *influencer*’, cuya función no es transformar, habitar o disfrutar el mundo, sino adaptarse a él, vender, o atraer seguidores. De esta forma, se reemplaza la figura del niño o niña que participa por la del niño o niña que decora, que representa lo que otros necesitan mostrar.

La verdadera participación no es imagen, es palabra que transforma, acción que incide, que escucha, que pronuncia, que modifica.

Como nos enseñó Humberto Maturana (1995) la democracia no es solo un procedimiento electoral, es una emoción profunda. Se aprende y se cultiva desde el primer vínculo, cuando una niña o un niño es acogido como legítimo otro, cuando su voz no solo es oída sino respetada, cuando lo que siente y piensa es recibido como válido, incluso si incomoda, incluso si desafía. La participación infantil no es solo un derecho de los NNAs. Es una necesidad de toda sociedad que se pretenda democrática. Sin su voz, sin su pensamiento, sin su sensibilidad y sin su disenso, las democracias se empobrecen, se vacían y se repiten.

Un llamado a la promoción integral y al reconocimiento de la sacralidad del cuerpo de las infancias como base de una auténtica participación y dignidad de los niños, niñas y adolescentes

La explotación del cuerpo, la subjetividad y la interioridad de los niños, niñas y adolescentes en el contexto del capitalismo contemporáneo constituye una de las formas más alarmantes, normalizadas y estructurales de violencia cultural, simbólica y material. A través de prácticas sistemáticas —como la hiperexposición, la medicalización, la manipulación del deseo, la modelización estética, la comercialización de la identidad y la destrucción del juego— se vulneran profundamente todas las dimensiones del desarrollo humano.

Cada uno de los campos del desborde de la explotación económica contra los cuerpos de las infancias, identificados en este trabajo, revela un patrón complejo y articulado de desposesión de derechos fundamentales: la pérdida de autonomía corporal, la fragmentación de la autoestima, el deterioro de la salud física y emocional, la reducción del pensamiento crítico, la desaparición de la intimidad, la negación de una participación real y la mercantilización de sus imágenes, cuerpos y deseos. Estos daños no solo comprometen el presente de los NNAs, sino que obstaculizan su posibilidad de existir con libertad, de construir identidad con autenticidad y de desarrollarse como sujetos éticos, creativos y comunitarios.

Por ello es necesario reafirmar con fuerza y determinación antisistémica la dignidad y la sacralidad del cuerpo infantil como territorio fundamental de disputa política, de resistencia y de lucha para un proyecto alternativo de civilización.

Es urgente activar una promoción integral basada en el reconocimiento y protección activa de la dignidad, la autonomía y la sacralidad del cuerpo y de la subjetividad infantiles. En un mundo que tiende a reducir los cuerpos a mercancía y a confundir la libertad con el deseo inducido, defender el cuerpo

infantil como espacio inviolable y sagrado es un acto político y pedagógico de resistencia y reexistencia.

Desde una ética del cuidado —inspirada en la ternura como experiencia fundante de lo humano— debemos reconocer que el cuerpo de cada niño, niña y adolescente no es una cosa, una mercancía más para la intervención ajena, sino un territorio de existencia, expresión, deseo y presencia. Su vivencia corporal debe estar protegida de toda forma de explotación, corrección o violación e instrumentalización mercantil. Este respeto profundo no es solo un derecho, sino una condición para el florecimiento humano.

En este marco se abre un campo de lucha de los mismos NNAs para el reconocimiento de la soberanía corporal. El ejercicio de la soberanía corporal no puede ser postergado ni negado. Las infancias tienen el derecho a habitar sus cuerpos con libertad, a decidir sobre ellos con acompañamiento respetuoso, y a reconocerlos como espacios de dignidad, no de detestable reificación para el mercado. Este reconocimiento es indispensable para que los NNAs puedan construir una relación sana consigo mismos, alejada de las lógicas de control, presión estética o consumo compulsivo.

Los NNAs necesitan espacios seguros para reflexionar, expresar y preguntar; para compartir entre pares y construir redes de confianza. Promover el pensamiento crítico frente a los discursos de mercado, los medios y las plataformas digitales es fundamental para que puedan identificar y resistir los mecanismos de manipulación. La creatividad, el arte, el juego y la palabra libre son herramientas esenciales para su defensa corporal y simbólica. No basta con enseñarles a cuidarse: debemos garantizar entornos que los cuiden, los respeten y los escuchen en profundidad.

Recuperar la soberanía corporal y la sacralidad del cuerpo es, además, una precondition para poder recuperar la participación como derecho democrático y como experiencia transformadora.

La participación activa de los NNAs en la vida social, cultural y política no es un gesto de engañosa presencialidad decorativa, sino un derecho humano y una necesidad esencial de las sociedades verdaderamente democráticas. Como nos enseñó Humberto Maturana (1995) la democracia no se construye

sólo con instituciones, sino con emociones: se cultiva cuando un niño, una niña o un adolescente son reconocidos como legítimos otros; cuando su palabra no solo se escucha, sino que tiene consecuencias.

Negar esa participación, reducirla a imagen o espectáculo como en la figura del niño *influencer*, es anular su capacidad transformadora. La verdadera participación no es decorativa: es crítica, conflictiva, constructiva. Y es imprescindible. Escuchar a los NNAs no es otorgarles voz paternalmente: es darles lugar en la conversación colectiva, y permitir que sus preguntas y decisiones transformen nuestro mundo.

La defensa y la promoción integral del cuerpo y del alma de los NNAs no pueden ser delegadas ni parciales. Es una corresponsabilidad ética, jurídica y afectiva que debe ser asumida con claridad, convicción y compromiso por los mismos NNAs, por las familias, los cuerpos sociales intermedios, el Estado y la sociedad en su conjunto. Las familias, en particular, no deberían dejarse atrapar por el atractivo de un todopoderoso mercado que promete éxito para sus hijos, sino que deberían esforzarse para ser el primer espacio de promoción de la corporalidad, de construcción de subjetividad y autoestima. Para ello ciertamente necesitan acompañamiento, para ejercer su función amorosa y cuidadora, sin quedar atrapadas por las lógicas del mercado ni por los discursos del rendimiento.

Por su parte el Estado, como garante de derechos, debe establecer políticas públicas efectivas que regulen la explotación comercial, promuevan entornos de protección afectiva y ofrezcan educación integral con enfoque de derechos, salud comunitaria, soberanía corporal y alfabetización mediática que sea crítica guiada por el norte de una democracia de alta intensidad (De Sousa Santos, 2004).

Finalmente, los cuerpos intermedios y la sociedad como tejido cotidiano de conjunto, deben comprometerse a crear entornos culturales que respeten el tiempo de las infancias, valoren su palabra, cuiden sus cuerpos y promuevan su libertad. Una sociedad que no protege ni escucha a sus infancias no puede considerarse democrática ni justa.

Un futuro con porvenir y sentido solo será posible si las infancias de hoy pueden crecer despiertas, alegres, cuidadas, cuidadoras, amadas y libres.

Para hacer posible este futuro alternativo es necesario acudir a un nuevo protagonismo de las mismas infancias y adolescencias, como sujeto histórico que, en cuanto que explotado y amenazado, es también expresión de un potencial de antagonismo, de lucha, que encarna, junto con otros el blochiano “principio esperanza” (Bloch, 2007) de un proyecto político antisistémico viable, en el contexto de la actual coyuntura histórica.

Los y las adolescentes, los niños y las niñas, no obstante este desborde de la explotación, están lejos de ser una masa sumisa y pasiva, sobre la cual derramar nuestras lágrimas de alerta, sin que a ellas se acompañe la instancia de un proyecto de liberación. Se abra en este sentido, de un escenario histórico en el que la lucha de las infancias en contra de toda forma de explotación se resuelva en un reconocimiento colectivo de todos los explotados, en sus configuraciones de género, de etnia, de clase, de ubicación geográfica, de culturas, de estratificación social y también de edad.

La educación es el punto en el que decidimos si amamos el mundo lo bastante como para asumir una responsabilidad por él y así salvarlo de la ruina que, de no ser por la renovación, de no ser por la llegada de los nuevos y los jóvenes, sería inevitable. También mediante la educación decidimos si amamos a nuestros hijos lo bastante como para no arrojarlos de nuestro mundo y librarlos a sus propios recursos, ni quitarles de las manos la oportunidad de emprender algo nuevo, algo que nosotros no imaginamos, lo bastante como para prepararlos con tiempo para la tarea de renovar un mundo común. (Arendt, 1996, p. 208)

Hemos visto cómo el anegamiento, la hiperexposición, la medicalización, la manipulación del deseo, la impostura estética, la comercialización de la identidad y la destrucción del juego, vulneran profundamente todas las dimensiones del desarrollo humano. Cada uno de los campos de sospecha identificados en este trabajo revela un patrón complejo y articulado de desposesión de derechos fundamentales: la pérdida de autonomía corporal, la fragmentación de la autoestima

Pero, un futuro con porvenir sigue siendo posible, sobre todo si se acompaña y se valora el protagonismo de los mismos NNAs y de sus expresiones

organizadas, como elemento clave e imprescindible de cualquier proyecto liberatorio y de cambio. Como nos recordaba Cussiánovich (2022):

En una cultura del internet, las generaciones emergentes han iniciado un camino sin retorno hacia formas antes insospechadas de entender el mundo, de representarse las relaciones entre los distintos grupos etarios, de entender el tiempo y de configurar el espacio. Considerar entonces el protagonismo como cultura nos abre un horizonte mayor y más complejo, toda vez que refiere a la totalidad de las prácticas. Y es que protagonismo refiere a un campo semántico y simbólico de amplio espectro como ya señalado y, entre sus elementos, las ideas son un componente necesario en la posibilidad de mantener cohesión y unidad de los movimientos o colectivos sociales. Pero, además, el enfoque del protagonismo como cultura nos invita a considerarlo como forma de vida y de representarnos la vida social (p.137).

Recuperar protagonismo en los nuevos escenarios del actual desborde de la explotación económica de las infancias es el gran reto, la gran tarea que enfrentan hoy los niños, niñas y adolescentes, en aras de ir construyendo las posibilidades concretas de una sociedad finalmente liberada del imperio del dinero y de la ganancia, por arriba de cualquier consideración ética.

*** **

**La educación escolarizada:
tiempo y espacio funcionales
a la reproducción del capital**

Hoy se vive un proceso de instrumentalización y deslegitimación de la educación como proceso de formación humana. La formación por competencias, el mercado y las economías gravitando en los postulados del neoliberalismo, ignoran y desconocen los saberes ancestrales, originarios, étnicos, los surgidos de los movimientos sociales, que obstaculizan la construcción de un pensamiento crítico y la apuesta hacia nuevas realidades, es decir, se impone la deshumanización de la educación como consecuencia de ponerla en condición de apéndice de las fuerzas del mercado.

~ Castro Avela y López Jiménez ~

Introducción

Los primeros dos capítulos de este libro constituyen una obligada introducción a cada una de las temáticas que abordan las siguientes partes y que, en conjunto, nos permiten reconocer, desde el mundo de las infancias y adolescencias, la imperiosa necesidad de repensar lo que, desde siempre, en la historia del siglo pasado y en el presente, sobre los niños, niñas y adolescentes (NNAs, de ahora en adelante), ha constituido un intento por comprender y por legitimar el lugar asignado a las infancias en la sociedad y en el devenir de la historia.

Nada de ello puede lograrse sin tomar en cuenta lo que en apariencia no se refiere directa y formalmente al mundo de los NNAs, pero que inevitablemente incide en el sentir, pensar y en el actuar sobre ellos. Los autores, desde las ciencias sociales, desde la historia, desde el derecho, la antropología, la psicología, etc., dan cuenta de este largo, complejo e inacabado proceso.

En lo que podríamos considerar la hipótesis central que anima las reflexiones compartidas, desde diversas entradas práctico-heurísticas, podríamos sintetizarla en el cambio desde la hegemonía del capital/trabajo a la del capital/vida-cotidiana. O, si se quiere, del reductivo trabajo-empleo=capital-explotación al desbordante vida cotidiana=capital expropiado, lo que es palpable de forma inequívoca en este primer cuarto del siglo XXI.

Afirmar que todas las infancias son actoras activas en el actual circuito de reproducción del capital, evoca más claramente que estamos ante un sujeto colectivo que debe ser considerado como agente económico, no obstante todas las ambigüedades que pudieran aflorar y tener eco en las subjetividades colectivas e institucionales de nuestras sociedades hoy. Pero no evoca, en primer lugar, un sentimiento de compasión ambigua, como sí sucede cuando decimos trabajo infantil, niña o niño trabajando, y ello equivale a explotado, a sin infancia, sin futuro, incluso objetivamente infractor.

Entonces, nombrar a los NNAs como productores de riqueza no es edulcorar, negar o silenciar que ser productor/reproductor en el hegemónico circuito

del capital, no puede estar exento del componente de explotación que ello arrastra consigo. Pero, al mismo tiempo, coloca en primer término la condición de partícipe, y permite a los NNAs, que trabajen manualmente o no, sentirse, no obstante las reales y radicales diferencias, parte específica del fenómeno social infancia y por igual productores/reproductores de riqueza. Unos NNAs que ni son abiertamente conscientes de serlo, en cuanto consumidores, son parte del circuito del capital en condición de explotados, si superamos la sensación de sentirse bien, de considerarse parte de la sociedad de la apariencia; otros, NNATs (Niños, Niñas y Adolescentes Trabajadores), que van tomando conciencia de serlo, resisten, critican, exigen, se organizan y ejercen en el espacio público su condición de sujetos con discurso (Liebel, 2024)

El título de este ensayo pareciera concentrarse, como punto de entrada, en la explotación económica, en el hecho objetivo de riqueza producida, pero injustamente distribuida en un proceso por ello calificado de explotación. Pero lo que el título deja sin explicitar, es que la explotación económica es condición necesaria para la consolidación de una cultura dominante de división del poder que, dolorosamente, mantiene subordinadas no solo a las infancias, sino a cada vez más extensos sectores de la sociedad global al poder económico de los pocos escandalosamente ricos, que orientan la política y la geopolítica en función de su creciente enriquecimiento y dominio.

En este ensayo en el que se intenta reabrir críticamente la educación, como categoría entendida e instalada en el imaginario colectivo como ‘escolaridad’, a la reflexión y el debate con quienes, muy en particular en los últimos 50 años, colocaron la escuela como el lugar alternativo a lo que, años después, llamarían ‘trabajo infantil’.

En ese sentido resulta inspirador el pensamiento crítico del sociólogo danés Jens Qvortrup (2012), quien desde inicios de los ‘90 colocó reflexiones muy pertinentes respecto a la explotación de las infancias en contextos de países del norte. Dice al respecto este autor: “Pero si miramos históricamente e independiente del valor emocional, los NNAs tienen y siempre han tenido un papel en la historia. En este sentido, argumento que los NNAs siempre trabajarán” (2012, pág.19)

En este marco, el presente ensayo se hilvana en torno a los siguientes puntos:

- a) Contexto global: cambio de época.
- b) Tiempo, trabajo, edad cronológica, relaciones generacionales, memoria, democracia, ciudadanía.
- c) El trabajo escolar infantil: territorio de neocolonización por el capitalismo extractivista.
- d) A mejores escuelas, ¿menos trabajo infantil?
- e) *Los Children School Work* y los NNATs: actores del paradigma y co-protagonistas de la producción del bien común de la humanidad y su entorno natural.
- f) La educación como servicio en el capitalismo posfordista.
- g) El enfoque del desborde de la explotación: desafíos al rol de la escuela y sus actores.
- h) Las infancias trabajadoras adelantaron desafíos que hoy retan a todas las niñeces

*** **

Contexto global: cambio de época

Se afirmó, y con toda razón, que luego de dos décadas estamos asistiendo a un período de crisis, que se caracteriza, entre otras cosas, por su marcada tendencia derechista, autoritaria, controlista y, en algunos casos, con una proclamada inestabilidad económica, que se presenta como incapaz de frenar y responder a la englobante inseguridad e incertidumbre que afecta a la mayoría de las poblaciones. Un rasgo preocupante hoy es la desembozada tendencia formalmente asimilacionista de la sociedad tecnomediada.

Estamos en presencia de un modelo civilizatorio global y autoritariamente impuesto, un modelo de sociedad dominante que encarna el espíritu y las coordenadas de carácter occidental, impuestas. Entre sus principios podemos señalar: a) Que los ricos sean cada vez más ricos aunque sean estadísticamente

una absoluta minoría; b) Argumentar que la población excedente y las masas pauperizadas devienen en un obstáculo para la acumulación de capital, y por ello se justifican políticas neosistencialistas funcionales al rostro falsamente ‘solidario’ y paternalista del sistema hecho modelo; c) El empleo, en el marco del control y negación *de facto* del trabajo como derecho humano a trabajar, se vuelve siempre más incierto, precario, inestable, hasta el anuncio de su periódica cancelación en la práctica; d) La permanente revolución biotecnológica, como obligada mediación ético-moral y político-cultural, que genera y requiere las nuevas formas de servidumbre voluntaria; e) Naturalización de las jerarquías impuestas y mantenimiento, en concreto, de la diversidad como desigualdad; f) Lo mercantil como paradigma articulador de todo proyecto de vida futura; g) El autoritarismo presentado como exigencia de flexibilidad laboral; h) La cultura social y políticamente producida como el contexto global funcional a la economía y a la injusta distribución de la riqueza producida y acumulada. Todo ello resulta ser clara evidencia de la ‘razón colonial’ globalmente dominante.

A todo ello podríamos añadir la producción de bienes culturales y simbólicos como mercancías para el mercado imperante; la ciudadanía mercantilizada, el ir siendo considerado ciudadano solo en la medida que se devenga consumidor reproductor, cliente significativo que suele coexistir con formales ciudadanías civiles, sin mayor o nula ciudadanía política, es decir codecisora. Ciudadanía de menores de edad siempre en riesgo de su retorno a la moratoria social en su ejercicio (Castel, 2008); la panoptización de la sociedad global, como estrategia de control, colonialidad y dependencia, en el marco del eventual uso manipulatorio de herramientas tecnoinformáticas, de plataformas digitales para la cyberseguridad (léase, *cyber* panoptización); las *Big Tech*, incluida la Inteligencia Artificial, son funcionales a escenarios que transforman, sin duda, las funciones del Estado, los sistemas educativos, de salud, jurídicos, etc.; en fin, el capitalismo de los territorios interiores, como los llama Schibotto (2019): afectos, representaciones sociales, emociones, bienestar, felicidad, gustos, aspiraciones, identidad, proyectos de vida, intimidad, expectativas, la dignidad, la autonomía, el *self*, cuya sede es *la fine pointe de l’esprit*, etc.

También la educación, como servicio-sistema formal, tiende a ser instrumento de nuevas formas de colonialidad, cuando abandona su función crítico emancipadora (Matos Paoli, 1987), o cuando se encuentra invadida por el mundo y la cultura empresarial (Yelichich, 2019).

También se subordina a la lógica mercantil el territorio de la salud física y mental, territorio este ocupado por la industria farmacéutica. Y ello sobre la base de la ampliación y novedad invasoras que moviliza nuestra condición de seres deseantes.

Es indudable que, dentro de todo este panorama, hoy asistimos, entonces, a un cambio de época que tiene una fuerza sísmica que conmociona certezas, seguridades y cuanto creíamos que era lo firme y seguro en todos los terrenos: el económico, el político, el social, el cultural, el científico, el espacio territorial, el sentido del tiempo, de la historia, de la vida toda, de las instituciones. De todo lo que evoque un pasado superado o superándose.

La experiencia nos demuestra que ningún cambio de época cierra definitivamente la historia o la hace irreversible. Vendrán nuevas épocas de resistencia y de cambio. De allí el imperativo ético y político de superar el narcisismo coesencial a la sociedad global del hiperindividualismo que se nos impone y domina globalmente.

La fuerza seductora del modelo hegemónico es preocupante. El contexto actual se configura como un mundo de abundancia, un mundo de ininterrumpidos impactos de efecto positivo/perturbador. Y hay lemas subterráneos que con frecuencia recuerdan a las mayorías inferiorizadas: “no eres igual”, “anda a estudiar para más adelante trabajar y poder tener lo que hoy no puedes”, “ignorante tenías que ser...” Es decir, una constante insistencia a superar todo lo que te haga menos competitivo en la producción de riqueza para los consorcios o empresas, que manejan la sociedad mercado.

En el fondo, así como vimos en ciudades de países del Norte y en nuestras ciudades de la Abya Yala (así llamaban los pueblos originarios, desde Centro América hasta el Sur, a su territorio, entendido como ‘tierra en florecimiento’), barrios con construcciones de ex-fábricas puestas en venta o abandonadas

a la espera de convertirse en centros comerciales o altos edificios; así pareciera que un campus universitario desentona con la creciente inundación de la llamada educación a distancia o virtual. Hay una cierta reconfiguración del territorio de la escuela y de las relaciones sociales inter e intra generacionales que allí se configuraban.

¿Será que este cambio de época signifique la superación definitiva de una pretendida sociedad global basada en la cuestión de raza, origen étnico, occidentalismo y producción capitalista neocolonizante?

¿Habrà que convenir que sea sin escapatoria la obligación de ser ciudadanos solo en cuanto consumidores y permanentes clientes, inconscientes de lo que ello configura como identidad y proyectos de vida que se ajustan a este oscuro giro civilizatorio sociocultural y ético-político?

Los cambios de época se resienten también en la autoimagen de los humanos, en su impacto en el clima espiritual que moldea las relaciones humanas, y las formas como se experimentan bienestar y felicidad.

Sin duda el nuestro es un tiempo signado por cambio de paradigmas. La posmodernidad está signada por un radical cambio en lo que por tanto tiempo se conocía como el ‘trabajo’ en la sociedad industrialista, una de cuyas características era estar centrada en la producción. Como se plantea en el primer capítulo de este libro, en el marco de la tecnología y de la constitución de la centralidad de la comercialización, servicios y consumo, hoy la tendencia es lograr que el valor de cambio cuente con las condiciones de fondo y las condiciones subjetivas que permitan que se asegure el dominio del capital en la sociedad tecno-mediada, y con una población que subliminalmente se sienta bien ante un contexto finalizado a la explotación. De allí que hoy las formas de explotación propias del capitalismo industrialista, hayan dado paso a una explotación que aparentemente no duele, incluso gozosa, aunque sigan multiplicándose las nuevas formas de expulsión, de marginalización, descarte, desigualdad, insignificancia.

En general los cambios de paradigmas económico-políticos y socio culturales no siempre han logrado una real y liberadora transformación de las

culturas de infancia y de su impacto en la concepción y rol de las infancias en contextos de adultocentrismo (Morales y Martínez, 2024) y patriarcalismo. Si bien la Convención de los Derechos del Niño en 1989 abrió una serie de pistas, el llamado ‘interés superior’ del niño y el principio de la protección integral, luego de 35 años de proclamados, en un mundo globalizado desde arriba y en manos de corporaciones, organismos, consorcios e instituciones internacionales, penan por abrirse un real camino en la co-construcción de justicia, paz y democracia. Se dibujan así cuestiones que representan desafíos a la labor educativa en la familia, de participación co-protagónica, en aras de superar la división social del poder inter e intrageneracional.

Nuestra región latinoamericana sufre aún por no lograr alcanzar, desde sus culturas ancestrales, el *allin kausai*, el *sumaq qmaña*, el *lekil kuxlejal*, expresiones que significan, en distintas lenguas de pueblos originarios de nuestra Abya Yala, el vivir bien, la vida buena, en armonía, equilibrio, respeto, cuidado, en un florecer permanente. Es decir que no se ha alcanzado una real ruptura epistémico-afectiva con los paradigmas impuestos por contextos pos y/o neocoloniales. (De Jesús Espinosa Torres, 2019)

Es cierto que se van configurando nuevos territorios de disputa política para la dignidad de las infancias y adolescencias en el contexto del capitalismo de hoy. Son territorios y tendencias que tocan frontalmente la cuestión de identidad social, de formas históricas de organización, de narrativas que recogían sus proyectos de emancipación colectiva. Son elementos que configuran escenarios desafiantes a la acción educativa en la familia, la escuela, y también en los múltiples medios de comunicación tecnomediada, para las nuevas generaciones.

Podríamos, en primer lugar, hablar de un pos-obrerismo, de una crisis y fragmentación de la sociedad del consumo, de identidades sociales fragmentadas; de nuevas sensibilidades frente a nuevas representaciones de ser insignificantes, marginales, de una nueva sociología de las ausencias. Para el caso de países de la Abya Yala, se constata la objetiva disminución de trabajadores obreros organizados y en lucha por mantener muchas de las conquistas logradas hasta hace 45 años en la mayoría de nuestros países, y muchos de los cuales no llegaron a ser países industrializados en sentido estricto.

Cambia también el sentido y valor del tiempo y esta es una cuestión que toca la globalidad de la vida personal, familiar, colectiva: todo viene con fecha de vencimiento, incluyendo las competencias y los conocimientos. Se hace incierto el tiempo de duración de las relaciones sociales e interpersonales; se vuelve un tiempo alterado de socialización con el mundo global/externo; en la experiencia prevalece la instantaneidad; con un vaciamiento reflexivo del uso cualitativo del tiempo en favor del uso cuantitativo, medible del mismo.

Por otro lado, hoy se constata que estamos en un contexto general en que las infancias, como el resto de la población, se mueven en lo que se ha dado en llamar el trabajo escolar, así como el trabajo manual directo o personal, en tiempo y modalidad diacrónicas, es decir, en tiempos y modalidad en alternancia, incluso a elección personal.

Este escenario levanta desafíos a lo que se va entendiendo por ‘memoria’, como encuentro dinámico de futuro, presente y pasado. Un bucle indispensable e inescindible.

Aparecen nuevos síntomas de compulsividad, de inmediatez, dificultades para postergar, ¿Ir de *shopping* o más bien de mero *loocking*?, ¡Pero ir! Se impone la compulsividad por llegar a ser competitivos y por figurar, por lucirse e impactar. Incluso, se llega a tener que colocar en el CV personal la garantía que uno es capaz de ‘trabajar bajo presión’, como una cualidad normalizada que hace más competitivo al postulante.

El poder y la significatividad: no son separables en esta sociedad del espectáculo y de la oferta y consumo. El espíritu de colonialidad resulta anidado en múltiples formas en el ADN cultural impuesto. Y difusamente domina una silenciada ansiedad, que se pretende calmar engañosamente, no fuera sino con migajas de poder.

La dominación, el poder de la oferta se sostiene también en la función comunicacional intencionada al consumo. Basta constatar cómo en los celulares se insiste, sin pausa, en la cantidad de ofertas de todo tipo.

La ciudad misma, de parque industrial se vuelve a parque comercial. La necesidad de retrabajar el ordenamiento urbano y en países con elevada po-

blación en el comercio ambulatorio, la ciudad ha devenido en territorio de sobrevivencia y fuente de sobrecarga publicitaria, de saturación del ruido, de contaminación. En esta dimensión el consumidor como actor económico, no solo produce riqueza, sino que produce sensación de bienestar, compensación psicológica. Existes para ti...aunque no sea tan evidente que signifiqués algo para tu entorno.

Asistimos también a un creciente mundo del subconsumo y del pauperismo, efecto del modelo civilizatorio dominante, componente del paisaje de altos porcentajes de población sumida en la desnutrición, la anemia, la insalubridad y el déficit permanente de presupuesto para los servicios de salud y educación. El subconsumo refiere no solo a no lograr los estándares que acrediten relevancia, sino consumir lo que ya tiene fecha de vencimiento y se consigue a precio al alcance de los de escasos recursos. La vida es experiencia de vulnerabilidad cotidiana. (Ceci, 2024)

Es en todo este contexto que se multiplican las formas postmodernas de explotación económica de las infancias. Estas nuevas formas de explotación económica vulneran tanto al niño directamente incorporado en la producción material como al niño consumidor, en muchos casos consumidor endeudado; se pasa, además de una ocupación colonizadora, a una ocupación subliminal permanente o neocolonialidad global, producto de la psicopolítica; se empuja a los NNAs hacia una entrada subliminal en lo que a inicios del siglo .XVI se llamó servidumbre voluntaria (De La Boétie, 2016) y que hoy es nuevamente propuesta en los textos de Varoufakis (2024) sobre el “tecnofeudalismo”, es decir, una servidumbre “inodora”, pero no indolora (por la acumulación de sufrimiento que comporta); se asiste a una reconfiguración de las cadenas de producción de valor y plusvalor y de las formas de explotación, lo que a su vez condena a la ambigüedad nuestras usuales categorías: edad cronológica; público y privado; sujeto social o sujeto (sujetado) económico; de hecho en la la bioeconomía y la biopolítica el niños, la niña, el adolescente se colocan como seres públicos , aunque no como miembros de la sociedad , sino más bien del mercado; es en este marco que hay que pensar al niño como coproductor de plusvalía y contribuyente a la riqueza global acumulada, pero sin poder participar en la redistribución justa de la misma, y es en este sentido que po-

demos decir que hoy las infancias son como coprotagonistas de una economía política tóxica, pues en efecto los NNAs son participantes en cuanto clientes y consumidores, pero no como interlocutores válidos, es decir, críticos y propositivos de la política económica, social, cultural, comunicacional, etc.

Opinamos que en este escenario la Organización Internacional del Trabajo (OIT) y la misma Convención de los Derechos del Niño (CDN), como otras instituciones internacionales y regionales, quedaron ancladas en una mirada industrialista del trabajo y de los NNATs (niños, niñas y adolescentes trabajador), mirada, además, que favorece culturas de prescindibilidad, peligrosidad, gradualidad y/o moratoria social de las infancias y adolescencias.

Nos lo recuerda Manfred Liebel (2006): los NNATs no figuran como sujetos económicos en las estadísticas, por considerarse no significativos en la economía global, para los Bancos, el FMI, etc. Son parte de lo que Robert Castel llama “los inútiles para el mundo” (pág. 75). Hoy: todos parecieran indispensables, es decir, incluidos en condición de capturados por la ilusión de libertad que dice ofrecer el libre mercado: seducción y disciplinariedad. Se imponen nuevos imaginarios colectivos, cargados de narcisismos tóxicos, que trastocan la autoestima, el respeto, la constitutiva otredad del humano (narcisismo vs individualidades positivas, sanas, dialogantes). (Green, 1999; Cortés, 2019)

Se consolidan siempre nuevos escenarios de desigualdades, inseguridades, pauperización, clientelismo como parte de los estragos del capitalismo postfordista. Pero el sistema capitalista hoy ha logrado naturalizar un extendido modo de vida esclavo fruto de tres eficientes factores: la publicidad, expresión del poder de la sociedad de la información, que captura imaginación, deseos, erotiza impulsos, alimenta un desaforado hiperindividualismo e insufla narcisismos de todo tipo; el relativo fácil acceso al crédito/préstamo y sus múltiples modalidades de emboscar al que de ello se beneficie, al poner sus bienes como garantía; finalmente, el crear una sociedad vitrina con objetos todos con fecha de vencimiento programado.

También la naturaleza se instrumentaliza como reiterado objeto de explotación desde la cosmovisión occidental moderna, hoy con renovada violencia

frente a pueblos indígenas y a importantes corrientes que sostienen que la tierra, el agua, los ríos, la atmósfera son entes y sujeto y de derechos, aunque no tengan deberes. (Delgado Díaz, 2011)

El panorama parece ser sombrío, inquietante y hasta brutal. Pero, también hay signos que son portadores de esperanza: frente al real peligro de la falta de agua a nivel global y la reacción de comunidades que defienden sus fuentes de agua en reacción creciente, no solo frente a la minería informal, sino a las empresas mineras extractivistas, así como la creciente reacción de colectivos que desde la llamada economía solidaria o por la soberanía alimentaria, representan hoy una esperanzadora reserva de dignidad.

Aparecen con siempre más fuerza en el escenario de la historia, movimientos que alimentan un paradigma alternativo del bien común de la humanidad y de su entorno natural, movimientos que defienden los derechos de la Tierra, que la legitiman como sujeto de derechos, como se expresa muy bien en la cosmovisión de nuestros pueblos originarios: el Buen Vivir, en el mundo andino y pueblos originarios centroamericanos.

Son movimientos antisistémicos que también reclaman dignidad, la posibilidad de transitar desde el ir siendo yo mismo como individualidad al ir siendo nos-otros por ser seres sociales entre las otredades. La dignidad está a flor de piel en las grandes mayorías que resisten, se indignan y rebelan, dignidad que es el fundamento originario y originante de las diversas generaciones de derechos humanos positivizados y de los *unwritten humankind rights*, así como la crítica a y desde organismos nacionales o regionales a los DDHH y sus narrativas en contextos políticos de países en la Abya Yala.

El contexto hoy tiende a encasillar nuestro ser seres de la posibilidad, de los inéditos posibles y por ende, se atenta contra el principio esperanza (Bloch, 2007). Desde las infancias, en particular las organizadas y con presencia en escenarios públicos, sigue siendo oportunos colocarse como necesarios sujetos del permanente ¿y por qué no?

Por otro lado, hay que destacar que hoy crece la resistencia a abandonar el paradigma orgánico y acogerse exclusivamente al paradigma físico-matemá-

tico del número, el porcentaje, de lo medible y de lo graficable. El desafío es establecer una equilibrada cultura académico-investigativa y de producción de pensamiento que permita un fecundo, porque crítico, encuentro de ambos paradigmas. Vale decir, entre conocimientos y saberes, entre ciencia y vida. (Chiroque, 2024)

*** **

Tiempo, trabajo, edad cronológica, relaciones generacionales, memoria, democracia, ciudadanía

Asistimos hoy a la reproducción del capital al ritmo tirano de un tiempo presentista e instantáneo. Quizá es el sentido del tiempo que hoy se ha transformado, y que afecta las representaciones e identidades de cada individualidad y de colectivos, traducándose en una hegemonía del presente y una nebulosidad del futuro. ¿Serán hoy tan necesarios los años de edad asignados a los distintos niveles educativos en las escuelas, en los estudios superiores, sean estos universitarios o no? La sociedad digitalizada y en muchos aspectos robotizándose, es una sociedad que transforma la percepción de distancias geográficas, estrechamente ligadas a la cancelación de la inversión anterior en tiempo, y este hecho es un factor de transformación psicocultural. En breve, todo ello conforma el trasfondo de la garantía para la economía como destino del quehacer humano, sin excepción del lugar que se ocupe en las jerarquías impuestas y en los espacios geográficos.

Por otro lado, no podemos olvidar que la virtualidad es simultáneamente una visualización y un ocultamiento de quienes son parte de los que Viviane Forrester (2000) llamara “los excedentes humanos”. Se produce una invisibilización de la “humanidad de sobra” (Forrester, 2000), de los “desafiliados” (Castel, 2010), de los *out of time* (anacrónicos) y de los *out of place* (fuera de lugar) y, añadiríamos, los *without a face* (impresentables), a menos que sea para justificar su atraso, su lastimera imagen, el indecoroso de su mera presencia.

Se abre un escenario muy inquietante en este contexto, pues lo que acostumbramos llamar trabajo resulta ser un significante en radical transformación. Autocalificarse hoy como 'trabajador' no garantiza ser y tener garantizado un eje de identidad individual ni colectiva por ser, el trabajo, una realidad intermitente, ocasional, además muchas veces objeto de descalificación en las jerarquías discriminatorias que conforman los imaginarios colectivos globalizados. Actualmente, el eje de identidad codiciado es ser emprendedor, microempresario, autoempleado, persona con sentido de *agencia*, porque el lenguaje crea mundos y realidades prediseñadas. Y ello va de la mano con lo que afirmaron hace 30 años Dejours y Molinier (1995), sobre el trabajo como enigma, y con lo que dijeron Méda (1994) y Bencivenga (1999), que el trabajo es un valor en vía de desaparición.

Todo ello, al referirnos a los menores de la edad normativamente establecida que trabajan o que delinquen, nos interpela si se puede desligar del contexto etno-eco-cultural en que transcurre la existencia y se vive la vida. En general, la universalización de la mera acumulación cuantitativa de la edad cronológica, sin tomar en cuenta el sentido y rol que en las distintas culturas y territorios se les asigna, son una expresión de la colonialidad que habita los abordajes socio-educativos y político-jurídicos dominantes.

Este contexto plantea la pregunta y desafío ¿por qué auto reconocerse y presentarse como trabajador amén de ser ciudadano, estudiante cuando la mera expresión “soy trabajador” está estigmatizada en el imaginario colectivo y reductivamente entendida como “soy explotado”? Y si de NNATs se trata, con mayor razón por el pseudo compasionismo que anida en dicho imaginario frente a todo menor de edad.

Pero hoy el escenario cambia radicalmente, y por ejemplo, podemos afirmar que la gran mayoría de los niños por estar escolarizados son incluidos como parte de la narrativa del *hope-work*, del trabajo esperanza o de la esperanza de un trabajo (Schwaner, 2020). El presupuesto formal que subyace a esta mirada, refiere a que la escuela debe preparar y acreditar a los niños y jóvenes para salir a competir en el mercado laboral, que es directamente manejado por quienes ordenan la economía, la política, el comercio, la educación que el Estado y la sociedad deben ofrecer a la población.

Es en ese marco que se establecen las edades y otras condiciones a fin de asegurar que los sistemas educativos garanticen la fuerza laboral funcional a la división social y a la reproducción de la riqueza en el marco de la sociedad de mercado.

Desde el mundo de los países hoy considerados desarrollados, modernos, prósperos, y que tienen un real poder deliberativo en organismos de Naciones Unidas y otras instancias internacionales, países que formalmente han superado muchos de los fenómenos aún remanentes en países de la periferia signados por la pobreza, la desigualdad, la inestabilidad económica y política, los NNATs son vistos y tratados como un fenómeno residual, anacrónico, con una real devaluación política de su palabra y de su fuerza simbólica objetivamente crítica del modelo civilizatorio hegemónico. El *hope work* es parte de las posmodernas moratorias sociales y hoy sin garantía alguna de real concreción.

Recordamos que la palabra economía viene del griego antiguo que une *oikos* y *nomos*, es decir la casa y la normatividad que la rige. Por otro lado en griego hay dos vocablos que se distinguen por la escritura y por lo que significan: *éthos* equivaldría a lo que hoy entendemos por la ética; mientras *ethos* (sin acento), a lo que hoy consideramos como comportamiento, costumbre, modo de vida (Boff, 2004). Con estas previas aclaraciones podemos interrogarnos sobre el globalizado *oikos* dominante como *ethos* o modo de vida.

¿Qué *oikos* se ha generado en el marco del capitalismo posfordiano? El modelo civilizatorio que vehiculiza lo que estamos nombrando como cambio de época consecuencia del capitalismo posfordiano, constituye una nueva y radical administración de la vida desde el paradigma de que todo se ordena a partir del capital, de que todo deviene mercancía, del imperio del presentismo, del *oikos* entendido como la analógica conformación del nido, del hogar que deviene familiar, del útero global en el que se gesta, reproduce, desarrolla y se expresa el tipo de humano que el modelo civilizatorio centrado en la reproducción del capital necesita, como garantía para que el humano pueda sentirse protegido e ir asumiendo su condición de cuidador, en este caso y centralmente, del capital y como un descarado *flatus vocis* de cínicas narrativas de estar cuidando la vida, toda vida.

Hoy, el *oikos* socio-cultural y político-económico dominante, ha devenido como la clave hermenéutico-filosófica para comprender y decidir el sentido de la vida, del bienestar, de la felicidad, del equilibrio y sostenibilidad de toda iniciativa individual o colectiva, teniendo como paradigma la reproducción sin pausa del capital. Y ello en medio de la lucha que siguen librando los sectores que no se resignan a lo que les imponen los centros y consorcios de poder.

La(s) propuesta(s) educativo-comunicacional-escolarizada(s), encuentra en este *oikos* posmoderno, el lugar epistémico de sus narrativas actuales, de sus matrices didáctico pedagógicas, de sus parámetros de medición de logros, de las vías de su permanente actualización técnico-conceptual insalvablemente orientadas a la reproducción del capital. Incluso el *oikos* concebido como cuidado de sí y de la familia no escapa a la ética de una formal ambigüedad, al subordinar a la economía la cuestión radicalmente humana y humanizadora de ser una especie de cuidadores de la vida, de toda vida (Heidegger, 2012)

En el devenir de la sociedad griega se concibió el *oikos* como el ámbito más amplio de la ciudad. Hoy, en el contexto de la era postmoderna, se desborda lo estrictamente territorial local y se refiere a lo supranacional. La cultura que subyace a la llamada globalización, está preñada de colonialidad, de jerarquización socio-étnico- político-económica, de pensamiento abismal, de calculadas ausencias, silencios e insignificancias. La historia social de las infancias, entre otras poblaciones, revela el complejo y sufriente batallar para participar como interlocutores válidos y coprotagonistas del *oikos* local, nacional y global.

La Convención de los Derechos del Niño no se desmarca con nitidez y radicalidad del modelo civilizatorio dominante respecto a la edad cronológica, al derecho a la participación co-deliberativa, y, respecto al trabajo, enfatiza la explotación, además, está signado este proceso por lo que conforma la cultura del modelo industrial. Quizás eso que llamamos trabajo sea uno de los campos en que cíclicamente se hace evidente que, tras sus interrogantes a los giros epistémicos, se evidencia que estamos en un cambio brutal de época, pues el trabajo está ligado a la vida cotidiana material colectiva e individual, hermanada a la vida social y a lo impalpable del bienestar, la felicidad, los sentidos de vida.

Baste echar una mirada a los últimos 40 años en nuestros países para reconocer cómo se redujo notoriamente lo que llamábamos clase obrera, es decir empleada, organizada, logrando conquistas en el terreno de protección de sus derechos, de la normativa y estabilidad laboral, aunque siempre y al mismo tiempo con una mayoría desempleada, en subempleo, en autoempleo y actualmente en empleo intermitente. ¿Estudiar? ¿Para qué, si no garantiza un trabajo en dignidad, en condiciones dignas? Quizá por ello, la OIT prefiere hablar de trabajo ¡decente! O, ajustado a las normas y condiciones aceptadas libremente, cuando se firma un contrato. Pero son esas normas y condiciones que cíclicamente sufren ajustes y en general favorables al capital.

El dominante contrato social generacional de la modernidad fue: los adultos, en cuanto proveedores, trabajan, y los niños se dedican a ir preparándose para ser adultos. Este contrato entró siempre en crisis frente a las masas empobrecidas, pauperizadas en medio de un modelo civilizatorio que en el marco de una economía industrialista y de modelo extractivista, conoció la incorporación de los menores de edad al mundo del trabajo. La historia registra el fenómeno del trabajo de menores de edad en las múltiples formas requeridas en tales circunstancias, tanto en el mundo agrícola, minero como urbano. Ante esta realidad, conviene mencionar nuevamente lo que el ya recordado De la Boétie señaló, en su Manifiesto, en la primera mitad del siglo XVI, “La Servidumbre Voluntaria”. Igualmente recordaremos las importantes anotaciones que el pensador Luis Vives concretó en “El Derecho a la mendicidad”. (Pierre Rosanvallón, 2015),

Este punto se refiere, así mismo, a un análisis de las culturas escolares heredadas y/o emergentes hoy en el marco del cambio de época y su expresión en las relaciones intergeneracionales como formas de poder. ¿En qué sentido hoy las relaciones del mundo adulto con las nuevas generaciones se han modificado? ¿La sociedad, la familia, la escuela, en qué aspectos específicos reflejan el cambio de época en las relaciones sociales de los sujetos?

La cuestión de la familia (Bernal y Schibotto, edits, 2017) deviene central en el despojo de representaciones radicalmente colonizadas desde el mundo occidental y específicamente eurocéntrico. Lo que hoy se considera un cambio de época obliga a pensar la familia en dicho contexto a partir de las ino-

cultables señales al interior de la misma familia posmoderna, de la escuela o la universalización de la educación formal, de la vida social cotidiana y de las expresiones complejas de las relaciones inter e intra generacionales.

Hoy es necesario repensar el contrato generacional, o más bien el pacto intergeneracional, en contexto de transformación del sentido socio-cultural de las edades cronológicas. ¿Cómo se podrían ver las relaciones generacionales en el actual *oikos* de la edad posmoderna?, ¿en qué consistiría un pacto social, si entendemos que pacto es siempre entre iguales? ¿iguales a nivel de ser humanos miembros de la especie *homo sapiens* y a nivel ontológico, pero y qué a nivel socio-histórico y político-cultural?

En este contexto es importante recordar también la memoria, como campo de batalla inter e intrageneracional. Baste recordar cómo desde los años setenta y noventa se hace una campaña anti niños y niñas trabajadores con lecturas y hermenéuticas de las epistemologías de las historias construidas y funcionales al abolicionismo. Una proclama de abolición del trabajo infantil, presentada como garantía de progreso, de desarrollo, de futuro próspero no solo para los individuos, sino para los países que se harían fiables para los centros económicos y la cooperación internacional, no pasa de ser una narrativa ilusoria hasta la fecha.

La memoria refiere no solo al pasado en general, sino a la cultura, a los imaginarios sociales dominantes, a su origen y a las consecuencias de los mismos como eventuales lecciones aprendidas o agendas pendientes, como mundo de imaginarios, símbolos, lenguajes e imágenes que grafican los fundamentos del poder actuante ayer como en la actualidad. Desde los movimientos sociales de NNATs en esta nuestra Abya Yala, hablamos críticamente de memoria de futuro, por lo que del pasado quedan como pendientes no cumplidos, y lo que de novedad queda por seguir, también críticamente, logrando en el hoy un camino abierto a posibles inéditos. Es lo que sintetizaba Zemelman (1992) en su idea de la “realidad como horizonte de posibilidades” (pág. 25.) La memoria de futuro expresa crítica e intuitivamente los fundamentos epistemológicos de esencial carácter heurístico, anti dogmático.

En contextos de turbulencias vitales, que generan complejidades, inseguridad existencial, autocegueras, repliegues emocionales, miedos inhibidores,

etc., son muchas las preguntas que emergen, por ejemplo, en quienes acompañan organizaciones, sindicatos, movimientos sociales de jóvenes o de niños y adolescentes surgidos décadas atrás, con banderas de lucha y presencia pública en escenarios que hoy son realmente otros, y con paradigmas y prácticas educativo-pedagógicas validadas en el tiempo: ¿con qué nos quedamos de lo anterior y qué debemos reinventar para los próximos cinco o diez años? Por ello vienen sugerentes las anotaciones de De Sousa Santos (2019):

Pienso que en este momento y por lo menos transitoriamente, hay que buscar energías progresistas sobre todo en el pasado. No se trata de una tarea fácil, porque la teoría de la historia de la modernidad desvalorizó sistemáticamente el pasado en beneficio del futuro. El pasado fue siempre concebido como reaccionario y el futuro como progresista. (pág. 29)

*** **

El trabajo escolar infantil: territorio de neocolonización del capitalismo extractivista

Estamos en un contexto histórico que bien podemos calificar como cambio de época, con lo que ello implica para los países de la Abya Yala. En el campo de la educación por mucho tiempo fue suficiente con introducir novedades, muchas de ellas muy relevantes, pero fue menos frecuente poder hablar de reales reformas educativas que implican el proyecto ético-social y político-económico-cultural al que se apunta. En el caso peruano, por ejemplo, tuvimos esa experiencia cuando se logró el importante proceso que intentó un real cambio de época en materia educativa entre 1969-1975. Toda vez ello venía de la mano con cambios en el mundo de la producción industrial, de la producción agraria y de la participación organizada en niveles que exigían cambios en el ejercicio de la democracia ciudadana.

Luego volvimos a ser más complacidos con el aceptar las novedades que surgían y se imponían por organismos internacionales, como la autoritaria in-

fluencia del Banco Mundial y del FMI, (Rivero, 2007), poniendo a la educación escolarizada directamente al servicio de la sociedad capitalista postfordista.

Desde una mirada ajustada a los procesos de modernización, tendríamos que reconocer que se trataba de una época de mini cambios a nivel de un territorio concreto, vale decir, que no correspondería al hondo sentido que a la categoría cambio de época se le asigna hoy desde la ciencia política a tal acontecimiento. Considerado en el horizonte global sería más propio hablar, en nuestro caso, de época de cambio, como muchas de las revoluciones en nuestra Abya Yala, necesarias y evocativas, aunque incapaces de configurarse como expresión de un cambio de época *stricto sensu*.

Desde hace más de cien años, la OIT levantó la escuela y la obligatoriedad de la escolaridad como el arma central frente al fenómeno del trabajo de los niños. Más recientemente promovió con la misma bandera de lucha la llamada marcha internacional contra el trabajo infantil. Y, sin embargo, nunca supimos que se haya exigido y sancionado, en las últimas décadas a Estados de nuestra Región porque no destinan el 6% de sus presupuestos a la educación. Mientras tanto se esgrimen estadísticas que parecieran demostrar que las políticas quinquenales planteadas por agencias internacionales de Naciones Unidas han tenido éxito en combatir el trabajo infantil, mientras se trata de un uso engañoso de los datos cuantitativos, como se ha demostrado en importantes ensayos. (Schibotto, 2014)

La segunda, refiere a que en los estudios hechos en países del Norte sobre el tan voceado logro de haber erradicado el trabajo infantil y que ello pareciera dar plena razón a las políticas abolicionistas y a acciones, como la Marcha Global contra el Trabajo infantil y el Convenio 182. Dichos estudios, como los de Qvortrup, y otros, son contundentes al afirmar (Breda y Ogg, 2012):

Para mí esta es la tesis más importante: los NN siempre trabajarán, pero ahora ellos/as trabajarán de diferentes maneras...Continuidad y cambio, pues los niños y niñas cambiaron del trabajo manual al trabajo escolar. Al mismo tiempo, la continuidad está en la correspondencia entre el modo de producción y lo que ellos/as hacen. Considero que esa es la tesis clave. (pág. 9)

*** **

A mejores escuelas, ¿menos trabajo infantil?

Este fue el título de una investigación promovida hace unos años en varios países de la región (Bazán, 1998). El entusiasmo del período post Convención, y *ad portas* de lo que devendría en el Convenio 182, llevó a la reinención de una especie de piedra filosofal que muy pronto se graficaría en expresiones como estas, para campañas, afiches, consignas, slogans, etc. (Cussianovich, 2010) : “El niño que trabaja, no estudia”; “la educación es el factor decisivo para combatir la pobreza”; “el único trabajo que beneficia al niño, es el de la escuela”; “a más escuela, menos trabajo infantil”; “el niño que por trabajar no va a la escuela, es un paria”; “el lugar natural del niño es la escuela”; “la causa principal de la deserción escolar es el trabajo infantil”; “el trabajo infantil es el factor principal del fracaso escolar”; “el problema de la extra-edad escolar, es que los niños trabajan”; “el trabajo no es juego de niños”; “el único trabajo permitido al niño, es el de la escuela”; “el trabajo infantil no permitirá el logro de los objetivos del milenio”, etc.

¿Será verdad tanta simpleza? No deja de sorprender cómo en la era de la informática, telemática, de la internet, el mito de la escuela haya revivido precisamente como el mejor dispositivo para triunfar en la vida, para vencer a la pobreza, como condición para ejercer los derechos de ciudadanía, para ser competitivos en un mundo del desempleo creciente o del empleo cada día más precario. La era del conocimiento, mirado éste desde la cosmovisión dominante, centrada en la sobrevaloración de la razón lógica e instrumental y en la ética del mercado, tiene como correlato que los demás saberes, acumulados desde otras cosmovisiones y culturas, quedan como destinados a desaparecer o ser parte de las insignificancias para el progreso y desarrollo.

Lo que llamamos escuela, no es sólo una forma de institucionalización de los procesos de enseñanza y aprendizaje. La escuela representa una manera de entender el poder en la sociedad, una manera de división social y política del poder, que implica un específico entendimiento del desarrollo humano, de las relaciones intergeneracionales y de la división étnico-cultural del saber. La escuela, es entonces una forma de institucionalizar el acceso a la ciudada-

nía real, a la identidad y estatus social, un prerequisite para ser modernos, casi para salir de la barbarie e incorporarse a lo que, en occidente, se dio en llamar civilización.

Nada de ello invalida el sentido que la escuela pueda tener desde nuevos atributos que, a lo largo de la historia, los pueblos han intentado imprimirle. La escuela, entonces, es parte de un proyecto histórico y es en éste que deben descubrirse sus bondades y sus eventuales límites sociales, políticos, éticos y culturales. Muy particularmente, cuando se trata de referir escuela, escolaridad y el complejo fenómeno de niños, niñas y adolescentes trabajadores. Y es que la escuela contemporánea sólo efímeramente fue pensada como para preparar mano de obra productiva en el marco de la cultura industrial, que la requería funcional al capital y a su acumulación. Pero, en el fondo, esta es una entrada que nos invita a pensar la sociedad, a repensar no solo las infancias sino muy específicamente a hacerlo desde las infancias trabajadoras de nuestros países llamados ‘en vía de desarrollo’, y hacer lo propio con instituciones como la escuela. De todas maneras, son escasas las experiencias en las que el quehacer cotidiano de las generaciones nuevas, en que la infancia y adolescencia trabajadora haya sido la matriz para pensar la escuela, para repensar los procesos de aprendizaje, la didáctica, habida cuenta de las específicas formas de pensar y aprender que la experiencia de trabajo suele privilegiar en la población infanto juvenil trabajadora. La tendencia fue reducir la relación educación-trabajo a formación laboral, a preparación para el trabajo, tendencia que se ve reflejada en la ley general de educación del Perú, ley 28044 sin lograr la perspectiva que se esgrimía en la ley de reforma educativa de los ‘70. La propuesta de otra educación, que es resultado de una investigación sobre la Educación Básica Alternativa (Pineda, 2006), contemplada en la ley 28044, sí retomó la idea de partir del niño, adolescente, joven y adulto trabajador para refundar la propuesta de aprendizajes necesarios y significativos y los caminos para enseñarlos, como lo señala Pineda, recogido por Rivero (2006) y recoge Pineda (2006).

Para ello queremos señalar que cualquiera de los modelos que se basen en un abordaje negativo o en la negación principista de que el trabajo de los NNATs constituye una violación *per se* a los derechos de la infancia, pierde su carácter

pretendidamente educativo. En efecto, todo lenguaje negativo es incompatible con un sentido e intencionalidad educativos. Por ello, es pertinente compartir cómo desde los movimientos de NNATs, la preocupación por abordar la relación trabajo-escuela, ha sido una de las líneas de acción permanentes.

Tal vez, para entender en profundidad todo este discurso sean necesarias unas cuantas premisas:

- Somos hijos de un proceso devenido natural de estandarización del concepto de infancia, centrado en dos referentes: la escuela y el juego. (Boyden, 1990)
- El fenómeno de los NNATs no puede ser abordado desde la afirmación simplista del relativismo cultural. Tomar en cuenta el contexto socio-histórico representa un referente simultáneamente necesario e insuficiente de delicado tratamiento, tanto para justificar el trabajo de los NNATs como su estigmatización, hecha desde otra matriz cultural por más consenso global que pudiera lograr formalmente. Para Schlemmer y Bonnet (2017), la posición abolicionista tiene que ver directamente con concebir a la escuela como el lugar de la infancia. En este sentido, se puede decir que la historia de la OIT en relación al trabajo de NNA es la historia de su abolición más allá de los eufemismos recientes como erradicación gradual, peores formas, eliminación, prohibición, prevención. Es lo señalado en la Guía para Parlamentarios de la OIT (2002), cuando se afirma que lo de las peores formas es sólo el inicio, pero se mantiene el proyecto abolicionista, Es esta manera de abordar el fenómeno que impide plantearse la verdadera cuestión: la definición de la explotación de los NNATs y en particular de los trabajadores más frágiles o vulnerables.
- Necesidad de articular y hacer un matizado balance de la visión del NNAT como víctima, y de considerarlos más bien como actor social, como protagonista de su vida, pero no como mero acto voluntarista de oposición a otras visiones, sino como resultante de una consideración que se asienta en la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano en 1789, en la Declaración Universal de los Derechos

Humanos en 1948, ambos centrados en la dignidad y no discriminación por razones de estatus, de género, de edad, etc. Toda estigmatización así como rápida mitificación, no se corresponden con la complejidad y conflictualidad de la realidad de los NNATs. La vigilancia al respecto constituye no sólo un imperativo epistemológico, sino ético y político de primer orden.

- No se trata de un juicio de intenciones que pueden ser plausibles en sí mismas. Se trata de una apreciación de las experiencias, de las propuestas puestas en marcha, por lo menos en algunos de nuestros países. En este sentido, consideramos que el programa IPEC, atendiendo a sus magros resultados, ha tocado techo, en particular si tomamos en cuenta el aparato desplegado y el gasto dispensado. Realmente sus sucesivas evaluaciones para América latina, no convencen de sus pretendidas bondades. De ser esto así, no sería temerario hablar del fracaso del IPEC y de la actual fatiga para demostrar su supuesta eficacia.
- Así mismo, señalamos la falacia de un doble discurso, erradicacionista y con fechas adelantadas para la eliminación de las llamadas peores formas, y en la práctica experiencias positivas centradas más bien en la protección, en el acompañamiento, en la reducción de horas y formas de trabajo, mas no en su real erradicación o abolición; todo ello constituye un hecho que amerita una seria reflexión. Por ejemplo. las propias convocatorias a financiamiento de proyectos de la UE y otras entidades suelen colocar como slogan: “lucha contra el trabajo infantil”, y dentro, en los términos de referencia no hay una línea que la exija, más bien abogan por la protección o por la importancia de la participación infantil en aquello que les concierna. Una especie de ¡saludo a la bandera!
- Asistimos además a un desdibujamiento de la Marcha Global, cuyo inicial promotor de origen indú, hoy anda por otro lado, la misma que ha perdido capacidad de incidencia, si alguna vez la tuvo realmente entre los NNATs y en la sociedad. Marcha que además no hizo sino poner a niños contra niños, creando un cierto rechazo entre

niños y niñas no-trabajadores y los niños que sí trabajan. No se trata de enfrentamientos en los que haya habido agresión física, sino de una mentalidad discriminatoria, que se va acumulando y que tiende a favorecer distancias intergeneracionales de funestas consecuencias a mediano y largo plazo para la vida democrática y la paz.

- De hecho, cuando se trata de niños y niñas, resulta altamente influyente el lenguaje que se emplee. Decir día internacional “contra el trabajo infantil” no puede no ser percibido sino como contra los NNATs. A tantas formas de discriminación que padece la mayoría de NNATs, se añade esta otra y en iniciativas oficiales, de organismos internacionales, de instancias ministeriales, de empresas o fundaciones, etc. ¿Qué conciencia de identidad personal y social podrá ir constituyendo la subjetividad de estos niños y niñas? ¿Qué imagen de sociedad adulta, de Estado podrá irse formando en ellos y ellas? ¿Qué imagen podrán formarse de la sociedad civilizada los niños y niñas indígenas cuando además de la precariedad de sus escuelas y maestros, se añade la condena a su trabajo como parte de su identidad y pertenencia a la comunidad que los ha visto nacer? Establecer sin matices la erradicación del trabajo infantil indígena, no puede no inscribirse sino como una nueva forma de colonización, de ocupación compulsiva de las conciencias. Pero además, las dificultades encontradas para poner en marcha dicho propósito, no se puede sindicar a la falta de decisión de los propios dirigentes de las comunidades indígenas creando la percepción de ser éstos los causantes y directos responsables del malestar e infortunio de sus criaturas.
- La cuestión escolar evidencia deficiencias muy preocupantes. En el caso peruano (IFEJANT, 2010) ocupamos el antepenúltimo puesto en las pruebas de PISA, entre 65 países en ciencias, lectura, y el último en matemáticas en el 2001, y andamos casi igual en el 2009, en que volvemos a ocupar el puesto último en ciencias, y sobre 139 países estamos en el 133. Esta situación es extensible en algunos rubros a diversos países de la Región. Muy en particular, si tenemos en cuenta indicadores como el de deserción escolar, rendimiento es-

colar, extraedad; amèn de la educación en el mundo rural e indígena, etc. La última evaluación del PNAIA (Plan Nacional de Acción para la Infancia y la Adolescencia) 2002-2010 revela el pobre logro de las metas en materia educativa y en relación a la cuestión de erradicación del llamado trabajo infantil. Más bien, se constata el aumento de menores de edad trabajadores. (Arroyo, 2010)

- Ninguna acción humana de por sí, espontáneamente, es formativa, educativa, ni ir a la escuela, ni salir a trabajar. Se requiere una intención educativa, una intervención formalmente destinada a robarle a la vida cotidiana, al quehacer diario, a los eventos o acontecimientos vividos, la plusvalía formativa que puedan contener. Ello supone una resignificación de las cosas vividas, transformar en aprendizaje lo experimentado.
- Ni fácil universalización de cuestiones locales, ni etnocentrismo occidental que finalmente es un relativismo cultural elevado a la potencia universal, parte de una forma de colonización del pensamiento, verdadera forma de colonialidad del poder (Quijano, 2003), y en el campo normativo, de velado paternalismo jurídico.(Garzón, 2006). La cultura no puede constituir un refugio para evitar respetar dimensiones que son componentes de la condición de miembros de la especie. En este sentido compartimos la crítica que se hace a toda forma de esencialización de las culturas.
- Conviene recoger la distinción que hace I.Wallerstein (1991) entre teoría y mito organizativo. La teoría resiste a un cierto número de validaciones empíricas. El mito posee una coherencia interna que lo hace aparecer como verdadero, pero no resiste a validaciones empíricas. Se considera que esta es la debilidad de los discursos dominantes en algunos organismos internacionales especializados respecto al llamado trabajo infantil y la andanada de actividades encaminadas, sin juicio de intenciones, a alimentar o a crear dicho mito. Y no hay que minimizar la fuerza movilizadora del mito. Pero en el caso que nos ocupa, estamos frente al destino de personas concretas y, como dicen los psicólogos, en formación. Los mitos sobre lo inaceptable del trabajo a secas e infancia también a secas, arrastra implicaciones

serias para la vida cotidiana de centenares de miles de chicos y chicas, incluso esos mitos funcionan como legitimadores de verdaderas cacerías y redadas que históricamente en muchos de nuestros países han terminado hasta en muerte de muchos de ellos, a manos de escuadrones de limpieza social.

Pero ¿por qué la escolaridad sigue siendo una bandera de lucha contra las infancias trabajadoras? Porque la escuela es un importante factor de reproducción del capital. Veamos:

a)

La escolaridad y sus demandas materiales a estudiantes, padres de familia y docentes, constituye necesariamente una fuente de producción de ingresos económicos para quienes ofrecen dichos servicios: transporte, materiales escolares, uniformes, vestuario, alimentos, libros, etc.

b)

La educación pública, gratuita, no escapa a estas exigencias. La no existencia de pago mensual por ir a la escuela, no significa eximir a las familias de los gastos colaterales. En educación superior pública y universitaria, a causa del ínfimo porcentaje destinado a educación en el Presupuesto Nacional, se mantiene una especie de educación privada, pagada por el usuario, a nivel de posgrado. El grotesco crecimiento de la oferta de estudios universitarios de las corporaciones o grupos financieros en países de la Región son una muestra de los intereses económicos que ello representa. Universidades-empresas, funcionales a la cultura y subjetividad colectiva de que quien no es profesional, está en desventaja en el mundo laboral.

c)

Del hope work al hope consumer. La escolaridad vista como garantía de mantenerse en la expectativa de aumentar a mediano plazo su capacidad de ser un consumidor obsesivo para el mercado o, dicho de otra manera, como un ciudadano capturado por la sociedad del consumo, que termina sobreponiéndose a eventuales proyectos de vida profesional, para los que el estudiante reconoce ser una aspiración de bienestar y felicidad, aunque de limitada po-

sibilidad de nivel económico. Frente a ello, se enfrenta la emergencia de una sociedad mercantil basada en facilidades de crédito, de préstamos. Se trata, como nos advierte Lazzarato (2013), de gobernar al ciudadano endeudado. Hoy es frecuente el aumento de enfermedades de angustia, de adicción, de compulsividad debido al endeudamiento. Los niños no escapan al presionar a sus padres para que les compren cosas con su tarjeta de crédito.

d)

La revolución tecnoinformacional al alcance de las nuevas generaciones, vía el acceso a los aparatos que incluso se presentan como un criterio de status en quien los posee, usa y muestra, son en el caso de la escuela, una forma de existir en la sociedad del espectáculo. Hoy además, nos convoca a repensar si aún la escuela es la experiencia de la segunda socialización del niño, de la niña, o si todo ello se ha quebrado, a raíz de lo que la tablet, la compu, el celular ofrecen como imagen y narrativas de un mundo complejo, distinto, cercano aunque a la distancia, atractivo, y que incide en la cultura del tiempo y del espacio en la vida de las infancias. ¿Qué hay de ello en el mundo de las poblaciones rurales e indígenas? Estas tecnologías están produciendo una segunda socialización brutal en las infancias, mientras aun las culturas familiares representan lo que se conoce como la primera socialización del niño.

e)

Otro aspecto significativo a nivel global, es cómo desde pequeños los niños deben aprender el inglés y la escuela debe garantizar esa impuesta necesidad. No es ajeno este empeño a las dificultades de la educación intercultural bilingüe en países pluriétnicos en el mundo indígena en países de la Región. Todo ello es garantía de asegurar clientelas a la industria turística en la que el idioma deja de ser un obstáculo para ir por el mundo.

f)

En un contexto global en el que se resiente una sensible devaluación del peso social de los grados y títulos obtenidos, se incrementa la oferta de facilidades para obtener dichas certificaciones. A ello se suele llamar meritocracia profesional que, incluida en sus *currículum vitae*, tiene el papel simbólico de

asegurar mejores condiciones de trabajo. Y es que el *for a while work*, dada la estructura intermitente del tener empleo, no deja de ser una dramática y nueva versión del *hope work*.

g)

De allí que los NNATs organizados y con pensamiento y propuestas propias, representen una real amenaza a los argumentos pretendidamente de sentido común y académico que sustenta el abolicionismo. Pero además, los NNATs son una objetiva amenaza a toda política internacional, regional o nacional que pretenda nombrarlos y señalarlos como causa de la pobreza y del no desarrollo de sus países.

h)

En el ámbito de lo reflexionado a lo largo de los capítulos de este libro, el llamado desborde de la explotación abre para los movimientos de NNATs a nivel local como internacional, la exigente tarea de reconocerse como cuidadores, desde la infancia, como pertenecientes a la especie de cuidadores de la vida toda y de toda vida, y no como se pretende desde el capitalismo hegemónico dominante, como cuidadores del capital y activos reproductores de la riqueza de la que se apropia una minoría.

i)

El niño escolarizado por largas horas al día, y ello por más diez años, produce tiempo para su cuidadores en casa. Hace años, en una reunión con empleadas domésticas, una dirigente de una central que les daba una charla les dijo: “Ustedes jóvenes mujeres no producen plusvalía. Por ello, deben buscarse otro trabajo”. No pasó un instante y una joven mujer afro, Victoria Reyes, le respondió en tono medio indignado: “Perdón, nosotras producimos tiempo. Así la señora y el señor pueden ir a trabajar y de su sueldo nos pagan”. Producir tiempo, es producir vida, incluso posibilidades de sobrevivir.

Pues, hay que luchar por una educación liberadora, popular, crítica, indígena, decolonizadora en la actual y postmoderna sociedad mercado, en una Región en la que la producción pedagógica y educativo-comunicacional en los últimos cien años ha librado históricas batallas por la dignidad, el respeto a lo

propio, el sacudirse de formas de dependencia y discriminación, hoy se impone repensar la educación escolarizada o no, como un bastión de resistencia, de cambio, de humanización.

La experiencia, entre otras, de Simón Rodríguez, nacido en Venezuela y entregado a la educación de los indígenas en Perú hasta su muerte (Mejía, 2020), y la del brasileiro Paulo Freire, reconocida figura internacional, expresan bien la fuerza descolonizadora y crítica de la educación desde el mundo de los marginados (Osorio V, 2021).

*** **

***Los children school work* y los NNATs: actores del paradigma y coprotagonistas de la producción del bien común de humanidad y su entorno natural**

Las infancias todas siempre, en general, han sido portadoras de una demanda de trato que no vulnere su deseo de sentirse bien, no agredidas, no ignoradas y sentirse seguras cuando logran compartir lenguajes corporales de sonrisas, miradas no invasivas, escucha por parte de los demás, etc. Cuando consiguen esto, aprenden con mayor agrado a respetar a los demás, a su entorno natural, a que todos se sientan bien, a desarrollar la razón cordial, a desarrollar el sentido de compasión. Baste ver cómo experiencias fuera y dentro del espacio escolar, demuestran la generosidad. Nada de esto es natural y espontáneo. Va a depender del entorno y de quienes les ayuden a experimentar y comprender como fuente de bienestar para sí y para otros. En sociedades como las de hoy, hijas del hiperindividualismo y de innúmeras formas de violencias, no siempre se tiene éxito en las pautas y prácticas de crianza que favorezcan personalidades que emerjan fraguadas en el ejercicio de la solidaridad, del cuidado de los demás y de su entorno natural, en el bien común, en lo comunitario.

Las infancias trabajadoras fueron históricamente ausentes para el ejercicio de su condición ciudadana y nunca fueron reconocidas como significativas para repensar y codecidir, junto con los demás, el andar y encarar la vida

cotidiana de sus familias, de sus territorios, de sus instituciones públicas. Sin embargo, cuando en países de nuestra Abya Yala, surgen a mediados de los '70 las organizaciones de NNATs, las infancias trabajadoras organizadas como movimientos sociales se autodefinen no solo como promotoras de una vida y trabajo dignos, sino como promotoras y defensoras de todas las infancias; es allí que va tomando visibilidad una real posibilidad de pensar a las infancias desde otra perspectiva. Pero estamos ante un cambio cultural que va más allá de las propias infancias.

El discurso que desde hace tres décadas, y más, emerge en la reflexión sociológica en países llamados modernos, desarrollados y prósperos, resulta muy significativo, pues permite desbloquear el pensamiento dominante que asimilaba trabajo con explotación, cuando de infancia se trataba y sin mayores matices, pero con un falso y colonizante universalismo; en esa línea se inscriben el convenio 138, el 182 y el conjunto de acciones y campañas de la OIT-IPEC hasta la fecha.

Asumiendo la categoría explotación como el retener para sí parte significativa de lo que otro ha producido de valor o riqueza en alguna forma, dejar de trabajar manualmente, no significa que no haya nuevas formas de producir plusvalías a explotarse y que otro se quede con importante parte de este valor producido. Es aquí que los NNATs están llamados a repensar las relaciones intrageneracionales con sus pares estudiantes escolarizados y a encaminarse hacia un nuevo y alternativo pacto social en la lucha por su dignidad como bien común de la humanidad.

Aquí resultan pertinentes, una vez más, los avances de J.Qvortrup (2002) cuando acuñó la expresión *Children School Work*: “Lo que invierten los padres y los NNAs se lo apropia la sociedad empresarial, la sociedad en general y los adultos sin hijos”, (pág. 3)

Emergen en este escenario una serie de nuevos e inquietantes interrogantes para una reflexión crítica históricamente situada. ¿Son los niños, niñas y adolescentes escolarizados explotados económicamente por el capital? ¿Es el niño escolarizado un productor de plusvalía? ¿Puede ser considerado como una nueva configuración de trabajador no remunerado, aunque en relación

a un trabajo diferido y/o intermitente? ¿El proceso de escolarización de las infancias es solo un proceso de inversión para el futuro o ya en el presente es un proceso de valorización del capital y de explotación económica? ¿El NNA escolarizado es agente de reproducción del mal llamado ‘capital humano’? ¿Las infancias en el proceso de escolarización son productoras de bienestar social, y además son productoras de riqueza cognitiva que conforma un *general intellect* funcional al capitalismo contemporáneo?

Desde este ángulo de mirada el nuevo y subliminal nombre de la explotación impone hacerse estas preguntas: ¿qué infancia no es reproductora del capital, desde donde esté situada social, cultural o económicamente? No se cancela la explotación, expresión que revictimizaba al niño trabajador, sino que los NNAs son (re)productores de riqueza, de capital que no llega físicamente a sus manos, sino a las pocas manos de quienes manejan la sociedad comunicacional tecnomediada y el puñado de dueños de la misma.

El lenguaje juega un papel central en esta neomodalidad del proyecto civilizatorio dominante. Por ejemplo, hablar de emprendeduría, de niño emprendedor, de colaborador en vez de trabajador, niño agenciado en vez de actor social como condición, según Touraine (2010), para ser sujeto y entendido este como fenómeno y movimiento social o seguir empleando la instrumental expresión de capital humano.

Lo que sucede en el contexto simbólico y emocional global, es que el modelo ha logrado venderse, revestido de la sensación de libertad y placer que asegura la dominación.

Los Movimientos de NNATs coparticipan en la creación de un nuevo *oykos*, que acoja la voluntad y los avances para cancelar la inmanente toxicidad del *oykos* mercantil que el modelo civilizatorio capitalista posmoderno hegemónico representa.

Lo que se ha dado en llamar Escuela-Trabajo (*School-Work*) quizá sería mejor llamarlo trabajo escolar, como componente de un renovado contrato generacional. Pues, como nos señala Qvortrup (2012): “Sucede que actualmente las personas piensan que se está en la esfera de la producción o se está en la

esfera de la reproducción. Pero hoy esas dos esferas están juntas, pero esto no es percibido por la sociedad” (p.10)

En general, en los imaginarios colectivos de los sectores populares de los países de nuestra Abya Yala, la escolaridad no solo de educación básica, forma parte de una justa exigencia, así como de una contenida aspiración a que los hijos logren llegar a ser profesionales. Pero ello, sin dejar de trabajar como parte de encarar las remanentes precarias condiciones de vida familiar o comunitaria. Podríamos afirmar que hay una permanente y diacrónica inversión del tiempo entre trabajo y estudio.

*** **

La educación como servicio en el capitalismo posfordista

En general, la institucionalización de la educación, que llamamos de forma genérica escolarización, constituye un territorio en permanente tensión y conflicto, desde que de forma explícita se ha ido configurando como un privilegiado espacio funcional al espíritu que anima el poder hegemónico en cada etapa de la historia. Pero, así mismo, siempre ha también constituido un territorio de resistencia y acción alternativa, a todos los niveles de la llamada educación básica y superior, y que viene desde el ámbito extra escolarizado oficial, que se conoce en nuestros países del sur como educación popular, educación liberadora, educación transformadora, educación crítica, educación para el cambio, educación emancipadora, etc.

Históricamente la educación ha estado siempre en medio de la tensión entre ser un eje privilegiado para la regulación, la gestación de ciudadanos clientes de la dominación oficial, y un sistema educativo para ser ciudadanos críticos, indignados, cargados de lo que Freire (1970) llamara la “rabia digna” (pág. 25). Freire fue un educador que afirmó siempre que la educación de cada ser humano no es una cuestión privada, sino que tiene una dimensión socio-política pues viene cargada de la búsqueda de la libertad, la pasión por la justicia,

la indignación, el no dejar de preguntarse. Negar todo ello está al origen de la rabia digna expresión del derecho a la dignidad a ir siendo uno mismo individual o colectivamente. Dicho de otra manera, la educación es criticada cuando se vuelve vehículo necesario para la implantación y aceptación del paradigma de la modernidad intencionada a globalizar -entiéndase imponer- no solo conocimientos, conceptos, racionalidad científica de corte nor-eurocéntrico y occidental, sino valores, prácticas culturales, sentidos de vida, referentes subjetivos de bienestar, de significatividad social como ello se entiende en sociedades del espectáculo.

Con el cambio de época, más violenta y globalmente percibido, “entran en tensión el conocimiento como regulación y el conocimiento como emancipación” (De Sousa Santos, 2019) , lo que se hace más sofisticado con los avances tecnológicos al servicio de la sociedad tecnomediada y de una cultura panóptica. Las infancias, escolarizadas o no, no escapan ni a los eventuales aportes rescatables de este contexto, ni a los efectos tóxicos del mismo, en relación al tipo de humanidad que producen.

Pero el cambio de época del que se hablaba en la Región en el primer lustro del s.XXI se percibía, escribe Svampa (2008), para unos entre “un Estado redistributivo y para otros, no novedad política sino más de lo mismo” (pág.35). ¿No es acaso lo que se percibe hoy en la mayoría de nuestros países al haber entrado en el quinto lustro del presente siglo?

*** **

El enfoque del desborde de la explotación: desafíos al rol de la escuela y sus actores

Ciertamente que no será de un día para otro que dicho enfoque logre una apertura para desde allí reconsiderar miradas, imaginarios colectivos ya instituidos, discursos oficiales que pretenden ser un avance, normativa internacional concretada en lenguajes, categorías, en políticas sociales institucionalizadas, etc. Tanto más que un cambio cultural como el previsto toma su tiempo

debido a que el número a nivel global de lo que hoy se considera NNA en trabajo infantil es incomparablemente reducido ante los NNAs que sin ser considerados trabajadores son ya explotados, es decir productores de riqueza de la que otros se apropian.

Imaginemos una escuela en la que suelen concurrir NNAs que los maestros ni saben si trabajan o no cuando desde el enfoque del desborde de la explotación, se tome conciencia que debe haber otra mirada que exige revisar las relaciones entre los NNAs en la escuela y fuera de esta.

La reacción, en varios países del Norte como en nuestra Región, frente al uso en la escuela, por ejemplo, de las nuevas tecnologías como celulares y otras, revelan una sana preocupación, pero siempre por el impacto en los aprendizajes, en las relaciones entre pares, con los adultos que encuentran en el ámbito de la escuela, así como la cultura educativo-pedagógica de la que es parte la educación como servicio escolarizado.

Pero la rigidez y el autoritarismo que subyace a las prohibiciones y sanciones que, desde organismos como la OIT, se han impuesto como éxito del mandato de protección ante la explotación de las infancias trabajadoras, tienen su origen y evolución al ritmo del capitalismo industrial y actualmente tecnomediado, desde el que ha mantenido su carácter disciplinario-correctivo de probados desvíos, abusos e injusticias fruto del poder político y económico de agentes del modelo civilizatorio hegemónico.

Muy en particular en los últimos cincuenta años, las organizaciones de NNATs de la Abya Yala organizados y conformando movimientos sociales, no solo han cuestionado fundadamente las distintas versiones del abolicionismo de lo que terminó formulándose como trabajo infantil, es decir, dejando planteada de forma apodíctica y mono cultural occidental, la incompatibilidad entre trabajo y niñez.

La escuela está llamada a ser un tiempo y espacio para reinventar un diálogo intrageneracional respetuosamente solidario entre NNATs y el resto de infancias objetivamente explotadas. Los docentes y otros profesionales ligados al ámbito y cultura escolares podrán constituir una nueva y renovada experiencia de relaciones intergeneracionales como experiencias puntuales, pero

indicativas, de la necesidad y posibilidad de la reforma del pensamiento que exige el enfoque del desborde de la explotación.

No obstante, se mantiene como parte de una agenda pendiente el hecho de NNATs que siguen reconociéndose como trabajadores, y son simultáneamente también parte de los NNAs explotados como usuarios, clientes activos en el circuito de reproducción del capital vía la tecnología informático-comunicacional.

Finalmente, y no como algo meramente nominal, sino que refiere a la *identidad* personal y social, es la cuestión de autor-reconocerse como niños y niñas trabajadores en este nuevo escenario que abre el enfoque del *desborde de la explotación*, lo que además estará desafiado por la cuestión de edad cronológica, género, origen étnico territorial y cultural.

*** **

Las infancias trabajadoras adelantaron desafíos que hoy retan a todas las niñeces

Desde muy pronto, a finales del año 1976, se debió enfrentar las reacciones de organismos internacionales, que ya en 1973, en el caso de la OIT habían planteado para su aprobación el Convenio 132 sobre la edad mínima para la admisión al trabajo. Será a partir de finales de los '80 que dicho organismo arremeterá contra el llamado trabajo infantil y durante más de 30 años lanzará sus baterías legales y sus fracasados planes quinquenales de eliminación, erradicación del abstracto trabajo infantil.

Pero no es la pandemia del Covid19 y sus secuelas, la justificación del fracaso de los planes de erradicación, sino la inconsistencia histórica y de pensamiento burocrático acrítico que subyacen a dichas políticas. En este contexto, el movimiento de NNATs debió afinar, reformular prácticas y discursos, así como enriquecer lo que como proyecto social contiene los tres ejes paradigmáticos que orientaban su acción.

Y es justamente desde el primer eje de la valoración crítica de los NNATs y su trabajo que inicia el largo camino que nos lleva al desborde de la explotación económica de las infancias en el mundo de hoy. Ante una mirada alarmista, lastimera, condenatoria de la infancia trabajadora, se levanta una mirada abiertamente valorativa de la mano con una exigencia frontal de lucha contra la explotación económica de todo ser humano y, a *fortiori*, de las infancias trabajadoras. El lenguaje, desde el ideológico discurso abolicionista, expresa la pretendida radical incompatibilidad entre ser menor de edad y trabajar: “Ser trabajador, es haber perdido su infancia”; “El trabajo infantil es causa de la pobreza”; “El lugar natural del niño es la escuela”, etc. Frente a ello, se levanta el discurso de la valoración crítica del NNAT. Calificar de crítica la valoración lleva implícito el reconocimiento del real riesgo de condiciones concretas de trabajar, reñidas con el desarrollo de niñas trabajadoras.

En el contexto actual, hijo del modelo civilizatorio capitalista posfordista, de sociedad tecnomediada y de ciudadanía sumisa en el circuito de producción del capital, todas las infancias, y no solo las trabajadoras, son explotadas, aunque permanezca el trabajo vivo, manual, directo de NNAs en profunda transformación.

Desde el segundo eje se transita de las múltiples fragmentaciones inter e intrageneracionales a los NNATs organizados como coconstructores de humanidad. Los NNATs organizados encaran hoy el imperativo ético-político de su labor educativa inscrita en el contexto del desborde de la explotación. Afirmar con fundamento que todas las infancias son explotadas, en el sentido que producen riqueza de la que se les priva, abre un complejo escenario cargado de resistencias emotivo-culturales que habrá de considerar detenidamente.

Somos sociedades que relacionamos, en el imaginario colectivo, explotación con pobreza, con sufrimiento, con insignificancia, con dependencia, con ignorancia. Afirmar que hoy las infancias son objeto de las nuevas formas de explotación, traerá reacciones y resistencias.

Sin embargo, reconocemos que es un imperativo ético-político que los movimientos de NNATs están llamados a asumir, por los desafíos que el desborde de la explotación plantea a las acciones, a las relaciones con otras infancias y

sus familias, a los medios de comunicación, a las instituciones hasta hoy abolicionistas frente al trabajo infantil. Pues hoy, como nunca antes, se impone una participación de los NNATs organizados en cuanto forma de organización de infancias se pueda democráticamente ser parte y en donde se pueda incidir.

Finalmente, desde el tercer eje, los NNATs organizados del mundo urbano, rural y de pueblos indígenas pueden contribuir al diálogo intercultural, al cuidado del entorno natural, de la vida saludable, de la justicia y la paz. En este escenario los NNATs organizados, junto con otras infancias organizadas, están comprometidos en la construcción de entornos colectivos, comunes, comunitarios que favorezcan la emergencia de respeto, diálogo, solidaridad, amistad. En este sentido las infancias trabajadoras y no trabajadoras serán comprometidas en la toma de conciencia y la superación de las nuevas formas de explotación del sistema civilizatorio hegemónico.

Los cuerpos como biología del amor, del florecer de la humanización convocan, desde las infancias desnutridas, anémicas u obesas por exceso o déficit de alimentación, a la brega por políticas públicas de justa redistribución de la riqueza.

Hasta hoy la diversidad tendió a ser entendida como desigualdad, como justificativa de discriminación, de jerarquización, de ser ‘un don nadie’ por ser niño o niña trabajador. Frente al desborde de la explotación, la diversidad obliga a encontrar los puntos de encuentro.

Estos tres ejes paradigmáticos señalados, no pueden ser considerados como separables o yuxtapuestos, ellos son complementarios entre sí, pues todos están al origen de las intuiciones de inicio del movimiento de NNATs. pero el contexto actual obliga a repensar novedades que han aflorado durante casi cinco décadas en el campo de prioridades, de nuevos enfoques, resultados de análisis sobre infancias, que desde la historia, las ciencias sociales, la antropología, etc. permiten hoy enriquecer identidad y roles a jugar por los NNATs y sus organizaciones.

Hoy la dimensión internacional de los movimientos de NNATs está urgida de reformular su proyecto de acción, su lenguaje, sus metodologías en contextos de sociedades de las tecnologías de la información.

En este contexto hay muchas cuestiones abiertas para seguir un proceso de recolocación histórico-crítica. Elencamos someramente algunas de ellas.

- La educación como servicio, un campo de múltiples conflictos

En el contexto posmoderno de dominación hegemónica de la razón práctica, del imperio del paradigma físico-matemático y de la ciencia como única fuente legítima del saber y el rol subordinado, cuando no deslegitimado, de saberes prácticos, de saberes ancestrales, de la intuición, la escuela se evidencia como un territorio de disputas. De allí la necesidad de reconocer y asumir la pedagogía del conflicto. (Rodríguez Brandao, 2020)

Dicho de otra manera, se trata de un abierto conflicto entre el modelo educativo civilizatorio hegemónico y globalizado, con acreditación formal de validez y conformidad legal, frente a los planteamientos de modelos civilizatorios contrahegemónicos en aspectos centrales, por ejemplo en el rechazo del conocimiento como control, de una regulación y dominación globalizados, en favor del conocimiento como emancipación de toda injusticia social y conquista de justicia cognitiva. En este sentido la educación no debe ser funcional a las nuevas estrategias de colonización posmoderna, sino que debe ser una educación decolonial y pluriversa. Pues, rechazamos una educación capturada por la sociedad del *know-how*, que tiende a cultivar la razón indolente y el hechizo de la eficiencia y la gestión eficiente de los asuntos sociales, y apostamos, por el contrario para una educación centrada en el logro de ciudadanos del “*know-how* ético,” (De Sousa Santos, 2004, pág. 5), es decir en la formación de los sujetos, de los humanos bajo el principio de la articulación de la razón práctica y la razón cordial, de la calidez como componente de la calidad.

- Construcción y reproducción de narrativas congeladas en el ayer

Pareciera que la OIT, a sus diversos niveles de presencia nacional, regional y sus alfiles, en relación al mundo del trabajo infantil y para intentar no sucumbir a causa de su fracaso frente a sus promesas de erradicar dicho fenómeno, no se siente perturbada, desorientada, sino buscando excusas, como pretender que el pasado COVID-19 explique el no cumplimiento de las promesas hechas

para el año 2016-2021. Lo que les queda es seguir afirmando en esencia lo que en los últimos 50 años viene monótonamente afirmando. Amén de reposar en lo logrado en el plano jurídico y normativo legal nacional, y que se haya aprobado su propuesta político-económico-cultural abolicionista. En este campo específico del trabajo infantil, la OIT y sus aliados mantienen un pensamiento ciego ante las causas estructurales y hegemónicas que lo generan, así como a la doble moral y orfandad ética que pretende justificar su cometido.

Pero hoy, esta narrativa respecto a este fenómeno está anclada fuera del objeto central válido para toda la humanidad, es decir la cuestión de la explotación económica en el sentido y alcance que hoy ello tiene en este cambio de época.

- La escolarización obligatoria no hace milagros

La educación reducida a la escolarización, ha tenido históricamente como objetivo asegurar un nivel de socialización del niño diverso al de la familia e incluso del de la sociedad, y ello para proteger al niño de toda corrupción. se buscaba una protección como resultado de lo que Charlot (1977) llama la pedagogía ideológica. En la realidad concreta de muchos de nuestros países en la región, la escolarización obligatoria no ha resuelto la cuestión del fenómeno del NNAs que trabajan.

- La necesidad y límites del enfoque cuantitativo sobre NNAs

Es vigente la reflexión que Schibotto (2014) hiciera, hace ya algo más de una década, respecto al manejo estadístico a nivel internacional y de América Latina, y del que se pretende encontrar argumentación irrefutable respecto a combatir al llamado trabajo infantil y reiterar, por décadas, la promesa de su abolición.

Sin lugar a dudas el paradigma físico-matemático concretado en lo medible, cuantificable, graficable, permite diseñar la proporción y el impacto diferenciado de fenómenos socio territoriales, humanos, económicos y sus consecuencias para la convivencia, la gobernabilidad, el bienestar, la justicia y la paz.

- Repensar epistemológica e históricamente la corriente de la valoración crítica del trabajo

¿Cómo entender hoy la valoración crítica del trabajo y del trabajador, en particular cuando se trata de niñas y niños trabajadores? La forma de identificarse como ser estudiante deviene antagónica a ser estudiante productor de valor o capital en su propia labor, como estudiante en la escuela y fuera de esta cuando en casa continúa haciendo los deberes o trabajos escolares. Hoy aún, ningún niño o niña no trabajador manual se considera productor de capital.

Generalmente se da una sobreposición entre maltrato, abuso, condiciones de riesgo al trabajar, exceso en el tiempo dedicado a trabajar, etc, y explotación. Entonces, toda forma de trabajo hecho por niños tiende a considerarse como trabajo explotado. Es lo que subyace al constructo ‘trabajo infantil’, como lo entienden quienes han hecho suya esta mirada hoy instalada en el imaginario colectivo, en los proyectos y políticas sociales abolicionistas. De allí que un niño que no trabaja manualmente no se considera explotado por nadie. Pero si en vez dijéramos que hoy también los NNAs que no trabajan de forma manual son productores de un plusvalor, de riqueza y que ese *plus* entra en las arcas de quien ni conocemos, además que lo hemos logrado y experimentado como bienestar, como tiempo de juego, de diversión, de comunicación, de entretenimiento, etc., no aparece ni como obvio o evidente que pueda considerarse trabajador y por añadidura, explotado. Es esta realidad que se alínea en el hiperindividualismo del ambiente de la sociedad de hoy, de manera que podemos afirmar que las infancias consideradas no-trabajadoras hoy son ellas mismas explotadas como productoras de valor, de capital del que se apropian otros.

También si por acaso algún día desapareciera la escuela que tenemos, por igual la sociedad-mercado y la mercantilización de todo el quehacer humano, la producción de plusvalor, también el producido por las infancias, ¿serían estas subliminal y/o agresivamente conscientes de ser explotadas? Esta manera de analizar y demostrar que el actual circuito de reproducción del capital hegemónico nos hace productores de valor, no forma parte ni es aún sentido común.

Esto es lo que la OIT en relación al mundo de los NNAs trabajadores no termina de entender y queda anclada en miradas y planteamientos formales

que impone a los países, en directrices y propuestas que la tienen anclada en el pasado cuando de infancias trabajadoras se trata. Lo que pasa es que los NNAs escolarizados, por ser tales, pareciera que simbolizan un futuro exitoso, algo así como un *hope success*, aunque vivan un presente cargado de incertidumbres vitales, pero como que ese solo hecho de ser NNAs escolarizados permitiera superar el sentimiento lastimero y compasivo que subyace al abolicionismo.

Lo que es un imperativo ético y político eventual será el centrarse en la explotación de NNAs sin distinción de si se dedican de alguna manera a trabajar o no y las implicancias que ello traería.

En primer lugar, para una reforma del pensamiento que subyace a la subjetividad colectiva respecto a la relación entre el desborde de la explotación sobre las absolutas mayorías de NNAs, pero no para comparar quien es más explotado, haciendo eco a aquello de peores formas de explotación que subyace a las ‘peores formas de trabajo infantil’. Más bien para cuestionar las narrativas dominantes actualmente que reducen la mirada frente a la complejidad de un fenómeno social, que exige superar las cegueras socialmente producidas e impuestas.

En segundo lugar, es necesario tomar conciencia que el desborde de la explotación, como se sostiene en este libro, constituye un cuestionamiento ético-político al modelo de desarrollo, al sometimiento de la política, la cultura y la tierra a la economía, pero definitivamente al bioecoproyecto de humanidad que ha devenido un mero futurible.

- El cuerpo de los NNAs en el contexto actual

El cuerpo como biología relacional, como territorio de encuentro, como lugar histórico relacional, como frontera o *face to face* con el entorno todo, como espacio sentipensante, como biología de la identidad, de la pertenencia, de la *noosfera* (en griego), como biología del amor para Maturana, como biocosmosocialidad. Hoy el cuerpo de los NNAs, hijos de las desigualdades y pobreza estructurales, es la radiografía de una sociedad global que se resiste a florecer en humanidad.

En sociedades en que la violencia directa sobre los cuerpos constituye en las guerras actuales una condición necesaria para el logro de ambiciones inconfesables de dominio, de apoderarse de territorios, de escarmiento a quienes se considera enemigos por ser peligro ideológico o impedimento para apropiarse de fuentes naturales de riqueza o por extender geopolíticamente poderes imperiales al costo que fuere en vidas humanas, tiene en las infancias, en los cuerpos de las niñas y niños no un efecto secundario no deseado, sino un inmisericorde y cínico objetivo en la potencial posibilidad que cuando mayores estas criaturas pretendan recuperar violentamente lo robado, lo colonizado, lo perdido.

Pero en el contexto actual, los cuerpos de las nuevas generaciones, en cuanto biología del amor, de la fraternidad y sororidad, de la dignidad, nos convocan a crecer en lo esencial de nuestra condición humana, ser la especie del cuidado de la vida en todas sus expresiones, muy en particular del mundo de intangibles del que somos parte. (Le Bretón, 2002; Lowe, 1988)

- De la explotación sufrida a la explotación subliminalmente gozada, pero finalmente explotación en función al capital

Los que como NNAs escolarizados no tuvieron la experiencia de dedicar algún tiempo a trabajar manualmente, se enfrentan ya como jóvenes o adultos a un mundo en que el trabajo, el autoempleo tiende a ser no solo intermitente sino contradictorio con los niveles eventuales de profesionalización logrados. Cada vez con mayor frecuencia encontramos gente que está haciendo taxi y te dice: “soy contador, administrador, secretario, ingeniero...estudio en tal universidad, pero para cada día debo hacer taxi o ser cambista de dinero en la calle, o voy a migrar, etc.” Se trata de una postergación, en el ciclo de vida, de una cruda realidad que bien podría haber servido para una toma de conciencia de una realidad estructural injusta y una conciencia e imaginación ciudadanas basadas en la dignidad, la justicia, la solidaridad, la paz, en una palabra, en una humanidad ética y socialmente tal.

- La urgencia de un nuevo pacto intrageneracional de NNAs

Se trata además de una labor educativa, comunicacional descolonizadora, que ponga fin a discursos y narrativas que reproducen aquello de: el que de niño trabaja tendrá algún déficit cuando grande, o que los niños trabajen es causa de la pobreza, o el fracaso escolar es porque los niños trabajan, o mientras se tolere que NNAs trabajen el país no progresará, o el lugar natural del niño es la escuela, etc. ,que desde hace más de 35 años se repite y se encubre en la verbalización sin cambiar el mensaje de fondo.

- Todos los NNAs como productores/reproductores de capital

En nuestra experiencia, cuando se demostró que el aporte de los NNATs a la canasta familiar mensual representaba hasta un 18% (Figueroa, S. , 2011), no faltó quien dijera que ello demostraba la insignificancia de su aporte, que superaba apenas el nivel mínimo de sobrevivencia. Por ende, el trabajo de NNAs no era significativo y por ello reconocerlos como actores económicos era una exageración y no valía la pena incluirlos en las cuentas nacionales.

Desde la mirada en la que se inscribe este libro, se podría hoy decir que los NNAs en general, son contribuyentes de las arcas nacionales, vía los impuestos que pagan por lo que consumen como ciudadanos consumidores en la sociedad tecnomediada en el marco del capitalismo contemporáneo. Y es que el trabajo de NNAs, también es un sistema de trabajo inmanente (Qvortrup, 2011) al modelo civilizatorio dominante.

Y si a ello añadimos la relación entre educación escolarizada e inteligencia artificial, ¿qué fenómenos percibimos en relación al sentir y pensar de las nuevas generaciones y sus proyectos de vida? Pero con NNATs era posible un acercamiento a la medición de su aporte. Con el resto de NNAs, que no son trabajadores, pero para el capital son productores plusvalor, su producción de riqueza acumulada queda invisibilizada en la nube, pero se la apropian quienes crean y controlan dicha nube.

- La escuela como un tiempo y espacio de relaciones intrageneracionales

La escuela es el encuentro entre pares y el territorio de las relaciones intrageneracionales. Una posibilidad importante no solo de aprendizajes, sino de ir definiendo identidad social, el sentido del proyecto de vida, de autoformación de la personalidad social. Pero hay culturas escolares instaladas y no siempre libres de diversas expresiones de adultocentrismo, de violencia y de refuerzo de culturas discriminatorias o transmisoras de miradas dominantes sobre las NNA, de origen étnico, social y económico diverso.

- Importancia y desafíos de experiencias como *Dialogue Works*

Persistir en abrir posibilidades de diálogo entre NNAs y NNATs luego de 35 años de CDN en sociedades que se resisten aún a un diálogo con real incidencia en la vida social cotidiana; posibilidades de asumir en conjunto la nueva mirada y concepción del llamado Trabajo infantil, ¿como sinónimo de abolible para ser países desarrollados? O retomando lo enunciado al inicio del inciso primero del art. 32, de la CDN.

Sin lugar a dudas es importante el diseñar e implementar instancias en que pueda desarrollarse un diálogo respetuoso y transparente en infancias, adolescencias que se consideran no estar trabajando y las NNATs que sí se consideran como rasgo de su identidad social como trabajadoras. Dicho diálogo en el marco de un real encuentro estará marcado por un tiempo probablemente largo desde la mirada de la valoración crítica que sustentan los movimientos de NNATs y la mirada que desde ellos se levanta desde lo que llaman el desborde de la explotación económica en la sociedad tecnomediada.

Transitar, sin pausa ni apuro, de una circunstancial confluencia de organizaciones de NNAs y NNATs, hacia un auténtico esfuerzo por encontrar razones consensuadas para encaminarse hacia un pacto social intrageneracional otro, exige la creación lograda en muchos de los países de la Región de colocar en dichas instancias, el enfoque del desborde de la explotación. Se trata no de

desviar las metas de instancias como municipios escolares, consejos consultivos de NNAs en municipios, redes de niños, niñas y adolescentes por sus derechos, etc.

Habrá que tener en cuenta que se trata de desmontar el cúmulo de justificaciones tóxicas que anidan las subjetividades colectivas tanto de NNAs y de NNATs, entre ellas: las que refieren a ricos y pobres; blancos y de color; urbanos y rurales; capitalinos y provincianos; y miles de etc, etc.

Y es que estamos ante un esfuerzo de transformación emotivo-cultural de gran aliento, pues empezar por lo micro no significa que se deje de aspirar a su necesaria dimensión global. Ello arrastrar  reacciones de organismos nacionales, regionales e internacionales, hasta hoy instalados en una mirada anclada en el pasado dominante aún hoy, sino que exigirá afinar argumentaciones, desafiar a la academia, demostrar que se trata de asegurar el ir superando estructuras complejas de resistencia política, social, económica, cultural que subyacen a la temática no solo de las infancias y adolescencias, sino del conjunto de la sociedad.

En este sentido se puede decir que: “Nuestra esperanza es poder animar un debate auténtico y dialogante, que no contraponga adversarios ni menos aún ‘enemigos’, sino que pueda crear movimientos críticos de flujo entre ideas distintas, pero no por ello encerradas en una estéril autoreferencialidad”, (Bernal, Schibotto, Edits., 2017, pág. 15)

-  Hacia un Movimiento de NNAs de la Abya Yala crítico de su objetiva condición de productores de capital, pero con derecho a la redistribución justa de la riqueza a todo nivel?

 Podr  ser esta una posibilidad de concretar aquello de que los NNAs son un fenómeno social estructural y no solo una etapa preparatoria a ser realmente, cuando mayores de edad, ciudadanos e interlocutores válidos y codebilera-tivos en culturas y estructuras democráticas?

 Ser  este un camino y una tarea de las actuales organizaciones, movimientos y redes de NNA a nivel nacional, internacional y mundial en vistas a re-

plantear desde los actuales desafíos ético-políticos y socio-culturales como cambio climático, cuidado del planeta (en nuestra región, la Amazonía), la cuestión de género, de soberanía alimentaria, la cuestión intercultural, la distribución justa de la riqueza, el rol de organismos supranacionales, la cuestión educativo sanitaria, la convivencia como la paz como bien común de la humanidad y su entorno natural?

Es cierto, de toda manera, que desde donde operemos con las infancias y adolescencias, se requiere refundar el sentido y proyecto de las próximas décadas de labor en el sentir, el pensar y actuar hacia una humanización de la hominización alcanzada.

*** **

*** * ***

**Develar los rostros ocultos
de la explotación de las infancias
en la economía del cuidado**

Pero ¿qué han representado los cuidados en la vida de los sujetos? El problema de que sean concebidos únicamente como servicios, lejos de liberar a las mujeres de relaciones de opresión, ha propiciado que la mercantilización se expanda a todas las relaciones sociales. Ahora se ve de manera instrumental a los otros y otras para nuestro propio beneficio, suponiendo que se puede prescindir del afecto y cuidados que nos brindan y brindamos porque tenemos un conjunto de sustitutos de la representación real de la necesidad, en las cosas o en vínculos utilitarios o débiles. Lo anterior porque finalmente, hemos interiorizado el ideal neoliberal del individualismo, en el que cada quién se da a sí mismo lo que necesita y se crea la falsa presunción de que no son indispensables las y los otros, y sus cuidados.

~ Lucinda Estefanía Raudales Barragán ~

Introducción

En este capítulo presentamos unas primeras ideas respecto de la relación del cuidado y el desborde de la explotación. Para tal efecto se plantean tres provocaciones iniciales, con el ánimo de seguir presentando argumentos, ahora en la esfera del cuidado, sobre la importancia de revisitar la noción de explotación, recolocándonos de manera crítica frente a los desafíos que nos plantea:

a)

Pensar la economía del cuidado a la luz de las nuevas formas de explotación requiere, antes que nada, problematizar las prácticas del cuidar como constitutivas de una economía subsidiaria y marginal, en la que sobre todo se ha involucrado a mujeres, niños y ancianos. Son justamente las mujeres quienes han dado visibilidad a este central renglón de la economía, para observar desde nuevos ángulos, las labores domésticas enmarcadas en el ámbito privado y que cumplen un papel fundamental para el devenir de otras esferas de la economía en escenarios públicos.

b)

Es necesario repensar el espacio transfronterizo entre público y privado del cuidado, rastreando la noción de vínculo (propio, con el otro y con lo otro), siempre que es una de las más genuinas expresiones del cuidado y hoy toma nuevas formas. Esta revisión es urgente, toda vez que el cuidado es un campo de disputa en el que se juega, o bien la oportunidad de volver con facultad de espíritu al ‘rescate’ de lo sagrado, de la simbiosis entre todo lo vivo, o bien, el declive de lo comunitario a raíz de la fragmentación de los vínculos en el marco del actual sistema que pretende reducir a mercancía todos los aspectos de la vida.

c)

Otro elemento fundamental es la necesidad de repensar la explotación y sus adyacentes, es decir, problematizar las formas ‘agramaticales’ del cuidado hoy, una suerte de prácticas de descuido en acompañar la vida de los niños, niñas y adolescentes que se ven inmersos cotidiana y vertiginosamente en

una carrera de consumo que, si otrora reparaba en el problema del niño como productor, hoy (en un hoy que viene ya de varias décadas atrás), no plantea ningún asomo de cuestionamiento a su lugar como consumidor. Crear una gramática del cuidado supone revisar a profundidad las prácticas de explotación y su influjo en los distintos escenarios de la vida social. Desde ahí, se vuelve urgente plantear una morfología nueva que haga contrapeso a dicho desborde explotador y sea un aporte a la creación de horizontes de posibilidades para las infancias como sujetos de época, con las categorías de hoy y el aliento de lo posible.

*** * ***

La práctica de cuidar como constitutiva de una economía subsidiaria y marginal

En una concepción clásica, la economía del cuidado está referida a la satisfacción de las necesidades humanas para vivir y convivir. El cuidado es anterior al enfoque mercantilista del capitalismo y está centrado en el afecto, en lugar del lucro. López Montaña (2020) señala el cuidado como el trabajo más viejo del mundo; así mismo indica que su antigüedad es proporcional a su invisibilidad: “El cuidado tiene una larga trayectoria que parte de aceptar la necesidad de atender el hogar, los hijos, la familia; pero, que ha sido invisible a través de la historia económica”. (p.17)

El cuidado es una actividad que se da esencialmente en un marco relacional y pertenece al campo de las interacciones sociales. La clave del cuidado es el acto de concernirnos por los otros, poniendo límites a nuestro propio egoísmo, para estar allí y apostar por otros. Esta actividad no obedece a algo inventado a partir de las diferencias biológicas que nos ponen en un lugar predeterminado, resultado pretexto de una falsa ideología de la naturalidad de lo femenino y que se impondría por sobre lo cultural.

Siguiendo a Carrasco, Borderías y Torns (2011), algunos estudios históricos en torno al trabajo de cuidado han señalado que, en muchos de los hogares

preindustriales, los hombres participaban muy activamente en el proceso de preparación de los alimentos, así como hombres y mujeres de distintas generaciones podían hilar y tejer juntos para confeccionar su propia vestimenta. Si bien en estas comunidades podía existir una división sexual del trabajo, no había en ellas una jerarquía, sino un criterio de complementariedad. La disolución de instituciones comunales y de las relaciones de vecindad y de parentesco, así como el debilitamiento para las familias de sus funciones productivas, constituyen una marca del desarrollo del capitalismo.

La evolución de la división del trabajo entre hombres y mujeres en la Revolución Industrial inició un largo proceso de evolución de la naturaleza del trabajo doméstico:

[...] A partir de ese momento, hombres y mujeres dejaron de compartir las responsabilidades de cuidado y de producción que se realizaban completamente en el seno del hogar. Con ello la mercantilización de los procesos productivos realizados por las familias en las sociedades preindustriales situó los trabajos de cuidado en el centro del trabajo familiar doméstico y se diferenciaron claramente los roles entre hombres y mujeres; ellas como ‘responsables naturales’ del cuidado sin recibir remuneración, y en conflicto con las actividades productivas. (López Montaña, 2020, pág. 45)

Smith, reconocido como quien sentó las bases del concepto *homo economicus*, principio de la economía moderna, también fue el primero que habló de cuidado. Para Smith, la moralidad es inseparable de las actividades humanas, incluyendo las económicas. Así, la benevolencia y la beneficencia como parte de la moralidad están asociadas a la caridad que no debe esperar retribución material porque es la forma de expresión de las emociones, la compasión, la empatía, la capacidad de respuesta y la sensibilidad a las que entiende como virtudes y base del cuidado auténtico. En este sentido se puede decir que “[...] Smith introdujo un gran sesgo de género a su concepción de cuidado, porque su noción de autonomía sobre las emociones es un atributo decididamente masculino, mientras que el cuidado tiene elementos emocionales que lo hacen especialmente femenino, y en consecuencia, sujeto a marginalización”. (López Montaña, 2020, pág. 11)

La desafortunada consecuencia de esa percepción de Smith es que sembró la semilla que envió el cuidado a la periferia del pensamiento económico Terjesen (2011). Efectivamente, el conjunto de actividades esenciales para el bienestar humano, como cocinar, limpiar, cuidar de sí mismo, de otros, entre tantas otras, ha devenido en labores excluidas de la comprensión y alto valor de lo que significaría motor de la economía; han sido relegadas al ámbito doméstico, viéndose además acompañadas de una ostensible escasez monetaria y observadas subordinadamente en función del sistema productivo.

La utilización del término economía del cuidado nunca ha sido exactamente confortable para quienes lo emplean. Palabras como economía y mercado evocan dimensiones del comportamiento humano que resultan ajenas y extrañas a la inmensa mayoría de actos de cuidado. La necesidad de usarlo surge del intento de significar una época histórica concreta caracterizada por la pérdida de bienestar que resulta de incorporar las tareas de cuidado a los procesos economicistas de control y gestión de recursos humanos, impropio, en realidad, de los actos de cuidado.

La falta de reconocimiento y redistribución de los cuidados tiene múltiples consecuencias, pero puede desafiarnos a comprensiones más complejas sobre las nuevas formas de expresión que tiene el sistema capitalista: primero, para las propias personas encargadas de llevarlos a cabo, en la mayoría de los casos mujeres y/o niños, quienes en su ejercicio se implican ética, afectiva y también materialmente, pero advierten como no se otorga valor si se ponen al lado de actividades que sí son reconocidas como productivas; segundo, porque la lectura detallada de estas dimensiones ofrece elementos teóricos e históricos de comprensión sobre la situación de las distintas identidades culturales y genéricas; tercero, por la forma en que, en un contexto estructural y transformacional como el capitalista, se puede desarrollar un análisis de la intrusión en todos los escenarios de la vida social de la lógica de mercado, que impone una urgente revisión a las comprensiones que se tienen sobre el cuidado como hasta ahora lo hemos concebido.

A la problematización y posterior resignificación de estas labores ha aportado de manera considerable el movimiento feminista, ampliando el campo de observación desde una comprensión ética y relacional de lo que suponen di-

chas labores en el sostenimiento de la vida. Las acciones de cuidado proceden de distintas fuentes. Por un lado, la noción de cuidado humano es una constante en la vida de las personas y constituye una de las acciones privilegiadas en un mundo solidario y en comunidad. Por otro lado, está muy presente en el ámbito de las relaciones humanas, especialmente en las más dependientes. Del modo que lo plantea Gilligan, “en un contexto patriarcal, el cuidado es una ética femenina; en un contexto democrático, el cuidado es una ética humana”. (Gilligan, 1985, pág. 19)

Las aportaciones de Gilligan son centrales en el ejercicio que se pretende en este capítulo, toda vez que nos invita a pensar desde los logros históricos y las reivindicaciones y al tiempo que nos conduce a actualizar la categoría misma del cuidado. ¿Las formas que tienen hoy el cuidado son exactamente las mismas que en las postrimerías de la Revolución Industrial? ¿Qué lugar ocupan los sujetos? ¿A qué hace referencia el cuidado hoy en sociedades altamente tecnologizadas?

*** * ***

Repensar el cuidado a la luz de los nuevos escenarios del capitalismo

Las nuevas instituciones del actual sistema económico no se abocan solo a la circulación mercantil. Estudios contemporáneos de la así llamada ‘economía del cuidado’ señalan cómo se disputan y reconfiguran entre sí el poder, las responsabilidades y las compulsiones del trabajo contemporáneo. Esto responde a que efectivamente, la economía del cuidado se sustenta y actualiza en una serie de movimientos de mercantilización de dimensiones fundantes de la existencia humana, y hace eje precisamente en los trabajos en terrenos de lo ‘no-mercantil’. ¿Acaso la educación pública, el arte, la cultura, los afectos se encuentran altamente colonizados por la fuerza del mercado? Es decir, la colonización no se desarrolla por la puerta abierta del mercado ‘exógeno’, sino que va penetrando profundamente sus mecanismos, su sistema de creencias, su esquema de valorización, su forma de cuantificar el atributo, su modo de hacer

globalización, que va rápidamente permeando la así conocida "economía del don". (Hoevel, Groppa, 2014)

Para problematizar la emergencia de las formas que hoy cobra la explotación en el actual sistema, y que tienen impacto en todos los grupos humanos, más allá de su edad, es necesario rastrear la forma en que la lógica del mercado ha penetrado el conjunto de prácticas que se asocian con el término 'cuidado'. Es un hecho: las instituciones del capitalismo y su matriz moderna están en un continuo proceso de transformación que impregna todas las esferas de la vida social. Un punto de indagación es el actual despliegue de la producción y la reproducción sobre un remanente no-rentable, que se vuelve más opaco y precario. Una descripción aproximada del cambio, si existe, supondría intentar una narrativa de las dinámicas y proporciones de los ritmos de mutación de los planos de expresión de la explotación en la economía del cuidado. No obstante, es importante indicar que nuestra mirada no tiene mapas interpretativos pre-existentes. Por ello, consideramos que nuestra tarea debe partir de preguntar y revisar la evidencia *de facto*, para comprender mejor estos fenómenos.

Es crucial insistir sobre la cada vez más creciente tendencia del capitalismo a operar bajo apetitos insaciables. El principio es acumular y reproducirse a sí mismo de manera constante y acelerada, convirtiéndose en una fuerza dominante que genera y necesita más capital para seguir expandiéndose. Es en este ciclo de acumulación y reproducción donde el modelo revela su verdadera naturaleza: la creciente necesidad de revitalizar sus objetivos implica extraer mayores ganancias de cada transacción, de cada intercambio. Para lograr este cometido, busca continuamente nuevos espacios y nuevas formas para aumentar la producción ya sea a través de la innovación tecnológica, la explotación de recursos naturales o la explotación laboral; si bien esto ocasiona para el modelo mismo enfrentar la necesidad de superar las crisis cíclicas, que surgen periódicamente como consecuencia de la sobreproducción y sobreacumulación.

El sistema capitalista tiende a sacrificar a esta lógica expansiva y acumulativa la vida toda (humana y no humana). Esto implica que, en momentos de crisis, los trabajadores pueden perder sus empleos; las comunidades pueden sufrir recortes en servicios básicos; y el ambiente puede ser devastado en nombre de la rentabilidad y el crecimiento económico. Estos tres aspectos del

capitalismo se ven reflejados, por ejemplo, en el avance de la mercantilización y sujeción del trabajo productivo y reproductivo.

Se plantea entonces la necesidad de volver sobre la matriz de pensamiento alrededor de la economía del cuidado hoy, donde las prácticas de preservación de la vida están anegadas, debido a la incursión de sistemas de mediación a través de la tecnología, que han reconfigurado las formas de relación en el ámbito privado y que, en tal sentido, generan una suerte de transfrontera o frontera porosa entre lo público y lo privado, toda vez que cada rincón de la vida social en la contemporaneidad se encuentra permeada por dichos sistemas.

*** * ***

El espacio transfronterizo del cuidado entre público y privado

El cambio de época en el que vivimos impone múltiples distorsiones alrededor de la economía del cuidado. Con la pretensión de hacer un recorrido sobre los cambios en la economía del cuidado y las nuevas formas que asume hoy en tiempos de un capitalismo depredador, es importante en primer lugar profundizar en cómo la noción del cuidado, y con ello una economía del don, se han configurado en una genealogía naturalizada de división de roles, vaciando de contenido el cuidado como vocación humana.

Luego, y en un segundo momento, es preciso interrogarse alrededor de la transformación en las prácticas del cuidado que derivan en un hiperconsumo de productos y servicios que distorsionan el cuidado como ‘cogitare’ (co-acción conjunta o global; agitare: poner en movimiento). Se pretende mostrar el territorio de la economía del cuidado como uno de disputa entre, por un lado, mantener genuinamente viva la lógica de la afectividad y el vínculo; y, por otro lado, el allanamiento de la lógica mercantilista en el escenario y economía del cuidado. Todo ello como expresión de nuevas formas de explotación que tienen un abierto y evidente impacto en la vida de las infancias (aunque no solo), así como en sus dinámicas de participación en tanto que sujetos y

colectivos en la vida económica. Parte de dicha problematización recoge la transformación amañada del sistema capitalista frente al cuidado, que si bien otrora manifestaba una abierta resistencia a la matriz de afectividad, por no presentarse útil a los propósitos de ganancia del mercado mismo, hoy en la ausencia de límites de este modelo, pretende incluirla en su dinámica transaccional fuertemente mercantilizada y allí sí consiente, sin mayor reparo, la presencia de los niños y niñas como sujetos a los que puede, y de hecho precisa, adscribir tanto como y tanto como como consumidores.

Originariamente el cuidado es una fundamental vocación humana. Gilligan (1985) nos recuerda que originalmente el cuidado está en relación con la capacidad de la especie humana para amar y generar confianza entre unos y otros. Esta comprensión supone que el cuidado está en el origen de la posibilidad relacional, de cohesión y en ese sentido como elemento fundante de la pervivencia de la especie.

Gilligan muestra, entre los hallazgos de sus investigaciones, cómo el cuidado, en tanto que capacidad, está más presente en la edad infantil y cómo va desdibujándose cuando se va entrando en mayor interacción con los grupos de pares (en el caso de los hombres), y en la edad adolescente (en el caso de las mujeres). En los primeros señala que funge la construcción social de lo que significa ser hombre y lograr aceptación entre pares, bajo unos códigos contruidos y aceptados por convención; en el caso de las mujeres, muestra que lo que se implica es la expectativa del desarrollo del emocionar como intrínseco al comportamiento femenino.

La autora llama la atención sobre cómo tanto para los unos como para las otras, el mayor condicionamiento tiene lugar en función de una matriz de orden social, político y cultural patriarcal, esto es, se naturaliza una división de roles en donde ser hombre está asociado al estoicismo e independencia; mientras que ser mujer a la intimidad emocional: “En un contexto patriarcal, el cuidado es una ética femenina”. (Gilligan, s.f. pág. 50) Una y otra otorgan funciones sociales y distorsionan la concepción del cuidado como elemento fundacional de la especie: “la justicia se coloca junto a la razón, la mente y el yo (atributos del hombre racional); el cuidado, las emociones, el cuerpo y las relaciones del lado de lo femenino” (pág 54).

Sobre esta misma comprensión, que pondera el cuidado en el marco de la capacidad de la especie humana de amar, y entendiendo el amor como parte del campo emocional, Maturana (2008) señala que: “[...] las emociones no son oscurecimientos del entendimiento, no son restricciones de la razón; las emociones son dinámicas corporales que especifican dominios de acción”. (pág.45) También para este autor, la comprensión del emocionar está circunscrita a los humanos en tanto que especie; se escapa a una división arbitraria que asigna prácticas y conductas, que son más de orden cultural. Para Maturana, el amor nos pertenece como característica biológica que funda lo humano. Nuevamente se nos recuerda que la arbitraria división que permite el ‘reposar’ de lo emocional en el campo semántico de todo lo que cobije lo femenino es una distorsión abierta y franca a nuestra biología.

Colocar estas premisas alrededor del cuidado es central, porque parte de lo que tratamos de poner de relieve en este capítulo es cuánto disminuye en fuerza ilocutiva una enunciación del cuidado desde la ética y la economía cuando se entiende desde la matriz de pensamiento del *pater* con unos órdenes, unas jerarquías, unas construcciones conceptuales distorsionadas. En dichos órdenes, se admite una división de roles y funciones y se desestima la virtud del cuidado como práctica genérica (entiéndase universal). En esos órdenes se han subsumido no solamente mujeres, también niños, ancianos y todos aquellos grupos humanos que se advierten con mayor nivel de vulnerabilidad. En contrapeso, abrazar la noción del cuidado más allá de dichos arbitrios, esto es, problematizar esta concepción, permite reconocer lo posible y lo plausible: “[...] en un contexto democrático, el cuidado es una ética humana”. (Gilligan, 1985, pág 9).

¿A qué cuño viene hablar de cuidado y democracia en un ejercicio que pretende hacer explícitas unas nuevas formas de explotación con impacto en la realidad de niños y niñas? Hacer evidente esta relación es central como marco de referencia, porque lo que subyace a esas mentadas expresiones de explotación, es un proyecto de sociedad que despoja al sujeto de toda capacidad de pensamiento y acción por un bienestar común, por un cuidado mutuo, por una colocación con una nueva matriz de valores que se erija, entre otras, en volver al cuidado como fundamento de la praxis humana. En cambio, lo precisa

solícito como sujeto consumidor y consumido, incauto y afanoso en saciar las necesidades y apetitos creados por el mercado. Recurrimos otra vez a Maturana (2008), cuando nos recuerda que: “La democracia es una conspiración social para una convivencia en la cual la pobreza, el abuso y la explotación son errores por corregir y se corrigen porque se tiene el deseo de hacerlo”. (pág. 26) Así, entender el cuidado como parte central de un proyecto democrático, supone colocarse de manera integralmente crítica frente a un modelo que procura la tiranía de la transacción comercial, del sometimiento al reino de la fragmentación y del solipsismo.

Es así como el cuidado se destaca como una de las nuevas formas de explotación. De hecho, analizar el cuidado como ética y economía es, en las sociedades contemporáneas, una tarea más desafiante, dado que asistimos a un desdibujamiento del carácter mismo del cuidado. ¿De qué se trata ese desdibujar el carácter propio del cuidado? Ya hemos indicado que el cuidar es una práctica que nos pone en relación, no solo con otros sujetos, sino con el entorno y que ha estado históricamente imbricado al escenario de lo privado. Sin embargo, en la abierta intrusión del capital en todas las esferas de la vida social, el cuidado ha devenido en una de las expresiones que llenan y/o sustituyen prácticas otrora de verdadero vínculo.

Veamos, en este sentido, algunas de las expresiones más sobresalientes de esta traición de la naturaleza vincular-afectiva del cuidado en favor de una mercantilización de las prácticas y de las experiencias conexas al cuidado mismo.

- La comunicación en soledad

Una de las primeras expresiones de dicha intrusión tiene que ver con cómo se resquebrajan las relaciones, y el cuidado pierde la fuerza semántica propia de la interacción, del genuino interés por el bienestar común y eclipsa las relaciones humanas en una suerte de solipsismo exacerbado. “La soledad se propaga y contagia a individuos de todas las edades y clases sociales, aunque con especial incidencia en los jóvenes, ancianos, personas con discapacidad, migrantes o personas LGTBI. Tiene efectos devastadores, tanto económicos,

como anímicos y de salud”. (López Letón, 2025, párr.3) Antes un indicador del cuidado estaba correlacionado con los espacios de diálogo, con el tiempo compartido alrededor del alimento, del juego y el ocio común, con la posibilidad de la deliberación sobre temas de interés colectivo, ya de orden privado, ya de orden público. Hoy, el arribo de artefactos y dispositivos para el uso y goce individual ha resquebrajado dichas interacciones: “La soledad está creciendo, influenciada tanto por factores del mundo real como digitales. Cada vez más personas afirman sentirse desconectadas, incluso estando rodeadas de otros”. (párr. 4)

Lejos de la intención de satanizar el avance de la tecnología, se hace preciso, en todo caso, tener una mirada aguda sobre los dispositivos que hoy facilitan y hacen ‘más amable’ el vivir y que, en todo caso, nos van generando brechas de comunicación más abiertas entre unos y otros, y mucho más si se trata de distintas generaciones.

La industria de la tecnología en dispositivos móviles, por ejemplo, cada vez aumenta más su inversión en investigaciones y estudios para comprender los intereses y gustos de las personas; estudios estos que se realizan con criterios de edad, género e intereses para crear nichos de mercado, diversificando la oferta, sin temor a equívocos, en gustos de orden personal. Todo ello deriva del importante número y calidad de datos que se brinda en cada interacción y que tiene lugar en las redes, permitiendo perfilar gustos, intereses, tendencias individuales. Todo ello conlleva a que si antes parte de la expresión del cuidado era el tiempo de interacción e intercambio, ahora este se ha sustituido en un ensimismamiento entre cada persona y su dispositivo móvil.

Para Habermas (1985), el concepto de “acción comunicativa”, requiere la presencia del otro. Significa pues que se precisa de un otro físico con quien pensar en voz alta “ [...]considerar a los actores también como hablantes y oyentes que se refieren a algo en el mundo objetivo, social o subjetivo, y por tanto, hacen de forma recíproca afirmaciones de validez que pueden ser aceptadas y/o discutidas.” (Han, 2022, pág. 46).

Frente a la imposibilidad de la acción comunicativa como expresión de la ida y vuelta de la palabra, de la escucha activa, el riesgo en términos del cui-

dado es quedar atrapados en discursos sin resonancia, pero cargados de un fulgurante eco egoico. En ausencia del tiempo y espacio para la construcción del encuentro/debate abierto, se plantea un incesante ‘diálogo’ con el aparato móvil en soledad. Allí se perfila de tal modo al sujeto, que sus interacciones tienen lugar con información personalizada en alto nivel de filigrana ,conjugando gustos, opiniones, discursos afines, en detrimento del necesario intercambio de ideas y debate para generar a su turno otras nuevas ideas y ampliar la perspectiva respecto de cualquier asunto, puesto que: “La palabra latina *discursus* significa ‘discurrir’, ‘moverse por’, *ir por ahí*. En el discurso, el *otro* nos desvía en un sentido positivo, de nuestras propias convicciones”. (Han, 2022, pág. 46)

Volviendo sobre la idea del amor como eje articulador del cuidado, Maturana nos recuerda que : “ [...] el amor es la emoción que constituye las acciones de aceptar al otro como un legítimo otro en la convivencia; por lo tanto, amar es abrir un espacio de interacciones recurrentes con el otro en el que su presencia es legítima” (Maturana, 2008, pág. 21). Sin embargo, son las de nuestra época, las sociedades con la mayor posibilidad de comunicación, al tiempo que las más desprovistas de interacciones que permitan el reconocimiento de lo otro, de lo distinto, de la construcción de lo afectivo.

¿Cómo se expresa este solipsismo comunicativo en tanto que nueva forma de explotación en el cuidado? En las coordenadas de la sociedad de la información y desde una comprensión del cuidado como ética y como una forma de economía; podría decirse que cuanto más perdemos en unidad y comunión con el otro y con los otros, más monetiza y gana terreno un sistema basado en la automarginalidad que nos infringimos, que vamos naturalizando y que hemos confundido con democratización de la información: se ensanchan las autopistas de la nube, que albergan los espacios y tiempos que hemos creado paulatinamente (a veces de modo vertiginoso), a efectos de la generosa y gratuita entrega que hacemos de nuestra información y que reúne un tozudo conjunto de datos, sirviendo a grandes compañías que transan con otras, y que a su turno derivan en la creación de otra enorme cantidad de necesidades imaginadas y potenciales, alimentando cíclicamente el bucle del consumo.

- El cuidado como mercado de objetos

Hemos insistido en cómo el cuidado porta de suyo el afecto que se endilga a otro(s). Si bien esa expresión no se restringe en absoluto a lo familiar, en todo caso, son los más próximos a nuestros afectos (generalmente familiares y amigos), quienes gozan de dichos beneficios en un relacionamiento que se advierte recíproco. Para desarrollar la idea del cuidado como mercado de los objetos nos enfocaremos en mostrar sobre todo cómo en el hogar se ha incrementado exponencialmente la inclusión de artefactos, dispositivos y aparatos para el desarrollo de labores que, en tiempos precedentes, suponían prácticas con cierta ritualización, donde se acompañaban tiempos y espacios como expresión en sí mismas del cuidado.

La atención de los bebés podría ser, entre otras, una de las prácticas desplazadas de la noción de cuidado. La preservación de la vida humana en sus primeros meses ha estado siempre acompañada de cuidados tan variados, que pasan no solo por elementos del acervo cultural sino de orden familiar. Los usos y costumbres a este respecto pueden ser en número importantes. Estas formas perfilan también cosmovisiones diversas y revelan identidades y solidaridades en la configuración de la crianza que varían de un pueblo a otro. En varias comunidades campesinas e indígenas de América Latina, existe la creencia y la práctica de procurar entre los primeros cuidados al recién nacido, el de suministrar una muy pequeña cantidad (a veces por un corto periodo de tiempo), de zumo ligero de frijoles u otras leguminosas dependiendo de la región. A esta práctica se le conoce como ‘curar el estómago’, y deriva del conocimiento de abuelas y madres sobre la mejor manera de disponer el estómago de la criatura para hacer la transición de la leche materna hacia los alimentos de sal. Otra práctica que bien vale para ilustrar el ‘cómo’ del cuidado, y que trasluce también la identidad del lugar donde se nace, es aquella recurrente en varios países asiáticos, donde al recién nacido se le pone un delicado brazalete de cuentas de colores con la intención de mantenerlo a distancia del eventual influjo de campos energéticos negativos. Para muchos pueblos, el cuidado del infante tras su nacimiento, incluye brindarle atención desde la cosmovisión y colocación que se tiene frente al mundo, esto es, la configuración y comprensión a partir del sistema de prácticas, rituales y creencias culturales.

Hoy, sin importar la latitud en que se encuentren, los futuros padres, reciben un sinnúmero de ofertas de artefactos, dispositivos y servicios para acompañar el supuestamente saludable crecimiento y desarrollo de sus hijos e hijas. Para ello se generan una serie de discursos alrededor de todo aquello que se precisa para asegurar el cuidado; en otros casos, se abandera un discurso de ‘actualización’ de lo que supone hoy la crianza, so pena de incurrir en un cuidado insuficiente y/o riesgoso. Así se configura una narrativa que relega al ámbito de lo primitivo prácticas tradicionales de la crianza.

Este conjunto de objetos incluye considerar que la lactancia materna debe ser necesariamente complementada con alimentos ‘enriquecidos’, que aportan la totalidad de nutrientes que no se suplen en la acción de amamantar. Estos alimentos que fungen como suplementarios, son solo parte de una enorme industria ‘del cuidado’ en los primeros meses de vida, a los que se añaden entre otros, baterías de biberones (que no uno solo), tras los que se construye una narrativa de calidad de vida asociado a los materiales, formas, tamaños y usos para los que son fabricados y que se constituyen (al tiempo que sustituyen), las cualidades de lo que significa cuidado para el lactante. Todo ello deviene en el debilitamiento, si no en la pérdida de la relación amorosa con el pecho nutriente de la madre, debilitamiento y pérdida que no hay que subestimar en sus efectos negativos, pues el embarazo y la lactancia son clave para el desarrollo de un niño. El amamantamiento durante los seis primeros meses es fundamental para la nutrición del bebé, especialmente en países en desarrollo. Pero existen creencias que apartan a los niños de estas prácticas. Algunas, propiciadas por multinacionales que se han dedicado a hacer creer que la leche de fórmula es lo mejor para los hijos.

En el mismo sentido de procurar siempre atención y estar solícito al recién nacido, la industria ha desarrollado objetos de monitoreo que permiten a los cuidadores asegurar que en su ausencia física, pueden en todo caso ejercer una suerte de vigilancia, entendida como cuidado. No es de nuestro interés entrar a debatir sobre la eficacia de dichos artefactos en el cometido de monitorear; en todo caso, si es preciso abrir la pregunta sobre cuánto estos y otros dispositivos en su conjunto han venido tomando fuerza como elementos que devienen garantes de acciones prolijas para el bienestar, cuando en realidad se trata de

la construcción de relatos alrededor de los estándares de cuidado que, para quienes tienen capacidad adquisitiva, pueden convertirse en reemplazo del contacto y verdadera atención; y para quienes no puedan comprarlos, pueden resultar en una suerte de ‘cuidado reducido’, que los hace sentir inadecuados y culpables.

- Debilitamiento del cuidado colectivo

La alta relación de dependencia e interacción con distintos dispositivos y la sustitución de prácticas tradicionales, que han pasado de generación en generación y que estaban asociadas al cuidado, hoy son reemplazadas por el hiperconsumo de objetos. Ello nos permite hablar de una suerte de descolectivización del cuidado, que tiene lugar en dos planos: por un lado, el debilitamiento de lo comunitario y la pérdida de un modelo de cuidado familiar; por el otro, y derivado del primero, un achicamiento de la concepción de bienestar para los ciudadanos desde el Estado, que traslada el bienestar a una suerte de ‘cuidado familista de mercado’, que se enmarca como subcategoría del régimen de bienestar familista prevaleciente en América Latina (Martínez Franzoni, 2005), desprovisto de reales vínculos y relaciones, y arrojado a la voracidad del consumo que crea ficcionadas necesidades, relaciones y paliativos emocionales. Todo el contrario del cuidado familista/comunitario, que supone toda forma de construcción de lo familiar (más allá de un modelo nuclear), para la toma de responsabilidad colectiva sobre el bienestar de los sujetos, con mayor atención en niños y ancianos.

Si bien, han pasado décadas desde que la esfera de lo privado ha sido ocupada por distintas formas de trabajo en lo que se ha dado en nombrar como “teletrabajo”, es luego del año 2020 que en el mundo aumentan de manera vertiginosa dichos recambios por efecto de la pandemia por COVID-19. Los desafíos que supuso el distanciamiento social, incluyeron el internamiento en las casas como los lugares que podían proveer un refugio seguro. No obstante, ya se ha estudiado y generado abundante literatura en torno a cómo se detonaron en los hogares problemáticas latentes de distinto orden. No es objeto de este capítulo ahondar a este respecto; en todo caso, nos sirve para

subrayar algunos elementos que nos permiten ilustrar cómo los *habitus*, esto es, las disposiciones y prácticas recurrentes y transferibles en que las personas incrementaron sus formas de socializar (pensar, sentir, actuar), mediadas por prácticas de consumo, en particular de la tecnología, exacerbaron patologías y formas de relacionamiento poco saludables al interior de los hogares.

- La escena familiar desprovista de privacidad y cuidado

En sociedades que se caracterizan por los amplios avances en términos de ciencia y tecnología, asumidos como medida de desarrollo, el hogar también se ha considerado afectado por dicha narrativa de un avance positivo. Ya hemos venido indicando cómo todas las esferas de la vida social han sido permeadas por el capital y también hemos señalado, cómo ello ha distorsionado la concepción del cuidado. Sin embargo, alentada por la asociación directa de la casa como lugar seguro y posibilidad de sobrevivencia, la humanidad viró en pandemia hacia este refugio. Pese a ello, el hogar sofocó y derivó en problemáticas de distinto orden que, casi un lustro después, son objeto de investigación y trabajo en distintas ciencias humanas y de la salud en general.

¿Qué relación tiene entonces nuestro interés por ahondar en las nuevas formas de explotación con la manera en que el hogar se desdibuja como lugar de cuidado en las sociedades actuales, como lo hizo patente la pandemia? La relación es estrecha si se advierte que el abigarrado sistema de consumo viene generando, desde hace al menos medio siglo, las condiciones que crearon una estructura porosa entre público y privado y que explota decididamente en la pandemia, poniendo en evidencia que de tiempo atrás el hogar había sido reducido a ‘simple casa’, esto es, entendida como lugar ajeno, frío y desprovisto de genuinos vínculos y relaciones. La noción del regreso tras una jornada laboral a un espacio de estabilidad familiar y el primer entorno de los niños es cada vez más caduco.

Tras la pandemia, quedó probado que no había límites a la noción de continua producción, de bioproducción para el sistema. Todos los escenarios/tiempos se desdibujaron de manera más contundente para alcanzar un mayor

rendimiento productivo de plusvalía para el capital: actividades diversas que se traslapan entre sí y en donde incluso prácticas de cuidado, como el descanso y/o la meditación, se vieron incorporadas como subsidiarias a efectos de mantener en óptimo funcionamiento las presiones del capitalismo. Hoy, la intrusión del trabajo en la casa cobija tanto las labores domésticas, que de por sí están desprovistas de alto valor legal y económico, como se ha venido señalando, como las del teletrabajo, que impactan negativamente en la salud integral de las personas. Como resultado, el hogar se desvanece, transformándose en un lugar cuya esencia se objetiviza para beneficio del mercado y que pierde su significado trascendental como campo de intimidad personal que provee bienestar.

En “La sociedad del cansancio”, Byung-Chul Han (2012) señala que la intranquilidad y la desesperación han condenado al ser humano a una forma de vida que está lejos de venerar el espacio y los tiempos vividos. Esto incluye la intimidad del hogar. En su tesis, la vida deviene vacía de sentido y dignidad si se vive presa de intranquilidad, desesperación y se corre tras figuras de éxito creadas, y que obvian la necesaria contemplación de lo que significa vivir. Como bien arguyó este autor, la vida deviene correspondida en la laboriosidad del trabajo asociada a una consecuente pseudolibertad.

En perspectiva, de la manera en que las variadas formas de explotación que el actual sistema cobra en el renglón del cuidado y que impactan también en la forma de crecer en la infancia, es indicado señalar que se ha reducido de manera importante, el nivel de conocimiento de artefactos y utensilios utilizados de tiempo atrás y que son sustituidos, no sólo operativa sino también simbólicamente, en las actuales generaciones y dinámicas de interacción. La incursión de aparatos tales como el microondas, el smartphone, los equipos de cómputo acondicionados con un gran número de accesorios para juegos, le ha restado fuerza al aprendizaje de técnicas y/o prácticas que constituían parte del saber compartido y los han emplazado por prácticas de tiempos reducidos y más mecánicas, pero que implican la pérdida de diálogo. Por ejemplo, el tiempo empleado para calentar alimentos, con una cierta atención y cuidado frente al fogón, para evitar que se malogren, se sustituye por el micro-tiempo del microondas, en donde ya muchas preparaciones vienen

prelistas, con los consabidos impactos en la salud de las personas que estos productos y prácticas traen.

Otro ejemplo que también es indicativo de los impactos en estos recambios, tiene que ver con la sustitución y/o desaparición de hábitos que permitían el aumento de capital social de las personas, con repercusiones más fuertes en las generaciones que son nativas de la tecnología. Prácticas como la lectura y/o el desarrollo de actividades manuales como el tejido o la cerámica, entre tantas otras, han venido perdiendo relevancia entre las opciones de interacción al interior de los hogares y son sustituidas por el uso de redes sociales, que a su turno tienen también consecuencias en la salud de las personas.

Un estudio de 2021 de la Universidad de la Sabana de Bogotá, que indagaba por las prácticas y relaciones con las redes sociales de adolescentes en Bogotá, reveló que el 95% de los encuestados utiliza redes sociales para pasar el tiempo y mantenerse en contacto con sus amigos; de ellos, el 80% no quiere que sus padres se involucren en el uso que hacen de las redes sociales. El estudio también indicó que la franja de las 6 pm hasta la medianoche, incluso hasta las 4 am (62%), es la más usada para navegar por las redes sociales. Además, el dormitorio es el lugar preferido para navegar por la privacidad que genera (54%), incluso si es compartido, ya que en no pocas ocasiones la navegación se hace en la cama debajo de las cobijas, práctica conocida como *vamping*. El estudio revela que: “[...] se deja de comer a horas adecuadas, se deja de dormir y de realizar otras actividades, lo que genera cansancio, bajo rendimiento académico, pocas ganas de actividades sociales, entre otras consecuencias”. (pág.13)

En este sentido, se puede decir que:

La casa ha perdido su carácter de hogar, donde se experimenta afiliación e intimidad; se ha convertido en un lugar ambivalente: un sitio para descansar y trabajar, un espacio para encuentros sociales ocasionales y para reuniones virtuales, un almacenamiento de objetos olvidados y un receptáculo de dispositivos obsoletos. No obstante, sigue siendo el lugar de culminación del día, el último rincón en la apurada cotidianidad, aunque también se percibe como el lugar menos deseado durante el tiempo dedicado a la productividad. Así, puede ser vista

tanto como un hogar como un confinamiento ajeno al verdadero sentido de hogar. (Montero Rodríguez, 2021, párr. 26)

La casa deviene entonces una especie de alojamiento provisional, desprovisto de paz, contemplación y de recuerdos contruidos colectivamente, ya sea por efecto del traslado y continuidad ininterrumpida del trabajo, para cumplir con las exigencias del mercado; o ya sea porque se convierte en un escenario de ‘frenético desahogo’ en actividades de entretenimiento a través de las pantallas y los dispositivos. De esta manera la casa se desplaza como centro de encuentro, calidez y vínculo para ser ocupada por formas diversas de trabajo o esparcimiento, pero que, en uno u otro caso, generan mayor insatisfacción en los sujetos.

Esto es lo que entendemos con el debilitamiento y/o pérdida del cuidado familiar y comunitario, que significa la ruptura del vínculo, del reconocimiento del otro, y que opera a través de una comunicación más frágil e incapaz de configurarse como práctica de genuino interés en la realidad de vida y discurrir cotidiano de los otros; una pérdida de oportunidad para fomentar interacciones reales en tiempos compartidos al interior del hogar, pero también por fuera de él.

- El cuidado familista de mercado

En línea con la pérdida de interés para una verdadera interacción en el cuidado, que nos humaniza con el otro y los otros como especie y comunidad, y en donde el hogar que se vive como *focus*, fuego que reaviva y reanima, pierde fuerza simbólica, es preciso ahondar en las formas propias de cómo hay un emplazamiento del cuidado para ser ocupado por prácticas de uso y relación del mercado, que suplanta a actores como la familia, la comunidad, el Estado y los deja desprovistos de un genuino sentido del pensar, atender y del *cogitare*.

En este emplazamiento, aparece de nuevo la casa, pero ahora no solo desprovista del lugar para crear y tejer los vínculos, sino como depósito de objetos que por un tiempo son suficientes (desde la idea de necesidad por la cual se

hayan adquirido) y que, pero, muy pronto devienen insuficientes. Esto genera un incremento en la práctica de la adquisición de cosas, que en definitiva son la expresión de las regalías del exceso de trabajo y consumo que la decoran. La casa termina siendo así depositaria de equipos, muebles, ornamentos y dispositivos tecnológicos que la llenan solo temporalmente para ser luego reemplazados por otros. El hiperconsumismo sepulta el alma del hogar en una barroca exasperación de la escenografía doméstica, totalmente cosificada y reducida a mero valor de intercambio.

Es un juego de desplazamiento de cosas que van y vienen, y donde las decisiones de adquisición están pasadas por curiosidad, por moda, por sentido de inclusión y pertenencia de grupo, pero no por criterios reales de uso y que estén al servicio del cuidado. Esta práctica se acrecienta en el marco de la reconocida noción de la obsolescencia programada, establecida por la industria y el mercado que limita la vida útil y/o rendimiento de electrodomésticos y dispositivos obligando a la adquisición de nuevos artefactos. La obsolescencia programada se refiere a aquellos productos pensados para una vida breve, para fallar en un tiempo determinado y corto, o quedarse obsoletos a corto-medio plazo. Generalmente, el fin es obligar a comprar un producto nuevo o una actualización del mismo. (Vasquéz Rodríguez, 2015)

Aunque pareciera excesivo, bien podría afirmarse que también las personas en el seno del hogar devienen objetos. La premisa es que en la caótica dinámica de adquirir artículos que tienen una vida útil cada vez más reducida, las personas, son a su turno caducas y meras extensiones de ese plazo de vida conferido a las cosas. Las experiencias de vida van y vienen, se desechan; la memoria se vuelve frágil, puesto que parte de ella se gestó al contacto con esos objetos; en todo caso, lograr un vínculo precisa tiempo de interacción con nuestros otros (que cuando se trata de la memoria familiar, es un tiempo contado en generaciones). Ahora los objetos son cortoplacistas, casi inexistentes y son permanentemente sustituidos por otros, que concentran nuevas y actualizadas apetencias.

La explotación del tiempo, empeñado para procurarse los objetos anhelados que rotan en casa, se puede ver claramente ejemplificada en las dinámicas de compra de plataformas como Amazon. “Aproximadamente el 15% de los

consumidores estadounidenses informan que hacen compras en Amazon siete o más veces a la semana. Compran en Amazon al menos una vez al día, todos los días, y su aprecio por la plataforma de comercio electrónico solo está creciendo”. (Burke, 2021, párr.5)

Si bien la obsolescencia programada trae impactos negativos en las prácticas de consumo de las personas, también los tiene en la sostenibilidad del planeta en su conjunto. Esto se deriva de la incapacidad que existe para hacer un uso adecuado de la enorme cantidad de residuos, tanto físicos como químicos que genera la industria por efecto de dichas prácticas. De hecho:

[...]Estos productos electrónicos contienen sustancias y materiales químicos peligrosos, que suponen serias amenazas tanto para las personas como para el medio ambiente, como altos niveles de plomo tóxico, cadmio, sustancias químicas como los ftalatos DEHP y DBP (que interfieren en la reproducción) o dioxinas cloradas que están relacionadas con el cáncer.” (Sostenibilidad para todos, s.f.)

En este marco vemos como hiperconsumismo y mercantilización de los espacios del cuidado convergen en un único proceso de subsunción a la lógica de la valorización del capital de las milenarias experiencias de la economía del don, de la afectividad, de la gratuidad, de la economía sujeta por el amor y no del amor sujeta por la economía.

- El consumo como moneda de cambio de la participación de niños y niñas en el actual sistema

¿Qué otros impactos se derivan de este “cuidado familista del mercado” y cómo están colocadas allí las infancias? La casa como depósito de objetos ha derivado en el consumo compulsivo que viene siendo estudiado desde distintas disciplinas por los impactos que tiene en el renglón de la salud individual y pública, ya que se configura en otro tipo de dependencia, que solapa la profunda soledad y desconexión que estamos atravesando como especie. Práctica esta que deriva en incentivar también la dinámica de “vivir con créditos” (Iñarritu, 1997), y que se intensifica con la creación de un cada vez más sofis-

ticado comercio electrónico, en donde no hace falta salir de casa para tener un centro comercial a disposición de los apetitos.

“La compra compulsiva no es más que un comportamiento disfuncional de consumo, que todavía no está bien comprendido y que, hablando por conceptualizaciones clínicas, se ve como una manifestación de otros desórdenes psiquiátricos subyacentes, (Vásquez Castro, 2021, pág.45). De acuerdo con esta autora, este tipo de trastorno es un fenómeno en aumento del comportamiento de consumo actual, como es el utilizar las compras como una manera de mejorar la imagen personal, la autoestima y las relaciones con otros. Sin embargo, el tener este tipo de comportamientos, significa para el consumidor, generar un deseo incontrolable por consumir cada vez más, cayendo en actos que le pueden perjudicar como podría ser el endeudamiento.

Si bien es cierto que el acceso a plataformas en internet, para la compra de productos, tiene entre sus parámetros que el potencial usuario sea mayor de edad para efectos de pago, esto no es un impedimento para que niños, niñas y adolescentes puedan tomar un papel protagónico en las decisiones de compra de sus familias. De hecho es conocido cómo viene en aumento la inversión en estrategias de *marketing* a través de la segmentación de públicos objetivo; uno de gran atractivo son los niños, niñas y adolescentes, por el influjo cada vez más fuerte que tienen en las decisiones de compra de los hogares. En este sentido:

La influencia de los niños en las decisiones de compra ha sido una cuestión de gran interés para las empresas y marcas y analizado en profundidad por los investigadores. Los jóvenes tienen un nivel de control sin precedentes sobre el gasto familiar. Esta influencia tiene implicaciones significativas para los marcadores y los padres, ya que ambos se esfuerzan en navegar los complejos desafíos de persuadir a los niños para elegir productos específicos sobre aquellos de sus competidores. Los estudios demuestran que entre el 40-60%, los niños pueden influir en las decisiones de compra familiares. Los productos alimenticios tienen una influencia hasta el 70% sobre los niños, y se estima que el 80% de sus peticiones en las tiendas terminan en compra. (Por redacción, 2024, párr. 1)

Es en este marco que la influencia de los niños en un contexto doméstico y en lo que podríamos definir como el cuidado para el consumo, que encontramos la paradoja de lo que Schibotto (2019) ha llamado el “protagonismo enajenado” (pág. 245). En efecto, para el capital no resulta problemático el lugar de consumidor en niños, niñas y adolescentes. Pero es preciso indicar que, en este modelo, ellos no fungen sólo como consumidores; también lo hacen como productores, en tanto que, por un lado, son los estudios y métricas alrededor de sus gustos e intereses los que generan un tipo de mercado para satisfacer dichas demandas; por otro lado, la participación que van teniendo en las decisiones de compra de los hogares, va cobrando cada vez mayor visibilidad y relevancia: son consultados y su opinión es tomada en consideración.

A tenor de esta realidad es indicativo subrayar dos implicaciones en el doble juego de productores y consumidores de las infancias. En primer lugar, no se puede dejar de señalar cómo en una mirada hipócrita, por decir lo menos, el sistema no cuestiona la calidad como “productora” de la infancia, que se expresa en la generación de necesidades a través del *marketing*. Sin embargo, sí lo hace y lo ha hecho históricamente cuando esos mismos niños y niñas participan de manera explícita en labores asociadas al comercio informal, a actividades del campo o en sus comunidades, donde su presencia los visibiliza de manera diáfana y que se ha dado en denominar ‘explotación’. No obstante, a lo largo de este libro se han venido presentando las razones para creer en que las nuevas formas y sentidos de la explotación en el mundo contemporáneo ponen serios cuestionamientos a la matriz de valores, a los órdenes sociales y la muy reducida comprensión del fenómeno de la explotación de las infancias hasta ahora vinculada en línea directa con formas de trabajo tradicionalmente entendido.

En segundo lugar, la calidad de productores y consumidores de los niños, niñas y adolescentes, pone de relieve una suerte de ‘permiso’ que el mercado les otorga para participar. Aquí se abre un debate histórico y que hoy cobra aún más vigencia alrededor de cuánto y cómo este sistema económico vacía de contenido, envilece y despolitiza una genuina participación de las infancias en los temas, las políticas y los asuntos que en verdad son sustanciales para su buen vivir presente. Hoy se trata de orientar el interés, atención y conversación social no solo de los niños, sino de todos los grupos de edad en general, en

asuntos que desvirtúan el propósito de participar en la vida social, para prospectarlo en consumos distorsionados y, en el caso de los niños, enfocarlos a tomar parte en decisiones de compra en el seno de las familias. !La moneda de cambio para la participación es el consumo!

Pese a ello, la participación de los niños y las niñas en asuntos de calado importante para su pleno desarrollo está contemplada como uno de los principios de la Convención Internacional De los Derechos de Niños y Niñas (CDN). Sin embargo, cuando la participación tiene lugar genuinamente desde los movimientos sociales y las comunidades, es señalada como manipulada y por ello es restringida, solapada, negada. No en pocas ocasiones los niños son cuestionados sobre su real autonomía para ejercer su derecho a ‘tomar parte en’, esto es, el ejercicio político como copartícipes en la toma de decisiones de los temas que les afectan.

*** * ***

Un actuar multilateral para repensar el cuidado al lado de las infancias en respuesta a la voracidad del mercado

Este relacionamiento de los niños y niñas con un mercado voraz genera, en el presente, una franca sofisticación de lo que puede significar el cuidado. La expresión del cuidado también se trasluce en la responsabilidad compartida desde distintos actores sociales como la familia, el estado y los organismos multilaterales, en resguardar con mayor atención y protección la integridad de niños, niñas y adolescentes. Así se expresa, por ejemplo, en las leyes de Colombia: “Los niños, las niñas y los adolescentes en Colombia son sujetos de especial protección y así lo establece la Constitución Política de Colombia y el Código de Infancia y Adolescencia. La sociedad tiene la obligación de protegerlos para garantizar su desarrollo armónico e integral y el ejercicio pleno de sus derechos.” (ICBF, 2023, párr. 1)

Sin embargo, las premisas del cuidado a través de la garantía de derechos y priorización de las infancias en las sociedades como sujetos de mayor interés, debiera considerar un socorrido y muy detallado análisis de las formas avasallantes que tiene el mercado y, que suplantando y desplazan supuestos de genuino interés ético alrededor de su desarrollo (de las infancias), en el entendido de que dicha atención es el ‘deber ser’ que hace viables y posibles las sociedades.

No obstante, pareciera que el mercado ha logrado permear y allanar de tal manera los escenarios de la vida social, y en particular del cuidado, que el rol que debieran jugar distintos actores en la conversación pública alrededor de la promoción de los derechos de los niños y niñas (que incluye cuestionar los impactos del consumo desbordado en las infancias), parece solo una sombra de luchas más propias del mundo adulto. Esto es, hay una suerte de naturalización de que el cuestionamiento al absolutismo del mercado y su intrusión en todas las esferas de los grupos humanos es plausible, al margen de la colocación de las infancias como parte de ese gran sistema/debate alrededor del consumo. Dicho de otro modo: las discusiones problematizan en línea gruesa los roles e implicaciones en distinto orden de la sociedad desde la mirada adulta, pese a que dentro de esa lógica se derivan impactos en las infancias, pero su percepción y voz en general es perfectamente prescindible. Solo de manera tangencial aparecen preguntas en la relación mercado e infancias. A este respecto, es central indicar que cada vez se hace más evidente cómo dicho mercado actúa en presencia (ausencia) de actores y políticas que están, en teoría, convocadas a acompañar de manera preferente las salvaguardas y garantía de derechos de las generaciones de niños, niñas y adolescentes presentes y las por venir.

Pero ¿Qué sería abrir una discusión ética sobre el reconocimiento, promoción y garantía de derechos de los niños, niñas y adolescentes en el interés y marco del cuidado, cuando asistimos al desborde de la explotación? Presumimos que se trata de dos elementos: el primero, un llamado a cuestionar los paradigmas que conceptuaron sobre qué es ser niño, niña y adolescente, y que entre otras, giran en torno a una cierta idea de incompletud, falta de madurez, que impide una genuina toma de conciencia y participación, enfoques que siguen vigentes pese a los avances y aportaciones desde las nuevas sociologías

de las infancias; el segundo, la creación de agendas críticas y colaborativas de la sociedad entera en sus distintos roles y funciones para ampliar el debate público contundentemente crítico sobre la acción del mercado en todas las esferas de la vida, con impactos más severos en los niños, niñas y adolescentes.

Respecto del conjunto de paradigmas que perviven hoy, sigue vigente la concepción del niño o niña como un individuo que todavía no termina de ser, puesto que solo cuando complete el ciclo biológico, social y cultural de desarrollo hasta la edad adulta, podrá tener voz auténtica; en el entretanto transita por procesos formativos caracterizados por el decrecimiento de su inmadurez, procesos que lo llevarán en el futuro a contar con herramientas para ejercer una auténtica ciudadanía. Pues, como nos recuerda Cussiánovich (2003) :

[...] el niño como potencia, como ‘grandeza potencial’ o como ‘futuro’: es importante tomar conciencia de las consecuencias prácticas que de aquella visión se han dado en el campo político, social, pedagógico. [...] se asienta la participación diferida o postergada y se abre el amplio espacio de la gran moratoria infantil como sostienen algunos, en la vida política, social, económica de la sociedad adulta. (p.95)

A su turno y en un abierto sin sentido, señalábamos que conviven esta perspectiva de moratoria con la de relevancia presente que representan los niños y niñas como productores y consumidores en el sistema, sobre todo en el ámbito del cuidado. Para el sistema conviene que características de una y otra forma de concebir a las infancias cohabiten, de tal suerte que sean consideradas como parte activa del mercado, pero no así para cuestionar ese mismo orden. Esta doble calidad adjudicada a las infancias, está conexas con la relación público/privado. Público como productor y consumidor. Privado como sujeto a las directrices, preceptos e instancias de lo esperable de su rol en el futuro. De tal manera que:

Este enfoque se ha visto reforzado por la creación, en gran medida ideológica, de ámbitos por sí mismos propios de la "naturaleza infantil"; pero no sólo de ámbitos culturales sino de toda una producción comercial destinada a hacer de los niños consumidores cautivos. El mercado crea la ficción de gravitar en lo público y de que los niños

como consumidores reales o imaginarios no están confinados al recinto social, político, económico de lo privado. Por un lado este enfoque crea el espejismo de la participación pública y por otro lado tiende a reducir la participación a un ejercicio de laboratorio, algo así como cuando los niños juegan a la comidita, a la tienda o al médico, a la enfermera y al enfermo. (Cussianovich, 2003, pág.88)

Si conviven estas formas de concebir a las infancias, y que solapan intereses del sistema económico, se hace imperativo que desde el genuino y por demás mandatario principio de cuidado y prevalencia de los niños, niñas y adolescentes, las instituciones obren en función de construir las condiciones y escenarios para repensar las conductas que hoy anulan y hacen invisibles a las infancias en un tema de afanosa deliberación, como es el actual imperante orden de la explotación, dado que implica repensar el lugar presente de los niños, niñas y adolescentes como verdaderos sujetos y actores, trascendiendo el adjetivo de consumidores y desarrollando el pensamiento y la acción crítica para enfrentar una noción enferma, apocada y abiertamente distorsionada en torno al cuidado, que se expresa en el uso y consumo carente de sentido de la industria y sus productos, por demás, minando el tiempo, los espacios y las relaciones de los niños, niñas y adolescentes, y las sociedades en general.

Es urgente colocar en el debate agendas colaborativas y críticas sobre los impactos del mercado en desvirtuar la noción de cuidado con relación a las infancias.

El diálogo público que cuestione las formas y órdenes del consumo y donde la opinión y la palabra de niños y niñas esté presente, es imperativo; nos dispone a ampliar las reflexiones sobre nuestra segunda consideración: la creación de agendas críticas y colaborativas de la sociedad entera para el debate a este respecto y en diálogo con las aportaciones alrededor del cuidado.

La creación de estas agendas precisa que se desnaturalice esta manera de obrar del sistema. En apariencia, los efectos perniciosos del sistema son de universal conocimiento y se revelan diáfananamente. Sin embargo, los estudios, acciones y denuncias que desde distintos actores e instancias de la sociedad civil se levantan sobre esta realidad parecen insuficientes, en parte precisamente debido a que los análisis sobre la explotación económica siguen bordeando las

orillas del concepto de trabajo, desde coordenadas y comprensiones por fuera del tiempo y demandas de la época.

A lo largo de este libro se han hecho largas reflexiones sobre la recolocación de la noción de trabajo, producción de riqueza y explotación, por lo que no hace sentido reiterar. En todo caso, si es necesario enfatizar en cómo las fuerzas de la producción-consumo y las expresiones de una explotación sin límite se orquestan en todos los ámbitos de la vida y cuánto puede ser importante observarlas desde el ángulo del cuidado, para trazar nuevos horizontes de comprensión y acción donde tengan cabida también las infancias. Es deber la creación de agendas críticas y colaborativas de la sociedad entera en sus distintos roles y funciones para ampliar el debate público sobre la acción del mercado en todas las esferas de la vida, con impactos más severos en los niños, niñas y adolescentes.

En esencia, el actual sistema de explotación se refiere a la forma en que los recursos naturales y humanos se ponen al servicio de la generación de riqueza y satisfacción de necesidades, las más de las veces impostadas y bajo métricas de eficiencia y crecimiento económico. Particularmente hoy es necesario centrar los estudios y análisis en áreas tales como la distribución de la riqueza, la sostenibilidad ambiental, las desigualdades sociales y los impactos de las políticas económicas. ¿Qué sería observar estas temáticas a la luz del cuidado y sus impactos en las infancias? Recolocar estos que son elementos consabidos del actual sistema económico para hacerles preguntas desde el imperativo del cuidado presente de las infancias, supondría pensar, por ejemplo, la distribución desigual de la riqueza no referida de manera exclusiva al acceso de bienes y servicios, sino sobre todo a las dinámicas y formas de uso y relación que con ellos se establece y que hoy están por fuera de todo parámetro ético y de genuino cuidado presente de niños, niñas y adolescentes.

Pensar críticamente el problema de la explotación de los recursos ambientales, debiera aumentar el diálogo franco, activo y movilizador del *ethos* como especie. Ahí urge la voz y acompañamiento masivo a las infancias desde distintos escenarios de la vida social, la familia incluida, procurando su movilización reflexiva y sostenida que les incluya en los debates sobre cuáles son los caminos plausibles para dar continuidad a la vida humana en coexistencia y

comunidad con todo lo vivo, en fin, para reactivar el cuidado de la madre tierra; lo que incluye a su turno, convocar a las infancias a sentir y pensar en torno a las desigualdades sociales, que millones de ellas mismas experimentan.

Desde el ángulo del cuidado, todo ello supone el fomento de una conciencia crítica fundamentada en el afecto y el reconocimiento de su valía en cuanto niños, niñas y adolescentes, que no está sostenida por una métrica monetaria. Supone, sobre todo, favorecer las causas y condiciones para que se ponga en diálogo sus propias experiencias personales como parte de la conversación social en distintos ámbitos, alentando prácticas, dinámicas y conductas que les hagan saberse y sentirse parte de una aspiración de cuidado, que les sobrepasa y que se realiza en comunidad. Que no se reduce, ni se consolida solamente en ellos y ellas como fin último del cuidado, sino que debiera desplegar dicha calidad de cuidado en sus relaciones, sus consumos, sus decisiones, sus valores.

*** * ***

(Re)crear una gramática del cuidado en medio del desborde de la explotación

Problematizar la noción de cuidado en medio de lo que hemos denominado el ‘desborde de la explotación’, nos señala los mecanismos de operación del mercado en todos los escenarios de la vida social, en un abierto comportamiento de acumulación y reproducción sin límite. Hemos advertido cómo se distorsiona el genuino *cogitare* que supone el reconocimiento, el encuentro, la pausa, la contemplación, el contacto, incluso supone el disenso como parte del diálogo que permite construir terceras vías. Sobre todo, hemos también articulado estas prácticas con los impactos que tienen en las niñas, niños y adolescentes; en todo este contexto nos dimos cuenta cómo palidecen genuinas prácticas del cuidar. (Piñeda, 2019)

Parte de estas primeras aproximaciones incluyen hallazgos en torno a la distorsión que ha experimentado el cuidado a través de la historia, derivando en una práctica feminizada y no como parte del *ethos* en sociedades democrá-

ticas; a la subsunción de la matriz de afectividad a la dinámica transaccional mercantil, donde niños y niñas se adscriben tanto como productores, como consumidores; al desvanecimiento del hogar, que pierde su significado trascendental como campo de intimidad personal y deviene en una extensión del mercado a través de la acumulación de objetos; a la pérdida de unidad y comunión con el otro y con los otros, mientras avanza un sistema fundado en la automarginalización, que se naturaliza y se confunde con democratización de la información; a la deformación de la noción de participación que se centra en aumentar la conducta de consumos, a expensas de una verdadera construcción de ciudadanía de los sujetos, incluidas las infancias. (Melo, 2007)

Revisitar la noción de explotación amplía las reflexiones en torno a la producción de vida que genera el cuidado en medio de una economía de consumo y acumulación. Esto significa, entre otras, problematizar (como hasta ahora hemos intentado), el allanamiento del sistema, a veces explícito, a veces soterrado, sobre todo lo vivo y proponer nuevas categorías epistemológicas y de praxis frente a este estado de cosas. A esta necesidad y horizonte de colocación frente al fenómeno explotador, lo hemos dado en llamar ‘gramática del cuidado’, una morfología axiológica como fundamento de la humanidad. A continuación, enunciamos algunos de los todavía embrionarios elementos que parecen centrales a este propósito, y que se proponen en diálogo abierto para activar y profundizar la construcción de conocimiento sobre las nuevas formas de explotación y las posibilidades para ser y hacer contrapeso.

- Revalorizar el cuidado como *pathos*

El aporte de los movimientos de mujeres para visibilizar las contribuciones del cuidado como sostén de las sociedades, ha sido históricamente desestimado en su valor social, político, económico y cultural. Los sistemas de poderes y dominios desde jerarquías funcionales como el patriarcado, el adultocentrismo, el colonialismo han sido el eje desde el que se han creado sistemas de explotación obsecuentes. La necesidad de construir el cuidado como *pathos* (Abdruschin y Claudete, 2019) es continuar la línea de cuestionamiento a esa matriz del poder que ordena los atributos y valores plausibles de la sociedad,

y que ponen en el último renglón de importancia a los afectos y a todo un campo semántico de lo trascendente, las relaciones y la interdependencia de la vida toda.

De acuerdo con la Real Academia de la Lengua, *pathos* es el “afecto vehemente del ánimo” (R.A.E., s.f., párr.1). A su turno, el ánimo tiene su raíz etimológica en el latín *animus*; en la antigua Roma, el término era usado para hacer referencia al alma, al espíritu o a la mente de una persona, en contraposición al cuerpo físico. El *pathos* del *cogitare* concierne entonces a la vida misma: es la valía del afecto como ‘generador de’. Ambos vocablos, el *pathos* y el *cogitare*, nos trasladan entonces al fundamento creador para meditar, reflexionar, afectar y/o pensar en torno a algo.

Dicha creación y afecto con el otro, deja en evidencia que hay un campo relacional. Crear/afectar sugiere entonces que el cuidado es consustancial a la (inter)subjetividad, razón por la cual “[...]el cuidado es la expresión de nuestra subjetividad humana, una subjetividad que se constituye a partir de la fragilidad de la existencia y de una relacionalidad que se sostiene en nuestra responsabilidad para con el otro, entendida como el responder ante la presencia del otro ser humano que es, también y originariamente, una existencia frágil”. (Rivera Maturano, 2023)

Atender a la relacionalidad implica entender la interdependencia no solo entre la especie, sino también entre esta con todo lo vivo.

- Recuperar una concepción plural del cuidado

Hay una abierta necesidad de recuperar y nutrir en un diálogo más plural, verdaderas nociones y prácticas de cuidado, recogiendo distintas comprensiones y cosmovisiones en torno al *cogitare*. Lo que está detrás de este diálogo es en definitiva repotenciar semánticamente, ampliando parámetros de interpretación, la noción de cuidado, que se ha vaciado de fuerza ilocutiva. Hacerlo es imperativo para que las prácticas presentes de cuidado, donde están inmersos niños, niñas y adolescentes por acción o por efecto, cobren sentido filosófico y práctico. Y decimos sentido filosófico y práctico porque la temida fatalidad

es que, tal y como estamos hoy como sociedades, nos enfrentamos al desuso y posterior aniquilamiento del cuidado como voz, esto es, como práctica.

En los primeros apartados de este capítulo insistimos en cómo la noción de cuidar supone la actitud de estar atento, solícito, en guardia, para procurar bienestar. Es una acción que supone interacción y se fundamenta en la preservación del bien común. Refundar el cuidado como concepto y práctica humana. tras la distorsión creada por la sobre-explotación mercantil, atraviesa el sentido de vivir, pensar y crear a gusto mientras existimos, y no una resonancia de los apetitos del mercado. Implica la colocación de los sujetos en dignidad y sentido de comunidad.

La colocación desde la comunidad se fundamenta en la importancia de tejer un diálogo amplio entre diversas cosmovisiones sobre el cuidar, bajo la premisa de que una conversación pluralista puede recoger de manera más genuina el conocimiento de distintos grupos humanos en torno al cuidar. Esta es una necesidad socorrida si retornamos a una de las reflexiones desarrollada atrás respecto de la disgregación y fragmentación que supone este modelo de consumo, irrumpiendo en la construcción de memorias generacionales, que generen también una pérdida de identidad y de sentido de pertenencia comunitario.

En los procesos de la explotación, los niños, niñas y adolescentes devienen postergados, des-cuidados; a su turno, la persona adulta es autoexplotada y carente incluso de las herramientas y el tiempo para disfrutar aquello que obtiene tras su trabajo. Si son estas las coordenadas que modulan y orientan hoy el cuidado, los futuros adultos (actuales generaciones de infancias), carecerán de todo tipo de referentes epistémico, ético y práctico de lo que supone el cuidar, esto es, la ausencia y/o distorsión del cuidado presente y futuro.

En la construcción de identidad y recuperación del cuidado, un escenario propicio es precisamente el hogar como refugio para el encuentro. Es imperativo restablecer su tónica como lugar de diálogo y construcción de memoria, recuperando el conocimiento sobre prácticas generacionales alrededor del juego, de las tradiciones gastronómicas, incluso de prácticas de salud a través de remedios naturales, que sobre todo se fundamentan en el conocimiento de las abuelas en las propiedades de las plantas; todo ello, solo a manera de ejemplo.

Al mismo tiempo, y entendiendo que hoy también el hogar es el lugar de los objetos, es necesario ritualizarlos, no en el sentido de reificarlos; al contrario, en el sentido de darles un contenido y uso plausibles de perdurar en el tiempo. Pues: “Saber que la vida fluye por los actos humanos y se solidifica en cada objeto invaluable que acogemos en coexistencia, es el principio de un vivir pleno, digno y trascendente. Esa solidificación de la vida deviene en memoria que las venideras generaciones recordarán y harán suya”. (Montero Rodríguez, 2020, párr. 17)

Recuperar esta ritualización en el cuidado es fundamental, pues es justamente la desaparición de los rituales lo que caracteriza la sociedad mercantil de hoy, como nos recuerda Byung-Chul Han (2020):

Los ritos son acciones simbólicas. Transmiten y representan aquellos valores y órdenes que mantienen cohesionada una comunidad. Generan una comunidad sin comunicación, mientras que lo que predomina hoy es una comunicación sin comunidad. De los rituales es constitutiva la percepción simbólica. El símbolo, palabra que viene del griego *symbolon*, significaba originalmente un signo de reconocimiento o una contraseña entre gente hospitalaria (*tessera hospitalis*). Uno de los huéspedes rompe una tablilla de arcilla, se queda con una mitad y entrega la otra mitad al otro en señal de hospitalidad. (pág. 4)

- Cultivar la escucha

Una gramática del cuidado incorpora una permanente escucha. La escucha sustancial de las relaciones requiere el despliegue de una plena atención. Parte de lo que se ha refundido en la interminable estridencia de este modelo, es precisamente la pausa y la no-acción. La escucha es una expresión de resistencia frente al recambio vertiginoso de este tiempo, que impide que el sujeto logre procesar las experiencias que le acontecen en el discurrir cotidiano de la vida. La voracidad del capital requiere que el sujeto literalmente se llene: de ruidos, de alimentos, de imágenes, de ideas, de conceptos, de necesidades, en esta que Türrcke llamó la “sociedad excitada”. En esta saturación no hay espacios va-

cíos y la escucha, por el contrario, necesita esa falta de contenido físico o mental para que emerja. Esta necesidad por cultivar la escucha es también parte del diálogo plural que mencionamos atrás. La experiencia que tiene el pueblo indígena Maya Tojolabal, en el estado de Chiapas (México), es aleccionante respecto de la escucha, “No nos equivocamos, al escuchar no estamos produciendo nada. Somos receptores y no actores. Y allí parece yacer el problema. Aprendimos a ser actores, personas que actúan” (Lenkersdor, 2008, pág. 18), El cuidado de hoy debe estar atravesado por esa capacidad de atender con verdadero interés no solo a la otra persona en tanto que sujeto; requiere reconocer que todo comunica, que todo habla y que se precisa una real interacción con todo, cuando nos circunda. En el actual estado de cosas, la condición de abarratamiento y hartazgo, no solo aplica a la especie humana; toda expresión de vida ha sido impelida por esta misma forma de relación: todo ha sido ocupado de manera avasallante y así todo ha sido llevado al límite.

He aquí otro aspecto del escuchar que se agrega gracias a los tojolabales. No sólo escuchan al nivel social, sino que escuchan a las plantas, los animales y toda la naturaleza. En el contexto occidental se escucha poco a nivel social y natural. Si se escuchara, no nos encontraríamos en la crisis climática que vivimos. La naturaleza nos habla: los glaciares polares y otros se derriten; la temperatura está en aumento; los huracanes se multiplican y crecen en fuerza destructiva; los suelos, el agua y el aire están contaminados; se promueve el turismo lucrativo y divertido, pero las zonas rurales se están despoblando. Todo esto no se ‘escucha’, porque lo que interesa son los negocios, la competitividad, la macroeconomía. Se vive así por no escuchar nada, sobre todo al nivel de la naturaleza. El no-escuchar lo encontramos en la política, la economía, la cultura y la sociedad. (Lenkersdor, 2008, p.19)

La escucha como gramática del cuidado es una exigencia impostergable de este tiempo caracterizado por la atomización y el aislamiento social, al que hemos sido lanzados y del que incluso el sistema, en abierto cinismo, está creando negocio:

A nivel global, una nueva economía de la soledad está tomando forma rápidamente, [...] La promesa de facilitar el contacto humano

se ha convertido en una mina de oro con un valor difícil de cuantificar dada su amplitud y transversalidad. [...] No pretendemos curar la soledad, pero sí ofrecemos algo que ayuda a las personas a sentirse un poco más vistas, un poco más conectadas y, a veces, eso puede cambiarlo todo. El *chatbot* puede ser una versión de uno mismo, alguien que conozca al usuario o una personalidad inventada. Se puede elegir su apariencia, su ropa, el espacio donde interactúa e incluso su voz. (López Letón, 2025, párr. 5)

Asistimos a la evidencia de que sin reparos de los daños, la avidez del mercado es tal, que saca nueva ventaja sobre lo que ya ha explotado. Esta es la máxima expresión de la sobre-explotación.

El sistema ha creado la enfermedad y pretende que la cura a la soledad sea ahondar en interacciones falseadas a través de un *self* hecho con inteligencia artificial, que profundiza el soliloquio y condena al sujeto al destierro. Al contrario, deberíamos hablar en voz alta sobre asuntos que nos hagan estar presentes y partícipes en la vida social. La escucha como parte de la conversación permite refundar el espíritu comunicativo de la especie humana. En este sentido, nosotros también “[...] pensamos que la existencia humana tiene lugar en el espacio relacional del conversar [...] conversar viene del latín “con” y “versare”, que quiere decir “dar vueltas alrededor de algo”, es decir, ir juntos, rondar en compañía”. (Scotto Domínguez, 2021, párr. 10)

En lo relativo a la escucha vale profundizar en el sinnúmero de experiencias que se han construido desde el sur global, particularmente desde la educación popular que, a través de principios como el diálogo de saberes, literalmente favorecen la conversación como eje conceptual y metodológico para construir sentido y conocimiento.

- Diálogos con los movimientos abanderados por niños y niñas y en clave intergeneracional

Pese a que son ya casi cuatro décadas desde que en Occidente se reconoció a las infancias como sujetos, a través de la Convención Internacional de

Derechos de los Niños y las Niñas, hoy sus voces siguen siendo relegadas y/o suplantadas por un mundo adulto que se ha endilgado el lugar de estimar y determinar qué es lo adecuado para garantizar su pleno desarrollo, y ello sin tomar en cuenta las propias reflexiones y en últimas su voz en primera persona. No obstante, ya casi 50 años atrás, en la efervescencia del levantamiento social de los 70's, emergía en Perú, sin precedentes, un movimiento abanderado por niños, niñas y adolescentes trabajadores que tenía sus propias reflexiones sobre su colocación en la sociedad como parte de los sectores populares, como hijos del campesinado, de los obreros y sobre todo como parte de la fuerza económica, es decir, como justamente como trabajadores. Con el tiempo este movimiento empieza a tejer diálogos pertinentes con otras experiencias populares en América Latina, que también ponderaban la voz de los niños y niñas como sujetos y en diálogo con los adultos. Han pasado casi 4 décadas desde que emergió el Movimiento Latinoamericano de Niños, Niñas y Adolescentes Trabajadores (MOLACNNATs).

En capítulos precedentes hemos planteado el potencial del MOLACNNATs como ese actor colocado frente a sus circunstancias con conciencia crítica y un accionar consecuente. La visión de sus dirigentes permitió desde sus inicios tener agudeza en la mirada, para valorar críticamente la categoría de trabajo, que de suyo porta una connotación positiva y que trasluce dignidad, solidaridad y sentido identitario; todo ello frente a la categoría de 'explotación'. como la expresión de la degradación de los sujetos en general y, siendo un movimiento de niños, niñas y adolescentes, particularizando en las expresiones que dicha explotación cobraba en la vida de las infancias en América Latina. Desde ese momento ya planteaban que la explotación no era monolítica, que la explotación era plural y por eso siempre han luchado "contra toda forma de explotación".

Las nuevas formas de explotación en relación con el cuidado, son parte de los diálogos en voz alta que se han tejido desde los niños, niñas y adolescentes trabajadores, y ahora es necesario abrir la conversación pública en torno a los matices de la noción del cuidado, que en parte se han planteado aquí, pero que exigen ampliar las comprensiones sobre el cuidado y la economía del don. Es la trayectoria histórica del Movimiento Latinoamericano la que le da la valía

como interlocutor imprescindible para seguir problematizando en torno a la relación explotación-cuidado.

Es además indicativo señalar que, so pena de caer en el mismo fallo que el Movimiento reclamó desde siempre, el diálogo debe ser amplio, plural y particularmente intergeneracional, mucho más en tiempos donde crecen proporcionalmente la expectativa de vida como efecto de avances en la ciencia y, al mismo tiempo, la decisión de ser padres decae entre las generaciones jóvenes. Somos cada vez menos personas en el planeta, por ello mismo, se torna imperativo dialogar y construir los escenarios viables como sociedad.

El diálogo intergeneracional sobre la relación cuidado y explotación es un imperativo para preservar los vínculos superpuestos por encima del envilecimiento al que los condena la explotación, esto es, la mercantilización de los lazos. Por sobre todo, es necesario que las infancias trabajadoras organizadas, puedan en tanto que sujeto protagónico y desde su propia experiencia y subjetividad, colocarse en la conversación pública con reflexiones situadas respecto de las nuevas expresiones del capitalismo contemporáneo, con la dignidad y valor conferidos en sus orígenes desde el sur global, al tiempo que con la demanda de creatividad y construcción de posibilidades.

*** * ***

*** ** ***

**Guerra y ecocidio: la explotación
económica radical de las infancias
en el tríptico fatal de producción,
destrucción y necropolítica**

Cuando decimos sistema de guerra nos referimos a un sistema como el actual, que asume la guerra, aunque sea planificada y no combatida, como fundamento y culmen del orden político y económico, es decir, de las relaciones entre los pueblos y entre los hombres. Un sistema donde la guerra no es un acontecimiento sino una institución, no es una crisis sino una función, no es una ruptura sino una piedra angular del sistema, una guerra siempre desaprobada y exorcizada, pero nunca abandonada como una posibilidad real.

~ Claudio Napoleoni ~

La lucha que concierne la relación entre seres humanos y la naturaleza en el sistema-mundo moderno es necesariamente una lucha de clase [...]

~ Jason Moore ~

Introducción

En los capítulos anteriores de este libro hemos construido primero una suerte de marco general del problema, tanto con referencia al actual debate sobre las transformaciones acontecidas en el mundo del trabajo, así como con relación a la emergencia de nuevas formas de explotación y de nuevas modalidades en los procesos de valorización del capital. A partir de ello, intentamos reflexionar en términos generales sobre el impacto radical de estos cambios en la vida y en el posicionamiento social y económico de las infancias contemporáneas. Hemos analizado luego, y más detalladamente, algunos campos específicos, en los cuales se hizo más evidente y contundente este desborde de la explotación económica de las infancias. Estos ámbitos específicos han sido el territorio de los ecosistemas tecnomediados, el hiperconsumismo, la mercantilización de la economía del cuidado, la instrumentalización económica de los cuerpos y la corporalidad de los niños y finalmente la colonización por parte de la lógica del capitalismo también de la escuela y, en general, de los procesos formativos.

Muchos otros enclaves fundamentales, de esta diseminación biopolítica de inéditas formas de explotación económica de las niñeces, ameritarían otros tantos capítulos específicos. Pero, demasiado extensa y heterogénea es esta subsunción real y formal de toda la vida al capital, de manera que el capitalismo mismo se vuelve como una suerte de complejísima axiomática organizativa de la experiencia humana y de la constitución social, pues, como dice Chicchi (2016):

“ la nueva lógica de la explotación ya no se produce, de hecho, a partir de la relación entre sujeto y trabajo, su epicentro se traslada de la fuerza-trabajo a la fuerza-valor, principio de valorización des-territorializado y diseminado dentro de la entera gama de las expresiones de flujo de la subjetividad social.” (pág. 7)

Esto ha multiplicado en lo extremo los ámbitos del *imperium* de la ley del plusvalor, al punto que sería imposible un análisis exhaustivo y completo de todos ellos. Es en este sentido que, una vez más, queremos aclarar que los

textos aquí reunidos solo quieren ser una inconclusa premisa de un debate, que esperamos pueda aperturarse para seguir por mucho tiempo, en un fluir continuo y múltiple de ulteriores reflexiones, aportes, posturas críticas, en un movimiento de interrogación permanente, y no resuelta, de los procesos de construcción de conocimiento, con relación a este tan problemático, movedizo y radical síndrome de época.

Sin embargo, aún con la conciencia de la constitutiva incompletud de estas reflexiones sobre el desborde de la explotación económica de las infancias en el capitalismo contemporáneo, nos ha parecido que no se podía concluir este libro sin hacer unas referencias, aunque breves y no suficientemente profundizadas, a dos ámbitos fundamentales, que se imponen hoy en este renovado panorama de las nuevas formas de explotación económicas de niños, niñas y adolescentes.

Se trata, en primer lugar, de la guerra, como fundamental y constitutiva fuerza de activación, propulsión y aceleración de los mecanismos de aceleración de los procesos de valorización del capital. En segundo lugar, intentaremos, aunque muy someramente, recordar el gravísimo problema del ecocidio, es decir la destrucción de los recursos naturales, interpretado desde un ángulo de mirada que no se limite a una genérica condena de la irresponsabilidad e insensibilidad humana hacia la Madre Tierra, sino que se traduzca en una más radical y precisa acusación contra el capitalismo contemporáneo, en cuanto responsable de esta catástrofe que se está produciendo con relación al planeta en el cual vivimos.

*** ** ***

La guerra como constitutiva y como auge del capitalismo en su ciclo de producción y destrucción

Es posible que el antiguo y nunca resuelto debate entre un origen psico-biológico o un origen declaradamente histórico de la violencia humana, siga vigente y conflictivo por mucho tiempo más. Sin embargo, nosotros pensamos que una figura como Maturana (2008) haya ya suficientemente demostrado, desde su condición de científico y de biólogo, que la condición natural del hombre no es la violencia y la agresividad, sino la cooperación, el cuidado

mutuo, y, finalmente, una actitud de ternura, de protección, de cercanía, en particular a través de actos lingüísticos y conversacionales amorosos. Es sobre esta base que el científico y filósofo chileno funda su biología del amor, que rompe con las absolutorias ideologías hobbesianas del “*homo homini lupus*” (Hobbes, 2010) . Partiendo de la biología, el filósofo vincula el lenguaje con las emociones, la cultura y el amor: todo el quehacer humano se da dentro del lenguaje, por lo que, si no hay lenguaje, no hay quehacer humano. Simultáneamente, puesto que todo lo que hacemos nace de la emoción, todo nuestro quehacer como seres humanos ocurre dentro del cruce entre esta y el lenguaje, que surge desde la aceptación del otro. O sea, desde el amor.

Asumiendo este ángulo de mirada logramos entender que la violencia y su expresión más radical de la guerra, se configuran como un resultado de las fuerzas y de los ordenamientos que orientan y direccionan la historia, bajo el imperio de intereses económicos y de poder, que transmudan, sincrónicamente y diacrónicamente, en el complejo forjarse y devenir de las distintas constituyentes culturales, étnicas, geopolíticas, religiosas, territoriales, etc. Pensar que en la historia de la humanidad siempre ha habido violencia y guerras no fundamenta una interpretación por la cual el *bellum omnium contra omnes* es algo connatural e inescindible del ser humano. Todo ello es un mito justificatorio y deresponsabilizador, que sirve para absolver los verdaderos culpables de tantas catástrofes y horrores, que han ensangrentado a chorros la historia humana. Pues no el *anthropos*, el hombre genérico, el hombre *anonymus*, sin precisas determinaciones de poder, de intereses, de *estatus* y posicionamiento sociales, es el responsable de la violencia y la guerra. Más bien son hombres con nombres y apellidos, y se llaman los poderosos, los dominadores, los privilegiados, los colonialistas, los aristócratas, los reyes, los príncipes, los feudatarios, los esclavistas, los imperialistas, los opresores, los teócratas, los rentistas, los latifundistas, las grandes corporaciones bancarias, y hoy los capitalistas de múltiples caras, pero uniformados en la voluntad de imponer a todos, y sobre todo, la ley de la ganancia, de la apropiación de la riqueza ajena, en una palabra la ley de la explotación.

El asunto no es que incidentalmente, casualmente, provisionalmente, excepcionalmente haya guerras en el capitalismo contemporáneo, sino que el

capitalismo es guerra, así como es constitutivamente un permanente “estado de excepción” (Agamben, 2007), que se expresa preferentemente en el horror de la guerra. Pues, como nos recuerda Lazzarato (2023):

La guerra y la guerra civil son conjuntamente fuerzas económicas, sociales y políticas. De ellas depende el modo de producción, el sistema político, la forma social que, para bien o para mal, adoptará una sociedad [...]. En el siglo XX, estos dos procesos se entrelazarán en una única guerra civil mundial indiferenciada, cuya vanguardia son los ‘pueblos oprimidos’ del Sur global. La globalización, de hecho la acumulación mundial de capital, debe leerse de dos maneras diferentes y complementarias: como construcción del mercado mundial y como guerra civil mundial, aunque el segundo aspecto sea silenciado, eliminado, negado incluso por las teorías críticas. (párr. 11 y 12)

En estos días la atención de la opinión pública mundial está fuertemente concentrada en lo que está aconteciendo en Gaza, donde la barbarie ha llegado a su extremo: cada día los bombdeos, los drones, la sofisticada tecnología militar del estado de Israel es empleada, sin ninguna rémora moral, y sin ningún residuo de *pietas*, contra una población ya inerme, hambrienta, sin agua, dentro los escombros de una ruina sin remedio. Cada día aumentan exponencialmente los muertos, los mutilados, los heridos, los traumatizados, en una feroz multiplicación de los ríos de sufrimiento y desesperación que inundan estos territorios. Y si ello pasa en la franja de Gaza, no mejor suerte les toca a los palestinos de Cisjordania, asesinados y expulsados *manu militari* de sus atávicas tierras, hoy violentamente ocupadas por los colonos ortodoxos israelíes. Entre las incontables víctimas de este, que no dudamos en llamar genocidio, se encuentran miles y miles de niños, niñas y adolescentes, corderos sacrificales de la insensatez de una crueldad y de una *realpolitik*, que menosprecia y diariamente escupe sobre cualquier convenio internacional sobre los derechos de las infancias.

Frente a todo ello la reacción, cuando la hay, es una loable, respetable, éticamente comprensible indignación moral, emocional, que apela a los grandes principios civiles de la convivencia humana, a los buenos sentimientos, a la invocación a la paz y a la conversión de los corazones. Pero, lo que en la ma-

yoría de los casos no se dice y no se condena es la estrecha e intrínseca relación que, también en este caso, conecte sustantivamente guerra y capitalismo. En otras y más sencillas palabras, no se dice que al final de cuentas la guerra es un jugoso negocio para el capitalismo y constituye un potentísimo acelerador de los procesos de valorización del capital.

Es en este marco que queremos recordar el reciente informe que la Relatora Especial de las Naciones Unidas sobre los Territorios Palestinos Ocupados, Francesca Albanese (2025), presentó ante el Consejo de Derechos Humanos de la Naciones Unidas. El título del documento es de por sí muy claro y dramáticamente perentorio: “De una economía de la ocupación a la economía del genocidio”.

En este informe se evidencia como una verdadera economía de genocidio se ha institucionalizado en Israel, permitiendo a empresas nacionales y extranjeras obtener enormes beneficios. Esta es también la razón por la que la destrucción sistemática de Gaza y la ocupación ilegal de Cisjordania continúan sin cesar. Dice Albanese; “Este genocidio no se ha prevenido ni se ha detenido porque es rentable. Hay gente que está lucrando a costa del genocidio.” (pág.4)

El informe contiene un análisis detallado de las empresas involucradas en estos procesos y de cómo se benefician de las prácticas genocidas de Israel, ya sea directamente, mediante la venta de armas, o indirectamente mediante el suministro de otros productos o servicios.

El primer capítulo se centra, comprensiblemente, en los fabricantes de armas y sistemas bélicos que proporcionan a Tel Aviv los medios para destruir Gaza y expropiar territorio palestino. El complejo militar israelí es uno de los pilares de la economía nacional. Israel es el octavo mayor exportador de armas del mundo, y dos empresas clave participan en ello: la privada Elbit Systems y la estatal Israel Aerospace Industries. Entre los grupos internacionales, destaca la estadounidense Lockheed Martin, que suministra a Israel los aviones F-35, F-15 y F-16, utilizados para bombardear Gaza con 85.000 toneladas de bombas, la mayoría de las cuales no son guiadas. Un socio clave en el programa F-35 es la empresa italiana Leonardo.

Los drones son construidos por Elbit e Israel Aerospace Industries; algunos proyectos son fruto de una colaboración con el MIT en Boston. La japonesa Fanuc suministra a Israel maquinaria y tecnología para la construcción de las aeronaves. Considerando que el presupuesto de defensa de Israel creció un 65 % entre 2023 y 2024, superando los 46.000 millones de dólares, es fácil comprender los beneficios económicos que han obtenido todas estas empresas.

Gaza es también un gigantesco laboratorio para probar sobre el terreno sistemas avanzados de prisiones y vigilancia. Estos incluyen sistemas de vigilancia biométrica, vigilancia con drones, el uso de inteligencia artificial y análisis de datos para apoyar a las fuerzas militares y el establecimiento de redes avanzadas de puestos de control. Para desarrollar estas tecnologías, Tel Aviv colabora con numerosas empresas extranjeras, empezando por las estadounidenses IBM y Hewlett Packard. Microsoft, que opera en Israel desde hace casi 40 años, proporciona sistemas y tecnologías de vigilancia en asentamientos ocupados ilegalmente. En 2021, Amazon y Alphabet (Google) firmaron un contrato de 1200 millones de dólares con Tel Aviv, para proporcionar sistemas de almacenamiento en la nube y procesamiento de datos. En 2023, Microsoft ‘asistió’ al ejército israelí, que se estaba quedando sin espacio de almacenamiento de datos, poniendo a disposición sus instalaciones. La empresa estadounidense Palantir, que celebró su reunión de junta directiva en Tel Aviv en enero de 2024, en señal de solidaridad, desarrolla sistemas de inteligencia artificial para Israel, que se utilizan para dirigir las operaciones de guerra en Gaza.

Más allá de las operaciones de guerra y vigilancia, se necesita maquinaria y equipo para demoler viviendas, destruir infraestructuras y devastar tierras en los territorios palestinos, donde posteriormente se establecen asentamientos israelíes ilegalmente. Empresas como la estadounidense Caterpillar, la surcoreana Hyundai y la sueca Volvo proporcionan todo lo necesario, incluyendo excavadoras blindadas.

Estas empresas han seguido suministrando sus productos a Israel a pesar de la amplia evidencia de violaciones de derechos humanos y crímenes cometidos mediante su uso. En lo que respecta a la reconstrucción de los territorios expropiados, el informe cita a la empresa alemana Heidelberg, proveedora de materiales de construcción, y a la española Construcciones Auxiliares de

Ferrocarriles. El grupo estadounidense Keller Williams Realty lidera el desarrollo del mercado inmobiliario y la venta de viviendas en los asentamientos.

Incluso empresas turísticas como Booking.com y Airbnb no han desaprovechado la oportunidad de ofrecer opciones de hotel y alojamiento en los asentamientos ilegales. Booking.com ha aumentado sus alojamientos en Cisjordania de 26 en 2018 a 70 en mayo de 2023. Airbnb ofrece 350 alojamientos en los asentamientos, cobrando una comisión del 23%. Cadenas internacionales de supermercados han abierto rápidamente tiendas en las mismas zonas.

Todas estas operaciones, por supuesto, necesitan financiación. Y para apoyar los asentamientos, existe una extensa red de proveedores de servicios financieros, legales, publicitarios y de otro tipo. El francés BNP Paribas y el británico Barclays se encuentran entre los grupos bancarios más activos en la financiación de Israel y sus políticas, mediante la venta de bonos del gobierno israelí en los mercados a tipos de interés bastante ventajosos para el emisor. La alemana Allianz y la estadounidense Blackrock se encuentran entre los mayores suscriptores de estos bonos. Allianz, junto con la francesa AXA, también es un importante tenedor de acciones y bonos de empresas implicadas en el genocidio y la ocupación ilegal de Gaza.

Lo mismo puede decirse de numerosos fondos de pensiones y fondos soberanos, como el Fondo de Pensiones del Gobierno Noruego. Otro factor que favorece la inclusión de bonos israelíes en las carteras es que las violaciones de derechos humanos en los territorios ocupados no se consideran un factor de exclusión de las categorías Esg, que supuestamente indican inversiones socialmente responsables. Esto resulta un tanto sorprendente, dada la radical regresión de estas clasificaciones.

Finalmente, el suministro de energía. Chevron, con sede en EE. UU., BP, con sede en el Reino Unido, y Glencore, con sede en Suiza, se encuentran entre los grupos más involucrados en el suministro de materias primas energéticas a Israel y en el desarrollo de yacimientos locales. Chevron cubre el 70% de las necesidades energéticas de Israel y es accionista del Gasoducto Mediterráneo del Este y Sur, que también atraviesa aguas palestinas. BP ha obtenido licencias de exploración para yacimientos submarinos en aguas confiscadas ilegalmente por Israel a Palestina.

El informe concluye con varias recomendaciones. Estas incluyen un embargo total a la venta de armas a Israel, sanciones y congelación de activos para empresas e individuos que realicen actividades perjudiciales para Palestina, y garantizar la rendición de cuentas legal de las empresas cómplices en operaciones que violan los derechos y las leyes internacionales.

El resultado de este gran negocio, más allá de las complejidades políticas, étnicas, religiosas, territoriales es el de una geométrica y dramáticamente transparente dominación de la lógica de la ganancia en contra de la lógica de la vida, en particular de la vida de los niños, niñas y adolescentes. Israel, conjuntamente con Sudán del Sur, Somalia y Estados Unidos ha firmado, pero no ratificado la Convención sobre los Derechos del Niño, y ello es clara muestra de la insensibilidad de este Estado hacia las infancias. Sin embargo, casi todos los aliados y conniventes del genocidio de los palestinos han ratificado esta Convención, pero al momento de asumir responsabilidades éticas mínimas hacia los niños, todos igualmente se vuelven culpables de una desventurada ceguera moral, a raíz sobre todo de los jugosos negocios que se manejan en el vientre inmundo de la guerra.

Han sido veintiún meses de niños destrozados por bombas de Israel, de bebés agonizando ante las cámaras de los pocos periodistas palestinos que sobreviven, de destrucción de barrios enteros y bombardeos a hospitales y escuelas, de hambruna, de desesperación. De acuerdo con el Ministerio de Sanidad de Gaza, 58.026 palestinos han sido asesinados, de los cuales el 30% son niños. En promedio, desde la respuesta de Israel al ataque de Hamás en octubre de 2023, que dejó 1.200 muertos y 251 secuestrados, “han sido asesinados a diario los niños gazatíes que llenarían un aula”, dice el director en funciones de UNRWA en Gaza, Sam Rose. (El País, 2025)

Se repite una vez más el “horror económico” del que nos habló Vivianne Forrester (1996) y permanentemente se activa este macabro ciclo de producción, destrucción y necropolítica, sobre el cual nos invitan a reflexionar muchos autores, entre ellos Lazzarato (2022), Brancaccio, Giacometti y Lucarelli (2022), Shaikh (2016), Melman (1972), Durán (2003), etc. De hecho el capital encuentra en la guerra un próspero mercado y, como en todo mercado, los productos deben ser consumidos, para poder producir nuevamente, y nueva-

mente destruir lo producido. Es la misma lógica del consumismo radical, con la diferencia de que en las guerras las mercancías que se destruyen, que se consuman, que se devoran son los seres humanos, sus cuerpos, sus territorios, sus almas, sus horizontes de posibilidad, sus futuros potenciales. Todo ello sin ningún tipo de protección especial hacia las infancias, que, por el contrario, son banco privilegiado del exterminio, pues la lógica de la valorización del capital a través de la guerra es un huracán, que todo lo envuelve en los estragos de una ruina sin distinciones de edad.

Hemos insistido sobre el caso de los niños palestinos, pues es de extrema y candente actualidad; pero, bien sabemos que en el mundo hay decenas y decenas de guerras, que la geografía de la guerra se puede sobreponer en muchos casos a la geografía de la voracidad capitalista. Siria, Sudán, República del Congo, Líbano, Ucrania, India, Pakistán y muchos otros países están en una situación de guerra, y también habría que recordar la guerra civil universal y permanente, como nos recuerda el ya mencionado Lazzarato (2023):

Cuando hablamos de guerra, siempre debemos referirnos en primer lugar a la guerra civil y, mejor aún, a la guerra civil mundial. Lo que trastorna las sociedades europeas desde la Revolución Francesa no es la guerra entre Estados, sino la guerra civil. Es un nuevo tipo de guerra civil que nace de la acumulación primitiva y que se intensificará aún más con el imperialismo y los monopolios. Una guerra civil continua, ahora subterránea, ahora abierta, pero que no conoce solución de continuidad, de ahí la necesidad de centralizaciones (económicas, políticas, militares) del mando sobre el trabajo y la sociedad. (párr. 9)

El estado normal del capitalismo, y en particular del capitalismo contemporáneo, es necesariamente turbulento, conflictivo y la guerra es su más consustancial expresión. Como dicen Parra Bautista y Horrego (2003)

La guerra como instrumento del capitalismo ha tomado un lugar importante en la historia de los dos últimos siglos. La violencia surge por la acumulación de capital y por el necesario control de los mercados y materias primas. Este es el escenario al que nos enfrentamos: la guerra y el capitalismo. Es la guerra por la solución de las crisis

económicas o por la consolidación del poder político, militar y económico. La guerra es inherente al capitalismo. (pág. 180)

Hoy en particular asistimos a la aceleración de dos procesos que no dejan presagiar ningún horizonte no solo de desaparición, sino tampoco de disminución de los conflictos y de las guerras impulsadas por el capitalismo contemporáneo. El primer proceso se refiere a una absoluta y dramáticamente inequitativa distribución de los ingresos y de la riqueza a nivel mundial y a nivel local. Hoy estamos frente a un capitalismo ávido y codicioso, que ha perdido el sentido del límite de lo que es el acaparamiento criminal de la riqueza producida por las sociedades de todo el mundo. Este fenómeno, ampliamente demostrado por los anuales reportes de Oxfam (2025), condena la gran mayoría de los hombres y de las poblaciones a condiciones de vida misérrimas o, de todas maneras, a la privación de condiciones básicas y esenciales de vida, cuando no de simple sobrevivencia. Al mismo tiempo, la restringida cúpula de los ricos, de lo multimillonarios, de lo multibillonarios no solo depreda siempre más recursos y riqueza, sino que ostenta su vergonzosa opulencia de forma indigna y priva de cualquier decoro ético. Se está estableciendo en el mundo una tecnoplutocracia privada, que compite, en cuanto a poder económico y político, con los mismos Estados y con las mismas organizaciones internacionales. Es evidente que, en este contexto, los conflictos sociales y los conflictos de clase serán siempre más numerosos y radicales y se multiplicarán las confrontaciones armadas.

Por otro lado, estamos frente a un proceso de extrema concentración de los capitales, sobre el cual han alertado muchos analistas. Esta concentración de los capitales, que se traduce en un restringido número de oligopolios extremadamente potentes (sobre todo por lo que se refiere a las *big tech* y a los servicios) está llevando y seguirá llevando a confrontaciones bélicas entre los mismos capitales, entre sí antagónicos para el control de territorios, mercados, recursos naturales y poderes políticos, como nos recuerda un editorial del Diario Junio (2024):

Al día de hoy, en 2024, cinco grandes empresas tecnológicas controlan más del 25% del mercado bursátil de EE.UU., mientras que la desigualdad salarial sigue creciendo[.] Actualmente, la concentración

de poder económico ha alcanzado niveles históricos. Solo 100 corporaciones controlan más del 70% del comercio global, mientras que el 1% más rico del mundo acumula el 63% de toda la riqueza generada desde 2020. Los fondos de inversión como BlackRock y Vanguard administran más de 15 billones de dólares. Además, este fenómeno se extiende al ámbito militar global, cuyo gasto pasó de 1,8 billones de dólares en 2014 a 2,4 billones de dólares en 2024. Por supuesto, este gasto está impulsado por los conflictos bélicos en todo el planeta. Empresas como Lockheed Martin y Raytheon han visto crecer sus acciones de manera exponencial.

El resultado de esta extrema concentración de capitales es una conflictividad y una competitividad extremadamente agresiva de las corporaciones y de sus aliados políticos. Y todo ello significará nuevas guerras y nuevos exterminios, camuflados con retóricas varias, nacionalistas, religiosas, falsamente identitarias. Como dice Brancaccio (2023):

En el discurso popular, la guerra suele explicarse por la búsqueda de objetivos nobles, como la defensa de la libertad o la seguridad nacional, o por meros determinantes étnicos o religiosos, o por la creencia de que el destino colectivo de la paz o la guerra está en manos de actores individuales en escena, considerados sabios o insensatos según el punto de vista. En resumen, las interpretaciones idealistas y subjetivistas de la guerra parecen dominar la comunicación política de masas. Sin embargo, se habla muy poco de los factores materiales, objetivos e impersonales que pueden contribuir al desencadenamiento de las guerras modernas. (pág. 339)

Y añade más adelante que:

[...] Es necesario destacar los aspectos no pacificadores, pero potencialmente conflictivos, de la centralización internacional del capital, manifestada en forma de inversión extranjera directa. Esta problemática línea de investigación identifica esencialmente la adquisición extranjera de capital como un posible detonante de conflictos entre grupos de propietarios en diferentes naciones. En ciertas circunstancias,

la transferencia de la propiedad del capital de los grupos dominantes de un país a los de otro también puede ser un presagio de tensiones político-militares. (pág. 342)

Esta simbiosis ineludible, y hoy siempre más cruda y áspera, entre procesos de valorización del capital y guerra tiene dramáticas consecuencias sobre las vidas y las muertes de nuestras infancias. La insuperable y consustancial conexión entre capitalismo y guerra deriva en una resemantización de la guerra misma, como ámbito de aquel desborde de la explotación económica de las infancias, del que hemos hablado a lo largo de todo este libro.

No se trata, obviamente, de renunciar a un ángulo de mirada movido y conmovido fundamentalmente por una necesaria *pietas* hacia los sufrimientos de tantos millones de niños involucrados en conflictos armados, de tantos millones de niños mutilados, heridos, asesinados, traumatizados en sus cuerpos, en sus territorios interiores, así como en los territorios donde viven, habitan, cultivan sueños y esperanzas. Pero, es necesario también pensamos, articular esta pieza con una rigurosa crítica de la economía política de la guerra capitalista, porque este es el camino a lo largo del cual podemos encontrar e indicar el culpable fundamental de todos estos estragos y de toda esta enorme mole de sufrimiento, que recae sobre los niños, niñas y adolescentes. Hablamos de un culpable que tiene nombre y apellido y que se llama capitalismo contemporáneo, que activa y alimenta secuelas incesantes de confrontaciones armadas, conflictos violentos y guerras, por una única razón de fondo: mantener y acelerar las tasas de ganancias y los procesos de valorización del capital y de extracción de la plusvalía, cueste lo que cueste, no importa si se trata de adultos o de niños o de bebés.

Es en este sentido que queremos decir claramente y rotundamente que cada niño de la guerra, cada niño mutilado, cada niño huérfano, cada niño asesinado, cada niño traumatizado, cada niño herido, cada niño al que le han robado, destruido, destrozado su familia, su casa, su hábitat, es un niño explotado económicamente por el sistema que domina la civilización contemporánea; y en cuanto niño explotado, inmerso en este desborde de la explotación económica, no arredramos frente a la posibilidad de llamarlo, justamente en cuanto niño de la guerra, niño trabajador, pues su sufrimiento, su cuerpo, su dolor, su

horror, sus pérdidas son su dramático trabajo, son otras tantas formas a través de las cuales este niño es depredado, defraudado de sus propias riquezas, diariamente producidas y reproducidas.

*** ** ***

El ecocidio como forma de explotación económica de las infancias.

¿Antropoceno o capitaloceno?

En 1972, en el marco de la Conferencia sobre el Medio Ambiente de Naciones Unidas, celebrada en Estocolmo, el primer ministro sueco Olof Palme se convirtió en el primer jefe de Estado en utilizar la palabra 'ecocidio', para referirse a la destrucción indiscriminada del medio natural en Vietnam. Hoy, medio siglo después, el término ha evolucionado gracias al impulso de la sociedad civil y, sobre todo, a la acción de un grupo internacional de 12 juristas que lo han dotado de contenido jurídico, para que la Corte Penal Internacional (CPI) lo reconozca como el quinto crimen contra la paz en el Estatuto de Roma. El Estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional, que entró en vigor en 2002, reconoce cuatro crímenes internacionales: genocidio, crímenes de guerra, crímenes de lesa humanidad y agresión. Pero no el crimen ambiental. El borrador, en su redacción original, incluía los delitos medioambientales como quinto crimen. Contó con el voto favorable de 50 países. Se suprimió por la oposición de países como Francia, Holanda y EE. UU.

De todas maneras, este grupo de juristas define el ecocidio como "cualquier acto ilícito o arbitrario perpetrado a sabiendas de que existen grandes posibilidades de que cause daños graves, extensos o duraderos al medio ambiente" (Universidad Europea, 2025, párr. 4). Philippe Sands (s.f.), uno de los juristas del panel, explicó durante la presentación de la propuesta que "cada palabra había sido debatida con cuidado para que no fuera ni demasiado vaga ni demasiado específica, con el fin de lograr la aceptación del mayor número posible de países de cara a su inclusión en la Corte Penal Internacional" (párr. 4). Ya esta aclaración nos alerta sobre el peligro que la búsqueda de un amplio

consenso haya desradicalizado la fuerza de la propuesta, sobre todo, como veremos, por lo que se refiere a la indicación de los responsables del actual ecocidio global y generalizado de todo el medio ambiente del planeta.

Pues no podemos decir que no se haya dado un largo y extenso debate sobre la temática de la destrucción de los recursos naturales, la contaminación, el cambio climático, etc. Por el contrario, el tema está a la orden del día, y en ello caben todos, moros y cristianos: grupos de activistas ecologistas, científicos y expertos, técnicos, responsables políticos, empresas *green*, docentes, intelectuales, profesionales, instituciones, en fin una multitud abigarrada, preocupada por una posible catástrofe ecológica.

No queremos entrar en este muy complejo y casi inextricable debate, pues nos interesa poner la atención sobre unos cuantos aspectos fundamentales, en particular con énfasis en las infancias contemporáneas.

El primer punto que nos interesa subrayar es que en este drama, en esta amenaza incumbente sobre el planeta y sobre el destino de la humanidad, las infancias están radical y cruelmente involucradas, pues la depredación, la apropiación y la explotación indiscriminada del medio ambiente golpean en particular, y sobre todo, las nuevas generaciones, ya sea porque se encuentran en condiciones de mayor vulnerabilidad, ya sea porque se trata de los seres humanos a los cuales se les está privando de una viable y digna perspectiva de futuro. Creemos que esta sea una evidencia tan clara y contundente, casi diríamos axiomática, que solamente la fundamentamos con una referencia a un informe de la OMS (Organización Mundial de la Salud) de 2020:

Las emisiones de gases de efecto invernadero que provocan el cambio climático amenazan la vida de todos los niños y adolescentes. Su propia existencia hoy y en el futuro corre riesgo debido al aumento del nivel del mar, los fenómenos meteorológicos extremos, la inseguridad alimentaria e hídrica, el estrés térmico, las enfermedades infecciosas emergentes, y la migración de poblaciones a gran escala. Estos problemas ya afectan a millones de niños actualmente. Se estima que la contaminación del aire en espacios cerrados y del aire ambiente (de exteriores) causa unos 7 millones de muertes (2016). La contamina-

ción del aire está asociada a una salud respiratoria deficiente en la infancia; deteriora los pulmones y el cerebro e incrementa el riesgo de enfermedades cardiovasculares, obesidad, diabetes de tipo 2 y síndrome metabólico a lo largo de toda la vida. Los riesgos para la salud relacionados con el clima se superponen para el 40% de los niños que viven en asentamientos informales, en los que las viviendas precarias, el hacinamiento, las ubicaciones potencialmente peligrosas, las condiciones de vida insalubres, la pobreza y el acceso deficiente a los servicios básicos pueden perjudicar su salud y bienestar. (párr. 3,5,6).

Resulta acá muy claro que los niños, niñas y adolescentes de todo el mundo son los más afectados por estos infinitos desastres naturales, por esta relación destructiva que se ha venido creando entre lo antrópico y la naturaleza. De ahí que se han multiplicado exponencialmente las alertas, las campañas, las proclamas en favor de una mayor protección de las infancias contemporáneas, con relación a los peligros representados por este ecocidio, que caracteriza nuestra civilización contemporánea. Además no han sido solo proclamas, apelaciones, invitaciones, movilizaciones, sino que han venido tomando forma verdaderos y múltiples institutos jurídicos, justamente pensados para la protección de las infancias frente a los estragos de los daños medioambientales.

Por lo que se refiere a la Convención de los Derechos del Niño encontramos los artículos 24 y 29 que así se expresan:

Art. 24: Los Estados Partes asegurarán la plena aplicación [del derecho a la salud] y, en particular, adoptarán las medidas apropiadas para: [...] combatir las enfermedades y la malnutrición en el marco de la atención primaria de la salud mediante, entre otras cosas, [...] el suministro de alimentos nutritivos adecuados y agua potable salubre, teniendo en cuenta los peligros y riesgos de contaminación del medio ambiente.

Art. 29 de la CDN: Los Estados Partes convienen en que la educación del niño deberá estar encaminada a: [...] Inculcar al niño el respeto del medio ambiente natural.

Por otro lado, el Comité de los Derechos del Niño de las Naciones Unidas ha publicado su “Observación General núm. 26, relativa a los derechos del niño y el medio ambiente, con particular atención al cambio climático” (2023)

En ella, se afirma que:

Los daños medioambientales son una amenaza importante para los derechos de la infancia en todo el mundo. Los niños y las niñas exigen que se tomen medidas inmediatas y que se protejan sus derechos. Un medio ambiente limpio, sano y sostenible es un derecho humano en sí mismo y es necesario para que los niños y las niñas disfruten de sus derechos. Esta Observación General explica por qué es necesario tomar medidas urgentes en materia de medio ambiente y clima y qué deben hacer los gobiernos para proteger todos los derechos de la niñez. También deja claro que los gobiernos deben proteger los derechos de los niños y las niñas de hoy, así como los de las generaciones futuras. (pág. 2)

Si del campo de los institutos jurídicos pasamos a los pronunciamientos, podemos recordar la Declaración de Río de 1992 (Naciones Unidas 1992), la cual así se expresa:

Debería movilizarse la creatividad, los ideales y el valor de los jóvenes del mundo para forjar una alianza mundial orientada a lograr el desarrollo sostenible y asegurar un mejor futuro para todos (Principio 21).

Por otro lado, en el Programa 21 (1993) de las Naciones Unidas afirma que:

Los niños no sólo heredarán la responsabilidad de cuidar la Tierra, sino que, en muchos países en desarrollo, constituyen casi la mitad de la población. Además, los niños de los países en desarrollo y de los países industrializados son igualmente vulnerables en grado sumo a los efectos de la degradación del medio ambiente. También son partidarios muy conscientes de la idea de cuidar el medio ambiente. Es menester que se tengan plenamente en cuenta los intereses concretos de la infancia en el proceso de participación relacionado con el medio ambiente y el desarrollo, a fin de salvaguardar la continuidad en el futuro de cualesquiera medidas que se tomen para mejorar el medio ambiente (cap. B, 25.12).

En este marco podemos decir que se sigue manifestando una notable atención, una difusa sensibilidad, una preocupada alerta sobre los dramáticos ries-

gos ambientales a los que están expuestas las infancias contemporáneas. El punto crítico en este caso no es el silencio, sino el direccionamiento político de las palabras. Pues, hemos visto cómo, en todos estos documentos, no se hace ninguna referencia a los reales y concretos, históricamente concretos, responsables de tantas depredaciones y de tantas violencias contra la naturaleza y el medio ambiente. Se difunde, como una neblina que aturde las antenas del pensamiento crítico, una debilitada y debilitante retórica principista de la apelación ética, de la convocatoria falsamente humanista, de una generalizada responsabilidad colectiva de todos, en la cual se difuminan los perfiles criminales específicos de personas, de poderes, de sistemas hegemónicos, de procesos de aprovechamiento del desastre ecológico. Vale por todos el título de un documento de las Naciones Unidas (2020), que textualmente dice: “El mundo no está ofreciendo a los niños una vida saludable y un clima adecuado para su futuro”.

¿Qué significa responsabilizar a una entidad abstracta? ¿Quién es, qué es el ‘mundo’? Al mundo pertenecen tanto los niños indígenas a los que les roban el agua y los árboles, así como las corporaciones privadas capitalistas que alimentan y ganan con el negocio de la depredación de los recursos naturales; al mundo pertenecen los defraudados migrantes africanos, así como las empresas que explotan e impulsan el *land grabbing*; en el mundo habitan tanto las infancias pobres de los suburbios contaminados hasta la médula, así como los ricos que se deleitan pasando vacaciones en islas de paraísos privados, preservados e incontaminados para el reposo de la nueva tecnoaristocracia neofeudal. Es por ello que imputar al “mundo” la culpa de no ofrecer a los niños una vida saludable y un clima adecuado significa construir una engañosa episteme de la responsabilidad compartida, por la cual, puesto que todos son culpables, al final nadie lo es. Y por los huecos muy anchos de esta hipócrita malla epistémica, se fugan, frente a una anestesiada opinión pública, los verdaderos responsables, es decir, todos aquellos, personas, instituciones, corporaciones, mafias, monopolios, empresas, apetitos voraces, brutalidades en camisa y corbata, ejecutivos, *managers*, *tycoons*, latifundistas, piratas financieros, bancos, etc., que, así como explotan la fuerza de trabajo, nos colonizan con una cultura hiperconsumista, miran a los hombres y a las infancias como mercancías, igualmente consideran una mercancía la naturaleza, que, como todas las mer-

cancías, se instrumentaliza, se vende, se compra, se conquista, se subsume bajo la lógica imperativa de la ganancia y de la extracción de plusvalía.

Por ello es absolutamente necesario salir de esta retórica de las buenas intenciones y volver, también por lo que se refiere al ecocidio que nos acecha, a una severa y rigurosa crítica de la economía política, que nos permita redescubrir lo que demasiadas veces se ha olvidado, es decir, el hecho de que también el problema ecológico no cae del cielo, no es un castigo divino, no es el fruto podrido de una insensibilidad colectiva, sino que es el resultado de un sistema que todo lo subordina al dinero, al lucro, y si mira a una hoja, un árbol, un pájaro, un río, una selva, una sierra, un océano, la única pregunta que se pone es ¿cuánto puedo ganar de ello?

Es así como también con relación al ecocidio, tenemos que volver a hablar del desborde de la explotación económica de las infancias. Los recursos naturales son una riqueza que pertenece a todos, y, en particular, les pertenece a los niños, niñas y adolescentes, en cuanto son la generación que por más tiempo, por más futuro necesitará de ellos y necesitará de una relación sana, sustentable, amigable y amorosa con ellos. Recordamos, en este sentido, que Hans Jonas (1995) introdujo el concepto de "responsabilidad intergeneracional", argumentando que las generaciones presentes tienen la obligación moral de proteger las condiciones de vida para las generaciones futuras. Su obra principal, "El principio de responsabilidad. Ensayo de una ética para la civilización tecnológica", establece imperativos éticos para las acciones presentes, que deben considerar el impacto en el futuro de la humanidad y del planeta. Estos recursos naturales son una riqueza para los niños, y, si hay acciones y procesos de destrucción, apropiación y expoliación privatista de esta riqueza, se configura un fenómeno de explotación económica de las infancias, mucho más extendido, violento, aprovechador de lo que puede darse en el trabajo infantil, al cual mentirosamente se le quiere imputar la exclusiva responsabilidad de los procesos de intrumentalización mercantil de las infancias. Por ello que el ecocidio es otra manifestación de aquel desborde de la explotación que ha sido el foco sobre el cual hemos insistido a lo largo de todo este libro.

Hay que rescatar que la asunción de este ángulo de mirada de la crítica de la economía política, se ha instalado, sin con ello volver a viejos y rígidos

esquemas economicistas, con cierta fuerza en el debate contemporáneo. Pero, como siempre, se están silenciando a las infancias como sujetos involucrados en esta nueva postura epistémica, que insiste en la responsabilidad concreta y específica de la lógica acumulativa y explotadora del capitalismo contemporáneo en la configuración de un escenario histórico, que siempre se acerca más al abismo de una catástrofe ecológica.

En este punto recordaremos a tres autores, que nos parecen entre los más interesantes para fundamentar la necesidad de un nuevo direccionamiento epistémico en el debate sobre el ecocidio.

Michele Nobile (2020), por ejemplo, nos invita a revolucionar nuestros parámetros de interpretación y comprensión de la problemática ecológica, en favor de una nueva postura epistémico-crítica. Para este autor es necesario aplicar la idea de la globalización capitalista a las relaciones entre lo social y lo natural, y desarrollarla hasta sus últimas consecuencias. Si se lleva a cabo hasta el fondo esta operación mental, se podrá comprender que no se trata de relaciones entre entidades externas. Dice textualmente Nobile:

No tenemos la separación de la sociedad capitalista y la naturaleza - por lo que tendrían origen los problemas ecológicos - pero una dialéctica entre ese organismo especial que es la sociedad humana, en su actual y contradictoria configuración histórica, y el conjunto de los ambientes del planeta. [...] la relación no debe ser concebida de manera dicotómica, como capitalismo y naturaleza, sino cómo dialéctica de capitalismo-en la naturaleza / naturaleza-en el capitalismo, como una doble internalidad en la que el énfasis cae sobre la unidad de los términos y su mutua transformación, juntos a la transformación en el tiempo y en el espacio de la misma relación, que es ecológicamente contradictoria y motivo de conflictos sociales. Por lo tanto, si las relaciones sociales siempre deben ser estructuralmente entendidas como relaciones socio-ecológicas de producción, el capitalismo también es parte del mundo natural y la naturaleza está incorporada en esta relación social con una profundidad y extensión sin precedentes en la historia de la humanidad. El motor del proceso es el impulso a la extracción tendencialmente sin límites de plusvalía, la definición en

forma abstracta, monetaria, de la riqueza, la mercantilización de todos los aspectos de la vida social y de las materias del planeta, la espiral de la reproducción ampliada del capital que conlleva la eliminación de las barreras sociales y naturales a la acumulación y, por lo tanto, la apropiación y transformación de la geografía y los sistemas ecológicos del planeta. (p. 37)

En otras palabras, hay que pensar la naturaleza como incorporada en la reproducción ampliada del capital y en sus circuitos internacionales. Por ello, es necesario superar la dicotomía entre social y natural, sustituyéndola por una dialéctica que transforma ambos polos de la relación y que puede dar cuenta de las transformaciones de esta relación en el tiempo y en el espacio, simultáneamente en todas sus dimensiones: microbiológica, ecológica, epidemiológica, económica, de políticas nacionales e internacionales. La postura de Nobile es muy clara: hay que articular cualquier tipo de análisis de la problemática ecológica con una crítica de la economía política del capitalismo contemporáneo, pues la naturaleza, en cuanto incorporada en la reproducción ampliada del capital debe ser entendida como ámbito de los procesos de explotación económica, de privatización, de reducción a la forma mercancía, procesos por los cuales las infancias contemporáneas son permanentemente amenazadas y violadas en sus derechos fundamentales, con relación al bienestar ambiental.

Por otro lado, también Kohei Saito (2022; 2023), recuperando algunos escritos tardíos de Karl Marx, en los cuales el filósofo alemán articula su crítica del capitalismo a un incipiente análisis de la problemática ecológica, insiste sobre la necesaria conexión que hay entre depredación de la naturaleza y procesos de valorización del capital. Saito subraya la necesidad de no perderse en posturas principistas y abstractas, para recuperar la esencial articulación entre la temática ecológica y las dinámicas acumulativas y explotadoras del capital. En el análisis de Saito la explotación de la naturaleza se transforma en una verdadera y propia depredación de un proyecto de futuro. Frente a ello es necesario movilizar las luchas de los sujetos sociales antagónicos y antisistémicos. Dice este autor:

Es probable que el capital continúe acumulando, incluso si la crisis se profundiza al punto de destruir todo el planeta y producir globalmente una masa de refugiados ambientales y un supuesto ‘proletariado ambiental’, cuya condición de existencia –y no simplemente sus condiciones de trabajo– será severamente degradada a causa de la acumulación capitalista.(2022, p. 34)

Y en otro texto agrega:

[...]el capitalismo de desastre continuará acumulando riqueza a través de la doctrina del *shock*, mientras que las pobres y futuras generaciones se volverán mucho más vulnerables al desastre ambiental, aunque son mucho menos responsables de la crisis [...] Esta es la razón por la que la justicia ambiental claramente incluye un componente de lucha de clase, y el proletariado ambiental necesita surgir como un sujeto revolucionario para proteger su salud, comunidad y ambiente contra el empeoramiento de la crisis económica y ecológica.(2023, p.125)

Finalmente hay que recordar un ensayo de Jason W. Moore (2016), donde se insta a la construcción de prácticas políticas capaces de superar ese conjunto discursivo, económico y político que forma lo que, dentro del ensayo, se define como ecología-mundo capitalista.

Moore propone una crítica radical del concepto de “antropoceno”, la supuesta nueva era geológica cuyo operador fundamental sería el hombre y sus actividades. El mismo término recuerda precisamente el impacto decisivo del *anthropos*, concebido como un todo indiferenciado (un universal abstraído de los contextos sociopolíticos), sobre la naturaleza, concebida al mismo tiempo como un entorno incontaminado e inocente (la naturaleza salvaje) y como un todo indiferenciado que se opone al *anthropos*. Para Jason Moore este concepto de ‘antropoceno’ logra detectar y evidenciar un cambio importante en la relación hombre/medio ambiente, pero, al mismo tiempo que lo identifica, mistifica la substancia histórica de este cambio, pues lo disuelve en “un conjunto idealista de fragmentos, que ignoran las relaciones históricas constitutivas que han llevado al planeta al borde de la extinción” (p. 29). Lo que, para el mismo autor, puede llamarse un “antropoceno de moda”, funciona a través

de una visión global de poblaciones, entornos e historias dominadas por el uso de los recursos y completamente abstraídas de la dimensión de clase y, genéricamente, de poder. En pocas palabras, se niega la desigualdad y la violencia del capitalismo, por lo que un *anthropos* abstracto sería responsable de la catástrofe que podría acabar con el mundo.

De allí la idea de proponer el concepto de ‘capitaloceno’, que se funda, según Jason Moore, desde el punto de vista teórico, sobre el dualismo cartesiano (la visión de una naturaleza-recurso), y, desde el punto de vista político-económico, se concreta en el modo de producción capitalista, que primero produjo y luego operacionalizó una forma de organización de la propia naturaleza, una ecología-mundo. En todo este discurso subyace un replanteamiento de la teoría marxiana del valor, según la cual el valor «opera a través de una dialéctica de explotación y apropiación, que ilumina la peculiar relación del capitalismo con la naturaleza» (p. 45); pues, esta ley del valor no es solo una regulación del trabajo, sino también “una manera de organizar la naturaleza» (p. 102), con el fin de poder explotar sin límites sus recursos.

Volvemos otra vez a lo mismo: el desborde de la explotación económica por parte del capitalismo contemporáneo, que no para ante ningún ámbito de la vida, humana o ambiental cualquiera que esta sea. Y puesto que en la naturaleza viven seres humanos y que es un bien común, la explotación sin frenos y la privatización mercantil de la misma naturaleza, se configuran también como explotación y mercantilización de los hombres que en ella habitan y que son por ella habitados, en una relación que debería ser de mutua sustentabilidad y de equilibrio relacional, y que el capital desvía en una relación asimétrica de dominio y de depredación del medio ambiente, en función de la potenciación y aceleración de los procesos de valorización del capital mismo.

Obviamente, ni Nobile, ni Saito, ni Moore se recuerdan, en algún momento, que en estos procesos de desborde de la explotación económica, que inundan destructivamente la naturaleza como un *tsunami* devastador, están involucrados también los niños, niñas y adolescentes. El *virus* del adultocentrismo está bien implantado también en los nichos del pensamiento crítico, progresista y antisistémico.

Por ello pensamos necesario ponerle remedio a este vacío, instando a estos autores, y a los muchos otros más que animan el debate contemporáneo sobre estas temáticas, a colocar entre sus intereses de estudio, de investigación y de análisis, también el posicionamiento, el rol y el involucramiento de las infancias. Las apelaciones, las alertas, las declaraciones sobre los riesgos que acechan las infancias por la destrucción de los contextos ambientales, quedarán impotentes y abstractas si solo se limitarán a referirse genéricamente a responsabilidades de principio. Es necesario cambiar el ángulo epistémico con el cual se mira a las infancias involucradas en el problema ecológico, y poner en primera plana el hecho de que estas infancias son, en primer lugar y al fin de cuentas, explotadas económicamente por un sistema que se llama capitalismo contemporáneo, el cual también a la naturaleza, que es imprescindible condición de vida de las niñeces, mira con una exclusiva intención de instrumentalización mercantil. De esta manera, también la relación entre infancia y ecocidio se manifiesta como una modalidad no residual del desborde de la explotación económica contemporánea sobre los niños, niñas y adolescentes, y, por ende, coloca a estos mismos en un contexto de lucha de clase. Un niño, una niña o un adolescente al que le roban el agua, el aire, el entorno natural, o al que le malgastan de manera inconsulta el territorio urbano, es un niño explotado económicamente, al que le están robando algo que le es propio, que le pertenece, es decir, aquella fundamental y vital riqueza que es la naturaleza.

El Abya-Yala, “la tierra que florece”, “la tierra en plena madurez” de los pueblos originarios de nuestro continente, no es en este contexto una idílica utopía neo edénica, sino un proyecto que deviene de una tradición milenaria, pero que al mismo tiempo se vuelve crítica de la economía política del ecocidio contemporáneo, y por ende, proyecto de un presente y de un futuro alternativos, que permita tejer una relación amorosa con nuestra Madre Tierra. Y en este proyecto están seguramente presentes las infancias contemporáneas, como sujeto histórico protagónico de las luchas ambientalistas.

*** **

**Nuevos interrogantes, inquietudes
abiertas, escenarios posibles:
unas inconclusas reflexiones...**

El capitalismo no puede de hecho prescindir, lo repetimos una vez más con convencimiento, de la explotación. Esta última, podríamos decir, es un axioma fundamental del mismo capitalismo y genera su horizonte de reproducción social. El problema, pero, es que las distintas lógicas que la estructuran no son fijas, sino en continua transformación (sobre todo en sus relaciones internas). La explotación, así como se presenta en el capitalismo, es en otras palabras una dinámica compleja y variable, que no se deja precisar y cristalizar al interior de una única mediación extractiva de valor.

~ Federico Chicchi z ~

Hemos llegado al final, todavía muy provisional, de nuestro itinerario por los nuevos escenarios que se han venido y que siguen abriéndose para las infancias en este cambio de época, que ha determinado verdaderos y reales cataclismos, caída de puntos cardinales, desmagnetización de las usuales brújulas de orientación. Por todo ello, ha sido un camino sumamente complejo, sumamente inquieto, diseminado de dudas, interrogantes problemáticos, terrenos resbaladizos; muchas veces las señales que indicaban posibles direcciones utilizaban códigos crípticos, jeroglíficos desconocidos, que aludían a semas novedosos y atractivos, pero también amenazantes y con poder de desubicación.

En este contexto ser un grupo-comunidad, un ‘nosotros’, nos ha permitido resistir a los inevitables momentos de desasosiego, de verdadera y propia angustia epistémica y de aquel sabor amargo que se difunde al descubrir realidades tan agresivas y hasta violentas, con relación a la vida de las infancias contemporáneas. Trabajar juntos y solidariamente nos ha permitido animarnos mutuamente, y volver a repetirnos que era necesario abandonar nuestras zonas de *comfort*, pues era impostergable la tarea de iniciar a diseñar una nueva cartografía, nuevos mapas, y calcular nuevas coordenadas, capaces de anclar los procesos de construcción de conocimiento sobre infancias a la real coyuntura histórica del mundo de hoy.

Aceptando la invitación de Gramsci (2013) sobre la necesidad de un “pesimismo de la inteligencia y un optimismo de la voluntad” (p. 45), hemos querido no evitar mirar todos los aspectos preocupantes y contundentemente violentos que constituyen hoy un verdadero y propio estado de sitio para las infancias. No se trató de una inclinación a la crítica angustiante y desmovilizadora, sino de la absoluta necesidad de develar, sin miedo y sin irresponsables silencios, todos los preocupantes y duros problemas que acechan las infancias por parte del capitalismo contemporáneo. Nos tocó, en este sentido, destriparnos vísceras epistémicas que casi se habían naturalizado en nosotros, y llegar a entender que pensar críticamente exige deconstruir significados instalados históricamente, lo que a su vez nos llevó a la necesidad no tanto de deshacerse de la teoría y del saber acumulado, sino de evitar pensar desde la formalización de la teoría, y optar por pensar desde lo fluyente de la historia, desde donde y solo desde donde hemos podido llegar, resignificando la

teoría, a sentar bases para un posible rescate contemporáneo del sujeto infancias, instalado en sus circunstancias históricas específicas. A su vez, todo ello supuso pensar no en objetos, según una lógica clasificatoria y explicativa, sino en situaciones (Jullien, 2017), en momentos, y también pensar al sujeto infancias en situación de relación con otros, es decir contextualizar al sujeto. En el pensar histórico se van articulando dos movimientos permanentes, el del sujeto y el de los procesos históricos. Este doble movimiento hace que en el pensar histórico el sujeto se coloque con coraje y firmeza frente a sus circunstancias históricas; todo ello supone saber resemantizar continuamente los significados, pues nada está determinado, completo, concluido, sino que todo está siempre reiniciándose, acabándose y reiniciándose nuevamente. Por esta misma razón el pensar histórico es una permanente alerta en no quedarse atrapado en un significado, sino estar siempre orientado a la construcción de problemas. Y hemos constatado que el problema de los problemas hoy, el síndrome de época de las infancias, tal vez se pueda nombrar justamente como el desborde de la explotación económica.

Pues, definitivamente, este no es un mundo para las infancias, y esto lo asumimos como clara, radical y certera proclama. Hemos visto cómo esta nuestra época de la posmodernidad, del capitalismo omnívoro, de la general mercantilización de cualquier aspecto de la vida, del hiperconsumismo, de la supuesta omnipotencia de las nuevas tecnologías, sigue siendo una época de barbarie en cuanto a justicia social y respeto de los derechos de las infancias. Vivimos, en primer lugar, un capitalismo expulsor, que devela la íntima y consustancial vocación de este modelo civilizatorio a la depredación, el saqueo, la segregación social, la brutalidad económica, el desprecio de la vida y de las personas humanas, en nombre de un siempre más exorbitante individualismo, de una infinitamente potenciada jerarquización social, de una radicalizada competitividad, que impone olvidar los imperativos categóricos de la solidaridad, de la reciprocidad, o, si queremos, pura y sencillamente, del amor entre los humanos.

En este contexto, los instrumentos usuales de defensa, reclamo y fundamentación de los derechos de las infancias, empiezan a manifestar no su inutilidad, pero sí su insuficiente capacidad de enfrentar al adversario, de promover

un cambio radical para el presente y el futuro de las niñas, niños y adolescentes . La posibilidad de una *governance* del mundo éticamente responsable se devela un ilusorio espejismo, en tiempos donde los grandes institutos jurídicos internacionales, como las Naciones Unidas o la Corte Penal Internacional de Justicia, son permanentemente cuestionados y debilitados, dejando ver el trasfondo del *business* como único, auténtico y verdadero poder transnacional. Es claro que en este contexto, tampoco los institutos jurídicos, sobre todo los internacionales, relacionados con los derechos de las infancias, van paulatinamente reduciendo su mandato únicamente a reclamos, a una apelación principista y eticista. Dicho de forma más simple y al mismo tiempo más cruel, cuando se trata de matar a decenas de miles de niños palestinos en Gaza, apelarse a la CDN (Convención de los Derechos del Niño) se resuelve en un acto ciertamente de dignidad, pero también de impotencia. No se trata de negar el aporte fundamental de la CDN , que acaba de celebrar sus 36 años de existencia, ni de poner en tela de juicio el enfoque de derecho o el discurso sobre subjetividad y protagonismo de los niños, niñas y adolescentes. Todo ello constituye un insoslayable e irrenunciable patrimonio histórico para todas las infancias del mundo y sus expresiones organizadas, patrimonio al que se debe muchos de los avances y conquistas que han agrietado el adultocentrismo, imperante como una de las formas de dominio y de sumisión.

Pero, percibimos y denunciemos también cómo, en muchos casos, este patrimonio viene siendo desmembrado entre moros y cristianos. Pues, es cierto que muchos de los que en estos instrumentos se apoyan, también se identifican con una radical crítica de este sistema capitalista posmoderno, con la conciencia que la necesidad de un cambio integral de las relaciones sociales se hace siempre más urgente. Pero, hay muchos otros, personas, organizaciones, ONGs, organismos nacionales e internacionales, que interpretan este patrimonio en clave abstracta y de buenas intenciones, invocando la buena voluntad, la conmoción hipócrita, un maquillaje moral que termina finalmente o en una represión homologadora (como en el caso de los NNATs), o en una constante espectacularización, casi una pornografía de la pobreza, o en una peluda caridad institucionalizada. Esto, por ejemplo, ha sido siempre el ángulo de mirada de la Organización Internacional del Trabajo, acostumbrada a las mentiras de quien reclama en palabras los derechos de los niños, pero nada dice sobre la

barbarie del sistema de poderes, sobre todo económicos, que estos mismos derechos cada día pisotean y trágicamente desprecian.

Así que la pregunta radical que ponemos hoy con la publicación de este libro, es si estos instrumentos, jurídicos, legislativos, hasta epistémicos, morales y pragmáticos, pueden alimentarse por sí solos o si, por el contrario, necesitan apoyarse, fundamentarse, articularse, cooperar con una radical y radicalizada crítica de la economía política de este capitalismo contemporáneo, con una postura decididamente antisistémica, antagónica y de lucha para el cambio.

Las ideas necesitan encarnarse también en rostros y cuerpos concretos, para adquirir fuerza. El 10 de noviembre de 2022, una criatura procedente de la Costa de Marfil, de 20 días de nacida, ha muerto por hipotermia en el Mediterráneo, en un pequeño y destartado bote. Hemos dicho equivocadamente “ha muerto”, pues hubiéramos tenido que decir “ha sido asesinada”. Tomamos esta pequeñita bebé como emblema de una colosal mole de sufrimiento que vulnera hoy a las infancias en el mundo, pues pensamos que esta categoría de “sufrimiento” no es solo humana y emocional, sino cabal y potentemente política. Desde la Somalia, azotada por una carestía que podría provocar millones de niños asesinados, hasta las infancias migrantes delante de la muralla entre México y Estados Unidos, desde los hijos de la humanidad de sobra, sin empleo y totalmente desamparada, desde los siempre más extensos enclaves de pobreza infantil en las opulentas naciones supuestamente desarrolladas, hasta las infancias indígenas que todavía viven en carne propia la depredación de sus territorios ancestrales. El listado nunca terminaría. Las infancias de todo el mundo siguen sufriendo los estragos de esta deshumanizada civilización, emparentada con una vocación necropolítica, como lo demuestra el horror que está viviendo la infancia palestina: todas infancias oprimidas, excluidas, desafiadas, moviéndose entre pandemias, guerras, carestías, opresión, pobreza y miseria, a pesar de tantas proclamas en defensa de sus derechos. Por ello, hoy más que nunca, es necesario imponer una nueva cartografía de los territorios de disputa política antisistémica, incluyendo en dichos territorios de lucha, también aquellos de las infancias protagónicas contra toda forma de explotación.

*** **

Frente a un panorama histórico tan preocupante, no hemos rechazado la responsabilidad de hacer oír un grito de alerta, que al mismo tiempo fuera un aliento de esperanza, la recuperación de aquel gramsciano “optimismo de la voluntad”, recordado poco antes. Este es el espíritu que anima la presentación de este texto, en su contenido abierto al diálogo, a la reflexión ponderada académicamente, pero políticamente determinada y firme, desde los límites de sus propios autores reunidos en un colectivo: un texto que es también fruto de la militancia de larga data de los mismos autores con el mundo de las infancias, y muy en especial con las infancias trabajadoras urbanas, rurales e indígenas.

Consideramos una responsabilidad ética, política y educativo-cultural el socializar las inquietudes compartidas con las propias organizaciones de NNATs y sus educadores acompañantes a lo largo de los cincuenta últimos años. Años en que han ido pasando generaciones de NNATs y adultos coproductores de una herencia hecha memoria de futuro, para las tareas prácticas y conceptuales aún pendientes, y a las que este libro ha querido intentar dar forma.

Si hay un resultado certero de todo el largo trabajo para este libro, se trata de la conciencia de que hoy como nunca es impostergable estar presentes en las luchas contra las nuevas formas de explotación económica y de la mercantilización del ser humano.

La producción inmaterial o intangible de la riqueza, la información, la financiarización, la virtualidad, la revolución tecnológica arrastran consigo nuevas formas de esclavitud voluntaria e involuntaria, funcionales a la acumulación capitalista posfordista. Se trata, en muchos casos, de una mercantilización subliminal, pero barnizada de entretenimiento. Y, por todos lados, se acrecienta el individualismo bajo la sensación de un falso empoderamiento, todos aturridos por las promesas siempre engañosas de un hiperconsumismo que desborda en el delirio.

*** **

Ha sido necesario, a un cierto punto de este descenso al infierno integrar el momento de la *pars destruens* con el momento de la *pars construens*.

Sin embargo, preliminarmente se nos permita una digresión importante sobre las coordenadas metodológicas y epistémicas que han guiado nuestro trabajo como comunidad de construcción de conocimiento histórico-crítico. No nos hemos referido, en este sentido, al arquetipo de racionalidad científica en el que muchas veces se ha encontrado envuelto el conocimiento social, pero bien podríamos decir el conocimiento en general. Se trata de un arquetipo que se modela según la racionalidad de las ciencias naturales, y que busca encontrar regularidades y determinar tendencias que nos capaciten para predecir los acontecimientos. Ello conlleva que el conocimiento tradicional se coloca desde el presente para reconstruir algo ya acontecido en el pasado. Pero, si asumimos la blochiana (Bloch 1977) perspectiva de análisis orientada desde el presente hacia el futuro, y asumimos la realidad en términos del “dándose del momento dado” (Zemelman, 2003), la única racionalidad posible es no tanto la de encontrar regularidades para predecir deterministamente lo que necesariamente va a acontecer con base en las regularidades antes descubiertas, sino la de individuar lo potenciabile, el “excedente de realidad” (Zemelman 2003), la reactuación posible del hombre histórico, del niño histórico, todas dimensiones, sin embargo, que no están garantizadas de antemano por una filosofía teleológica de la historia, sino que se están peleando en la praxis histórica con otras alternativas de potenciaciones posibles. Esto es lo que entendemos cuando afirmamos que el desborde de la explotación económica de las infancias es hoy un trascendental campo de disputa política.

Lo repetimos: hemos intentado ponernos ante la realidad no como ante un conjunto de objetos determinados y acabados, con una intención meramente explicativa, sino como ante un “horizonte de posibilidades” todavía no acabadas, en “construcción” (Zemelman, 2007). Todo ello le da una vuelta fundamental al método de construcción de conocimiento, pues ya no se trata de un conocimiento entendido como un reflejar una realidad dada y acabada, sino como un bucear dentro de una realidad que está en movimiento, todavía en constante repensamiento de sí misma, disponible a versiones distintas de sí misma, todavía abierta a una multiplicidad de futuros posibles. Ello conlleva,

por una parte, una desventaja, pues estos nuevos territorios de disputa política todavía movedizos, caleidoscópicos y cambiantes, no permiten llegar a conclusiones acabadas, certeras, dogmáticamente perfiladas como verdades sólidas y graníticas. Más bien, permiten avanzar hipótesis, colocar nuevas y más exigentes preguntas, proceder tentativamente, sin ningún tipo de orgullo epistémico impositivo, sino, por el contrario, con una actitud de crítica y, paradójicamente, de osada modestia, que reconoce lo provisorio e incompleto de los resultados que se presentan, resultados, que más que respuestas son espacios hospitalarios para nuevas reflexiones, aclaraciones críticas, confrontaciones, diálogos, en el marco de aquella “hermenéutica diatópica” de la que nos habla Boaventura de Sousa Santos. (2009). Es en este marco que hemos hecho nuestra la indicación que nos ha dado Bárcenas Orbe (2000), hablando del “aprendizaje como decepción”:

En efecto, todo aprender comienza con un primer momento de inexperiencia. La inexperiencia, el no ser expertos, es fundamental para poder aprender algo. Si no hay atribución de ignorancia ni habrá posibilidad de enseñar ni tampoco posibilidad de aprender. Para poder aprender tenemos que partir de un grado de conciencia de que no sabemos, de que carecemos de experiencia. Más todavía, nuestro primer esfuerzo consiste en reconocernos como seres capaces de equivocarnos en nuestra capacidad para atribuir al mundo, a sus objetos y a sus sujetos, a los demás hombres, determinadas intenciones, creencias o sentimientos (p. 23).

Por otra parte, como decíamos, moverse en estos “horizontes de posibilidades”, en esta realidad histórica no acabada y no ya hipotecada en su desarrollo futuro, moverse en estos tiempos en que el partido todavía se está jugando, permite reservarles a los sujetos y a los actores algo que constituye el fundamento de su potencial protagonismo, es decir la posibilidad de construir futuro según sus propios proyectos, de direccionar la historia, de tener entre manos espacios de maniobra contundentemente rebeldes a la idea que la historia ya esté inscrita definitivamente en el marco de los intereses de los opresores de siempre.

Pues, partir de un problema significa no dar un nombre a las cosas, sino sembrar preguntas alrededor de la realidad, interrogarse sobre distintas mira-

das y distintos ángulos de razonamiento, ir olfateando los posibles puntos, no tanto de confirmación de las hipótesis, sino de ruptura, de quiebre, de derrota de las hipótesis, individuar los elementos aparentemente inconexos de la realidad que interrogamos, y sobre todo dejar que hablen los sujetos y que no sean nuestros discursos que se impongan por sobre ellos.

El mantra que configura nuestra episteme, nuestra forma de estar ante el mundo y nuestro ángulo de mirada, es que siempre más importantes que la teoría son, por un lado las circunstancias históricas, y por otro lado las voluntades que en ellas operan. Se hace entonces fundamental el pensar histórico y la noción de experiencia histórica, para madurar visiones posibles de reactivación y transformación, sin fijarse en los límites abstractamente prefijados por la teoría.

En este sentido es muy importante entender que las circunstancias históricas definen un específico y particular campo de tensión entre “lo que me determina y lo que no me determina” (Zemelman, 2010), es decir un campo de tensión entre las estructuras sociales y los movimientos sociales, que a veces no son imponentes, sino micromoleculares, o, si queremos, un campo de tensión entre viabilidad y voluntad, o, en fin, entre una opción valórica y su efectiva capacidad de potenciarse como proyecto de cambio.

Todo ello significa concretamente que en nuestro caso hablar de un desborde de la explotación es también hablar de un potencial desborde de las luchas contra toda forma de explotación, es hablar de las infancias en cuanto productoras de riqueza y protagonistas de un antagonismo antisistémico, que exige el reconocimiento de esta subjetividad social que contribuye sustantivamente a la producción de los bienes materiales e inmateriales, de los que hoy se alimenta una restringida minoría, y que podrían, por el contrario, constituir la base de un nuevo, equitativo, colectivo y solidario bienestar de todos, en todo el mundo. En fin, hablar del desborde de la explotación económica de las infancias no quiere ser solo un alertar, un denunciar, un angustiarse, un poner al descubierto las múltiples trampas y jaulas por las cuales hoy el capitalismo les saca a los NNAs la riqueza por ellos mismos producida, sino, y sobre todo, un reconfigurar la cartografía de los territorios de disputa política, es decir los nuevos ámbitos en donde las infancias se colocan como subjetividad incon-

forme, indignada, luchadora, transgresora, capaz de colocar en el escenario de la historia un revolucionario excedente de realidad, donde se pueda recuperar respeto, protagonismo y finalmente dignidad de todos los niños, niñas y adolescentes del mundo.

La categoría de ‘explotación’ ha sido siempre un Jano bifronte, una moneda de doble cara. Por un lado expropiación de la riqueza de otros, robo, rapiña, esclavitud, servidumbre, saqueo del plusvalor, extractivismo de los recursos ajenos, sumisión al poder del amo, vasallaje, dependencia, defraudación, plustrabajo, constricción, sufrimiento y negación de lo humano. Por otro lado, razón de lucha, ámbito de organización contestataria, de construcción de comunidades antagónicas, de configuración de conciencias e identidades, de solidaridades y de sentidos de pertenencia, sobre todo de puesta en marcha de poderosos movimientos de lucha y de elaboración de proyectos políticos alternativos.

Así queremos que nuestra denuncia del desborde de la explotación económica de las infancias se resuelva también, y sobre todo, en la posibilidad de un nuevo posicionamiento social antagónico y protagónico de los niños, niñas y adolescentes en la sociedad contemporánea, en cuanto productores de riqueza y en cuanto luchadores para la conquista de una dignidad enraizada en el contexto histórico en el que viven.

*** **

El camino para todo ello no es nada sencillo y está plagado de peligros. Igualmente será necesario revolucionar nuestro lenguaje y resemantizar la categoría de ‘infancia explotada’ en la de ‘infancia productora de riqueza’.

De hecho, la categoría ‘explotado/a’, se inscribe y agita un imaginario colectivo de ser unos ignorantes, que ni se dan cuenta que nos están explotando, es decir, robándonos, engañándonos, aprovechándose de nosotros y todo ello como considerándonos ingenuos, ignorantes, resignados. En este sentido, es muy probable que decirle a un niño, niña o adolescentes de sectores sociales pudientes: “Tú también eres explotado”, provocaría burla, cuando no agre-

sión o refuerzo de que somos ignorantes, envidiosos, locos, etc. De allí, una serie de preguntas todavía abiertas y que nos inquietan: ¿Cómo referirse a esta realidad objetiva de explotación con NNAs provenientes de un *status* y modo de vida, de una autoimagen, de una subjetividad diametralmente ajena y subconscientemente resistente a aceptar semejante narrativa? ¿Cómo habría que establecer una narrativa que invite a la reflexión, a la toma de conciencia, al diálogo de quienes como NNATs se sumen a las acciones de toma de conciencia de lo que se califica como el desborde de la explotación, y que ello se inscriba en la posibilidad de ir gestando un movimiento global de las nuevas generaciones para hacer frente a dicho fenómeno? En fin, como acompañar un proceso de rebeldía crítica por parte de las infancias frente a un mundo, sobre todo del consumo y de lo digital, que resulta muy seductor y atractivo para ellas, un mundo que las entretiene, que aparentemente las ‘trata bien’, las seduce, y que, además, ya hace parte substantiva de sus vivencias diarias, de sus procesos de construcción identitaria. Se trata de una dificultad enorme, pues la empresa titánica es configurar un proceso de cambio, un proceso alternativo que tenga no solo instrumentos de lucha, sino también formas y capacidades de atracción, de ternura amigable, en fin que sea reconocido no solo por las cabezas, las mentes y los cerebros de las infancias, sino también por sus corazones, por sus emociones, por sus demandas afectivas, por sus legítimos deseos de estar bien y de sentirse bien. Aquí se juega, tal vez, la apuesta fundamental, pues, un proyecto político de cambio, que sea éticamente justo y pragmáticamente viable, debe ser apetecible, encantador, capaz, finalmente, de encender una actitud de consciente, firme, pero también alegre, dichosa, cálida esperanza.

Para superar este tremendo obstáculo, confiamos sobre todo en las mismas infancias y en particular en sus expresiones más avanzadas de protagonismo y actoría social, como entre otras, las experiencias de las organizaciones latinoamericanas de niños, niñas y adolescentes trabajadores. Tal vez todavía no logramos ver con suficiente agudeza, olfatear, rastrear las formas emergentes de resistencias y re-existencias, de lucha y de oposición, tal vez en parte subterráneas, pero no por ello menos vehementes, que protagonizan las mismas infancias en todo el continente en contra de este desborde de la explotación económica. Es aquí que se configura una nueva, importantísima tarea en las

dinámicas de construcción de conocimientos sobre y desde las infancias contemporáneas: iniciar un serio, profundo, solidario proceso de investigación, mapeo, interlocución, valoración de los incontables movimientos de oposición y antagonismo, protagonizados por los mismos, niños, niñas y adolescentes, contra el desborde de la explotación económica de las infancias.

En este sentido construir conocimiento histórico significa, por un lado, interrogar la realidad de forma contextualizada, es decir develar las expresiones concretas y no inventadas que se dan en un determinado momento, hecho de coordenadas espacio-temporales; al mismo tiempo, indagar cuáles son los sujetos que operan en esta y no en otras coyunturas históricas, para poder de allí indagar los nudos de articulación posibles y así hacer viables los proyectos de las voluntades colectivas que expresan opciones valóricas compartidas. Por ende, hay que metodológicamente, entrenarse en una “forma de pensar situada en la perspectiva de una exigencia de futuro que se quiere transformar en realidad concreta” (Zemelman, 2001, p. 37). Esta “exigencia de futuro”, libre de explotación y saturada de dignidad, está todavía hoy (y parafraseando el título de una de las primeras publicaciones de los movimientos de NNATs), “en las manos de los niños”. (Grillo y Schibotto, 1988).

*** **

No nos cansaremos de repetir que es una distorsión óptica pensar que el horizonte del trabajo infantil, y de la explotación económica, hoy es igual al de décadas atrás. Así pareciera que se siga entendiendo desde organismos internacionales, a partir de *clichés* estereotipados de la época moderna en los países del llamado tercer mundo. Es un engaño. Ha cambiado el modelo de producción y acumulación de riqueza, que convive con formas aparentemente similares al pasado. La seducción provocada por el modelo civilizatorio mercantilista y de valorización del capital predominante hoy en la sociedad global tecnomediada e hiperconsumista, nos obliga a repensar qué entendemos por el derecho a la protección del Estado ante toda forma de explotación económica, como contradictoriamente esbozado en el art.32 /1 de la CDN. Ahora es necesario levantar el discurso de que todas las infancias, aunque no estén incor-

poradas en un trabajo directo o vivo, hoy son parte de estas nuevas formas de explotación económica. Así, no debería hablarse de “fin del trabajo” (Rifkin, 1995), sino más propiamente de fin de la explotación ligada exclusivamente al trabajo o del desborde de la explotación más allá del trabajo.

En este punto se impone una pregunta necesaria, aunque muy exigente ¿Qué nivel de conciencia hay hoy en las infancias en general y en las infancias trabajadoras en particular sobre esta realidad del desborde de la explotación económica?

Cuando se pregunta a los NNATs organizados si son explotados, la mayoría suele decir que no. Pero si les dices si preferirían no trabajar, algunos dirán ¡claro!; otros nos dirán, que tienen que hacerlo para poder apoyar a mamá, a hermanitos menores o para comprar útiles, o lo que necesito para sí, etc. Si se hiciera preguntas similares respecto a ir al colegio, muchos dirían que sí, que quieren ir al colegio, pero que cambie la forma de enseñar, o que sea libre o que no te humillen, cuando no aciertas en las respuestas, etc.

Pero si les preguntamos a los NNAs si se consideran explotados cuando visitan un centro comercial, o cuando se dejan seducir por una publicidad en la tele, o cuando se comunican en las redes sociales, o cuando se entretienen con videojuegos, en fin, si se sienten explotados económicamente en estos nuevos territorios de la acumulación capitalista, y que hacen parte de su vida diaria, de su cotidianidad, de su confortable y amigable rutina, ¿qué respuestas tendríamos?

Podemos imaginar las fuertes resistencias de los propios NNAs ante el discurso del desborde de la explotación: ¿yo explotado?, pero si no soy pobre; ¿yo explotada?, pero si nadie me trata mal porque paro todo el día con mi laptop y no me meto con nadie; ¿nosotros explotados?, si solo nos juntamos con nuestros amigos para ir al centro comercial, o si solo deseamos unas zapatillas de marca, etc.

Es que el capitalismo hoy no solamente ocupa todos los rincones de la vida anteriormente perdidos e inviolados por la lógica de la valorización y de la ganancia, sino que lo hace en muchos casos en formas amigables, atractivas, confortables, casi diríamos dulces y tiernas. Parafraseando Cussiánovich (2007) y su pedagogía de la ternura, podríamos hablar de un peligrosísimo

“capitalismo de la ternura”, que se expresa en furtivas formas delicadas y gentiles, aunque detrás de ellas se esconda la impiadosa lógica de la mercantilización de cada aspecto de la vida. Como dice Han (2016):

Aquí no se tortura, sino que se tuitea o postea. Aquí no hay ningún misterioso «Ministerio de la Verdad». La transparencia y la información sustituyen a la verdad. [...] En lugar de confesiones obtenidas con tortura, tiene lugar un desnudamiento voluntario. El smartphone sustituye a la cámara de tortura. El Big Brother tiene un aspecto amable. La eficiencia de su vigilancia reside en su amabilidad. (pág. 25)

Es, entonces un “capitalismo de la seducción”, como lo interpreta Lipovetsky (2020), cuando observa que:

El mundo en el que estamos sumidos no es solo fruto del neoliberalismo, de las nuevas tecnologías, de la globalización de la producción y de los intercambios: es inseparable del principio de seducción hiperactivo en los ámbitos económicos, políticos y educativos, con el resultado del advenimiento de un capitalismo estético o artístico, de un poder político liberado del aura de majestad y grandeza, de una ciudadanía flotante, de estilos de vida hiperindividualistas, de un modo educativo abierto y *cool*. (p.47)

Es allí donde se encuentra el escollo más arduo de sortear para poder promover un nuevo y decidido protagonismo antisistémico y antagónico de las infancias contra todas formas de explotación. Hoy la explotación aparece con una máscara de invitación seductora, una suerte de Matrix, recordando la película dirigida en 1999 por las hermanas Wachowski, donde Morpheus advierte al neófita Leo: “Tienes que comprender que la mayoría de estas personas es todavía parte del sistema. La mayoría de la gente no está preparada para ser desconectada. Y muchos de ellos son tan inertes, son tan desesperadamente parte del sistema, que lucharían para protegerlo”.

Sí, un sistema que te absorbe el alma y te explota permanentemente, dándote, sin embargo, la impresión y la sensación que estás viviendo, como decía Leibniz (2015), en el “mejor de los mundos posibles”. Por ello decíamos que es muy ardua la tarea que espera, en primer lugar, a las expresiones organiza-

das más avanzadas y estructuradas de los NNATs y en general de las infancias. Estamos muy conscientes de ello y pensamos que es necesario retomar hoy un camino colectivo de todas las niñeces, para empezar a develar estos rostros ocultos de la explotación económica, tomando también conciencia de que las infancias hoy son productoras de riqueza y, por ende, protagonistas de la vida económica y social. En fin, retomando el lenguaje de Lukács, se vuelve tarea urgente, impostergradable y determinante para la consolidación de una nueva subjetividad infantil, orientada al cambio social, el pase desde la “clase en sí” a la “clase para sí”. La primera se refiere a la clase como entidad objetiva definida por su posición al interior de las relaciones de producción, relaciones de producción que hemos visto a lo largo de todo este libro; la clase para sí, es un estadio más avanzado, pues es una clase que adquiere conciencia de su propia situación, de sus propios intereses y de su rol histórico, volviéndose, entonces, realmente un sujeto político, activo y capaz de incidencia, de actoría, de empoderamiento para la transformación liberadora de este mundo.

*** **

Pensamos que esta fundamental apuesta histórica indica una responsabilidad importante que recae sobre los movimientos organizados de infancias, en particular las organizaciones de niños, niñas y adolescentes trabajadores de América Latina. Ello porque pensamos, sin con ello olvidar otras meritorias experiencias, que estos movimientos de NNATs son los que más madurez organizativa y capacidad de incidencia han acumulado en décadas de protagonismo luchador. Pero también porque son los que más pueden contar con un bagaje de experiencia y de saber acumulado justamente sobre los temas de la explotación económica de las infancias y sobre los caminos de luchas, para una liberación que no se identifique con un insensato abolicionismo, sino con la valoración crítica del trabajo de los niños, niñas y adolescentes. Ello no significa desvalorar todas las otras e incontables experiencias participativas y organizativa de las infancias en general.

En forma particular, sugerimos respetuosamente a estos movimientos de NNATs organizados asumir críticamente que es urgente y necesaria una re-

semantización o reubicación histórico-crítica de todo el saber acumulado en más de 40 años de historia, ya sea con relación a los temas centrales e identitarios (niños, niñas y adolescentes trabajadores, protagonismo y coprotagonismo, explotación, dignidad, organización, autonomía, género, infancias indígenas y campesinas, derechos de los niños, el niño como sujeto, minoría activa, movimiento social, cambio social, etc.); ya sea con relación a los lemas que han venido constituyendo el soplo ideológico fundamental de los movimientos: lucha contra toda forma de explotación, sí al trabajo digno y no al trabajo explotado, la valoración crítica del trabajo de las infancias, solidaridad e internacionalismo de todas las infancias.

Ojalá se pueda con rigor crítico, pero también con serenidad de mente y corazón, repensar el pasado y reforzar un proceso de conservación, pero también de reanimación epistémico-pragmático-política del saber, de las prácticas y de las idealidades que han venido constituyendo la identidad colectiva de los movimientos de NNATs organizados del continente. A este patrimonio hay que garantizar duración histórica, y por ello adquieren mayor importancia los procesos permanentes de formación, entendidos también como transmisión a las nuevas generaciones de un legado histórico.

Al mismo tiempo, esperamos se consolide el anclaje de los movimientos con el tiempo presente, intentando comprender a fondo el cambio de época que están viviendo las infancias contemporáneas y refinando los instrumentos para ser sujetos activos y rebeldes, agentes de transformación liberadora. Para ello, opinamos haya llegado el tiempo de evitar la sumatoria puramente extemporánea, improvisada y desarticulada de nuevos temas y contenidos (género, ambientalismo, dimensión étnica, migraciones, violencias, etc.). Ninguno de estos nuevos temas y contenidos debe ser rechazado, pero es necesario encontrar un eje articulador que sepa conectar los diferentes temas y contenidos en una red ideológicamente coherente y no dispersa. Es posible, y sobre ello habrá que abrir una exigente y, de ser necesario, áspera reflexión, que este eje articulador gire justamente alrededor de las nuevas configuraciones del trabajo y de la explotación.

El durísimo e importantísimo desafío que nos está imponiendo la coyuntura histórica nos abre un camino muy estrecho, delgado y movedizo, por el que es

muy fácil precipitar en dos opuestos abismos. Por un lado, está el riesgo que, para abrirse a una comprensión dilatada y amplia de la explotación económica a la que están sometidas las infancias plurales de todo el mundo, los movimientos organizados de NNATs se vuelvan genéricas organizaciones infantiles, perdiendo el inestimable valor de una especificidad, que todavía constituye el alma de esta gran experiencia y esta gran aventura de protagonismo histórico: ser una organización de niños, niñas y adolescentes trabajadores. Este es un foco identitario no negociable. Por otro lado, si los movimientos se encerraran solo en la defensa de esta especificidad perderían contacto real no solo con la coyuntura histórica, sino también con todas las otras infancias, que tal vez no sean propiamente trabajadoras, pero sí son explotadas económicamente por el sistema hegemónico. De allí la pregunta clave: ¿cuál será el espacio de en medio, el espacio de flujo, de comunicación y reconocimiento, cuáles serán los isomorfismos dialécticos que permitan a los movimientos organizados de niños, niñas y adolescentes trabajadores entrar en una relación concreta, real y política con las otras infancias, no para renunciar al perfil propio de una organización de la niñez trabajadora, sino para reconocer un compañerismo, una hermandad, un comunitarismo que transite por las sendas de una lucha común contra toda forma de explotación?

Es en este marco que nosotros, en cuanto comunidad de pensamiento crítico, auspiamos, en el más profundo respeto de su autonomía, que los movimientos organizados de niños, niñas y adolescentes trabajadores, por lo menos en y para América Latina, animen, conjuntamente con todas las otras infancias, una nueva etapa de luchas radicales e incansables contra este fenómeno, que hemos llamado el desborde de la explotación económica de las infancias. La coyuntura histórica se lo demanda, pues se trata de construir saberes y prácticas políticamente orientadas y capaces de morder los reales y densos antagonismos de la actual coyuntura histórica. Y todo ello con espíritu, mente y corazón si consciente de cuanto arduo sea el desafío, pero también con el ánimo impregnado de esperanza y de la certidumbre de que, como decía Hölderlin (2006), “[...] allí donde está el peligro, crece también lo que salva”.

*** **

Queremos, bajo otro aspecto, aclarar decidida y rigurosamente que este libro representa solo una primerísima etapa de lo que esperamos sea un muy largo, y muy compartido, debate sobre los temas y los dilemas que hemos querido levantar. En este sentido todas las categorías empleadas, las argumentaciones, las reflexiones, las posturas epistémicas, los hallazgos, en fin todas las cajas de herramientas heurísticas que hemos querido proporcionar con este texto, son todavía provisionales, incompletas, hasta casi diríamos inciertas y balbuceantes. Ello no solo porque cada proceso de construcción de conocimiento debe tener como su brújula de orientación aquel principio de “la incompletud de cada cultura”, de la que nos hablaba Boaventura de Sousa Santos (2009), y no solo porque el pensamiento complejo debe ser necesariamente un pensamiento nómade, que nunca se queda estancado entre cuatro paredes definitivas, sino que sigue andando por el mundo guiado por aquella ética del viajero de la que nos habló Galimberti (2025). Todo ello lo asumimos y lo declaramos, pero no lo sentimos como límite, sino como propio de una actitud nuestra que se concreta también en un espíritu abierto y todavía interrogante, y que esperamos caracterice también este texto. Al mismo tiempo es, en este caso, necesaria la prudencia, la voluntad crítica, la duda metódica, la interrogación permanente, aquella que más que nuevas respuestas ofrece nuevas preguntas, que se colocan a un nivel más exigente de pesquisa. Ello porque la permanente apertura a la convocatoria de lo nuevo, de lo inédito, de la desparametración debe ser justamente el meollo, la sustancia, casi diríamos el olor de cualquier proceso de construcción de conocimiento, que no se congele en conclusiones definitivas, sino que permanentemente vuelva a palpar en fuerza de nuevas curiosidades, de nuevas necesidades de profundización, de nuevas sorpresas inesperadas, de nuevos impredecibles movimientos la realidad histórica. Es por ello que divulgamos este libro, a todo el público que esté interesado, como una suerte de convocatoria para poder abrir un debate que sea mucho más concurrido, animado, tenso, intenso y hasta conflictivo, para sumar siempre nuevos elementos de reflexión crítica, nuevas preguntas, nuevas posibles orientaciones, que nos permitan a todas y todos ir tanteando estos nuevos territorios, en los cuales hemos entrado y en los cuales intentamos mapear embrionarios itinerarios, posibles rutas para nuestras ininterrumpidas andanzas para develar los rostros ocultos de la explotación económica de las infancias contemporáneas.

Es cierto que nos despedimos de nuestros lectores con muchas dudas no resueltas y con la conciencia de algunos vacíos.

¿Cómo se hará, por ejemplo, para resemantizar algunos lemas identitarios de la historia y de la esencia misma de los movimientos de NNATs organizados? ¿Será posible hablar de una “valoración crítica del consumo” ? ¿Cómo se configurará la autonomía, el protagonismo y el coprotagonismo en el ámbito de los ecosistemas tecnomediados? ¿Cómo articular la categoría de niño trabajador y la de niño productor de riqueza en un sentido más general? ¿Cómo conjugar este discurso unificador de la bioproducción social de la riqueza y del desborde de la explotación con la problemática específica del niño indígena, del mundo rural y campesino, de las infancias migrantes, de las niñas, en fin de las infancias plurales, en su colocación geográfica, cultural, religiosa, étnica, de estratificación social, etc. Hay todavía mucha, mucha tela para cortar, y por ello es necesario juntar todas las fuerzas posibles, sobre todo para encontrar caminos de rescate y de recuperación integral de la dignidad de las infancias.

Además de todo ello, hay que reconocer con honestidad lo que no es un límite sino un carácter propio de este libro, que no ha sido escrito con los niños sino que habla sobre los niños. Esto pareciera contradecir el valor, compartido por todos los autores, del coprotagonismo entre adultos e infancias, pero pensamos que este coprotagonismo no necesariamente se cumpla en una sincronía obligada de estar siempre presentes juntos. Este libro, en este sentido, representa una fase de construcción de un frágil piso, de corte más académico, para sentar las bases de una consulta y de una participación que involucre activamente y directamente a los mismos niños, niñas y adolescentes para así poder seguir en este aventurado proceso de construcción de saberes críticos sobre las nuevas formas de explotación económica de las infancias en el capitalismo contemporáneo. Para ello, será necesario también echarle mano a la tarea muy exigente de traducir el contenido de este libro en formas comunicativas mucho más amigables, hospitalarias, masticables y comprensibles para los mismos niños.

Una última inquietud queremos comunicar a nuestros lectores. Las reflexiones, las argumentaciones, las categorías empleadas en este libro son fundamentalmente la declinación hacia las infancias de un debate y de un

saber acumulado que se ha forjado con relación a los adultos, pues, como hemos señalado desde el principio, casi nada se ha escrito sobre las nuevas formas contemporáneas de explotación económica con relación a niños, niñas y adolescentes. Creemos que esta declinación, que esta torsión del debate fundamentalmente adultocéntrico en función de las infancias sea un importante paso para la emergencia de una temática totalmente descuidada. Al mismo tiempo, pensamos que habrá que esforzarse, conjuntamente con los mismos niños y sus colaboradores, para empezar a acuñar herramientas interpretativas propias y no derivadas, dotadas de una propia especificidad epistémica, y ojalá llegue pronto el tiempo en que no sean las herramientas de un saber adultocéntrico a proporcionar elementos de comprensión de la coyuntura histórica de las infancias, sino que sea el conocimiento procedente de los mismos niños que ayude a los adultos en la comprensión del mundo de hoy.

*** **

Pensamos, como ya más de una vez hemos aclarado en este libro, que la categoría del desborde de la explotación manifiesta su potencia epistémica y pragmática en primer lugar en cuanto capaz de articular las distintas y variadas temáticas, que caracterizan lo que se ha venido llamando “la gran reconfiguración de la infancia” (Haidt, 2024) contemporánea. Esta potencia articuladora es de fundamental importancia para que las infancias plurales de todo el mundo, y en particular de América Latina, no se sometan pasivamente al proceso de fragmentación, que constituye uno de los principales instrumentos de dominio del sistema capitalista contemporáneo. Reconocerse como múltiples infancias, y defender y preservar las diferencias, entendidas como diversidades y no como desigualdades, es un valor no negociable. Sin embargo, hay que evitar, al mismo tiempo, una dispersión divisiva de estos fragmentos identitarios de los diferentes grupos de niños, niñas y adolescentes, para que, en el respeto de las diferencias, sea posible encontrar un territorio común de reconocimiento y conexión de las fuerzas de lucha antisistémica. Es aquí que creemos que esta categoría de las nuevas formas de explotación económica de las infancias pueda jugar un papel fundamental para crear puentes no de fusión, sino de encuentro, no de asimilación sino de diálogo, no de jerarquía sino de comunidad capaz de construir un proyecto colectivo de liberación.

Pero, más allá de ello, hablar de desborde de la explotación económica de las infancias y hablar de lucha contra esta explotación económica, para una integral recuperación de la dignidad de los niños, niñas y adolescentes, permite, en nuestra opinión, asomarse y confrontarse con los principales problemas de esta nuestra época, y relacionarse con los nuevos movimientos sociales antisistémicos, que van recuperando paulatinamente el sentido de una rebeldía y de una voluntad de rescate. Ver a los niños, niñas y adolescentes como productores de riqueza y como explotados en todos estos nuevos territorios de colonización capitalista, coloca en la agenda de los movimientos organizados de niños, niñas y adolescentes trabajadores, y más en general en la agenda de las infancias plurales del mundo, el gran problema y el gran desafío de contrastar la imposición, hoy aparentemente incontenible, de una economía autorreferencial en su propia lógica de mercantilización de toda la vida, una economía que, desatendiendo el mismo origen etimológico de la palabra, ya no es un *nomos* del *oikos*, una norma, un ordenamiento, una administración equilibrada de los bienes de la casa, sino que se ha vuelto una ego-nomía, es decir un manejo de los hombres, del mundo y de sus recursos exclusivamente centrado en un exasperado economicismo egolátrico, donde los intereses de unos pocos prevalecen sobre los intereses de las grandes mayorías de los seres humanos. Tomar conciencia y luchar contra el desborde de la explotación económica de las infancias significa, entonces, entrar en la carne viva de la trascendental disputa entre dos modelos civilizatorios. Por un lado un modelo en donde la ley de la ganancia prevalece sobre todo, y el hambre nunca saciada de la acumulación capitalista ocupa no solo todos los espacios de la vida humana, sino que también pretende ser el único sentido, el único distorsionado *nomos*, la única ingeniería para modelar las relaciones humanas en función exclusiva de la potenciación y aceleración de las cadenas de valorización del capital: en fin, una economía que ha perdido cualquier conexión con la ética, con la dimensión comunitaria, con el horizonte del don, con una vocación cívica y humanista, finalmente con un proyecto de equilibrado bienestar, tanto material como espiritual, de toda la comunidad humana.

Por otro lado es posible configurar un horizonte de civilización que recupere el sentido ético, espiritual, hasta diríamos místico (Napoleoni, 2019) de la economía, una economía que no se deje guiar solamente por el credo de un

eficientismo tecnocrático sin alma, sino que se oriente siempre y con radicalidad hacia la justicia, la equidad, lo comunitario, lo humano, el respeto de la Madre Tierra y de los bienes comunes; en fin, una economía que no se agote en sus exasperadas formalizaciones cuantitativas, sino que vuelva a resucitar su alma originaria de ciencia y práctica que, siguiendo el imperativo categórico de Kant (2000), considere el hombre siempre como fin y nunca como instrumento. Es acá, en esta disputa epocal, que las infancias plurales del mundo, y en particular sus expresiones organizadas, como lo son los movimientos de niños, niñas y adolescentes trabajadores, pueden volver a recuperar un real y significativo protagonismo histórico, una potenciación de su actoría social y de su capacidad de significativa incidencia política.

También hay que recordar que hablar de lucha contra el desborde de la explotación económica de las infancias es colocarse en otro foco denso e implosivo de las disputas fundamentales de nuestra época, pues se trata de luchar también contra la depredación y la desposesión de los bienes comunes, que el sistema quiere reducir a meras mercancías, sometidas a la lógica del mercado y de la ganancia privada. Por ello que enfrentar toda la compleja problemática de las nuevas formas de explotación económica significa también asumir la tarea histórica de defender estos bienes comunes de la voracidad de un capitalismo sin frenos. La lucha contra toda forma de explotación de las infancias es también un llamado al cuidado responsable de los bienes comunes. Hoy los bienes comunes no son territorio liberado del juego de poder de los que dominan, someten, se apropian y colonializan.

Sin embargo, los bienes comunes apelan a la responsabilidad del cuidar, que es rasgo esencial de la especie *homo sapiens*. Es decir, nuestra condición de individualidad social de ser un nosotros. Ser cuidadora/or expresa un vínculo ético finalizado en su función social. Nos invita a repensar lo que hemos venido entendiendo por propiedad privada, que en el tiempo fue cancelando la propiedad comunal, comunitaria, colectiva, conservada de alguna manera por nuestras poblaciones y culturas ancestrales.

Hay varios campos en que los bienes comunes bioetnoterritoriales están llamados hoy a encaminarse hacia el desafío mayor: ¿qué humanidad vamos deviniendo para ser cuidadora responsable de la vida toda? Entonces, en pri-

mer lugar hay que recordar que toda vida humana es un bien común. Cuidar la vida de todo ser humano hoy constituye el cuidado del bien común definitivo, del superior interés de la humanidad. Pero cuando ello refiere a niñeces, a ancianidad, a situaciones de salud física o mental, nos encontramos con una relación directa vía el cuidado, el acompañamiento, con la mercantilización de todo servicio.

El cuerpo del humano, que tendría que encarnarse en una biología de la sororidad y fraternidad, en un territorio sagrado, está en permanente riesgo de violación en el marco de sociedades dominadas por el valor de cambio, es decir, que mira al cuerpo como mercancía.

Los bienes comunes, además, no son solo entidades materiales, sino también inmateriales, culturales, cognitivas, afectivas. En este marco hay que volver a pensar la diversidad etno-cultural como riqueza, recurso y no como dificultad a homogeneizar, estandarizar, nivelar desde la injusta actual división global del poder. Es necesario superar la histórica tendencia a imponer monoculturas, en cuanto a relaciones de género, de edad, de condición social, de formas de entender democracia, gobierno, política, etc.

Todo ello se concreta en las relaciones inter e intrageneracionales entre NNAs, en aras de lograr establecer el diálogo, el encuentro, la concertación, la acción colectiva.

Luchar contra el desborde de la explotación es también volver a mirar y tratar la naturaleza como lugar de pertenencia y de la que formamos parte. Cuidadores de la Madre Tierra como se la nombra en las múltiples lenguas de nuestros pueblos de la Abya Yala (solo en Perú son 58 lenguas). Hoy el cambio climático nos interpela sobre los modelos de desarrollo impuestos y las graves secuelas del mismo en el equilibrio bioecológico y en la salud de los humanos. Lo que está en juego no es solo una cuestión de crecimiento económico, sino paradójicamente de humanización, de florecer en humanidad y humanidad cuidadora de su entorno natural.

*** **

Para terminar con estas inconclusas conclusiones, queremos aclarar que la potencia epistémico-interpretativa y pragmático-política de la categoría que hemos llamado el desborde de la explotación económica de las infancias contemporáneas, no se decidirá en un plano teórico, académico o meramente intelectual.

El proceso de construcción de un conocimiento histórico-crítico pasa necesariamente por un proceso de problematización del presente, que permita los cierres de los significados establecidos y una nueva apertura crítica, nueva apertura que resulta crítica no en cuanto, o no solo en cuanto, surge de un simple repensamiento teórico, sino en cuanto se conecta a la real dinámica histórica de los sujetos, en este caso los niños, niñas, adolescentes y sus expresiones organizadas.

Colocar en primer plano el problema del desborde de la explotación económica de las infancias, se resuelve en el proceso de potenciar lo emergente, nombrándolo de forma abierta y no rígida. Y para nombrar lo emergente es necesario problematizarlo moviéndose entre las articulaciones posibles. Pero la opción entre una u otra de estas articulaciones posibles no será, otra vez una opción teórica, sino un resultado de la intervención de la práctica humana, es decir una capacidad de articulación que es expresión histórica de un esfuerzo de potenciación y de desenvolvimiento de los sujetos.

La pregunta, totalmente abierta, es ahora cómo esta potencial categoría de la explotación económica, que se configura como posible eje de articulación, no solo sea capaz de romper con los esquemas de los parámetros teóricos, sino y sobre todo llegue a ser expresión de un emergente potenciamiento de las subjetividades infantiles, colocadas en una específica coyuntura histórica.

Si así fuera, y ello lo decidirán los mismos niños, niñas y adolescentes, la categoría del desborde de la explotación económica de las infancias contemporáneas, asumiría una cualidad nueva, una significación nueva, una potencia articuladora nueva.

Finalmente se trata de re-politizar radicalmente el discurso sobre la explotación económica de las infancias, colocándola en el núcleo de las emergentes

subjetividades históricas contemporáneas, re-significándola, re-semantizándola como trascendental terreno de disputa entre el proyecto del capitalismo globalizado, que atrofia las subjetividades, supeditando todas sus manifestaciones al código funcional de la ganancia y simbólico del dinero, y un proyecto alternativo de recuperación y valoración de las resistencias, resiliencias y re-existencias contra toda forma de explotación. De esta forma este lema de la lucha contra toda forma de explotación, podría realmente volverse historia política del sujeto infancia, propuesta, proyecto, reclamo político, como reivindicación del derecho a la dignidad, individual y colectiva, de todas las infancias, frente a la dinámica de la fragmentación, de la cosificación, de la descomposición, de la laceración del tejido social, de los micros aneurismas biográficos e historiográficos, con los que el sistema de dominio intenta depotenciar las subjetividades antagónicas, entre ellas las infancias protagonistas en el escenario de la historia.

*** **

Referencias bibliográficas

- AA.VV. (2019). *L'enigma del valore. Il digital labour e la nuova rivoluzione tecnologica*. Atti del convegno organizzato da Effimera, 1° giugno 2019, Milano, Casa della Cultura. Effimera Edizioni. Ebook consultado en https://air.unimi.it/retrieve/handle/2434/738085/1482551/Lenigma-del-valore_Effimera_ebook-3.pdf
- ABDRUSCHIN, R. Y CLAUDETE B E I S E, U. (2019). *Pathos e cuidado: Dorothy Mae Stang e o cuidado como afetação*. REFLEXUS - REVISTA SEMESTRAL DE TEOLOGIA E CIÊNCIAS DAS RELIGIÕES. <https://doi.org/10.20890/REFLEXUS.V13I21.981>
- ACEVEDO ARANGO, Q.F. (2017). *Episteme de la victimidad. Reposicionar al sobreviviente y reparar a la víctima*. Bogotá: USTA Ediciones.
- ACOSTA, A., ILICH, I., MIGLIO, G., RAYGADA, M., (s.f.). *Análisis de la influencia de los niños en el proceso de compra de la cajita feliz de KFC*. Recuperado en https://repositorio.ulima.edu.pe/bitstream/handle/20.500.12724/9656/Acosta_Adriana_Lich_Irina_Miglio_Giacomo_Raygada_Melissa%20Raygada.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- AGAMBEN G. (1998). *Homo sacer. Il potere sovrano e la nuova vita*. Torino: Einaudi editore.
- AGAMBEN, G. (2007). *Estado de excepción*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- AGAMBEN, G.(2005). *Estado de excepción*. Buenos Aires: Hidalgo Editora.
- AGUIRRE ROJAS, C.A. (2010). *Movimientos antisistémicos: pensar lo antisistémico en los inicios del siglo XXI*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- ALBANESE, f. (2025). *From economy of occupation to economy of genocide – (A/HRC/59/23) Report of the Special Rapporteur on the situation of human rights in the Palestinian territories occupied since 1967 (Advance unedited version)*. United. New York: United Nations.

- ALONSO, L. E. (2004). *Las políticas del consumo: transformaciones en el proceso de trabajo y fragmentación de los estilos de vida*. RES nº 4 (2004) pp. 7-50. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid
- ALVES, F., BRANDAO, M. y BACELAR JUNIOR, A. (2021). *La medicalización de la infancia en la época contemporánea: una revisión integradora*. Mental [online]. 2021, vol.13, n.24, pp.1-25. ISSN 1679-4427 . Recuperado en https://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?pid=S1679-44272021000200003&script=sci_abstract&tlng=es
- ANDÍA CELAYA L.A. y SANTIAGO CAMPIÓN R. (2022) . *El reto de la alfabetización digital.De la sustitución a la transformación*. Editorial UOC.
- ANIBAL, Q. (2003). *Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina*. En LANDER et ALII (2003). *La Colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, FLACSO, p 201-246.
- ANTUNES, R. (2000). *Los sentidos del trabajo. Ensayo sobre la negación y la afirmación del trabajo*. Madrid: Herramientas Ediciones.
- ARENDT H. (1996). *Entre el pasado y el futuro: ocho ejercicios sobre la reflexión política*. Madrid: Ediciones Península
- ARISTIZÁBAL GARCÍA, A.M (2020). *El carácter material de la infancia. Perspectivas teóricas para el estudio del consumo infantil*. En GÓMEZ MENDOZA M.A. y ALZATE PIEDRAHITA M.V. (2020). *Pensar la Infancia*. Pereira : Editorial UTP.
- ARROYO, J. (2010). *Evaluación del Plan Nacional de Acción por la Infancia y Adolescencia 2002-2010*. Lima: Ministerio de la Mujer y Desarrollo Social.
- BAKAN J. (2011). *Childhood Under Siege: How Big Business Targets Your Children*. New York: Free Press editor.
- BALLESTEROS J. (1989). *Posmodernidad: ¿decadencia o resistencia?* Madrid: Tecnos Ediciones.
- BAÑEZ, J. (2014) . *El delirio del capitalismo*. Madrid: Catarata Ediciones.

- BÁRCENA ORBE, F (2000) *El aprendizaje como acontecimiento ético. Sobre las formas del aprender*. Enrahonar, 31-2000. Universidad Complutense de Madrid. Departamento de Teoría e Historia de la Educación Ciudad Universitaria.
- BASSAN, V. (2024) *Riavviare il sistema. Come abbiamo rotto Internet e perché tocca a noi riaggiustarla*. Milano: Chiare Lettere Editore.
- BAUDILLARD, J.(2009). *La sociedad de consumo. Sus mitos, sus estructuras*. (1970). Madrid: Ediciones Siglo XXI.
- BAUMAN, Z. (1996). *Teoría sociológica de la posmodernidad*. Espiral, I I (5),81-102. [fecha de Consulta 17 de Noviembre de 2021]. ISSN: 1665-0565. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=13820504>
- BAUMAN, Z. (2003). *Modernidad líquida*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- BAUMAN, Z. (2005). *Amor líquido: Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- BAUMAN, Z. (2007). *Vida de consumo*. Ciudad de México: Fondo de cultura económica.
- BAUMAN, Z. (2011) *Daños colaterales. Desigualdades sociales en la era global*. Madrid: Fondo de Cultura Económica de España.
- BAUMAN, Z. y DONSKI, L. (2015). *Ceguera moral. La pérdida de la sensibilidad en la modernidad líquida*. Madrid: Ediciones Paidós.
- BAUMAN, Z. Y LAHOZ, M. (2024). *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*. Barcelona: Tusquets Editores.
- BAZÁN, J. E. (1998). *Crítica al Prefacio: Mejores escuelas, menos trabajo infantil*. en “Niños Trabajadores, protagonismo y actoría social”, p.128-135.Lima: IFEJANT Ediciones.
- BECK, U. (2000) *Il lavoro nell'epoca della fine del lavoro*. Torino: Einaudi Editore.

- BECK, U. (2002). *Libertad o capitalismo. Conversaciones con Johannes Willms*. Barcelona: Paidós Ediciones.
- BECKER, G. S. (1994). *Human Capital: A Theoretical and Empirical Analysis, with Special Reference to Education*. Chicago: The University Chicago Press.
- BEDOYA-HERNÁNDEZ, M., ANDRÉS DE FRANCISCO-LEÓN, R., MESA-OSORIO, J. (2020). *La medicalización de la infancia como estrategia de gobierno*. DOI: <https://doi.org/10.5007/2175-7984.2020.e75325>.
- BENCIVENGA, E. (1999). *Manifesto per un mondo senza lavoro*. Milano: Feltrinelli.
- BENJAMIN, Walter (1985). *Kapitalismus als Religion*. Gesammelte Schriften, ed. de Rolf Tiedemann y Hermann Schweppenhäuser. Frankfurt am Main, Suhrkamp, tomo VI, 1; 100-103.
- BENKLER, Y. (2002). *Freedom in the Commons: Towards a Political Economy of Information*. Duke Law Journal 52.
- BERMÚDEZ GUTIÉRREZ, L.M.(2018). *Sentimiento de infancia: entre la construcción de la infancia moderna y su eventual desaparición*. II Congreso Internacional en Temas y Problemas de Investigación en Educación, Sociedad, Ciencia y Tecnología Temática de Participación: Educación, Sociedad y Cultura. Ponencia. Recuperado en https://www.academia.edu/59124395/SENTIMIENTO_DE_INFANCIA_ENTRE_LA_CONSTRUCCION_DE_LA_INFANCIA_MODERNA_Y_SU_EVENTUAL_DESAPARICION
- BERNAL T. y SCHIBOTTO G. (Eds.) (2017). *Trabajo, educación e infancia. Evaluación de una relación compleja*. Bogotá: Externado Ediciones.
- BLOCH, E. (2007). *El principio esperanza*. Madrid: Trotta Ediciones.
- BODO L., DOLAN R., KEMPER, J. y NORTHEY, G. (2020). *Prosumers in times of crisis: definition, archetypes and implications*. In *Journal of Service Management*, ahead-of-print, 1º gennaio 2020.
- BOFF, L. (2004) *Ética y Moral. La búsqueda de los fundamentos*. Sal Terrae Editorial.

- BONILLA-MOLINA, L. (s.f.) . La escuela y la universidad en el capitalismo de la primera y segunda revolución industrial. Recuperado en <https://luis-bonillamolina.com/2020/03/26/la-escuela-y-la-universidad-en-el-capitalismo-de-la-primera-y-segunda-revolucion-industrial/>
- BONNET, M. y SCHLEMMER, B. (2009) *Aperçus sur le travail des enfants*. Rev. Mondes en Développement, n.146, p.17.
- BORGES, J. L. (1944). *La biblioteca de Babel*. En “Ficciones”. Buenos Aires: Sur Ediciones.
- BORGES, J.L. (1999). *Páginas escogidas*. La Habana: Fondo Editorial Casa de las Américas.
- BOYDEN, J. (1990), citada por BALLEST, J. y BHUKUTH, A. (2009) *Penser la société, penser l'enfance dans les pays en développement*”.Rev. Mondes en Développement, n.146.
- BRANCACCIO, E. (2023). *Centralizzazione del capitale, guerra e pace*. Revista Moneta e Credito. Vol. 76 n. 304 (diciembre 2023). Recuperado en https://rosa.uniroma1.it/rosa04/moneta_e_credito/article/view/18420/17128
- BREDI, B. y, OGG, L. (2012). *Entre sociología de la Infancia y los Niños: una conversación con el sociólogo J.Qvortrup*, en Curricolo sem Fronteiras, 2012.
- BRÉE J. (2003). *Los niños, el consumo y el marketing*. Madrid: Oniro Ediciones.
- BRÉE, J. (2007). *Kids Marketing*. Caen: EMS Editions
- BRUNER, J. (1991). *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza Editorial.
- BRUSDAL R. y FRONES, I. (s.f.). *Well-Being and Children in a Consumer Society*, en vol.3, AAVV, Handbook of Child Well-Being, Springer.
- BUCKINGHAM, D. (2013 a). *Advertising and child well-being*. Springer.
- BUCKINGHAM, D. (2013 b). *La infancia materialista. Crecer en la cultura consumista*. Madrid: Ediciones Morata.

- BUCKINGHAN, D. y TINGSTAD, E. (2012) *The modern Child and the flexible labour market. Early chillhood education and care*. Pelgrave Macmillan.
- BURKE, M. (2021). *Addicted to Amazon: Habits of Daily Amazon Shoppers*. Jungle Scout Culture. Recuperado en <https://www.junglescout.com/blog/addicted-to-amazon/>
- BUSINNES RESEARCH (2024). *Tamaño del mercado de teléfonos inteligentes, participación, crecimiento y análisis de la industria global*. Recuperado en <https://www.businessresearchinsights.com/es/market-reports/smartphone-market-101537>
- CARAVEDO, B., GARCÍA E. y KOGAN, L. (2017). *Comida chatarra, estado y mercado*. Lima: Universidad del Pacífico.
- CARO ALMALA, A. (2002). *Del valor de consumo a la corporación como valor*. Sphera pública. Revista de ciencias sociales y de la comunicación. 2-2002, 65-79. Universidad Católica San Antonio, Murcia.
- CARO ALMALA, A. (2002). *Del valor de consumo a la corporación como valor*. Sphera pública. Revista de ciencias sociales y de la comunicación. 2-2002, 65-79. Universidad Católica San Antonio, Murcia.
- CARPINTERO, E. (2015). *Actualidad de el fetichismo de la mercancía*. Buenos Aires: Editorial Topia.
- CARRASCO, BORDERÍAS Y TORNOS. (2011) *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas*. Madrid: Los libros de la Catarata.
- CASANOVA, Y. (2013). *Banalización del conocimiento en el mundo pos-moderno*. Perspectivas. Revista de historia, geografía, arte y cultura. Año 1 N° 1/ Enero-Abril 2013, pp. 167-182 Universidad Nacional Experimental.
- CASTEL, R. (2010). *El ascenso de las incertitumbres, Trabajo, protecciones, estatuto del individuo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- CASTELLS, M. (2001) *La Galaxia Internet: reflexiones sobre Internet, empresa y sociedad*. Barcelona: Plaza & Janés Ediciones.

- CASTRO-GÓMEZ, S. y GROSGOUEL, R. (2007). *Prólogo. Giro decolonial, teoría crítica y pensamiento heterárquico*. En CASTRO-GÓMEZ, S. y GROSGOUEL, R. (2007): “*El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*”. Bogotá: Siglo del hombre editores.
- CECI, G. A. (2024). *Mapeo de vulnerabilidades en los AAHH de la Quebrada de Santa María en VMT*, Lima:IFEJANT Ediciones.
- CHARLOT, B. (1977). *La mystification pédagogique - Réalités sociales et processus idéologiques dans la théorie de l'éducation*. París: Payot Traces Editeur.
- CHICCHI, F. (2016). *Capitalismo come assiomatica sociale. Note a margine sul concetto di sfruttamento*. Etica & Politica / Ethics & Politics, XVIII, 2016, 3, pp. 183-199.
- CHIROQUE, S. (2024). *Pedagogías críticas, Vida y Buen Vivir*. Lima: Instituto de Pedagogía Popular Ediciones.
- CHUA, A. (2011). *Madre tigre, hijos leones*. Madrid: Temas de Hoy.
- CILLERO BRUÑOL, M. (s. f.). *El interés superior del niño en el marco de la Convención Internacional sobre los derechos del niño*. Recuperado en https://www.iin.oea.org/cursos_a_distancia/el_interes_superior.pdf
- CLARK, L. y TURNER, H. (2016). *Media influence on children and youth*. Harper Collins.
- COIN, F. (2017) *Salari rubati. Politica e conflitto ai tempi del salario gratuito*. Bologna: Ombre Corte.
- COMITÉ DE LOS DERECHOS DEL NIÑO DE LAS NACIONES UNIDAS (2023).*Observación general n. 26. Los derechos del niño y el medio ambiente, con especial atención al cambio climático*. Recuperado en <https://childrightsenvironment.org/wp-content/uploads/2023/09/Child-Friendly-Version-Spanish-Final.pdf>
- CORTE CONSTITUCIONAL de COLOMBIA (2017). *Sentencia C-147 de 2017. Norma que organiza el Sistema Nacional de Discapacidad*. Re-

conocimiento constitucional de la dignidad humana. Consagración constitucional y alcance, derecho a la dignidad humana. Lenguaje y dignidad humana. Recuperado en <https://www.corteconstitucional.gov.co/relatoria/2017/C-147-17.htm>

- COSAMALÓN, J. y DURAND, J. (2022). *República empresarial, Neoliberalismo, emprendedurismo y desigualdad (1990-2022)*. Lima.
- CUSSIANOVICH A. (2007). *Aprender la condición humana. Ensayo sobre pedagogía de la ternura*. Lima: IFEJANT Ediciones.
- CUSSIÁNOVICH VILLARÁN, A. (s.f.) *Protagonismo, participación y ciudadanía como componente de la educación y ejercicio de los derechos de la infancia*. En: Historia del pensamiento social sobre la infancia. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales. (p.p. 86-102) . Recuperado en https://cidac.filo.uba.ar/sites/cidac.filo.uba.ar/files/revistas/adjuntos/Clase%206%20-%20Cussianovich_Protagonismo.pdf
- CUSSIANOVICH, A. (2009). *Treinta dos años de vida y acción de los NATs por la dignidad en el Perú*. IFEJANT, Lima.
- CUSSIANOVICH, A. (2010). *A mejores escuelas, menos trabajo infantil*. Conferencia en Bogotá, noviembre 2010.
- CUSSIANOVICH, A. (2022). *Pedagogía de la ternura. Componente del paradigma del protagonismo*. Lima: IFEJANT Ediciones.
- DATRI, E. (2016). *El capitalismo de consumo y la extinción de la naturaleza y el ser (o La gran confluencia)*. Buenos Aires: Miños y Dávila Ediciones.
- De CASTRO, R. (2020). *Infancia y adolescencia en la cultura del consumo*. Buenos Aires: Lumen Editor.
- DE FELICE, L. y GRILLOTTI DI GIACOMO, L.G. (2019). *I predatori della terra. Land grabbing e land concentration tra neocolonialismo e crisi migratorie*. Milano: Franco Angeli Editore.
- DE LA BOÉTIE, E. (2016). *Discurso de la servidumbre voluntaria*. Madrid: Editorial Trotta.

- DE LA FLOR, S. (2022). *Al borde del abismo": se hace predominante la inclusión precaria entre las familias de la Región*. Informe Caritas sobre Exclusión y Desarrollo Social 2022. Recuperado en <https://murciaplaza.com/murciaplaza/al-borde-del-abismo-se-hace-predominante-la-inclusion-precaria-entre-las-familias-de-la-region>
- DE LA FLOR, S. (2022). *Al borde del abismo": se hace predominante la inclusión precaria entre las familias de la Región*. Informe Caritas sobre Exclusión y Desarrollo Social 2022. Recuperado en <https://murciaplaza.com/murciaplaza/al-borde-del-abismo-se-hace-predominante-la-inclusion-precaria-entre-las-familias-de-la-region>
- DE LA GARZA, E. (2009). *Hacia un concepto ampliado de trabajo*. Buenos Aires: CLACSO Ediciones.
- DE SOUSA SANTOS, B. (1999). *Reinventar la democracia. Reinventar el Estado*. Madrid: Sequitur Ediciones
- DE SOUSA SANTOS, B. (2009). *Una epistemología del sur*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- DE SOUSA SANTOS, B. (2010). *Democracia de alta intensidad. Apuntes para democratizar la democracia*. La Paz: Unidad de Análisis e Investigación del Área de Educación Ciudadana de la CNE.
- DE SOUSA SANTOS, B. (2010). *Para una democracia de alta intensidad*. En: Ecuador Debate: *¿La democracia en sus límites?* Quito: Centro Andino de Acción Popular CAAP, (no. 80, agosto 2010): pp. 63-76.
- DE SOUSA SANTOS, B. (2019). *Educación para otro mundo posible*. Buenos Aires: CLACSO; Medellín: CEDALC.
- DE SOUSA SANTOS, B. (2003). *Crítica de la razón indolente. Contra el desperdicio de la experiencia*. Bilbao: Editorial Desclée de Brouwer.
- DE SOUSA SANTOS, B.(2006). *Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social (Encuentros en Buenos Aires)*. Buenos Aires: CLACSO Editor.

- DE SOUSA SANTOS, BOAVENTURA (1987). *Un discurso sobre las ciencias*. Lisboa: Afrontamento Editor.
- DEBORD, G. (2005). *La sociedad del espectáculo*. Valencia: Pre-textos Editorial.
- DEJOURS, C.y MOLINIER, P. (1994) *Le Travail comme énigme*. En Sociologie du travail, Hs, XXXVII/94, Dunot.
- DEMEUSOIS D.H. (2021). *Anestesiados. La humanidad bajo el imperio de la tecnología*. Madrid: Los libros de la Catarata.
- DESMURGET M. (2024) *Más libros y menos pantallas: Cómo acabar con los cretinos digitales*. Madrid: Península Ediciones.
- DIEHL, G. (2017). *La identidad de marca*. Madrid: N. 1 Ediciones.
- DON MIANI, L. (2017). *Carta a una maestra. Escuela de Barbiana*. Bogotá: PPC Editorial.
- DURÁN, R. F. (2003). *Capitalismo (financiero) global y guerra permanente*. Barcelona: Virus Editorial.
- DUSSEL, E. (1999). *Posmodernidad y Transmodernidad. Diálogos con la filosofía de Gianni Vattimo*. México: Lupus Inquisitor/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente/Universidad Iberoamericana.
- DUSSEL, E. (2009) *Transmodernidad*. Conferencia. 2009,. Recuperado en <https://youtu.be/h71YcSmeDjY?si=LBhEgl2009Jovmf>
- EDITORIAL DIARIO JUNIO 19/7/2025: *Crisis estructural y la guerra como salida por la lucha de la concentración del poder*. Recuperado en: <https://www.diariojunio.com.ar/crisis-estructural-y-la-guerra-como-salida-por-la-lucha-de-la-concentracion-del-poder/>
- EL PAÍS (2025). *Con los ojos en Gaza*. Recuperado en <https://elpais.com/america-colombia/2025-07-16/con-los-ojos-en-gaza.html>
- ELMAN, S. (1972) *El capitalismo del Pentágono. La economía política de la guerra*. Ciudad de México: Siglo XXI Ediciones.

- EMERGENCE RESEARCH (2023). *Mercado de Big Data Por Componente (Análisis de Big Data, Visualización y Gestión de Datos, Soluciones, Servicios y Otros), Por Tamaño de Organización, Por Implementación, Por Verticales y Por Región Prevista para 2032*. Fecha de Publicación: Jan 2023 | Identificación del informe: ER_001680 . Recuperado en <https://www.emergenresearch.com/es/industry-report/mercado-de-big-data#:~:text=El%20tama%C3%B1o%20del%20mercado%20global,durante%20el%20per%C3%ADodo%20de%20pron%C3%B3stico>.
- ENGELS, F. (2020). *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Londres: Editorial Akal.
- ERMEJO ACEITUNO, M. J. (1994). *Estrategia de mercadeo: influencia de los niños en la decisión de compra*. Ciudad de Guatemala: Universidad Francisco Marroquín.
- ESPÓSITO, R. (2006). *Bios, biopolítica y filosofía*. Buenos Aires: Amorrorté Editores.
- EXPANSIÓN/DATOSMACRO.COM. (s.f.) *Colombia Gasto Público*. Recuperado en <https://datosmacro.expansion.com/estado/gasto/colombia#:~:text=El%20gasto%20p%C3%BAblico%20en%20Colombia,33%2C93%25%20del%20PIB>.
- FERRÁN GARCÍA, J. (2018). *Mi primer veneno. La gran estafa de la alimentación infantil*. Barcelona: Justicia Alimentaria. Recuperado en https://defiendeme.org/wp-content/uploads/2018/09/primer_veneno_.pdf
- FERRARIS, M. (2021). *Documanitá*. Filosofía del mondo nuovo. Bari: Laterza Editore.
- FIAN (Internacional, Transnational Institute, Focus on the Global South) (2020). *El capitalismo clandestino. La financiarización de los territorios y la naturaleza*. Philip Seufert, Roman Herre, Sofia Monsalve (FIAN International), Shalmali Guttal (Focus on the Global South). Consultado en https://www.foodsovereignty.org/wp-content/uploads/2021/06/El_capitalismo_clandestino_y_la_financiarizacion_de_los_territorios_y_la_naturaleza.pdf

- FIGUEROA S., E. (2011) *Los NNATs y la canasta básica familiar: una contribución significativa para la gobernabilidad del país: caso Perú*. Rev. NATs, N.20, p.15-21. Lima: IFEJANT Ediciones.
- FORD, M. y MACRÍ M. (2014). *El trabajo infantil no es juego*. Buenos Aires: La Crujía Editorial.
- FORRESTER V. (2000). *El horror económico*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- FOUCAULT, M. (1999) *Estrategias de poder. Obras esenciales*. Barcelona: Paidós Básica.
- FOUCAULT, M. (2004). *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura económica.
- FOUCAULT, M. (2006). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- FOUCAULT, M.(2007). *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- FRANCO, M. G. (2024). *Las redes son nuestras: Una historia popular de internet y un mapa para volver a habitarla*. Bilbao: Consonni Editorial.
- FRASER, N y JAEGGI, R. (2019). *Capitalismo: Una conversación desde la teoría crítica*. Madrid, Ed. Morata.
- FREIRE, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Ciudad de México, Siglo XXI Editor.
- FUNDACIÓN RENACER (2022) *Estudio sobre los comportamientos de riesgo de explotación sexual de niñas, niños y adolescentes en el entorno digital durante la pandemia por COVID-19 y la respuesta institucional*. Bogotá. Recuperado en <https://www.fundacionrenacer.org/wp-content/uploads/2024/05/Estudio-sobre-los-comportamientos-de-riesgo-de-explotacion-sexual-de-ninas-ninos-y-adolescentes-en-entorno-digital-durante-la-pandemia-por-covid-19-y-la-respuesta-institucional.pdf>

- GAITÁN MUÑOZ L. (2006). *La nueva sociología de la infancia. Aportaciones de una mirada distinta*. Madrid: Facultad de Ciencias Políticas y sociología. UCM. Consultado en <https://docta.ucm.es/rest/api/core/bitstreams/8e1120d9-2c21-44f5-bc38-0c9f738992b8/content>
- GALEZZI, L. (s.f.) *Del encierro al control, enclaves (re)productivos reproductivos de la escuela contemporánea*. Recuperado en <https://ganz1912.com/>
- GALILEO GALILEI (2011). *Diálogo sobre los dos máximos sistemas del mundo ptolemaica y copernicano*. Madrid:Alianza Editorial.
- GALIMBERTI U. (2023). *L'etica del viandante*. Milano: Feltrinelli Editore.
- GALIMBERTI, U. (2016)). *Psiche e techne. L'uomo nell'está della tecnica*. Milano: Feltrinelli.
- GÁLVEZ MUÑOZ, L. (dir.) (2016). *La economía de los cuidados*. Sevilla: De Cultura Ediciones.
- GARCÍA CAMARERO, J. (2021). Productivismo, producción, consumismo, consumo y flujos mercantilistas. Rebelión On Line. Recuperado en <https://rebellion.org/productivismo-produccion-consumismo-consumo-y-flujos-mercantilistas/>
- GARCÍA CANCLINI (1990). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Ciudad de México: Grijalbo Ediciones.
- GARRIDO LUQUES, A. (coordinadora), AGULLÓ TOMÁS, M., ESTRAMIANA, J:L., BIANCH, G.M., RIBAS M., DURÁN HERAS, J. RODRÍGUEZ SUAREZ, J. (2006). *Sociopsicopatología del trabajo*. Barcelona: Editorial Eureka.
- GARZÓN, V. (2006). *Tolerancia, dignidad y democracia*. UIGV. p.287-309.
- GHEAUS A. y DE WISPELAERE, J. (2019). *The Routledge Handbook of philosophy of Childhood and Children*.
- GIDDENS, A. (1997). *Modernidad e identidad del Yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. España: Península.

- GILLIGAN, C. (1985) *La moral y la teoría. Psicología del desarrollo femenino*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- GILLIGAN, C. (s.f.). *La ética del cuidado*. Cuadernos de la Fundación Victor Grifols y Lucas, n. 30. Recuperado en https://www.revistaseden.org/boletin/files/6964_etica_del_cuidado_2013.pdf
- GÓMEZ, R. (2010). *Procurarse sentido en la ciudad contemporánea: jóvenes y nuevos repertorios tecnológicos*. Tesis doctoral. Bogotá: UPN.DIEECO.
- GORZ, A. (1995) *Metamorfosis del trabajo. Búsqueda del sentido. Crítica de la razón económica*. Madrid: Sistema Ediciones.
- GRAMSCI, A. (2013) *Antología*. A cura di Manuel Sacristán. Madrid: Akal Ediciones.
- GRILLO, G.E. y SCHIBOTTO, G. (1988). *En las manos de los niños*. Lima: MANTHOC Ediciones.
- GRIMBER, L. y GRIMBERG, R. (1984) *Psicoanálisis de la migración y del exilio*. Madrid: Alianza Editorial.
- GROPPA, O. y HOEVEL, C. (eds.) (2014). *Economía del don*. Buenos Aires: Ciudad Nueva Grupo Editorial.
- HABERMAS, J. (1985). *Teoría de la acción comunicativa*. Ciudad de México: Taurus Ediciones.
- HABERMAS, J. (1986). *Trabajo e interacción. Notas sobre la filosofía hegeliana del período de Jena*. En *Ciencia y técnica como ideología*. Madrid: Tecnos.
- HACKERNOON (s.f.) *¿Puede Claude AI resolver los problemas de privacidad de datos de Alexa?* Recuperado en <https://hackernoon.com/lang/es/puede-claude-ai-resolver-los-problemas-de-privacidad-de-datos-de-alex>
- HAIDT, J. (2024). *La generación ansiosa: Por qué las redes sociales están causando una epidemia de enfermedades mentales entre nuestros jóvenes*. Biscay: Deusdo Ediciones.

- HAN B.-C. (2014) *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas del poder*. Barcelona: Herder Ediciones.
- HAN, B.-C. (2020). *La desaparición de los rituales. Una topología del presente*. Barcelona: Herder Ediciones.
- HAN, B.-C. (2021). *Infocracia, La digitalización y la crisis de la democracia*. Barcelona:Taurus Ediciones.
- HAN, B.-C. (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder Ediciones.
- HAN, B.-C. (2014). *El aroma del tiempo. Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse*. Barcelona: Herder Ediciones.
- HAN, B.-C. (2022) *Capitalismo y pulsión de muerte*. En *Psicopolítica y Educación*. Bogotá: Universidad La Salle.
- HARARI, Y. N. (2009). *Sapiens. De animales a dioses*. Barcelona: Debate Ediciones.
- HARAWAY, D. (1999). *Las promesas de los monstruos. Una política regeneradora para otros inapropiados/bles*. En *Política y sociedad*, 30. Madrid (pp. 121-163)
- HARDT M. y NEGRI T. *Imperio*. Ciudad de México, Paidós Mexicana.
- HARDT, M. y NEGRI, A. (2004). *Multitud. Guerra y democracia en la era del imperio*. Barcelona: Editorial Debate.
- HARRISON L. (2022). *Soft Skills for Tough Jobs: Building teams that work, one conversation at a time*. Boston: Practical Inspiration Publishing.
- HARVEY, D. (2004). *La condición de la posmodernidad. Investigaciones sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.
- HARVEY, D. (2012). *El enigma del capital y la crisis del capitalismo*. Madrid: Ediciones AKAL.
- HEIDEGGER, M. (2012). *Ser y tiempo*. Madrid: Editorial Trotta.
- HELEN H. Y SRNICEK N. (2024). *Después del trabajo. Una historia del hogar y la lucha por el tiempo libre*. Buenos Aires: Cajanegra Editora.

- HERNÁNDEZ, G-M (2024). *La desactivación exterminista del excedentariado*. Rebelión Org. Recuperado en <https://rebelion.org/la-desactivacion-exterminista-del-excedentario/>
- HERSCOVICI, a. (2006). *El conocimiento, capitalismo inmaterial y trabajo: algunos elementos del análisis*. Scribanía número 17, Universidad. 2016 de Manizales, julio - diciembre / 2006 - pp 25-35.
- HILLEL GELENTER, D. (1992), *Mirror Worlds*. Oxford: Oxford University Press.
- HINOJOSALLOYA, A. (1992). *Consumo y sociedad en el capitalismo contemporáneo*. Tesis de Licenciatura. Ciudad de México. UNAM. Recuperado en <https://ru.dgb.unam.mx/bitstream/20.500.14330/TES01000186357/3/0186357.pdf>
- HOBBS, T. (2010) *Leviatán: o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- HÖLDERLING, F. (2006). *Antología poética*. Madrid: Cátedra Ediciones.
- ICBF (2024). *Los derechos de los niños prevalecen sobre los derechos de los demás: artículo 44 Constitución Política de Colombia*. Recuperado en <https://www.icbf.gov.co/noticias/los-derechos-de-los-ninos-prevalecen-sobre-los-derechos-de-los-demas-articulo-44#:~:text=Institucionales,%E2%80%9DLos%20derechos%20de%20los%20ni%C3%B1os%20prevalecen%20sobre%20los%20derechos%20de,Bogot%C3%A1%2C%20D.%20C.&text=Los%20ni%C3%B1os%2C%20las%20ni%C3%B1as%20y,la%20Infancia%20y%20la%20Adolescencia>
- IFEJANT (2010) *Otra mirada*. Segunda semana de diciembre de 2010.
- IGLESIAS TURRIÓN P. (2005). *Post Operaismo, fin de la teoría laboral del valor y nueva dimensión conflictiva de la clase*. Nodo KYNOSURA - MATERIALES PARA EL DEBATE - AUTONOMÍA OBRERA.
- IL SOLE 24 ORE (2025). *Musk e gli altri. I più ricchi di sempre. I patrimoni dei grandi leader tech valgono come Stati. Come si sono formati? Dove sono detenuti? Una indagine di numeri e grafici*. Recuperado en https://lab24.ilsole24ore.com/i-piu-ricchi-di-sempre/?refresh_ce=1

- ILLOUZ, E. (2007). *Intimidades congeladas. Las emociones en el capitalismo*. Madrid: Katz Editores.
- IÑARRITU, B. (1997). *Vivir con créditos*. Barcelona: Aguilar Ediciones.
- JAMENSON, F. (1985) *Posmodernismo y sociedad de consumo*. Barcelona, Kairos Ediciones.
- JASSIR UFRE, E. (2020) *Análisis de los agentes de socialización y pester power del comportamiento del consumidor infantil y su influencia en el proceso de compra familiar*. Tesis doctoral en la Universidad del Norte, Barranquilla. Consultado en <https://manglar.uninorte.edu.co/bitstream/handle/10584/9425/141809.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- JONAS. H. (1995). *El principio de responsabilidad. Ensayo de una ética para la civilización tecnológica*. Hercher Editorial: Barcelona.
- JULLIEN, F. (2017). *Essere o vivere. Il pensiero occidentale in venti contrasti*. Milano: Feltrinelli Editore.
- JUNGLE SCOUT. (2021). *Addicted to Amazon: Habits of Daily Amazon Shoppers*. Jungle Scout Culture. Recuperado en <https://www.junglescout.com/blog/addicted-to-amazon/>
- JUNQUERA CUBILES (2019). *Financiarización y neoliberalismo*. Ebook Kindle Ediciones.
- KABUNDA VADI, M. (2020). *Extractivismo, conflictos y ecocidio en África: el caso de la cuenca del río Congo (República Democrática del Congo) y del delta de Níger (Nigeria)*. Estudios Críticos del Desarrollo | Segundo semestre 2020, volumen x, número 19:123-178 . Recuperado en <https://estudiosdeldesarrollo.mx/estudioscriticosdeldesarrollo/wp-content/uploads/2022/02/ECD19-4.pdf>
- KALTSCHMITT, A (2023). *Mutilaciones irreversibles*. Prensa Libre, 28 de mayo. Recuperado en <https://www.prensalibre.com/opinion/columnas-diarias/mutilaciones-irreversibles/>.
- KANT, I. (2000) *Crítica de la razón práctica*. Madrid: Alianza Editorial.

- KATHLEEN, K. (2013) *Hope Labor: The Role of Employment Prospects in Online Social Production. The Political Economy of Communication*. Recuperado en https://www.academia.edu/3824755/Hope_Labor_The_Role_of_Employment_Prospects_in_Online_Social_Production
- KEY, E. (2020). *El siglo de los niños*. Madrid: Morata Ediciones.
- KLEIN, N. (2001). *No logo*. Londres: Flamingo Editor.
- KOHEI, S. (2022). *La naturaleza contra el capital*. Barcelona: Bellaterra Edicions.
- KOHEI, S.(2023) *El capital en la era del antropoceno*. Buenos Aires. Sine Qua Non Ediciones.
- KÓHELER, A. (2019). *El tiempo regalado. Un ensayo sobre la espera*. Madrid: Libros del Asteroide.
- KREPKY, D. y PALERMO, H.L. (2020). *Ludificación del trabajo y disciplina algorítmica. Prácticas, sentidos y representaciones de los trabajadores y trabajadoras en el desarrollo de videojuegos*. Recuperado en file:///D:/Downloads/Ludificacion_del_trabajo_y_disciplina_algoritmica_.pdf
- KUBUKA (s,f.). *Ubuntu*. Recuperado en <https://kubuka.org/ubuntu-yo-soy-porque-nosotros-somos/>
- LANCEROS, P. (2006). *La modernidad cansada. Y otras fatigas*. Madrid: Biblioteca Nueva Ediciones.
- LAPA GUZMÁN, J. (2017) *Un análisis teórico sobre el proceso de financiarización económica*. Revista GEON, Universidad de los Llanos, Vol. 4, No. 2, 2017 Pág. 125-145.
- LASTRA, F. (2018). *La superexplotación de la fuerza de trabajo y la especificidad del capitalismo latinoamericano: un aporte al debate*. Izquierdas (Santiago) no.38 Santiago feb. 2018. Recuperado en https://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-50492018000100257

- LATHAM, K. (2023) *Las sofisticadas técnicas de los nuevos videojuegos que empujan a los niños a gastar dinero sin parar*. BBC News Mundo On Line. Recuperado en <https://www.bbc.com/mundo/noticias-65634674>
- LATOUCHE, S. (2012). *Hecho para tirar. La obsolescencia programada*. Barcelona: Octaedro Ediciones.
- LÁZARO GONZÁLEZ I.E. (2012). *Menores y nuevas tecnologías: Posibilidades y riesgos de la TDT y las redes sociales*. Barcelona: Tecnos Editorial.
- LÁZARO, I. (2012). *Infancia, publicidad y consumo*. Madrid. Comillas, Pontificia Universidad Católica Ediciones.
- LAZZARATO, M. (2023). *Se está construyendo una Europa de nacionalismos. Entrevista de Paolo Gandolfo*, en El Salto: Universidad de Verano anticapitalistas. Recuperado en <https://www.elsaltodiario.com/>
- LAZZARATO M. (2022) *L'intollerabile presente, l'urgenza della rivoluzione*. Classi e minoranze. Verona: Ombre Corte Edizioni.
- LAZZARATO, M. (2000). *Del biopoder a la biopolítica*. Revista Multitudes, Vol. No 1. París: Multitud.
- LAZZARATO, M. (2013) *La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal*. Barcelona: Amorrortu Editores.
- LAZZARATO, M. (2022). *Guerras y capital*. Madrid: Editorial Traficantes de Sueños.
- LE BRETON, D. (2002). *La sociología del cuerpo*. Buenos Aires: Nueva Visión Ediciones.
- LEE, A. (2015). *Youth and branding: The rise of consumer culture*. Routledge.
- LEIBNIZ, G. (2015). *Ensayos de teodicea sobre la bondad de Dios, la libertad del hombre y el origen del mal*. Madrid: Abadad Editores.
- LENIN, V. (1990). *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Madrid: Fundación F. Engels.

- LENKERSDOR, C. (2008). *Aprender a escuchar Enseñanzas maya-tojolabale*. Ciudad de México: Plaza Y Valdés Ediciones.
- LEROY, A. (2009). *Contre le travail des enfants? Présupposé á débatre*. en A.A. V.V. *Contre le travail des enfants*. Lovaina: Silleps Ediciones.
- LEVINE, R. y TOMBOLINI, A. (2001) *Cluetrain manifesto: la fine del business as usual*. Roma: Fazi Editore.
- LEVIS, D. (2020). *Los videojuegos, un fenómeno de masas: que impacto produce sobre la infancia y la juventud la industria más próspera del sistema audiovisual*. Buenos Aires: Paidós editor.
- LIBERTI, F. (2015) *Los nuevos amos de la tierra. ¡Land grabbing!* Madrid: Taurus Ediciones.
- LIÉBANA CHECA, REAL MARTÍNEZ y GUTIÉRREZ URQUIZA (2014). *La inmersión infantil en la cultura del consumo. La fidelidad a la marca*. Revista Teknokultura, Vol. 11 Núm. 1: 71-90.
- LIEBEL, M. (2007). *Malabaristas del siglo XXI. Los niños y niñas trabajadores frente a la globalización*. Lima: IFEJANT Ediciones.
- LIEBEL, M. (2016). *¿Niños sin Niñez? Contra la conquista poscolonial de las infancias del Sur global*. MILLCAYAC - Revista Digital de Ciencias Sociales / Vol. III / N° 5 / 2016. ISSN: 2362-616x. (pp. 245-272) Centro de Publicaciones. FCPyS. UNCuyo. Consultado en <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/5665450.pdf>
- LIEBEL, M. (2024). *Infancias desde el sur global. Resistencias, investigación participativa y desafíos descoloniales*. Ciudad de México y Buenos Aires: Bajo Tierra Ediciones y Editorial el Colectivo.
- LINN, S. (2004). *Consuming Kids: The Hostile Takeover of Childhood*. New York: New Press.
- LIPOVETSKY, G. (2006). *Los tiempos hipermodernos*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- LOGIUDICE, F. (2011). *Marxismo e consumo. El consumo ¿es una nueva forma de apropiación del trabajo ajeno?* Herramienta: Revista de de-

bate y crítica marxista. Recuperado en <https://www.herramienta.com.ar/?id=1606>

- LÓPEZ LETÓN, S. (2025). *Su soledad es nuestro negocio: así es la industria milmillonaria del aislamiento social*. Periódico on line El País 03/05/2025, Madrid. Recuperado en <https://elpais.com/economia/negocios/2025-05-03/su-soledad-es-nuestro-negocio-asi-es-la-industria-milmillonaria-del-aislamiento-social.html>
- LÓPEZ MONTAÑO, C. (2020). *La economía del cuidado: un nuevo sector productivo*. Bogotá: Friedrich Ebert Stiftung.
- LÓPEZ-LIBOR ALIÑO, J. J. (1974). *El cuerpo y la corporalidad*. Madrid: Gredos Ediciones.
- LOTMAN, I.M. (1998) *La semiosfera*. Madrid: Cátedra Ediciones
- LOWE, A. (1988). *El lenguaje del cuerpo: Dinámica física de la estructura del carácter*. Barcelona: Herder Editorial
- LUKÁCS, G. (2021). *Historia y conciencia de clase. Estudios sobre dialéctica marxista*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- LYOTARD G.-F. (2008). *La condición postmoderna: Informe sobre el saber*. Madrid: Cátedra Ediciones.
- MACHARÉ, M, O. (2017). *El permanente dilema entre el etiquetamiento y la identidad propia: interpretación sociológica de la desviación aplicada a las experiencias de NNATS organizados en Lima Metropolitana*. UNMSM, tesis de licenciatura.
- MANTILLA L., SOLKNER A., y MINICELLI M. (Comp.) (2017). *Biopolítica e infancia. Niños, niñas e instituciones en el contexto latinoamericano*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- MARAZZI, C. (2002). *Capitale & linguaggio. Dalla New Economy all'economia di guerra*. Roma: Derive-Approdi Edizioni.
- MARINICH, I. (2024) *Fetiche: un ensayo para desenmascarar las omisiones necesarias de la sociedad de consumo*. Recuperado en <https://www>.

lacapitalmdp.com/fetichismo-un-ensayo-para-desenmascarar-las-omisiones-necesarias-de-la-sociedad-de-consumo/

- MARINICH, I. (2024) *Fetichismo: un ensayo para desenmascarar las omisiones necesarias de la sociedad de consumo*. Recuperado en <https://www.lacapitalmdp.com/fetichismo-un-ensayo-para-desenmascarar-las-omisiones-necesarias-de-la-sociedad-de-consumo/>
- MARSHALL, D. (2012). *Understanding children as consumers*. Sage Publications.
- MARTÍN-BARBERO, J. (2010). *De los medios a las mediaciones: comunicación, cultura y hegemonía*. Barcelona: Anthropos Editorial.
- MARTÍN BARBERO, J. (2010) *Sociedad y comunicación. Caminos: revista cubana de pensamiento socioteológico*, ISSN 1025-7233, N°. 55-56, 2010, págs. 109-114.
- MARTÍNEZ A. y SCHIBOTTO G. (2008). *Imagen, Mediatización y Derechos de Infancia y Adolescencia*. Ebook recuperado en <https://es.scribd.com/document/233369478/Imagen-Mediatizacion-y-Derechos-de-Infancia-y-Adolescencia-Proyecto-El-Trabajo-de-Crecer>
- MARTÍNEZ FRANZONI, J. (2005). *Regímenes de bienestar en América Latina: consideraciones generales e itinerarios regionales*. Revista Centroamericana de Ciencias Sociales de FLACSO, Vol. 4, No 2., 2005.
- MARTÍNEZ MARURI, E. M. (2022). *El uso de la imagen de los menores de edad y las redes sociales*. Revista de Derecho, 21 (42), 87-104. <https://doi.org/10.47274/DERUM/42.5>
- MARTÍNEZ POSADA, J.E (2010). *La universidad productora de productores: entre biopolítica y subjetividad*. Bogotá: Universidad de la Salle Ediciones.
- MARX K. (1999). *El capital*. Ciudad De México Siglo XXI.
- MARX, K.(1985) *Grundrisse: Lineamientos Fundamentales para la Crítica de la Economía Política*. México: Fondo de Cultura Económica.

- MASTERCARD. (s.f.) *Sala de Prensa*. Consultado en <https://www.mastercard.com/news/latin-america/es/sala-de-prensa/comunicados-de-prensa/pr-es/2019/septiembre/c%C3%B3mo-involucrar-a-los-ni%C3%B1os-en-el-mundo-de-las-finanzas/>
- MATURANA, H. (1995) *La democracia es una obra de arte*. Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio.
- MATURANA, H. (2008). *El sentido de lo humano*. Buenos Aires: Editorial Granics.
- MATURANA, H. (2008). *Emociones y lenguaje en educación política. Material para el curso de Teoría de Sistemas. Extracto del texto Emociones y Lenguaje en Educación y Política. Dr. Humberto Maturana R. Colección HACHETTE/COMUNICACIÓN CED*. Recuperado en https://turismotactico.org/proyecto_pologaraia/wp-content/uploads/2008/01/emociones.pdf
- MATURANA, H. R. y VARELA, F. G.(2004). *El árbol del conocimiento. Las bases biológicas del entendimiento humano*. Madrid: Lumen Editorial.
- MAYO, E., & NAIRN, A. (2009). *Consumer kids: How big business is grooming our children for profit*. Constable Ed.
- MBEMBE, A. (2011). *Necropolítica*. Madrid: Melusina Ediciones.
- MEDA, D. (1995) *Le Travail. Une valeur en voie de disparition*. Paris: Alto-Aubier.
- MEJÍA, M. R. (2020). *Educación Popular. Raíces y Travesías de Simón Rodríguez a Paulo Freire*. Bogotá: Ediciones Aurora.
- MEJÍA, M. R. (2020). *Educación Popular. Raíces y Travesías de Simón Rodríguez a Paulo Freire*. Bogotá: Ediciones Aurora.
- MELMAN, S. (1972) *El capitalismo del Pentágono* (la economía política de guerra). Ciudad de México: Siglo XXI Editor.
- MELO, C. (2007). *Ciudadanía y consumo: ¿una relación sostenible?* XV Semana de Ética y Filosofía Política UNED, Madrid, 27-30 marzo de 2007.

Recuperado en <https://roderic.uv.es/rest/api/core/bitstreams/16bea0e8-9530-45fe-a9aa-8cf911b0358a/content>

- MÍGUEZ, P. (2013). *Del General Intellect a las tesis del “capitalismo cognitivo”: aportes para el estudio del capitalismo del siglo XXI*. En “Bajo el volcán”, vol. 13, núm. 21, p.p. 27-57. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de México.
- MÍGUEZ, P. (2020). *Trabajo y valor en el capitalismo contemporáneo. Reflexiones sobre la valorización del conocimiento*. Provincia de Buenos Aires: Universidad General de General Sarmiento.
- MIKKELSEN, C. A. (2019) *Conocer la vida de niños y niñas desde las palabras de sus protagonistas*. Universidad Nacional de Loma de Zamorra.
- MITTELSTADT, J. (2006). *From Welfare to Workfare: The Unintended Consequences of Liberal Reform*. Univ of North Carolina Press.
- MIYARES, A. (2020). *Las feministas no aceptaremos que se reconozca jurídicamente la identidad de género*. Entrevista de Emilia Landaluce para *El Periódico Feminista de Mujeres*. En Red, 8 de febrero. Recuperado en <https://www.mujeresenred.net/spip.php?article2360>
- MOLANO J. (S.F.) *Qué es un influencer, qué tipos existen y ejemplos*. Recuperado en <https://blog.hubspot.es/marketing/marketing-influencers>
- MONTERO RODRÍGUEZ, J. L. (2021). *El Hogar: Amigo o Enemigo en Tiempos de Pandemia*. En-claves del pensamiento, vol. XV, núm. 29, pp. 30-51, 2021. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, División de Humanidades y Ciencias Sociales. Recuperado en <https://www.redalyc.org/journal/1411/141166355002/html/>
- MOORE, J. (2022). *Anthropocene or Capitalocene?: Nature, History, and the Crisis of Capitalism*. New York: PM Press.
- MORALES, S. y MARTÍNEZ MUÑOZ (2024). *Adultocentrismo: ¿Qué piensan chicas y chicos?* Barcelona: Editorial Octaedro.
- MORDOR INTELLIGENCE (s. f.). *Tamaño del mercado de consolas de juegos y análisis de participación tendencias de y pronósticos. (2024-2029)*.

Recuperado en <https://www.mordorintelligence.ar/industry-reports/gaming-console-market>

- MURARO, L. (1972). *La scimmia pedagogica*. Milano: Emme Edizioni.
- NACIONES UNIDAS (1992). *Declaración de Río de 1992*. Recuperado en <https://www.un.org/spanish/esa/sustdev/agenda21/riodeclaration.html>
- NACIONES UNIDAS (1993). *Programa 21*. Recuperado en <https://www.un.org/spanish/esa/sustdev/agenda21/index.htm>
- NACIONES UNIDAS (2020). *Comunicado de prensa. El mundo no está ofreciendo a los niños una vida saludable y un clima adecuado para su futuro*. OMS-UNICEF-The Lancet. Recuperado en <https://www.who.int/es/news/item/19-02-2020-world-failing-to-provide-children-with-a-healthy-life-and-a-climate-fit-for-their-future-who-unicef-lancet>
- NAPOLEONI, C. (2019). *Discorso sull'economia politica*. Napoli: Orthotes Editrice.
- NEFFA, J.C. (2003). *El trabajo humano. Contribuciones al estudio de un valor que permanece*. Madrid: Lumen Editorial.
- NEGRI T. (2016) *El común como modo de producción*. Revista Transversales número 38, agosto 2016 web. Consultada en <https://www.transversales.net/t38negri.htm>
- NEGRI, A. & HARDT, M. (2004). *Multitud. Guerra y democracia en la era del imperio*. Barcelona: Editorial Debate.
- NEGRI, A. & HARDT, M.(2003). *Del retorno. Abecedario biopolítico*. Barcelona: Debate.
- NEGRI, T.; HARDT, M.; COCCO, G.; REVEL, J.; GARCÍA, Á.; TAPÍA, L. (2010). *Imperio, multitud y sociedad abigarrada*. Buenos Aires: CLACSO.
- NEGRI. T. (2019). *Intelecto general e individuo social en los Grundrisse de Marx*. Transversales 49 / diciembre 2019. Recuperado en <https://www.transversales.net/t49negri.pdf>

- NGAN TONYE, F. S. (2021). *Guía práctica sobre el tema del capital humano (CH): La cuestión del capital humano y el proceso de desarrollo sostenible en países con economías en transición (PET)*. Nuestro Conocimiento Ediciones.
- NIXON, B. (2015). *The Exploitation of Audience Labour: A Missing Perspective on Communication and Capital in the Digital Era*. In: Fisher, E., Fuchs, C. (eds). *Reconsidering Value and Labour in the Digital Age*. Dynamics LOGIUDICE, Fof Virtual Work Series. Palgrave Macmillan, London. https://doi.org/10.1057/9781137478573_6
- NOTICIAS POSITIVAS (2012). *El planeta no está en riesgo; los que estamos en riesgo somos nosotros. Entrevista a Bernardo Toro*. En Noticias Positivas, 27 de junio 2012. Recuperado en <https://noticiaspositivas.org/el-planeta-no-esta-en-riesgo-los-que-estamos-en-riesgo-somos-nosotros/>
- O.M.S. (Organización Mundial de la Salud) (2020). *Nuevas amenazas para la salud de los niños y los adolescentes*. Sitio Web de la Organización Mundial de la Salud. Recuperado en <https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/children-new-threats-to-health> OFFE C.(1985), *Disorganised Capitalism*. Cambridge, Ed. Polity Press.
- OIT (2002). *Erradicar las peores formas de trabajo infantil. Guía para implementar el convenio núm.182 de la OIT*. Ginebra. OIT Ediciones.
- OIT (Organización Internacional del Trabajo) (2019). *Eliminar el trabajo infantil. 100 años de acción*. Ginebra: OIT Ediciones. Recuperado en https://www.ilo.org/sites/default/files/wcmsp5/groups/public/%40ed_norm/%40ipec/documents/publication/wcms_709734.pdf
- OIT (ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL DEL TRABAJO). (2024) *Día mundial contra el trabajo infantil*. 12 de junio de 2024. OIT, Ginebra. Recuperado en <https://www.ilo.org/es/temas/trabajo-infantil/campana-y-sensibilizacion-sobre-el-trabajo-infantil/dia-mundial-contra-el-trabajo-infantil>
- ONU (s.f.). *Declaración Universal de Derechos Humanos*. Recuperado en https://hchr.org.mx/wp/wp-content/uploads/2023/11/DeclaracionUniversaldeDDHH_2023_web.pdf

- ORNELAS, R. (2023). *Las corporaciones militares privadas y el gran negocio de la guerra*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Económicas, Akal.
- OSORIO V., J. (Edit.) (2021). *Freire entre nos. A 50 años de Pedagogía del oprimido*. Santiago de Chile: Universidad de la Serena.
- OXFAM (2024). *Desigualdades*. S.A. Consultado en <https://www.oxfam.org/es/informes/desigualdad-sa>
- OXFAM (2025). *El saqueo continúa: Pobreza y desigualdad extrema, la herencia del colonialismo*. OXFAM Internacional. Recuperado en https://oi-files-d8-prod.s3.eu-west-2.amazonaws.com/s3fs-public/2025-01/Spanish%20-%20Davos%20Full%20Report%202025_0.pdf
- OXFAM INTERNACIONAL (2025). *Takers not makers: the unjust poverty and unearned wealth of capitalism*. Recuperado en <https://www.oxfam.org/en/takers-not-makers-unjust-poverty-and-uneared-wealth-colonialism>
- PAGURA, N. (2018). *Hacia una teoría crítica del trabajo en el capitalismo actual*. Buenos Aires. URL: <https://www.teseopress.com/hacia>
- PALMER, S. (2006) *Toxic Childhood: How The Modern World Is Damaging Our Children And What We Can Do About It*. New York: Orion Editor.
- PARRA, B. y URREGO, J. (2003) *Capitalismo, guerra y nación*. Nómadas (Col), núm. 19, 2003, pp. 180-187 Universidad Central Bogotá, Colombia.
- PEIRONE, F. (2014). *Mundo extenso. Ensayo sobre la mutación política global*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- PEÑA COLLAZOS, W. (2008). *Dinámicas emergentes de la realidad: del Pensamiento Complejo al Pensamiento Sistémico Autopoiético*. Revista Latinoamericana de Bioética. Volumen 8 / Número 2 / Edición 15 / Páginas 72-87 / Recuperado en <http://www.scielo.org.co/pdf/rlb/v8n2/v8n2a07.pdf>

- PÉREZ CHACA, M. V. (2009). *Infancias en el mundo de hoy: reflexiones y propuestas en torno a la realidad de la niñez y la adolescencia en relación con la biopolítica y los derechos humanos*. La ventana vol.4 no.30 Guadalajara dic. 2009. Recuperado en https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-94362009000200011
- PIAGET, J. *La psicología de la inteligencia. Lecciones en le collège de France*. Buenos Aires: Siglo XXI Ediciones.
- PIKETTY, T. (2014). *El capital en el siglo XXI*. Madrid: Fondo de Cultura Económica de España.
- PIÑEDA, J. (2019). *Trabajo de cuidado. Mercantilización y desvalorización*. C.S. no.spe. , Cali Dec. 2019.
- POR REDACCIÓN (2024). *La influencia de los niños en las decisiones de compra de sus mayores*. Recuperado en <https://www.puromarketing.com/88/213918/influencia-ninos-decisiones-compra-mayores>
- POSADA MARTÍNEZ, J.E. (2010). *La universidad productora de productores. Entre biopolítica y subjetividad*. Bogotá: Unisalle Ediciones.
- POSTMAN, N. (1988). *La desaparición de la niñez ¿Cómo está desapareciendo la infancia?* Barcelona: Círculo de Lectores.
- POZOS RIVERA, P. (2024). *Nuevas formas de explotación del capitalismo post pandémico*. Revista Tlatelolco. Democracia democratizante y cambio social. Ciudad de México: Universidad Autónoma de México. Recuperado en https://puedjs.unam.mx/revista_tlatelolco/nuevas-formas-de-explotacion-del-capitalismo-post-pandemico/
- PRENSKY M. (2001) *Digital Natives, Digital Immigrants*. En: On the Horizon (MCB University Press, Vol. 9 No. 5, October 2001). Recuperado en <https://www.marcprensky.com/writing/Prensky%20-%20Digital%20Natives,%20Digital%20Immigrants%20-%20Part1.pdf>
- PURCELL, S. (2023) *Habilidades blandas o soft skills: qué son, tipos y ejemplos*. Recuperado en <https://blog.hubspot.es/marketing/que-son-habilidades-blanda>

- QUART, A. (2004). *Branded: The buying and selling of teenagers*. Basic Books.
- QUINTAR, E. (2002). *La enseñanza como puente a la vida*. Ciudad de México: Universidad Nacional del Comahue, UPN.
- QVORTRUP, J. (1993). *Nine theses about Childhood as a Social Phenomenon*. Eurosociological Report 47/ 1993. Viena, Centro Europeo.
- QVORTRUP, J. (2000) *Colonisation of children through their school work*, 2000, C.I., Paris.
- QVORTRUP, J. (2002). *School-Work, Paid Work and the Changing Obligations of Childhood*. Oslo: Routledge.
- QVORTRUP, J. (2011). *El regreso de los niños en el contrato generacional*. Rev. Brasil Educa 16, 2011.
- QVORTRUP, J., entrevista por BREDAS, B. (2012) *Entre sociología, la Infancia y los NN: una conversa con el soc. JQ*. Currículo sin Fronteras. Recuperado en https://www.researchgate.net/publication/258051721_Entre_a_Sociologia_a_Infancia_e_as_Crianças_uma_conversa_com_o_sociologo_Jens_Qvortrup
- R.A.E. (s.f.). *Pathos*. Diccionario de la lengua española. Recuperado en <https://dle.rae.es/pathos>
- RAMÍREZ CABANZO, A. B. (12 de noviembre de 2014). *Subjetividades Infantiles y Tecnicidades Mediáticas: Perspectivas latinoamericanas en contraste*. Obtenido de Congreso Iberoamericano de Ciencia, Tecnología, Innovación y Educación: <file:///C:/Users/jhona/Downloads/729.pdf>
- RAMÍREZ CABANZO, A. B. (2013). *Infancias, nuevos repertorios tecnológicos y formación*. Signo Y Pensamiento, 32(63), 52 - 68. <https://doi.org/10.11144/Javeriana.syp32-63.inrt>
- RASCHKA S, YUXI H. MIRJALLI V.(2022) *Machine Learning with PyTorch and Scikit-Learn: Develop machine learning and deep learning models with Python*. New York: Packt Publishing.

- REINA VALERA(1969). Lucas, 17:2. Recuperado en <https://www.biblia.es/biblia-buscar-libros-1.php?libro=lucas&capitulo=17&version=rv60>
- RIFKIN, J. (2010). *El fin del trabajo: Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era*. Madrid. Ediciones Paidós Ibérica.
- RIFKIN, J. (2014). *La sociedad marginal a costo cero*. Barcelona: Paidós Editor.
- RITZER, G. & JURGENSON, N., 2010. *Production, Consumption, Prosumption*. Journal of Consumer Culture, 10 (1), pp. 13 –36
- RITZER, G. (1996). *La Mcdonaldización de la sociedad: un análisis de la racionalización en la vida cotidiana*. Barcelona: Ariel Editora.
- RIUTOR, L. E. (2016) *Fetichismo de la subjetividad: individualización, malestar y consumo*. Tesis Doctoral. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, Recuperado en <https://docta.ucm.es/entities/publication/981d-d79e-934b-4000-bf90-72e48950d974>
- RIVERA MATURANO, G. M. (2023). *Filosofía y ética del cuidado: ensayando algunos fundamentos posibles*. Trab. soc. vol. 24 no.40 Santiago del Estero ene. 2023 Epub 01-Ene-2023.
- RIVERO, J. (2006). *La otra educación... Marco general para la construcción de la educación básica alternativa*. Lima: Ministerio de Educación.
- RIVERO, J. (2007). *Educación, docencia y clase política en el Perú*. Lima: Tarea Ediciones.
- ROCHABRÚN S. , G.(2013). *¿Hay una metodología marxista?* Revista Debates en Sociología. Lima: PUC Ediciones. Recuperado en https://www.academia.edu/49160632/_Hay_una_metodolog%C3%ADa_marxista?auto=download
- RODRÍGUEZ BRANDAO, C. (2020). *Educación Popular. Raíces y Travesías de Simón Rodríguez a Paulo Freire*. Bogotá: Ediciones Aurora.
- RODRÍGUEZ P. (2007). *Los hijos del sol: un acercamiento a la infancia en la América prehispánica*. En RODRÍGUEZ P. y MANARELLI, M. [compiladores]. *Historia de la infancia en América Latina*. Bogotá, Universidad Externado de Colombia Ediciones.

- RODRÍGUEZ PASCUAL, I. (2007). *Para una sociología de la infancia. Aspectos teóricos y metodológicos*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. Universidad Complutense.
- ROSA, Hartmut. (2016). *Alienación y aceleración: hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía*. Buenos Aires: Katz Editorial.
- ROSANVALLÓN, P. (2015). *La nouvelle question sociale: Repenser l'Etat-providenc*. París: Points Editeur.
- RITZER, G. (1996). *La Mcdonaldización de la sociedad: un análisis de la racionalización en la vida cotidiana*. Barcelona: Ariel Editora.
- RIUTOR, L. E. (2016) *Fetichismo de la subjetividad: individualización, malestar y consumo*. Tesis Doctoral. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, Recuperado en <https://docta.ucm.es/entities/publication/981d-d79e-934b-4000-bf90-72e48950d974>
- RIVERA MATURANO, G. M. (2023). *Filosofía y ética del cuidado: ensayando algunos fundamentos posibles*. Trab. soc. vol. 24 no.40 Santiago del Estero ene. 2023 Epub 01-Ene-2023.
- RIVERO, J. (2006). *La otra educación... Marco general para la construcción de la educación básica alternativa*. Lima: Ministerio de Educación.
- RIVERO, J. (2007). *Educación, docencia y clase política en el Perú*. Lima: Tarea Ediciones.
- ROCHABRÚN S. , G.(2013). *¿Hay una metodología marxista?* Revista Debates en Sociología. Lima: PUC Ediciones. Recuperado en https://www.academia.edu/49160632/_Hay_una_metodolog%C3%ADa_marxista?auto=download
- RODRÍGUEZ BRANDAO, C. (2020). *Educación Popular. Raíces y Travesías de Simón Rodríguez a Paulo Freire*. Bogotá: Ediciones Aurora.
- RODRÍGUEZ P. (2007). *Los hijos del sol: un acercamiento a la infancia en la América prehispánica*. En RODRÍGUEZ P. y MANARELLI, M. [compiladores]. *Historia de la infancia en América Latina*. Bogotá, Universidad Externado de Colombia Ediciones.

- RODRÍGUEZ PASCUAL, I. (2007). *Para una sociología de la infancia. Aspectos teóricos y metodológicos*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. Universidad Complutense.
- ROSA , Hartmut. (2016). *Alienación y aceleración: hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía*. Buenos Aires: Katz Editorial.
- ROSANVALLÓN, P. (2015). *La nouvelle question sociale: Repenser l'Etat-providenc*. París: Points Editeur.
- ROSS E. (2022) *Gamish. Un historia gráfica de los videojuegos*. London: Reservoir Books.
- ROUSSEAU J.J. (2016) *Du contrat social*. París: Nathan Editeur.
- RUFINO, L. (2019) *Pedagogia das Encruzilhadas*. Rio de Janeiro: Mórula Editorial.
- RUGÉRE, F. (2022). *Ética del cuidado*. Madrid: Metales Pesados Ediciones
- RULLANI, E. (2004). *El capitalismo cognitivo ¿Un déjà-vú?* En Moulier Boutang, Yann; Corsanni, Antonella et al. (2004): *Capitalismo cognitivo, propiedad intelectual y creación colectiva*. Madrid: Traficantes de Sueños Ediciones.
- SAITO, K. (2023). *El capital en la era del antropoceno. Una llamada a liberar la imaginación para cambiar el sistema y frenar el cambio climático*. Barcelona: Ediciones B.
- SAMUEL, M. (1959). *Some Studies in Machine Learning Using the Game of Checkers*. IBM Journal of Research and Development (Volume: 44, Issue:1.2)
- SÁNCHEZ PARGA, J. (2003). *Una devastación de la inteligencia. Crisis y crítica de las Ciencias Sociales*. Ediciones Abya-Yala, Quito.
- SÁNCHEZ, R. (2007). *Biopolítica y formas de vida*. Bogotá: Universidad Javeriana.
- SANDEL, M. (2012). *Lo que el dinero no puede comprar*. Barcelona: Debate Ediciones.

- SANDS, P. (s.f.) *Ecocidio, la palabra que define los crímenes cometidos contra el planeta*. En Iberdrola. Recuperado en <https://www.iberdrola.com/sostenibilidad/ecocidio>
- SASSEN, S. (2015) *Expulsiones. Brutalidad y complejidad en la economía global*. Buenos Aires: Katz Editores.
- SCHBOTTO G. (2019). *Nostalgia. Territorio interior de disputa política*. Ciudad de México: Nómada Ediciones.
- SCHIBOTTO G. (2020) *Construir conocimiento histórico-crítico desde y con los niños, niñas y adolescentes trabajadores*. Bogotá: Externado Ediciones.
- SCHIBOTTO, G. (2014) *Sobre las estadísticas de infancia y trabajo en Colombia*. Bogotá Universidad Externado de Colombia Ediciones.
- SCHIBOTTO, G. (2017). *Niños, niñas y adolescentes trabajadores: modernidad, colonialidad y decolonialidad*. En: CÓRDOBA SÁNCHEZ I. coord. (2017). *Las infancias múltiples*. Bogotá: Centro editorial CINDE.
- SCHIBOTTO, G. (2022). *La encrucijada de las familias, en tiempos de pre y poscontractualismo. El modelo del familismo latinoamericano sigue vigente*. Bogotá: Universidad del Externado. Recuperado en <https://familia-seinfancia.uexternado.edu.co/la-encrucijada-de-las-familias-en-tiempos-de-pre-y-pos-contractualismo/>
- SCHIBOTTO, G. y CUSSIÁNOVICH, A. (1990) *Niños trabajadores construyendo una identidad*. Lima: MANTHOC Ediciones.
- SCHOENHERR, J. R. (2022). *Ethical Artificial Intelligence from Popular to Cognitive ScienceTrust in the Age of Entanglement*. New York: Rohutledge Editor.
- SCHOR, J. (2006) *Nacidos para comprar: los nuevos consumidores infantiles*. Barcelona: Paidós Ediciones.
- SCHOR, J. B. (2003). *The Commodification of Childhood: Tales from the Advertising Front Lines*. The Hedgehog Review, vol. 5, no. 2 (2003).

- SCHWANER, S. (2020). *Hope Works: Moving from Darkness into your Dreams: A Storytelling Approach*. Independently published.
- SCHWARTZ G. (2016). *Economia dos games: o mito da infância eterna e a privatização do imaginário no capitalismo lúdico*. Esferas, ano 12, vol. 2, nº 24, maio-agosto de 2022.
- SCRIBNER SINGH, D., BRADLEY, S. J., y ZUCKER, K. J. (2021). *A follow-up study of boys with gender identity disorder*. *Frontiers in Psychiatry*, 12, 632784. <https://doi.org/10.3389/fpsyt.2021.632784>
- SERRANO, C. (2008). *El lugar del niño y el concepto de infancia*. Extensión Digital - Número 3 - Año 2008 . Recuperado en <https://www.studocu.com/co/document/universidad-de-cartagena/pedagogia-conceptual/el-lugar-del-nic3b1o-y-de-la-infancia/36619366>
- SHAIKH, A. (2016). *Capitalismo: competencia, crisis y conflicto*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- SHIPLER, D. (2020) *The working poor. Invisible in América*. New York: Random House Editor.
- SIBILA, S. (Coord.) (2021). *La revolución de los prosumers: youtubers e instagramers*. Libro de resúmenes del VI Congreso Internacional Comunicación y Pensamiento. Madrid: Egregius Ediciones.
- SIFUENTES MENDOZA, A. y RAMÍREZ HEREDIA, J. (2019). *Infancia y mercado corporal. Encargos, apariencia y estilización infantil*. Ciudad Juárez: Univessidad Autónoma de Ciudad Juárez. Recuperado en <https://www.redalyc.org/journal/122/12262983018/html/>
- SILVA, J. (1998). *¿Una época de cambios o un cambio de época? : características, contradicciones e implicaciones del actual cambio de época*. Trabajo generado por el módulo “*El talento humano: clave de la organización*”. Ecuador: Universidad Central de Ecuador.
- SMITH, A. (2024). *La riqueza de las Naciones*. Madrid: Astria Ediciones.
- SMITH, J. (2014). *Consumer marketing in the digital age*. Oxford University Press.

- SOSTENIBILIDAD PARA TODOS (s.f.). *Obsolescencia programada: El grave problema de la basura electrónica*. Recuperado en <https://www.sostenibilidad.com/medio-ambiente/obsolescencia-programada-el-grave-problema-de-la-basura-electronica/>
- Stichting Oxfam International (2020). *Annual Report 2019-20. Together, For a More Equal World*. OXFAM Editor. Disponible en <https://oi-files-d8-prod.s3.eu-west-2.amazonaws.com/s3fs-public/2021-09/Oxfam%20International%20Annual%20Report%202019-20.pdf>
- STOLKINER, A. (2012). *Infancia y medicalización en la era de “la salud perfecta”*. En *Propuesta Educativa*, núm. 37, 2012, pp. 28-38. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Buenos Aires. Recuperado en <https://www.redalyc.org/pdf/4030/403041708004.pdf>
- SVAMPA, M. (2008). *Cambio de Época. Movimientos sociales y poder político*, 2008, Clacso-S.XXI edit.
- SVAMPA, M. (2019). *Las fronteras del neoextractivismo en América Latina. Conflictos socioambientales, giro ecoterritorial y nuevas dependencias*. México : CALAS. Disponible en: <https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/libros/pm.5179/pm.5179.pdf>
- TALERO, L. S. (2017) *La tensa relación entre educación-infancia-trabajo. Contribución desde el análisis crítico del discurso para construir escenarios más dispuestos al diálogo*. En *Infancia, trabajo y educación*. Bogotá: U.Externado de Colombia.
- TERJESEN, A. (2011). *Adam Smith Cared, So Why Can't Modern Economics? The Foundations for Care Ethics in Early Economic Theory. Applying Care Ethics to Business Issues*. In *Business Ethics*, vol. 34: 55-72. (July 8). Springer, Dordrecht, Online.
- TERRANOVA; T. (2022). *Cultura de la red: Información, política y trabajo libre*. Buenos Aires: Tinta Limón Ediciones.
- TOCINO RIVAS, M. (2023). *El capitalismo emocional. De Eva Illouz a los teóricos del biocapitalismo*. Madrid: Dykinson Ediciones.

- TOFFLER, A. (1980). *The third wave: The classic study of tomorrow*. New York: Bantam.
- TOREN A. (2023). *Exploring the Global Marketplace: Kidpreneurs Going Global*. Recuperado en <https://kidpreneurs.org/kidpreneurs-going-global/>
- TOREN A. y TOREN M. (2023). *Kidpreneurs: Young Entrepreneurs with Big Ideas!* Recuperado en <https://www.amazon.it/Kidpreneurs-young-entrepreneurs-big-ideas/dp/0692004246>
- TORO, B. (2014). *El Cuidado: el nuevo paradigma ético de la educación*. Conferencia de Bernardo Toro (AVINA, Colombia), 29 de agosto de 2014. Recuperado en <https://www.youtube.com/playlist?list=PLOHLq-86FFE87D5sDEd25DHzdTvTRXbEOK>
- TORRES, F. G. (2013). *Ética en el marketing: análisis del mercado infantil en la Argentina*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires. Facultad de Ciencias Económicas.
- TOURAINE, A (2010), *Après la crise*, París: Seuil Editeur.
- TUR VIÑES, V. y RAMOS SOLER, I. (2008). *Marketing y niños*. Madrid: Esic Ediciones.
- TÜRCKE, C. (2010). *Sociedade excitada: Filosofia da sensação*. Campinas: Unicamp Editorial.
- U. ECO (1968). *Apocalípticos e integrados*. Madrid: Editorial Lumen.
- UNICEF (2022). *Ideas sobre educación en derechos: Un entorno digital seguro para niños, niñas y adolescentes*. Presentación de la campaña “Su mayor influencer“, dirigida a hogares de NNAs. Recuperado en <https://www.unicef.es/educa/ideas/entorno-digital-seguro>
- UNIVERSIDAD DE LA SABANA (2021). *Uso de redes digitales, finalidades y mediación parental en adolescentes bogotanos entre los 13 y 17 años*. Maestría en Asesoría Familiar y Gestión de Programas para la Familia del Instituto de La Familia.

- UNIVERSIDAD DE LA SABANA (2021). *Uso de redes digitales, finalidades y mediación parental en adolescentes bogotanos entre los 13 y 17 años*. Maestría en Asesoría Familiar y Gestión de Programas para la Familia del Instituto de La Familia de la Universidad de La Sabana. Recuperado en <https://www.unisabana.edu.co/sala-de-prensa/comunicados-de-prensa/los-adolescentes-bogotanos-dejan-de-leer-y-dormir-por-utilizar-redes>
- UNIVERSIDAD EUROPEA (2025). *Ecocidio: qué es, características y ejemplos reales*. Recuperado en <https://universidadeuropea.com/blog/ecocidio/>
- URGATE, J. (2005). *La administración de la vida. Estudios biopolíticos*. Barcelona: Anthropos Editorial.
- VALCÁRCEL, A. (2022). *No podemos dañar a nuestros hijos para que cuatro personas conserven sus puestecitos*. Entrevista de Quico Asedo en El Periódico Feminista de Mujeres en Red, 10 de octubre. Recuperado en <https://www.mujeresenred.net/spip.php?article2404>
- VALERI, P. (2018). *La infancia, la escuela y los cambios sociales*. Consultado en [https://www.tramared.com/revista/items/show/19#:~:text=Baquero%20y%20Narodowski%20\(1994\)%20plantean,pedagog%C3%A1a%20para%20resignificar%20la%20ni%C3%B1ez](https://www.tramared.com/revista/items/show/19#:~:text=Baquero%20y%20Narodowski%20(1994)%20plantean,pedagog%C3%A1a%20para%20resignificar%20la%20ni%C3%B1ez)
- VALKENBURG, P.M. y CANTOR, G. (2001). *The development of a child into a consumer*. Applied Developmental Psychology 22 (2001), pp. 61-72
- VARELA, F. J. (1997). *De cuerpo presente. Las ciencias cognitivas y la experiencia humana*. Madrid: Gedisa Ediciones.
- VAROUFAKIS, Y. (2024). *Tecnofeudalismo: El sigiloso sucesor del capitalismo*. Madrid: Deusto Ediciones.
- VÁSQUEZ CASTRO, M. A. (2021). *Factores que influyen en la compra compulsiva a través de plataforma de internet en jóvenes chetumaleños*. Tesis de grado. Universidad de Quintana Roo, México. Recuperado en <https://risisbi.uqroo.mx/bitstream/handle/20.500.12249/2746/TX335.2021-2746.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

- VÁSQUEZ RODRÍGUEZ, G. A. (2015). *Obsolescencia programada: historia de una mala idea*. Herreriana· Año 11 · No. 2. Ciudad de México: UNAM.
- VAZ B. y MORLA J. (2023). *El siglo de los videojuegos*. Barcelona: Arpa Ediciones.
- VELOZ ARCE, A. y SANCAN LAPO, M. (2017). *Advergames: metodología y preproducción*. Consultado en <https://www.amazon.com/-/es/Alonso-Veloz-Arce-ebook/dp/B01NC1PZQQ>
- VENEZIANI, M. (2020). *Moda, economía y sociedad*. Madrid: Experimenta Editorial.
- VERAZA, J. (2008). *Subsunción real del consumo al capital. Dominación fisiológica y psicológica en la sociedad contemporánea*. Ciudad de México: Itaca Editorial.
- VERDÚ, V. (2005). *Tú y yo, objetos de lujo. El personismo: la revolución cultural del siglo XXI*. Madrid: Editorial Debate.
- VERDÚ, V. (2006). *El estilo del mundo: la vida en el capitalismo de ficción*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- VERÓN, E. (1998). *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Barcelona: Gedisa Editorial.
- VIRNO, P. (2003). *Diez tesis sobre la multitud y el capitalismo posfordista*. Contrapoder n.7, 2003. Recuperado en <https://es.scribd.com/document/369629850/Diez-Tesis-Sobre-La-Multitud-y-El-Capitalismo-Posfordista>
- VIRNO, P. (2003). *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- VIRNO, P. (2016). *Tra teoria politica e antropologia materialistica*. Entrevista a Paolo Virno a cura di Tania Rispoli www.filosofia-italiana.net - ISSN 2611-2892 – Aprile 2016

- VIRNO, P. (2001) *General intellect*. En Adelino Zanini y Ubaldo Fadini (eds.), *Lessico Postfordista. Dizionario di idee della mutazione*. (2001) Milano: Feltrinelli, 2001, pp. 146-152.
- WALLERSTEIN, I. (1998). *Impensar las ciencias Sociales. Límites de los paradigmas decimonónicos*. Ciudad de México: Siglo XXI Editor.
- YOCK, Y. (2012). *El vértigo de la modernidad tardía*. Buenos Aires: Didot Ediciones.
- YU-KAY, C. (2015). *Actionable Gamification: Beyond Points, Badges, and Leaderboards*. Versión Kindle. Recuperado en https://www.amazon.it/Actionable-Gamification-Beyond-Leaderboards-English-ebook/dp/B00WAOGY4U/ref=tmm_kin_swatch_0
- ZAMORA, J. A. (s.f.). *Globalización y migraciones*. En <http://www.uca.edu.sv/facultad/chn/c1170/zamora1.htm>
- ZEMELAN H. (2011). *Configuraciones críticas: pensar epistémico sobre la realidad*. México: Siglo XXI.
- ZEMELMAN H. (2010). *Mentes del Sur: Hugo Zemelman - Parte 1 (Serie Cerezo Editores) Filosofía y política*. Recuperado en <https://www.youtube.com/watch?v=pP5XgHY-ZJQ>
- ZEMELMAN, H. (1992). *Uso crítico de la teoría. En torno a las funciones analíticas de la totalidad*. Madrid: Editorial Anthropos.
- ZEMELMAN, H. (2010). *Sujeto y subjetividad: la problemática de las alternativas como construcción posible*. Santiago de Chile: Polis, Revista de la Universidad Bolivariana, Volumen 9, N° 27, 2010, p. 355-366
- ZEMELMAN, H. (2011). *Conocimiento y sujetos sociales. Contribución al estudio del presente*. La Paz: Instituto internacional de integración del Convenio Andrés Bello.
- ZEMELMAN, U. (s. f.) *Pensar teórico y pensar epistémico*. Ciudad de México: Ipecal Ediciones.

- ZEMELMAN, H. , (1990) . *Cultura y política en América Latina*. Siglo XXI y Universidad de las Naciones Unidas, México, 1990.
- ZEMELMAN. H. (1992). *Los horizontes de la razón. Uso crítico de la teoría. Vol. I: Dialéctica y apropiación del presente. Las funciones de la totalidad*. Ciudad de México: Anthropos: Editorial del Hombre.
- ZUBOFF, S. (2022). *Coup d'Etat digital*. The New York Times, Stati Uniti.

Sobre los autores

- Nelson Arispe

Licenciado como abogado en la Universidad Yacambu, Núcleo de Barquisimeto, en Venezuela. Diploma en Derecho Administrativo, Diploma en Salud y Seguridad Laboral, Diploma en Derecho del Trabajo en varias universidades de su país. Ha sido cofundador y es colaborador de la Coordinación Regional de Niños, Niñas y Adolescentes Trabajadores (CORENATS). Ha participado en varios cursos sobre problemática de la infancia trabajadora coorganizados por la Universidad Marcelino Champagnats e IFEJANT de Perú. Es colaborador del MOLACNATS y sigue acompañando experiencias de acompañamiento de organizaciones de infancia popular.

- Marco Bazán

Es filósofo y educador comunitario, gestor y consultor socio-cultural y artesano. Se ha dedicado a la promoción, educación, investigación y acompañamiento junto a las juventudes, las infancias, y las adolescencias trabajadoras del mundo popular, rural y de los pueblos andinos, amazónicos y afroperuanos, procurando la construcción de vínculos comunitarios de bien común, equidad de género, cultura de paz, derechos ecológicos. Colaborador de varias instituciones, entre ellas: Escuela para el Desarrollo y la JOC Perú. Ha trabajado en instituciones públicas y en varias ONGs. Es miembro del IFEJANT, instituto de formación de educadores. Ha conseguido el título de Magister en “Epistemología de las Ciencias y el Saber”, en la UNMSM de Perú. Diplomado en Educación Socio Comunitaria de la UNED y en Cultura y Visión andino-amazónica de la Juventud. Bachiller en Educación con mención en Filosofía y Psicología en la UNE.

- Alejandro Cussiánovich

Docente de escuela primaria (1958); acompaña organizaciones de jóvenes trabajadores desde 1964, y de NNATs desde 1976; es sacerdote católico (1965)

y docente en la Maestría de Infancia en la UNMSM, (2000); Desde 1989 es miembro del IFEJANT; ha sido titulado como Doctor Honoris Causa por la Universidad Federico Villareal, la Universidad Nacional Mayor de San Marcos de Perú, y por la Universidad de Manizales de Colombia.

- Elvira Figueroa

Es docente en la especialidad de Física-Matemática, egresada del Instituto Pedagógico Nacional de Monterrico (IPNM), y magister de la Maestría en “Políticas sociales y promoción de la infancia” de UNMSM, de Lima, Perú. Ha desarrollado una línea de trabajo vinculada al acompañamiento a organizaciones de niñas, niños, adolescentes (NNAs) y jóvenes trabajadores, así como a procesos de formación de educadores/colaboradores. Ha participado en diversas iniciativas de diseño, seguimiento, monitoreo y gestión de proyectos sociales en contextos comunitarios. Actualmente, integra el Equipo Directivo del Instituto de Formación para Educadores de Jóvenes, Adolescentes, Niños y Niñas Trabajadores de América Latina y el Caribe (IFEJANT).

- Ángel González

Educador popular con 30 años de experiencia en el acompañamiento de organizaciones de niños, niñas y adolescentes en Venezuela y América Latina. Cofundador de la Coordinación Regional venezolana de Niños, Niñas y Adolescentes Trabajadores (CORENATs). Colaborador del secretariado latinoamericano del “Movimiento Latinoamericano y del Caribe de Niños, Niñas y Adolescentes Trabajadores” (MOLACNATS) entre 2005 y 2009. Coordinador de programas gubernamentales de atención a la infancia trabajadora en Venezuela (2002/2005- 2008 /2010).

- Alejandro Martínez A.

Emprendedor social de la red mundial de emprendimiento social Ashoka. Ha hecho estudios en derecho de familia e infancia, con experiencia y reflexión en la defensa, promoción y restitución de derechos de poblaciones en situación de exclusión social y vulneración de derechos, todo ello vinculado a

diferentes procesos de crecimiento personal y comunitario. En este momento es aprendiz de pedagogía de la ternura, docente-investigador del Área de Estudios en Familia y co-creador de la “Maestría Transdisciplinaria en Sistemas de Vida Sostenible”, de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad Externado de Colombia.

- Giangi Schibotto

Acompañante de organizaciones de niños, niñas y adolescentes trabajadores, ha desarrollado sus actividades en Perú, Cuba y Colombia. Ha sido educador y ha investigado la situación de las infancias populares en América Latina, en particular de las infancias trabajadoras.

- Luz Stella Talero

Lingüista con maestría en pensamiento y cultura de América Latina. Directora de la Fundación Mutua, organización ganadora al "Premio por la niñez 2024" de la Alcaldía Mayor de Bogotá. Docente universitaria e investigadora en temas de infancias y educación. Candidata a Fellow Acumen 2025.

Este libro es el resultado de un largo y exigente trabajo colectivo, animado por una impostergable necesidad de penetrar el complejo retículo de la coyuntura histórica, en que se sitúan las infancias hoy. Así, se ha asumido como ángulo de mirada para construir nuestro campo de observación, ***el desborde de la explotación económica de las infancias en el capitalismo contemporáneo***, considerado como un concepto ordenador de indudable potencia, articulador de distintas y aparentemente fragmentadas dimensiones del nuevo currículo vital y social de los niños, niñas y adolescentes en el mundo actual.

Hoy como nunca, es necesario superar la obsesiva insistencia con la que se ha querido, sobre todo por parte de organismos internacionales como la OIT (Organización Internacional del Trabajo), pensar la explotación económica infantil como exclusiva del trabajo de los niños, niñas y adolescentes, en particular de los sectores populares. En realidad, en nuestros tiempos las formas de la explotación económica infantil ya no recorren solo las sendas tradicionales, que se cruzan con la figura estereotipada del niño trabajador, sino que se insinúan en las vidas y en la cotidianidad de todas las infancias, por el camino de la bioproducción, del capitalismo cognitivo, del poscontractualismo, de la producción posfordista, del hiperconsumismo, de los ecosistemas tecnomediados, de la colonización de las subjetividades, del epocal problema ecológico, de la patología de la movilidad geográfica, de la mercantilización de la escuela y de los tiempos del cuidado, de la guerra, de la depredación de los bienes comunes. De allí la necesidad de visibilizar y reconstruir el complejo abanico de las múltiples formas contemporáneas de explotación económica de los niños, niñas y adolescentes.

Pero, este necesario grito de alerta quiere ser también una afirmación de esperanza, una convocatoria a un nuevo protagonismo de las infancias contemporáneas, para que sean sujeto de una nueva etapa de luchas frente a este desborde de la explotación económica, en el marco de un proyecto de liberación y de nueva, real dignidad para todos los niños, niñas y adolescentes del mundo.

Apoyado por



Las opiniones expresadas en este documento no representan la opinión oficial de Terre Des Hommes Alemania

ISBN: 978-628-97102-0-5



9 786289 710205